3 1761 08158688 5

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 20. NUM. 235.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

JULIO 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

462681

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 20
no. 235-37

11.754

RECUERDOS

Cuando empiezo á dictar cada uno de estos artículos, casi siempre sucede que he olvidado el punto ó momento histórico (démosle este nombre) en que terminé el artículo anterior.

Y no es extraño que así suceda, porque entre artículo y artículo media un mes entero, y la memoria de los viejos suele ser débil para las cosas próximas, así como puede ser fiel y exacta para los sucesos lejanos.

Un hombre de setenta y seis años, pongo por caso, y por caso me pongo, recuerda con claridad perfecta, con viveza de imágenes, con seguridad de contornos, los sucesos de su niñez; en cambio, ó no recuerda, ó recuerda mal, lo que le sucedió la semana anterior ó el mes precedente.

Dijérase que las imágenes de sesenta años antes han quedado en las fotografías de sus celdillas cerebrales grabadas firmemente como en cartulina apergaminada, y allá están y en cada momento pueden consultarse.

En cambio, las placas sensibles del protoplasma cerebral han perdido con los años la fuerza de reproducción, y recogen difícilmente las impresiones: no pueden recordar porque no han podido recoger.

Podría decírseme, que no es tan grande el trabajo de echar una mirada al último artículo; pero es que aun este trabajo quiero yo evitarme, y además, esto indicaría ciertas pretensiones de orden, y en estos recuerdos lo encantador y lo atractivo para mí es el desorden.

Puedo en cualquier instante hablar de mis impresiones como jefe de la clase de latín á los doce años, examinando á los chicos de una quisicosa formidable, que llamábamos copia de verbos; ó puedo hablar en ese mismo instante de mis altas funciones como ministro de Fomento de la Regencia durante los dos años del período revolucionario.

Jefatura por jefatura, la primera era más efectiva, más tranquila, y casi pudiera decir, que halagaba más mis instintos vanidosos. El profesor era el regente de aquel pequeño reino; yo era su primer ministro. ¡Ay del chico que se equivocaba en aquella formidable copia de verbos!

Y creo que, sin esfuerzo alguno, he venido á enlazar este artículo con el artículo anterior.

En él quedamos, ahora creo recordarlo, en aquel momento histórico de mi pequeña historia en que llegué á ser dueño titular de la cartera de Fomento.

Lo primero que hice fué nombrar á Eduardo Saavedra, uno de los hombres más sabios que ha tenido España en el pasado siglo, y uno de los hombres más buenos que ha fabricado la humanidad en sus revueltos senos.

Ya estaba completa la máquina del ministerio de Fomento: director de Instrucción pública, Manuel Melero; director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, Eduardo Saavedra; ministro del ramo, mi propia persona, el que seis meses antes era modesto profesor de Cálculo, Mecánica y no sé qué más de la Escuela de Caminos.

Había que trabajar; pero una gran parte de la obra posible en aquellos momentos estaba ya hecha: había bastado convertir en leyes nuestros decretos del período provisional.

Algo se hizo después, y aun yo creo que se hizo bastante: á su tiempo enumeraré algunas de las leyes que llevé al Parlamento.

* * *

Pero en este período en que vamos á entrar, ó en que van á entrar mis dispersos recuerdos, la política lo dominaba

todo, y en la política un problema supremo: la elección de rey.

Ya teníamos Constitución, á la que no me cansaré en llamar la Gloriosa del 69; pero era necesario buscar un monarca, y la empresa no era tan hacedera. Los hechos, los conflictos, las luchas, demostraron que no es tan fácil encontrar un rey como parece, y para las huestes revolucionarias resultó inmensamente difícil; y así vivimos casi dos años en perpetua, agitada y peligrosísima *interinidad*.

La interinidad nos mata: esta era ya frase corriente.

Con la interinidad no hay orden, ni paz, ni hacienda, ni marcha regular y ordenada de las fuerzas del país en su progresivo desarrollo.

Esto se decía á diario: hay que salir de la interinidad; pero una cosa es decir, y otra cosa es hacer.

Decía D. Lucio del Valle, un eminente ingeniero, hombre de mucho talento y eminentemente práctico: «Lo que hay que hacer en este mundo es conjugar el verbo *hacer*. Para mí—continuaba diciendo—el que se haga una cosa, aunque sea mal, tiene gran mérito; y si se hace bien, se llega á lo supremo.»

Pues bien: el Gobierno, los hombres políticos y la prensa y las Cámaras, todos querían salir de la interinidad; sólo que no estaban conformes al escoger la puerta de salida.

Los republicanos querían salir por la República federal, y á los demás la federal nos horrorizaba; era la destrucción de la unidad de la patria, era un retroceso insensato. De la federación se pasa á la unidad; de la federación de las grandes unidades, á otra unidad más alta: ésta era, en nuestro concepto, la marcha de la civilización. Sin que estas grandes unidades destruyeran la variedad; que la variedad más rica y más espléndida está en dos cosas: primero, en una más amplia libertad para el individuo; segundo, en una amplísima asociación, pero asociación libre.

Lo contrario es retroceder estúpidamente á la Edad Media. Bien está haber salido de ella á costa de años, de luchas, de

sangre y de sacrificios, para dar ahora media vuelta, como bestia remolona; presentar al porvenir las ancas y volver á los siglos medio-evales el frente, con querencias de animalidad, y perdóneseme la imagen, que me he esforzado en hacer todo lo modernista posible.

Salir de la interinidad, volvemos á repetir, por las puertas de la República, era ir á parar á la federación orgánica, contractual ó lo que fuere, para caer bien pronto en el cantonalismo, y al fin en el caos, en la disolución y en la muerte.

Los partidos que habían constituído la mayoría anhelaban coronar la Constitución eligiendo un monarca; pero esto, que fácilmente se dice, era un problema enorme.

La mayor parte de los unionistas tenían ya preparada una solución: el duque de Montpensier; pero ni los progresistas ni los demócratas, exceptuando contadísimas personalidades, aunque importantes, que al fin transigieron con ella, la aceptaban.

Hubo un momento, bien me acuerdo, en que el conflicto llegó á su período álgido.

Los republicanos, para ir inutilizando, como era natural en ellos, soluciones monárquicas, y algunos demócratas también, plantearon el problema en una forma cruda y descarnada, y violenta y humillante para los montpensieristas, que á poco más da al traste con la *conciliación interina* de los tres partidos, conciliación ya muy quebrantada desde que hubo una Constitución.

La forma en que se planteó el problema era ésta: el Gobierno ha de declarar ante la Asamblea que en ningún caso amparará ni aceptará la candidatura del duque de Montpensier.

El conflicto en el seno del Gabinete fué enorme, porque no era un misterio para nadie que Topete y el duque de la Torre y los ministros de procedencia unionista defendían la candidatura del duque de Montpensier.

Desde el momento que se planteó la cuestión, Topete anun-

ció que si el Gobierno, desde el banco azul, declaraba inaceptable la candidatura de Montpensier; si daba á entender siquiera que se inclinaba á considerarla imposible, él en el acto, y con él los ministros unionistas, en pleno Parlamento, abandonaban el banco azul, anunciando su dimisión; la conciliación quedaba rota.

En cambio, la mayor parte de los demócratas y gran número de progresistas, contando con los votos de la falange formidable de los federales, amenazaban con que si el Gobierno, sin inclinarse siquiera á la candidatura del Duque, daba á entender en la sesión en que se discutiese este asunto, que tal candidatura era posible, es decir, que Montpensier podía estar en la lista de candidatos al trono, en el acto presentarían un voto de censura al Gobierno, y la conciliación quedaba rota también.

Gabriel Rodríguez, que, por su talento, su palabra severa, su tremenda energía y su rectitud por todos reconocida, venía ejerciendo una gran influencia en el grupo democrático y en la Cámara, me anunció que si no declarábamos terminantemente la exclusión del duque de Montpensier, él y los suyos se declaraban incompatibles con el Gobierno.

El conflicto era tremendo; la solución parecía imposible; la contradicción evidente, y toda componenda, todo arreglo, imposible también.

¿Qué término medio hay entre estas dos proposiciones?

El duque queda excluído de la candidatura al trono.

El duque podrá no ser elegido, pero es un candidato.

El término medio no existe.

Hay que declarar lo uno ó lo otro.

Porque si no se declara lo primero, rompen la conciliación los demócratas y gran número de progresistas.

Si no se declara lo segundo, hacen una crisis Topete y sus compañeros.

En varios Consejos de ministros tratamos el problema, sin encontrar la solución y con verdadera angustia, y al Parla-

mento llegamos sin saber qué decir, sin ninguna idea, á la gracia de Dios, á lo que resultase.

Y en el Parlamento los ánimos se enconaron aún más, las exigencias fueron mayores; asaltaban al banco azul unos y otros, presentando el ultimatum; ya no se oían los discursos; se hablaba por hablar; no era un escándalo, porque en aquellas Cortes tan ardientes, escándalos hubo pocos, pero era un hervidero.

Cuando hablaba un ministro, le gritaba algún demócrata ó se lo venía á decir al mismo banco azul:—¡No basta, no basta! Es preciso una declaración terminante; si no el voto de censura.

Y le decía Topete por lo bajo:—Va bien, pero ni una palabra más, porque ya lo he dicho: ¡me levanto y hago la crisis!

En esta situación, tuvo al fin que levantarse y tomar la palabra el general Prim.

Expectación y silencio solemne.

La autoridad del general Prim en aquella época era inmensa; su poder, incontrastable.

No gritaba, no se imponía nunca. Su frase era siempre sencilla, clara y precisa; pero bajo aquella tranquilidad se sentía latir la fuerza. Era el más fuerte de todos; se le respetaba y se le tenía miedo. Eran á su lado perros de presa sus amigos íntimos, dispuestos á lanzarse sobre el enemigo á una señal del amo. Le admiraban, reconociendo en él un hombre de Estado, un verdadero hombre de Estado, aun los que no eran sus íntimos. Y sus adversarios le tenían miedo: bajo el guante veían la zarpa del león, y no se atrevían á hostigarle mucho, no rompiesen las uñas las puntas del guante, y la fina mano aristocrática se convirtiera en garra.

Y el general habló en términos sencillos, nobles y espontáneos.

¿Qué dijo? No lo sé, no lo recuerdo. Cómo salvó la dificultad, cómo desató el nudo, tampoco lo recuerdo. Fué ingenuidad suprema, fué habilidad italiana, fué acento de mando.

¿Convenció ó se impuso? Tampoco lo sé; pero todo el mundo

se dió por convencido, ó porque lo estuviera realmente, ó porque no se atreviera á no estarlo.

No fué un triunfo de la oratoria retórica; no hubo aplausos apenas; tan sólo alguna señal de asentimiento, y sin embargo, el triunfo fué inmenso, porque allí terminó la cuestión, y ni los mismos republicanos se atrevieron á extremar las cosas.

Topete le dió la enhorabuena:—Así habla un hombre de Estado y así habla un hombre leal—le dijo.

Y los antimontpensieristas quedaron satisfechos.—Esto es otra cosa—decían;—con las declaraciones del general, la candidatura del duque queda excluída.

—¿Está usted tranquilo?—le pregunté á Gabriel Rodríguez.

—Completamente—me contestó.—El general ha dicho lo que podía decir y todo lo que debía decir, dado el puesto que ocupa, y para mí, la candidatura de Montpensier ha muerto.

En suma: que todos quedaron satisfechos, que la nube tempestuosa se deshizo ó, por lo menos, rugió á la sordina, y no hubo crisis. La interinidad siguió tan peligrosa como antes, pero á modo de enfermedad crónica, sin la amenaza de una catástrofe inminente.

—De la interinidad ya nos sacará el general Prim—decíamos los que teníamos fe en su talento, confianza en su lealtad y tranquilidad en su fuerza.

*
* *

Y en efecto: el general Prim, á pesar de la suspicacia, de las dudas y de las murmuraciones de algunos, seguía trabajando con toda lealtad y con la tenacidad propia de su carácter, para salir de la interinidad y para dar solución al problema magno, y cada vez más difícil, de la candidatura real.

La de D. Fernando de Portugal había fracasado por completo; y el general, sin perder nunca de vista el problema ibérico, que era, me atreveré á decirlo, su mayor ambición, buscaba el otro problema, el de un candidato para el trono, solución pronta y que, á ser posible, armonizase todas las tenden-

cias y todos los compromisos de los diferentes caudillos de la Revolución.

Y aquí viene la solución número dos, la llamaré de este modo, que fué la del duque de Génova.

Esta solución, en rigor, fué doble; quiero decir que, con la candidatura del duque de Génova como factor constante, había dos soluciones: de la solución sencilla, valga la palabra, todo el mundo está enterado, ó estaba enterado por aquella época; que hoy todo esto pertenece á la Historia, ó mejor dicho, á aquellos rincones de la Historia en que el olvido impera.

Pero de la segunda solución, entonces se supo muy poco, y en ella voy á ocuparme.

Respecto á los preliminares, nada diré, porque casi los ignoro por completo, y en estos recuerdos sólo he de consignar los hechos en que yo he intervenido directamente, y en que lo que afirme, lo afirme resueltamente, bajo la salvaguardia de mi veracidad.

* * *

La candidatura del duque de Génova estaba ya planteada; pero el general Prim y algunos otros, como el mismo Zorrilla, intentaron un esfuerzo para ganar el asentimiento y el apoyo de los hombres más importantes de la unión liberal, satisfaciendo, en cierto modo, los compromisos de Topete, del duque de la Torre y otros prohombres del partido unionista.

Mas quisieron proceder con cautela, sin lanzar la solución al público, porque solución que al público se lanzaba, era solución muerta.

Por este afán de guardar el mayor secreto, y por circunstancias especiales que explicaré en seguida, el general Prim, y luego Zorrilla, hablaron conmigo reservadamente.

¿Cuáles eran estas circunstancias y por qué había de ser yo preferido á los demás ministros, más antiguos que yo y de mumás importancia política?

¡Son combinaciones caprichosas de la vida!

Yo no conocía personalmente al duque de Montpensier.

Una vez le había visto de paso, durante veinte minutos, en el desierto de Las Palmas, cuando el eclipse solar de 1860; pero ni me presentaron á él, ni crucé con él la palabra, ni él sabía por entonces que yo existiese en el mundo.

Cuando pronuncié el discurso del quemadero y de la trenza, vino á felicitarme, en su nombre, su secretario particular, que había llegado á ser casi su amigo, D. Bruno Moreno.

Este, en nombre del duque, me manifestó su entusiasmo, su simpatía y su adhesión á las ideas democráticas que el discurso reflejaba.

Y no más.

Ya nunca vi al duque, ni tuve con él más relaciones que las relaciones indirectas y rápidas que voy á explicar.

Es el caso, que Bruno Moreno había sido discípulo mío en la Escuela de Caminos; era un joven de muchísimo talento, de gran cultura, no sólo científica, sino literaria.

Era poeta; hacía versos muy hermosos, y hasta en años posteriores escribió un drama caballeresco, que probablemente se hubiera aplaudido si hubiera llegado á representarse; pero no se representó.

Bruno Moreno era de los íntimos de D. Pedro Alarcón, y para Alarcón la opinión literaria de Bruno Moreno yo sé que era de mucho peso.

Agregaré á lo dicho, que Bruno Moreno hablaba admirablemente el francés; que, sin refinamientos cortesanos, era hombre de sociedad, y con ser modestos sus gustos, eran aristocráticos.

Bruno Moreno, algún tiempo después de salir de la Escuela, con notas brillantes y reputación de talento, entró en casa del duque de Montpensier como profesor del hijo mayor.

Aun recuerdo que Bruno Moreno me contaba las instrucciones que le había dado el duque: «Quiero, vino á decirle, que mi hijo sea un buen católico, un buen español, un caballero, y después, si es posible, un hombre de ciencia; por lo menos que adquiera la cultura propia del siglo en que vivimos.

Pasando algunos años, el duque de Montpensier demostró gran afecto y gran confianza á mi discípulo Bruno Moreno.

Cuando murió el hijo del duque, Bruno Moreno quedó de secretario de Montpensier, y era uno de los agentes más activos para de la candidatura de su protector y amigo.

Mis relaciones con Bruno Moreno eran conocidas de Zorrilla y de Prim, porque yo les había referido la visita que mi discípulo me había hecho, en nombre del duque, para felicitarme por el chamuscón de la trenza.

Y ya ven mis lectores por qué razón Prim y Zorrilla se dirigieron á mí á fin de que sirviese de intermediario, por medio de Bruno Moreno, en aquellos preliminares de una negociación á que daban la importancia, para salir de una vez de la interinidad.

En términos claros y concretos: el duque de Génova sería elegido rey de España, y era compromiso previo y solemne que había de casarse con la hija mayor de Montpensier.

De este modo, Montpensier no sería rey, pero sería padre de la reina, y serían reyes los hijos del duque.

No era una ambición satisfecha por completo; pero no era una solución despreciable para la familia de Orleans.

A esta solución no podían oponerse los unionistas, ni era de creer que se opusieran los demócratas, porque al fin el rey sería el duque de Génova.

Yo admití el encargo, con una sola condición: que había de dar noticia del nuevo proyecto á Martos, á quien yo consideraba en el grupo democrático como mi jefe natural.

En ello convinieron, y aquí empezaron mis negociaciones.

Pero vamos despacio, y dejemos lo que sigue para otro artículo; porque aunque todo esto de nada sirvió, á título de curiosidad, y á manera de recuerdo, no está de más que se conozcan estas interioridades de uno de los períodos más interesantes de nuestra Historia.

Hasta el artículo próximo.

José Echegaray

EL LIRISMO Y LA EMIGRACIÓN

Para el sociólogo español que aspire á buscar en la propia nativa fuente la explicación, el sentido y el alcance de los problemas nacionales, y que quiera sustraerse á la moda ridícula de estudiar esos problemas con métodos extranjeros ó con deducciones de los mismos, inadecuadas y baldías, el *folklore* patrio tiene máximo interés.

Nuestro pueblo hállase por siglos abandonado á sí mismo, ajeno á hacer ciencia, tanto como á ser objeto de la misma. Se nos muestra solo, en toda la claridad de lo espontáneo (que es al cabo la ciencia mejor por más sincera), en sus usos, en sus supersticiones, en sus amores, en sus cantos, en su arte libre, natural, rico en expresiones por donde llegar á conocerlo. Aplicadle el rigor del método, el encasillado de una estadística, la indiscreta filosofía de un profesor alemán, y no os dirá nada ni lograremos conocer sus necesidades y su vida. Dejadle que cante, sorprended sus sentimientos; explicáos con cerebro español sus ideas y su idiosincrasia, y será libro abierto de inapreciable valor.

No me refiero sólo al pueblo pobre, humilde, bajo, sino al pueblo completo, formado de capas sociales más ó menos pudientes, ilustradas ó felices, pero con caracteres nacionales comunes. Entre las autoridades que luego citaré y las ignoradas, pero sabias, de nuestro refranero, los vates del romance y los lamentos del pueblo inferior (si cabe la expresión), no hay diferencia sensible; y cuenta que entre los poetas que citaré

los hay que fueron matemáticos, militares, políticos, sacerdotes, críticos, etc.

Precisamente, esa complejidad de opiniones abona la idea de investigar las relaciones que el problema emigratorio guarda con la lírica española. Ocurrióseme tal estudio al observar cómo la Prensa y la mentalidad general de nuestro país trata el asunto hace tiempo, cual recarga las tintas, de suyo tristes y negruzcas del éxodo, haciendo poesía del más material de los conflictos patrios, del que más se refiere á la *despensa,* según la frase radical, ó al *pan y las hojas de catecismo,* según la conservadora.

Todos, en efecto, han tratado la emigración en poetas, en románticos, en líricos; desde los *reporters,* que á plazo fijo (allá en las épocas otoñales, predilectas de la expatriación) describen la huída del ciudadano triste y famélico en las tardes lluviosas de los puertos del Norte, entre lloros de sus deudos y lamentos simbólicos de las sirenas de los buques (1), hasta los hombres de mayor ciencia ó gobierno, publicistas, profesores, exgobernadores, que han elegido para sus trabajos títulos como los siguientes que llevo registrados: *'La zafra de carne, Ébano blanco, Adiós á la patria, Hijos que se ausentan, La peregrinación de los vencidos,* y otros no menos significativos.

Que la crónica aproveche en sus divagaciones sentimentales tema tan adecuado, nada tiene de extraño. Más extraño es que la poesía acompañe á la protesta de los funcionarios que,

---

(1) El mar—dice un cronista—parece muerto de tan inmóvil; los montes cercanos se nos muestran indecisos, como entre nieblas; los de más lejos ni siquiera se ven... veo siempre unos grupos de gentes tristísimas, con ropas pobres, con la faz tostada, con el hato al hombro, son muchas, y otras gentes, de la misma manera ataviadas, pasan después, calle adelante, como llenas de pena... Sin conocer los versos del poeta, es posible que se hayan dicho á menudo:

Ay quén touvera áas
moitas áas pra voar.

á despecho de las suposiciones maliciosas de la opinión, se nos muestran impresionables y sentimentales, vates del parnaso oficial, cuyas musas les inspiran frases rimbombantes con que apoyar su petición de trabas legales para evitar el éxodo. Desde sus despachos se aprecia tan poco cual en la sala de redacción de la hoja volandera la motivación del mal en la necesidad de vivir libre de miserias y desdichas.

Un poeta regional, recientemente fallecido, puede dar en sus versos más luz sobre el asunto que muchos de esos virreyes de provincias. Recuerdo de Curros Enríquez su *A Emigración;* amargas verdades bellamente engarzadas, donde, refiriéndose al gallego que se aleja de la aldea, exclama:

Preguntáylle, e diravos que sin rego
o milleiral, o lume sin cardos,
sin herba o gando é sin traballo o home
non se poden manter.

Diravos, si, que e pouco canto gana
pr'as arcas d'o *señor* e pr'as d'o Rey.
Hay un mes que non comen cousa quente
¡os fillos y-a muller!

E diravos que porque d'us destrales
mercóu n'unha ocasión us poucos bés,
xuróull'o crego non lle dar sagrado
·si chegar á morrer!

.....

¿Quén sódes vós, chorosos niquitates,
Ruis louvadores d'un Poder cruel
que as alas d'ouro d'un espríto libre
agrilloar querés?

¿Por virtú de cál próvida promesa,
en nome de qué Dios, nin de que ley
Querés que aquél que a morte condenastes
non fuxa si puder?

¿Qué lle ofrecedes n'a nativa terra
ese que á cruzar vay mares de fel?
¿Resinación?—Con éla non se come...
¿Fe?—¡Non lle basta á fe!...

¡Correde o velo que á Xusticia encubre!
Dáile traballo, libertad, saber...
¡Non é dina d'os osos de seus fillos
patria que os non mantén!
.....

¡Deixáino qu'o diquira donde poida
Deixad'ó gafo Xob c'o fol á res
buscar o muladar onde s'espiolle,
¿Sanará?... Pode ser.

A civilización y-as anduriñas
d'unhas terras pr'as outras ván é vén;
querer que non emigren e matálas
o mesmo ven á ter.

«El barco para América—dice en cambio el cultísimo y erudito Baldomero Argente (1)—es el ala de cuervo que bate trágica sobre los despojos del hogar campesino», y el propio gran Castelar, tan internacionalista, tan liberal, habla en uno de sus admirables párrafos del que abandona para siempre «la sombra de sus árboles, el dejo de su agua natal, los mendrugos de su pan de maíz y centeno, las maderas de sus establos, el olor de sus vacas, el espacio de su municipio, el tañido de la campana que toca la oración, la melodía de su zampoña, el cantar de su alborada».

¿Será nuestra poesía esencialmente burguesa? He llegado á sospecharlo oyendo, allá en la costa gallega, lamentaciones y lirismos sobre los emigrantes á las mismas personas adineradas que, momentos antes, me pintaban la supremacía de la vida

(1) Artículo publicado en el *Diario Universal*.

campestre, entre otros por su aspecto económico: «Ustedes en Madrid no saben lo que gastan. Aquí, en cambio, tenemos un criado por *18 pesos* al año, un jornalero por una peseta diaria»... y seguía dándome notas del reducido precio á que pagaba los productos del trabajo de los hombres y mujeres que se alejaban del terruño.

Recordaba yo entonces el cantar popular:

«Venderonll'os bois,
venderonll'as vacas,
o pote d'o caldo
y a manta d'a cama;
venderonll'o carro
y as leiras que tiña
deixarono soyo
coa roupa vestida,
María en son mozo
pedir non m'e dado
eu vou po-lo mundo
pra ver de ganalo.
Galicia está *probe*
y á Habana me vou.
Adiós, adiós, prendas
d'o meu corazón.»

Y recordaba también dos textos clásicos, de bien diferente carácter, pero siempre de actualidad, pues dan la nota exacta de la austeridad y pobreza del campesino gallego. Es uno del Padre Feijóo (Discurso X.—*Honra y provecho de la Agricultura.— ¿Pero hay gente más infeliz que los labradores?),* tan sincero y realista como todo lo suyo. «Yo, á la verdad, sólo puedo hablar con perfecto conocimiento de lo que pasa en Galicia, Asturias y montañas de León. En estas tierras no hay gente más hambrienta ni más desabrigada que los labradores. Cuatro trapos cubren sus carnes, ó mejor diré, que por las muchas roturas que tienen las descubren. La habitación está

igualmente rota que el vestido, de modo que el viento y la lluvia se entran por ella como por su casa. Su alimento es un poco de pan negro (1), acompañado de algún lacticinio ó alguna legumbre vil; pero todo en tan escasa cantidad, que hay quienes apenas una vez en la vida se levantan saciados de la mesa. Agregado á estas miserias un continuo rudísimo trabajo corporal, desde que raya el alba hasta que viene la noche. Contemple cualquiera si no es vida más penosa la de los míseros labradores que la de los delincuentes que la justicia pone en las galeras.»

El otro texto es de un poeta, Francisco Gregorio de Salas (2):

No se les puede negar
á los gallegos más legos
que vale por mil gallegos
el que llega á despuntar;
no prueba su paladar,
mas que coles y pan seco,
y hasta el anciano más clueco
baja el verano á segar
con gusto á todo lugar
menos al lugar de Meco.

Es indudable que, en verso y en prosa, abundan las lamentaciones por la despoblación de las regiones del Noroeste; pero en verso y en prosa consta que cuando el ciudadano no se va, sus hermanos le abandonan á la mísera condición de español hambriento.

La imaginación meridional exagera, como es bien explicable, el sentimentalismo de la ausencia. El fenómeno afectivo no necesita un análisis para ser convincente.

---

(1) Prueba de que el pan es artículo de lujo como en tiempos de Feijóo, es que en las ferias de Galicia lo que más abunda son los puestos de ese alimento, que, de trigo, apenas se come en épocas ordinarias.

(2) «Juicio imparcial ó definición crítica del carácter de los naturales de los reinos y provincias de España.»

El ausente no gusta de razonamientos para lamentarse, y el que intrepreta sus angustias las exagera por instinto ó por exigencias de la lírica.

Alberto Lista *(La ausencia)* da la medida exacta de lo que afirmamos:

Nace la aurora, y el hermoso día
brilla de rojas nubes coronado;
en mi pecho, de penas abrumado,
la sonrosada luz es noche umbría.
De las aves la plácida armonía
es para mí graznido malhadado,
y estruendo ronco y son desconcertado
el blando ruido de la fuente fría.
Brotan rosas el soto y la ribera;
para mí, solo, triste y dolorido
espinas guarde el Mayo floreciente.
Que esta es, oh niño Dios, tu ley primera;
no hay mal para el amor correspondido,
no hay bien que no sea mal para el ausente.

A veces es la ausencia purgatorio, tránsito doloroso, pero esperanzado en el triunfo amoroso, como en *La ausencia,* de Juan Pablo Forner:

¡Conque es preciso morir,
contra lo que amor ordena!
Vivir con llanto y con pena
es un amargo vivir.
Yo para tanto sufrir
en más estimo la muerte...
Calla, imprudente, y advierte
que aun cuando tu bien apoque,
la ausencia es piedra de toque
en que amor prueba su suerte.

Y en la poesía del mismo título de José Iglesias de la Casa, confidencia de un amante á la luna, que termina:

.....

Cuéntale con dolor mi amarga nueva,
y por corona de mi triste suerte,
dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte
muy más su ausencia el ánimo me lleva,
que el brazo de la muerte.

Pero cuando el amor no acompaña en su soledad al ausente, como se presume que sucede en general al emigrado por trances de mala fortuna, no es la ausencia por sí sola explicación bastante de los sentimentalismos de la opinión.

Mucho más influye, á mi entender, el horror á lo desconocido, forma quizá del misoneísmo español, que tanto puede ser vicio como virtud de austeridad bien aprovechable para atarnos al solar nativo y cooperar á su engrandecimiento.

Cercados por el mar, hijos de aventureros y colonizadores ultramarinos, las furias del Océano nos asustan, sin embargo, y el viajar no es plato de nuestro gusto. ¿No es algo casi exclusivo de España el lloriqueo de las despedidas en las estaciones? ¿Quién se explica que gentes maduras se aflijan al abrazar á sus deudos cuando se van de veraneo?

Ni la codicia, que tanto alabamos como virtud de nuestros antepasados, justificó en sus tiempos el afrontar los riesgos de la navegación, y no es extraño que en los presentes, menos brillantes, tampoco lo justifique.

Seguimos pensando en general, los que tenemos la vida asegurada en España, como Juan de Jáuregui *(A un navío destrozado en la ribera del mar):*

Este bajel inútil, seco y roto,
tan despreciado ya del agua y viento,
vió con desprecio el vasto movimiento
del proceloso mar, del Euro y Noto.
Soberbio al golfo, humilde á su piloto
y del rico metal siempre sediento,
trajo sus minas al ibero asiento,
habidas en el índico remoto.

Ausente yace de la selva cara,
do el verde ornato conservar pudiera,
mejor que pudo cargas de tesoro.
Así, quien sigue la codicia avara,
tal vez mezquino muera en extranjera
provincia, falto de consuelo y oro.

El conde de Noroña es más de su época y menos de la presente (á pesar de su lirismo rival del de los más notables cronistas contemporáneos), cuando en *Sobre el viajar* dice:

Mira la tierra, mira el firmamento;
en la primera su quietud advierte,
en este su continuo movimiento.
El viajar anima al varón fuerte,
le adquiere honor, su dignidad mejora
y es un tesoro en la contraria suerte.
Si al árbol fuese dado á cualquier hora
cambiar de asiento, remudar de tierra,
ni sentiría la aguzada sierra
ni los golpes de la hacha cortadora.

Pero el miedo á mudar de postura, vase apoderando de nosotros claramente desde el siglo XIX. Escarmientos y desdichas patrias minan poco á poco nuestro espíritu expansivo en forma tal, que la musa popular, como la de los ingenios, no quiere admitir disculpa.

Fué el Dr. D. Gaspar González de Candamo, catedrático de hebreo en la Universidad Salmantina, gran amigo de Meléndez Valdés, y cuando aquél (destinado como canónigo á la catedral de Guadalajara, de Méjico) abandonó la patria, el poeta le advierte, entre apenado y vidente, en esta forma:

¿Huyes, ¡ay! huyes mis amantes brazos,
Dulce Candamo, y entre el indio rudo,
en sus inmensos solitarios bosques,
corres á hallar la dicha que en el seno,

en el fiel seno de tu tierno amigo
el cielo y la amistad te guardan solo?
.....
¡Oh! tente, tente, navecilla frágil,
¿Dó te abandonas?... despeñado noto,
mira cual corre la llanura inmensa
del antiguo Océano, infausto padre
de borrascas y míseros naufragios.
Los ciegos vados, los escollos tristes,
las negras nubes sobre ti apiñadas,
y tanto monstruo que las aguas cría,
miedo y horror al ánimo y los ojos,
mira desventurada; canta el puerto
torna á ganar y deja de mi amigo
la venturosa carga. Amigo, vuelve,
vuelve á mis brazos, y con blanda mano
mis dolorosas lágrimas enjuga.
Tu ciego arrojo á mi sensible pecho
se las hace verter... ¿y más contigo
podrán las leyes de un respeto injusto
la opinión ciega, el pundonor vidrioso,
que la ley santa de amistad? ¿No tienes
aquí cuanto te debe hacer felice?
tus hermanas, tu amigo... ¿y de ellos huyes
y entre bárbaros dicha hallar esperas?

Y si la poesía califica de ciego arrojo el ir á tomar posesión de una canongía, ¿qué extraña puede parecer la advertencia del riesgo, fantásticamente presumido para los infelices que no son *Candamos* ni mucho menos? Así se comprende que al frente de una Memoria oficial sobre la emigración española (1) figure la conocida opinión de Ginard de la Rosa *(La vuelta á la Patria):*

(1) Una de las redactadas en 1883 por la Comisión nombrada para estudiar los medios de contener la emigración por el desarrollo del trabajo.

No dejéis á la Patria aunque un palacio
os brinde soñadora la fortuna;
á vuestro afán le faltaría espacio
lejos del sitio en que os meció la cuna.

Y que en *El Cantábrico,* de Santander, diario que se ocupa constantemente del mismo problema nacional, hayan visto la luz las dos siguientes poesías, que copio á la letra como expresión de un sentir general, digno de tenerse en cuenta·

EL EMIGRANTE

La aciaga vibración de los gemidos
despide al emigrante en su partida,
que va á entablar la lucha por la vida
á sitios que le son desconocidos.

De la tierra, los nervios adormidos
despierta con fecunda sacudida,
y la ley del Progreso, enriquecida,
le rinde los tributos merecidos.

Deja con pena sus nativos lares,
llenando de nostalgia á los hogares
do brillara en un tiempo la bonanza.

Pero lleva mezclada al sentimiento
la sensación extraña del contento
que en las almas engendra la esperanza!

Héctor F. Varela

¡ADÓNDE VAN!

Miradles en silencio; ¿dó caminan?
¿Por qué ese adiós tan lastimero dan?
¿por qué esa pena tan profunda muestran?
¡adónde van!

Las lágrimas sentidas de sus ojos
ardientes brotan en su triste afán,
cual suspiros del alma que pregunta:
¡adónde van!

¡Hijos, atrás que en la misma quedan!
¡mujeres que esperando siempre están!
¡una esperanza allá que nunca tocan!
¡adónde van!

De un buque americano en la cubierta,
entre miseria envueltos, caerán,
esclavos infelices de un tirano;
¡adónde van!

Del sol abrasador sobre sus frentes
muy pronto la influencia sentirán,
apenas toquen la buscada tierra;
¡adónde van!

Después, al ver perdida la esperanza,
en su patria tan sólo pensarán;
pero de esos que el barco ahora lleva,
¡qué pocos volverán!

CAMILO C. CALDERÓN

Más sincera, como nacida del pueblo, es la musa gallega, que por lo menos pone frente á frente dos miserias, la que sufren y la que les espera.

«Cando ningun os mira
vénse rostros nubrados é sombrisos,
homes qu'erran cal sombras voltaxantes
por veigas é campíos.
.....
¡Van á deixá-l-a patria!
Forzoso mais supremo sacrificio.
A miseria está negra en torno d'eles.
¡Ay y adiant'está ó abismo!...»

¡Y aún se habla, en los propios documentos oficiales, de nuestro instinto aventurero! Perdura el recuerdo de las épocas pasadas, tiempos del hampa guerrera, del hidalgo de gotera, de la sed del oro de América... (pero todo ello con las espaldas guardadas; que al fin España bastaba á la vida de sus hijos). Y ante una situación harto distinta, palpando la rémora del apocamiento y la pasividad nacional; como si Alemania, engendrando pueblos, transfundiendo su sangre por las cinco partes del mundo, no fuera un ejemplo digno de tenerse en cuenta, é Italia, irradiando su población por el globo para permitirla que coma, no nos hablara claro, se piden medidas que destierren nuestro supuesto instinto aventurero.

Contra todo lirismo creo necesario desterrar, no ese supuesto instinto, sino el que se opone al de conservación.

Para ello preciso se hace poner al descubierto los errores del sentimiento, que no por ser sinceros, influyen menos en dificultar la apreciación verdadera, realista del problema.

Contiénese uno de ellos, ya apuntado antes, en reducir á la plasticidad del cuadro del buque que parte, la tristeza del mal, creyendo que todos los emigrantes van desesperanzados en el porvenir y pesarosísimos de dejar el suelo natal.

Para los cantores de tales escenas, vates que forman opinión, no existe el flujo y reflujo de nuestras corrientes emigratorias, su forma temporal, el decidido propósito de retornar con *pesos* á la tierra, tan notorio sobre todo en el Noroeste. Como si la poesía fuera incapaz de razonar, fruto indudable de una cultura mediocre, lo desgarrador de la sangría la ciega, y en vez de notas de esperanza se pierde en cantos funerarios.

¡Qué triste la partida
del que volver no espera,
y con húmedos ojos
mira por vez postrera
su madre, sus amores,
su terruño, su hogar!

Del que por siempre marcha
¡qué mísera la suerte!
Cuando su paz le otorgue
piadosa al fin la muerte,
en la tierra que adora
no podrá reposar.
. . . . . .

En la borda apoyados
miran ansiosamente,
como en visión dantesca,
el desfilar silente
de todo lo que un día
su pecho hizo latir;
y en confusión contemplan
las tierras que labraron,
la casa en que nacieron,
la iglesia en que rezaron,
cual fantasmas de un sueño,
entre nieblas huir...

Ya en la lejana orilla
sólo se ve á los cielos
alzarse el silencioso
adiós de los pañuelos.
Ya tan sólo una línea
sin forma ni color...
En un azul sin límites
se borra ya el pasado,
y tras las lejanías
del mar alborotado,
un porvenir se anuncia
de misterio y dolor

Como en tiempos pasados,
zarpan las carabelas;
mas con su voz los vientos,
al empujar las velas,
no glosan como entonces
una marcha triunfal.

Los que parten no cantan
alegres. Sollozantes
como hojas arrastradas
por los vientos errantes,
van con el alma presa
de una angustia mortal. (1)

¡Ay, si los poetas y los cultivadores de la crónica vivieran como viven la mayoría de los que llenan esas carabelas! ¡Ay, si fueran ellos y su público tan numeroso lo que dice el mismo vate en otra estrofa de la misma composición!

Son míseros vencidos,
despojos de la vida
que, muerta la esperanza
y la fe destruída,
abandonan su suelo
y emigran en tropel
como rebaño que huye
de tierras esquilmadas,
como aves errabundas,
como hojas arrastradas
en el doliente otoño
por el cierzo cruel.

No tanto en esta muestra, como en otras nacidas al calor de la actual situación de nuestro espíritu, se advierte el surco doloroso que la guerra colonial trazó en el ánimo con sus desfiles uniformados á través del Océano, y su devolución de despojos humanos, difícil de borrar de la memoria.

La ida y la vuelta de nuestras tropas era de tal modo impresionante, que desde entonces algo nos separa de las tierras americanas, como si perdurara un peligro para los hispanos lejos de nuestras costas; como si el repatriado tuviera por siempre encarnación en un tipo doloroso de evocar.

(1) Del libro *Baladas*, por Luis de Oteyza.

Desde entonces nos hemos divorciado de lo bélico: Con acierto traduce el citado Oteyza el sentir general:

Como en tiempos pasados,
zarpan las carabelas;
mas con su voz los vientos,
al empujar las velas,
no glosan como entonces
una marcha triunfal.
Los que parten no entonan
alegres y arrogantes
de los himnos guerreros
las estrofas vibrantes...
Van con el alma presa
de una angustia mortal.

Ya no son los que llenos
de bizarros ardores,
por su fe y por su patria
tremendos luchadores,
con la cruz y la espada
de su bandera en pos,
en la jornada triste
y en el combate rudo,
á conquistar marchaban
timbres para su escudo,
siervos para sus reyes,
almas para su Dios.
. . . . . .

De aquella noble raza,
cuyo acero potente
obscureció del Inca
el sol resplandeciente
y logró con su empuje
un mundo conquistar,
los hijos atraviesan
de nuevo por los mares,

mas llenos de amarguras,
miserias y pesares:
¡donde reinaron antes,
hoy van á mendigar!

Pero en cambio sigue vibrando en nosotros la fibra patriótica, tan herida en lances con la ausencia relacionados.

No hay tierra como la nuestra, sigue pensándose.

«Dilles que pro seus lares
tornen axiña,
que sin eles non queren
pintar as viñas,
regar os regos,
mardurar as castañas
nos castiñeiros.
Dilles que non ha terra
millor que á nosa,
mais ridentes paisages,
mais frescas sombras,
mais puros ceos
nin luna mais lucente
n'o firmamento.»

Tal dice el cantar gallego, en un arranque patriótico digno de Ovidio (1):

No sé con qué dulce anhelo
ó atractiva elevación
puede más que la razón
el amor del patrio suelo.
.....

Y es que en el alma del pueblo la idea de Patria no es la abstracción política ni de pensamiento, sino algo que, por lo limitado, aún excluye, por grande, el concepto en moda de la

(1) *Expresión del amor á la patria*, de Ovidio, por Antonio de Solís y Rivadeneira.

patria chica. La patria que siente el vulgo y sus traductores no es tampoco la racional, compuesta de caridad piadosa que, según Amicis, desea la prosperidad antes que el fausto, la moralidad antes que la gloria, la luz y el calor de la civilización, limpia de la marca afrentosa de la ignorancia y el hambre; sino el concepto entre poético y materialista, que uno de nuestros primeros líricos expresó admirablemente en su composición *La Cabaña* (1):

Feliz el que nunca ha visto
más río que el de su patria
y duerme anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba.
. . . . . .
Mas ¡ay! para mí no hay dicha
lejos de aquella cabaña,
aquel valle, aquella fuente
que impresas llevo en el alma.
. . . . . .
Más quiero el tranquilo ambiente
que en mi niñez respiraba,
que los ámbares del Ganges
ni los perfumes de Arabia.
Más quiero el grato silencio
de la repuesta enramada,
solamente interrumpido
por las fuentes ó las auras,
que de las soberbias cortes
las bulliciosas estancias,
donde todo es impostura,
todo, hasta el placer, engaña.
Más quiero el humilde lecho,
do fácil el sueño halaga,
que velar medroso y triste
entre ropas de oro y grana.

(1) Alberto Lista.

En la dulce medianía
mi edad dichosa gozara
de envilecida miseria
libre y de opulencia vana.
Bajo la paterna choza
alegres me despertaran,
cuando despunta la aurora,
los trinos de la alborada.
. . . . . .

Este influjo mental patriótico es uno de los elementos que aporta el lirismo á la emigración, porque si no hay patria como la cabaña natal, el río aldeano y la sonora fuente, al que hable mal de ella se impone castigarle en la forma que indica el cantar aragonés:

Aquel que hable mal de España
un castigo ha de tener:
llevarle á una tierra extraña
y no dejarle volver.

La expatriación, la idea de que pueda ser constante, es tenida como pena; el español no necesita alejarse de su cabaña ni es bien visto que proteste si por las tejas rotas se le entra el agua. Para eso,

El español es honrado,
es esforzado y valiente,
es moderado y prudente,
buen marino y buen soldado:
es obediente y callado,
es generoso y sufrido,
ingenioso y advertido (1).
.....

Y debe pensar como Rioja:

Un ángulo me basta entre mis lares;
un libro y un amigo.

(1) F. G. de Salas, obra citada.

¿Es amor filial llevado al límite? ¿Es *jingoísmo?* Basta con que sea un modo de pensar y de ser castizamente español, para que nos importe consignarlo en nuestro trabajo.

También el elemento pasional, el amor, *las faldas,* han aportado sus sentires para deplorar la expatriación. Buena prueba de ello son las *Ausencias,* de Cristóbal de Castillejo; *Un ausente navegando*, de Juan de Jáuregui, y tantas otras expresiones sentimentales de la poesía y del *folklore* español.

Y del mismo modo, dando rienda suelta á la lira, se ha desbordado en himnos románticos, á la vida de la aldea á que parece locura ó insensatez renunciar:

Fabricio, si la vida
en la santa quietud está cifrada,
al pie de esta lucida
montaña de altos cedros coronada,
la gozo más seguro
que el Babel de ese confuso muro.
.....
.....

En estas soledades
vivo contenta, alegre y descansada,
no, como en las ciudades
al bullicio sujeto del estado,
pues no hay mayor desdicha
que á costa de la vida amar la dicha.
.....
.....

Esta quietud adoro,
esta vida pacífica poseo,
no la riqueza lloro;
la ambición, ni la quiero ni deseo;
que en mí las soledades
son las siempre dichosas majestades (1).

(1) *A la quietud y vida de la aldea*, de Antonio Enríquez Gómez.

Amor de la vida sencilla, que explica quizá nuestra alabada austeridad de raza, y que aparece en otros muchos autores con la misma ó parecida forma:

Ya vuelvo á ti, pacífico retiro;
altas colinas, valle silencioso,
término á mis deseos;
faustos me recibid; dadme el reposo
porque en vano suspiro
entre el tumulto y tristes devaneos
de la corte engañosa (1).

La sola excepción en el concierto de alabanzas á la patria, hondamente querida por la lírica en todas sus formas, se encuentra en una modalidad de la emigración que ha caído en desuso; en la emigración forzada por causas políticas. Aun en ésta, fácil es vislumbrar cuánto el despecho influye para dar por buena la expatriación, y cómo se muestra claramente en todas nuestras épocas históricas ese nefasto criticismo español que convierte siempre la cosa pública en material apto á la política de campanario estéril y contraproducente.

¿Destiérrate de tu hermosa
patria alguna vil cautela?
Porque la virtud desvela
á la envidia perezosa.
No llores ni se te acuerde
de estimarla, que en perdella
nada pierdes; antes ella
te llore, pues que te pierde. (2)

Más palpable es el ánimo despechado de Moratín en sus celebrados versos *La Despedida:*

Nací de honesta madre: dióme el cielo
facil ingenio en gracias afluente,
dirigir supo el ánimo inocente
á la virtud el paternal desvelo.

(1) *Mi vuelta al campo,* de Juan Meléndez Valdés.
(2) *A un amigo desterrado*, de Gabriel del Corral.

Con sabio estudio, infatigable anhelo,
pude adquirir coronas á mi frente:
la corva escena resonó en frecuente
aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.
Dócil, veraz, de muchos ofendido,
de ninguno ofensor; las musas bellas
mi pasión fueron, el honor mi guía.
Pero si así las leyes atropellas,
si para ti los méritos han sido
culpas, adiós, ingrata patria mía.

El mismo Alberto Lista, tan amorosamente sencillo y plácido en *La Cabaña,* desborda de ira y condenaciones contra su patria en *El Emigrado de 1828,* pintando la situación de España en aquella época, en términos que justifican la huída de sus hijos ó una cruenta revolución:

Huye, Ernesto infeliz, huye este suelo
que devora sus raros habitantes
y no conoce la virtud; do cubre
alma de tigre máscara alevosa
de religión mentida; do el perverso
en el nombre de Dios mata y sonríe
y á su víctima insulta; do envenena
el vil error de la moral la fuente.
Ni el trono está seguro ni la choza
de su furia infernal... ¡Ay del monarca
que en reprimirla piense! Mil legiones,
agavilladas de furiosa plebe,
bajo la enseña de la paz, los hurtos
defienden, que á la estúpida ignorancia
un tiempo hicieran la ambición y el dolo;
y el yugo asolador que los oprime,
la noble inteligencia embruteciendo,
proclaman ley del cielo sacrosanta (1).
.....

(1) En el mismo tono de dureza continúa la composición, bien conocida para que necesitemos insertarla íntegra.

Salvo los políticos, el emigrado recuerda con afecto sus lares, por miserias y amarguras que en ellos haya sufrido. Está ese cariño tan en nuestra idiosincrasia, que el temor á las añoranzas nos inmoviliza y lo esgrimimos como arma poderosa para advertir al que pretende abandonarnos.

Nunca refrán alguno se acomodó menos á nuestro modo de ser, como el que asegura «ojos que no ven, corazón que no siente». Muy al contrario somos. En nuestra poesía clásica hasta del pobre Manzanares se añora:

Ausente en tierra extranjera
un español desgraciado,
la faz vuelta al suelo amado,
se queja de esta manera:
«Del paterno Manzanares
dulces vegas, dulces prados,
¿cuándo me darán los hados
que consoléis mis pesares?

Dejando vuestra alegría,
dejé padres, dejé amores,
y aquí tan sólo dolores
circundan el alma mía.
Del paterno Manzanares, etc.

Volvedme el suelo querido
que la crueldad me cierra;
vea yo la santa tierra,
do mi niñez ha crecido.
Del paterno Manzanares, etc.

Vea yo el nativo techo,
vea el bien por quien respiro,
y en sus labios el suspiro
pueda exhalar de mi pecho.
Del paterno Manzanares, etc. (1).»

(1) *El Proscripto*, canción, de Manuel Noberto Pérez del Camino.

Y abundan los idilios á la ausencia, como el tan sentido de Moratín, que empieza:

> Prófugo, triste, en mi destino incierto,
> dejé mi choza y mis alegres campos
> y los muros de Mantua generosa...
> . . . . . .

Los hijos de esta musa triste, que engendró pálida y llorosa la *morriña* gallega (he ahí un sentimiento puramente regional, digno de un estudio particular), siguen multiplicándose en nuestros días. Entre las varias poesías de actualidad que tengo registradas, muestras en su mayoría de ingenios provincianos, hay una titulada *Los sueños de un emigrante*, que termina con la fórmula usual y sencilla de la *morriña* vulgar:

> ¡Patria querida, te amé
> allende las lejanías,
> y por las noches y días
> mucho contigo soñé!

El vate, sin brillantez ni preceptiva, lo dice claramente: la *morriña* es un sueño constante, que oprime el corazón y ata al emigrante con cadenas nostálgicas á la tierra querida, por lejana que esté.

¿Que al emigrante, pese á *morriñas* ó añoranzas, le va bien por allá? ¡Qué le importa á la poesía! Si los no poetas, prensa, opinión, políticos, hombres de estudio, creen cumplido su deber, lamentando la partida é increpando al Gobierno en candelero por consentirla, ¿por qué la lira ha de ser más serena é imparcial? Ni la situación del emigrante, luchando por la vida; triunfando, tantas veces, en la pelea; ni el gozo de verlo retornar en los mismos buques, tan condenados cuando con él partían, interesan á nadie, por lo menos públicamente. Es preciso ver las cosas tristemente, sin descomponer el cuadro melancólico, trazado para en épocas fijas hablar de emigra-

ción. Hasta hay quien supone que los pobres emigrantes no deben volver.

. . . . . .

Y al recordar de aquellos
bravos conquistadores
las hazañas, se aumentan
sus amargos dolores;
pensando lo que fueron,
lo que son sienten ser.
La vergüenza acibara
de su pesar las hieles:
¡no volverán, como ellos,
cubiertos de laureles,
y marchan comprendiendo
que no deben volver!...

. . . . . .

He llegado á dudar de cronistas y poetas, tanto como de los políticos, porque en unos y otros (que en junto son toda España, mezcla de imaginación y prosaísmo) veo claramente que lloriquean por los emigrantes, llevados de sentimientos egoístas.

«Este vaise y aquel vaise
e todos, todos se van:
Galicia, sin homes quedas
que te poidan traballar.
Tes en cambio orfos y orfas
e campos de soledad
e nais que no teñen fillos
e fillos que no teñen pan.
E tes corazons que sufren
longas ausencias mortás,
viudas de vivos é mortos
que ninguen consolará.»

Dice Rosalía de Castro, con amargura, pero lamentando el éxodo, porque los no emigrantes se quedan sin pan, y los

campos sin trabajar. Lo mismo alega la burguesía gobernante contra los que se van. Y cabe preguntar: ¿qué hacéis todos para que se queden?

La respuesta envuelve todo un programa de regeneración nacional.

PEDRO SANGRO Y ROS DE OLANO

ESPÍRITU GENERAL DE DUALIDAD

Nada hay en el mundo que sea simple, sino que todo cuanto en él existe resulta más ó menos complicado. Si así no lo fuera por su naturaleza, bastaba con que la malicia humana no hubiera tardado en establecer semejante *dualidad*, cuando no multiplicidad, hasta el punto de haber inducido á alguien á sostener que el lenguaje fué inventado para engañarse los hombres mutuamente. Y en verdad, si se tiende una mirada escrutadora por todas las situaciones de la vida, no se tardará en echar de ver como no existe cosa que, á semejanza de las medallas, no ofrezca á la contemplación del espectador su anverso y su reverso, si no ya las varias facetas de un prisma pentagonal; por algo dijo el prisionero de Santa Elena, que «á todo aquello que no esté fundado sobre bases física y matemáticamente exactas, siempre podrá hacérsele alguna objeción». Pues bien, á demostrar semejante aserto tiende el contenido del presente borrón.

En cierta ocasión dijo el Dr. Tamponnet á varios compañeros suyos, que se comprometía á probar la existencia de multitud de herejías que contenía el *Padrenuestro*, si no se supiera de qué boca divina había salido tan sublime oración; y como le instaran los oyentes á que hiciese buena su proposición, he aquí los subterfugios á que apeló para salir airoso de su compromiso.

«*Padre nuestro que estás en los cielos.*

»Proposición que trasciende á herejía, por cuanto Dios se

»halla en todo lugar. Hasta puede existir en este enunciado »cierto sabor á socinianismo, dado que nada se dice en él refe- »rente á la beatísima Trinidad.

» *Venga á nós el tu reino, y hágase tu voluntad, así en la tie- »rra como en el cielo.*

»Proposición que tiene igualmente sus dejos de herética, »puesto que se dice infinidad de veces en la Sagrada Escritu- »ra que Dios reina eternamente. Además, resulta temerario »eso de pedir que se cumpla su voluntad, dado que nada se »hace ni puede hacerse sin intervenir la voluntad del Señor.

»*El pan nuestro de cada día dánosle hoy.*

»Proposición directamente contraria á lo que ha emanado »en otra ocasión de los divinos labios del Salvador del mundo, »al decir: «No preguntéis qué es lo que habéis de comer ó be- »ber, como hacen los gentiles... Pedid tan sólo el reino de los »cielos, y todo lo demás os será dado de añadidura.»

»*Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos »á nuestros deudores.*

»Proposición temeraria que compara el hombre á Dios, »que destruye la predestinación gratuita y enseña que Dios »está obligado á comportarse con nosotros en los mismos tér- »minos que nosotros usamos con nuestros semejantes. Además, »¿quién le ha dicho al autor que nosotros nos mostramos in- »dulgentes con nuestros deudores? ¡¡¡Perdonar!!! Ni un cénti- »mo. El que deba, que pague hasta el último cuadrante, aun- »que se quede más seco que un bacalao.

» *Y no nos dejes caer en la tentación.*

»Proposición escandalosa y manifiestamente herética, aten- »to á que no hay más espíritu tentador que el diablo, puesto »que, como se dice expresamente en la epístola de Santiago, «Dios es intentador de los malvados, y á nadie tienta.»

«Ya veis—concluye el Dr. Tamponnet—como no hay nada, »por respetable que sea, á que no se pueda dar un sentido »avieso ó una interpretación maligna. Siendo esto así, como »en efecto lo es, ¿qué libro habrá en el mundo que se crea exen-

»to de la censura humana, si se puede atacar hasta la *oración* »*dominical*, interpretando sofística y diabólicamente todas las »palabras divinas de que se compone?... Así se explica el que »si entregáis un libro á las prensas, tal feligrés os acuse de he»rejía; este pinche de seminario os delate á la Inquisición; »aquel individuo que no sabe leer os condene; el público se »mofe de vosotros; el librero os abandone, y el vinatero se »niegue á seguir fiándoos. Por eso, cuando rezo el *Paternoster*, »añado siempre á esta oración la siguiente coletilla: *Y líbrame,* »*Dios mío, del furor de componer libros.*»

Ahora bien: siguiendo ese procedimiento de argumentaciones artificiosas y sofísticas, no hay teoría en que, el que se proponga, no descubra falsedades religiosas, filosóficas, científicas, históricas, literarias, artísticas, en fin, de toda clase, sin excepción. Y con el objeto de no extendernos más en la contemplación de esta fase de la *dualidad,* recuérdese que al omitirse en el *Credo* las palabras *Jesucristo padeció bajo el poder de...,* lo que resulta de lo que sigue es que *Poncio Pilato fué crucificado, muerto y sepultado;* procedimiento falso cuanto ridículo, pero procedimiento muy seguido por muchos individuos pertenecientes á la familia curialesca, así como por no pocos partidarios de ciertas escuelas dogmatizadoras en que el elemento de tergiversación y sofisticación de todo género constituye la base fundamental de la charlatanería, en que estriba su método de argüir.

*
* *

Fijemos ahora la vista en el terreno político, donde tantos y tan variados paisajes se ostentan á la contemplación del espectador, por lo que contentarnos hemos con exponer uno tan sólo, pero que vale por mil, así por su argumento como por lo bien trazado de la pluma que lo delineó (1). Dice así:

(1) D. Narciso Campillo, esclarecido ingenio sevillano, fallecido pocos años há. Publicóse en *El Porvenir*, diario de Sevilla, 24 de Octubre de 1864.

ESCENAS ENTRE DOS MAJOS DE FRAC

(La acción pasa en la China.)

DON PEDRO.—DON CIRILO.

—Al pretender ese cargo,
no lo pensó usted, don Pedro:
es destino trabajoso,
comprometido, y sin sueldo.
¿Juzga usted que es cosa fácil
desempeñar ese puesto?
¿Que no va á pisar usted
resbaladizo terreno?
=Lo sé; mas me sacrifico
por el bienestar del pueblo.
—Usted es hombre ocupado;
y aunque bullidor, travieso;
para sus mismos negocios,
¡es claro! le falta tiempo.
¿Y no considera usted
que es acción de majadero,
el abandonar lo propio
para gobernar lo ajeno?
=Lo sé; mas me sacrifico
por el bienestar del pueblo.
—Mire que son necesarios
probidad, saber, talento,
actividad incansable,
rectitud y dón de acierto.
Si una sola de estas cosas
llegase á faltar, Don Pedro...
vamos, piénselo despacio;
soy su amigo, y se lo ruego.
=Lo tengo pensado todo,
y...al decirlo me enternezco:

yo me ofrezco humilde víctima
por el bienestar del pueblo.
—Se necesitan estudios,
y usted me parece lego.
=Es verdad, mas si los libros
jamás mis amigos fueron,
en la ciencia de Mercurio
me ejercité años enteros;
y, sobre todo, me inspira
la felicidad del pueblo.
—Pero, señor, ¿cómo ó dónde
se hà inflamado en ese zelo?
Ayer pancista, hoy patriota...
¡si lo miro, y no lo creo!
¿Le gustan los besamanos
y los regios bailoteos?
¿Busca usted alguna cruz?
¿Es afecto al mangoneo?
=¡Cállese usted, Don Cirilo!
¡Hasta encarnado me he puesto!
Si soy yo tan ruboroso...
¿Yo cruces, yo bailes regios?
¡Lejos de mí tales cosas;
soy casado, y callos tengo:
lo único que me entusiasma,
es el bienestar del pueblo! *(Vase.)*

DON CIRILO *(solo).*

(Mientras habla, suena música de violón.)

Quizá estaré equivocado:
ese entusiasmo... ese fuego...
Obra Dios milagros tales,
que no hay más sino creerlos.
Se ha trasformado; es un Bruto;
su fervor lo tiene ciego;
es mucha su abnegación
por servir al triste pueblo:

¡ir á abandonar lo propio,
para cuidar de lo ajeno!
¡Vamos!... Don Pedro es un tonto;
es un santo este don Pedro.
Dios, que tan alto le inspira,
lo lleve á seguro puerto.

DON CIRILO. — DON PEDRO.

(Han pasado algunos meses.)

—Felices, don Pedro amigo.
=Don Pedro dijo; ¡oh vergüenza! *(ap.)*
Don Cirilo, ¿usted ignora
tal vez que tengo Excelencia?
Esta placa, mi alto puesto,
bien claro lo manifiestan.
—¡Me engañé! mas le suplico
que me perdone Vuecencia.
Vengo á hablarle de ese pueblo
por quien tanto se interesa.
=Déjeme de populacho,
que ya me carga y me apesta.
¿Quién piensa en esos partidos
cuando tanto afán le cerca?
No puedo; me falta tiempo:
el baile de la marquesa...
besamanos en Palacio...
el banquete de... ¡friolera!
y luego, si llega tarde
esa carretela nueva...
¡Ah! y ahora estoy labrando
unas casas, que me cuestan...
¡oh pueblo! ¡mira tu víctima,
que sólo tu bien desea!
—Pues populacho, hace poco
que le llamaba Vuecencia.
=Perdona, Cirilo amigo:

con las públicas tareas,
ni sé lo que estoy diciendo;
se me aturde la cabeza:
conque, Cirilillo, adiós.
—Vaya con Dios Su Grandeza,
Usía, Su Santidad,
Su Majestad, Su Eminencia...

Don Cirilo *(solo).*

Aprended, flores, de mí
las mutaciones del tiempo;
y yo, necio, le decía:
«Cuidado con el empleo;
mire usted que se arruina;
piénselo usted bien, don Pedro.»
Y contestaba el tunante
con los ojos en el suelo:
«Lo sé; mas me sacrifico
por el bienestar del pueblo.»
Con tantas cintas y cruces,
es un retablo su pecho:
va á los bailes... labra fincas...
banquetes... coches... jaleos...
y lo hace todo, no hay duda,
sólo por servir al pueblo.
¡Qué bien cuadran á este pillo,
del gran Calderón los versos!
Yo conocí á un tal por cual,
que á cierto conde servía,
y Sotillo se decía;
creció un poco su caudal;
salió de mísero y roto;
hizo una ausencia de un mes;
volví á encontrarle después,
y ya se llamaba Soto.
Vino á fortuna mejor
(era su nombre de gonces);

hízose rico, y entonces
se llamó Sotomayor (1).
¡Qué lástima de garrote
arrinconado por grueso!
¿De qué sirven los presidios
si esos nenes andan sueltos?
Semejantes servidores
son los amos verdaderos;
¡quítate las telarañas
de los ojos, pobre pueblo!

***

Si en esferas de tamaña importancia y trascendencia, relativamente consideradas, como las que acabamos de transcribir, se dan antítesis tantas y tan diversas, ¿qué no ocurrirá en el terreno cuya jurisdicción pertenece al dios Momo?... Sí, no hay dudarlo: bajo la máscara de la ficción, ya sea en forma de apólogo, parodia, sátira ó de cualquiera otra especie, desde los tiempos más remotos hasta la fecha, se han venido declarando las verdades más trascendentales é inconcusas de un modo parecido al que emplea el farmacéutico con la píldora para hacerla pasar más fácilmente por el garguero del paciente, que es, dorarla á la vista y darle un baño de azúcar en obsequio al paladar. Sentados estos precedentes, procedamos á penetrar ahora en este vasto cinematógrafo, limitándonos á recorrer tan sólo unas cuantas vistas, pues, de no hacerlo así, nos faltaría tiempo y espacio para contemplar tantos y tan varios aparatos ópticos como de este linaje nos ofrece la sociedad; y comience funcionando D. Tomás de Iriarte, mediante su fábula dedicada á

LA MONA

Aunque se vista de seda
la Mona, Mona se queda.
El refrán lo dice así;
yo también lo diré aquí,

(1) De *El Ingrato*, comedia famosa de Calderón de la Barca.

y con eso lo verán
en fábula y en refrán.
Un traje de colorines
como el de los matachines,
cierta Mona se vistió;
aunque más bien creo yo
que su amo la vestiría,
porque difícil sería
que tela y sastre encontrase.
El refrán lo dice; pase.
Viéndose ya tan galana,
saltó por una ventana
al tejado de un vecino,
y de allí tomó el camino
para volverse á Tetuán.
Esto no dice el refrán;
pero lo dice una historia,
de que apenas hay memoria
por ser el autor muy raro;
(y poner el hecho en claro
no le habrá costado poco).
Él no supo, ni tampoco
he podido saber yo,
si la Mona se embarcó,
ó si rodeó tal vez
por el istmo de Süez:
lo que averiguado está
es que por fin llegó allá.
Vióse la señora mía
en la amable compañía
de tanta Mona desnuda;
y cada cual la saluda
como á un alto personaje,
admirándose del traje
y suponiendo sería
mucha la sabiduría,
ingenio y tino mental
del petimetre animal.

Opinan luego al instante
y *némine discrepante*,
que á la nueva compañera
la dirección se confiera
de cierta gran correría
con que buscar se debía
en aquel país tan vasto
la provisión para el gasto
de toda la mona tropa.
(¡Lo que es tener buena ropa!)
La directora, marchando
con las huestes de su mando,
perdió, no sólo el camino,
sino, lo que es más, el tino;
y sus necias compañeras
atravesaron laderas,
bosques, valles, cerros, llanos,
desiertos, ríos, pantanos,
y al cabo de la jornada
ninguna dió palotada;
y eso, que en toda su vida
hicieron otra salida
en que fuese el capitán
más tieso ni más galán.
Por poco no queda Mona
á vida con la intentona;
y vieron por experiencia
que la ropa no da ciencia.
Pero, sin ir á Tetuán,
también acá se hallarán
monos que, aunque se vistan de estudiantes,
se han de quedar lo mismo que eran antes.

Creo que no se puede expresar de mejor modo como hay trajes propios de algunas profesiones de todas clases, con los cuales aparentan muchos individuos un talento que no tienen, pues no es nuevo eso de que *el hábito no hace al monje;* así es

que, una vez presentada la ocasión de tener que poner manos á la obra, *tira el diablo de la manta, y se descubre el pastel.* ¡Cuántos de estos lances no se repiten á cada paso en el gran teatro de la vida humana, tratándose de oposiciones, desempeño de cargos graves, dictamen sobre consultas, resolución de problemas espinosos, etc., en que la injusticia pone de manifiesto la ignorancia ó la malicia por parte de quien la cometiera!

***

D. Rafael José Crespo, más conocido en la república de las letras por su novela contra la incredulidad, intitulada *Don Papis de Bobadilla,* que por su colección de *Fábulas morales y literarias,* publicó éstas el año de 1820 en Zaragoza, de cuya Universidad era catedrático de Leyes.

En sentir de D. Miguel Agustín Príncipe, «tiene Crespo entre sus *Apólogos* algunos que, aunque no sin trabajo, podrían muy bien refundirse, y que, corregidos convenientemente por un hombre de talento y de gusto, resultarían buenos y aun excelentes; pero tales como su autor los dió á luz, es imposible que satisfagan aun al menos descontentadizo».

Sea de ello lo que quiera, y sin dejar de convenir en que alguna parte de razón, no toda, asiste al crítico fabulista cuyas palabras acabamos de transcribir puntualmente, pasemos á presentar una nueva prueba de *dualidad,* realizada en ciertos casos en que, so capa de prestar un servicio al prójimo, se le irrogan verdaderos perjuicios de mayor ó menor consideración.

EL CONDE Y EL JARDINERO

Fué á pasar unos días
entre zambras, bullicio y cacerías
á sus tierras un conde.
Yendo yo no sé dónde,
ve á un rústico bajar de una colina.
—Paisano, venga acá: ¿dónde camina?

—En busca de un amigo
que me ayude á pillar á mi enemigo:
entienda su merced que es un conejo
gordo, que apenas cabe en el pellejo.
Este animal malvado
en mi jardín está domiciliado;
á media noche sale callandico;
su ¡Dios me guarde! hocico
los árboles desflora,
las graciosas anémonas devora.
Diréis: «Ponle artimaña...» ¡Oh! no vale;
es un bicho, señor, que dellas sale.
—¿Bicho?—el conde soltó.—¿Conque eso pasa?
Pues contadme mañana en vuestra casa:
las habrá con mi perro, que es un gato
en eso de uña corva y buen olfato;
aunque sea el mismísimo berzoque,
no le valdrá, en verdad, ni rey ni roque.—
Puntual al otro día,
va al jardín entre alegre compañía.
El ¡ah de casa! fué sin cumplimiento;
entran, toman asiento;
y el conde dice:—Amigo, estoy cansado,
y á fin de no tardar, no he almorzado.
¡Hola! ¡mi cocinero, á la oficina!—
En esto una mozuela se avecina:
—¡Oh ninfa, á par de flor graciosa y bella!
Bien merece ser reina esta doncella:
ese yo no sé qué de cara y lomo
mil galanes tendrá yo no sé cómo.—
Diciendo el conde así, toma su mano,
á su lado la asienta, y muy urbano
la dice ciertas cosas á la oreja;
ya la ase la otra mano, ya la deja;
el padre observa que ella se sonroja,
y de cascos adentro algo se enoja.
Mientras esto pasaba,
el cocinero arremangado andaba

con el cuchillo en mano
no dejando, á mi ver, títere sano.
Por fin salen humeando los platillos;
mascan á dos carrillos
el conde y sus adjuntos,
sin hacer oración por los difuntos,
diciendo:—Es menester hacer justicia:
este jamón parece de Galicia.
¡Alto! á beber. ¡Oh! ¡Pese al rey Don Sancho!
Llenadme el vaso bien, que no es muy ancho.
A fe que el moscatel es peregrino:
¡Tres higas al doctor con este vino!
Así el conde decía,
y entre pecho y espalda introducía
jamón, gallina y vino lindamente.
Su comitiva, que era de buen diente,
al él mascar, mascaba,
y al él sorbos echar, sorbos echaba.
Luego, el buen caballero
manda bajar cebada del granero,
porque están los caballos uno á uno
aguardando también su desayuno.
En fin, manda en la casa, come, bebe,
y á la muchacha á cortejar se atreve.
Concluído el negocio de la mesa,
los caballos ensillan á gran priesa;
suena la trompa, al perro se desata,
entran en el jardín: éste maltrata
el tablero de olivos y granados;
aquél destroza flores y emparrados;
uno corre á galope entre sandías;
otro del pepinar aja las guías.
Al fin sale el conejo
del hueco de un albérchigo ya viejo;
corre, síguenle, aguija,
y huye por una hendrija
que halla por accidente en el cercado.
Presto, de orden del conde, hace un criado

un portillo espacioso, lo bastante
para salir detrás de Juan Liante
conde, pajes, caballos, perdiguero,
ítem más, su merced del cocinero.
Cuando ya los vió fuera
el rústico, exclamó de esta manera:
—Pardiez que estos señores,
en legumbres, en árboles y en flores
han hecho en diez minutos mayor daño
que harían mil conejos en un año.
¿Mil? Y eso aunque hembras fuesen,
y conejos sin fin aquí pariesen.
¡Ojalá que escarmiente en mí el Estado
que, por leves injurias irritado,
se decide á la guerra,
y ejército auxiliar trae á su tierra!
¡Mayor mal que le haría el enemigo
le harán tal vez las tropas de su amigo!

Por los antecedentes últimamente expuestos se echará de ver como, digan lo que quieran los sinonimistas, no siempre resultan idénticos en su valor ó significación los vocablos *ayuda* y *jeringa*.

***

En el terreno paremiológico ó proverbial abunda el espíritu de *dualidad*, que es un prodigio. Unos cuantos ejemplos de esta fase, y nada más, porque la cosecha abunda, harán buena nuestra aseveración.

Cuanto chupa la abeja, miel torna; y cuanto la araña, ponzoña.—La acertada ó la torcida aplicación que de unos mismos principios sanos de suyo se hace, es causa de que los resultados lleguen á ser buenos, ó al contrario.

Detrás de la cruz está el diablo.—En no pocas ocasiones, tras de una apariencia virtuosa, reside cierto espíritu de perversidad.

Lo contrario sucede á veces en otro terreno con aquellos

sujetos cuyo exterior poco ó nada los recomienda, pues se suele decir de ellos que

Debajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor; con lo cual se prueba que no se debe juzgar por las apariencias.

Mudanza de tiempos, bordón de necios.—Entraña un doble significado, á saber: Da pruebas de necedad el que no se mueve con el intento de mejorar de fortuna, diciendo constantemente que espera su bienestar futuro del cambio de los sucesos que acarreará el tiempo; y también, que: Las personas cortas de genio ó que carecen de conversación no saben hablar de otra cosa en visita sino de que si hace buen tiempo, si malo, si va á llover... y otras sandeces ó vulgaridades por el estilo.

Quien calla, otorga.—No siempre; porque, en ocasiones, el que calla no dice ni *sí* ni *no*.

A ti te lo digo, hijuela; entiéndelo tú, mi nuera.—Hay lances en la vida en que se da el golpe, no por él, sino por lograr el rebote que del mismo pueda resultar.

Por atún, y ver al Duque.—Muchas diligencias se practican con un doble fin, aparente el uno y oculto el otro, á la manera que en lo antiguo iban no pocas personas á las almadrabas, más que en busca de la pesca de los atunes, á pedir mercedes al Duque de Medina Sidonia, que es el personaje á que alude el refrán. Análogo á éste es aquél que dice: *De una pedrada matar dos pájaros.*

Pidió el goloso para el deseoso.—Muchas veces pide uno indirectamente en cabeza ajena lo que directamente desea alcanzar en provecho propio.

¿Y qué decir ahora del murciélago, mitad cuadrúpedo y mitad ave?

¿Y qué del soplo del aire, que enfría el manjar caliente, y aviva el fuego tardo en aumentarse?

¿Y qué de quien ostenta aspecto de bienaventurado, al par que posee uñas de gavilán?

. . . . . .

. . . . . .

Que todos esos procedimientos y varios otros análogos, son harto á propósito en quien los emplea, para poder comer á dos carrillos, dado que, de tejas abajo, la vergüenza y la conciencia son hembras que de nada sirven y para todo estorban.

Al tratarse del particular que traemos ahora entre manos, no es tampoco para olvidada la circunstancia que entraña la mayoría de los vocablos de todas las lenguas, respecto á asumir muchos y muy diversos sentidos ó significados; circunstancia que, dicho sea de paso, contribuye á engendrar el *equívoco*, una de las fases más galanas que ostentan las lenguas en general. Seré también parco en la totalidad de las pruebas que procedo á aducir, por cuanto nadie ignora que el campo no puede ser más dilatado de lo que en realidad es.

Aunque pobre y en pelota,
mal de ricos me importuna,
por que al mar de mi fortuna
no le faltase una *gota*.

Gota, mínima porción de líquido; *gota,* enfermedad.

En un cartelón leí
que tu obra baladí
la *vende* Navamorcuende:
no has de decir que la *vende,*
sino que la tiene allí.

Vender, enajenar un objeto por medio de cierto precio convenido; *vender,* tener ese objeto con destino á la venta, aun cuando no llegue ésta á realizarse.

Traje de moda muy fino
gasta Juana la elegante,
pero nada es semejante
al pañolón de *merino*.
Gil, que celebrarlo oyó,
dijo con tono sincero:
«Pues señores, el *carnero*
que da la *lana*, soy yo.»

Carnero, el macho de la oveja, de cuya raza merina se obtiene la mejor lana; *carnero*, el marido consentido.

A un Juan Bragas, jugador,
le reñía su mujer,
y él solía responder
en tono amenazador:
«Mira, mujer, ya están hartos
mis oídos de sandeces;
si la paciencia me cueces
y voy allá, te *hago cuartos.*»
Y á su vez, á éstos reproches
ella decía: «Juan Bragas;
más vale que me *los hagas*,
que no que me *los derroches.*»

Hacer cuartos, destrozar, ó hacer pedazos; y también, juntar dineros.

El Marqués y su mujer
contentos quedan los dos;
ella *se fué á ver á Dios*,
y á él le *vino Dios á ver.*

Irse (uno) *á ver á Dios*, morirse; *venir Dios á ver* (á uno), recibir éste alguna satisfacción, ó en sentido irónico, experimentar algún contratiempo.

Tenía un caballero encerrados en su despensa dos jamones y unos lomos, á los cuales puso la puntería un criado suyo, descerrajando al efecto la puerta que los guardaba y con los cuales cargó, pero sin hacer caso de unas *lenguas* que también allí había, por empezar éstas á *malearse.* Sorprendido *in fraganti* el ladrón, díjole su amo:

—Bribón, ya que te llevabas eso, ¿por qué no cogiste también las *lenguas,* á fin de no dejar carne alguna en la casa?

—Señor, por quitarme de *malas lenguas.*

Lenguas malas, dañadas ó putrefactas; *malas lenguas,* personas murmuradoras.

Pisando el umbral de una finca de buen aspecto un caballero que deseaba averiguar las señas de cierta persona, como quiera que salía al mismo tiempo á la calle un sujeto, cuyo porte trascendía más al papel de dependiente que no al de amo, se encaró con él preguntándole sin ceremonias de ningún género:

—¿Es usted de la casa?

—No, señor—se apresuró á contestarle el interrogado:—antes al contrario, la casa es mía.

Ser (uno) *de la casa,* habitarla, ó desempeñar algún cargo en ella; *ser la casa de* (uno), pertenecerle en propiedad.

***

La composicioncita siguiente, que (dicho sea entre paréntesis) tiene tres pares de bemoles, envuelve un doble sentido completamente antitético, y el cual no sería fácil de ser desentrañado por la mayor parte de los lectores si á su texto no se acompañara la clave del enigma. Trátase, pues, de una hembra que, contrariada en sus amoríos, está resuelta á huir de su familia para unirse al hombre que tiene cautivado su corazón, y con el objeto de hacerle creer todo lo contrario, le dirige la siguiente embozada carta:

«Mamá: abrasada en el amor del Señor
he decidido tomar el velo de religiosa en San
Francisco, estoy resuelta á abandonar para siempre
este engañoso mundo, entrando hoy en
el convento sin que para tal resolución me arredre
la desaprobación de parientes y amigos ni
lo que diga de mí la sociedad. Llega un momento
santificado por la inspiración divina
en que la mujer que sabe sentir desprecia
cuantos halagos y adulaciones se la prodigan, y

hasta los respetos humanos, prefiriendo gozar
en el misterioso silencio de la vida monástica
de aquellos amorosos deliquios en que el alma
puesta en comunicación con Jesucristo
se sublima á las dichas inefables del
que ha sabido resistir las seducciones del profano
amor. En esta embelesante fruición
concentrada el alma en las delicias de la religión
todo lo olvida y lo desprecia todo.
¡Gracias, Dios mío, que pude librarme del peligro!
¡Qué felicidad puede compararse con ésta!
Yo exclamaré con la Esposa de los Cantares:
«Toda soy para mi amado, y mi amado para mí
Ven del Líbano, ven, he aquí tu sierva».

»Separada del mundanal ruido
al lado de las vírgenes de Sión
podré en la soledad consagrarme
á la contemplación del Paráclito y
á los éxtasis embriagadores del amor
divino. ¡Oh dulcísimo retiro del claustro!
Mamá mía, no por eso olvides á tu hija
en tus oraciones, porque es indudable que
las tentaciones malas se conjuran
con plegarias fervorosas, y Belcebú nada puede
contra aquellas almas que son sencillas á la voz
de El que murió en una cruz por la salvación
del hombre. ¡Cuán admirable es el misterio de la
Redención! ¿Y quién es capaz de resistir la
atracción que ejerce sobre nuestra alma el
encanto de la mujer fuerte que parece ser de
otro sexo más privilegiado que el nuestro
al vencer animosa los malos instintos?
¿Quién tan poderoso que me separe de mi Padre y Señor? Ni Satanás con todo su séquito. Perdona el disgusto que te causa
mi separación; y aquí espera tu bendición
tu amante hija

MARÍA.»

Buen punto debía de ser la autora de la tal carta acabada de transcribir, cuya intencionada redacción estriba en leerse un renglón sí y otro no; esto es, hacer caso omiso de los renglones pares en la lectura para la inteligencia de su verdadero sentido, con cuyo procedimiento se obtiene la verdad del caso, el cual resulta diametralmente opuesto á lo que pinta la letra, y es como sigue:

> «Mamá: abrasada en el amor del Señor
> Francisco, estoy resuelta á abandonar para siempre
> el convento, sin que para tal resolución me arredre
> lo que diga de mí la sociedad.» Etcétera.

*
* *

Tampoco deja de tener miga el caso siguiente, si bien no se trate ya de una cuestión de carácter doble, sino, lo que más es, cuádruple. Pero antes necesitamos descender á entrar en ciertas consideraciones enderezadas á la mejor inteligencia del particular.

En el lenguaje hablado, todo concurre á dar á entender con más ó menos claridad las ideas que se propone transmitir aquél que habla, pues el tono, las pausas, y hasta la acción vienen á ser auxiliares los más poderosos de aquello que intenta manifestar; pero, en el lenguaje escrito, no sucede lo mismo, dado que el papel viene á ser como un cuerpo inanimado, y por lo tanto, sin voz y sin movimiento: de aquí el que no baste escribir bien las palabras, esto es, con las debidas letras, sino que se necesita además hacer un uso adecuado de los signos de puntuación, signos auxiliares de la escritura, que en cierto modo vienen á dar vida, expresión y colorido al lenguaje escrito. Esta necesidad imperiosa de escribir bien para darse á entender con toda claridad, me precisa á tocar ahora un punto tan esencial, cuanto generalmente descuidado, en la primera enseñanza, y es: *los graves inconvenientes que pueden resultar, y que de hecho resultan, de la omisión, ó del uso desacertado, de los signos ortográficos.* Para ello no me valdré de

teorías áridas, ni emplearé el tono y estilo pedagógico; nada de eso: tratando de unir lo útil con lo agradable, voy á presentar dos acertijos á la consideración de mis lectores.

Cuéntase que un sujeto soltero, persona festiva y de buen humor, frecuentaba una casa en la que existían tres hermanas jóvenes, sin haber dejado entrever nunca cuál era la preferida en su corazón. Así las hijas como la madre, deseaban salir cuanto antes de la incertidumbre en que las tenía el caballero, mediante las vagas atenciones y deferencias con que á aquéllas trataba; y, por lo tanto, se atrevieron á exigir de él, poniendo por medianero á un amigo de la casa, que manifestase cuál de las tres doncellas era la predilecta. A tan rotunda cuanto inesperada exigencia, contestó el caballero con la siguiente

DÉCIMA

Teresa Juana y Leonor
en competencia las tres
exigen diga cuál es
la que prefiere mi amor
y aunque parezca rigor
digo pues que amo á Teresa
no á Leonor cuya agudeza
compite consigo ufana
no aspira mi amor á Juana
que no es poca su belleza.

Careciendo de puntuación este escrito, no pudo venir la madre en conocimiento de cuál de las tres era la preferida. Todo se le volvía leer, y más leer, y vuelta á leer; y cuanto más leía, menos entendía en qué sentido estaba concebida la contestación. Aburrida al ver que nada sacaba en claro, llamó una tras otra á sus hijas, y vió con indecible sorpresa que cada cual de ellas la interpretó perfecta y satisfactoriamente á su favor respectivo, ó como si dijéramos, arrimando cada una el ascua á su sardina, con sólo colocar en la lectura los signos

ortográficos allí donde hacían al caso para su provecho particular. En su consecuencia, Teresa leyó de esta manera:

Teresa, Juana y Leonor,
en competencia las tres,
exigen diga cuál es
la que prefiere mi amor;
y aunque parezca rigor,
digo, pues, que amo á Teresa;
no á Leonor cuya agudeza
compite consigo ufana;
no aspira mi amor á Juana,
que no es poca su belleza.

Leonor leyó después en los términos que siguen:

Teresa, Juana y Leonor,
en competencia las tres,
exigen diga cuál es
la que prefiere mi amor;
y aunque parezca rigor,
digo, pues, ¿que amo á Teresa?
No. A Leonor, cuya agudeza
compite consigo ufana;
no aspira mi amor á Juana,
que no es poca su belleza.

Por último, llegó su vez á Juana, la cual leyó así:

Teresa, Juana y Leonor,
en competencia las tres,
exigen diga cuál es
la que prefiere mi amor;
y aunque parezca rigor,
digo, pues, ¿que amo á Teresa?
No. ¿A Leonor cuya agudeza
compite consigo ufana?
No. Aspira mi amor á Juana,
que no es poca su belleza.

Era para volver loco al más pintado eso de ver que todas pretendían tener razón, llamándose cada cual á sí misma la preferida. En medio de tal confusión é incertidumbre, no quedaba sino un recurso á que poder apelar; y éste era, que el caballero, autor de aquella décima, diese á ella la única y verdadera solución. Obligado á hacerlo así, se expresó en los términos siguientes:

Teresa, Juana y Leonor,
en competencia las tres,
exigen diga cuál es
la que prefiere mi amor;
y aunque parezca rigor,
digo, pues: ¿que amo á Teresa?
No. ¿A Leonor cuya agudeza
compite consigo ufana?
No. ¿Aspira mi amor á Juana?
¡Qué! No. ¡Es poca su belleza!

Con cuya puntuación, distinta á las anteriormente empleadas por cada una de aquellas tres jóvenes, dió á entender de un modo claro y terminante el autor, que no aspiraba á la mano de ninguna de ellas.

Pero el suceso, que (según frase vulgar cuanto expresiva) les *echa la pata* á todos los hasta aquí narrados, por lo chistoso, es el que vamos á referir ahora, pues viene á poner en evidencia como hasta el lenguaje de acción, que se reputa en lo general por eminentemente expresivo é infalible, puede llegar también á ser tal vez motivo de varia interpretación. Dispóngase, pues, el más ceñudo lector á desfruncir por un rato sus más arqueadas cejas.

Cuenta la tradición, de cuya veracidad no salgo garante, que á principios del siglo XIX vivía en España, y en un convento de Castilla, cierto reverendo capuchino, acreditado de teólogo profundo, y célebre, más que todo, por su inaudita habilidad en explicar, por medio de gestos y acciones, disputar y sostener las cuestiones más intrincadas de la Metafísi-

ca y la Teología. Podía asegurarse de él que era un segundo Roscio, que en treinta años que contaba de ejercer semejante difícil oficio, no había topado á la sazón con ningún filósofo ni moralista que *le pusiera la saliva en la oreja*, entre tantos varones graves que con él entraron en liza, así naturales como extranjeros. Sucedió, pues, que hallándose colocado en este apogeo envidiable de su celebridad, fué á predicar la Cuaresma á cierto pueblo de escasa importancia; y comoquiera que en la tertulia del cura se tocara una noche la cuestión de semejante rara habilidad, un labrador rico, pero que no sabía leer ni escribir, dijo al reverendo:

—Si de lo que se trata, padre, es de disputar, sin hablar y sin escribir, yo apuesto lo que se quiera á que venzo á su reverencia.

—Repare, señor Eustaquio—dijo el fraile con profunda modestia,—que la cuestión ha de versar sobre algún punto teológico.

—Como sea sin hablar ni escribir, que de esas cosas no entiendo, ya puede su paternidad disputar cuanto guste.

—Sea—dijo el reverendo;—y el que pierda, pagará una función á la Virgen del Rosario, que será usted.

—Eso ya lo veremos—replicó el contrincante;—y á la mano de Dios.

Convenidos en ello, se invitó á presenciar la disputa á las personas más notables del pueblo, y, colocados cada uno de los contendientes frente á frente á lo largo de una mesa, mirándose de hito en hito, en medio del más profundo silencio, principió el capuchino por los términos siguientes:

Levantó el brazo derecho, cerrando la mano y alargando sólo el dedo índice en toda su extensión.

El labrador levantó igualmente el brazo y alargó dos dedos.

El capuchino enseñó tres dedos, sonriéndose.

Entonces el labriego alzó el brazo, mostrando la mano totalmente cerrada.

En esto dejó entrever el capuchino cierto asomo de triste-

za; pero repuesto inmediatamente del influjo de aquella nube pasajera, metió la mano en su manga, sacó una manzana y la enseñó con aire triunfante.

El labriego sacó entonces de su chaquetón media hogaza, mostrándola con satisfacción.

El reverendo pasó una y otra vez el pañuelo por la frente para enjugarse el sudor, diciendo cabizbajo:

«Señores, me declaro vencido.»

«¡Viva el tío Ustaquio!», gritaron á una, entusiasmados, los vecinos del pueblo, sin entender una jota del asunto que se ventilaba.

Cuando la tertulia se dió por concluída, pidió el cura al capuchino y los lugareños al labrador que les explicasen el misterio de aquella cuestión, porque no lo habían penetrado. He aquí, pues, las dos interpretaciones respectivas, las cuales, para el mayor efecto, habrán de ser leídas alternativamente en cada una de sus proposiciones.

EL CAPUCHINO	EL LABRADOR
Levantando un dedo he dicho que había un solo Dios.	Levantando un dedo quiso decir que me pegaría un trancazo.
Él, con los dos dedos, me dijo que Dios tenía dos naturalezas.	Yo, con los dos, le dije que le arriaría dos trancazos.
Yo, con los tres dedos, le dije que en Dios había tres personas distintas.	Él, con los tres dedos, me dijo que me pegaría tres trancazos.
Él, con el puño cerrado, me significó que las tres personas eran un solo Dios.	Yo, con el puño cerrado, le di á entender que lo derribaría á puñetazos.
Viéndome vencido, saqué una manzana, con intención de manifestar que aquel objeto era el causante del pecado original.	Viéndose vencido, sacó una manzana para ver de amansarme con ella, creyendo que yo tenía hambre.
Al ver la manzana, símbolo del pecado, sacó el pan, símbolo de la redención; con lo cual se proponía darme á entender que, si por la manzana había caído el hombre de la gracia de Dios, por el pan eucarístico había sido levantado y redimido.	Al ver que me quería seducir y engolosinar con la manzana, tiré de mi media hogaza para que viera que yo no tenía hambre, y que Ustaquio Centeno no es hombre que se deja amansar con golosinas.

Con el suceso anterior se evidencia una vez más que *las cifras y...* (ciertos objetos que nacen en el testuz de algunos seres) son elementos que *sólo los conoce quien los pone.* Así como así, no es raro eso de que no se entiendan los hombres por medio de gestos y ademanes, cuando hace tantos siglos que sabios é ignorantes están hablando y altercando constantemente de palabra y por escrito, y no acaban de ponerse de acuerdo. Por algo se dice en el Eclesiastés (cap. 3.°, ver. 11) que «Dios entregó el mundo á la disputa de los hombres».

Por último, conste que, así como «nada hay que sea poco ni mucho, *per se*, sino relativamente» (que dijo allá D. Hermógenes), de igual manera «nada hay en el mundo que sea simple, sino que todo cuanto en él existe resulta más ó menos complicado» (que digo yo aquí ahora).

Esto es lo que me propuse demostrar; creo haberlo conseguido suficientemente.

José María Sbarbi

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

MARÍA TERESA

Muerto el príncipe Baltasar (1646), sólo le quedaba á Felipe IV una hija, María Teresa, nacida el 20 de Setiembre de 1638. Era la heredera del trono español, y ya se iniciaban los preparativos para la jura. Cuando se casó su padre en segundas nupcias con Mariana, sólo tres años mayor que ella, contaba once años. Doce años largos vivieron juntas las dos damas, nietas de Fernando II y Enrique IV, en la misma corte; se las veía á menudo juntas en las fiestas y audiencias; la infanta eclipsaba á su madrastra en gracia é inteligencia. En un aniversario del nacimiento de la futura reina (Diciembre 1647) dirigió la danza de las damas «con tanta gracia y animación», que se conquistó todos los corazones.

«El rey contemplaba con tierna atención las fiestas que le proporcionaba su única hija» (1). Acostumbrada á desempeñar el primer papel, temía el nacimiento de un varón. Fué la madrina de la pequeña Margarita; el embajador de Módena la vió en el bautizo; era aún muy pequeña, pero bien formada y de nobles líneas (2). «Creo, dice, que la cristiandad no posee

(1) La signora infanta... guidó la danza, con leggiadrissimo brio, e vivacita. Des. GIUST. 28 Dic. 1647.

(2) E da tanta grazia, e da proportione di membri, e de lineamenti a nobili accompagnala, che comparisce e maraviglia bene. Desp. 27 Julio 1651.

otra princesa tan bella y graciosa.» Al entrar en la capilla dejó caer, al quitarse el guante, un riquísimo anillo; y como se lo devolviese una pobre mujer, la dijo: «Conservadlo, Dios os lo regala.»

Su matrimonio con el joven Luis XIV fué idea de Mazarino, que quería dar el trono de España á los Borbones. Ya á la muerte del príncipe comunicó esta idea al embajador en Münster. Pero los políticos lo tenían por una maniobra para entorpecer los proyectos de Viena. Ningún consejero español podía tomar en consideración tal matrimonio mientras faltase heredero varón.

Pero mucho antes de que se estudiase este proyecto, la infanta había decidido en París casarse con su primo. Hablaba en esto su sangre francesa. Luis había nacido el mismo año que ella, quince días antes. Cuando en 1653 el embajador imperial la pidió para el rey de Roma, Fernando († 1654), y sus retratos fueron enviados á Flandes y Alemania, el embajador veneciano en Madrid, Giacomo Quirini, recibió un parecido encargo de su colega Sagredo en París. Brienne había pedido el retrato para su tía, la reina Ana. «He suplicado, escribe Quirini á D. Luis (Haro), que me lo mande; después de muchas reiteradas discusiones no puede negar este favor á un enviado de la República; no quería saber quién me lo había pedido. El cuadro fué pintado por Velasco, el pintor del rey, y enviado á París con el usual pago de cincuenta reales. El correo lo llevó á Flandes. Quirini está persuadido que el cuadro estaba destinado á una galería ó una habitación. Fuera mengua pensar que la heredera de la Monarquía se pudiese casar en otro país que España. Pero añade después «que el original viajaría á gusto en vez del cuadro á Francia». El original buscaba pretextos para pasear por el palacio, buscando un retrato del joven Luis, «el cual, con su aire caballeresco y su uniforme, vencía sin lucha; y yo supongo que ya había triunfado en el corazón de la bellísima princesa» (16 Octubre 1655). Después de los esponsales hiciéronse públicas estas

visitas, é inclinándose ante el retrato, decía á sus damas: «Este es un saludo para mi novio.»

En Marzo de 1654 llegó un nuevo mensaje de Sagredo. Quirini debía suplicar al rey en audiencia especial quince retratos de la casa de Austria; se enviarían los tamaños; en Octubre se pidieron cuatro más en una nota. El rey lo tomó como signo de que aún existía vivo el sentimiento de familia. La reina Ana se había hecho completamente extraña á la familia. A la muerte del príncipe Baltasar no pudo ocultar su gozo, porque sólo veía ahora entre ella y el trono de España á su sobrina. A la muerte de la emperatriz María, exclamó Felipe: «Era mi única hermana.» Ahora decía: «Mucho me regocija lo que me decís de mi hermana; me llena de contento saber que piensa aún en nosotros; con lo que podéis escribir á Francia que al punto he dado las órdenes para que estén pronto los retratos.»

Todo esto sucedía aún durante la guerra. En Setiembre rogó al rey un regalo á cambio. «Creo, dijo en una audiencia después de los funerales del rey de Roma en la capilla de palacio, que mi hermana no responderá al presente de los retratos que por vuestra mano han sido enviados á París, y á este fin voy á daros las medidas para que me envíe el suyo.» En Octubre de 1655 entregaba el embajador los diez retratos al regocijado monarca. Le fué de gran consuelo ver á su hermana y sobrinos, pues aun entre las complicaciones y amarguras de la guerra hemos de acordarnos que somos hermanos.

¿Qué ha sido de estos cuadros? Retratos de María Teresa aparecen con mucha frecuencia, pero son casi todos de su tiempo de francesa; tampoco quedan en Madrid de sus tiempos juveniles de España, si bien el inventario del siglo anterior menciona varios; por ejemplo, un «original de Velázquez» en el Buen Retiro (1). Parece haber salido al extranjero, quizá

(1) Inv. *Buen Retiro*, 1700. «Original de Velázquez» 2 $^1/_4$ v. × 1 $^1/_3$. v. En Pal. Borbón, 1772, como infant. 2 $^1/_2$ v. × $^7/_4$ v.

á Parma (1). El retrato, que era una infanta de unos doce años, fué tomado equivocadamente en el Museo del Prado por María Teresa (Nr. 1084).

En cambio, había un retrato de joven, auténtico, en poder de Mr. Lyne Stephens; se vió en 1874 en la Exposición del Palais Bourbon (1,49 × 1,02). Estaba pintado en el estilo del año cuarenta. Sobre una superficie vacía y gris clara, sin indicación del límite entre la pared y el suelo, hay una cortina rojo-oscura corrida, la cual da el fondo para la figura de la infanta, vestida de seda negra. Está al lado de un alto sillón con almohadón con franjas de oro; sobre él un muy fino boloñés con las impertinencias propias de su raza, se ha echado cómodamente, y permite á su amiga que juegue con sus largas y pobladas orejas. Su vestido está bordado de plata en el jubón y en la falda; ancho cuello de encaje; lazos cruzados, con perlas. Por las facciones pronunciadas parece de más edad de la que se puede colegir de su estatura.

Es innegable su parecido con su madre Isabel de Borbón, hasta en las mejillas algo infladas. Lleva también su peinado. La fuerte barbilla redonda; la boca pequeña, pero enérgica, y la mirada, indican carácter. Si bien María Teresa después parece otra, merced al traje y peinado franceses, se puede reconocer aún su rostro infantil en el cuadro de Mignard.

El retrato corresponde también con la descripción que madame de Moteville y su hermano trazaron en su encuentro en Madrid (1659) y al pie de los Pirineos (1660). «Su frente era grande, y el cabello, rubio plata, estaba suelto; los ojos, azules y no muy grandes, hechizaban por su brillo y dulzura; las mejillas eran algo gruesas por abajo; la tez, de blancura brillante; la boca, bella y roja.» Apenas se la podía llamar

(1) El marqués Scotti de Piacenza, que acompañó á España á Isabel de Farnesio, y murió allí en 1752, poseía su retrato de cinco palmos de altura de Diego Velázquez. Campozi: Rac. di Catalog. Módena, 1870, página 519.

bella por el retrato de Morny; pero la francesa creía que era mucho más hermosa que todos los retratos enviados á Francia.

Hasta el año 1659, en que ya Mariana de Austria había dado dos príncipes á España, no pudo realizar Mazarino su proyecto, largo tiempo perseguido, gracias á la habilidad del embajador español Antonio de Pimentel. La solemne petición de matrimonio fué encomendada al mariscal de Grammont. Su caballeresca y brillante entrada en Madrid el 16 de Octubre, en que en calidad de «correo de un joven galante y enamorado rey» recorrió el trozo desde la Puerta de Alcalá hasta el Alcázar, con su gran séquito á galope, conquistándose la simpatía de los españoles. Felipe IV le recibió en la sala de los Espejos, de pie, ante un trono «de inestimable valor». La sala había sido dispuesta por Velázquez para la ceremonia. Al francés gustóle el gran retrato ecuestre de Carlos V, de Tiziano, que estaba sobre el trono, «tan natural, escribe el hijo del mariscal, que se cree que el hombre y el perro respiran». La ratificación de las capitulaciones matrimoniales se efectuó el 10 de Diciembre. Calderón escribió, para solemnizar el acontecimiento, *La púrpura y la rosa*, primera *comedia cantada* en español; la novia pudo oirla todavía.

Felipe ordenó á Velázquez que enseñase el palacio al embajador y á su hijo, lo que así se hizo el 20 de Octubre (Palomino, III, 348); también fueron visitados los del almirante de Castilla, el ministro Haro, Medina de las Torres, Oñate y todos los cuadros dignos de verse. Al partir el duque, regaló al pintor, por intermedio de D. Cristóbal de Gaviria, un rico reloj de oro. El mariscal debió de pensar en el pasado, á la vista del retrato del emperador, que tuvo prisionero á su rey en la torre del Norte del Alcázar; pero también en el porvenir, á la vista de los dos vástagos marchitos de aquella casa, sobre cuya herencia ponía su mano por este matrimonio.

Nuestra infanta hizo también favorable impresión á las francesas; sólo sorprendió al embajador que su elocuencia no pudiese otra cosa de ella que una fórmula cortesana estereoti-

pada y «sacramental» (1). En la reunión en la isla de los Faisanes del Bidasoa, se vió aparecer por primera vez al joven rey de incógnito. No le gustó el vestido de la infanta; pero observó que «poseía gran belleza y que le iba á ser grato enamorarla». Felipe estaba encantado de su *lindo yerno*.

María Teresa guardó siempre á su esposo su entera y perpetua abnegación; no tenía «más voluntad que la suya ni más gusto que lo que á él le agradara». Pero la española no logró conservar á Luis contra las más ingeniosas y vivas damas de aquella corte (¿la sobrina del cardenal?). Su espíritu era limitado; menos animado; la imaginación no se elevaba sobre el nivel de las vulgares españolas. Su devoción conventual, su sentimentalidad infantil y sencilla excitaba risas, y su vida, tan dulce y pura, compasión. Al principio se aburría con Luis XIV, si bien á su muerte dijo que era el primer dolor que le había proporcionado.

LA INFANTA MARGARITA

El matrimonio de Felipe IV con su sobrina le proporcionó una querida hija, Margarita Teresa (12 Julio 1651). En aquellos años de irresistible decadencia y vergonzosas catástrofes, fué para el rey, que expiaba los pecados de su juventud, el último rayo de sol de un oscuro crepúsculo. La niña era de raro encanto; el mismo burlón y orgulloso Grammont, que trazó un cuadro burlesco de la corte de España de entonces (1659), la llama en su carta á la reina Ana «angelito», y á Luis XIV «que no es posible concebirla más bonita y vivaracha». Aun hoy, siéntese ante su retrato la victoriosa fuerza de la vida, que se renueva constantemente y que empieza tan fresca y rica de esperanzas como la mañana. Mientras llega la

(1) ¿Cómo está la reina, mi tía?—Decid á la reina, mi tía, que yo estaré siempre muy rendida á su voluntad.

savia á la última rama, puede ostentar el árbol podrido una flor que iguale á la más pura de la primavera.

Y la magia del arte la pone ante nuestros ojos fresca y viva como hace doscientos cuarenta años. El pincel siguió su crecimiento por espacio de seis años. Por lo menos, tenemos siete retratos originales. ¿Cómo pudo encontrar el padre, de cincuenta años, por cierto sólo admirador de las bellezas de negros ojos del Sur, la mezcla de esta niña de colores exóticos y sangre septentrional, mezcla que nadie ha podido imitar? Triunfó hasta de la grotesca moda; la trataba como una mascarada; la pequeña revolotea y se agita alrededor del carro de la aurora.

De todos los retratos de la niña, sólo dos quedaron en la morada paterna: el uno en el centro del cuadro de familia. Como quiera que desde la cuna estaba destinada á un primo austriaco, de cuando en cuando se mandaban retratos suyos á Viena. La Galería imperial conserva tres ó cuatro, entre ellos el primero y el último.

El más antiguo (Nr. 615) nos la presenta de edad de tres ó cuatro años (1). Es una niña delicada, de colores tiernos y pálidos, de ojos un tanto lánguidos y sin expresión aún, el tono frío y argentino. De todos es el retrato más alegre, brillante y coloreado. El escaso negro de los encajes y de las joyas parece sólo puesto para hacer más deslumbrante la figura, que ya resalta sobre los paños brillantes y llenos de luz. La piel es blanca y sedosa, como los cabellos rubios, que parecen plateados; lleva refulgentes joyas, y la pupila es azul y brillante. Todo esto produce el efecto del natural. La figura, en traje rosa bordado de plata, de forma de campana, se destaca sobre un fondo de colores calientes y saturados: cortinón rojo; el paño de la mesa, azul verdoso; alfombra granate de Esmirna, flo-

(1) Se titula allí María Teresa; pero las facciones son tan ajenas á ésta como parecidas á las de Margarita; además, el estilo es el del año 50, más bien que el del 1641.

reada de negro. Está pintado con pincel suelto. En las manecitas se ha añadido blanco y en la cabeza rojo-oscuro. ¿Cómo describir este retrato? El ramo que está sobre la mesa con rosas pálidas, crisantemos y lilas, sería la mejor definición. Es un ramillete impregnado del rocío matinal é iluminado por el sol naciente. ¿Por qué produce este ramo, bosquejado como la palabra rosa en las poesías de Saadi, el encanto de flores vivas, más que algunas obras admirables de Heem y de Huysum?

La niña misma se parece mucho á una flor; su único fin psíquico es durar un momento, abanicarse y poner la mano en el borde de la mesa. Pero hay algo de resuelto y de correcto en esta actitud: es la dama imperial que brota (1).

Viene después el retrato del Louvre (2), probablemente regalo á la reina viuda Ana, LINFANTE MARGVERITE se lee en oro abajo; estaba ya en la antigua galería francesa. La carita es más delicada, pero los ojos, con sus grandes círculos azules, miran aún fijos y sin pensamiento. Esta imagen, de un tono más transparente que de ordinario, está puesta en la gruesa tela, con un color tan delgado y un pincel tan ligero y flotante, que es la desesperación, no sólo de los *dillettanti* (como Próspero Merimée decía de sí mismo), sino *a bone of contention to the copists* (Stirling). Es chocante el tono amarillo verdoso, que difiere del tono plateado de otras veces. Es el propio de Mazo que debió colorear en él.

Siguen después varias figuras de la princesita á los seis años, en que estaba más bella, pues sólo le fué deparada una

(1) En C. V. LÜTZOWS, galería Belvedere, descrip. y grab. de W. UNGER. Una copia de un discípulo en la Pinac. de Munich (1294) con el falso nombre de María Teresa.—Una buena reprod. en PALACIO DE ALBA en la subasta de París, 1877, en 48.000 franc. El pelo suelto sobre la espalda; los dedos están más acabados; falta el ramo. Grabado para el Catálogo.

(2) Nada de copia del anterior, como reza el catálogo americano, y que con el otro descrito por Palomino (620) tiene por idéntico. Grab. de HAUS MEYER, dib. de Knaus, aguafuerte de Wattner.

pasajera belleza. En el retrato recientemente llevado á Viena del palacio de Praga (619), en el cual viste el mismo traje que en las Meninas, el rostro es más fino. Su ángel tutelar ha dado en este intermedio gracia á su figurita, é inteligencia á sus ojos infantiles. Esta obra lleva sin duda la estampilla del maestro. Se diferencia de los antiguos colores por la sencillez de las tintas sobre el fondo oscuro. Con muy pocas y amplias pinceladas está realzada la forma y la vida. Las cintas, la cortina (que sigue el contorno de la figura) tienen sólo una matiz de rosa. Los cabellos, suaves, sedosos y brillantes; los bucles, de un rubio de cerveza, son tan finos y movibles como si un hálito debiera dispersarlos. La boquita hinchada, la nariz algo remangada, revelan la acelerada respiración y pulso de la tierna criatura.

Muy parecido es el ejemplar de Hartford House, de la colección Higginson, modelado con más vigor, aun de menos segura autenticidad. Se nota la fina oposición del tono dorado del rostro y plateado de la figura, las poco pronunciadas sombras grises y el brillo de la carnación.

El retrato de Frankfort (de la colección Urquáiz, en Sevilla, y Peréire, adquirido por 10.700 francos), con pelo en bucles, es una fugaz, pero auténtica variante; la cabecita como empolvada de un polvillo de oro y plata.

Más notable es el tercer retrato de Viena (620), en el cual se ha hallado recientemente el largo tiempo perdido, descrito por Palomino (Museo III, 349), y regalado al emperador en 1659. Según esto, fué pintado un año antes de la muerte del maestro, y representa á Margarita de ocho años. La rubia cabecita está sobre una pared roja como fondo. Parecen reconocerse huellas de un afeamiento de las facciones. A la izquierda hay un *bufetillo* con un tapete que llega hasta el suelo; encima, un reloj de ébano descansando en leones de bronce dorado y con baranda negra y roja. En el centro, un cuadro redondo, representando el carro del sol, sobre fondo azul con una hoja cifrada. Sus manos descansan en el guarda-infante; la

izquierda tiene un gigantesco manguito. El color del traje, de las cintas del pelo y de los lazos es un oscuro verde oliva.

Si bien este retrato está bien autentificado, se le pudiera tener desde muchos puntos de vista por una obra del Mazo, bajo la dirección de Velázquez. Una comparación con el anterior (619) apenas deja duda. Los oscuros y apagados colores, la negligencia del dibujo, la mala correspondencia de las facciones (los ojos no están en línea recta), la mirada sin vida, lo borroso de las formas características de la boca y de la nariz, el blanco yesoso de la cara, el imperfecto modelado, los cabellos sin brillo, el poco verosímil escorzo del brazo izquierdo, revelan la mano de este discípulo.

En la sala de Isabel II, del Museo del Prado (núm. 1.084), suele, una enigmática figura de rodillas, atraer las miradas de los visitantes, pasmados y á la vez divertidos, ante el monstruoso atavío que pudo ganar la palma del mal gusto aun entre las damas de aquel tiempo. Sin embargo, quien tenga ojos para el color, no dejará de gozar de la pasmosa verdad del vestido de seda blanco y bordado de plata, pintado á toda luz con refulgentes joyas de oro y brillantes, y el rojo tostado de arriba, el delicado rosa de los lazos y cintas sobre el fondo de una cortina de brocado rojo carmesí como una masa de roca que pendiese amenazadora.

La figura se llama en Madrid María Teresa. Pero esta denominación es insostenible. En el Inventario de palacio de 1772 había, es cierto, un cuadro titulado así, y de la misma medida; pero ya en tiempo de Felipe V se llamaba también á la infanta de las Meninas, María Teresa. Quien haya visto el incontrovertible retrato de Mignard (hay varios de él en el Prado), tendrá por imposible tal variación en las facciones. También falta toda semejanza con su madre Isabel. Es una cara austriaca. Su cabeza llama la atención asimismo por los grandes ojos abiertos y redondos; los de María Teresa eran más bien velados, en forma de almendra; aquélla miraba con viveza; ésta, dulce y flemáticamente; aquélla heredó la horrible

boca de su padre; ésta tenía pequeños y bien formados labios.

El vestido pertenece á la moda del tiempo; la manera es del año cincuenta; el rostro es, según el catálogo de Madrid, el de una niña de diez años (?); y entonces debió de haber sido pintada antes del viaje á Italia. Por esto se conceptúa la cabeza como el resto de un retrato anterior, sobre el cual se repintó, poco antes de las negociaciones del matrimonio, el cuerpo, el traje, el peinado y las manos. ¡Qué desatino! En un tiempo en que ella estaba en el dintel de la hermosura juvenil, é iba á ser prometida del rey de Francia, adaptar á una antigua cabeza de niña un pomposo vestido. Es decir, que se tuvo tiempo suficiente para pintar del natural un vestido nuevo de moda, ricamente adornado, un peinado y todos los demás accesorios; ¡pero no hubo tiempo para pintar el rostro! ¡Una cabeza de una niña de diez años en la figura de una dama de veinte!

Se ha dicho que el rostro era un rostro antiguo, pintado en un estilo notablemente distinto de los demás. En otro estilo, sí, pero no más antiguo, á lo menos de Velázquez. El rostro es de un tono gris, tieso y suave, sin reflejos; en vano se buscará una cabeza parecida del año cuarenta. Además, tampoco se descubre huella alguna de pintura anterior bajo la actual. Por último, recientemente ha aparecido un cuadro, que corresponde exactamente con éste hasta en las reducciones de arriba y de los lados, en Viena (núm. 621), y en que la proporción de la cara con la figura es exacta. También aquí llamó la atención de E. V. Eugerth el diferente tratamiento de la cabeza, la cual, más minuciosa, pero más pesada, está pintada en un tono gris pétreo. ¿Habrá habido, pues, en Madrid dos lienzos con sólo una cabeza en el centro, y se habrá pintado en ellos los demás diez años después?

Ahora bien: la cara corresponde exactamente con el retrato de la infanta Margarita. Las facciones han cambiado algo; las formas de su madre se han acentuado; está á punto de perder su adorable belleza de niña. Este proceso de prematuro des-

embellecimiento se ve completamente consumado en su retrato de Madrazo (Prado, 790). El bandó lateral, con el bucle cayendo en línea recta sobre la frente, bajo la peluca, le encontramos también en la emperatriz. En el duplicado de Viena, como adorno del pecho, la doble águila austriaca sobre cinta rojo-oscura. En caso de que se hubiera pintado mucho antes para el matrimonio de María Teresa, no se le hubiera puesto antes de los formales desposorios las armas imperiales como principal adorno. Además, desde hacía mucho tiempo estaban en marcha las negociaciones con la corte de los Borbones, y la infanta tenía una decidida inclinación por las flores de lis.

Los esponsales de Margarita con el emperador, tuvieron lugar en 1664, de edad de trece años; el catálogo de Viena calcula la edad de nuestro retrato en unos doce años. Pero como en el año 1664 ya no vivía Velázquez, hay que concluir que el cuadro fué pintado por uno de sus discípulos, según el modelo de otros semejantes de la infanta. Pero es muy probable que el rostro haya sido retocado, en vista de alguno de su mano, para reproducir las variaciones sufridas en tres ó cuatro años. El placentero rostro de la dama y el bonito ramo cuadran muy bien á la feliz novia.

EL PRÍNCIPE FELIPE PRÓSPERO

El ya mencionado retrato de la pequeña Margarita, pintado para el emperador, fué acompañado del de su hermanito Felipe Próspero, de dos años. Este es aquel en cuyo natalicio (28 Diciembre 1657) Calderón escribió *El Laurel de Apolo*, donde fué cantado el estribillo:

Hoy con próspero arrebol
para todos nace el sol.

Se puede conjeturar que este regalo de los dos retratos de niños, pintados con especial amor en Madrid, no carecía de objeto. Eran quizá un parche puesto en la herida susceptibilidad

de Viena por el proyecto de matrimonio desbaratado por don Luis de Haro. El uno hacía palpable la garantía contra toda sucesión extranjera. El otro daba una nueva esperanza á la corte austriaca en la figura de aquella niña que pronto se hallaría en estado de contraer matrimonio.

En este Próspero, deseado y pedido á todos los santos de España desde hacía once años, por sus padres y por la nación, veíase otra vez el heredero del trono. Grammont lo vió en Octubre de 1660, y lo encontró hermoso; á su lado había aún un hermanito de diez meses, Fernando Tomás (nacido el 21 de Diciembre de 1659); pero era tan endeble, «que no parecía había de tardar mucho en subir al cielo». En efecto, murió pocos días después (el 23 de Octubre). También Próspero era un niño raquítico, epiléptico, según Quirini, «de complexión delicada, perezoso en los movimientos, pálido á la manera austriaca, con la boca abierta, ojos azules y cabeza grande, con poca fuerza en las rodillas, por no decir un enfermo». Sólo quería que le cogiera el franciscano Antonio de Castilla, de setenta y cuatro años, lo que no estaba exento de peligro; «pero Sus Majestades, que veneraban el santo hábito con incomparable celo y reverencia, toleraban este exceso con la mayor indulgencia» (1).

El retrato estuvo durante más de un siglo en el castillo imperial de Gratz, en la sala del Tesoro y Arte, de donde fué llevado en 1765 á Viena (2); en Belvedere llamábase primeramente María Teresa. Stirling reconoció en él las particularidades de la descripción de Palomino (Museo III, 349); el sombrero con la pluma blanca sobre el almohadón del taburete; el silloncito rojo con el perrillo (3); la pared abierta por puerta y ventana.

(1) Relazioni degli Ambusc. Veulti; Spagna. QUIRINI, 1661.

(2) C. V. Lützow: Galer. Belved. Grab. de W. UNGER.

(3) Los perritos deben ser animales favoritos del pintor (Palomino, 349), que tuvo con ellos en los retratos de señoras tanta fortuna como con los héroes de la caza. Ceau Bermúdez vió en el Buen Retiro «un perro sobre

Sobre el pálido rostro, con la boca y los ojos muy azulados, no resplandece viveza alguna como signo de viabilidad. ¿Por qué ha cubierto el vestido rosa largo hasta el suelo, ribeteado de plata (á más de las mangas acuchilladas), con el blanco delantal y el babero? Del cinturón penden varios juguetes: un bibelot, un chupador, una campanilla y un sonajero. En la cadena oblicua, sobre el pecho, hay dos alfileres con perlas negras y brillantes. Las manos parecen lilas marchitas. Y esta blanca figurilla nada en una oleada de rojos profundamente suturados, de distintos tonos, el de la gran cortina, el de la alfombra, etc., como si la fuerza y el fuego pudiese entrar por medio del color en los estrechos canales de aquella pálida y endeble criatura. Esta débil lucecilla se apagó el 1.° de Noviembre de 1661 (1).

EL NIÑO EN TRAJE ECLESIÁSTICO

Más feliz que este reyezuelo, muerto prematuramente, en raro contraste con su tierna carilla anémica, presentábase el magnífico retrato de un muchacho, vestido con hábitos eclesiásticos, en la galería del conde de Harrach, en Viena, titulado «Un infante español vestido de cardenal». Fué tenido mucho tiempo por un Velázquez, y es un interesante documento de con cuánta fortuna podía apropiarse su estilo un discípulo de talento.

---

un cojín», el cual se puede reconocer en el Boloñés burlesco de la galería Raczynski (núm. 16). Este fué regalado por D. Francisco de Asís al conde, que quería tener algo de Velázquez para su galería, juntamente con una cabeza de ciego. Detrás del perrillo fulguran en la oscuridad los verdes ojos de una gata. El cuadrito, pintado magistralmente con colores de relieve, difiere del procedimiento de aquellos bichos puestos sobre sillones reales. El perro con el hueso de lord Elgi en Broomhall, y los perros regañando de Castle Howard, han sido atribuídos al maestro, sin fundamento. Ponz vió en el palacio de Villaviciosa, en Chinchón, el retrato de un gran duque.

(1) Hay un grabado del príncipe Próspero, donde se nota más la hidrocefalia.

Este hombrecillo, apenas de ocho años, preséntase en la pomposa vestidura de canónigo: la púrpura, la muceta roja sobre la blanca sobrepelliz; el bracito derecho descansa sobre la mesa con el dedo en un breviario; la mano izquierda pende sosteniendo el bonete rojo; esta actitud es perfectamente imitada de los chantres. Lo cómico de la figura, en forma de tonel, está acrecentado por el extraño peinado; y los largos cabellos castaños, echados á la izquierda, están cogidos en una trencita con un lazo blanco. Esto y las facciones hacen pensar si será una niña. Pero también el niño del cuadro de familia de Viena lleva una trenza. Es exquisito el rostro, rebosante de salud de este hombrecillo, que mira petulantemente con sus redondos y grandes ojos pardos, enorgullecido con su magnífico traje y del efecto que produce.

Delante de él, en el suelo, á la derecha, está sentado un obeso faldero, que mira con impertinente y atrevida expresión de lacayo.

La postura es la de los niños reales: mucho espacio y mucho lujo de color. Es una habitación oficial; como único mueble asoma una mesa con tapete púrpura que arrastra por el suelo; detrás, el indispensable cortinón rojo. La ancha ventana, que descubre una amplia vista, denota que estamos en el Alcázar de Madrid. Tal vez, en el piso bajo, al lado del Norte, sobre la pendiente del cerro. La vista, por la posición de la situación de la figura en el segundo término del cuarto y la pendiente del terreno, está cortada. Pero el país puede aún hoy reconocerse. En primer término, una zona del antiguo *jardín* del Moro, que muere en el Manzanares. En la orilla pasean varias personas principales, damas y caballeros; dos damas están sentadas en la yerba sobre un pañuelo extendido; tal vez *almuerzan*. De este jardín proviene el hermoso ramo de la mesa, cogido para solemnizar el día, y compuesto de espuelas de caballero, crisantemos y una rosa. Después, el río verde oscuro; al otro lado, la pradera con ropa puesta á secar y la carretera con caballerías. Detrás blanquea la tapia de la

Casa de Campo, con un edificio pintado de rojo claro. En el fondo se escalona el azulado perfil del Guadarrama.

¿Qué quiere representar este cuadro? ¿Es que hubo entonces un cardenal niño? El infante Fernando (nac. 1609) recibió á los once años la púrpura (1620); pero el nuestro es más joven. En 1620 no estaba Velázquez aún en la corte, y la manera corresponde á una época posterior. Y Fernando fué el último infante de esta dinastía. Se lee que los niños reales eran cubiertos á veces con hábitos de alguna orden. Pero este muchacho no tiene parecido con ninguno de los hijos de Felipe IV.

Debía ser, sin duda, el hijo de algún magnate, destinado á la Iglesia, pues una broma carnavalesca no hubiese sido perpetuada en un cuadro oficial. Pertenece á la colección española del conde Harrach, cuyo diario, en el cual tanto se habla de cuadros y de compras, y se guarda silencio sobre éste. ¿Había de haber regalado un grande español el caro retrato de su hijo á un embajador extranjero? Quizá fuera su propio hijo.

Fernando Bonaventura, conde de Harrach (1687-1706), el fundador de la línea menor de la estirpe, desempeñó desde 1668 cargos diplomáticos; en 1672 fué por primera vez á España (hasta 1677). En este viaje (en que permaneció en Madrid hasta 1675), le acompañaba su esposa Juana Teresa, condesa de Lamberg, con sus niños. Leemos en su diario con el rey Carlos II y su madre (la reina viuda Mariana). Se hicieron presentar estos niños tudescos, dos hijos y dos hijas, que los llamó *meninos* y *meninas,* y los cubrió de preciosos regalos (Nov. 1672). El mayor, Carlos (nac. 1662), obtuvo una espada con puño guarnecido de diamantes (éste murió en 1686 en el sitio de Ofen); el segundo, fray Antón (nac. 4 Octubre 1665), una sortija de diamantes. Este estaba destinado á la Iglesia, y en el año 1673 tuvo lugar la elección del niño de ocho años para la canongía de Passau y Salzburgo. Así se nombraba á los niños nobles, como jóvenes canónigos sin voz ni voto—*canonici in herbis,*—y obtenían la esperanza de altos cargos ecle-

siásticos. Fué treinta años después obispo de Viena, y en 1707 arzobispo de Salzburgo. Para solemnizar, pues, su ingreso en la carrera eclesiástica, se le haría este extraño hábito, con el cual edificaba á todos los que le veían, por lo que se resolvió que le retratase el pintor de la corte.

El conde, su padre, ardiente é ilustrado aficionado y coleccionista, en este primer viaje á la corte (cuyo motivo fué el matrimonio del rey, como el del segundo la sucesión), visitaba las entonces numerosas galerías de cuadros y almonedas, y tuvo trato con los pintores. Carreño era su guía, que pintó también los retratos del rey y de la reina, viuda para él. Pero no puede ser él el autor de nuestro cuadro. De esto es fácil persuadirse en la Galería.

Sólo puede proceder este retrato de un pintor que se apropió el tono y toque de Velázquez hasta la confusión: Juan B. del Mazo. Es lo mejor que poseemos de él, y recuerda varios retratos de la Galería imperial. En el paisaje y accesorios se reconoce la mano del autor de la Fuente de los Tritones. Propio de Mazo es también el medio tono amarillo verdoso que empleaba para las luces de la púrpura y carnación. No le hubiera ocurrido á Velázquez el diseño del pulgar de la mano derecha y del labio inferior. Además, hacía ya trece años que había muerto.

PERSONAJES ALEGRES

BUFONES ESPAÑOLES

Ya los italianos del siglo XVI notaron la afición de los españoles por los bufones (1). Un coleccionador de la historia de lo cómico tenía la impresión de «que los españoles, á causa

(1) Relat. Badoer, 1557, pág. 237. Sono molto inclinati a sentir buffoni.

de su acalorada y desordenada fantasía, sobrepujaban á todos los pueblos de Europa en lo cómico grotesco» (1), quizá precisamente por su misma seriedad. «Como el estado serio eclesiástico—dice Juan Pablo—tiene la mayor cantidad de cómico, así los graves y ceremoniosos españoles tienen más sainetes que ningún otro pueblo, y á menudo en sus obras dos graciosos.» Los lazos que aprisionan el espíritu español, el gusto por lo trivial, los residuos que más que ningún otro pueblo conserva, mezclados con los elementos de la cultura moderna, ocasionan contrastes de los cuales brota la chispa de lo cómico. Esta inclinación nunca ha aparecido más marcada que en este siglo, en cuyo dintel aparece el libro de aquel hidalgo, que era «un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos (*Don Quijote*, II, 18). «Su estrella gemela de la locura se alza sobre todo el género humano.» Las antiguas formas, cuyo gusto ya se había perdido, resucitaron de nuevo. La voz, ya de lo serio con lo burlesco, de lo noble con lo vulgar, del ensueño y la blasfemia, nunca se ha cultivado en otra parte con más desenfado en la poesía, en el arte y en el culto. Pablo Tiepolo (en la relación de 1563) halla aquí con asombro los usos carnavalescos de Italia formando parte de las grandes fiestas religiosas: máscaras, danzas moriscas, comedias, hacen amores y bufonadas. «Los *Autos* de Calderón—dice Flögel—exceden en contrastes monstruosos de lo santo y profano á todo lo más desatinado que en la comedia se ha escrito.»

Pues así como las bufonadas de los *graciosos* en el drama trágico y las monstruosas chocarrerías de las procesiones del Corpus, así se reúnen ahora bajo el pincel del pintor de Su Majestad los retratos de bufones y los *fenómenos* ó burlas de la Naturaleza. Formaban parte del decorado tradicional de ciertas habitaciones de palacio. Ahora han avanzado desde los muros de las escaleras y desde los palacios de placer, hasta ser puestos al lado de las figuras de sus antiguos señores, de

(1) Flögel: Hist. de lo grotesco. Leipnitz, 1788, pág. 73.

los cuales fueron inseparables en vida. Cuéntense los *hombres de placer*, los enanos, idiotas, locos de su señor y los otros retratos de figuras accesorias (sólo faltarán los enanos), y se tendrá más de una docena (varios se han perdido) de retratos originales de Velázquez en su propia manera, el último escalón de la antigua sociedad española.

En tiempo de León X, la edad de oro de los bufones, se exigía de ellos, como en la Edad Media, aptitudes poéticas. Por ellas se recomendaba á aquel archipoeta Camillo Querno, el cual en la coronación de los poetas en el Capitolio cabalgaba en un elefante; con él solía cambiar Su Santidad improvisaciones. En nuestra época aparece la separación del trabajo. Pero en las vivas improvisaciones, según indicaciones de lo alto, recuerdan los poetas de corte á los *Jongleurs*. Sabemos de un Cristófano Cieco, el cual tenía el rey á sueldo; el embajador toscano creyó que valía la pena de describir el fin de éste, «el más grande improvisador español», que pereció ahogado en Junio de 1640. Puesto que los poetas eran citados en estas ocasiones, es de lamentar que no se les haya consagrado algún sitio en el alcázar, siquiera una escalera ó bóveda como rincón de poetas. Pedro Aretino aventuró la pregunta de si León X prefería las *virtú de' dotti* ó las *ciancie de' buffonix*, y Boileau lamentaba que en la corte

> Et l'esprit le plus beau, l'anteur le plus poli
> N'y parviendra jamais au sort de l'Angely.
>
> *(Des Bouffonen Luis XIII y XIV.)*

Pero esta época dió poca importancia á la inventiva, á pesar de su vivacidad, porque no se apoyaba en el prestigio del pasado.

Carlos V hubo de decir en cierta ocasión: los españoles parecen sabios y son locos; los italianos parecen y son sabios; los franceses parecen locos y son sabios; los alemanes parecen y son locos. Estaba en el espíritu del tiempo apreciar las cosas humanas bajo este aspecto de oposición. Cómo apreciaba el

emperador á los bufones, dígalo el nombre del pintor que le retrataba. El enano que Segismundo de Poleu regaló, descrito como listo, ilustrado y discreto, es quizá el *truhancillo* Estanislao que pintó Tiziano. En la figura del gran retrato del Prado (aun en 1614 mencionado) (1) lleva un vestido de damasco colorado, y tiene una lanza en la mano derecha, y en la izquierda un bonete colorado forrado de armiño (¿polaco?). El retrato estuvo después en el año treinta en el palacio de Madrid (2). Se han conservado dos retratos de esta clase de Antonio Moro. El uno, Pejeron, bufón del conde de Benavente; se encuentra ya en el inventario de Felipe II en la Casa del Tesoro, y fué tasado en doce ducados (Prado, núm. 1483). Un hombre viejo, de cuerpo deforme y piernas torcidas, en traje de corte blanco, y en la mano cartas de baraja; las facciones rústicas, groseras y malhumoradas; la mirada irritada; la frente llena de arrugas que se entrecruzan. El otro lienzo es un hermoso retrato del Louvre: el enano con un gran sombrero, que lleva las armas imperiales en el collar; el hombrecillo tiene las malévolas facciones de un jorobado. Viste un jubón verde oscuro bordado de oro y capa muy larga, bonete puntiagudo, cadena de oro, espada y porra. Una figura parecida hay en el palacio de Madrid (3) al lado del retrato del emperador.

---

(1) Vése por baxo destos retratos dos de Stanislao, enano de S. M. Argote de Molina. Libro de la Montería. Sevilla, 1552. Sobrevivieron al incendio. Invent. V, 1614. Retrete del rey: Enano Estanislao, pequeño, hecho por Tiziano; tiene una lanza en la mano; vestido de damasco colorado.

(2) Tiziano: Truhancillo en pie, vestido de damasco carmesí, y en las costuras armiños; en la mano derecha una asta, y en la izquierda un bonete colorado, aforrado en martas. Inv. 1636. Pieza en que S. M. negocia. Un retrato en tabla de pincel al ollio de *Estebanillo* tudesco, con un bonetillo forrado en marta. Inv. Phelip II. Guardajoyas, 2.ª pieza. Es el mismo.

(3) Truhán del dicho emperador, sin pelo de barba y con bozo; al cuello dos vueltas de cadena de oro; quitándose la gorra, y con palillo con cabecillo de plata; media vara de alto. Invent. de 1636. Pieza nueve del cuarto bajo, delante del dormitorio de S. M.

Quien quiera formarse una idea del ingenio de este maestro de la sátira, encontrará reunidas sus sentencias en la *Floresta*, de Melchor de la Cruz (1).

Felipe II, que coleccionó las fantasías de Jerónimo Van Acken de Herzogenbusch, celosamente no era tan seco como le pintan. Oía con gusto las bromas, y en la mesa (¿para facilitar la digestión?) debían sentarse sus bufones; llevó consigo gran número de ellos en su viaje á Inglaterra; en lo demás, los pagaba mezquinamente. Los bufones de ambos sexos que pintó su pintor de cámara, Alonso Sánchez Coello, estaban colgados al fin del siglo XVII en la escalera de la galería del Norte del alcázar. Entonces rodeaba á la locura una atmósfera de misticismo, en el sentir de los antiguos; se les tenía en ocasiones por inspirados. Cuando el cardenal Hugo Buoncompagni fué á la corte para asuntos del prisionero arzobispo Carranza, en compañía de los prelados Félix Peretti y Nor. Sfrondrati, y estaban los tres en la mesa del rey, parece que dijo un truhán á Felipe: «¿Sabes que comen contigo tres papas?», y en esto dió á los tres en la espalda. Fueron Gregorio XIII, Sixto V y Gregorio XIV.

Cervantes cuenta en el prólogo de sus obras dramáticas que Lope de Rueda, el poeta comediante, fué enterrado en Córdoba entre los coros, al lado del bufón Luis López. De éste hubo un retratito al óleo en el guardajoyas de Felipe II.

El viejo señor gustaba, aun durante sus graves dolencias, de los *chistes* discretos, tanto que los príncipes en los asuntos delicados podían prometérselas más felices de sus agentes disfrazados de bufones, que de sus mismos diplomáticos. Así cuenta el veneciano agustino Nani que en el año 1598, con ocasión de los regalos enviados para la boda de Alberto é Isabel, llegó á la corte un supuesto bufón del archiduque Fernando I,

(1) FLORESTA ESPAÑOLA de apotegmas. Cassel, 1607, pág. 56. Cuando D. Francés estaba moribundo, le rogó á su colega Perico de Ayala que rezase por él en el cielo: «Átame un hilo en este dedo meñique, murmuró, para que no se me olvide.» Y con esto murió.

cuyo ingenio florentino le abrió las puertas del cuarto de Su Majestad, y fué recompensado con cadenas de oro, coches y caballos al visitar el palacio, y fué considerado como un hábil, (*accortíssimo*) negociador y explorador en el asunto del matrimonio de la sobrina de su alteza (1).

En aquella galería de bufones estaba el viejo Morata de Sánchez Coello, sentado al aire libre, con las gafas en la nariz, y sumido en la lectura de un libro, con otros varios esparcidos por el suelo; quizá el modelo del Primo. Más allá, Martín de Aguas, en capa parda de labrador (gabán), con listas blancas, rojas y verdes, medias amarillas y el bonetillo en la mano; puesta la mano sobre un niño y seguido de algunos, entre ellos un negro. Un pequeño y basto truhán rollizo, con túnica acuchillada en anaranjado, está al lado del arquitecto catalán Juan Biladon (?) cogido de su cinturón; éste tiene en su mano izquierda una reja de arados. También se ve allí un enano de D. Carlos, Cristóbal Cornelio, en traje granate.

Varias veces se encuentra Magdalena Ruiz, primero (Prado, Nr. 770) en traje negro, con matilla de encaje, collar de perlas, mangas blancas, abanico y guantes. Pertenecía á la princesa Juana de Portugal, y parece que pasó de ésta á la infanta Isabel. En un cuadro está al lado de la hija de Felipe II (Nr. 769), que apoya su mano sobre la deforme y grosera cabeza de la vieja loca (2). Pero ¿quién es la insignificante persona del retrato, atribuído á Pourbus, de la hija (de más edad) de Felipe II en Hamptoucourt? (343). Probablemente de Bartolomé González. También Nápoles pagó su tributo: hay una media figura «del Calabrés», en negro, con cadena de oro, la mano en la cintura. Finalmente, Catalina la portuguesa, media figura en manto de viuda, blanco, tocando un pandero, estaba en el guardajoyas, entre Felipe II y Don Juan de

(1) Con la sua avveduta maniera nelle facetie, et piacevolezze s'ha aperto facile ingreso nelle stanze di S. M. Desp. 19 Mayo 1598.

(2) En el catálogo del Prado, atribuído á Felipe de Liaño, pintor aún no demostrado en ningún cuadro seguro.

Austria. A los bufones uníanse los *fenómenos:* Brígida del Río, llamada «la mujer barbuda de Peñaranda», que se mostraba en Madrid el año 1590, y *la niña encrespada*, ambas en el Prado.

La cabeza que bajo *Don Felipe el Prudente* ocupaba el primer puesto, era en tiempo de Felipe III la parte más débil, puesto que subía el prestigio de la locura. En la solemnidad de sus bodas, en el año 1559, apareció Lope de Vega haciendo el papel de un bufón. En una relación del año 1611 (de la Biblioteca Real de Berlín) se dice que los grandes no casados, especialmente los de las provincias, invitaban á su mesa, siempre puesta, á los cortesanos influyentes. Era prudente, pues, distinguir á los bufones del rey, «porque eran trompeteros de todo lo que veían y oían». En el Pardo estaba el retrato de Bonamico y D. Antonio con el perro Baylan (Vaillant), de Pantoja de la Cruz.

Son notables por su estilo las cartas de un polichinela italiano, un *unicum* que se conserva en el Archivo de Mantua. En 1604 fué de allí D. Jerónimo Fonati á Valladolid, en donde fué bien recibido de los grandes de la corte, el duque de Miranda y los de Cea y Sessa, y presentado al rey, que le regaló un traje tasado en 500 escudos. Era un comediante, por lo que se comprende su éxito. Este noble escribía á su duque Vicenzo Gonzaga, firmándose de *Vostre affizionato como padre:* «Me he medido con caballeros de mi oficio y les he ganado la palma de la *infamia*. Pero con los caballeros temo que me sea imposible la victoria, pues en vez de darme dinero me pagaban con asperezas.» El compadre pudo estar seguro de su fe y y vuelta, pues el rey de España daba todo lo que tenía. El embajador recomendóle á la partida de su Duque. «Podía darle toda clase de detalles de la corte española, pues en corto tiempo había experimentado todo lo bueno y lo malo.»

Pero nunca alcanzaron tanta importancia los bufones como bajo Felipe IV, que era á la vez melancólico y frívolo. Se contaban las veces que había reído en su vida. El aburrimiento

de los reyes es más grande y peligroso que el de los demás mortales para los ministros, lacayos y súbditos, y á veces para la paz del mundo. En *El médico de su honra*, de Calderón, el rey ofrece á su bufón cien escudos por cada carcajada, y si pasa un mes sin reir le arrancará un diente. Felipe IV pertenecía á los grandes señores, que, según Erasmo en el *Elogio de la locura*, sin sus bufones ni beben ni comen, y, en general, no pueden pasar sin ellos una hora. Aparecían en los teatros, en las fiestas y audiencias, á su lado; tenían entrada libre en todas partes.

Que, en fe de hombre de placer,
debe de haberse tomado
licencia de entrar aquí.

(Afectos de odio y de amor.)

En la corrida de toros en honor del Duque de Módena (1638) sentáronse al lado de los reyes, al pie del trono, en traje de reyes castellanos. No es desatinada la conjetura de Beruete, de que los tres barrocos reyes godos que Alonso Cano pintó para la antigua sala de comedias del alcázar (Prado, 673) sean contrafiguras de estos polichinelas.

No debe, pues, extrañar que un hombre como Velázquez fuese colocado ocasionalmente en la misma categoría que éstos, como cuanto su traje fué reducido con los de los barberos á 80 ducados (los barberos y bufones formaban una misma clase con los enanos); y como cuando en ocasión de una fiesta en la *Plaza Mayor*, se sentó en la cuarta fila con dichos barberos y los lacayos de la nobleza.

Parece ser también que algunas gentes ladinas se cubrían con la máscara de la travesura para procurarse más influjo y libertad. En los últimos tiempos de Felipe IV llegó á ser, por esta clase de talento, un ayuda de cámara, una de las personas más influyentes. Llamábase Manuel Gómez. Había estado en Italia y Florencia, y era tenido entre los diplomáticos por un profundo político y conocedor de los hombres. Se le inició en

un alto proyecto de matrimonio para utilizarle como explorador: el Duque de Módena pretendía á la hija de D. Luis de Haro. Su dón especial era la imitación, á veces atrevida, de la voz y los gestos *(remedar);* así entretenía á la melancólica Majestad, en ocasiones á su propia costa; hasta copiaba al Nuncio cuando oficiaba en la capilla de Palacio, en su propia presencia. Contaba al rey lo que pasaba en la ciudad y lo que se decía en la corte; los grandes, los pretendientes y los embajadores se disputaban el favor de verle sentado á su mesa, por que dejase caer alguna palabrita en tiempo oportuno, de lo cual le compensaban no sólo con banquetes (1). El embajador toscano, Vieri Castiglioni, le pagó en el año 1661 en una audiencia seis *pezzi da otto.*

Como nunca había habido tanta razón para la maledicencia general y personal, no faltaría tela para la sátira. Tirso cree oportuno un nuevo empleo borgoñón en la corte para vituperar los abusos; le titularía *Murmuratiel.* Lope describe, en el *Peregrino en su patria,* cómo el filosófico observador de estas *cosas de España* confunde sucesivamente los límites de ambos reinos. Lleva á sus enamorados á un manicomio de Valencia, y tiene allí ocasión de coleccionar en un poema las locuras que nosotros, los que andamos sueltos, cometemos. Pronto enseña, por boca de los pacientes, las profundidades del empíreo, de la caza y de la música, de tal modo, que un señor cree que si todos los locos en España saben tanto, prefiere que sus hijos queden en la ignorancia.

Pero no faltaban ya entonces los que anticipaban el juicio de la posteridad, la cual comprende aún difícilmente esta costumbre del pasado. En parte alguna se sintió tan vivamente la reacción del gusto. Calderón (en *La cisma de Ingalaterra)* exclama:

¡Que un rey, que es tan singular,
se deje lisonjear
de locos y de truhanes!

(1) Conte Franc. Ottonelli al Duque de Módena, 23 Abril 1652.

Y Quevedo, en *Los sueños*, al llegar «á unas bóvedas donde comenzó á tiritar de frío y dar diente con diente...», preguntó, «movido de la novedad de ver frío en el infierno», qué era aquello; y salió á responder un diablo zambo, con espolones y grietas, lleno de sabañones, y dijo: «Señor: este frío es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares chocarreros, hombres por demás y que sobran en el mundo, y que están aquí retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta, que templarían el dolor del fuego (1). De hecho, cuando se lee la *Floresta*, de Melchor de la Cruz, puede juzgarse que en otros estados, por ejemplo, entre los monjes, hay más chiste.

La época de Luis XIV quebrantó esta mala costumbre, á que el siglo XVIII puso fin. Anteriormente servían de válvula; en medio de la corte llegaba con sus conversaciones un aliento de callejuela: la jerga de la taberna y del lupanar; las maledicencias del *Mentidero* (así llama Calderón á una encrucijada de Madrid (2). Desde que en Roma se introdujo la libertad de la prensa, entra en juego el ingenio de un Marforio y un Pasquin. La libertad de los bufones fué trasladada á otras industrias y corporaciones. Los locos de la corte eran la libertad de lenguaje en toda su bajeza.

TRUHANES

Los locos de Velázquez están entre sí muy distantes; datan todo lo más desde mediados del año 30 hasta fines del 50. Pero como una biografía no es un índice cronológico, y el mayor

(1) Zahurdas de Plutón.

(2)
Pasé adelante aquellas cuatro esquinas
de la calle del Lobo, y la del Prado,
á quien por nombre ha dado
una discreta dama: mentidero
de varones ilustres.
(El astrólogo fingido.)

número pertenece á los últimos tiempos, se pueden presentar aquí como colegas: hay en esto más orden del que parece. ¿No tenemos delante á los secos, melancólicos y coléricos bufones, el humor siniestro y el alegre, el cerebro de blandura infantil y el marasmo del extravagante, los delirios misantrópicos, el orgullo pendenciero, la siniestra malicia, por último, los filósofos risueños ó llorones?

Formaban tres grupos, conforme á los cuales fueron pintados. Los *truhanes, hombres de placer,* hombres normales y hasta ilustrados, destinados al Buen Retiro; los enanos, idiotas y monstruos, que fueron colocados con sus antecesores en la escalera de la galería del Norte de Palacio; á éstos uniéronse dos nombres de la bohemia clásica en la Torre de la Parada, cuyo decorado se componía casi en su totalidad de asuntos antiguos.

Entonces eran admitidos los enanos en los retratos de sus señores como los perros. Van Dyck pintó á la reina Enriqueta Margarita con el enano Jeffrey Hudson; así se ve en la Northbrook Galleri y en Petworth. En el hermoso retrato de Rubens de la marquesa María Grimaldi, en Kingston Lacy, se ve al lado de una fina genovesa un enano con gran cabeza de viejo y facciones de maldad brutal. El pintor la utilizó al mismo tiempo para una repugnante figura de sacerdote en la «Adúltera ante Cristo». Aun hoy se muestran las mismas beldades con gusto al lado de amigas insignificantes. Velázquez dió estos horribles monstruos por compañeros á los reales niños.

Palomino (p. 335) vió en el Buen Retiro, en la escalera del «Jardín de los Reinos», los retratos de los truhanes de Felipe IV (llamados también *sabandijas palaciegas*). El inventario del último Austria contiene también sus nombres con breves referencias. Eran los tres más grandes ($2\ ^1/_2 \times 2\ ^1/_2$ varas): «Pablillos, el de Valladolid, con la golilla»; Pernia ó Barbarroja en traje turco; Don Juan de Austria, cuyo verdadero nombre es desconocido, con piezas de armadura en el suelo. Estas

dos son parejas. Después vienen los tres más pequeños (1 ½ varas cuadr.): Juan Cárdenas, el domador, con el sombrero en la mano; en la primera manera; Ochoa y Calabaças ó Calabacillas, con un retrato en una mano y una carta en la otra. Cada uno de ellos tasado en 25 doblones. El conocimiento personal de estos gnomos, en otro tiempo populares y adulados en Madrid (como hoy los espadas), más que los capitanes y poetas, se perdió pronto. En los inventarios de la casa de Borbón se llama á Don Juan, el *Artillero;* á Barbarroja, un moro; Pablillos, en cambio (aun en el catálogo de 1845), es un célebre cómico. El efecto cómico de estas figuras, que en parte estribaba en el contraste de su aspecto con su oficio, se ha perdido. Todos tres son puro tipos de raza.

Pertenecían á la baja servidumbre de Palacio, y recibían, por ejemplo, en las representaciones, propinas; un personal siempre á mano para entretenimiento de la más baja especie. En el Carnaval de 1636 se les invitó á que ejercitaran su talento (1). Si bien estaban oficialmente empleados y á sueldo, no se les conocía siempre por su traje ó gesto, por lo cual se pudieron tomar después en serio nombres como Barbarroja. Tan extendida estaban la dignidad y grave continencia aun entre los más innobles. Un español á quien castigaban en una calle, contestó á quien le aconsejaba ir de prisa y volver más: cien golpes más ó menos no afectan á mi honra.

Quizá el primero de estos cofrades á quien se concedió la honra de ser retratado, fué Pablillos de Valladolid (Prado, 1902). La figura está de pie sobre un fondo vacío gris claro (con excepción de las sombras de las piernas), en traje negro de gala, pintado sólo con negro, blanco y pardo. Por el

(1) En el Buen Retiro entrenían de diferentes maneras: «Han fatto correr tori privatamente, caccie di altri animali nel serraglio, qualche commedia di notte, e *pratiche di buffoni*, che col farli bere più dell'ordinario, si rendevano maggiormente atti a burlare et essore burlati»; finalmente, música vocal é instrumental, para la cual el mismo rey compuso un aria. Florent. Desp. 9 Febrero 1636.

gesto se le tomaría por un Mimo. Parece haber actuado en los principales teatros. En el cuadro aparece con las piernas separadas, la *capa terciada* y echada sobre el hombro izquierdo. Extiende la mano derecha medio abierta, como si hiciera disimuladamente un signo al público, quizá á costa de alguna persona respetable que estuviera en aquella dirección. Postura, gesto, semblante, convienen con el éxito que sin duda han tenido las grotescas palabras que salen de aquel rostro adusto y simple (1). Una cabeza que excita la carcajada, con frente estrecha y proclive, fuertes pómulos, labios gruesos y barba que retrocede; las espesas cejas y pestañas, la barba de chivo, como comida de la tiña. Las manos, con las cuales hace señas, están extraordinariamente cuidadas y bien modeladas. En la galería de Leganés había aún en el año 1665 más retratos de Pablillos y de Pernia.

Recientemente se ha querido ver en este Pablillos la misma persona que aparece como geógrafo humorístico en un lienzo de la galería de Rouen, lo que no convence. Este es un descarnado español, que parece decir un chiste ante el globo terráqueo. La crítica, en otras ocasiones liberal, con talentos dudosos, se ha manifestado aquí escéptica, algo inoportunamente (2).

De pie, vuelto hacia la derecha, pero con el rostro que ríe cínicamente vuelto hacia el espectador, muestra indolentemente, con el índice en posición vertical, la esfera del mundo; es un gesto asqueroso, gesto de desprecio. Es, pues, un cínico, cuyas teorías son desmentidas por su escogido traje y su peinado. Si se acepta qué quiere expresar la nacional ignorancia de

(1) Quizá se ríe de los sabios que le han colocado en todos los períodos de Velázquez: Armstrong le coloca en el primero, Beruete en el segundo, Stevenson en el tercero.

(2) El conde Cl. de Ris creyó, después de un «examen más detenido», que no era auténtico. «Les musées de Province, 1852, 1,124.» También lo cree así Curtis. A la aparición de este libro subieron sus acciones; se descubrió repentinamente, y se anunció con trompetería.

la geografía, se le debería calificar hasta de ingrato, pues el oro de sus protectores, con el cual se procuraba sus mezquinas galas, había tenido que atravesar el Océano.

La cabeza es apropiada al tipo. La cara ha sido retocada posteriormente, por el maestro mismo quizá, para corregir algún arañazo con toques precipitados (*colpi*). Pequeños ojos tiernos, gruesa nariz romana, boca saliente, en la cual relucen dos filas de dientes; pelo cortado afectadamente, según la moda de entonces, en bucles, y bigote caído; la cabeza de un Münchhausen. Lleva cuello de encaje; sobre el brazo derecho descansa la capa amarilla, modelada minuciosamente. Esta, así como el suave empastado y las sombras oscurecidas y el mismo aplomo, recuerdan mucho al aguador de Sevilla.

De su tiempo es el prestigioso, el primero de su clase, según el embajador de Toscana, *Cristóbal de Pernia* (Prado, 1053). Gozaba de doble paga, y obtenía de los cortesanos lo que quería. Pero era pródigo y tramposo, y fué desterrado á Sevilla en cierta ocasión (1634), según se supo después, por haber excitado la cólera del ministro. Como, en efecto, en una ocasión el rey cazando en Balsain pidiese olivas, y el *despensero* contestase que no las había, Pernia exclamó: *ni olivas ni olivares*. D. Cristóbal (aquí de cuarenta años) es un hombre de figura distinguida, bien formado, de continente enérgico, con ojos amenazadores, bajo una frente pronunciada, bigote *miles gloriosus*. Una de las aptitudes de estos *truhanes* era imitar burlescamente á las gentes principales, y á menudo eran ellos mismos parodias andando de los personajes históricos. En consonancia, se le llamaba á éste Barbarroja, aquel terror de las costas españolas en el siglo XVI, cuyo aspecto era entonces todavía bien conocido. En palacio, en la sala de las bóvedas, en que comía Su Majestad en verano, era de verle en turbante y brocado con otros héroes turcos.

En las fiestas aparecía en este traje, por lo que en él le retrató el pintor en túnica roja y manto blanco de corte morisco, no sin el gorro cónico guarnecido de blanco de su oficio.

En la corrida de 1633 apareció con un gran turbante con alfanje, seguido de soldados; inclinóse ante el balcón real, haciendo ademanes grotescos. El primer animal le miró por todos lados, y optó por volverle la espalda; el segundo, excitado por el paño rojo, le acometió con caballo y todo. Quizá está pintado con la *espada* propia del *toreador* (1). Tiene la capa *doblada* artísticamente sobre el hombro izquierdo, de modo que el cuerpo queda descubierto, y tiene la espada como esperando una acometida; la vaina en la izquierda. Su mirada es amenazadora, como si siguiese la de la fiera. El cuadro, así como el siguiente, está terminado sólo en parte, quizá deliberadamente; era bastante para un bufón. Sobre la pintura interior, que se ha dejado sencillamente para el sombreado, se han añadido ligeros tonos de claro y rosa. El fondo oscuro sucio se ha dejado sin capas claras. Sólo la capa está minuciosamente modelada como un estudio. Goya grabó este retrato.

El corsario sarraceno está puesto frente á un héroe de la Marina española, que sólo es conocido por su nombre de guerra: Don Juan de Austria (Prado, 1.094). Que se bautizase al bufón con el nombre del vencedor de Lepanto, el abuelo tío de Su Majestad, la cual también puso este nombre á su hijo natural, que prometía mucho, es una prueba de cuánta despreocupacion había allí aun respecto de los muertos de sangre real. Después apareció también el mismo, bajo el nombre de Hernán Cortés (en el grabado de Lingée, 8, Adam, 1824).

Es una figura larga, delgada, ya inclinada por sus sesenta años, con cara de hambre; espesas cejas negras sombrean unos ojos pequeños y enterrados; la boca desdentada, cubierta por el alborotado bigote; una pierna seca y torcida hacia fuera. Así se representaba á aquellos capitanes, nervio de la disci-

(1) En la corrida que presenció el holandés Aassens en 1655, el único que peleó á caballo fué el bufón de D. Luis de Haro. *Voyage d'Espagne*. París, 1665, pág. 107.

plina militar castellana, que forjaban las aceradas falanges de su infantería reclutando gente vagabunda. Hombres de recia contextura, espíritu imperturbable, delicado *pundonor,* fieles á su deber, frugales, crueles fatalistas, los cuales con frecuencia, después de haber sacrificado á su rey sus mejores años, energías y fortuna (quizá como aquel D. Aníbal Chinchilla, que fué dejando un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía y una pierna en Holanda), no eran pagados nunca, volvían á su patria, y á puerta cerrada festejaban con pan y cebolla, y de cuando en cuando aparecían en la antesala del *secretario de guerra* con aspecto espantable por sus cicatrices, vejez, hambre y gesto furioso:

> Viejo y enfermo de servirte en guerra,
> en fuego indiano y en flamenco frío.
>
> LOPE

Su mirada escudriñadora parece implorar al portero de su excelencia, el cual le consolará diciendo que el honor es la paga del español.

Este caballero de triste figura aparece, sin embargo, en el rico traje de un príncipe de la sangre. Jubón y capilla de terciopelo negro; este último forrado y ribeteado de seda roja; mangas carmesí y calzón del mismo color; medias rosa, con flores en las rodillas, así como en los zapatos; ancho sombrero deformado, con cinta roja y gran penacho; la huesuda mano izquierda en el puño de la espada; en la derecha, un gran bastón con borla roja; en el cinturón una llave de acero. En el suelo de mármol yacen diseminadas varias piezas de guerra: casco, peto, bombas, balas de cañón, coraza; por la abierta ventana se ve el mar, en el cual se libra una feroz batalla naval, como en el cuadro de Felipe II con su hijo Fernando. La capitana del gran turco se va á pique allá en el fondo. El bufón ha arrojado toda la armadura, y está allí solo, en traje de gala, para aceptar las enhorabuenas de Farnesio, Colonna, etc.

Los otros tres truhanes se perdieron del Buen Retiro á pa-

lacio. En una galería escocesa, Rossie Priory, había el retrato de un portero, que allí se llamaba de Velázquez, y en el que se podía ver á la primera ojeada al portero Ochoa. Un hombre de edad, de negro, separa una cortina, y entrega, inclinándose á la izquierda, una carta, sobre la cual *no* está el nombre del pintor. Una cabeza de líneas acentuadas y nobles, bien formada y alta frente, y cuyo rostro revela inteligencia y despejo. La figura, sobre fondo negro, está sólo esbozada; de las manos apenas se ve el contorno; la cara, bosquejada en verde negruzco y fuertemente deteriorada. La cortina está tratada con minucia y gran prodigalidad de colores: un magnífico ejemplar de Smirna. Cuadros negros con fondo rojo y marco negro. Este magnífico trozo ilusorio llena la mitad de la superficie del cuadro. Probablemente servía el retrato como *portiera* de una puerta secreta destinada á embromar al visitante. Faltan seguramente caracteres ciertos de la firma.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

LA INQUISICIÓN POLITICA [1]

He dicho alguna vez, hace pocos años, que los problemas políticos han dejado de interesarme. Pero esto no es del todo exacto. Más lo sería afirmar que carecen de gran interés, á mis ojos, las cuestiones de aquella índole; pero las corticales y, por eso mismo quizá, más llamativas y aparatosas de ordinario, en modo alguno las que tocan á la misma entraña política. Hoy por hoy, en efecto, me parece que son cuestiones de un interés muy subordinado las que se refieren, por ejemplo, á la

(1) Este artículo fué escrito hace ya dos años. Su autor tendría hoy que introducir en él varias rectificaciones y algunos complementos, á los que debe renunciar por distintas razones. En un libro, *El derecho y sus sacerdotes*, que verá la luz pronto, podrá encontrar el que quiera desarrollados mis actuales puntos de vista acerca del asunto á que el artículo se refiere. El cual, aparte alguna adición, hecha principalmente en las notas, se publica en su primitiva forma, sin refundición; porque si esta última hubiera respondido á un estado de mi pensamiento, el actual, acerca del Estado y su valor, aquélla traduce también otro estado de pensamiento, no menos de apreciar—en su significación objetiva, se entiende,—por ser más antiguo que otro cualquiera posterior á él.

El artículo no es, pues, de puras circunstancias. Pero me ofrece coyuntura favorable para darlo á la imprenta esa ruidosa agitación—tan tontiloca, huracanada y, por lo mismo, turbia, transitoria y falta de solidez como todas las de su índole—que han promovido últimamente entre nosotros los periódicos, especialmente los más poderosos y alborotadores de Madrid, al conjuro de la «santa libertad individual» y de los demás «sacrosantos derechos individuales», amparados por la «inviolable Constitución». De la tal agitacion, y con motivo de ella, habría no poco que decir; pero yo renuncio ahora á hacerlo.

organización del póder público y á la extensión de la esfera de sus atribuciones, á pesar de que estos asuntos figuren entre los que mayor suma de fuerzas mentales han consumido y sigan consumiendo á una buena parte de los estudiosos. Cualquiera que sea esa organización, y ya las facultades aludidas tengan mayor ó menor amplitud, siempre queda en pie el Estado (entendido como equivalente de «poder público» (1) y la despótica tiranía que le es inherente y lo mantiene erguido. En tanto que el Estado (el llamado poder central y sus derivaciones) subsista, parece absolutamente imposible que los hombres sometidos á él, y que se llaman sus miembros, hagan vida de verdad libre. Quien dice Estado, dice al parecer, inevitablemente, opresión y servidumbre, como quiera que él se halle organizado, pues en la servidumbre y la dominación ha sido concebido. Es lo que representa la concepción de aquéllos, para los cuales, si el Estado existe, su existencia es debida al pecado original de los primeros padres, pecado que hizo decaer—degenerar, se diría hoy—la naturaleza humana, colocándola en situación de imposibilidad para regirse por sí misma y en la necesidad de echarse en brazos de alguien que la proteja y la gobierne, y al gobernarla la esclavice; ó la de tantísimos filósofos (Spinoza, Fichte, Hobbes, el propio Platón, mil y mil racionalistas), que por caminos ya semejantes, ya diversos, vienen á parar á un radical individualismo, con el que sólo es compatible la vida social, gracias al aglutinante

(1) Dos son, en efecto, las principales significaciones que á la voz «Estado» se le suelen dar: la una, como Estado oficial, ó sea como conjunto de órganos oficiales, de autoridades, de gentes que mandan y gobiernan (ejemplo: cuando se pregunta por la misión del Estado, por sus funciones, por la intervención que debe tener en la vida de los individuos sobre los que ejerce su actividad: centralización ó descentralización, autonomía individual ó local, etc.); la otra, como Estado total, que abarca á todos los ciudadanos, y en este sentido se aproxima, no ya á gobierno ni á poder público, sino á «país», «pueblo» y «nación». En ambos sentidos se usa la palabra en este trabajo: el lector comprenderá bien cuándo se emplea en el uno y cuándo en el otro.

del Estado y de su voluntad impositiva, llamada ley. Es, asimismo, lo que significa la concepción vulgar y corriente, que no sabe representarse como posible una vida ordenada, sino al precio de la sumisión violenta de unos hombres á otros; es decir, bajo la condición de que haya alguien que, imponiéndose á los demás, los subyugue, les tenga á raya y les constriña violentamente, cuando preciso sea, á conducirse en un determinado sentido. Sin estas ligaduras forzosas—se piensa y se dice,—¿cómo sería posible la vida? «Unos ú otros, ha de haber siempre quien mande»; ó lo que es igual, la autoridad, y por consiguiente el Estado, hállense organizados como quiera, habrán siempre de acompañarnos.

Y aquí está el gran problema, el de la subsistencia ó la desaparición del Estado mismo (del Estado oficial, no se olvide, que es del que se trata ahora). De este problema, que no es ya propiamente político, sino de otro orden más elevado y general, que no sé si llamara filosófico, no puedo verme libre. Me acosa de una manera continua y apremiante. Me hacen pensar en él, no ya tan sólo las acostumbradas lecturas de libros y revistas, sino también, y muy principalmente, los hechos que á todas horas están ocurriendo en la vida diaria, sobre todo las mil y mil maneras de relación en que se tienen que hallar á cada paso los ciudadanos con las leyes y con los órganos de su ejecución. Apenas ocurre cosa alguna de que uno tenga conocimiento, v. gr., por los periódicos, que no suscite en mí la cuestión del Estado y la de la libertad de sus súbditos. No hay acto de gobierno que no la lleve consigo (1). Y siempre se me ofrece la disyuntiva entre dos términos, el Estado y la libertad, la conciliación entre los cuales tengo generalmente por imposible. Se hace preciso, á juicio mío, optar por el uno

(1) Los asuntos que más enardecen el ánimo popular y mayor agitación producen en eso que se llama «opinión pública», tan incoercible, tan artificiosa y ficticia á menudo, aun cuando, por otra parte, tan real siempre, son de esta clase: clericalismo, catalanismo, ley de asociaciones, de jurisdicciones, del terrorismo, etc., etc.

ó por el otro. Habiendo Estado, hay sujeción, y no puede haber libertad; habiendo libertad, entera libertad, libertad para regirse uno por sí mismo, sin estar forzosamente sometido á nadie, no puede haber Estado, en el sentido ordinario de gobierno ó conjunto de órganos oficiales que se arrogan la facultad de mandar en otros individuos.

Creo por eso que no puede haber gobiernos liberales, por más que otra cosa se piense de ordinario, efecto probablemente del tradicional influjo de concepciones en que no nos paramos mucho á meditar. Las palabras «gobierno» y «liberal» implican, para mí, una contradicción *in adjecto*. Todo gobierno presupone imposición, prepotencia, constreñimiento y, por lo tanto, servidumbre: servidumbre y limitación en los libres movimientos de los gobernados; prepotencia y tiranía en los gobernantes (1). Tiranía mayor ó menor, pero tiranía siempre.

---

(1) En una agitada escaramuza que tuvo lugar en nuestro Congreso de los Diputados durante el último mando del partido «liberal», en aquella escaramuza que hizo retirarse de la Asamblea á la minoría republicana por creer que el presidente de la Cámara ahogaba prepotente y abusivamente los derechos de los diputados, el Sr. Canalejas, que ocupaba el sillón presidencial, y que figura, según es sabido, á la cabeza de un partido que se titula demócrata y representante del liberalismo más próximo á las extremas izquierdas, pronunció las siguientes palabras, subrayadas por grandes aplausos, que indicaban su conformidad con ellas en la mayor parte de los que las oyeron: *Autoridad que se discute, no es autoridad.* La tesis me parece exacta. Pero añado: ¿Es una tesis liberal? ¿No es la que funda y sostiene todo eso que á menudo se llama «absolutismo», «despotismo», «tiranía»?

Otro ministro, también del partido liberal, prometió igualmente por entonces (otoño de 1906), desde el banco azul del Congreso, no dejar moverse «ni una mosca» en el país, y «cortarle las alas» á cualquiera que pretendiera volar sin permiso del gobierno.

Cuando los gobernantes que llevan el mote de «liberales» se ven cogidos entre la espada y la pared, cantando por una parte himnos líricos en honor de las libertades «intangibles» del individuo soberano, dueño absoluto de su persona y su actividad, y reconociendo, por otra parte, la necesidad de utilizar y manejar con vigor los consabidos «resortes de gobierno», ó se declaran francamente absolutistas y antiliberales, como en los ejemplos citados, ó, sin decirlo expresamente, proceden de una manera

Sin tiranía es inconcebible el gobierno, que de tiranía, real ó posible, se alimenta. Gobiernos más ó menos tiranos, sí pueden darse, y se dan de hecho; pero todo es cuestión de grado, no de esencia. Cuando los hombres de nuestros días se muestran ufanos, como acontece á menudo, de las llamadas conquistas liberales, y se complacen hablando del régimen de libertad que hemos conseguido, comparativamente al de opresión que ha dominado en otros tiempos, lo que sin duda quieren decir es que han aflojado bastante ciertos lazos, antes vigorosos y apretadísimos. Mas no por eso ha recabado el hombre completamente los fueros de su libertad, ni se ha emancipado por completo. Sigue atado con los vínculos de la sumisión y la servidumbre, ya en las mismas cosas que anteriormente, ya en otras nuevas (1).

---

absolutista y aun arbitraria, sincerando su proceder con aquello de «en otros países tenidos por liberales (Inglaterra, Italia, Suiza, Estados Unidos, etc.) hacen también lo mismo que nosotros». (El desatentado Romanones ha usado bastante de esta muletilla para cohonestar sus violencias legales y sus desafueros.) Lo cual es verdad; pero en ello justamente se halla un indicio de que dentro del Estado no cabe buscar la libertad, cuando ésta se conciba como ausencia de ligaduras y trabas autoritarias é impositivas.

Excusado parece advertir que las observaciones anteriores son aplicables por igual á toda clase de gobernantes y de gobiernos, incluso á los anarquistas (pues ni el anarquismo, aunque se tenga como paradoja, puede pasarse, ni siquiera es concebible, sin gobierno y gobernantes). Hasta se nota con muchísima frecuencia, que los que á sí propios se diputan por más radicales dentro del liberalismo (v. gr., nuestros *sedicentes* revolucionarios), son los más enemigos de éste, los más ferozmente autoritarios y perseguidores de los que no vayan por donde ellos quieran. Su cerebro es monoideísta, y su mentalidad está duramente sistematizada y polarizada. A esta clase pertenecen todos esos sujetos que quieren desterrar ó proscribir á curas y frailes, ó hacer matanzas de ellos, para extirpar tan «maldita semilla»; que no quieren juntarse con neos ó carlistas «ni aun para ir al cielo», etc. Si llegaran á apoderarse del gobierno y realizaran lo que predican (cosa que ni intentarían siquiera), su Estado habría de resultar sumamente monótono y aburrido: «pan con pan.»

(1) En número cada vez mayor, por cierto. Recuérdese el creciente «intervencionismo» del Estado moderno y la balumba de leyes á que ha dado lugar, trabas todas ellas al libre obrar del ciudadano.

Hay, sobre todo, una esfera donde la emancipación humana se pregona más que en otra alguna, y es la que se refiere al orden religioso. Cuando se habla de «conciencia libre», de «libre examen», «libertad de pensamiento», y otras frases por el estilo, apenas si aludimos nunca á otra cosa que á la facultad atribuída á cada individuo humano para gobernar su conducta en punto á religión como mejor le parezca, profesando la que tenga por conveniente ó no profesando ninguna, afiliándose á una determinada confesión ó agremiación religiosa, ó siéndole por igual indiferentes todas ellas. La voz «Inquisición»; que ha venido á usarse poco menos que en el sentido exclusivo de violencia, opresión, tortura, no se aplica nunca sino á la materia religiosa, siendo preciso adjetivarla especialmente si alguna vez se la quiere trasladar á otro orden. Inquisición, á secas, vale tanto, siempre, como inquisición religiosa, es decir, coacción ejercida sobre la conciencia en asuntos religiosos, obligando á confesar—ya que á profesar sea imposible—tales ó cuales determinadas creencias, y persiguiendo de mil modos (por la muerte, la expulsión, la negación ó merma de derechos: propiedad, testamentifacción, heredabilidad, sepultura, derechos políticos y honoríficos...) á quienes no digan someterse á ellas. Esto es lo que trae consigo la llamada «unidad religiosa».

Pero sobre este particular hay que advertir algo. La unidad en cuestión no tiene propiamente carácter confesional, sino político. No la impone una iglesia, como tal; la impone el Estado. Cuando los defensores de la Inquisición, ya en general, ya en nuestra patria, sostienen que aquélla no fué un tribunal ni un fuero eclesiástico, sino un fuero civil, dicen una gran verdad. Si el Estado no la hubiera admitido y reconocido, no hubiera tenido eficacia. Nadie la hubiera temido. La iglesia católica, al igual de las demás iglesias ó confesiones organizadas socialmente, y análogamente á lo que ocurre con toda persona colectiva, tiene su propio estatuto y sus propias leyes (constitución eclesiástica, cánones, constituciones ponti-

ficias...) que los fieles están obligados á obedecer; tiene asimismo su poder disciplinario (los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, que dicen muchos escritores de derecho canónico), para formular preceptos de índole eclesiástica y reclamar la observancia de los mismos. Pero carece de facultades propiamente coercitivas externas, igual exactamente que les pasa á todas las restantes personas llamadas sociales, menos al Estado. La iglesia puede lanzar excomuniones y censuras, imponer penas eclesiásticas, que son las adecuadas á su índole; más de aquí no puede pasar. Las correcciones de otra especie que por acaso decrete no pueden ser llevadas á efecto sino con el auxilio del Estado. Desprovista de este auxilio, podrá excomulgar, declarar á uno incurso en heregía, pedirle retractación de sus doctrinas condenadas, someterle á penitencias; no podrá, v. gr., meterle en la cárcel, embargarle ó confiscarle sus bienes, llevarle á la hoguera ó la picota, condenarle á muerte civil, privarle del derecho de ser testigo en actos públicos, del de hacer testamento, del de heredar, del de ocupar cargos oficiales. Para todo esto necesita «impetrar» (ó *impartir*), conforme se decía en épocas de gran poderío eclesiástico, «el auxilio del brazo secular». Auxilio que se le ha prestado muchas veces, en efecto; sólo que, al prestárselo, el Estado toma á la Iglesia (como lo podría hacer, y lo hace á menudo, con otra persona social cualquiera, con la Universidad, el Parlamento y aun el Ejército mismo) bajo su protección, convirtiendo entonces las infracciones y violaciones de las leyes eclesiásticas (supongamos, la heregía, la incredulidad, el sacrilegio) en delitos civiles, en delitos contra las leyes ó condiciones de la vida del Estado. Así, la Inquisición, instituída con el objeto de que «velara por la pureza de la fe católica» dentro de un particular Estado— no dentro de la Iglesia, que tiene para esto, por exigencia indefectible de su propia vida, medios apropiados, provinientes de su constitución ordinaria,— no por haber tenido tinte eclesiástico y haber sido un fuero especial entregado en manos de personas eclesiásticas, debido á la índole misma del fin que con

ella se perseguía, dejó de ser un tribunal secular, civil ó político. La iglesia católica sigue hoy, y tiene que seguir, con cuantos no acepten y comulguen en sus enseñanzas, la misma conducta que seguía cuando estaba establecida la Inquisición civil; sigue condenando, lo mismo que antes, á los herejes y relapsos; pudiéramos decir que continúa practicando los procedimientos inquisitoriales, condición *sine qua non* de su vida (1). Sin embargo, nadie se queja hoy de tal inquisición puramente eclesiástica, prueba elocuente de que la Inquisición de otros días era ejercida por los poderes del Estado ó al amparo de ellos. Este amparo es precisamente, también, el que piden los que quisieran restablecerla, pues sin el apoyo del «brazo secular» advierten que las penas eclesiásticas no tienen más efecto que el que quieran otorgarle aquéllos sobre cuyas cabezas ellas recaigan.

Aunque no del todo, especialmente en determinados países y círculos sociales, los hombres del día disponen como bien les parece de su conciencia religiosa y dirigen bastante discrecionalmente los respectivos actos. Son libres en este orden. No tienen autoridad que les mande irrefragablemente y á cuyas disposiciones hayan de atenerse, quieran ó no. Las autoridades existen, pero la obediencia á las mismas es del todo voluntaria y facultativa. Nadie es ya á la fuerza fiel de una religión determinada, ni por no figurar en el número de sus adeptos se le priva de beneficios que el Estado otorgue á quienes la profesen. En punto á la materia religiosa, puede decirse que está realizado ó poco menos el ideal libertario: cada hombre no depende sino de sí mismo, ni tiene que obedecer más que á su conciencia. Si le place, puede prestar obsequio á las inspiraciones y órdenes ajenas; pero si no le parecen razonables, puede muy bien dejar de seguirlas, impunemente.

Mas de todo esto somos deudores al Estado. El Estado fué

(1) La Inquisición, aun con este nombre, sigue, conforme es sabido, dentro del organismo de la iglesia católica.

quien estableció la esclavitud y la intolerancia religiosas; él era quien consideraba (de acuerdo, claro es, con la opinión preponderante) la unidad religiosa como condición del orden y de la existencia política, y quien erigía en delitos, persiguiéndolos y reprimiéndolos como tales, ciertos actos que envolvían rebeldía ó violación de las normas religiosas. Pero él ha sido también quien se ha ido desinteresando de esta materia, dejándola entregada puramente á la discreción y el arbitrio individuales; efecto de lo cual, ni subsiste la unidad religiosa, ni los mentados delitos religiosos existen ya á estas horas. Jamás el Estado ha sido, ni puede ser súbdito obligatorio de ninguna iglesia; cuando ha obedecido las indicaciones de alguna de ellas, ha sido por su voluntad libérrima. Y tan pronto como le ha parecido bien, se ha librado de semejante sumisión. Lo contrario es más bien lo que sucede: el Estado es siempre el superior, el que manda é impera, y todas las personas individuales ó sociales, incluso, por supuesto, las congregaciones y asociaciones religiosas á quienes alcance el radio de su acción, dependen de la voluntad del Estado y no pueden ostentar ni gozar más derechos que los que éste les otorgue. La pretensión de los ultramontanos, de invertir los términos, haciendo al Estado inferior á la iglesia católica y vasallo de ésta, de modo que la misma haya de trazarle la pauta de su conducta, pudiendo por lo demás ella, la iglesia, moverse dentro del Estado como bien le plazca, sin dar cuenta al mismo de sus movimientos, como si tal Estado no existiera (cuestiones del pase regio, de los beneficios y patronatos, de los recursos de fuerza en conocer, de las asociaciones, de la enseñanza, de los concordatos...), es, sin duda, á mi ver, una pretensión poco meditada y, sobre poco meditada, inútil. El Estado no quiere anularse á sí propio, y para no anularse, tiene que conservar sus prerrogativas de imperio y dominación, en vez de desprenderse de ellas en favor de cualquiera rival suyo.

Por las indicadas razones, parece indudable la existencia

en el día de hoy de la libertad religiosa, ó mejor será decir, de la libertad política, en lo tocante al orden religioso. El Estado no interviene ya en esta esfera, quedándosela confiada á la discreción de los individuos. Los cuales obran ya aquí en un terreno verdaderamente *ex lege*. Así les es posible, no ya tan sólo apartarse de tal ó cual creencia ó confesión, é ingresar en tal otra, ó en ninguna, sino combatirlas todas abiertamente, ó cualquiera de ellas, ó alguno de sus dogmas, ó su organización, etc., sin que el Estado se dé por entendido, ni á los rebeldes y críticos les venga por ello el menor mal. No es ya á estas horas la religión, como muchos dicen, uno de los soportes indispensables de la sociedad; mucho menos lo es una religión determinada. Sucedió así algún día; hoy, no. Cosas que entonces fueron objeto de imposición tiránica y de celosa protección por parte del Estado, lo son en nuestro tiempo de libertad absoluta ó poco menos. La conciencia religiosa está bastante respetada, si es que no respetada del todo, como en ciertos países sucede. Con razón se la tiene por cosa sagrada é intangible, algo así como un verdadero «santuario», según se la llama bien á menudo. La integridad del espíritu no sufre aquí ninguna merma. Han llegado los hombres á su mayor edad en esta esfera, y como á mayores se les trata, exentos de toda presión tutelar. La mentada libertad de conciencia religiosa constituye casi del todo un verdadero derecho individual, uno de esos derechos que se dicen anteriores y superiores al Estado, sustraídos á la regulación legal por parte de éste, propios de la autonomía de la persona. Rara vez se merma su ejercicio por parte de los gobiernos; cuando éstos, acordándose de lo que son, se creen obligados á apretar los resortes autoritarios, y al efecto suspenden las llamadas garantías constitucionales, entronizando el régimen de posible tiranía ilimitada, no piensan siquiera, de ordinario, en restringir la libertad religiosa, que suele permanecer intacta, mientras no pasa lo mismo con otras libertades ó garantías constitucionales congéneres, v. gr., la de reunirse y asociarse, la de mover-

se libremente, la de hablar y escribir, la inviolabilidad del domicilio.

Con relación á todo esto, el Estado sigue haciendo de las suyas y ejerciendo de tirano. Se siente liberal tocante á lo religioso, pero no respecto á las demás cosas. No consiente que se le discuta, ni menos aún, que de cualquier otro modo se le ataque á él mismo ó á las que estima bases é instituciones fundamentales suyas ó que él considera como elementos de su vida. En punto á esto, es del todo intolerante. Requiere una sumisión incondicional de sus miembros. A los rebeldes que pretenden hacer uso de sus libertades, recabando la de su conciencia como guía única de su hacer y no acatando norma alguna externa, los persigue y oprime sin contemplaciones; á veces, ferozmente. Todos los gobiernos proceden aquí del mismo modo, igual los absolutos que los constitucionales (1). Ellos podrán llamarse liberales, cual ocurre frecuentemente, y hasta figurarse que lo son; pero su comportamiento no consiente que así se les denomine. Son ahogadores de la libertad y cómitres de los individuos que tienen debajo de su férula. Siempre que leo ú oigo que un gobierno ó alguno de sus componentes blasona de liberal ó de demócrata, ó promete serlo en lo sucesivo, pienso en lo imposible que es realizar semejante propósito mientras el gobierno exista. Todo gobierno procede como lo que es: como entidad dominadora, que sustituye con su propia voluntad, razonable ó no, la voluntad personal de los que llama súbditos ó subordinados suyos. Sería liberal si respetara la libertad de éstos, dejándoles obrar á discreción y arbitrio de ellos, como hemos dicho que lo hacen regularmente los gobiernos modernos, en punto á religión; mas entonces

(1) Jhering dice (*El fin en el derecho*, trad. esp. I, p. 261), y probablemente con razón, que un Estado verdaderamente constitucional, cuyos órganos hayan de estar en todo sometidos á leyes, *no es viable;* ni un mes duraría. Y añade, en consonancia con esto, que el poder público no debe siempre y en todas partes respetar la ley, sino que en ocasiones—de que se ocupa—*debe violarla y sobreponerse á ella.*

abdicaría de sus facultades imperantes y se suicidaría ó anularía como tal gobierno: que es lo que en asuntos religiosos pasa.

De ello resulta que si una inquisición ha desaparecido, la denominada religiosa, otra inquisición subsiste, aun cuando no le demos regularmente este nombre: la inquisición política, obstáculo esencial y permanente para que los hombres puedan gozar de la libertad amplia y completa que á veces dicen corresponderles. Proscrita la unidad religiosa coercitiva, que era la imposición obligatoria de un determinado criterio aun á quienes no lo tuvieran por aceptable, con todas las consecuencias que de aquí provenían, incluso para los actos más importantes de la vida civil, ha sido reemplazada por la unidad política, que tiene, como la otra, su credo impositivo, cuya observancia ó inobservancia divide á los súbditos ó fieles que han de comulgar en él en ortodoxos (adictos, partidos legales, correligionarios, hombres honrados) y heterodoxos, rebeldes ó enemigos (partidos ilegales, adversarios políticos, delincuentes, revolucionarios, reaccionarios, desafectos á las «instituciones»...). Y así, sin escapatoría posible, los individuos, ya de una manera, ya de otra, ahora éstos, mañana los demás allá, son, todos, vejados y oprimidos de mil modos por los que se llaman autoridades y órganos del Estado, que parece no están puestos para otra cosa sino para ahogar la libertad de aquéllos en muy diferentes manifestaciones.

Dentro del Estado, organización social coercitiva, no hay nadie libre más que él; es decir, sus poderes ó autoridades supremas. Los demás sujetos están ligados en la mayoría de los respectos y direcciones; tienen mutilada su personalidad; no se les deja moverse libremente en más cosas sino en aquellas que al Estado, concebido como gobierno, le place. La conciencia humana, que es libre ya en lo religioso, conforme se ha dicho, porque y sólo porque y en tanto que el Estado lo permite, no lo es en lo demás, porque al Estado no le agrada ó no le conviene que lo sea.

El Estado es el gran tirano, el gran dispensador ó el gran negador de mercedes. Nadie disfruta otras prerrogativas más que las que él otorga y reconoce; nadie tiene otros derechos sino los que el Estado garantiza. Hasta que el Estado no ha puesto su fuerza, con ó sin previas declaraciones en la Constitución ó en las leyes, de parte de los que se denominan derechos del hombre, derechos innatos ó individuales: derecho á la vida, al honor, á la integridad corporal, á la propiedad, á la libertad de movimientos, de conciencia y cultos, etc., hasta ese momento los derechos de referencia no han existido, á pesar de que, según se dice á menudo, son inherentes á la personalidad humana y constituyen el campo de la acción inviolable de ésta. Y es de tal modo cierta la dependencia dicha, que los individuos á quienes el Estado no concede su protectora garantía, carecen de los mentados derechos, como les pasa á los esclavos, los siervos, los proscritos, los penados y prisioneros, los sujetos á interdicción civil, los legalmente degradados, los semiciudadanos ó ciudadanos de menor derecho y aun los ciudadanos ordinarios, en el caso de que el poder público suspenda las garantías constitucionales ó de cualquiera otra manera retire su protección legal á las personas que tenga bajo su dominio (1). Porque hasta poco hace no existían los derechos

(1) Convendría que se fijaran en esto quienes ahora gritan tanto con motivo de ciertos proyectos de ley (contra el terrorismo, contra el duelo, etc.), diciendo que son atentatorios á la Constitución vigente, al Código penal y á no sé cuántas otras leyes, además de serlo á los «invulnerables» derechos individuales. La Constitución y las leyes vigentes no han caído del cielo, sino que las han hecho los hombres, y por tanto, los mismos que les han dado vida podrán quitársela en todo ó en parte; poner, en lugar de las actuales, otras, etc. *Ejus est tollere cujus est condere.* ¿No dicen ustedes así, señores jurisperitos, atiborrados de sabiduría aplicable al caso? Ni se puede ahora siquiera alegar que entre constituciones y leyes ordinarias hay una diferencia de valor favorable á las primeras, porque la Constitución que en España tenemos no se hizo (cual la de 1869) en Cortes constituyentes, sino en Cortes ordinarias, y es, por lo mismo, una ley que éstas, cuando quieran, pueden variar.

Pero pasando sobre esto, debe saberse que toda ley y toda Constitu-

individuales (1), es por lo que con grandísimo ahinco se trató de conquistarlos, y por lo que, tras no pocos esfuerzos y luchas, se consiguió darles consignación legal, nada menos que en la primera y fundamental de las leyes, en la Constitución (declaración en 1789 de los derechos del hombre y del ciudadano): fué una fuerza más poderosa, que se sobrepuso á otra menos poderosa, y que logró asentarse en las cumbres del Estado. Y

---

ción, sea la que sea, es siempre un instrumento que los gobiernos han de manejar; y en este manejo no hay nadie que les vaya á la mano, á no ser alguna fuerza más poderosa que ellos, y á la que, por lo mismo, teman. Si en España tuviéramos una prensa nada más que mediana, cuyos juicios, datos y orientaciones fuesen de fiar siquiera regularmente, una prensa que reflejase en alguna proporción esa opinión pública que ella dice á veces que monopoliza, y que tan á menudo confunde con la bullanga y el holgorio populachero por ella fomentados (como la misma reconoce en algunos momentos de enojo sincero contra personas ó cosas), poco podría importarnos que se promulgasen leyes draconianas: serían leyes muertas al nacer, de las que ningún gobierno, por propio instinto de conservación, se atrevería á hacer uso ni una vez sola. ¿No conocemos todos mil ejemplos de ello? Pero también conocemos muchos, muchísimos casos, en los que los gobiernos, con las manos ligadas, al parecer, por leyes que estimamos liberales, excelentes y hasta perfectas, hacen cuanto se les antoja, en favor ó en contra de Fulano ó Zutano, ó de tal ó cual clase ó agrupación de ciudadanos; y lo hacen de la manera más legal, escrupulosamente legal, sin que haya modo de atribuirles arbitrariedad, polacada, desaguisado, responsabilidad. Yo no sé si habrá día en que los mismos periódicos dejen de hacer referencia á casos de esta índole. ¿Cuántas veces hemos visto exigir, ni aun pedir siquiera, responsabilidad (prevista y regulada por las leyes) á los ministros, por sus actos como tales, no obstante saber que no todos son santos, ni con mucho? Es que los ministros tienen en sus manos el poder público, lo que se llama riendas del Estado; y quien se halla en tal situación (rey ó roque, radical, rojo ó blanco, monárquico ó republicano) es un déspota en potencia. El despotismo absolutista no parece que puede ser proscrito. Pidamos, pues, como única cosa deseable, que nos toque lidiar ó estar bajo la férula de déspotas, buenos en todos sentidos, en vez de estar á la merced de déspotas malos.

(1) Todas estas afirmaciones cortantes hay que paliarlas con las debidas atenuaciones y reservas. La explosión más ruidosa de los derechos individuales es de la Revolución francesa; pero el proceso tiene antes muchísimas otras manifestaciones. La necesidad de marcar bien los contrastes le hace á uno prescindir de los matices, que no por eso dejan de existir.

porque no hay otros derechos efectivos sino los que el Estado declara y protege, es por lo que, cuando carecemos de alguno y lo queremos obtener, nos dirigimos al Estado y sus representantes para que ellos sean quienes nos lo otorguen, pues sin este otorgamiento nosotros no lo podemos adquirir.

Nos tiene, por tanto, cogidos el Estado por todas partes y envueltos en una poderosa malla que nos impide los movimientos libres, y de la cual no podemos desasirnos más que con el beneplácito de aquél. No solemos nosotros percatarnos de ello, pero es así. Nos creeremos ciudadanos libres, pero en realidad esclavos somos. Nuestro dueño dispone de nosotros á su talante.

Muchas veces me ocurre la comparación entre los hombres civilizados y los animales domesticados, y de éstos principalmente los gregarios. No quiero referirme á los animales salvajes y fieros, porque éstos, disfrutando de total libertad, son dueños de sí mismos; no están sometidos á autoridad alguna, y son, realmente, sujetos de facultades y derechos. No sé yo por qué causa, á no ser por arrogancia gratuita y presuntuosa de los hombres, niegan éstos á los animales la condición de sujetos de derechos, cuando precisamente ellos, y sobre todo los de que se trata, los salvajes, hacen más que nadie su santa voluntad, y no reconocen trabas constantes, regulares y sistemáticas de ésta. Si el derecho es potestad, según suelen decir los que de él tratan, *facultas agendi*, no hay quien pueda invocarlo con más títulos que esos animales. Al revés, los domésticos no disponen de sí propios, sino que de ellos disponen como bien les parece sus dueños, que los esclavizan, los explotan, los oprimen, los sacrifican, y de todas maneras se aprovechan de ellos como mejor les cuadra, impunemente. Y algo de esto mismo hace el Estado con sus súbditos, los cuales viven pendientes de la voluntad y el beneplácito de aquél, y si de alguna libertad y derechos disfrutan, es precisamente la que el Estado mismo se complace en otorgarles.

No hay en el Estado (entendido ahora como Estado total,

equivalente á nación, conjunto de todos los ciudadanos) ningún hombre libre, más que los que mandan. El Estado está hecho de sumisión y de violencia: los que las ejercen podrán acaso ser libres; los que las sufren, no. Gentes hay para quienes la fuerza domina sólo en el orden internacional, donde la prepotencia es un hecho corriente, y donde no se dan entre los Estados sino vínculos de esclavizador á esclavizado, de poderoso y señor á débil y sometido. En cambio, creen que en las esferas internas ó nacionales es el derecho y la libertad lo que reina, y que, merced á ello, cada cual cumple con su deber y ocupa su puesto, y nadie se sobrepone ni domina á nadie.

La razón de semejante diferencia quieren hacerla consistir en que, cuando de lo internacional se trata, no existe poder alguno común á los varios Estados, un poder que les dé la ley en calidad de superior, y que con este mismo carácter les imponga el cumplimiento y obediencia de ella, cual acontece en el orden de la vida nacional ó interna.

Mas en esto hay, me parece á mí, no poco de ilusión y de falta de perspectiva. Igual en el uno que en el otro caso, se trata de relaciones entre dos términos: allí, entre Estados diferentes que pretenden gozar de independencia, cada uno frente á los demás; aquí, entre el poder público de un Estado y los miembros de éste sometidos á aquél, ó entre ciudadanos del mismo Estado, todos los cuales se mueven en la órbita legal trazada y defendida por el poder de referencia. Y si bien se mira, tan violentas son las relaciones de la segunda especie como las de la primera. Las naciones, en sus luchas recíprocas, miden sus armas de igual á igual, lo mismo en el campo de batalla que en el de la diplomacia; y la que usa las más eficaces de esas armas, aquella vence, subyugando á las otras, á las que hace feudatarias suyas, en concepto de colonias, países protegidos y demás. La lucha entre los ciudadanos de un Estado y los poderes públicos que se hallan á la cabeza de éste se libra, por el contrario, entre fuerzas muy desiguales; uno de los contendientes es, en todo caso, inferior al otro, lo que

vale tanto como decir súbdito ó esclavo suyo. Y hallándose en una situación tal todos los individuos dentro del Estado, salvo aquellos precisamente en cuyas manos se encuentra el poder, los cuales son independientes y libres, he aquí por qué al Estado, con relación á los individuos, simples ciudadanos, no se le puede mirar sino á la manera de un señor de esclavos ó de animales, á quienes manda, gobierna y explota á su talante. Todo el arsenal de leyes y disposiciones de variada índole que rigen dentro de cada Estado no representan otra cosa, á lo menos por cierto aspecto, sino un conjunto de ligaduras con que los dominadores tienen sometidos á los dominados y les imponen su voluntad. Es la equivalencia de aquella conducta que, después de las contiendas internacionales ó guerreras, sigue el vencedor con el vencido, mediante tratados de paz ú otros análogos, imponiéndole su ley, que no es otra cosa sino su interés ó su arbitrio. Lo que aquí se ofrece con carácter generalmente transitorio y como esporádico, es lo mismo que nos encontramos con carácter sistemático y permanente dentro de los Estados, con la denominación de derecho y de orden jurídico, ya público, ya privado, civil, penal, político, administrativo, sustantivo, procesal, etc., etc. El sentido y la esencia son del todo iguales: instrumentos siempre de dominación y subyugación.

Y quien dudare ó dijere que no es así, no tiene más que observar el comportamiento que con los rebeldes se emplea. A menos de que éstos lleguen á reunir una fuerza suficientemente poderosa para someter á la del Estado dominador, convirtiéndose entonces de esclavos en señores, es indudable que habrán de pasarlo mal. El poder del Estado dominante se conduce dondequiera con los insumisos igual que se conducen y se han conducido siempre, en circunstancias parecidas, con los esclavos ó con los animales, sus propios señores y dueños. Las bayonetas, los fusiles, los cañones, el palo y toda especie de severidades y durezas hacen de las suyas. Si se trata de colonias ó de pueblos sometidos en otra cualquiera forma á un Es-

tado más fuerte, ó de regiones del territorio nacional, ó de partidos políticos, los cuales se rebelen contra su dominador, ó aun sin rebelarse manifiesten su descontento frente al mismo, protestando de su opresión ó demandando su independencia, el Estado matriz y su principal órgano, el gobierno, les contestarán enviándoles «mucha artillería, mucha infantería, mucha caballería y mucha guardia civil» para que les sujeten y hagan callar: gastando en ello si es preciso, aun con riesgo de empobrecerse, «el último hombre y la última peseta»; fortaleciendo los consabidos «resortes de gobierno»; persiguiendo implacablemente, sin limitación ni escrúpulo de ninguna clase, á los sospechosos y á todos los tenidos por «cabecillas», «filibusteros», «agitadores», «revoltosos» y «jefes de rebelión ó motín», quienes serán fusilados sin remisión, con frecuencia y facilidad grandes, á centenares á lo mejor, sin formación de causa quizás; ó bien se les recluirá en prisiones, se les despojará de los bienes que posean, se les proscribirá y expulsará del territorio, se les deportará á lugares malsanos... (1). Y si de

(1) En estos días estoy releyendo *Le mie prigioni*, de Silvio Pellico. No es más que «un caso», célebre, sí, pero ni más doloroso, instructivo y no sé si diga injusto que otros análogos; ni menos todavía extraordinario ó único. No hay Estado, aun los que se proclamen liberales y hasta prototipo de liberalismo, en que no ocurran á centenares, aun cuando la forma y la intensidad de la opresión ejercida sobre los calificados de rebeldes sean distintas. Se habla, por ejemplo, de las matanzas, deportaciones y otros modos de penalidad (judicial, ó meramente administrativa) usados recientemente (en pleno siglo XX, se dice, y en la Europa civilizada) dentro del imperio ruso. Pero por este respecto, como por otros, *tutto il mondo è paese*. Con sólo echar una mirada por la prensa diaria, se ve que lo mismo hacen cuando llega el caso—y llega á menudo,—no sólo España, sino Francia, Austria, Alemania, la «liberal» Inglaterra...

Y estos procederes los preconizan y defienden todos cuando piensan que la conservación del Estado y de las instituciones que actualmente lo sostienen así lo exige. Pocos meses hace, el Sr. Maura, suspendiendo las garantías constitucionales en Barcelona, justificaba tal medida con las siguientes palabras, entre otras (Preámbulo del R. D. de 1.° Enero 1908): «El esfuerzo de las celosas y dignas autoridades se ve con frecuencia *atajado por las leyes*», por lo que, estorbando éstas, hay que hacerlas callar,

rebeldías individuales se trata, esto es, de aquellas que hace tal ó cual ciudadano por su cuenta exclusiva, el procedimiento que á sus autores se aplica no suele ser tampoco mucho más suave. Sabida es la suerte que corren los infractores de cualquiera clase de leyes—rebeldes todos ellos al orden establecido, del que el Estado se considera guardián—y principalmente los calificados como criminales. Si se dijera que, en gran número de casos, ya que no en la mayoría ó la totalidad de ellos, no se observa con los mismos conducta más indulgente y be-

supuesto que «ningún recurso legítimo (que ahora no será lo mismo que legal, pues queda fuera de la ley) se puede cercenar á la acción que del poder público justamente reclaman *los santos intereses sociales*, conmovidos y amenazados». Esto es la entronización del absolutismo, ¿no es así?, pues pretende romper todas las trabas legales á la acción de los poderes y dejar á éstos entregados á su ilimitada y discrecional libertad. (Todo poder discrecional, y estamos rodeados de ellos por todas partes, en cuanto no hay autoridad ni funcionario que no obre más ó menos *ad libitum*, es un poder naturalmente absolutista, aunque puede no ser tiránico.) Ahora, con las palabras de Maura, ó con otras equivalentes, todo el mundo comulga en su espíritu y defiende su punto de vista y sus poderes discrecionales—autocráticos, si se prefiere decirlo así,—invocando al efecto «los santos intereses sociales conmovidos y amenazados» que reclaman una protección, ya mediante leyes, cuando á la falta de éstas se achaca el mal, ya derogándolas ó haciéndolas callar, si su existencia se cree un obstáculo al «esfuerzo (perseguidor y opresor) de las celosas y dignas autoridades».

Yo no quiero recordar, de entre las muchas cosas que podría traer á cuento, ocurridas últimamente entre nosotros, sino lo que la llamada prensa liberal ha escrito en mil ocasiones contra los bizcaitarras, catalanistas y solidarios, y sobre los procedimientos que el gobierno debería usar frente á ellos, sin ocurrírsele que tales procederes atentaran contra ninguna de las manifestaciones «sacrosantas» de la libertad individual (¡con qué *tolerancia* califican y juzgan á estas gentes los «liberales»! ¿no serán esos «extraviados y criminales» también personas?); ó la conducta observada por esa prensa misma pidiendo á voces, á raíz del atentado de Morral, una «batida» de anarquistas, cazándolos como á fieras y haciendo de ellos, sin escrúpulos, lo mismo que con éstas se hace; ó la «concordancia de todos los partidos políticos», manifestada en cierta sesión del Congreso de los Diputados (la de 29 de Diciembre de 1906), al objeto de autorizar al «liberalísimo» ministro de la Gobernación, conde de Romanones, para presentar un proyecto de nueva ley contra los anarquistas por no creer suficientemente garantidos los intereses sociales con la de 10 de Julio de 1894: igual que cree el Sr. Maura, como se ha visto. En aquella

nigna que la que con los animales y los esclavos se emplea, ¿incurriría en exageración el que hiciera semejante aserto? Difícilmente. Más en lo justo se pondría éste tal, que no quien sostuviera lo contrario; pues se necesitan cristales de mucho aumento para diputar por racional y humano, y no por tiránico y brutal, el modo con que obran frente á los delincuentes aquellos Estados que nosotros tenemos más al alcance de nuestra vista.

---

sesión, el referido ministro (cuyos propósitos, manifestados también tres meses antes en su discurso de apertura de los tribunales, han sido no hace muchos días repetidos por algunos periódicos); el conde de Romanones, digo, en aquella sesión, dedicada al modo de combatir los atentados terroristas, principalmente en Barcelona, después de invocar, para apoyarse en ellos á guisa de escolta, los que alguien llamaría «desafueros» contra la personalidad humana cometidos por las leyes antianarquistas de Rusia, de Inglaterra, de Francia, de Suiza, y sobre todo de Italia, «nación verdaderamente democrática, en donde los anarquistas tachados de sospechosos están obligados á tener un *domicilio fijo*», aseguró, contestando al Sr. Roig y Bergadá, que «el gobierno liberal y demócrata» de que formaba parte, satisfaciendo «reclamaciones de la opinión pública» (peticiones de los periódicos y de los diputados), «presentaría en su día proyectos inspirados en las leyes que rigen en esas naciones republicanas y demócratas». El espíritu de tales proyectos puede inferirse por las siguientes significativas palabras del propio Romanones, pronunciadas en la sesión del siguiente día (30 de Diciembre) al continuar la interpelación del Sr. Roig y Bergadá sobre el mismo asunto: *Lo que en los años del 56 al 68 pudo ser una exageración, hoy podría ser una necesidad.* Todos los partidos aplaudieron, incitaron y se pusieron al lado del ministro que tales proyectos tenía intención de presentar. Ni uno solo los tuvo por reaccionarios y antiliberales. A comenzar por el Sr. Lerroux, á todos les «parecieron bién —como éste dijo—las medidas de defensa social anunciadas por el señor conde de Romanones». Y en cuanto á la actitud de la prensa, ahí va un solo ejemplo. *La Correspondencia de España*, ocupándose de la interpelación mencionada y del asunto á que hacía referencia, escribía lo siguiente, en su número del 30 citado:

«El Sr. Lerroux intervino, y estuvo muy bien desde su punto de vista; pero hay que convenir en que esas distinciones entre terroristas y anarquistas, entre los propagandistas por el hecho y los anarquistas filosóficos ó teóricos, son muy teológicas, pero tienen poco de verdaderas.

»Más fanático, más criminal y más culpable que el que comete un crimen, es el que con sus doctrinas induce á cometerle; y mayor responsabi-

Y ahora, á este propósito, quiero hacer dos observaciones finales, sobre las que me permito llamar la atención. El Estado (concebido como Estado oficial ó gobierno) es el custodio del orden establecido, para conservar el cual persigue sin contemplaciones á los que voluntariamente no se someten á ese orden ó pretenden cambiarlo. No tolera rebeldes, según se ha dicho, dentro de su seno. Mas es indudable que el orden estatuído es un orden quiescente é inmóvil, petrificado en disposiciones legales, lleno de esquinazos y aristas que hacen daño al que tie-

---

lidad que el que por ignorancia interpreta mal unas doctrinas tan peligrosas tiene el que las siembra en cerebros mal preparados para recibirlas, abusando así de la superioridad de su entendimiento y de su cultura.

»Cuanto mayor es la autoridad, la responsabilidad es más grande.

»Esto sin contar lo que tiene de felino y de cobarde la propaganda de doctrinas que pueden producir, y producen de hecho, crímenes monstruosos, y escudarse después en que la propaganda es libre, y que ellos son anarquistas teóricos.

»Y el asesinado, asesinado queda, y el criminal ó propagandista por el hecho, si es habido, á presidio ó á la muerte va, mientras que el *inocente* propagandista teórico, el anarquista filosófico, se queda tranquilamente en su confortable gabinete gozando de todos los beneficios que le presta la civilización... y una regular fortuna, no siempre bien adquirida.

»Sólo en una sociedad perturbada pueden sostenerse estas teorías.

*
* *

»El ministro de la Gobernación estuvo muy hábil, y obtuvo un verdadero triunfo al intervenir en este debate, demostrando sus buenos propósitos de defender por todos los medios la sociedad amenazada y combatida por tan terribles enemigos.

»Todo el Congreso aplaudió al conde de Romanones, el cual debe ahora demostrar, y de seguro demostrará, que las promesas hechas serán realidades, y entonces verá cómo los aplausos recibidos hoy en el Congreso los recibe de España entera.»

Para que se vea la parcialidad y relatividad subjetiva de nuestros juicios (lo de la «paja y la viga»), advertiré que en otra parte del mismo número, quien de tal manera propone que se *respete* la libertad de conciencia de los anarquistas, pidiendo leyes excepcionales contra ellos, se oponía á la ley de asociaciones (entonces en el horno, como es sabido), alegando para ello la «verdadera libertad» (¿cuál será esta señora, que con el mismo derecho que los demás puede conocer y tomar por esposa el anarquista?), á fin de que cada uno pensara lo que y como quisiera!

ne la desgracia de tropezar con ellas. Es un orden particular de un pueblo é instante determinados, lo que se llama orden vigente, y como vigente transitorio. Se trata de *un* orden, no de *el* orden. Querer atribuirle carácter de permanencia, inviolabilidad é inatacabilidad parece equivocado. Y pretender que todo el mundo se halle á gusto con él y no desee sustituirlo con otro, ni haga nada por lograr esa sustitución, parece violento é insostenible (1). Ninguno de los innumerables órdenes vigentes que en el curso de la Historia han ido apareciendo y sucediéndose ha tenido ese carácter de inmutabilidad, aun cuando muchos hayan pretendido tenerlo. Oponerse rotunda y sistemáticamente al cambio, que es lo que el Estado hace, no debe de ser acertado; antes bien, quizá esta conducta sea más censurable y delictuosa que la contraria. Acometer contra todos los rebeldes y perseguir toda forma de rebeldía que entre los ciudadanos aparezca, es condenarse al suicidio y constituirse el Estado mismo en estorbo de su propia misión. En un opúsculo publicado muy poco hace, acabo de leer estas líneas: «Si todos hubiesen estado siempre contentos con el orden existente, hubiera habido estacionamiento, no progreso; muerte, no vida, del derecho y de la sociedad (2)». Efectivamente, así es. Cuando el Estado persigue á los rebeldes y descontentos—yo no sé si á todos, pero á lo menos á algunos, á los llamados revolucionarios, delincuentes honrados ó evolutivos,—parece como si conspirase contra el bienestar social, á cuya producción se dice que ha de cooperar él de un modo principalísimo, ya que no es otra, conforme se asegura también, la base y la razón de su existencia. De donde viene á resultar la siguiente conclusión, que muchos tendrán, al pronto cuando menos, por extraña: El Estado, que pretende ser el ór-

(1) Es lo que pasa en toda iglesia y en toda agrupación semejante donde existe una ortodoxia; que supone petrificación, cuando alguno se separa algo de ella ó pretende renovarla (ó restaurarla, como á veces pasa).

(2) A. Levi: *Le idealità giuridiche nella filosofia positiva del diritto*. Padova, 1906, p. 18.

gano primero y el guardián del derecho y el azote de los delincuentes, es el delincuente mayor y la mayor rémora para el reinado y el triunfo del derecho.

La tesis se creerá paradógica; mas de hecho no lo es, y con un breve razonamiento se verá clara, según espero. No hay, efectivamente, nadie, salvo, si acaso, los fautores mismos del orden legal vigente, que juzgue á éste en absoluto impecable y merecedor de continuar viviendo, por tiempo indefinido, sin enmienda. Todo el mundo, por el contrario, encuentra en él defectos y lunares, quien más, quien menos. Todos tienen su tipo ideal de conducta, que no se halla encarnado en el derecho vigente, defendido por el Estado. Es lo que llaman derecho natural, distinto del legislado, y en cuyo nombre critican á este último y reclaman su modificación. Así, pues, entre el orden que cada uno apetece (calcado en su derecho natural) y el que el Estado le impone (el derecho legislado), hay siempre un divorcio más ó menos profundo, divorcio que cada cual resuelve en favor del derecho suyo, ó sea de su concepción jurídica, que le parece, naturalmente, preferible á cualquiera, aun cuando ésta sea la del legislador, el poder público ó el gobierno. Cuanto retarde el advenimiento á la vida de esa concepción preferible, lo estima como un agravio á la justicia, sin que sea obstáculo para considerarlo así la circunstancia de que el retardo provenga del Estado mismo, del legítimo soberano. Por eso, hasta los espíritus que se tienen por más disciplinados y amantes del orden se convierten en revoltosos y aun en rebeldes; califican de desaciertos muchas de las disposiciones y mandatos emanados del poder, para ellos legítimo; formulan protestas contra dichos mandatos en nombre de la justicia; aconsejan la resistencia pasiva (cuya fórmula: «se obedece, pero no se cumple», repiten á menudo) contra las leyes que á ellos les parecen injustas; hasta hablan de la «resistencia activa», y con las armas de la revolución, como medios para deponer al soberano y no someterse á sus órdenes, sino quedarle á él sometido á aquellos preceptos superiores (de derecho natural)

que el gobernante ha violado, y de los cuales se erige en intérprete verdadero y genuino el crítico rebelde. Ya dicen éstos, en casos tales, para justificar sus sentencias tan atrevidas, que *oportet obedire Deo magis quam hominibus* (1). Mas esta misma alegación ¿no podrán hacerla, con igual propósito, á su manera, todos los rebeldes, incluso los perseguidos y castigados como delincuentes comunes? (2).

Innecesario parece decir que por semejante disposición de espíritu pasamos quizá todos. Si aun los que se dicen más conservadores y apegados á lo tradicional y á lo vigente lo hallan á menudo defectuoso, opresor, necesitado de cambio y mejora, ¿qué no ha de ocurrir con los de temperamento crítico, descontento, filoneista, innovador? Por eso—es la segunda de las observaciones finales á que me refería anteriormente—en el círculo social que lleva el nombre de «Estado» (total), no hay

---

(1) Los que así hablan, rechazando las que apellidan imposiciones tiránicas del Estado y, por lo mismo, «inquisición política», de la cual se quieren librar anteponiendo su propio criterio al criterio del legislador y del soberano temporal, suelen ser los mismos que defienden y piden la inquisición religiosa, prohibiendo el libre examen, negando á los fieles el derecho de crítica religiosa, obligándoles á prescindir de su criterio personal para prestar forzoso acatamiento al ajeno. Mientras para lo político no admiten una separación radical entre soberano y súbdito, pastores y rebaño, esta separación la constituyen en base de la organización religiosa, donde hay «doctores» y autoridades con la misión irreducible de guiar, y masa inerte que no ha de hacer otra cosa sino tomar hecha por otros la regla de su conducta. Estos tales, en realidad, llegan á disgregar el Estado, no sometiéndose á sus leyes, para no disgregar la iglesia.

(2) Muchas veces lo dicen así, efectivamente, estos últimos, como pasa cuando creen haber vengado ó reparado por su propia mano una ofensa anterior, de lo cual, por lo mismo, no se arrrepienten, sino que se muestran verdaderamente satisfechos, por haber cumplido con un deber *superior* á la ley escrita. Hay penados que de lo que se lamentan es precisamente de no haber causado mayores perjuicios á su adversario, «que bien lo merecía» (haberlo lesionado sólo, en vez de matarlo). Después de todo, la llamada «legítima defensa» ¿es nada más que venganza *legítima* del que se toma la justicia por su mano, por encima y aparte de la ley del Estado?

acaso miembro alguno de él que se halle del todo tranquilo y á gusto con lo existente, y que no quiera alterarlo, más ó menos, en nombre de su propio derecho ideal ó natural; es decir, no hay quien no sea rebelde con lo estatuído y no tropiece con ello, ya de hecho, ya meramente de palabra ó por escrito. Si en el no acatamiento al orden mantenido y defendido por el Estado (oficial) consiste el delito («violación de la ley del Estado, promulgada...», lo definen no pocos escritores), ¿no es verdad que pocos podrán presentar su ejecutoria limpia de antecedentes penales? ¿Habrá alguien, por ventura, que para el poder público, custodio fiel del orden actual, no sea delincuente? ¿Quién estará exento de toda culpa? ¿Quién podrá jactarse de ser un fiel incondicional, absolutamente incondicional, del orden vigente (derecho legislado), tal y como éste los quiere?

El asunto no me parece baladí; antes bien, requiere, á mi juicio, meditada atención. Los gobernantes, y todos aquellos que se empeñan en hallar á todo trance justificación para los actos y las órdenes de estos últimos, no parece que le prestan toda la debida. ¿Han pensado, por ejemplo, que si declaran perseguibles criminalmente la profesión y la propaganda de las ideas que impliquen rebeldía contra el orden del Estado, y que pongan en peligro este orden, quizá no quede nadie, absolutamente nadie—excepto, si acaso, quien maneje el manubrio político—libre de procesamiento, por lo que piense, ó lo que vale lo mismo, por mantener una determinada concepción del derecho natural, tan legítima y atendible como otra cualquiera; concepción que, á su vez, pudiera en su día traducirse en leyes, en orden legislado y vigente, igual que pasó con la dominante ahora?

*
* *

Es tiempo de cerrar el trabajo, por más que el tema no se agote. Y como consecuencia de todo lo indicado, consecuencia indeclinable, me parece á mí, puede sentarse la siguiente: lo

que llamamos frecuentemente Estado, queriendo significar con la palabra «el poder público asistido de posible coacción violenta», ó lo que es lo mismo, el gobierno y la sumisión de unos hombres á otros, es un verdadero inquisidor, un torturador de conciencias, de almas y de cuerpos (1). La característica esencial del Estado, condición ineludible de su existencia, es la de disponer á su arbitrio de los hombres, de las vidas y haciendas de éstos, de su libertad, movimientos y facultades de toda especie. No es de la inquisición religiosa de lo que tenemos que protestar ni librarnos; al cabo y al fin, en este orden casi nunca nos va nadie á la mano, y si algún día hubo persecuciones y abusos, más aún que á las iglesias y agremiaciones religiosas hay que atribuírselos, ya lo hemos dicho, al Estado y á su protección é intervención religiosa. El Estado (oficial) es el más feroz de los inquisidores, el más intolerante, el más cruel y tiránico, el de miras y espíritu más estrecho. No hay confesión religiosa que defienda su credo constitutivo, sus dogmas, con la dureza y el sectarismo con que el Estado lo hace de los suyos, que son las llamadas instituciones fundamentales (régimen monárquico ó republicano, Constitución, etc.), intangibles, inviolables, sagradas. No se pide y se exige para el jerarca supremo de una religión (v. gr., el papa de los católicos) una reverencia y un respeto más sacrosantos, más incondicionales y absolutos, más temerosos y serviles que los que se obliga á los ciudadanos de un Estado á que tengan en frente del jefe de éste (el «augusto» monarca, cuya persona es «sagrada é inviolable», y cuya vida toda y la de su familia lo es asimismo, hasta en sus más insignificantes pormenores). No hay ni

(1) No se alegue que su coacción violenta, aun siendo equivocada y dañosa, tiene justificación en el hecho de ir enderezada al bien y provecho de los propios asociados que la sufren. Esos mismos intentos tutelares (salvación de las almas de los fieles) invocan las iglesias para imponer por la fuerza su credo (ortodoxia, unidad religiosa), y sin embargo, se dice que esta imposición no puede admitirse por atentatoria á la libertad del individuo.

ha habido tampoco concilio, ni obispos tan intransigentes y sectarios como lo es, por ejemplo, la mayoría de un parlamento, con el gabinete á la cabeza, cuando cualquiera de los diputados ó representantes dice algo, por respetuosa y mesuradamente que lo haga, y aun cuando sea ello muy exacto, que pueda tomarse como ataque, demérito ó desdoro de la dinastía reinante, que se quiere hacer pasar por una institución imprescindible para la vida de la patria y consustancial con ésta.

Un escritor de derecho internacional, á quien repugnan las violencias y las iniquidades que, en nombre de este último, cometen unos pueblos y unos Estados, los más poderosos, sobre los Estados y los pueblos más débiles, y el cual está, por eso mismo, protestando continuamente de las manifestaciones varias de dominación y explotación que constituyen actualmente la vida y las relaciones internacionales, decía poco hace lo siguiente, al inaugurar sus lecciones sobre la materia referida, en la Universidad de Sassari, el curso último de 1905 á 1906: «Francamente, me destroza el corazón el pensar que, mientras se lanzan generales y justas imprecaciones contra todas las iglesias que, para imponer sus supersticiones religiosas, no han tenido ningún escrúpulo en servirse de ergástulas, hogueras y guillotinas, en cambio, aquellos mismos que son acaso los más inexorables estigmatizadores de tales feroces métodos de propaganda religiosa, son á la vez los primeros que proclaman, sin escrúpulos de ninguna especie, que la civilización de los Estados que se han libertado del tiránico dominio de aquellas iglesias debe imponerse con cañones, torpedos y bayonetas» (1).

Esto mismo es aplicable á nuestro caso. Los gobiernos que se tienen por justos y liberales quieren también imponer la li-

(1) Eduardo Cimbali: *La politica coloniale conforme al nuovo indirizzo del diritto internazionale e alla vera civiltà*. Roma, 1906, p. 58-59. Puede compararse un buen artículo, *Á cañonazos*, publicado por el gran Alfredo Calderón, no muchos meses antes de morir.

bertad y la justicia forzosamente á los ciudadanos, «con cañones, torpedos y bayonetas», con policía, cárceles, tribunales y cosas equivalentes. Para imponer su libertad, ahogan y comprimen la libertad de conciencia jurídica de los individuos que tienen debajo de su poder, igualmente que ocurre con las confesiones religiosas. Cimbali protesta de lo que pudiera denominarse inquisición ú opresión internacional; de igual modo cabría formular protesta contra la inquisición ú opresión política, no menos fiera y gravosa que la anterior y que otra cualquiera.

Pero aquí viene la más grave de las preguntas. ¿Pueden los hombres pasarse sin inquisiciones? Huirán y escaparán de una; pero, al hacerlo, ¿no vienen siempre á caer en otra? Si indefectiblemente han de ser dominados por alguien; si ha de haber siempre, conforme oímos decir á menudo, unos que manden y otros que obedezcan, sin lo cual apenas somos capaces de concebir la vida—y esta es la razón más poderosa que se suele alegar en apoyo del Estado y de los medios de que el mismo se sirve: leyes, autoridades, penas...—¿qué objeto tienen las llamadas luchas por la libertad? ¿A qué afanarse por conseguirla, si todo ha de reducirse, cuando mucho, á cambiar de amo? Cuando yo oigo decir á los enemigos de aquélla (los apellidados «reaccionarios», «conservadores» ó de cualquier otro modo parecido) que los liberales no lo son sino de nombre, y que bajo la bandera de la libertad oprimen tanto ó más que los déspotas á los ciudadanos, pienso para mí que tienen razón que les sobra. No se puede ser efectivamente liberal, y mandar, sin embargo, sobre otros; esto equivaldría á la práctica de la vulgar «ley del embudo».

Yo no sé cómo salir del atolladero. Aquí, como en otras mil cosas, el destino de los hombre parece muy análogo al de Sísifo: subir y bajar continuamente, pero inútilmente, sin llegar á nada definitivo, y antes bien, volviendo á recomenzar á cada momento la obra que creían ya terminada. La concepción viquiana de los ciclos, repetida hoy por ciertos escritores de so-

ciología, tiene aquí perfecta aplicación, con tanta ó mayor exactitud que la de la espiral y la del ritmo. Hay mucho del «dar vueltas», sin saberlo siempre, «en torno de la noria»; lo mismo que expresaba humorísticamente Campoamor, en los conocidos versos:

Pecar, hacer penitencia,
y luego, vuelta á empezar.

P. Dorado

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

EL PUEBLO ESPAÑOL

Háse dicho que el español se parece al hijo de padre europeo y de madre abisinia. Sea ó no literalmente cierta esta afirmación, puede sin inconveniente aceptarse como símbolo del hecho más fundamental que respecto á España y su pueblo tiene lugar. Así como Rusia y la raza que la habita son el eslabón que une á Europa y Asia, así España es el eslabón que junta á Europa con el continente africano, unido materialmente en otras épocas y tan próximo en el día. Esta es la causa de la condición primitiva y casi salvaje y de violencia que nos ofrece en donde más característico se presenta el adusto suelo español, y de ese espíritu independiente, también salvaje, en su cualidad aborigen primitiva, que podemos descubrir en el temple de su gente. España es un gran fragmento separado de Africa, y el español es el primogénito del antiguo blanco del Norte de Africa, considerado ahora, en su sentido más amplio, como el padre de los elementos principales y más numerosos de la población europea. Por esto es por lo que la gente de España está más próxima al tipo aborigen castizo europeo, como ha dicho con exactitud Ripley, que la gente de los otros países civilizados del continente europeo.

Los berberiscos y las kábilas escondidos entre los cerros de Marruecos y Argelia, pueden parecer muy bien al que ha vi-

vido en el Norte de Africa con mejores derechos que ningún otro pueblo á representar el tronco primitivo europeo. En apariencia, no son, por lo general, europeos; pero se dan casos en que individuos de color tan oscuro como los gaditanos pudieran pasar por naturales de Aberdeen. Físicamente son cenceños y vigorosos, con la dignidad que ocasiona el vigor de un hombre cenceño. En el carácter son serios, aunque afables, belicosos, otorgando, empero, un gran ascendiente á la mujer; por extremo independientes, y con preferencia á vivir en grupos pequeños, danescos, en comunidades limitadísimas, recelosos y hostiles con toda otra agregación social. Constituyen un material humano admirable, pero difícil de domeñar para los fines de la civilización. Casi en todas sus cosas parece presentar el español huellas del parentesco con este tronco del Norte de Africa, á quien más se le parece de todos los pueblos de Europa.

Se cree ahora por muchos que los vascos, con su lenguaje misterioso, representan á los iberos primitivos de tronco berberisco. En otro tiempo, como lo demuestran los nombres geográficos todavía, fué su lengua la que se habló en la mayor parte de España, pero ahora modificada, se ha confinado su uso á los pueblos que habitan el ángulo Nordeste de España y el territorio cómarcano de Francia. Los vascos mismos, como Telesforo de Aranzadi ha probado en su minucioso estudio antropológico, corresponden á los primitivos iberos de parentesco bereber, aunque modificado, en su opinión, por cierta mezcla con gentes de tipo lapón ó finlandés, por una parte, y de címbrico ó germano, por otra. Su aislamiento en las faldas de los Pirineos ha permitido á los vascos retener su antiguo lenguaje y algunas de sus tradiciones primitivas—como en varios distritos, la precedencia de la hija mayor sobre los demás hijos en la herencia;—pero aún siguen siendo los iberos, con toda probabilidad, el elemento fundamental de población en toda España. Es, además, hecho notable y significativo el que casi todas las invasiones históricas que han logrado algún éxito en España proceden de naciones del Norte de Africa ó

emparentadas con esta estirpe, y por la mayor, con la actual berberisca. Los cartagineses, que desempeñaron tan considerable parte en la historia antigua de España, eran principalmente, según puede creerse, de raza afín á los bereberes. Los muslimes, que representan con mucho la invasión más considerable que haya llegado á España desde Marruecos, porque aunque sus caudillos vinieran del Oriente, el grueso de los invasores moriscos fueron de ordinario, como lo indica el nombre, bereberes de Marruecos; tanto es esto que, á pesar de la lucha secular entre los cristianos españoles y los moros islamitas, españoles y moros mantuvieron siempre estrecha relación de consanguinidad (1).

Dos excepciones importantes cuenta esta regla. Los visigodos, pueblo germánico de civilización bizantina, que no todos eran teutones puros, dominaron á España por espacio de varios siglos, y poco á poco se fueron fundiendo con el tronco ibérico subyacente. Con mucha mayor anterioridad —antes del siglo v a. de C., según Jubainville—se verificó la invasión de los celtas asiáticos y semieuropeos, que son aún fáciles de reconocer en la península ibérica, aunque sumamente mezclados con elementos ibéricos, por su cabeza pequeña. Entraron, probablemente, por Francia—donde aún se les ve fuertemente arraigados entre las montañas de Auvergne,—é impotentes para desalojar á los tenaces habitantes de las alturas pirenaicas, fueron obligados á proseguir su peregrinación

(1) La facilidad con que raza tan obstinada y belicosa como la española dió entrada á los invasores musulmanes y entró en tratos con ellos, habiendo muchos que hasta llegaron á abrazar el islamismo (á que se llamó *muladies)*, prueba que los consideraban menos extraños que á los invasores godos. Y aun dado el caso de que los súbditos cristianos se mantuvieran en su religión (que éstos eran los *muzárabes*), eran admitidos por los moros á los cargos más elevados, incluso al mando de ejércitos moros. El espíritu de fanatismo empieza á mostrarse sólo á principios del siglo XII, sin que cesara hasta el fin la íntima armonía y mezcla entre moros y cristianos. (Véase Lea: *History et the Inquisition in Spain,* vol. I, ps. 52 y siguientes.)

hasta encontrar condiciones de morada á propósito, como la hallaron entre las sierras de Asturias y Galicia, por lo que dondequiera que esta gente soñadora y reservada se encuentre, echa de menos su retiro montañoso; sus descendientes se extienden á lo largo de la costa portuguesa, y puede asegurarse que los celtas siempre han tenido menos que ver con el resto de España que con Portugal, al que Galicia pertenece realmente por el suelo y por el clima, así como por la raza y el lenguaje. Por las sierras del Norte de España, celtas é iberos parecen haberse fundido en época suficientemente antigua para poder formar un tronco celtíbero obstinado y vigoroso. Los celtas no importaron, con todo, contribución alguna positiva al carácter español; sin duda fortificaron los sentimientos hispanos de independencia y familia, disminuyendo acaso al mismo tiempo las condiciones de violencia, como se aprecia por el escaso número de crímenes de sangre relativamente que corresponden á las provincias célticas de España (1); estos individuos eran ciertamente muy propios para las labores domésticas; aun hoy, los gallegos en España, como los alverneses en Francia, se consagran en todo el país al oficio de jornaleros y criados.

Debido en parte al predominio de los primitivos elementos ibéricos, parte á la afinidad de raza de los más de los elementos de posterior introducción, la población de España revela actualmente singular uniformidad antropológica (2). Es muy cierto que los habitantes de muchas provincias de España se distinguen aun hoy por peculiaridades varias y fáciles de re-

(1) Bernaldo de Quirós: *Criminología*, pág. 52.

(2) Semejante uniformidad parece haber prevalecido en un principio. En un fragmento del antiguo historiador griego Herodoro de Heráclea, se dice que los iberos son la misma gente en todas partes, aunque lleven diferentes nombres, por estar divididos en tribus diferentes; y Pedro Paris, en su estimable estudio del arte é industria primitiva de España, encuentra que en todas las obras de arte que se han descubierto en toda la Península hay cierta uniformidad innegable.

conocer en su vestir, porte y disposición. Si comparamos, por ejemplo, España con Francia en esto, podríamos creer que las provincias españolas se diferencian más en el día unas de otras que las francesas hace un siglo. Y, sin embargo, los habitantes de la mayor parte de las provincias francesas son antropológicamente de raza radicalmente distinta, y en cambio los pueblos españoles son antropológicamente uniformes, como lo son también en la actualidad los de la Gran Bretaña. Esta diversidad aparente paréceme con toda verosimilitud debida á esta tendencia al clanismo, al patriotismo local que ha heredado el español de sus antecesores berberiscos.

La mayor parte, pues, de España está ocupada por una raza que Deniker denomina ibero-insular, y se ha llamado alguna vez *Homo Mediterraneus* (1). Es la raza que ocupa también las grandes islas del Mediterráneo occidental, el Sur de Italia y algunas regiones del centro de Francia, especialmente el Limousin y el Perigord. Las características principales de raza de este pueblo, comparado en general con los demás de Europa, son: estatura pequeña, color moreno y cabeza alargada. En cuanto á la estatura, varían entre los mismos límites que los italianos; pero mientras en Italia los de poca estatura habitan principalmente en el Sur, en España son más frecuentes en el Norte y Centro. De color son los españoles, por término medio, más morenos que los italianos, y aunque no deja de ser frecuente en toda España el tipo de pelo rubio y ojos garzos, no existe región grande del país en que, como ha demostrado Deniker en su mapa de pigmentación, el tipo moreno éntre en proporción inferior al 30 por 100 de la población. Tácito hace referencia del pelo rizado y cutis encarnado de los españoles. La rica pigmentación del cutis parece ser un carácter saliente de la raza ibérica (hasta en la rama que se extiende por el Suroeste de la península de Inglaterra), pues

(1) Deniker: *Journal of the Anthropological Institute.* Julio y Diciembre, 1904.

Silio Itálico compara el cutis del español al oro de sus minas, que en su modificación más delicada constituye esa «palidez áurea» que tanto admiraba Gautier en las mujeres de Málaga. Cuanto á la forma de la cabeza, los españoles puede asegurarse que aunque en la mayor parte la tengan grande, es, sin embargo, menos perceptiblemente que la de los bereberes. La bella y uniforme manera en que ha tenido lugar esta mezcla se muestra decisivamente en los estrechos límites en que varía el índice cefálico. La gente de cabeza más alargada vive en el Este y Sureste: los de cabeza más ancha en el Noroeste. Los hombres y mujeres que vemos en las pinturas de Murillo, y aun las de Zurbarán, ilustran admirablemente los principales tipos antropológicos de España.

II

La tierra de España y los rasgos físicos de los españoles vuélvennos de nuevo á Africa. Si los consideramos más íntimamente, hallaremos que hay mucho en el carácter español que puede referirse también exactamente del africano. El carácter español, á la verdad, es fundamentalmente, á mi parecer, no sólo africano, sino primitivo—en el mejor sentido de la palabra, no en sentido despreciativo,—salvaje. Es corriente oir que toda nación pasa sucesivamente por tres estados: salvajismo, barbarie y civilización, dicho verdadero indudablemente. Pero me ha parecido muchas veces que algunos pueblos tienen tan natural afinidad por alguno de estos estados, que algo de su carácter se mantiene siempre afianzado á su temperamento nacional. De esta suerte, Francia no sólo es hoy la tierra de la civilización, sino que claramente percibimos el instinto de civilización en los galos descritos por Estrabón hace dos mil años; por este prematuro instinto de civilización parece que se dejaron dominar más fácilmente por los romanos. Rusia, por

su parte, ha sido del tipo bárbaro; no quiere decir esto que necesariamente para el mal, sino asimismo para el bien. Y el español es y sigue siendo hoy, en el mejor sentido de la palabra, salvaje. Su sencillez é intensidad de sentimientos infantiles; su rudeza y austeridad, combinadas con el desdén por lo supérfluo, su amor al ocio templado por su aptitud para la acción violenta; su indiferencia por las personas é intereses que no son del círculo de su vida propia, estos signos y otros parecidos, que siempre han señalado al español, señalan igualmente al salvaje. El amor al ocio, por ejemplo, punto de partida para manifestaciones de energía violenta, advertida siempre entre salvajes, ha sido siempre muy acentuado en el español; tiene poca aptitud natural para el trabajo minucioso y sostenido; aun los esfuerzos más considerables del genio español no acusan esa «infinita capacidad de molestarse», y ninguna de las obras maestras literarias de nombre universal ostenta tan numerosos descuidos de detalle como el Quijote, aunque autorizadas opiniones sostengan que fué escrito con gran esmero. Si se exceptúan Cataluña y Galicia, el trabajo es siempre una necesidad, no un impulso sentido en el corazón; el tendero y el obrero manual son tradicionalmente mirados con desprecio; hasta el pobre pescador valenciano, en una novela de Blasco Ibáñez se atreve á menospreciar á los que trabajan la tierra: «ellos eran labradores, y para él esta palabra sonaba á insulto». El español de otros tiempos confió el trabajo á los esclavos ó á los moros libres que vivían bajo el dominio cristiano, los llamados *mudéjares,* que eran por lo común hombres de mucha más destreza y educación que los que los empleaban. Así es como el castellano, cuya ocupación era la guerra, habiendo abandonado el comercio, los negocios y la fabricación á los esclavos, llegó á mirar estas ocupaciones como serviles. De aquí que un mendigo español pueda mostrar soberbia—que ciertamente aun hoy día el mendigo conserva y sólo él aquel aire de soberbia que antaño se le atribuía á la generalidad de los españoles,—y el parasitismo social que dió nacimiento á la litera-

tura picaresca (1) permanece bajo otras formas como una institución nacional.

Cierto que en esta materia una regla absoluta produciría impresiones falsas. Los españoles ven, con razonable disgusto, que los turistas consideran á la población de España simbolizada en gitanos que bailan ó dicen la buenaventura, ó en chiquillos harapientos que se ponen á comer naranjas al sol. España, dice Emilia Pardo Bazán, no es solamente la tierra de los gitanos con la guitarra, pues hay «una España joven y musculosa, cubierta de sudor, de blusa azul y cara ennegrecida por el humo de las fraguas». Esta es la verdad, sin género de duda; pero, á pesar de ello, es cierto también que el temperamento, independencia y tradiciones del español, incluyendo el propio clima, todo se combina para hacer incompatible en este país el evangelio del trabajo, por amor al cual, las naciones que incesantemente se afanan en descubrir nuevas necesidades, legitimándolas con su apetito de trabajar, lo recomiendan con todo encarecimiento. Para el español, el trabajo, más que un bien en sí mismo, es un mal á que el hombre se halla condenado, y prefiere limitar sus necesidades á acrecentar su labor. Conforme á una tradición berberisca ó libia, conservada en un fragmento de Píndaro, el primer antecesor, Jarbas, á cuya raza pertenece el español, brotó directamente del soleado terreno de Africa. Esto ha sido creencia general. Los llanos de Castilla también son difíciles de cultivar, caldeados por el sol cuando no están helados; la selección natural verificada

(1) Es digno de notar que las obras maestras de la literatura picaresca española fueron escritas todas probablemente por personas que vivieron en la corriente de vida nómada que han descrito, y quizá sintieron ellos mismos los impulsos que esta vida engendra. La autoridad del primero y mejor de ellos, *El lazarillo de Tormes*, es desconocida, pero «puede haber sido escrito,» como observa Butler Clarke, «en un campo, ó en un figón, en un zaquizamí de estudiantes ó en una cárcel». Mateo Alemán fué un soldado pobre; Espinel un vagabundo, soldado, marinero y quizá, como Cervantes, cautivo en Argel; Quevedo vivió mezclado con todas las capas sociales.

por el hielo, fuego y hambre ha determinado una raza enjuta y recia, excesivamente sobria, templada en todas sus exigencias físicas, y demasiado familiar con el trabajo para cuidar de idealizarlo. La pobreza del suelo de España ha hecho al español, como dice Unamuno, hijo de Abel, más bien que de Caín el agricultor, que le asesinó; prefiere cuidar al ganado en las praderas y en los oteros; de estos lugares, más bien que de las ricas y cultivadas tierras bajas, salieron los conquistadores, como Cortés ó Pizarro, con otros muchos hijos vigorosos de España. Por el medio ambiente, así como por temperamento, es el español nómada y aventurero de nacimiento (1).

Así es, que si podemos afirmar que en el español hay falta de gusto para la labor organizada y constante, hay también un gran acopio de energía, y al mismo tiempo resistencia heroica para las penalidades cuando la adquisición laboriosa de las comodidades merezca grandes fatigas. Por un lado, hay en él afición á no hacer nada, desprecio por las labores útiles y tendencia—esto entre los elementos sociales inferiores—al parasitismo; por el otro, tiene á veces un furor, casi demencia, de energía extraordinaria é incansable. Esta fascinación de la energía es la que conduce á Calderón, como Norman Maccoll ha observado, á una predilección especial por tipos de carácter sobrenatural, índoles llenas de incansable energía y ardor para la acción, empujada hacia adelante por un impulso de que no pueden darse cuenta, y que consideran como externo. El mismo Rubén Darío, poeta contemporáneo, aunque influído por el cosmopolitismo del mundo moderno, igual que por la fragancia antigua del de Bandelaire y Verlaine, es fiel

(1) Me ha parecido á menudo prueba curiosa de la persistencia de influencias hereditarias el que Manuel Casanova haya sido también de raza española. No es fantástico ver en él afinidad especial con los mallorquines, entre los cuales el nombre Casanova ha sido bien común y famoso por haberlo llevado principal santa. Casanova es el pícaro español *in excelsis*. (Véase mi estudio de Casanova en mis *Affirmations.)*

hijo de España en su admiración por la energía cuando canta:

«Yo soy el caballero de la humana energía.»

En sus fiestas también, como observa con acierto Salillas, el español gusta de invertir un caudal inmenso de labor, que ciertamente no es útil, aunque en útil puede transformarse—y hoy, hasta cierto punto, está experimentando esta transformación,—pues que tiene en sí toda la virilidad del trabajo; y en su principal forma nacional de la fiesta, en la corrida de toros, exige en su más alto grado valor, fuerza, agilidad, inteligencia y gracia (1).

Esta manera de ser del español, su dureza, la indiferencia ante el dolor, que tan á menudo se ha confundido con los instintos de crueldad, es cualidad común también del español con el salvaje. Desde el principio al fin, la actitud emocional en que se fundan tales manifestaciones es ajena á esa ternura, que tanto puede ser egoísta como altruista, que caracteriza á la civilización, pero que concibe con facilidad la mente del hombre salvaje. Toda forma de ascetismo ha sido triunfalmente exhibida por el español; y el ascetismo, templado á veces por la orgía, es siempre fácil y aun necesario en las condiciones de la vida salvaje. Sólo de esta manera podemos comprender característica tan ajena á la suavidad de la civilización. Los españoles han rechazado muchas veces con indignación el cargo corriente de crueldad, y la acusación de que la existencia de la Inquisición haya atestiguado cierto placer en las persecuciones religiosas. La ciudad de Jalem sola, observa Valera, fué responsable de más tormentos, en nombre de la religión, de los que corresponden al Santo Oficio, desde California al Estrecho de Magallanes. A más de esto, en una edad en que la tortura se reconocía como parte del procedimiento

(1) Salillas: *Hampa*, págs. 86 y sigs., 114 y sigs.

judicial (1), su uso por la Inquisición española merecería especial censura, si se probase que los inquisidores españoles habían superado á los jueces contemporáneos en su aplicación. Pero precisamente sucede lo contrario. En Aragón, aunque la Inquisición se admitiera, era ilegal la tortura, y sólo por expreso mandato de Clemente V, se le aplicó á los templarios en 1311. Más tarde, cuando el tormento llegó á hacerse de uso cotidiano en Castilla en los tribunales seglares, fué empleado también por la Inquisición, como después en Aragón, aunque aquí no se consentía en la jurisprudencia seglar. La Inquisición en España empleaba los métodos de tormento aceptados casi universalmente por vía de obtener confesión; pero su empleo se guardaba escrupulosamente, y, por regla general, se aplicaban algunos de los métodos de tortura medioevales, reconocidos generalmente y no en grande proporción. La creencia de que los métodos de tortura usados por la Inquisición eran de carácter excepcionalmente cruel, se debe, como observa Lea en su estudio detalladísimo sobre la Inquisición española, á escritores sensacionales, que se han divertido con la credulidad de sus lectores. «El sistema era malo en la concepción y en la práctica, afirma; pero la Inquisición española, en fin de cuenta, no es responsable de su introducción, y, por regla general, fué menos cruel en su aplicación que los tribunales del siglo, y confinada más estrictamente á unos cuantos métodos bien conocidos. La comparación entre la Inquisición española y la romana es, con mucho, muy favorable á la primera (2). Pero, si bien reflexionamos en la Historia de España y en el temperamento del español, difícil es no evidenciar cierta indiferencia por el dolor que es casi amor á él. Los antiguos iberos, lo mismo cuando enclavados en la cruz cantaban

(1) En el mismo siglo XVII, en Inglaterra, Bacon, hombre de esclarecido genio, humanidad y templanza, aceptaba el tormento como elemento de prueba en los procesos judiciales.

(2) H. C. Lea: *History of the Inquisition in Spain*, vol. III, cap. I, «Torture».

sus cánticos nacionales, invictos en el espíritu, con estupor de sus sojuzgadores romanos, y las madres iberas empeñaban á sus hijos á la muerte antes que verlos en esclavitud. Poco más de un siglo puede hacer que las iglesias españolas, por la Cuaresma, se salpicaban de sangre de los fervorosos penitentes—cabalmente, como al otro lado del Estrecho se ven hoy los fanáticos sectarios del Islam danzando por las plazas durante las fiestas moriscas de Junio,—flagelándose hasta derramar sangre. Aun ahora persisten costumbres parecidas en algunos puntos de España. Regoyos ha visto en San Vicente de la Sonsierra, junto á Haro, en la Rioja, una cofradía en que se azotaban unos á otros hasta que la sangre corría, resto de la Edad Media que sobrevive en nuestro siglo de la electricidad y del ferrocarril. Como se pica á los toros en la corrida, así estos hombres se punzan con agudas puntas de vidrios rotos. Y no sólo no se siente ser *picao* en este juego, sino que los que tienen valor para tomar parte en él son grandemente admirados por las jóvenes y muy buscados para maridos. Los que adoptaron alguna vez esta práctica, que se usa en Viernes Santo, creen que es de necesidad refrescar la sangre todas las primaveras, siendo incapaces las autoridades para atajar esta costumbre, porque después de prohibida siempre se ha vuelto á reproducir (1). Dos siglos hace era costumbre general en los enamorados azotarse en las calles, para obtener compasión y admiración de sus amadas (2).

«Sospecho que los españoles—dice Barres—encuentran placer á la vista de los padecimientos de Cristo.» Es cierto

(1) Emilio Verhaeren y Darío de Regoyos: *España negra*, 1899, página 72.

(2) En 1692, la Condesa d'Aulnoy, en su *Relation du Voyage d'Espagne* (vol. II, págs. 158-164), daba una relación detallada de tales escenas flagelatorias, y de la admiración que provocaban en los corazones femeninos. Cuando los azotadores se encontraban con una mujer hermosa en la calle, empezaban á azotarse con tanta gana, que la salpicaban de sangre. Esto se tenía por gran honor, y la dama, reconocida, había de agradecérselo.

que los artistas españoles han tratado siempre de elaborar las imágenes más pungentes y agonizantes de Cristo en su pasión, y los devotos españoles han mostrado particular complacencia en adornar lujosa y elegantemente imágenes tales. Recuerdo, por ejemplo, haber visto en uno de mis últimos viajes, un Cristo de tristísima vista en un altar de una de las naves de la catedral de Palencia. Era una imágen grande de madera en un crucifijo, esculpida al modo realista español, con gran detalle de músculos, ceñido de un ceñidor del que pendían unas faldillas de precioso bordado, y bajo ellas asomaba un lazo costosísimo de jubón, ingenioso recurso imaginado, no para disimular ninguna cosa, pues nada había, sino para sugerir la total integridad de la obra. Tal es la extraña figura que la religión española propone al culto de las mujeres, cuya cara dolorosa, inclinada, mira más dolorosamente que nunca al contemplarle con este atavío de bailarina.

La preocupación del español por la sangre y su satisfacción por derramarla, se ha manifestado, no ya en el arte, como indica Ganivet, con acierto, sino en la misma medicina. La parte de Servet en el descubrimiento de la circulación de la sangre es una de las contribuciones más notables de España á la ciencia médica, y España también ha excedido á las demás naciones en el número y excelencia de sus sangradores. El doctor más eminente de España es el Dr. Sangredo.

El estoicismo, que donde quiera aparece como filosofía primitiva del salvaje, es la filosofía fundamental y casi la religión de España. Séneca, prototipo del español estoico, tiene en España, como se ha dicho, maneras de un padre de la Iglesia; el español Marco Aurelio lleva también el sello de su país natal; y Lucano de Córdoba fué cabeza de una larga serie de españoles. Tan importante participación asumen en la tarea de dar forma á las últimas conclusiones del estoicismo, porque esta filosofía respondía á un instinto que desde antiguo sentían en sus venas. Mas que cristiano, ha sido el español estoico y aun pudiera decirse que asceta. Torquemada, viviendo en

palacios, escoltado como soberano por hombres á caballo, no quiso aceptar el arzobispado de Sevilla; siguió llevando su humilde hábito de dominico, y nunca quiso usar lino, ni aun para su cama, ni comer carne, y rehusó dar una dote á su hermana indigente. Recordemos también la anécdota característica de Fr. Luis de León, que después de un encierro de cinco años en las cárceles de la Inquisición, vuelto á su cátedra de Salamanca—en el aula sombría que aún puede verse en su Universidad,—comenzó la explicación de la clase con la fórmula en él usual: «Decíamos ayer...»

Este modo de ser de la mente se asocia con el énfasis español en el carácter, moral y práctica. La curiosidad intelectual pura nunca ha florecido en España. No han representado los españoles papel preferente en matemáticas, ó astronomía ó física, aunque cuenten con nombres ilustres en muchas secciones de la ciencia aplicada, como en el día Ramón y Cajal, que goza como neurólogo de reputación mundial. También se han aplicado grandemente á la metafísica; pero es de saber que en España la metafísica se identifica con la teología, asunto que tiene intenso interés práctico (1).

Sería un error figurarse que la dureza del español y su estoicismo instintivo puedan en algún modo excluir la aptitud para la suavidad de afectas ó el desarrollo de las delicadas emociones humanas. Estos resultados no tienen lugar ni aun en el salvaje, y en el español hay una notable demencia de estos sentimientos. Cervantes, que es el más típico de los españoles, aparece tan dulcemente humano como Chaucer (2). Lo que parece rebajar las emociones más delicadas del español es, sencillamente, una facilidad menos efusiva en sus más

(1) Menéndez y Pelayo, que trató este punto en su *Ciencia española* (3.ª ed. 1887, vol. I, pág. 94), cita el «triste caso de que nuestras Facultades de Ciencias estén desiertas.

(2) El humanitarismo de los españoles es el causante de la plaga de mendigos, tan difícil de suprimir en España; gran parte de la población española estima que es inhumano negarse á dar limosna.

serias manifestaciones, y una tendencia á manifestarlas con los que inmediatamente le rodean, más bien que con los que viven en un mundo lejano. Por sus amigos, decía Estrabón, están prontos los iberos á sacrificar la vida. Hay, como más de una vez se ha observado, en la manera de ser del español, cierto antagonismo aparente hacia todo el mundo. Por una parte, le agrada un formalismo rígido, difícil; una uniformidad abstracta y austera, tanto en moral como en religión, por la que su espíritu propio y el ajeno deben sin cesar estrellarse. Pero por otra, el español es siempre indulgente (1) con el pecador individual como con su amigo ó vecino en toda relación de la vida, cualidad que muy visiblemente se muestra en el terreno teológico por muchos teólogos españoles (2). La Iglesia española, aunque formidable para los embates heréticos de fuera, fué siempre mansa para los hijos de la propia casa. España, que produjo al implacable Torquemada, vió nacer también á aquel piadoso fraile valenciano que hace seis siglos edificó el primer hospital de dementes. «Tenemos un estado de cosas anómalo», ha dicho un sagaz escritor español, en armonía con nuestro carácter. Castigamos con solemnidad y rigor para satisfacer nuestro deseo de justicia; y luego, sin ruidos ni clamores, perdonamos al criminal condenado para satisfacer nuestros deseos misericordiosos (3). Esta modalidad

(1) Es digno de notar que la práctica de conceder procuración á los procesados en causa criminal, aunque relativamente reciente en Inglaterra, se observó hace muchos siglos en España, siendo costeados por el Tesoro público defensores para los que por su demasiada pobreza no podían pagar un abogado. (Lea, *History of the Inquis. in Spain*, vol. III, p. 43.)

(2) Caramuel, que por la propensión de su doctrina á la indulgencia moral ha sido llamado *enfant terrible* de la teología, era castellano. Fué hombre muy docto, influyente y dotado de gran energía práctica.

(3) En el espíritu español religioso hay una tolerancia extrema, junta con una extrema intolerancia. El espíritu austero de intolerancia triunfó los últimos tiempos de la Edad Media, de la misma manera que el austero espíritu puritano triunfó, aunque un poco menos, en Inglaterra; pero no son éstos signos definitivos ni impulsos nativos de raza. Los visigodos fueron muy tolerantes. «Nunca hubo nación que menos mereciera la cen-

de la mente ha sido mirada como la consecuencia española del sentimiento cristiano y de la filosofía de Séneca en el punto en que se armonizan. Pero esta inclinación es cosa más radical é instintiva de lo que tal opinión indica. Podemos hallar mezcla semejante de nociones tan austeras de justicia abstracta, combinadas con indulgencia compasiva para los ofensores entre los aldeanos de Irlanda, país en que, según la antigua tradición, que las modernas investigaciones tienden á confirmar, existe un elemento ibérico primitivo bien caracterizado. Por lo que mira á la disposición del español para con sus compañeros, he encontrado una historia instructiva, referida por un magistrado español, en un periódico aragonés de hace algunos años, en época en que Aragón padecía gran escasez. Un labrador sin trabajo, salió al camino real con resolución de robar á la primera persona que encontrase. Esta fué un hombre que iba con un carro. El labriego le dió el alto y le pidió el dinero que llevaba. «Treinta duros es lo que tengo», replicó el detenido. «No me queda otro recurso que robar; mi familia se está muriendo de hambre», dijo el agresor sentenciosamente. Se pone á guardar el dinero en su bolsillo. Según lo iba ha-

---

sura de fanática que los visigodos españoles» (H. Bradley: *The Goths.*, página 329). Un godo español llenó de asombro á Gregorio de Taers, diciéndole que es deber del cristiano tratar con respeto lo que los demás reverencian, aun cuando sean idólatras. En época posterior, Castilla fué la única que entre las naciones latinas se negó á admitir los métodos de persecución, á pesar de las prescripciones todas de la Iglesia. Aragón fué más dócil con los pontífices romanos, aunque sus leyes civiles eran ilustradas y justas, y Jaime el Conquistador quemó herejes contumaces. (Lea, *History of the Inquisition of the Middle Ages*, vol. II, págs. 180 y sigs.) En el siglo XIV, el movimiento de intolerancia religiosa cundió por entre los obispos castellanos después de su regreso del Concilio de Viena, y ya en el de Zamora excedieron á los mismos franceses en ferocidad contra los judíos é infieles, aunque la gente distaba mucho de compartir sus sentimientos. La Inquisición, que fué el instrumento capital de intolerancia, lo era político aún más que religioso, y la favoreció grandemente el genio político de Fernando en su intento de unificar y robustecer el dominio.

ciendo, cambió de idea. «Toma esto, chico; con uno tengo bastante, le dijo, devolviéndole veintinueve duros.» «¿Quieres llevarte algo de lo que tenga en el carro? le preguntó el carretero, impresionado por tanta generosidad.» «Sí, le contestó el otro; quédate también con este duro, y dame un poco de arroz y judías.» El del carro le alarga un saco de estos comestibles, y agrega cinco duros. A pesar de su porfía, rehusó el labrador. «Cógelos, á ver si te dan la suerte», dijo el carretero. Y sólo así logró el carretero persuadir al que quería ser ladrón, á aceptarlos. Esta historia auténtica caracteriza la miscelánea de impulsos del temperamento español. No estamos por completo deshabituados á encontrar un venero de humanitarismo y cortesía sobre un cimiento de violencia y rudeza; pero en este temperamento, son la violencia y la rudeza las que se encuentran más próximas á la superficie, y se exteriorizan tan luego como se inician las relaciones humanas.

Esta inclinación del aldeano español, unida á su afición por las leyes abstractas, que pueden ser modificadas en casos concretos; su individualismo, su amor á la independencia y su preferencia *clanesca* por los pequeños grupos sociales, pueden contribuir á explicar por qué los españoles, tanto obreros del campo como de la ciudad, se dejan atraer por los ideales anarquistas. No hay país en el que el socialismo colectivista de la escuela marxiana haya hecho tan escasos progresos como en España, y el anarquismo tantos. Esto es lo que ha sucedido durante no menos de cuarenta años (1). En 1868, Fanelli, miembro italiano de la Alianza Bakmeista (sección anarquista de la Internacional), se pasó á España, y dos años más tarde, á la sazón en que tenía lugar un Congreso anarquista en Barcelona, el movimiento, que aún no hacía sino empezar, asumió ya un carácter determinado y resuelto. Desde tal fecha, el anarquismo ha progresado rápidamente en España. Florece en

(1) En *Contemporary Revieus*, Mayo, 1902, han sido publicados unos breves apuntes de la historia del anarquismo español por Stoddard Dewey.

Cataluña, donde activamente fomenta repetidos golpes en Barcelona; tiene su principal fortaleza en Andalucía, donde se acentúan más los contrastes de riqueza y miseria; de igual modo, toda la costa mediterránea, singularmente Valencia, que es importante región industrial, se halla afectada por su influencia. Las partes más septentrionales del país ofrecen también desarrollos parecidos, pero en grado menor, y la costa atlántica no es más desfavorable al anarquismo como la mediterránea; en Bilbao, el segundo gran centro industrial de España, el partido obrero, ha sido frecuentemente hostil al anarquismo; pero en mayor número de poblaciones españolas, los ideales del obrero son en considerable proporción los ideales del anarquismo (1).

Hay otra característica del español, que lo es también de la manera del salvaje en las relaciones de la vida: el gusto por las fórmulas, ritos y ceremonias. Sin duda que en todo estadio de la cultura humana puede y debe existir este elemento de ceremonias y ritos; pero en el salvajismo, así como en las civilizaciones antiguas, cual la de China, forma la representación exterior de toda filosofía y religión y organización social. Lejos de ser libre, el salvaje vive atado á una serie de ceremonias que, siendo meramente convencionales, pueden hacerse trágicas en la realidad. Para el español, también el ceremonialismo es una cosa seria y real, que llena el total de la vida, no menos

(1) Los ideales del anarquismo están, sin duda, limitados á la clase labradora y rural de España. Valera tiene en su *Doña Luz* un pasaje que, aunque se lo cuelga á «mi famoso amigo D. Juan Fresco» (personaje que sale algunas veces en segundo plano de muchas de sus novelas). podemos aceptarle como intérprete de sus propias ideas. Yo, en cambio, lo confieso, tengo un ideal que, al paso que vamos, no se realizará, si se realiza, hasta dentro de diez ó doce siglos; pero, amigo, es menester ir encaminándose hacia el, aunque sea á paso de tortuga. Mi ideal es el menos gobierno posible; casi la negación del Gobierno; una anarquía mansa y compatible con el orden; un orden nacido armónicamente del seno de la sociedad, y no de los mandones. He aquí un credo genuinamente español.

seria y formal en el circo taurino que en el templo. En los antiguos días, este concepto de la ceremonia, como suprema expresión de los más altos privilegios religiosos, alcanzó su apogeo en los concurridísimos espectáculos del auto de fe, alborozada fiesta en glorioso servicio del Señor, á que daba remate la Inquisición con la escena final de condenar ó reconciliar al hereje antes de ser «relajado», esto es, abandonado al brazo secular para ser quemado en el *quemadero* en las afueras de la ciudad, siendo la ejecución de los herejes asunto propio absolutamente de la ley civil y no prescrito por la Iglesia. A principios del siglo XVIII es cuando el auto de fe empezó á caer en descrédito (1).

El baile español es también, en sus formas antiguas y nobles, un ritual solemne. «¡Qué majestad, qué decoro, qué distinción!», exclama Valera, en sus últimos años, recordando los bailes de Ruiz y de su hermana Conchita, «y cuánta gracia cuando ambos bailaban juntos el bolero! No hay danza más aristocrática. Parecían príncipes ó grandes personajes.»

Para el hombre de estirpe anglosajona, las funciones de etiqueta son, por la mayor parte, convencionalismos falsos é incompatibles con su naturaleza; y los desempeña con la mayor destreza que puede, con solemnidad desmañada y aparatosa. Para el español es tan real, que en sus manos la etiqueta se hace graciosa, sencilla, natural, casi familiar; «toda mi vida me he conducido airosamente», decía el marqués de Siete Iglesias en el cadalso, resumiendo en esta frase la apología de un caballero español. Esta tendencia ritualesca supone, á la verdad, una fe en las cosas exteriores que llega á confundirse con el fetichismo; creo que fué un español, Raimundo de Peñafort, el primero que mencionó, como medio de perdonar el pecado venial, la aspersión con agua bendita, y en una comedia de Calderón, la *Devoción de la Cruz*, un individuo que comete críme-

(1) Lea: *History of Inquisition in Spain*, vol. III, l. VII, c. V.

nes de todas clases, guarda siempre acatamiento á la cruz, símbolo de la redención, y merced á esto, al fin de su vida se salva; no ha profanado su *tabu*.

III

Cuando examinamos de esta suerte los varios aspectos del temperamento español, revelados en su vida cuotidiana, en la historia, religión, literatura y política, concluímos por verlos fundiéndose en una pintura armónica representada algunas veces. Manifestaciones todas de una raza aborigen primitiva, que, bajo el influjo de estímulos particulares y un áspero medio ambiente, ha conseguido en todas sus fases de desenvolvimiento un grado insólito de frescura juvenil, de naturalidad salvaje elemental, de donde ésta brota. El ilustre autor del *Idearium Español*, debemos añadir, comprende este punto de bien diferente manera, cuando advierte que hay una razón profunda para que España haya siempre defendido y proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción: obligada á padecer todos los dolores de la maternidad, ha llegado á su edad madura con espíritu original siempre nuevo dentro de sí.

Por esta historia y las meditaciones que sugiere, vemos cuán inevitables y cuán arraigadas están en el español sus cualidades, lo mismo que sus defectos, especialmente la combinación de brillantes iniciativas con la falta de capacidad sostenida para seguir adelante, cosa que Menéndez y Pelayo considera como signo del genio español. Vemos cómo el pundonor ha sido elemento que ha representado importante papel en las ideas españolas, aun en los más brillantes y fructíferos períodos de la historia de España; vemos cómo el Cid, tal como el vulgo lo concibiera, con su parte absolutamente demócrata, su justicia dura y pronta, casi como la del excelso Robin Hood, llega á ser el primer héroe de España (1). Evidenciamos también que

(1) Para estudiar el carácter del Cid, véase *The Cid Campeador*, de H. Butler Clarke en Hevaes de Nations Ledies.

la primera virtud del español ha sido siempre la virtud primitiva del valor. «Nuestra cualidad dominante», dice con verdad Pascual Santoendt de su pueblo, «es el valor», aunque concede que este valor tiene mucho del salvajismo y fiereza propios de la infancia de la civilización. Todo cuanto se ha obrado por inspiraciones del puro valor, aun del que conduzca á las cumbres del heroísmo, han obrado los españoles. Es interesante observar que Brantôme—francés que en opinión de Morel-Fatio ha conocido mejor que nadie á los españoles—se maravillaba en gran manera ante las cualidades guerreras del español. Viólos marchando por Francia á Flandes en los días en que gozaba España aún del mayor poderío. «Los hubierais tenido por príncipes—dice,—tan ordenados iban, tan arrogantemente marchaban, con tanta gracia» (1). Eran indiferentes á cualquiera otra virtud que no fuese el valor. «Mandan los libros al diablo—añade,—excepto algunos que cuando se aplican al estudio son raros y excelentes en él, muy admirables, profundos y sutiles, como yo he conocido muchos.»

Pero aun cuando haya dirigido sus energías por otros cauces, es interesante observar cuán á menudo el español ha conservado el mismo espíritu de valor caballeresco, casi con las mismas formas de la guerra. Así acontece en la misma esfera de la religión. Raimundo Lulio es denominado, por M. Pelayo, «El Caballero andante de la filosofía». Santa Teresa empezó su carrera escribiendo una novela de Caballerías. Los frailes mi-

(1) Debe estimarse como caricatura la antigua idea que del soldado español se tenía, figurándoselo como fanfarrón, idea que campeó y campea todavía en muchos libros de aventuras de Francia y de Inglaterra. Se cree que el Pistol de Shakespeare ha dado margen á esta caricatura. Tal idea es un disparate, pues la soberbia innegable del español, que no debe confundirse con la vanidad, es compatible con la discreción, cualidad en que Cervantes ha insistido mucho. «La postura extravagante y jactanciosa», advierte M. Hume en su interesante estudio sobre las influencias españolas en la literatura inglesa, «que los franceses asignan al tipo español, nunca fué conforme á la realidad, excepto quizá en el aventurero español del siglo XVI».

litantes de la orden de Santo Domingo fueron organizados por un español, mientras que los sedentarios y estudiosos benedictinos, con escasísimas excepciones de nota, pronto dejaron de florecer en España. Al genio militar de otro español, Loyola, como Macaulay decía, debió la Iglesia la reorganización de las fuerzas de la contra-reforma, y el verdadero baluarte que el catolicismo pudo oponer á los progresos ulteriores del movimiento que inició Lutero. Loyola había sido guerrero, y organizó su orden á la manera militar; todo se basó en la obediencia implícita y en la disciplina militar; los estatutos y nomenclaturas son igualmente militares (1) la orden constituyó una *compañía;* tuvieron también su bandera—un corazón ensangrentado coronado de espinas,—y se dirigían por un general. El soldado de Cristo, en otras partes metafórico, es en España, en la Compañía de Jesús, una realidad.

La literatura, por su parte, vocación que parece tan ajena de la profesión del soldado, ha sido en España casi monopolizada por soldados (2). Cervantes, la suprema figura literaria de España; Camoens, la suprema figura literaria de Portugal, consumieron una gran parte de su vida en combates y aventuras. Sir Philip Sidney, única figura de este género en Inglaterra, corresponde al tipo general de los anales literarios de España. Los poetas de España, así como los dramáticos y novelistas, fueron de ordinario guerreros que escribían en los intervalos de su vida más activa en Cortes, campamentos y negocios. El castellano Alvaro de Luna—el mejor caballero, jinete, baila-

(1) Aquí se presenta ocasión de evidenciar una vez más la persistencia de las tendencias primitivas de los españoles; pues la antigua Iglesia está vivamente impresionada por metáforas militares; el *sacramento* era la solemne promesa de homenaje á su gran capitán hecha por el soldado fiel y servidor de Cristo, y el símbolo de los primitivos cristianos que así se llamó al Credo, el santo y seña del vocabulario militar.

(2) Esto ha sido claramente expuesto por Fitz Maurice Kelly, en su admirable y amenísima *Historia de la Literatura Española*, obra en que el entusiasmo narrativo, lleno de donaire y simpatía, está unido á una exacta erudición. Ha sido traducida al español.

rín, trovador y diplomático de España en su tiempo,—representa el antiguo ideal español. En nuestros días, el novelista Alarcón ha sido aventurero, periodista, voluntario soldado y hombre de mundo. Hasta en los últimos personajes literarios, el escritor que no es más que escritor, es desconocido en España. Hoy mismo, los más insignes escritores, Valera, por ejemplo, fué diplomático y hombre cosmopolita, y Blasco Ibáñez, el novelista más notable de la nueva generación, es político, revolucionario, de vida llena de peligrosas aventuras.

Las cualidades especiales del genio español, hay que reconocerlo, encuentran sus más espléndidas oportunidades en una fase de la historia del mundo que, por lo menos en su aspecto físico, ha desaparecido para siempre. España ha llegado á una edad que se contenta con pedir y recompensar tareas industriales y comerciales de las que se requieren iniciativas menos brillantes. Grande como es, sin embargo, la riqueza natural del país, no experimentamos el mayor deseo de ver á España empleando sus bellas energías en tarea no más alta que la de competir, en escala inferior, con Inglaterra y Alemania, aceptando los mezquinos contratos que los grandes poderes industriales, sobre todo en el campo, se desdeñarían aceptar. España se halla al fin abordando la tarea de ordenar su posición económica y su situación política interior. Pero más allá, y por encima de esta tarea, hay problemas en el porvenir del progreso humano que con todo derecho esperamos reservarán á España un papel tan independiente, valioso y principal como el que antaño representó en los problemas del mundo físico. Conservando y aplicando de nuevo sus ideales primitivos y esenciales, otorgará España, no podemos dudarlo, sus más bellos presentes espirituales al mundo.

HAVELOCK ELLIS

EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

CAPITULO VII

Al siguiente día, á la hora en que Ulrico bajaba á la playa, era plena bajamar. Debía saberlo, pero no había pensado en ello, y quiso, á pesar de que muchos se bañaban, marcharse para volver más tarde cuando la marea subiese. Siempre quedaba tiempo para hacerse la *toilette* antes de comer en casa de Otterndorf.

Un cómico espectáculo llamó su atención. No lejos del lugar del baño, unos cien pasos más allá de la playa, en la tersa superficie del agua, había ya dispuesta para navegar una de esas chalupas que en el buen tiempo alquilan los aficionados para pasear en la costa. Unos cuantos estaban ya abordo y hacían alegremente señas á otros que estaban aún en la orilla, indecisos si hacerse conducir á la embarcación. El cuadro era extraño: los vigorosos marineros, con sus botas de agua hasta la pantorrilla, conducían á los pasajeros sobre sus espaldas, mientras los transportados, con las piernas extendidas, temían un remojón. El cual solía ser frecuente, con terror de los pasajeros y para regocijo de los mirones de la orilla, hasta que los marineros depositaban su carga en la chalupa.

El delicioso aspecto que ofrecía el mar le entró en ganas á Ulrico de ser de la partida, la cual, según le habían informado, invertiría dos horas en volver al punto de salida. Hízose transportar á la chalupa como los demás.

La compañía que allí le esperaba parecía compuesta de gente, conocidos unos de otros, en cuya bulliciosa conversación no quiso mezclarse.

El viejo del timón, al lado del cual se había sentado, parecía el silencio en persona; con lo que podía abandonarse á sus pensamientos, tanto más, cuanto que la excursión no ofrecía nada que llamase la atención. No era esto lo que él esperaba, y alegrábase cada vez que alguna maniobra anunciaba un nuevo rumbo. No hubo, sin embargo, mucho que maniobrar. Despacio, á media vela que el viento empujaba á veces con un poco de más fuerza, deslizábase la embarcación por las casi inmóviles aguas, siempre paralela á la costa, y luego volvía para recorrer el mismo camino en dirección contraria. Toda la diferencia consistía en que esta segunda vez navegaba un poco más lejos de la costa, para después de haber pasado por junto al baño de caballeros, guardar el reglamentario alejamiento del de señoras. La distancia era tan grande, que la mirada más fina no podía distinguir las figuras que se agitaban entre las casetas ni las que se encontraban en el agua. No obstante, no se hicieron esperar mucho las consabidas bromas entre la gente joven, y Ulrico hubiera arrancado de las manos á uno de ellos los gemelos que llevaba consigo, y con los cuales, ávidamente y envidiado de los demás, acechaba la orilla. Era la hora en que acostumbraba bañarse Leonora. Si bien se decía que era indiferente que ella se encontrase ó no entre aquellas figuras, la posibilidad de que pudiera darse el caso le hacía sufrir lo indecible.

Aun fué peor cuando al volver á pasar la chalupa por el mismo sitio, siempre guardando la distancia prescrita, pero visiblemente más cerca que la primera vez, porque el viento soplaba del Sur, y era preciso acercarse á la orilla, para

no perder tiempo después sesgando el viento. Esta circunstancia aumentó, como era de esperar, el buen humor de los pasajeros, que duplicaron sus groseras bromas, que no se hicieron más finas al notar que en la orilla, crecido número de personas iban y venían, con perceptible clamoreo de gritos, voces y señas de pañuelos que se agitaban en dirección á la chalupa. Naturalmente, se tomó todo ello como efecto del espanto de las damas á la aproximación de la embarcación y su temor de que pudiera acercarse más. Entonces la insolencia no tuvo límites.—¡Ya vamos!—¡No os apuréis!—¡No vamos á comeros!—gritaban haciendo de bocina con la mano. Una voz de bajo profundo, correspondiente á un corpulento mocetón, cantó:

Y una chiquilla
de quince abriles
cruzó las olas.

A lo que siguieron grotescas carcajadas del coro.

De repente cesaron los gritos, canciones y risas. Ulrico había dado un salto, exclamando con angustioso acento: «Por el cielo, se están ahogando unas señoras.»

Con su mirada perspicaz había visto unas cuantas cabezas aparecer y desaparecer en la quieta superficie del agua, y luego un brazo que asomaba y se sumergía de nuevo. Tales maniobras no eran propias de mujeres. Y en aquel momento, los gritos de los de la orilla sonaron tan apremiantes, que aun los que no habían hecho la observación de Ulrico, sintieron que se trataba de un peligro inminente de muerte.—¡Téngase á la orilla!—gritaron de todos lados al viejo del timón. Este hizo como si no oyera ni entendiera ni viese nada, á pesar de que debía saber sin duda alguna cuán seria iba la cosa. Por fin gruñó entre dientes, que no tenía gana de pagar la multa. Sin perder un minuto, arrancó Ulrico el timón de manos del viejo y volvió la chalupa en dirección á la orilla, gritando á los dos marineros bajasen la vela, que no servía entonces más que de estorbo, y que remasen de firme. Los dos mozos

ejecutaron con presteza lo que se les mandaba ya de buen grado, ya por temor á los pasajeros, cuyo estado de ánimo había cambiado de pronto, y querían cooperar unánimemente al salvamento, viendo en el desconocido que empuñaba el timón su director. La vela fué bajada; á las cuatro manos de los marineros se unieron una docena más; de modo que el barco, más veloz que con la vela, se dirigía ahora bajo aquel vigoroso impulso hacia la playa.

Pero como era de esperar, sucedió lo que Ulrico temía. Cuando llegaron al lugar en que habían visto agitarse cabezas y brazos, era tarde. Unas cuantas valerosas bañeras y un par de hombres arrojados, que á los gritos de las mujeres se habían lanzado al agua, pudieron arrancar á las infortunadas nadadoras, en número de tres, del líquido elemento, pero no de las garras de la muerte. Respecto de una de ellas, había un resto de esperanza; á las otras dos se las había colocado bajo el cobertizo del establecimiento, en donde se hacían desesperados esfuerzos para salvarlas; pero las bañeras declaraban que no había esperanza. Habíase reunido entretanto gran muchedumbre de señoras y caballeros, presa de imponente excitación. ¡Qué era lo que podía haber sucedido! ¡Estando el viento completamente en calma! ¡En un mar como una balsa de aceite, en que los bañistas podían entrar mar adentro más de cien pasos, sin que el agua les llegase á las rodillas! Las bañeras opinaban que debía haber ocurrido debajo del agua un hundimiento repentino, una cavidad de las que frecuentemente producen las mareas, y que aquel día, con la inusitadamente profunda bajamar, se hubiese abierto camino hasta la parte arenosa, desde mucha distancia. Era, en efecto, una explicación, pero la culpa de la incalificable negligencia de no haber registrado la playa á su debido tiempo, no pesaba por eso menos sobre la administración del establecimiento. En el grupo de los caballeros empezaban á elevarse voces amenazadoras: el director debía presentar su dimisión inmediatamente. Merecía el más riguroso castigo. ¡Había que linchar-

le! Era indudable que si el hombre hubiera aparecido en aquel momento, la indignación general hubiera estatuído en él un castigo ejemplar.

Felizmente, se pudo desde el principio echar mano de un médico que entre el público se encontraba, al cual se unieron luego otros dos de baños. Desaparecieron en el fatal cobertizo; uno de ellos volvió al punto. Todos se apiñaron á su alrededor pidiendo noticias. Eran bastante malas. Dos de las damas habían muerto; los compañeros esforzábanse por prestar auxilio á la tercera, que ofrecía pocas esperanzas. No podía perder un minuto; iba á su casa por unos cuantos instrumentos precisos.

Entre el público, que engrosaba visiblemente, y cuyo aspecto era á cada instante más amenazador, se decía que las dos muertas eran dos hermanas, hijas de un Pastor extranjero, que estaban allí desde algunas semanas atrás con su tía, á la cual se había enviado aviso, y debía llegar de un momento á otro. La tercera dama no la conocían las bañeras; llevaba allí una semana, poco más ó menos, y acostumbraba bañarse á aquella hora, sola. Daba consejos á todas, y realmente nadaba á la perfección. Lo cual ponía de manifiesto que en tal caso de nada sirve toda la ciencia natatoria del mundo. Otra opinaba que era una inglesa, testaruda tomo todas ellas.

La excitación de Ulrico crecía por segundos. Desde el primer momento le acometió la espantosa idea de que pudiese ser ella una de las dos desgraciadas! Pudo dominarla mientras estaba ocupado; pero ahora allí, ocioso, dió libre curso á sus terribles presentimientos. Todo lo que oía respecto de la tercera dama, parecía indicar á Eleonora, pues en una ocasión le dijo que era gran nadadora. Era imposible entrar bajo el cobertizo; tendría que esperar largo tiempo antes de poder proporcionarse una certidumbre, si lo conseguía. Mas para ir á su casa le bastaban diez minutos. Si estaba aún allí ó si había vuelto, todo iba bien. Si no estaba...

No pudo acabar de formular este horrible pensamiento; no quiso acabarlo, porque necesitaba todas sus fuerzas y aliento, que amenazaban abandonarle, para recorrer la playa y la calle hasta su casa. Las pocas personas que encontró á su paso contemplaban su carrera con extrañeza. Aun no conocían la catástrofe de la playa, como tampoco los grupos de bañistas, que sentados, bajo las tiendas de sus jardines, reían y charlaban. El corazón de Ulrico latía como si fuera á saltársele del pecho. Como delirante, repetía para sí siempre las mismas palabras: «¡Si estuviese en su casa! ¡Si estuviese en su casa!» Y no pasaba de allí.

Y ahora daba vuelta á la iglesia en la pequeña plazoleta en que vivía, y por fin se arrojaba á la verja del jardincillo. En el mismo momento apareció ella en el dintel de la puerta, con sombrero y abrigo, en actitud de salir á la calle. Un grito de júbilo, casi un gemido, se escapó de su pecho, al cual llevó su mano, mientras con la otra se agarraba á los yerros de la verja; pues sintió que en un instante todo daba vueltas á su alrededor, para después desaparecer de pronto en la oscuridad.

Cuando después de unos segundos recobró la vista y el sentido, estaba ella ante él, teniendo su mano en las suyas y mirándole fijamente con ojos espantados.

—¡Santo cielo! ¿qué tiene usted, qué ocurre?

Quiso contestar y no pudo. Pero tampoco fué capaz de reprimir un sollozo, ni contener dos lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—¿Qué tiene usted?—repitió angustiada mientras toda su sangre se le agolpaba al rostro.

Esto le hizo dominarse por completo. Sobreponerse.

—¡Nada, nada!—dijo conteniendo fuertemente la jadeante respiración;—era... he pasado... un susto ridículo... en la playa... ha sucedido una desgracia; yo... yo temía... usted... que usted...

—¡Ah!

Su semblante mortalmente pálido se cubrió de pronto de un

magnífico tinte rojo que subió hasta sus sienes; sus ojos fijos brillaban extrañamente. Ulrico no creía haber visto en su vida nada tan hermoso como aquel coloreado rostro con sus ojos brillantes, sobre los cuales se bajaban sus párpados de largas pestañas, mientras el rubor de sus dulces facciones iba desapareciendo, pero sin dejar lugar á la antigua palidez. También su voz había recobrado su tono normal, cuando poniendo dulcemente su mano sobre las de él, dijo:

—¡Venga usted, siéntese! ¡Aquí! ¡Y cuando esté usted en estado de hacerlo, cuénteme lo que ha sucedido!

Avanzaron por el jardín hasta la pequeña tienda, junto al macizo de reseda del rincón, en que había una mesita y unas sillas pintadas de verde. Entretanto, Ulrico había recobrado la calma para relatar la espantosa nueva, que ya debía haber llegado á oídos de ella, y de la cual había sido testigo. Y entonces hizo una rara observación: que á pesar de haber presenciado él mismo el suceso, á cada palabra que pronunciaba le iba pareciendo, algo que no le tocase de cerca, como el relato de un siniestro en una mina ó un ferrocarril que publicaran los periódicos. Notó con sorpresa que hablaba mecánicamente, y no tenía otro deseo ni pensamiento que un deseo insensato que coger su delgada y blanca mano, que apoyaba negligentemente en la mesa y llevarla á sus labios.

Mientras él hablaba, había estado ella sentada, inmóvil, casi siempre con las pestañas bajas, que ahora, cuando él terminó su relato, levantó lentamente. Sus grandes ojos estaban llenos de lágrimas.

—Le causa á usted tristeza—dijo él.

—Sí—contestó ella;—es muy triste, infinitamente triste. No es posible figurarse lo triste que es.

Con un rápido movimiento púsose en pie y dió algunos pasos en el jardín; volvióse después y quedóse de pie ante él, secándose los ojos con el pañuelo.

Él avanzó hacia ella, que volvió su pálido semblante; sus ojos estaba enrojecidos, sus labios temblorosos.

—¡Mi pobre amigo! —dijo ella en voz baja, tendiéndole la mano.

Su mano estaba helada.

—¡Dios mío!—balbució él;—si yo hubiera sabido que de este modo...

Una sonrisa dolorosa se dibujó sobre los labios de Eleonora.

—Alguna vez había de saberlo—dijo ella estrechando su mano.—¿Y qué importa por lo que á mí se refiere? ¡Pero usted, con su ardiente y tierno corazón! Es muy sombrío. Parece que se cierne un velo sobre nuestras relaciones. Habían empezado tan amistosas. ¡Ojalá hubiera usted marchado ayer!

—Pero qué raras son sus palabras—repuso Ulrico desconcertado.—Si yo me hubiera marchado y hubiese leído el suceso en los periódicos; las primeras noticias, sin indicación de nombres, y hubiese pensado lo que pensaba, lo que temía cuando corrí hacia aquí, Dios mío, me hubiera vuelto loco. Usted misma lo sabe.

Ella inclinó tristemente la cabeza.

—No, amigo mío—dijo;—eso no está bien. No se debe ser tan generoso en la simpatía; no se debe uno preocupar de la suerte de personas que pocos días antes nos eran extrañas y dentro de pocos días volverán á serlo otra vez.

—¿Usted extraña para mí?

—No es esa la palabra propia. Quise decir, cuyo destino debe desarrollarse y cumplirse tan separado del nuestro. Qué quiere usted, cosas de la vida.

Una apasionada frase agitó los labios de Ulrico, pero no la llegó á pronunciar. La señora Nilsen había aparecido en el jardín, de vuelta del pueblo, con apresuramiento desusado en su corpulenta humanidad. Había oído contar en el camino la desgracia, y volvía para decir á su señorita que, por el cielo santo, no fuera aquel día al baño.

—No iré hoy al baño, y quién sabe si volveré á ir ya más—contestó Eleonora. Y luego, volviéndose á Ulrico: y ahora, mi querido amigo, vuelva usted á casa y descanse, que buena

falta le hace. Hoy, al medio día, cuando nos veamos en casa de Otterndorf, recobrará nuestra cabeza y nuestro corazón su antigua calma. ¿Verdad?

Ulrico estrechó la mano que le tendía, y abandonó el jardín, en tanto que Eleonora y la señora Nilsen entraban en la casa.

CAPÍTULO VIII

Cuando llegó á su cuarto, arrojóse Ulrico como aniquilado en el duro y pequeño sofá, sin encontrar la calma que Eleonora le deseara. Pocos minutos después púsose otra vez en pie de un salto, y vagó con paso incierto por la habitación; sentóse después en la mesa que había delante del sofá, de codos en ella, oprimiéndose las sienes, que le martilleaban, meditando, meditando y meditando.

En el torbellino de sus pensamientos sólo había uno fijo, que así había sido siempre, y que no podía ser de otro modo: que amaba á Eleonora, que la había amado desde el primer momento sin darse cuenta. Y tampoco podía darse cuenta, porque lo que sentía era algo que nunca había sentido ni conocido, soñado á lo sumo, cuando por la tarde en otoño cabalgaba por los campos silenciosos, y arriba sobre él se cernía alguna bandada de cisnes silvestres que tendían el orgulloso vuelo hacia el Sur.

¡Nunca, nunca lo había sentido! ¡Nunca lo había conocido! Y, no obstante, aquello era su propio yo, era él mismo, el alma de su alma. Y nunca supo quién era en los largos ensueños de su vida solitaria. Y de pronto aparecía ella en su vida, que de ensueño habíase trocado en realidad, iluminándole con sus grandes ojos, sonriéndole con sus dulces labios. ¡Gran Dios, qué ciego había estado al no ver todo esto, hasta que la loca angustia de haberla perdido debía venir hoy á revelarle lo que no obstante era tan fácil de ver, como á un niño que ante nuestros ojos se esconde detrás de un árbol!

Ahora todo lo veía claro, luminoso; pero un paso más, y volvían á surgir las tinieblas, el caos. ¿Era él amado del mismo modo que amaba? ¡Imposible! ¿Quién era él para merecer tal amor? ¡Aparecer á los ojos de ella como el sér perfecto, como el objeto adorado, lo mismo que ella á los suyos! Pero siquiera, ¿le amaba ella tal como era? ¿Y podía él gozar de este amor?

Como en rápido vuelo pasaban ante él los instantes que habían estado juntos, desde el primer momento hasta la última hora. No olvidaba ninguno de sus diversos encuentros y escenas, ni un parpadeo de sus ojos, ni una sonrisa de sus labios, ni una palabra, por insignificante que fuese, de su boca. Lo relacionaba todo, unía los eslabones de la cadena. Y á pesar de todo, la cadena no quería cerrarse; al contrario, cada vez se soltaba más, cuanto más apasionadamente la quería unir, deshaciéndose en hilos impalpables que se perdían en el aire. Su mirada bondadosa, dulce, llena de su alma, su conversación íntima y cordial, su sonrisa ensoñadora. ¡Dios santo! Esto no necesitaba ninguna explicación especial. Todo esto era ella misma, que se daba tal como era, sin desconfianza. Lo mismo se habría mostrado con cualquier otro á quien hubiera considerado digno de su trato. ¡Sería un fatuo el que dedujese de todo ello una consecuencia favorable para sí propio! ¿Y no había dicho desde el primer momento, cuando adivinó lo que podía suceder, lo que debía suceder, que serían sólo dos buenos camaradas? Y el elogiarle porque no hacía frases, ¿no fué prohibirle de una vez para siempre toda galantería ó adulación indirecta? Se había separado ella por su parte una línea siquiera de este programa? Y sin embargo, ¿quién por modesto que sea no se deja galantear ó adular de la persona á quien ama y de que está seguro de ser amado?

¡No, ella no le amaba!

¡Ni tampoco quería su amor!

La señora Juana fué despertada de una confortadora siesta al lado del hogar, por la campanilla del señor barón. Cuando

entró en su cuarto, la entregó éste una carta para que la echase al correo. La señora Juana se permitió observar que la cosa no corría tanta prisa, pues aquel día no había correo ya. Pero el señor barón repitió que «¡en seguida!», con tal apremio y con expresión tan rara como nunca había visto en él; con los labios convulsos, que tan amablemente sonreían de costumbre; con ojos enrojecidos y extraviados, que otras veces miraban con tanta bondad y franqueza. No dijo nada de esto, sino que volvióse con la cabeza baja á la cocina, y llamó á Zantja, que fregoteaba una cacerola en el patio; y poco después corría Zantja con la carta por la enarenada calleja al correo.

Ulrico asomóse á la ventana para cerciorarse del cumplimiento de su orden. Cuando vió á la muchacha por la calle con la carta en la mano, respiró como si se hubiese aliviado de un gran peso; echó una mirada al rincón del sofá en que se hubiese arrojado, para llorar como un niño.

En vez de hacer esto, restregóse los ojos con la mano y empezó de nuevo á pasear por la habitación.

Ya era un hecho irrevocable. Pero todavía faltaba algo. ¿Cómo se lo diría á ella? Aquella mañana había recibido unas cartas. Cualquiera de ellas sería de Herta. Los niños estaban enfermos. O de Pasedag. La hacienda le tenía preocupado; no sabía qué hacer; el señor barón debía ya estar de vuelta. Pero ¡engañarla, engañarla de un modo tan manifiesto! ¡Mentir ante sus ojos! Eso podría hacerlo otro; él no. Preferible era una honrosa confesión. Decirla: estoy enamorado de usted, y cada momento que pasa lo estaré más si es posible. Crecerá mi pasión, que por decreto del destino es para mí un delito y para usted, desde hoy, que he sido lo bastante débil para dejarla á usted ver en el fondo de mi corazón una molestia desagradable. Pero esto no se dice; esto se escribe. Mañana. En el último momento antes de la partida. Hoy...

Hoy quiero gozar las míseras horas, las pocas horas divinas, como si no hubiese mañana. Que no pueda decir cuando

me recuerde: ¡qué cobarde! Que diga en cambio: es un hombre que sabe reir y bromear con la muerte en el alma. Y que, aun cuando yo no le ame, no es indigno de mi amor.

CAPÍTULO IX

El restaurant Otterndorf estaba aquel día poco concurrido. No llegaban huéspedes nuevos, y de los habituales sólo había una mitad. A consecuencia de ello, el Sr. Otterndorf estaba esta vez muy malhumorado, y no trataba en modo alguno de disimularlo. Por esta causa, en el restaurant iba todo manga por hombro, y los comensales dejábanse envenenar con mal condimentados guisos y vinos falsificados, ocupándose sólo de hablar sobre el siniestro de la playa. Él no tapaba la boca á nadie. ¿Y qué podían decir? Donde se enciende fuego, saltan chispas, y donde se baña la gente, alguna desgracia tiene que ocurrir. ¿Quién pone puertas al mar? Y en Norderney sucedía lo que en cualquier otra parte, como en Ostende ó Scheveningen, donde todos los años se ahogaban por lo menos media docena de personas, mientras aquí sólo se trataba de dos, pues la tercera ya se encontraba fuera de peligro. En seguida pondrían los periódicos el grito en el cielo, y luego se maravillarían de que la colonia veraniega disminuyese de año en año. A él le era igual. Estaba dispuesto á cerrar su restaurant cualquier día. Para una docena de personas no valía la pena de meterse en la cocina.

Cuando se oye discurrir de este modo á un hombre—decía Eleonora cuando Otterndorf se dirigió á otra mesa—hay que pensar que no tiene corazón dentro del pecho. En cambio, hoy me contaba mi patrón accidentalmente que hace unos años salvó, con peligro de su propia vida, á toda la tripulación de un barco varado, y que es el primero, cuando se presenta la ocasión, en prestar socorro. Pero estos hombres son como los ingleses, que antes de parecer afeminados se dan aires de bárbaros.

Y con ello demuestran—contestó Ulrico—que son bárbaros

á medias. Los griegos de Homero no se avergonzaban de llorar sin temer que su virilidad padeciese.

Hoy no quiero regañar con usted—dijo Eleonora sonriendo.—La mañana de hoy ha sido tan horriblemente triste, que me he propuesto no disgustarme el resto del día. Diga usted con franqueza si acepta usted el programa. Por otra parte, no tengo valor para hacerle una súplica, cuyo cumplimiento exigiría toda su amabilidad.

—Que yo sepa, señorita, es la primera súplica que usted me dirige, y sería poco galante desairarla á usted.

—Está bien. Quisiera, ya que estos últimos días he estado muy perezosa, hacer por fin algo para mi álbum. Y al mismo tiempo algo grande: ¡la gran duna! Nuestros paseos no han llegado nunca hasta allí, y no me atrevo á ir sola. Usted ya ha estado allí repetidas veces, y conoce el terreno perfectamente para poderme servir de guía. ¿Quiere usted?

—¿Puede usted preguntarlo?

—Bueno. ¿Cuánto tiempo necesitaremos?

—Calculando que pinte usted dos horas, seis.

—Pongamos cinco. Ahora son las cuatro.

—Entonces podremos estar de vuelta á las nueve. Es buena hora; apenas se habrá puesto el sol. Pero debemos partir en seguida.

—Pero ante todo, vaya usted á buscar su abrigo.

—Nunca lo llevo; pero está bien, siempre que usted lleve su plaid...

—Con el cual tendrá usted que cargar, naturalmente.

—Por supuesto; y con el álbum.

—Ya los tengo aquí. Tal seguridad tenía yo en usted.

—Creo que ya ha tenido usted ocasión de dar muestras más meritorias de su perspicacia.

—¿No le parece á usted que tiene usted hoy una marcada tendencia á la sátira?

—Es posible. Esta mañana me he ejercitado un tanto en el sentimentalismo. Es la reacción natural.

—¿Entonces es usted también el semibárbaro que se avergüenza de sus sentimientos?

—Acaba uno por serlo cuando, como Ovidio entre los escitas, se vive mucho tiempo entre los bárbaros.

—¿Entre los cuales, naturalmente, me he de contar yo?

—Sí, si no me da usted en seguida, pero en seguida, el plaid y la caja de pinturas.

Tomó riendo de sus manos delante de la puerta del restaurant, donde la referida conversación tenía lugar, los objetos, y echaron á andar el corto trecho que del pueblo tenían que recorrer; después pasaron por la cantina á la playa, que se extendía indefinidamente ante ellos, y que para considerar aquel día como una isla desierta, no hacían falta muchos esfuerzos de imaginación. El sol estaba aún bastante alto; aun faltaban horas para el paseo; no vieron á nadie. Y, sin embargo, era tan hermoso caminar al sol de la tarde, cuyo fuego templaba una bienhechora brisa á la orilla de las olas; por aquella playa, sobre cuya elástica arena marchaban tan cómodamente como si se tuviese alas. A veces era preciso dar un salto hacia un lado para huir de la saltadora espuma de alguna ola más impetuosa ó para salvar un arroyuelo de cristalinas aguas que corría otra vez al mar desde las numerosas lagunas que la última marea había dejado. Una vez se encontraron presos en una especie de estrecha y prolongada península, entre cuya punta y el resto de la playa corría un arroyo que no era posible saltar. Eleonora lo había previsto.

—Merece usted que yo me deje ahora llevar en brazos.

—Estoy dispuesto á cualquier expiación, incluso á una tan pesada.

—En efecto; usted ya ha experimentado lo que peso. Mas justamente por esta causa tengo compasión de usted. Así, pues, *¡retournons sur nos pas!* ¡Y cuando otra vez le dé á usted un consejo una señorita inteligente, no se entregue usted á su presunción, que es mala consejera!

Estaba alegre, satisfecha, como Ulrico no la había visto

nunca ni creía verla. Y en su alegría mostraba igual distinción de alta dama que en su seriedad. Cuando veía sus brillantes ojos, cuando paseaba su mirada por su esbelto y flexible cuerpo, cuando sus oídos escuchaban su dulce y aterciopelada voz, que alguna vez desviaba el viento ó velaba el estrépito de las olas, su voz, á que sabía dar inflexiones de alegría y de chanza, pensaba que nunca la había amado hasta entonces. ¡Si ahora viniese un buque, y los condujese lejos, muy lejos, á una isla llena de sol, de pájaros y de amor infinito! Y después vió á Zantja salir corriendo de la casa con la carta en la mano, en que daba la noticia de su salida al día siguiente; y su mano se agitaba en el aire, como si quisiese detener el curso del tiempo, que le traía su sentencia de muerte escrita por él mismo. Después dijo ella un chiste, y él contestó con otro. No; ella no debía, no podía saber lo que le pasaba. Y no lo sabía positivamente, y de seguro creía haberse equivocado cuando aquella mañana creyó leer en sus ojos la muda confesión de su amor. Eran los buenos camaradas que al principio se habían jurado ser. Mañana pensaría ella otra cosa. Pero mañana ya estaría él lejos, y no tendría que leer en su rostro el disgusto del desagradable descubrimiento.

Iban tan de prisa, que se asombraron de haber alcanzado el extremo de la playa, donde, según las experiencias de Ulrico, había que dar un rodeo para llegar al extremo de la blanca duna. Rodeo corto, pero difícil, á pesar de que Ulrico procuraba sortear las dificultades del terreno, en contra de la opinión de Eleonora, que afirmaba riendo que para ella no había ningún obstáculo invencible; y de nuevo reía cuando, habiendo impuesto su voluntad, se encontraban ante una escarpada roca, por donde trepaban penosamente hasta la mitad, mano á mano, para descender luego á una hondonada.

—Es usted un verdadero niño—decía Ulrico.—¿Cómo quiere usted luego dar una pincelada razonable si se acalora usted y se fatiga de este modo?

—Pues no pintaré hoy. El mundo no se va á empobrecer

por ello. Además, estoy convencida de que su tan alabada duna blanca no merece la pena.

—¡Cinco minutos de paciencia! Si usted no se arrepiente luego de lo que ha dicho... yo...

—¿Qué?

—Confesaré que no entiendo absolutamente de bellezas naturales. ¿No es bastante castigo?

—Más que suficiente. ¿Y si me arrepiento?

—Entonces elegiré yo una hoja de su álbum.

—Poca recompensa es para una apuesta ganada.

—Pudiera yo proponerle á usted una segunda apuesta, que también había de ganar seguramente.

—¡Cuál?

—Que haga usted y diga lo que quiera, no conseguirá arrancarme una frase. ¿Cuánto va?

—Nada. Doy gracias á Dios por haber encontrado á un hombre que no hace frases.

—Pero, ¿la primera apuesta?...

—La sostengo. Y ahora, *¡avanti, avanti!* Estoy muerta de curiosidad.

Ofrecióse entonces trepar una gran peña. Pronto llegaron al lado opuesto, y Eleonora detúvose con un ligero ¡ah! de asombro.

Debajo de ellos se extendía la pendiente de un valle dilatado, en cuyo deslumbrante suelo de blanca arena no crecía una brizna de hierba ni el menor arbusto, y cuyas crestas, más ó menos altas, recortábanse agudamente sobre el cielo; á la izquierda, la pirámide de la duna blanca, compuesta de varias plataformas, y que terminaba en un cono truncado, parecía gigantesca allí, donde faltaba término de comparación. Sobre aquella extraña imagen del desierto no se descubría en el cielo, de un azul intenso, la más pequeña nubecilla.

—Ha ganado usted—dijo Eleonora, respirando profundamente, y tendió á Ulrico la mano.—Pero esto no puede pintarse. Yo al menos.

—Ensaye usted.

—Créame usted que no puede salir nada bueno.

—Difícil me es, pero há tiempo que me tiene usted acostumbrado á creerla en todo.

—Pues entonces déjeme usted escoger un buen punto de vista.

El cual se halló pronto, un tanto á la derecha del sitio en que habían escalado la última cima, algo debajo del borde de la colina, sobre un saliente que estaba en sombra y era bastante grande para ofrecerles lugar cómodo. Una ligera prominencia de arena le sirvió á Eleonora de asiento. Ulrico había extendido el plaid, por orden de Eleonora, de modo que aún le quedaba espacio para echarse él.

—Puede usted dormirse—dijo ella;—es muy aburrido mirar cuando otra persona pinta.

—Quizá le sirva á usted de accesorio.

—A modo de león que asoma medio cuerpo sobre la cresta de la duna con ojos de fuego y erizada melena. Muy propio. ¿Qué haría usted si apareciese realmente un león?

—Me lanzaría contra él y me dejaría despedazar, para darle á usted tiempo á que huyese.

—¿Y usted cree que yo echaría á correr?

—No sé qué otro partido más prudente podría usted tomar.

—No lo haría. ¡Abandolarle á usted en ese trance!... Por lo demás, bueno es que no haya aquí ningún león para cogernos la palabra.

Registró su caja de pinturas y sacó rápidamente los utensilios necesarios.

—Bien—dijo ella.—Ya puedo empezar. Va á salir un buñuelo, le repito. Esto sólo podría pintarlo un Böcklin. ¡Pero usted se empeña! No me estorba que hable usted, ¡al contrario! Si acaso yo no contestara, piense usted que vago por los cielos del arte.

—¿Puedo mirar?

—¡Eso de ningún modo! Colóquese usted cómodo sobre el

plaid; cuanto más cómodo, más tranquila estaré yo. También puede usted levantarse é ir de aquí á allá, pero nunca detrás de mí.

Empezó á pintar. Ulrico, obedeciendo su orden, se había echado dos pies más lejos de ella, algo más abajo, apoyando el codo en el borde del plaid. Al principio siguió la conversación con cierta vivacidad. Después, acaso por haber trazado antes el contorno y llegar ahora al color, contestó sólo con monosílabos y enmudeció por fin. El también se fué quedando silencioso, y, por último, mudo como ella. Ella no lo notó, positivamente. Sus mejillas se coloreaban ligeramente, sus labios se entreabrían; mientras tanto, levantaba y bajaba las negras cejas sobre los ojos, que tan pronto miraban el modelo natural con una expresión enérgica, casi colérica, como los bajaba al papel, sobre el cual su blanca mano trazaba las líneas, ora vacilante y lenta, ora con fugaz rapidez. De vez en cuando inclinábase á buscar en la caja un nuevo color ó un pincel limpio. Él notaba durante todas estas maniobras que no le miraba, á pesar de que no hubiera tenido, puesto que él se encontraba precisamente en frente de la caja, más que levantar una línea los párpados para verle.

Prefería que no lo hiciese, pues así podía mirarla constantemente, abismarse en su contemplación. Pensó aquella mañana que nunca la había visto tan hermosa, y ahora pensaba lo mismo. Y así pensaría á la mañana siguiente, y así pensaría siempre. Cada día se le revelaba una nueva perfección, cada día iba sumergiéndose en un amor que no conocía límites. ¡Y aquel debía ser la tarde al cual no había de seguir un mañana! Nunca, nunca debía volver á ver aquella graciosa figura, aquella hermosa, espiritual cabeza. ¡Toda su inefable magnificencia debía desaparecer para él como si se la tragase la tierra!

Y ¡como vagaban sus ojos por aquel ámbito solitario, que él miraba obstinadamente como la imagen de su porvenir, cuya última esperanza había desaparecido, como todo rastro de verdura, en aquel árido desierto, y cuando veía el cielo sin

piedad, con helada indiferencia, sobre él, extraña melancolía embargaba su corazón y hubiera gemido como una bestia herida de muerte! Y luego acometíale un rabioso deseo de estrecharla contra su pecho una vez, siquiera una vez; oprimir aquellos labios contra los suyos una vez tan solo y poder, una vez siquiera, una vez nada más, decirla cuán inmensamente la amaba.

Y no podía, estaba condenado á sufrir en silencio; por esto quería grabar en su alma su imagen, tan fuertemente que pudiese recordarla en su indecible gracia y belleza, detalle por detalle, de la mañana á la noche, y verla en la hora de su muerte, y si hay otra vida, llevarse su imagen consigo á la eternidad.

—No me esté usted mirando siempre—dijo Eleonora, sin levantar los ojos del papel.

—¿Cómo puede usted saber que la miro? Desde hace media hora no se ha dignado usted dirigir sus ojos hacia mí una vez siquiera.

—No por eso dejo de sentirlo.

—No me lo había usted prohibido. Perdone usted.

—No tengo nada que perdonar. Pero usted estará deseando, como es natural, que termine cuanto antes. Y cuando siento sus miradas de usted sobre mí, me impaciento y pienso: ¡qué gusto tienes en atormentarte sin necesidad, habiendo á tu lado una persona que charlaría gustoso contigo y con quien tú charlarías gustosa. Ea, basta; ya me cansé. Fuera estos chismes.

Cogió la no muy gruesa hoja de papel por los dos extremos, con la intención manifiesta de hacerlo pedazos. Ulrico avanzó de un salto hacia ella.

—¡Por favor, por favor, no haga usted eso! Regálemelo.

—Una cosa así no se regala.

—Sin embargo, cuando se pide de todo corazón y no se es orgullosa ni terca...

Ella se echó á reir, y dejó que él tomase la hoja de sus manos.

—No me jacto de inteligente en arte—dijo Ulrico,—pero creo que es usted injusta consigo misma. ¿Qué más puede pedir un paisajista que llegar á infundir en su cuadro el estado de alma que el modelo ha despertado en él?

¿Y no ocurre aquí esto? Yo aseguro á usted que á mí me ha parecido así exactamente, así como está en el papel; tan desoladamente melancólico, tan desprovisto de toda esperanza.

Eleonora echó los chismes en la caja y se puso á mirar por cima de la espalda de Ulrico.

—Usted lo mira con ojos de poeta. Da usted rienda suelta á su fantasía.

Volvió él la cabeza y la miró á los ojos.

—¿De poeta?—dijo con voz sorda.

¡Ojalá lo fuera! Entonces encontraría modo de expresar lo mucho... lo mucho que se agita en lo más profundo de mi alma.

Y estuvo á punto de decir lo que acudía á sus labios; pero ella desde las primeras palabras había desviado los ojos, y miraba al vacío.

—¿Pues qué otra cosa me sucede á mí? ¡Cuántas veces hubiera querido ser un artista verdadero que ante su obra se olvidase á sí mismo! ¡Es tan hermoso poder olvidarse á sí mismo! A veces tengo tales momentos, pero sólo momentos. Un instante después el ensueño se desvanece, y vuelvo á ser la pobre criatura muda que balbucea incomprensiblemente, precisamente cuando sería tan hermoso poder hablar.

Bajó la cabeza sonriendo dolorosamente, y señaló al dibujo:—¿Qué es esto más que tartamudeo? Este borrón quiere ser sombra. Este primer término no se destaca del medio. Este fondo se viene sobre el primer término. El mismo contorno de las dunas está desdibujado.

—Quizá tenga usted razón—contestó Ulrico;—pero con todo, cuando después de muchos años vuelva yo á ver es-

ta hoja, recordaré esta hora con su maravilloso encanto.

Murmuró estas últimas palabras sólo para sí. Guardó después la hoja en el álbum, que cerró, y volvióse hacia ella. Eleonora había vuelto á sentarse, y apoyaba su cabeza en la mano. Él estaba en pie delante de ella, devorándola con la mirada, luchando con el último resto de su voluntad, contra el vertiginoso deseo de caer á sus pies y besar el borde de su vestido. De repente dejó caer la mano en su regazo y alzó los ojos. Ulrico se estremeció. Vió que su rostro estaba pálido, los ojos como apagados y su boca contraída dolorosamente.

—¡Dios mío! ¿Qué tiene usted?—exclamó Ulrico.

—Nada, nada—murmuró sordamente.—Esto pasará pronto. ¿Vámonos?

Levantóse, y dijo mientras doblaba el plaid y tomaba el álbum:

—¡Desgraciado! ¡Le compadezco! Va usted á tener que llevar esto. Para la vuelta seremos razonables, ¿verdad? El camino es el mismo.

—Estoy pensando que podíamos tomar otro—contestó Ulrico.—Volver por el faro. Es posible que allí encontremos un vehículo. En todo caso, allí podrá usted descansar y tomar un refresco. ¿Le parece á usted bien?

—¿Que si me parece bien? Confieso á usted que estoy horriblemente fatigada.

HAVELOCK ELLIS

CRÓNICA LITERARIA

AZORÍN Y *EL POLÍTICO*

Don José Martinez Ruiz, ó *Azorín*, ha conquistado en pocos años una reputación literaria. Los lectores asiduos de estas Crónicas, consagradas por igual á las personalidades hechas y á las personalidades nacientes de la literatura, habrán visto reflejada en ellas alguna parte de la obra de *Azorín*. Además de ser éste un escritor conocido y famoso, es un ejemplo literario interesante, un asunto. Se empezó á dar á conocer en la prensa radical, acaso por ser la más accesible á los anónimos y á los principiantes; pero bien pronto la tendencia aristocrática de su espíritu, la moderación de sus opiniones y su afición á nuestra tradición clásica, le llevaron á campos muy distintos de aquél donde hizo sus primeras armas.

Azorín tiene una personalidad: se ha hecho una manera literaria, y ha tenido algunos imitadores, aunque no de gran cuenta. Recuerdo haber visto en la portada de un librito, debajo del nombre del autor, esta designación: *de la escuela Azorín*. Probablemente, sería una deducción exagerada sacar de ahí que *Azorín* ha formado escuela. Pongamos sencillamente que ha tenido un grupito de imitadores, y nos acercaremos á la realidad.

Todo esto acusa una originalidad. En literatura, la originalidad, siendo lo menos imitable, es lo que suscita imitaciones que comúnmente toman lo accesorio por esencial. La origina-

lidad de *Azorín* no es una originalidad íntima, de ideas, sino formal y de aderezo literario: una originalidad de estilo y de composición. Hay escritores que tienen una fuerte y bravía espontaneidad; que piden á los asuntos mucho menos de lo que su espíritu les presta y comunica; que tiñen de su color personal las cosas de que tratan. De éstos es Baroja, fecundo en ideas, descuidado y desdeñoso en estilo. *Azorín* pertenece al tipo contrario. Es un espíritu objetivo, atento á la observación, blando para las impresiones, que se tiñe del matiz sentimental de los objetos circundantes y del matiz espiritual y estético de sus lecturas del momento. Le hemos visto teñido de Anatole France, de Montaigne, de Gracián. Es un gran asimilador. Mas no deduzca de ahí una interpretación maligna que es un mero imitador ó un plagiario. Su espíritu no es un simple espejo, cuya condición es reflejar las imágenes que se le ponen delante, sino un laboratorio que necesita primeras materias. Una fina sensibilidad, una aguda visión observadora, un entendimiento de cepa latina, que tiende á la claridad, á la regularidad y al orden, le permiten tomar estas primeras materias, estas intuiciones sensibles ó estos conceptos tomados de los libros—ó más bien que conceptos particulares, tal cual tono general del discurso,—absorberlos, asimilárselos y darles las formas de su fantasía y su inteligencia. Es un modelador ó alfarero de sentimientos é ideas, más que manantial de ellos. La palabra artista, que indica procedimiento y maestría de ejecución, le conviene más que la palabra poeta, donde se sobreentiende creación.

De estas dotes delicadas y sagaces de observación y de análisis ha brotado en la obra de *Azorín* un nimio y á veces primoroso detallismo. De esa disposición objetiva, de esa facultad de entregarse á las cosas, es ejemplo hasta el pseudónimo que se ha sobrepuesto á su nombre. Un personaje de sus novelas se ha apoderado de él, se ha sustituído á su personalidad. Martínez Ruiz es *Azorín*, y en cierto sentido espiritual, *Azorín* tiene más realidad que Martínez Ruiz, como *Don Qui-*

jote es más real, según Unamuno, que Miguel de Cervantes Saavedra.

Este minucioso detallismo ha dado á la labor de *Azorín* una viva impresión de objetivismo; la ha vestido de ilusión intuitiva; la ha dado el aspecto de un menudo realismo descriptivo. La literatura fabrica su remedo de realidad á fuerza de detalles bien entendidos y acertadamente dispuestos. El secreto del éxito de *Azorín* tal vez está ahí. Lo más accesible á las almas, lo que más atrae á los hombres es la visión, el espectáculo de lo sensible. A medida que las cosas se apartan de esta forma primera, van palideciendo y disolviéndose hasta quedar reducidas á abstracciones que á pocos interesan. Cuando se dice de un cuadro ó de una descripción: ¡parece que se está viendo!, se hace el supremo elogio, sale á los labios la voz del asentimiento primitivo, de aquella comunicación natural con el mundo exterior, sobre la cual han levantado el arte y el saber sus construcciones de segunda mano. Esa visión aguda y sutil de las cosas de la materia y del espíritu predispone á ser el cronista y el poeta de lo pequeño. Ese es lo que nos ha revelado *Azorín*. El alma frágil y leve de las cosas pequeñas; las vidas oscuras y monótonas; la calma de las viejas ciudades provincianas; el ignorado y soñoliento drama de las existencias vacías; los dolores que apenas salen al exterior; la nube de melancolía, que se cierne sobre las vidas que no han experimentado las sacudidas de la pasión y las angustias de la lucha, como manto de niebla sobre quieta laguna, han tenido en él un excelente intérprete. Esa tendencia á estudiar y reproducir la pequeñez se ha reflejado hasta en los epítetos, remoquetes y designaciones del autor. *Azorín* es el pequeño filósofo, el filósofo de ¡Viva la bagatela! No se crea que este mundo de lo pequeño es baladí y despreciable. De él se forma la trama de la vida. El mundo se compone de una asociación de microcosmos. Lo pequeño es el cimiento, el *substratum* y la materia prima de las grandes cosas y sucesos que cruzan como meteoros por la escena del mundo, y son con-

densaciones de esa multitud de causas y de hechos menudos de que se forman la existencia de los hombres y la historia interna de los pueblos. Para el artista, el mundo de lo pequeño es una zona extensa y poco visitada, donde un espíritu penetrante puede hallar muchas cosas exquisitas, muchas escondidas violetas, muchas tenues relaciones de causalidad y muchos matices de almas.

*
* *

Estas mismas cualidades de detallismo, de perspicacia observadora ha llevado á *Azorín* al campo de la literatura política. *Azorín*, como él mismo ha declarado, es en la política un observador, que observaba antes desde la tribuna del Congreso y observa ahora con más comodidad desde un escaño de diputado, gracias á la generosidad de un eminente estadista. No hago más que repetir, con leve variación, sus palabras. De la literatura política de *Azorín,* lo más difundido son sus crónicas parlamentarias, que acaso han contribuído á su fama más que sus libros. Los españoles hablamos mal de la política y de los políticos, pero una y otros nos interesan mucho, y por eso son objeto de nuestras murmuraciones. De lo indiferente apenas se murmura. Las crónicas parlamentarias de *Azorín* fueron una novedad en su género, por su carácter descriptivo, por su punto de vista, que era el de un estetismo atento antes que á nada al espectáculo exterior. Hasta entonces las crónicas parlamentarias habían sido reseña y juicio mejor ó peor hechos, de discursos, de doctrinas, de actos políticos. *Azorín* lo primero que vió en el Parlamento fué lo sensible, la materia descriptiva, la corteza del fenómeno, las caras y presencia de los diputados, su modo de vestir, sus gestos y actitudes habituales, el tono de su voz, la mayor ó menor facilidad de su elocución oratoria. Nos ha hablado mucho más de la calva del Sr. Morayta y de la ropa del Sr. Junoy que de las ideas y los discursos de estos señores y otros muchos. Ha sido un gran popularizador de efigies y ademanes parlamentarios. Esto ha distraído á la gente como una cinta cinema-

tográfica. Después, las crónicas de *Azorín* se han modificado algo y han ido penetrando más en los discursos y las ideas. Las primeras, las típicas, las que constituyeron una evidente novedad, son una de las más crueles sátiras, probablemente involuntaria, que se han podido hacer del sistema parlamentario en nuestro país. El hecho de que un hombre de ingenio vaya á un Parlamento, y no encuentre allí cosa más interesante que los chaquets y los bastones de los diputados, ó indica una frivolidad de *dilettante* ó declara que la vida parlamentaria tiene poquísima sustancia.

*
* *

Después de desempeñar el papel de diarista de las Cortes, *Azorín* ha escrito un libro: *El político*. Es un breve volumen que, por su disposición y forma de exponer sus sentencias, recuerda mucho el *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, sacado de las obras de Baltasar Gracián. Dudo que haya alguien que, conociendo ambos libros, no recuerde el del moralista del siglo XVII al hojear el de *Azorín*. *El Político* no está inspirado sólo en Gracián, aunque sea tan patente su semejanza con el *Oráculo Manual*. Saavedra Fajardo, D. Antonio de Guevara, concebían también el doctrinal de un estadista de un modo semejante al de *Azorín*. Sigue éste la tradición de los moralistas y escritores políticos españoles, en la forma expositivo, en el modo de concebir el asunto y aun en las ideas, si bien *Azorín* es más realista ó más sincero, y no concede mucha atención á los grandes motivos morales que solían mezclar con las consideraciones utilitarias y de prudencia aquellos escritores de una época en que hasta los libros licenciosos solían disfrazarse con alguna finalidad moral.

Azorín ha escrito una breve autocrítica de su libro. En ella dice que no es filosófico ni literario, sino algo político y algo psicológico. Señala la influencia de Maquiavelo sobre nuestros tratadistas políticos, y él mismo se declara continuador de ese estudio de habilidad y de prudencia políticas que no puede llamarse con exactitud maquiavelismo, porque existía ya en la

antigüedad, en cuyas fuentes lo bebiera el Secretario de Florencia, y porque el uso ha hecho derivar esa palabra hacia sentidos de engaño y astuta intriga. El libro de *Azorín* es como la razón práctica de la política, aplicada á casos de prudencia. Es el doctrinal del político en el trato con los hombres y en la manera de producirse en la vida. Claro es que al ser esto, deja fuera una gran parte de lo que al político atañe, pues no son la cautela, la sagacidad y la compostura exterior las únicas prendas que al político importa poseer. El entusiasmo por las ideas, las altas aspiraciones, la anticipada visión del porvenir, el conocimiento maduro del pasado y la compenetración con las necesidades y destinos de un pueblo, son las fuerzas madres de las grandes empresas políticas, aunque el excepticismo induzca á sonreirse de este ideal horizonte de la política, mirado por muchos como vivero de tópicos de una engañosa retórica de sofistas. Con todo, la zona que *Azorín* estudia, en la vasta moral del político, es muy interesante y está al presente descuidada. Los tratadistas políticos modernos atienden mucho menos que los antiguos á esta parte psicológica y moral, dejándola entregada al empirismo ó á la inspiración personal de los regidores de repúblicas, tal vez entendiendo que tales reglas de conducta dimanan de nativas cualidades y no se aprenden en los libros. La moral del político, tal como *Azorín* la expone, es una moral de segunda clase, una moral de prudencia y de habilidad en el trato humano.

Aunque breve, *El Político* es un libro muy sustancioso, un arte de discreción para uso de gobernantes, si la discreción fuera cosa que por arte y enseñanza exterior pudiera adquirirse, en vez de ser fruto de natural inspiración y de íntimas y personales lecciones de experiencia que más hondamente se graban en el alma que los doctos consejos y las sabias lecturas. *Azorín* aconseja al político que enmiende los errores en que incurra, en vez de perseverar tercamente en ellos; que no se prodigue con exceso y sepa reservarse; que cuide su vestir, buscando una sobria y severa elegancia; que sea entero ó con-

descendiente, según los casos, pues hasta el mismo gobierno de Dios se acomoda á la flaqueza humana; que penetre y conozca á los que le rodean y tenga un moderado desdén hacia el elogio; que no tema demasiado contradecirse, puesto que la mudanza de las cosas excusa y justifica las contradicciones; que se conserve sereno é impasible ante los ataques; que recuerde el capelo de Lerma, procurando conservar alguna fortuna y algunos amigos, para el posible caso de la desgracia. Le dice que ha de ser innovador dentro del orden, contando con el tiempo y huyendo de querer mudar demasiadas cosas á la vez; que no sea modesto con exceso, pues si la vanidad es el exceso por más, la modestia es el exceso por menos; que no rinda culto á las preocupaciones del honor caballeresco en punto á desafíos; que lea, bien, pocos libros, prefiriendo las memorias y autobiografías; que sepa escuchar; que huya de la tristeza y el tedio; que cubra con faz serena sus dolores íntimos; que no se empeñe demasiado con las mujeres y sepa retozarlas sin entregarse á ellas. También le advierte que ha de adivinar los valores nacientes, protegiendo á los escritores que pueden llegar á tener influencia sobre el pueblo, pues la gracia de las gentes se logra con las plumas; que huya de la abstracción y gobierne con la realidad del país mejor que con leyes extranjeras; que refrene su propia energía, reservándose y sabiendo ser generoso con el adversario, para humillarle más; que realce las circunstancias de sus discursos, haciéndoles valer, pues el orador algo tiene de actor y aun del autor dramático; que aproveche la lectura de los clásicos, imitándolos en la exactitud, en no retroceder ante un desaliño, y ayudándose de ellos para remozar el vocabulario, y poner en sus razones y dichos un dejo de buen gusto; que sepa formar juicios provisionales de los hombres, pues cada hombre es un mundo, tiene sus leyes y su lógica, y es dificilísimo juzgarle en una breve frase; que renuncie en sazón á las cosas prematuras y evite el escándalo, no arrojándose á vengar agravios con exposición de perder más; que no dude de sí, mas haga del te-

són una de sus primeras virtudes; y, finalmente, que sepa elegir el retiro, y retirarse á tiempo. Otros varios consejos y advertencias dirige *Azorín* al político; pero bastan los que he resumido breve é imperfectamente para que se pueda formar idea del contenido y el tono de este libro. Como las obras de nuestros políticos y moralistas antiguos, la de *Azorín* está ilustrada con ejemplos históricos. Algunas de las mejores páginas de *El Político*, tales las dedicadas á la carrera de D. Rodrigo Calderón (que recuerdan por su forma *El alma castellana)*, pertenecen á esta parte episódica. Y con ellas sobresalen por elocuentes los capítulos consagrados á los valores nacientes y á los hombres de mañana.

El Político está escrito en sobrio y bello estilo clásico. Cuanto en sus páginas se dice es de una absoluta claridad latina; no hay en él enigmas, ni siquiera penumbras ni claros oscuros; abundan en sus breves capítulos las frases de corte sentencioso. Es un libro para leer más que para aprender. Tiene más valor literario que práctico. Todos los adoctrinamientos de conducta y las educaciones de la voluntad son algo ilusorios. La voluntad y la inteligencia, siquiera se comuniquen, son muy distintas potencias del alma. Aquella sentencia de Ovidio, *Video meliora proboque, deteriora sequor*, proclama la dificultad de enmendar la voluntad con ordenamientos intelectuales. Aun concediendo que el político llegara á reunir todas las prendas que, según *Azorín*, deben adornarle, ¿sería un político completo? ¿Sería un pastor de pueblos ó un cacique ó una notabilidad de campanario? Le faltarían varias cualidades de sentimiento y de ideal, si no poseyera más que aquéllas. No sólo por las pragmáticas de la prudencia se rige la política, y el libro de *Azorín* es un Código ó un Manual de prudencia.

En el libro de *Azorín* se ha querido ver un retrato de don Antonio Maura, y esto ha proporcionado al libro ciertas impugnaciones. Algo hay allí que coincide con las cualidades de aquel eminente personaje, pero no todo. Mas ocurre que,

siendo el Sr. Maura el más notable de los hombres públicos españoles á la hora presente, su figura y modo de ser atraen la atención general. No es raro que *Azorín* haya pensado en él alguna vez al escribir su libro, ni lo es tampoco que las gentes, al leer el volumen, lo comparen con tan saliente ejemplar de la realidad, y busquen y aun hallen semejanzas. Mas no me parece el libro una disfrazada apología, ni mucho menos una obra dictada por la adulación.

Como la mayor parte de los otros libros de *Azorín*, éste deleita más que apasiona. Su objetivismo emana serenidad, predispone á una disposición de calma y de contemplación. Es un libro de agradable lectura, al que deberán más los que le lean buscando el honesto solaz que nos brindan el ingenio y la elocuencia que los que vayan á él como á un aula de políticos.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Bellas artes: El melodrama del porvenir.=Historia: La bandera tricolor.=Crítica: Un soneto de Arturo Pinto.=Impresiones y notas: La Academia Francesa y los grandes hombres.—La Academia Española.—Nueva novelista inglesa.

BELLAS ARTES

El melodrama del porvenir.—Antes se decía «la música del porvenir»; pero en sustancia, como dice en la *Nuova Antología* U. Fleres, se entendía el melodrama; el héroe de la batalla era un operista, y el campo el teatro de la ópera. Ricardo Wagner luchaba y triunfaba, ayudado por un rey, Luis II de Baviera, y por un emperador, Francisco Liszt, el único, fanáticos ambos de su música y resueltos á imponerla á la multitud. Hoy otro Ricardo, Strauss, aparece como nuevo Mesías, con la diferencia de que quien ahora aclama á Strauss es la multitud, y la resistencia á su imperio viene de los artistas.

Es verdad que el público actual es más culto que el de los tiempos wagnerianos, pero es más presumido también. El triunfo de Strauss es debido á ser el más típico intérprete de la exterioridad lujosa que caracteriza las tendencias artísticas modernas. No es improbable que á la victoria suceda la derrota demasiado pronto, una y otra injustas é inmoderadas. Han transcurrido treinta ó treinta y cinco años desde la lucha wagneriana, y el melodrama sigue estirándose, hinchándose, y muchos consideran esa opulenta forma de arte como un pas-

tel atrasado que no tardará en expelerse por náusea. La música debe conservarse incólume, no profanada por la obscena mezcla de la palabra, no sujeta á las necesidades del espectáculo.

Entretanto, como los teatros líricos, que así se llaman, no se resuelven todavía á cerrarse, los músicos continúan produciendo melodramas cada vez más fatigados, porque creen innovar á fuerza de añadir; y menos mal que ahora se ha puesto de moda el acto único, afirmado por el campeón del modernismo, Ricardo Strauss, que después de la triunfante *Salomé*, prepara una *Electra* del mismo tipo. Los que se obstinan en componer óperas en tres actos, muestran un valor heroico; las partituras meten miedo; el trabajo sólo del copista exige tanto tiempo como el que invertían los viejos maestros en escribir la ópera entera.

Al afirmar que la forma actual es falsa, no pretende Fleres excluir el valor de tal ó cual ópera, pues la *Jerusalem libertada*, con ser un género anacrónico, tiene altísimo valor, y sabe perfectamente que la melodía de *Casta diva*, de *Norma*, ó la de *¡Ah! non credea mirarti,* de *Sonámbula*, seguirían siendo divinas, aunque sirviesen para expresar una receta de farmacia; lo probable, sin embargo, es que Bellini no hubiera encontrado aquella inspiración leyendo una receta. Verdi agotó la forma de arte que podría llamarse drama musical; y Fleres cree monstruosa la actual, porque tras la gigantesca sacudida de Wagner, cuyas ondulaciones se sienten todavía, estamos reducidos á musiquear escenas que ya habían llegado á su íntegra expresión con sólo la palabra, como si Verdi no hubiera producido la *Traviatta*, Meyerbeer *Los Hugonotes* y Bizet *Carmen*.

¿Cómo es posible que el melodrama de hoy tenga espontaneidad ni lógica, si el músico por un lado quiere el «drama humano», es decir, la acción escénica, poco ó nada adaptada á la música, y que sólo se expresa bien en prosa llana, y por otro lo cubre todo de notas, como si se tratara de una serie de vi-

siones ultramundanas? El drama musical de Verdi era ya un esfuerzo; pero al menos, no estaba recargado de notas y de pretensiones; las escenas se seguían rápidamente, y todo se desarrollaba sin veleidades de verosimilitudes imposibles. ¿Qué hemos sustituído á aquel método? El comentario perpetuo orquestal.

La orquestación actual, si no apostilla, subraya y recalca lo que la palabra y el gesto quieren expresar. Y ahí está su vicio orgánico, porque en toda obra de arte la presencia de muchas explicaciones estropea, y su necesidad es un desastre. Ricardo Wagner descubrió el *leit-motiv*, la frase motivo, y resolvió el problema de la musicación ininterrumpida, porque en el sistema del tema-guía nunca falta materia instrumental. Pero Wagner, rigorista en teoría, se contradice genialmente en la práctica. Como el tema-guía era su invención, lo usa con pleno dominio de su hallazgo; sus secuaces destruyeron lo que había de orgánico en la concepción originaria, y así ha salido la partitura actual, que quiere ser, sin lograrlo, drama musical, por una parte, y sinfonía que absorbe las voces humanas en el haz instrumental, por otra, y que en sustancia quebranta y empasta al personaje en el batiburrillo de la orquesta.

Si salimos de la Walhalla y del templo del santo Graal, ¿qué significan esas sonoridades que circundan la palabra como los nimbos coronan las cabezas de los santos? Queremos el drama humano, y está bien; pero entonces dejemos á un lado la música extrahumana, ó recordemos, que lo humano no es lo bestial ni lo vulgar, y entonces desaparecerá la bufa antinomia del caballero oficial que canta como un héroe de leyenda; y si no, volvamos á formas más modestas, al simple acompañamiento.

Esto no es posible, porque el arte no puede volver atrás. La emancipación de los trozos desencajados es progreso; el aumento y la variedad colorística de la orquesta es progreso. Luego es indispensable la ascensión del drama común al drama sobrenatural, al melodrama en el que el entero desarrollo

de la música no constituye intolerable amaneramiento enfático, primero, disparatado luego y ridículo después. Se dirá que eso es historia antigua, pues el gran hallazgo consiste en la naturaleza del asunto. Poco á poco: el asunto no es la obra, pero su elección no es indiferente; los griegos la hacían entre los más distantes en el tiempo ó en el espacio; hoy el automóvil y el telégrafo han suprimido el espacio, y no podemos ir á Pekín á fantasear sin correr el riesgo de ser censurados de fantaseadores. El arte puede desenvolverlo todo, con tal de que lo ilumine todo con su propia luz.

Es absurdo querer obtener la fusión de las dos artes rebajando el nivel de la música, ó más bien negándole los desarrollos conseguidos progresivamente, ni tampoco dejando momificada la poesía, pretendiendo que se adapte á la música. Aquí está el nudo de la cuestión; la música del melodrama no puede ya ser un simple acompañamiento, y la poesía del melodrama no debe ser tampoco un comodín. Se ha realzado el papel de la música, y es necesario realzar el de la poesía. Hemos tenido el momento histórico del melodrama, en que el valor poético excedía con mucho al musical, y es el período clásico y neoclásico, desde la tragedia griega hasta el nacimiento de la comedia lírica contemporánea. Hemos tenido el momento en que, tras la tentativa de equilibrio de Glück y de su gran libretista Calzabigi, el valor musical excedió con mucho al poético, y esto lo vemos especialmente en dos formas opuestas: la de Verdi y la de Wagner; lo que no hemos tenido nunca es el melodrama en que el valor de un arte no sacrifique el del otro. Podrá haberlo deseado Wagner, pero no lo ha conseguido. ¿Qué importan las palabras de Isolda cuando espera á Tristán en el jardín, ó las de Tristán cuando espera á Isolda á orillas del mar, si el ansia amorosa de ella y mortal de él los expresa la orquesta con tanta energía?

Para dar á cada cual lo suyo, hay que dejarse de seducciones. Si se quiere sacar una ópera de un drama, no basta tomar de aquí y de allá unas escenas que permitan á un personaje

cantar un aria, á otro una romanza y á otro cantar una tarantela. ¿No se sabe como hacer pasar una escena en que no cabe una romanza, una serenata, un minuetto? Se recurre al *leitmotiv*, y se sale del paso. El mal está también en que cualquier versificador se cree capaz de componer ese paria de la literatura que se llama libreto, y cualquier músico se atreve con un melodrama. Si la historia del melodrama ofrece ejemplos altísimos, como el de *Don Juan*, de Mozart, es porque el elemento poético, aunque inferior en la forma, tiene valor sustancial suficiente; hace un siglo ó más, las situaciones del libro bastaban, porque la música no renunciaba á sus propias formas; pero hoy la música quiere compenetrarse con la poesía, y las situaciones son insuficientes por sí solas.

Y no es que al pretender la fusión armónica de la poesía con la música se pretenda igualar la importancia de la obra del poeta con la del músico; la entidad de la labor de ambas artes ha sido siempre desigual, y no hay razón para que cambien las cosas ni ahora ni luego; es el caso de la arquitectura y la escultura; desde la habitación ordinaria hasta el monumento conmemorativo, el consorcio de ambas artes pasa por toda la escala de las proporciones relativas, desde el absoluto dominio de la una al de la otra. El melodrama es un conjunto parangonable al de los edificios de mayor importancia, como la iglesia ó el teatro; y el fenómeno de esta compleja forma de arte, lejos de ser artificial y pasajero, es natural y duradero, como el del Partenón ó el de San Marcos.

Recogido el principio del paralelismo de las dos especies de arte, el conocimiento de las leyes arquitectónicas iluminará la figura del melodrama del porvenir. Si á un escultor se le ocurre modelar bustos y figuras, relieves altos y bajos para una casa ordinaria, hará una monstruosidad; la arquitectura parecerá miserable y la escultura inadecuada. Cuando se pone música á un drama pensado para la representación de la vida corriente, el trabajo del poeta parecerá pobre y el del músico hinchado. Pero si el arquitecto diseña un palacio, ó mejor, un

templo, el elemento decorativo escultórico se desarrolla con libertad y naturalmente; lo mismo ocurre cuando el maestro musiquea una acción que no puede expresarse íntegra en el discurso prosaico, ni se limita á la representación de la vida habitual. ¿Qué diríamos del escultor que desdeñase esculpir el friso de un templo, sólo porque el templo era arquitectónicamente bello? Poner música á un libro de positivo valor es mucho más arduo que construir trozos de música sobre escenas llenas de lugares comunes; pero eso es pereza y pusilanimidad.

En nuestros días, el mejor libreto es el más cómodo, es decir, el que mejor se presta á ejercitar los métodos de la complicación orquestal. Los músicos no siempre hacen mal en desconfiar del libreto con pretensiones literarias, porque en tal caso, si la sustancia no corresponde á la apariencia, las dificultades son tan grandes como inútiles. Pues yo, sosteniendo que la salvación del melodrama futuro está ante todo en el libreto de verdadera poesía, no pienso que baste el valor poético para que el maestro encuentre en él la inspiración fecunda. El libreto debe ser una especie de esqueleto al que se adhieran los músculos de las notas, como la escultura se adhiere á la arquitectura.

En el melodrama del porvenir la importancia de la música será superior á la poesía, porque no es sólo canto acompañado, sino plena sinfonía. Esto quiere decir que la orquesta, además de la primitiva y modesta función de sostener el canto, tiene la función descriptiva y la función expresiva; son tres funciones inseparables. Parecerá paradógico, pero no es menos verdad, que los compositores como Strauss y Debussy, que exageran la nota descriptiva, en el fondo no describen nada. El colorismo, que en ellos sustituye al color, quita claridad á las líneas y entonaciones al relieve; el personaje no se se destaca en el campo, que tiene la misma intensidad doquiera y siempre; la idea se esconde entre los pliegues y revueltas de la instrumentación, y á veces se hace adrede, para ocultar la pobreza de la inspiración.

Pero el elemento sinfónico del melodrama no debe limitarse á describir; y de ahí la función *expresiva*, en la que la orquesta es personaje y fondo, hablando de los sentimientos y de las cosas. Es este un motivo más de fracaso, porque, si empeñamos todas las fuerzas de la orquesta en decir lo que dice el canto, cuando llega el punto en que falta la palabra y la poesía calla, entonces el grito, el lamento, la risa, el sueño de la orquesta no podrá obtener su pleno efecto. Supongamos que un personaje revele á otro en una escena su terrible secreto, desarrollando en el canto un tema melódico de carácter terrible; en otra escena, lejana de la primera, se desenvuelve el sangriento suceso presagiado por la revelación en presencia del personaje confidente; es obvio que en este punto el maestro vuelva al tema terrible y haga que la orquesta desarrolle su idea melódica; entonces el personaje y el público comprenderán perfectamente lo que los otros personajes no pueden comprender aunque lo sospechen, y el efecto quedará logrado. Pero si entre las dos escenas el tema de terror, con la disculpa de ser un *leit-motiv*, se acentúa, se varía y se desarrolla en la instrumentación, ¿qué efecto expresivo podrá producir cuando llegue la segunda escena?

Hay que acabar de una vez con esa bendita historia de la música, comento de la poesía, música marginal, música de pedagogo. Sería curioso que la escultura pretendiese apostillar la arquitectura en el edificio que hubiera de adornar. La música, el arte más indefinido, no está hecha para ser explicada. ¡Fuera esa pedantería sin convicción, polvo que nos echamos en los ojos!

Siendo el melodrama del porvenir, no sólo musicable, sino musical, íntimamente musical, no será un drama musiqueado; será una obra en que la poesía, no pudiendo decirlo todo, recurre á la música para satisfacer esa necesidad y llenar ese vacío. Nada, pues, de reducciones ni de medios términos; poesía libre, pero con horizontes á que no alcanzan sus alas; música libre, pero que para serlo, deje de comentar, abandone el

campo en que la palabra basta, despliegue el vuelo de la sinfonía, como no ha podido hacerlo hasta aquí, lanzándose hacia aquellos horizontes que la poesía le hace entrever.

No se confunda, pues, el progreso artístico con el progreso técnico; no se crea que la deficiencia de la inspiración, poética ó musical, pueda hallar compensación en las extravagancias, en las novedades hechas por mera antítesis, en las complicaciones; así se llega á disfrazar de gigante á un enano, pero nada más. Si todo lo dicho es verdad, el advenimiento del melodrama del porvenir está próximo, y no tardaremos en oir su magnífica representación con menor fatiga de oído y de pensamiento, como los autores mismos lo construirán con menor fatiga y sin esfuerzos extraños al arte, sin andar rebuscando medios y recursos para justificar la presencia de la música donde menos se siente su necesidad, donde la simple palabra basta para expresarlo todo. Podrá ser esto una ilusión; pero lo que no es ilusión es que el público está ya harto del melodrama que no es carne ni pescado; que anda tras de todo cuanto aparece en cualquier parte, con la esperanza de encontrar algo menos sofístico que le satisfaga; y que de los concursos abiertos para obtener un melodrama y hasta un simple libreto, no se obtienen más que los mezquinos resultados que todos conocemos, por falta de un criterio, fundamento de un concepto racional y práctico de lo que debe ser el melodrama y de la relación en que deben hallarse dentro del mismo los dos elementos que le integran, la poesía y la música.

HISTORIA

La bandera tricolor.—Sabido es que el conde de Chambord rechazó el trono que le ofrecían en 1873, por no querer aceptar la bandera tricolor. Era un hombre de conciencia, un espíritu recto. Su antecesor, Enrique IV, que no tuvo inconveniente en hacerse católico abandonando á los hugonotes, porque «París bien valía una misa», se hubiera seguramente reído

de los escrúpulos de su descendiente. Aquél era un político, y éste un hombre honrado; aquél se sentó al fin en el trono de Francia, gracias á lo ancho de su manga, y éste murió fuera de su patria sin ostentar otro título que el de conde de Chambord. ¿Quién sabe las consecuencias que hubiera tenido para Francia y para Europa entera que el representante del legitimismo no se hubiera parado en esa cuestión de colores? Lo cierto es que la historia reconocerá siempre que el que hubiera sido Enrique V procedió, al obrar como lo hizo, caballerosamente, mientras que Enrique IV vendió su conciencia y sus convicciones.

Pero lo gracioso del caso es que, según demuestra Alfredo Pereire en *La Revue*, el empeño del conde de Chambord por la bandera blanca, así como la adopción de la bandera tricolor por la República, el Imperio y los Orleans, arranca de un prejuicio totalmente equivocado.

Antes de 1789 no había en Francia bandera nacional; cada regimiento tenía la suya. Gustavo Desjardins, autor de las *Recherches sur les drapeaux français* (París, 1874) declara que entre los 178 tipos diferentes de pabellones, banderas y estandartes del ejército y de la marina, le fué imposible reconocer, ni siquiera descubrir, las huellas de una bandera nacional. Existía, en cambio, una *bandera de Francia*, y más tarde *los colores del Rey* cuya permanencia es notable. La bandera de Francia era azul, y en su fondo aparecían, pintadas ó bordadas, tres flores de lis ó multitud de flores de la misma clase; esta bandera, muy usada hasta Enrique IV, cayó en desuso después de la muerte de Luis XIV. Sólo quedan los *colores del Rey*, y estos colores son *azul, blanco* y *rojo*. Su reunión constituía la librea palaciega, y del escudo pasaron á los vestidos y á los estandartes. Desde 1549, al advenimiento de Enrique II, las insignias del Rey son tricolores. En los manuscritos de Carlos V se pueden ver miniaturas rodeadas de una orla tricolor. Las imágenes de San Luis son tricolores, como puede verse en el libro de *Horas* de Luis XIV, conservado en la Biblio-

teca nacional. En las cuentas de Juan de Berry, sobrino de Carlos V, se lee la siguiente mención de lo que necesitaba para un estandarte: «Para hacerlos se tomaban once piezas y media de cendal terliz, tanto bermejo como blanco y azul.»

Los Borbones usan la misma librea que los Valois. Pedro I, duque de Borbón, hace pintar á San Luis en Breis y sobre una pared entre rombos encuadrados de rojo, blanco y azul, las armas de su divisa. Hecho más curioso todavía: la bandera de Enrique IV era tricolor, con bandas verticales rojas, blancas y azules; las damas afectas á las princesas de la sangre que no llevaban trajes de librea, tenían por lo menos un lazo tricolor. Hasta la *Chauson de Roland* habla de *gunfanuns blancs e vermeilz e blois.*

Luego si los franceses tenían ya en tiempo de Carlomagno «gonfalones blancos, bermejos y azules»; si la guardia real estaba vestida de tricolor; si la bandera de Enrique IV estaba formada por esos mismos colores; si la señora de Gourbillón, lectora de la hermana del Rey, mujer del conde de Provenza, llevaba á principios del reinado de Luis XVI el lazo tricolor de que antes hablamos, ¿puede decirse que el tricolor data de las famosas jornadas de Julio de 1789? El 14 de Julio de 1789, según cuenta Bouillé en sus *Drapeaux français*, cuando el pueblo tomó la Bastilla, los 32 granaderos suizos que la defendían tenían una bandera desde 1782, que era tricolor, formada por dos franjas blancas alternando con una azul y una roja, con las armas de Francia y de Navarra, y en el centro de la cruz la divisa *Pro rege et patria*. De modo que los defensores mismos de la Bastilla llevaban, hacía años, la bandera que hizo suya la Revolución.

Sin embargo, si el tricolor existía como emblema de la casa reinante, Francia no tenía colores nacionales. Necesitaba un signo de inteligencia, y Camilo Desmoulins propuso el verde, «color de la esperanza»; el verde se rechazó por ser el color del conde de Artois; y notemos de paso que ese color impopular se hizo poco después el color imperial, y Napoleón hubiera

adoptado el estandarte verde si no hubiera estado convencido del cariño de Francia á la bandera tricolor; se optó entonces por el azul y el rojo, colores de la ciudad de París, y en seguida se pasó al tricolor. Sabido es cómo Luis XVI mismo, el 17 de Julio, por movimiento espontáneo, creó la escarapela tricolor, al entregarle Bailly las llaves de París; el Rey colocó sobre su escarapela blanca la azul y roja que Bailly le tendía, y así quedó consagrada la enseña tricolor, que se vendió por las calles al grito de «la escarapela real y de la libertad».

La escarapela tricolor fué obligatoria al principio de la Revolución, como signo de civismo. La bandera no lo fué hasta el primer pradial del año II, disponiendo la Convención que los colores se colocaran: el azul junto al astil, el blanco en medio y el rojo flotando al aire. Antes se disponían los colores sin método, como se ve en las banderas de Chartres y de Portou, en el gonfalón de Carlomagno, en el estandarte de Enrique IV y en el pabellón de Luis XIV, todos tricolores.

Antes de la Revolución, el blanco fué el color de los sediciosos, de los caboches, de los protestantes y Armanacs ú Orleans; desde 1554 fué el color del mando, el color *coronel*. Napoleón mismo hizo flotar sobre los palacios imperiales una bandera blanca con un águila en el centro con fina orla azul y roja; Luis Felipe y Napoleón III permanecieron fieles á la bandera blanca como insignia de mando; el mariscal de Saint-Arnaud, comandante en jefe del ejército de Oriente, tenía en 1854 una blanca.

En 1814, Luis XVIII regresó á Francia, y se encontró con que ya Talleyrand, jefe del Gobierno provisional, había enarbolado la bandera blanca por una equivocación. En efecto: Enrique Housaye, un oficial inglés, fué herido en la batalla de la Rotthiere por un cosaco, y para evitar confusiones, se dispuso que las tropas aliadas llevaran un brazal blanco que sirviera para reconocerse entre tan diversos uniformes rusos, austriacos, ingleses y prusianos; al entrar en París, los realistas,

viendo á sus protectores con aquel brazal, lo tomaron por enseña y lo adoptaron; Luis XVIII dispuso el 12 de Mayo que cada regimiento llevara una bandera con fondo blanco, que las águilas y las «N» se sustituyera en los equipos con flores de lis, y que el verde de los cornetas y tambores con galones dorados se reemplazara con el azul del rey, para el traje; con galones blancos y escarlata, de la librea de la casa reinante. Así la Restauración volvió á sus antiguos colores triples, y el rey trocaba su bandera de mando en bandera nacional, haciendo de ella el emblema de la Monarquía.

Los errores siguieron á los errores. Carlos X siguió con la bandera de Luis XVIII; pero Luis Felipe, al apoderarse del trono en 1830, por oposición á la casa de Borbón, adoptó la bandera tricolor; á su muerte, el conde de Chambord, que estaba á punto de reconciliarse con la familia de Orleans y de fusionarse con ella para oponer á la segunda República una Monarquía poderosa, se empeñó en volver á la bandera blanca de Luis XVIII, que consideró como la de Enrique IV, Luis XIV y Luis XVI, y rechazó obstinadamente la bandera tricolor «de los colores del rey». Aquella negativa fué la que por tres veces, en 1850, en 1857 y en 1873, retardó la fusión de las dos casas, imposibilitando la restauración de la Monarquía.

CRÍTICA

Un soneto de Arturo Pinto.—Arturo Pinto es un poeta americano que escribe, con el título de *La dama inefable*, tres sonetos en la elegante revista bonaerense *Nosotros*. No vamos á estudiar los tres sonetos, pues sería tarea demasiado larga. Bástenos con el primero, que dice así:

... Hubo en la sabia unión de nuestras bocas
un añejo sabor de golosina
familiar. Y aquellas reyertas locas
tuvieron siempre la misma divina

finalidad: un beso que redime
de lejanos dolores y compendia
el secreto afán que el dolor reprime
y la frase que el corazón incendia.

No sé cuánto tiempo, gentil señora,
gozamos de la vida así. Mas una
de esas tardes que el sol apenas dora

y en que el reir al suspirar se aduna,
hubo tanta pasión en mi alma, que
extinguióse como una rosa thé.

Los dos primeros versos son intachables, y ellos fueron los que nos obligaron á seguir leyendo el resto de la poesía:

... Hubo en la sabia unión de nuestras bocas
un añejo sabor de golosina

¿No es verdad que son deliciosos? Podría discutirse el epíteto de *sabia,* pues realmente no se acierta uno á explicar por qué la unión de dos bocas ha de ser *sabia,* en lugar de *dulce, grata* ú otra cosa semejante que cuadrara mejor á lo calificado; pero, como no tenemos antecedentes de la cosa, es posible que, en el caso concreto de que el poeta quiere hablar, no esté mal *sabia.* De todos modos, no hemos de reñir por tan pequeña cosa, cuando el autor nos obsequia con una pintura que nos permite saborear el jugoso recuerdo de una golosina con la que se hace la boca agua. Digo y repito que esos dos primeros versos podía firmarlos sin inconveniente Campoamor ó Núñez de Arce, y que parecen arrancados de una silva campoamorina.

Pero tras estos dos versos vienen los demás, y ¡pataplum! ¡Nuestro gozo en un pozo! Cuando nos estábamos saboreando con aquella golosina sin adjetivos, tropezamos en el tercer verso con aquel *familiar,* «un añejo sabor de golosina familiar» que nos quita todo el gusto; se nos vienen á la memoria las rosquillas del santo, los alfeñiques, las obleas, el caca-niño y

todas las demás porquerías que forman el catálago de las golosinas familiares, y donde pensábamos hallar el néctar de los dioses, la ambrosía de los inmortales y todas esas delicias paradisíacas con que puede hacer soñar aquel «añejo sabor de golosina» despertado por «la unión de nuestras bocas», no encentramos más que un alfeñique que chupar ó mucho que roer, una vulgaridad en suma. ¿Qué falta hacía ese familiar, señor Pinto, si la golosina sin adjetivos era mil veces más expresiva, y tenía el encanto de lo vago, de lo indeciso, de lo que cada cual quisiera soñar como más delicioso? Hacía falta, sí, para destruir el encanto de los dos primeros versos, y para dar al autor el gustazo de colocar un *enjambement* de todo punto innecesario, pero que, por lo visto, forma parte esencial de la novísima técnica lírica.

Perpetrado este primer atentado, ya todo el soneto marcha por el derrumbadero de la poética decadente, que, huyendo del atildado y gracioso amaneramiento de la poética clásica, da en otro amaneramiento que nada tiene de gracioso ni de atildado. Léanlos, verso por verso, todos los que siguen, y díganme si eso suena á verso, ni á poesía, ni á nada que signifique ritmo, cadencia, armonía. Unos nos parecen cortos, y otros nos parecen largos; se nos hace increíble que tengan la misma medida; contamos por los dedos para asegurarnos, y todos tienen once sílabas; y nos pasa lo que al maestro Ferreras, cuando sentía mucho calor ó mucho frío, con los termómetros: que no podía convencerse de que la temperatura fuera la marcada por el instrumento. Nosotros contamos una y otra vez, y ¡nada!; nos parece siempre que nos han escamoteado alguna cosa. ¿Cómo demonios se arreglarán estos señores para destrozar así la métrica castellana, dándonos endecasílabos que suenan á versos de diez ó de doce sílabas? ¿Qué oído será el suyo para no percibir que esos renglones en línea no forman versos, aunque los midan con instrumentos de precisión para que tengan la misma longitud?

Pero no es sólo la mala distribución de los acentos, que des-

truye toda la armonía, convirtiendo en deslabazada prosa lo que quiere ser sonora poesía, el defecto de este soneto y de todos sus similares. Es que, sobre complacerse estos señores en destrozar cuanto puede constituir halago del oído, ritmo, cesura, compás, música, poesía, en cuanto al material sonoro del verso, se complacen también en despojar á ese mismo verso de todo fondo poético, apelando á todos los medios para degradarlo y envilecerlo. Muchos de nuestros poetas, antiguos y modernos, han incurrido en el pecado de sacrificar el fondo á la forma, dándonos poesías hueras en que sólo quedaba la música del acompañamiento, pero sin voz cantante; acordes magníficos, pero sin aplicación; otros, por lo contrario, nos han dejado poesías de rico fondo intelectual; pero sin atavíos poéticos, prosa rimada, como muchas de las fábulas de Iriarte. En uno y otro caso, por mucho que lamentáramos el divorcio del fondo y de la forma, quedaba algo siempre: la belleza de la forma ó la bondad del fondo, exquisiteces de acompañamiento ó aciertos de *leit-moho,* goce del oído ó goce de la inteligencia. Pero en estos aspirantes á versificadores de ahora no queda nada, ni fondo ni forma.

El material no puede ser más prosaico, en el sentido de más ramplón; no hay palabras escogidas, ni giros delicados, ni imágenes seductoras; si se habla de «un añejo sabor de golosina», viene detrás un *familiar* á quitar á esa golosina todo gusto poético; todo lo más se llega á emplear un *aduna* exigido por la rima, y pintar una tarde nublada como «una de esas tardes que el sol apenas dora», tímida pincelada que nos permite ver al sol entre celajes, pugnando por iluminar la escena, sin conseguirlo. Pero al lado de este pequeño acierto descriptivo, ¡cuántos desaciertos!, ¡cuánta ramplonería! Prescíndase de los cortes exigidos por la métrica á cada once sílabas; pónganse las catorce líneas del pseudo-soneto seguidas como si fueran prosa, y véase el efecto:

«Hubo en la sabia unión de nuestras bocas un añejo sabor de golosina familiar. Y aquellas reyertas locas tuvieron siem-

pre la misma divina finalidad: un beso que redime de lejanos dolores y compendia el secreto afán que el rubor reprime y la frase que el corazón incendia. No sé cuánto tiempo, gentil señora, gozamos de la vida así. Mas una de esas tardes que el sol apenas dora y en que el reir al suspirar se aduna, hubo tanta pasión en mi alma, que extinguióse como una rosa thé.»

¿No es verdad que ni como prosa aceptable puede pasar semejante quisicosa? El efecto del *finalidad* con el *familiar*, constituyendo una reincidencia de *enjambement* en asonancia, es desastroso; la repetición del *hubo* revela una pobreza de recursos que raya en la miseria. No hay, en suma, en los materiales escogidos para la expresión del pensamiento, ni mármoles ni bronces, ni menos pedrería preciosa: cascote y ladrillos viejos y algún remiendo de estuco y de cemento armado.

¿Y el pensamiento mismo? ¿Qué es lo que, en definitiva, encierran esos catorce renglones? Analicémoslos y lo veremos. Dice Pinto primero, que hubo un añejo sabor de golosina familiar en la sabia unión de su boca con la de la dama inefable, que debió ser una duquesa, puesto que en otro soneto habla de su pecho ducal (1), y no sabemos que tengan pechos ducales más

(1) Este «pecho ducal» me escama, pues no creo que en la Argentina abunden las duquesas, y menos las duquesas besuqueadoras. Me huele á algo semejante á un *venal* de cierto profesor, que me decía ante varios amigos:—Sí, señor; yo me he hecho canalejista, aunque bien sé que Canalejas tiene mucho de *venal*, como las mujeres, y á él mismo se lo he dicho. —¡Cómo! ¿Usted ha dicho á Canalejas que es *venal?*—Sí, señor; ¡ya lo creo! —¿Y no le ha dado á usted un puntapié?—¡Quiá! Se reía, y nada más; ¿qué tiene eso de particular? ¿No sabe todo el mundo que fué republicano, y luego estuvo con Martos, y luego con Polavieja, y luego con Sagasta? ¿Se puede ser más *venal?*—¡Ya! ¿De modo que para usted *venal* quiere decir un hombre que tiene *venas*, que hoy le da la *vena* por una cosa y mañana por otra?—¡Pues naturalmente!—Pues amigo mío, está usted en un error; decir de una mujer que es *venal*, es llamarla ramera; llamar á un hombre *venal*, es dirigirle un insulto; *venal* nada tiene que ver con *vena*, sino con *vender;* el que se vende es *venal;* conque vea usted cómo trata usted á su jefe.

que las duquesas, ni creemos que esos pechos ducales sean de pasta especial; y tras ese sabor de golosina, nos explica el efecto de aquellas reyertas «locas», dejándonos sumidos en la mayor confusión, pues no podíamos imaginar que las uniones de las bocas pudieran calificarse de reyertas, á menos de que se unieran para morderse; como no se unían para esto, sino para darse besos, no viene á cuento hablar de reyertas, y pudo echar mano de otro nombre cualquiera, «caricias», por ejemplo, para agregarle al ripio de *locas* exigido por la rima.

El hecho es que «aquellas reyertas locas tuvieron siempre la misma divina finalidad: un beso». ¡Bueno! Eso es cosa corriente; se riñe para luego hacer las paces; pero crea el Sr. Pinto que no es lo mismo *fin* que *finalidad;* sus reyertas terminaban en un beso, ¿no es así? Pues eso se expresa con la palabra *fin*. *Finalidad* supone objeto, propósito, y no es de suponer que hubiera premeditación en las reyertas. Pero vamos á ver lo que era aquel beso; para el autor, el beso en que paraban las reyertas locas le redimía de «lejanos dolores». ¿Y por qué de lejanos? ¿No estaría mejor de «recientes», puesto que antes del beso había habido una reyerta? Ese beso, además de redentor, es un compendio ó epítome de otras dos cosas: «El secreto afán que el rubor reprime y la frase que el corazón incendia.» Compendio de un afán y de una frase: un afán que reprime el rubor y una frase que incendia el corazón. ¡Vaya por la frase incendiaria! ¿De quién era la frase, de la duquesa ó de Pinto? ¿Quién incendiaba á quién? Siempre sería Pinto el incendiario, ¡picarón!, y de seguro que se valía de algún verso suyo, para incendiarse primero él é incendiar después el corazón de la duquesa. ¡Estos poetas son así: hacen frases incendiarias!, y ¡cualquiera las apaga luego! Pero más que el del incendio, me intriga el otro compendio (y cayó en aleluya), el del afán: un beso, compendio del afán que reprime el rubor: este compendio no lo entiendo, digo, no lo entiendo (se me va la lengua con estos poetas modernistas). ¿Qué afán es ese? Si fuera un afán *revela-*

do por el rubor, me lo explicaría; pero un afán *reprimido* por el rubor, no lo entiendo.

Dejemos esos afanes, no sea que nos ruboricemos, y sigamos: «No sé cuánto tiempo, gentil señora, gozamos de la vida así.» ¡Así! ¡Así! ¡Qué poesía! ¡Qué riqueza de expresión! ¡Qué encanto de lenguaje! ¡Así! «No sé cuánto tiempo gozamos de la vida así», á mordiscos, á reyertas y á besos. «Mas una de esas tardes que el sol apenas dora...» ¡Ay! ¡Respiremos en este pequeño oasis!, «y en que el reir al suspirar se aduna...» ¡Ay! ¡Ya vuelven las dunas!, «hubo tanta pasión en mi alma, que extinguióse como una rosa thé». ¡Pum! ¡Un soponcio! ¡Agua, para esta infeliz que se ha incendiado con sus frases! ¡Agua, para extinguir esa extinción de esa rosa-thé-Pinto! ¡Agua, para la duquesa, que debe haberse extinguido también como... ¿Cómo? Como... Que la extinga Pinto como quiera, pues yo estoy poco fuerte en extinciones de rosas-thé y rosas no thé (con *h,* cajistas, con *h,* que hablamos en castellano).

Guasas aparte, vamos con ese *que* final de verso, rimado con *thé*, que corre parejas con aquella otra famosa *y* final de la memotombada de Rubén Darío que criticamos en otra ocasión. Estos finales parecen ser el *dernier cri* de la moda poética, el *clou* del verso modernista, y es preciso demostrar á los Simeón, Rubén, Pinto, Chocano y demás cultivadores del género, que no es lícito el empleo que hacen de tales palabras. Yo no soy ni he sido nunca esclavo de las reglas, ni las reglas merecen mi respeto por ser reglas; pero cuando las reglas son la expresión de algo real y positivo, permanente y racional, entonces las acato y procuro ajustarme á ellas, y las defiendo y lucho con el entusiasmo del convencido, por su cumplimiento, contra cuantos las infringen por ignorancia, por afán de notoriedad, por panurguismo, por filoneísmo, que no es menos censurable en ocasiones que el misoneísmo, ó por cualquier otro motivo.

¿De dónde saca el Sr. Pinto que la conjunción *que* puede rimar con *thé* ó con cualquiera otra palabra terminada en *é*?

¿Es que no saben distinguir los de la nueva escuela entre una *é* con acento y una *e* sin él? ¿Se les ocurriría rimar *monte* con *quinqué*, *catre* con *café*? Pues exactamente lo mismo es rimar *que* con *thé*. Ese *que* conjuntivo tiene un valor fónico enteramente distinto del de *thé*, y la rima aconsonantada del soneto exige que el valor fónico de los elementos rimados sea idéntico. Hasta tal punto es esto así, que dos palabras exactamente iguales, como *porque* y *porqué*, no pueden rimar entre sí. ¿Se quiere la prueba? Pues yo puedo decir perfectamente:

Cuando en una poesía
un verso no suena bien,
debe rechazarse porque...
porque... bien sé yo por qué;

y ahí tienen ustedes un *porque* en un verso impar, sin aconsonantar, ni siquiera asonantar, con el *por qué* del verso siguiente. Sólo violentando las cosas se podría poner *porque* en fin de versos con rima en «*é*», cambiando su estructura y dándole una pronunciación que no tiene. Pues eso mismo sucede con el *que* del Sr. Pinto: ese *que* podría rimar con *te*, *me*, *le*, etc., con monosílabos inacentuados ó enclíticos de su mismo tipo en algunas poesías burlescas; pero no con monosílabos acentuados del tipo de *thé, dé, qué, vé,* etc., ni aun en ese género. Así, podría decirse (todo *puede* decirse en este mundo) en tono de zumba, combinando estos monosílabos con trozos iniciales átonos de palabras polisílabas, para que se vea mejor su valor, y poniendo á continuación otros monosílabos acentuados, combinados con trozos iniciales tónicos de otras palabras:

Cuando yo te digo que
cojas tus versos y te
los guardes y nunca se
los leas á nadie, ve-
rás que éste es un buen conse-
jo, etc.

Aun en este caso, la rima de tales monosílabos sólo puede hacerse en versos pareados ó monorrímicos, pues si hubieran de rimar alternando con otros versos, habría que estimarlos como enclíticos, uniéndolos á la palabra anterior y rimando luego con lo que resultara de esta unión. Así, por ejemplo, yo podría decir (siempre en estilo jocoso, pues de otro modo son inadmisibles esas muletas monosílabas):

> Cuando yo te aseguro, Arturo Pinto,
> que tus versos no son ni han sido *lo que*
> acaso te imaginas, hecho un quinto,
> no creas que al hacerlo me equi*voque*.

Ahí tiene el autor del soneto la demostración cumplida del valor de *que: lo que* rima con *equivoque;* pero jamás podría rimar con *equivoqué,* como *que* no puede rimar con *thé* ni con *café*.

Créame el Sr. Pinto: no se devane los sesos en buscar novedades ni en seguir á quienes se dedican á tarea tan poco recomendable. Las novedades no se buscan; aparecen por sí solas cuando tienen razón de ser. El Sr. Pinto, con sólo los dos primeros versos de su soneto, demuestra que tiene talento, oído y gusto: reconstruya los versos restantes por el patrón de los dos primeros; escriba luego siempre por ese patrón, y todos tendremos la satisfacción de aplaudirle, como hoy tengo yo el sentimiento de censurarle.

IMPRESIONES Y NOTAS

La Academia Francesa y los grandes hombres.—En la *Revue Hebdomadaire* encontramos unas notas curiosas sobre las relaciones de la Academia Francesa con Víctor Hugo y con Balzac.

Víctor Hugo necesitó cuatro tentativas para lograr entrar en la Academia; era el jefe del romanticismo triunfante, y la

Academia se resistía á abrirle las puertas. La primera vez luchó contra Mignet, y la señora de Girardin escribió dando cuenta del fracaso: «El gran escándalo de la semana es la preferencia dada por la Academia á Mignet sobre Víctor Hugo; Mignet tiene talento, sin duda, pero Víctor Hugo es un genio; los académicos se ocupan poco del aspirante, sólo se cuidan de las conveniencias.»

La segunda vez, en 1836, también fué rechazada su candidatura, venciéndole el periodista Dupaty. Por tercera vez volvió á presentarse contra Flourens y Berryer, siendo elegido Flourens, por lo que Alfonso Karr exclamó: «Señor Hugo, señor Hugo, ¿es vuestro reino de este mundo? Firme en su propósito —¡debilidades de grande hombre!—insistió por cuarta vez, luchando con el vaudevillista Ancelot, y al pedir su voto á Dupin, éste le dijo: «Hay dos Academias, una chica y otra grande; la grande está en favor de usted; en cuanto á mí, nunca digo por quién voto.»—«¡Cuidado!, contestó Víctor Hugo, que me lo acaba usted de decir.» Sólo á la quinta vez logró entrar en la Academia, y para eso por 17 votos contra 15.

El gran Balzac tuvo todavía peor suerte. Presentó su candidatura, y no tenía ni siquiera un voto. Paseando por la calle de Saint-Honoré, vió á Víctor Hugo que pasaba en coche; Balzac corrió hacia él, y le dijo:—Maestro, iba á verle á usted.—Le llevo en el coche, suba usted.—Presento mi candidatura para la Academia, y me atrevo á contar con su voto.—¡Muy bien hecho! Cuente usted conmigo.—Víctor Hugo llega á la sesión cuando se estaba discutiendo la candidatura de Vatout (¿quién sabe hoy quién es Vatout?); el académico Pongerville (¿quién sabe hoy quién es Pongerville?) estaba á su lado y escribía el nombre de Vatout en su papeleta.—Ruego á usted, le dijo Víctor Hugo al oído, que escriba «Balzac». Pongerville escribió «Balzac»; pero luego, á punto de votar, vacila, con una papeleta en cada mano, sin saber por quién decidirse. ¿Balzac ó Vatout? Víctor Hugo le dió un golpe en la mano que tenía el nombre de Vatout, y la papeleta cayó en el suelo; sólo así se

decidió Pongerville á echar en la urna el nombre de Balzac. Y gracias á esto, el autor de *La comedia humana* tuvo dos votos para la Academia.

*
* *

La Academia Española.—¡Y va de Academias! En la *Nuova rassegna di letterature moderne* de Florencia tropezamos con un artículo de José Sánchez Rojas sobre la Academia Española, que no tiene desperdicio.

Dice el autor—un español de enjundia, descendiente de aquel famoso secretario de las Cortes Constituyentes de la Revolución, D. Julián Sánchez Ruano—que cuando lee en cualquier revista italiana alguna reseña de las sesiones de la Academia Española, viendo entre líneas la idea de que la Academia refleja el movimiento literario español, no puede contener la risa, y no dice la indignación, porque la reserva para cosas de mayor importancia. El cargo de académico, añade, es cosa que se encomienda en España «á todo buen señor que es rico, que se encuentra satisfecho con el estado de las cosas, que ha sido ministro ó que es marqués; si además de eso, escribe malos versos, tanto mejor; si luego, en sus discursos parlamentarios ó políticos, hace retórica vana, la elección está asegurada.

Habla luego de la protesta formulada el año anterior por los intelectuales españoles contra la candidatura de D. Alejandro Pidal, enfrente de la de D. Marcelino Menéndez Pelayo, para la presidencia de la Academia, y dice que después de haberla firmado él también, se arrepintió de haberlo hecho. «Pidal tiene coche y caballos, recibe pingües estipendios de todas partes, puede endosar un vistoso uniforme civil, tiene una voz extensa, no tiene mucho talento y tiene una hermosa barba blanca; Menéndez Pelayo, en cambio, sabe mucho, tiene la barba algo descuidada, no hace caso de su cargo de senador, acaso no es galante con las señoras, y el sastre no sabe cortarle un buen traje para las ocasiones solemnes.»

*
* *

Nueva novelista inglesa.—En 1905 era totalmente desconocido del público el nombre de la baronesa Orczy, cuando apareció bajo su nombre la novela *The scarlet Pimpernel* (La pimpinela roja). El éxito fué tal, que ha pasado ya la venta de 225.000 ejemplares; acomodada al teatro, ha obtenido otro exitazo de más de 600 representaciones y ha abierto á su autora de par en par las puertas de la fama, haciéndola rivalizar con Conan Doyle y Hall Caine. En 1906 publicó *Un hijo del pueblo, Amada de los dioses* y *El ovillo enredado;* en 1907, *Los candelabros del Emperador,* y en 1898, *Ya me las pagarás* y *Hermoso brocado*, todas con éxito envidiable.

La baronesa Orczy cultiva el género histórico, que afortunadamente tiene todavía numerosos partidarios en Inglaterra; la señora Braddon con *Ismael*, Shortouse con *Juan Inglesant*, Stanley Weyman con *El gentilhombre de Francia*, y muchos otros con diversas obras, han encontrado el filón de la fortuna y de la gloria en esa mina inagotable, cuya explotación, bien dirigida, á lo Walter Scott y aun á lo Dumas, tantos recursos ofrece á la fantasía y á la erudición. Las novelas de la Orczy apasionan, como dice Carlos Simond, porque sabe elegir épocas tormentosas y dramáticas y posee el arte de narrarlas sosteniendo el interés.

La amapola roja pasa en 1792, en plena tormenta revolucionaria, siendo su continuación *Ya me las pagarás*, que se desenvuelve en 1793, durante el Terror. *Amada de los dioses* es la historia patética de una raza egipcia desaparecida. *Un hijo delpueblo* es un idilio en que se desarrolla el conflicto entre el amor y la ambición, encarnados en el sufrido pueblo de Hungría y en los altaneros Maggiares. *El ovillo enredado* es una serie de cuadros de la pintoresca corte de María Tudor, con sus intrigas más interesantes, y *Hermoso brocado*, la última publicación de la baronesa de Orczy, es un poema de capa y espada, cuyo protagonista, que lleva el apodo que sirve de título á la novela por su hermoso traje azul bordado de oro, es un bandido romántico, que salva al conde de Streton, cuya ca-

beza ha sido puesta á precio, y se casa con su hermana, después de multitud de peripecias.

Como se ve, no se trata de una novelista de concepciones geniales. La baronesa Orczy sabe perfectamente mantener vivo el interés de sus lectores, y no es poco.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Sociología criminal, por Enrique Ferri. Versión española, por Antonio Soto y Hernández. Dos tomos. Madrid, sin año (1908). Centro editorial de Góngora; 10 pesetas.

No se trata de una obra nueva. Por poco que uno sepa y haya leído, lo sabe. Apareció por primera vez, hace ya cerca de treinta años, bajo el título de *Nuevos horizontes del derecho y del procedimiento penales*, y de entonces acá son varias las ediciones que de la misma se han hecho en diferentes lenguas, ya con el primitivo título, ya con el de *Sociología criminal*, que el autor le puso á partir de la tercera edición italiana. En España ha habido también traducción del dicho libro desde 1886, cuando aún se intitulaba éste, por no haber pasado de su segunda edición, *Nuevos horizontes,* etc.; y ahora se repite por la misma casa editorial que antes, pero debida á traductor distinto y sobre una edición posterior á la de 1884, base de la traducción primera.

La versión de ahora, sin embargo, no corresponde, como parece que debiera, á la última edición del original, que es la cuarta italiana, sino á la segunda francesa. No me parece acertada la elección.

Como tampoco creo que lo ha sido la del prologuista. De no haber buscado otro más entendido en el asunto que D. Primitivo González del Alba, magistrado de la Audiencia de Madrid, hubiera sido mejor dejar la obra pilonga, con sólo la protección del nombre de su autor, que era bastante. Y debo ad-

vertir que no soy muy devoto de Ferri, por más de un motivo. Pero no sería yo nunca quien colocara al nivel suyo al señor González del Alba.

El libro hubiera ganado también con que la impresión hubiera sido hecha más cuidadosamente, pues tiene bastantes erratas. En una obra como ésta, que, sea cualquiera su valor doctrinal—y lo tiene, á mi parecer, innegable,—ha conseguido gran resonancia y difusión por doquiera, debe ponerse siempre gran esmero. No por otra razón he hecho las advertencias y reparos anteriores.

En cuanto á la obra misma, á su fondo, nada quiero decir: ni es ocasión oportuna, al cabo de los años que lleva de vida, ni podría tampoco hacerse en pocas palabras un trabajo que mereciera el nombre de *crítica*. Quizá no hubiera bastante para ello ni con un grueso libro.

P. Dorado

ÍNDICE

	Págs.
Recuerdos, por José Echegaray	5
El lirismo y la emigración, por Pedro Sangro y Ros de Olano	15
El espíritu general de dualidad, por José María Sbarri	41
Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi	67
La inquisición política, por P. Dorado	100
España fuera de España, por Havelock Ellis	129
El suplicio del silencio (novela), por Federico Spielhagen	152
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	173
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	182
Notas bibliográficas, por P. Dorado	206

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 20. NUM. 236.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

AGOSTO 1908

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS

Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

RECUERDOS

Recuerdo sin esfuerzo, capricho inexplicable de la memoria, y á pesar de que han transcurrido casi dos meses, el punto en que dejé mi último artículo.

Se trataba de la candidatura al trono de España del duque de Génova, ó mejor dicho, de la primera combinación que hubo para sacar adelante dicha candidatura.

Y ahora caigo en la cuenta de por qué mi memoria, que es tan rebelde, se muestra mansa en esta ocasión, y acude cuando yo la llamo á tocar los viejos registros de mis celdillas cerebrales en el punto y ocasión precisos que el caso requiere.

Es que en esta primera combinación yo voy á jugar un papel importante.

¡Ahí es nada!

Yo, que pocos meses antes me limitaba á explicar Cálculo infinitesimal á una docena de alumnos, veíame, por los caprichos extravagantes de la suerte, negociando nada menos que la adjudicación de la corona de España á determinado príncipe extranjero.

Así como suena. Yo intervenía, de una manera importante, en la obra difícil y grandiosa de fabricar un monarca para el trono vacante de San Fernando.

***

Un día me llamaron Prim y Zorrilla.

No puedo jurar si los dos á la vez, ó si las conferencias que con ellos tuve fueron distintas.

En el fondo, la comisión, encargo ó negociación era el mismo.

Me dijo mi jefe, es decir, D. Juan Prim, lo siguiente en sustancia:

—Ya sabemos que tiene usted manera de entenderse con el duque de Montpensier, por medio de su secretario particular, de quien usted nos hablaba el otro día.

—Pues bien; se trata de una comisión reservadísima: es preciso que nadie la sospeche, porque cuando el público se entera de estas cosas, todas ellas se deshacen.

—Se trata—continuó diciendo—de la candidatura del duque de Génova; mas para congraciarnos con el duque de Montpensier y atraernos á sus partidarios, puede concertarse previamente, con todas las garantías y compromisos de honor que sea preciso, el matrimonio del duque de Génova con la hija mayor de Montpensier.

Y me explicó todo lo que sobre esta solución tenía yo que repetir á Bruno Moreno, para que éste á su vez, en nombre del Gobierno, pero con toda reserva, lo transmitiera al duque.

Y heme aquí convertido en embajador para concertar bodas reales y para distribuir tronos augustos.

Avisé á Bruno Moreno, y concertamos una conferencia, que, bien lo recuerdo, se celebró paseando los dos en coche cerrado por el Prado y la Castellana, entre una y cuatro de la tarde, porque más de una hora duró esta primera entrevista.

Yo le presenté la cuestión con arreglo á las instrucciones que había recibido de Prim, ampliadas y adornadas lo mejor que pude.

Bruno Moreno me escuchó atentamente, pero con el ceño fruncido, y no tuvo dificultad en decirme con toda franqueza, dada la confianza que había entre los dos, que le parecía mal la combinación propuesta, y que, á su entender, el duque la rechazaría.

El duque creía tener ganada la partida, y por una cosa

eventual, insegura y artificiosa, no iba á renunciar á la corona de España.

Yo le hice notar, y en este punto le hablaba con toda sinceridad, que la candidatura del duque de Montpensier estaba completamente perdida.

—Los republicanos—le dije—la rechazan.

—Naturalmente—me interrumpió;—y sin embargo, continuó en tono bromista,—yo sé de algún republicano que la acepta, por ejemplo, nuestro amigo Manuel Pastor.

Y yo agregué:

—La rechazan todos los progresistas; y él me corrigió en tono serio:

—Progresistas muy importantes la defienden, ó la defenderán cuando llegue el caso, y para otros que hasta ahora la habían rechazado, va siendo la única candidatura posible, y la única solución seria para salir de la interinidad.

—No serán muchos esos progresistas.

—Pero son de gran importancia.

—No se atreverán á sostener en público la candidatura de Montpensier.

—Algunos, no; pero aun éstos trabajarán en secreto.

—Pero lo masa está contra el duque.

—Hasta ahora, es verdad; pero en cambio tiene toda la Unión liberal, y sin la Unión liberal no hay rey posible.

—Y sin los progresistas y los demócratas, tampoco.

—Algún demócrata hay de importancia que está con nosotros.

—Pues hasta ahora ninguno se ha atrevido á decirlo.

—Ya se atreverán cuando llegue el caso.

Y así seguimos discutiendo tres horas.

—¿Le parece á usted poco, le decía yo, ser padre de la reina de España?

—Me parece mucho más ser rey padre.

—Pero como no puede serlo, la prudencia le aconseja al duque, y hasta la ambición, acercarse todo lo posible á

las gradas del trono, y si no se pueden subir todas, subir algunas.

—No necesita subirlas el duque, porque bien cerca del trono ha estado.

—Desengáñese usted—me decía,—es una combinación puramente fantástica. Aun cuando el duque acceda, que yo creo que no accederá, ¿qué notario extiende el acta de compromiso?

—Es compromiso de honor para todo el Gobierno.

—¿Pero es que usted cree que cuando llegara el caso serían ustedes Gobierno?

—Lo sería D. Juan Prim.

—O no lo sería.

Y continuamos discutiendo, disputando á veces, en ocasiones bromeando, y con seriedad y aun con solemnidad casi siempre.

Al fin me dijo:

—Yo, de todas maneras, transmitiré la proposición del Gobierno al duque de Montpensier, tal como usted la ha formulado.

—Pero sin prejuzgarla usted.

—¡Cómo había de atreverme! Pero si el duque me pregunta mi opinión, se la diré con franqueza.

—Pero no tema usted; que no creo que me la pregunte, porque en asuntos de esta índole no es natural que yo pese, ni poco ni mucho. Le diré lo que usted me dice por encargo de D. Juan Prim, y nada más.

—Claro es—acabé yo diciendo—que por ahora sólo se trata de una indicación, de explorar el ánimo de Montpensier; que en todo caso, ya se le daría á la negociación otras formas; pero si después de explorado su ánimo se ve que él considera imposible la solución de que se trata, no hay para qué insistir en ella.

Este acto es una exploración confidencial, y no más que una exploración.

Así lo entiendo yo, y así lo entenderá el duque.

Y nos despedimos, quedando en que él me citaría para una segunda conferencia, que se verificó algunos días después.

***

Y si la Historia, como perteneciendo al sexo femenino, es curiosa y aficionada á averiguarlo todo, lo grande y lo pequeño, chismes y cuentos, pudo vernos desde su región invisible pasear por segunda vez á lo largo del Prado y de la Castellana á Bruno Moreno y á mi persona ministerial, tratando mano á mano de la coronación del duque de Génova y de su boda con la hija mayor de Montpensier, que al fin ni resultó coronación ni resultó boda.

La contestación del duque, dada por Bruno Moreno al primer avance de D. Juan Prim, iniciado por el ministro de Fomento, fué, como era natural, cortés, afectuosa, pero absolutamente negativa.

No repitió los argumentos de Bruno Moreno, ni entró á discutir las probabilidades de su candidatura: esto es claro.

Se limitó á manifestar que él, en manera alguna y en ningún caso, por grandes que fuesen las ventajas políticas y sus ventajas personales, había de forzar las inclinaciones y la voluntad de su hija.

Consideraba el matrimonio como algo sagrado, como prenda de felicidad ó causa de desdicha, y que jamás, ni por su conveniencia, ni por la conveniencia de su familia y de su nombre, había de sacrificar á un hijo suyo.

Y no presentó otra razón: fué la única y decisiva que me transmitió Bruno Moreno para que yo se la transmitiese á D. Juan Prim.

Claro es que rechazaba de una vez, y sin esperanza de arreglo, la proposición que se le había hecho.

Envolviendo la repulsa, como antes dije, en frases corteses: que agradecía y aplaudía el espíritu conciliador del Gobierno; que apreciaba su buen deseo; que estaba reconocidísi-

mo por sí y por su hija á la honra que se le dispensaba, y así sucesivamente.

Y al final, una negativa tan grande como el palacio de San Pedro, con sus parques y jardines.

Y Bruno Moreno agregó, riendo con cierta burla:—Si era natural; si no sé cómo se les pudo ocurrir á ustedes semejante idea; si en las demás negociaciones que emprendan no afinan más su habilidad, y la combinación que busquen no es más feliz, me figuro que por mucho tiempo va á estar vacante el trono de San Fernando.

—Está bien—le repliqué yo;—pero le advierto sin pasión, sin hostilidad, que el duque de Montpensier es persona de altas condiciones; pero le anuncio—repito—que no será él quien ocupe la vacante á que usted irónicamente alude.

Y digo esto, porque conozco algo de la política actual, de sus hombres, de sus deseos, hasta de sus pasiones, y aprecio á sangre fría las fuerzas que hoy están jugando en la política. ¿No hay boda? Pues no hay duque en el trono, mi querido discípulo.

—Allá veremos.

—Pues al porvenir.

Y, en efecto, ni hubo boda ni hubo duque.

Y yo quedé en el fondo, algo humillado; intentar por vez primera y única en mi vida una boda real, y cortarme tan en seco y con tan poco lucimiento la negociación, era para mortificarme y aun para ponerme en ridículo ante mis propios ojos.

Yo había soñado con una boda espléndida: carrozas, cortesanos, músicas, aparato y pompa, y todo se reducía á que Bruno Moreno y yo hubiéramos dado unos cuantos paseos por la Castellana en un coche, que hasta la vez segunda creo que fué coche de alquiler.

Transmití la contestación del duque al general, que en nada se alteró, contentándose con decir: «¡Bueno! No lo quiere; está bien.»

*
* *

Y no acabó aquí: la candidatura del duque de Génova tuvo una segunda parte, en que yo también intervine, aunque no de una manera tan directa, y que terminó como la primera, y aun para mí más rápidamente que la primera.

Pasaron bastantes días, y continuó trabajando el general la expresada candidatura.

¿Cuáles fueron sus trabajos y gestiones?

No lo sé; de esto no sé una palabra, y tampoco he de inventarlo.

Lo que yo refiera en estos recuerdos áridos, desabridos, antiartísticos, en forma de conversación dictada, si vale la palabra, no será entretenido; pero será la expresión exacta de los hechos, algunos insípidos é insignificantes, otros que se relacionarán íntimamente con los acontecimientos más dramáticos de aquella época tan dramática y á veces tan trágica.

Pasemos, pues, á la segunda etapa, como he dicho, de la candidatura del duque de Génova.

Un día me llamó el general Prim, y me dijo:—Téngalo usted todo dispuesto, porque, de un momento á otro, va usted á tener que ir á Italia. Se trata todavía de la candidatura del duque de Génova, pero sin la complicación de la familia de Montpensier.

Celebraremos una conferencia, en que se enterará usted minuciosamente del estado de la cuestión y del objeto de su viaje.

Estoy esperando noticias y cartas muy importantes, y en vista de ellas, resolveremos lo que deba resolverse.

Usted esté preparado, porque es posible que, por la mañana hablemos, y que por la tarde tenga usted que tomar el tren.

Y de este modo me encontré con una segunda embajada en perspectiva, y de mucha más importancia que la primera.

Lo confieso humildemente: todas estas cosas me aturdían, me llenaban de zozobra, porque entraba en un terreno completamente nuevo para mí.

Yo había buscado muchas integrales, pero hasta entonces

no había buscado ningún rey. Este era un problema intrincado, difícil, solemne, y casi me atrevería á decir pavoroso.

Y tenía que hacer los preparativos.

Y me preguntaba con angustia: ¿Qué preparativos deberán hacerse para ir en busca de un monarca?

Traje de etiqueta, ya lo tenía.

No tenía uniforme; pero no lo he tenido nunca, hasta que hace dos años, mis queridos compañeros los ingenieros de Caminos me regalaron uno de inspector del Cuerpo, espléndido y riquísimo, y con un sombrero de tres picos, festoneado de plumas blancas, que lo echo á reñir con el de más aparato y gallardía.

Una vez me lo he puesto, no sé si me lo pondré la segunda.

Pero en aquella época no tenía uniforme, ni tiempo para mandar hacerlo.

Había de contentarme con el frac, que es uno de los pocos lujos aristocráticos que le son permitidos á un ministro demócrata.

Pero, ¿qué más, qué más? D. Juan había dicho: «Haga usted sus preparativos»; y yo me volvía loco, discurriendo algo que justificase este plural formidable. Preparativos para ir en busca de un rey.

Después de pensarlo mucho, como al fin y al cabo tenía que pasar los Alpes, porque estaba dispuesto á pasarlos como los habían pasado Anníbal y Napoleón, resolví comprarme una manta de viaje de mucho abrigo.

Todavía en aquella época no gastaba yo gabanes de pieles.

Conque hube de contentarme con buscar la manta de viaje más afelpada, y con esto me di por satisfecho, y di por terminados mis preparativos.

*
* *

Todo esto me parece interesante, por más que un lector anónimo me ha escrito estos días diciéndome que mis recuerdos son soporíferos.

Supongo que el lector anónimo será algún imbécil, puesto que no se entretiene con mis recuerdos, que tantas enseñanzas encierran y que tan provechosas pueden ser para las personas de pocos alcances.

Sea de ello lo que fuere, en conciencia no puedo decir sino lo que recuerdo: grande ó pequeño, entretenido ó soñoliento, cómico ó trágico, según las circunstancias y los sucesos.

De esta segunda embajada tras un candidato real, que es lo que más se ha fijado en mi memoria, ¿qué es lo que veo ante mí como si ante mí estuviera presente?

Pues la manta de viaje.

Sí, la veo, con su forma cuadrada, peluda como un oso, con intenso color negro y dibujos color de escarlata.

Sólo el verla quitaba el frío, y la he conservado muchos años.

Para grandes fines nació: para cruzar las nieves de los Alpes; para bajar á las llanuras de Italia; para volver vencedora, trayendo entre sus afelpados pliegues la promesa del futuro soberano.

Si esta pintura no le satisface á mi lector anónimo, declaro que es un necio sin esperanzas de redención intelectual.

Pero el viaje quedó en proyecto.

Dos ó tres días después me dijo Zorrilla que no me apresurara mucho en prepararme, porque la negociación se iba torciendo, y había malas noticias de Italia.

Y se torció del todo, y el general Prim me anunció que había fracasado por completo.

De las interioridades de esta candidatura nunca supe nada. Sólo supe lo que de público se refería, y esto, como ha quedado escrito, no tengo para qué repetirlo; y por otra parte, no son recuerdos personales.

La segunda embajada fué aún menos lucida que la primera; de ella no me quedó como residuo más que la manta de viaje, que durante muchos años viajó conmigo de Madrid á París, de Madrid á San Sebastián, de Madrid á Santa Agueda,

hasta que poco á poco fué perdiendo pelo, fué gastando su trama, manchas diversas la profanaron, perdió su brillo, se hizo vieja antes de tiempo, y concluyó sirviendo de cama á una perrita, que era mi cariño y mi diversión.

*
* *

La interinidad iba prolongándose; íbanse gastando las Cortes Constituyentes; se revolvían los federales; conspiraban los carlistas; los elementos de la Revolución se desunían cada vez más, y si algunos de ellos nunca se habían querido mucho, empezaban á odiarse. Todos los resortes de la Administración se debilitaban; la Hacienda, á pesar de los grandes esfuerzos, del talento y de la energía de D. Laureano Figueroa, iba cayendo hacia el abismo.

Era un proceso fatal. No permita Dios que nos veamos otra vez en él.

El desnivel entre gastos é ingresos; el déficit; la deuda flotante para cubrirlo; la deuda flotante, que se hace abrumadora, despiadada, cruel, que pesa sobre el ministro de Hacienda todos los meses y todas las horas, con amenazas de bancarrota y ruina. El empréstito para consolidar la deuda flotante, que da breves momentos de respiro, pero que aumenta la masa de los intereses de la Deuda y aumenta en otro tanto el déficit próximo.

Y otra vez un vencimiento mayor, un mayor déficit; nueva deuda flotante, nuevo empréstito para consolidarla; y así, en círculo fatal y maldito, que con él comparados, los círculos del Dante son lugares plácidos de recreo y bienandanza.

Y así hasta las dos últimas candidaturas: la del príncipe alemán y la de D. Amadeo.

Mas para llegar á ellas nos falta todavía bastante.

José Echegaray

EL CARDENAL NEWMAN

Fué el cardenal Newman una de las figuras más salientes y más simpáticas del siglo XIX, y ejerció gran influencia y continúa ejerciéndola por medio de sus obras en la Iglesia y en la sociedad inglesa.

No fueron obstáculo esas generales simpatías que mereció á sus contemporáneos para librarle en vida de una calumnia, causa feliz de su hermoso libro *Apología pro vita sua*, que la disipó por completo, y quizá esas mismas simpatías son la única explicación de otra gran calumnia de que ha sido objeto después de su muerte, y que se ha encargado de disipar nada menos que la autoridad de Pío X.

I

Quizá dependa algunas veces de que el espíritu de caridad sea más ó menos puro; tal vez es efecto otras de meras condiciones de carácter ó de educación, y muchas otras es debido á circunstancias del todo casuales ó independientes de la voluntad del hombre; pero es lo cierto que en la gran obra de la propagación del bien y de la verdad se atraen muchos con señalada preferencia las iras de sus adversarios, al paso que otros, que son los menos, se granjean su respeto y estimación. A estos pocos afortunados, que sin desmentir en un punto la pureza de la doctrina ni el celo en defenderla, han sabido conservar el

respeto y la admiración de sus mismos contrarios, perteneció el Dr. Newman, creado cardenal de la Iglesia romana, del orden de los diáconos, por la santidad de León XIII. Por esta razón, los mismos periódicos protestantes nos van á dar hecho su elogio, y nuestro trabajo va á reducirse, en esta parte, á recopilar algunos de sus textos.

Hablando de su conversión el *Times* (porque, como es sabido, el Dr. Newman fué primeramente clérigo anglicano), dijo que era «la conquista más importante que la Iglesia católica había hecho desde el establecimiento de la reforma protestante», y cuantas veces ha hablado de él le ha considerado como el único *papista* (católico) á quien su conversión no ha privado de sentimientos verdaderamente ingleses, y le ha dejado tan buen ciudadano como era antes de ella. Precisamente para combatir esta preocupación, de que no es posible ser á la vez buen hijo de la Iglesia y buen súbdito del Estado, y demostrar que un inglés podía muy bien dejar de reconocer á la reina Victoria por su soberana espiritual, sin dejar de cumplir fielmente todos los deberes que á ella le ligaban como á su soberano temporal, idea ó preocupación la anterior sostenida por Gladstone en uno de sus folletos, escribió otro en contestación el Dr. Newman (1875), y hablando de él, decía la *Pall Mall Gazzette*, á pesar de ser periódico protestante, «que la cuestión había quedado resuelta definitivamente en favor de la tesis sostenida por Newman, y que era muy triste para un inglés tener que confesar el papel desairado que Gladstone había hecho en esa polémica, no sólo por la inmensa superioridad en el fondo y en la forma de la publicación de su adversario, sino porque en ésta, con ser la obra de un clérigo, brillaba la elevación de miras propia de un hombre de Estado, y en la de Gladstone la mezquindad y estrechez de ideas propias de un fanático (bigot).»

«Por lo que hace al fondo de sus obras—escribía en otra ocasión el *Times*,—el Dr. Newman parece leer en el corazón humano como en un libro abierto; por lo que hace á la forma,

nada hay comparable á la magia y armonía musical de su estilo.»

En su preciosa *Apología pro vita sua,* en la que hay páginas que recuerdan otras, y no las menos elevadas, de las confesiones de San Agustín, nos da cuenta Newman de las circunstancias de su conversión. Efectuóse ésta á medida que iba llevando á cabo y publicando, asociado al canónigo Pussey, unos profundísimos estudios sobre historia eclesiástica y sagradas letras.

Esos estudios llevaron á Pussey á fundar lo que de su nombre se llamó el *puseismo,* bastante parecido al *ritualismo,* que á su vez tiene puntos de contacto con el catolicismo. Newman, discurriendo con lógica, y ayudado de la divina gracia, como tantos otros en la moderna Inglaterra, penetró en el puerto de salvación, á cuya vista naufragaban *puseistas* y *ritualistas.*

Dijo el *Times*, en cierta ocasión, que el cardenal Newman era quizá el hombre que más había contribuído á formar la inteligencia y el corazón de la generación inglesa de su tiempo. No puede negarse que fué digno de esa gran influencia que el periódico inglés le atribuye, ni puede ponerse en duda que Dios le concedió el precioso dón de atraerse voluntades y ganar corazones... Un episodio conmovedor une los nombres del heroico y desgraciado Gordon y de Newman. Un libro escrito por éste consoló á aquél en su espantosa soledad de espíritu y en su horrible martirio en Kartun: *El Sueño de Gerontius*, que trata de la preparación de un alma que va á comparecer ante el tribunal de Dios, cuyos pasajes más patéticos subrayó con lápiz el héroe de Kartun. Este libro, el ejemplar que tuvo Gordon, fué puesto en manos del cardenal, que no pudo verlo sin profunda emoción, expresada al devolverlo en una cariñosísima carta.

Tres estudiantes sobresalían, en la primera mitad del siglo XIX, en las aulas de la Universidad de Oxford, *sicut inter viburna cupressi*, como sobresalieron después en más elevadas esferas; y de estos tres condiscípulos, dos abrazaron el catoli-

cismo, y al tercero preocuparon las cuestiones religiosas hasta tal punto, que en medio de sus graves ocupaciones de hombre de Estado, encontró tiempo para escribir diversos folletos sobre el *papismo* (catolicismo), *ritualismo* y *anglicanismo*. Estos tres hombres fueron: el cardenal Manning, el cardenal Newman y Mr. Gladstone.

II

Conmovedor é interesante sobre toda ponderación era el espectáculo que en su oratorio (1) y colegio de Edgbaston, en Birminghan, ofrecía el venerable cardenal Newman, venerable por su edad, que pasaba de los ochenta años, por su virtud, por su ciencia y por su dignidad de príncipe de la Iglesia, y querido y venerado por los mismos protestantes, al consagrar los afectos más íntimos de su alma angelical y los últimos destellos de su preclaro ingenio á sus hijos predilectos, los colegiales de Edgbaston: hermosa aplicación, la más bella que nosotros conocemos, de aquellas palabras divinas: *Dejad que se acerquen y me rodeen los pequeñuelos*.

Para que esos colegiales celebrasen en las vacaciones de 1880 una fiesta literaria, arregló y expurgó el octogenario cardenal *dejándole toda su gracia y quitándole toda su inmoralidad*, según palabras del *Times*, la más bella quizá y la más inmoral de las comedias de Terencio, la segunda de sus seis *fabullæ pallatiæ*, el *Eunuchus*, y lo hizo con tal arte, que pudo adaptarla *in usum puerorum*, haciéndola representar por los seminaristas ante un escogido concurso de dignidades eclesiásticas, pares del reino, sabios profesores, etc.

Fué éste, según el mismo periódico el *Times*, un gran acontecimiento literarario, que demostró dos cosas: que merecía la comedia el trabajo que se había tomado el cardenal al expurgarla, y que era necesario ser un Newman para hacerlo con la

(1) El cardenal Newman perteneció á la Orden de San Felipe Neri.

maestría indicada, por medio de oportunos y habilísimos retoques, entre ellos el de transformar á la cortesana Thais en una joven viuda y al eunuco en esclavo *copero*, con lo que perdió también la comedia el título de *Eunuchus*, cambiándolo por el de *Pincerna*.

He aquí su argumento, tal como quedó con las modificaciones introducidas por el cardenal:

«Thais, natural de Rodas, vino á Atenas con su marido y lo perdió en esta ciudad. Joven, hermosa y rica, vióse solicitada por muchos pretendientes. Thrazo, militar fanfarrón y presumido, era el más rico; Phoedria, el preferido. Era éste el mayor de los dos hijos de Laches, ciudadano de Atenas y poseedor de una regular fortuna. Cuando Thais era joven, su madre, compadecida de la niña Pamphila, esclava, la había recogido y educado con su hija. Quedó en Rodas cuando ésta vino á Atenas, y á la muerte de su dueña y bienhechora, pasó á manos del hermano de ésta, que la puso en venta. Compróla Thrazo, que se encontraba por entonces en Rodas, y la trajo como presente á su amada. Alegróse ésta, no sólo por volver á ver á quien quería como á una hermana, sino porque había averiguado que lo era del ciudadano Chremes, habiéndola robado unos piratas en las costas de Africa, y podía devolvérsela á su hermano, que la lloraba perdida hacía muchos años. Ocultó con este objeto sus preferencias por Phoedria, y puso buen semblante á Thrazo hasta conseguir la posesión de Pamphilas, llegando á pedir al primero que se ausentase, para que así quedase el campo libre á su rival. Costó mucho á Phoedria acceder á aquella petición, y encargó antes de su marcha á un esclavo que llevase á casa de Thais, como presentes que destruyeran el efecto que pudiera haber hecho el de Thrazo, una muchacha etiope y un *copero*.

»Eran estos *coperos* un gran lujo en las cortes orientales, y sólo las reinas se permitían tenerlos en su servidumbre; así es que la vanidad de Thais se vió muy satisfecha con tal regalo. Cheroea, hermano menor de Phoedria, ve á Pamphila, se ena-

mora de ella y consigue entrar en la casa, haciendo que el esclavo de su hermano le haga pasar por el *copero*. Huye con Pamphila, poniendo en gran confusión á todos los de la casa. Descúbrese que es dicha Pamphila hermana de Chremes, y con esto Laches da su consentimiento para la boda, así como para la de Thais y Phoedria. Este y Thrazo se reconcilian en la última escena.»

Este argumento, con otros conceptos llenos de oportunidad, que deleitarán al discreto lector, los expuso el cardenal en los versos que van á continuación, y que añadió á la comedia como prólogo, en sustitución del que (siguiendo la costumbre del teatro griego) tenía la comedia de Terencio:

Si quis miretur speciem habere hanc fabulam
Recentiorum non dissimilem temporum
Meminerit ille, passim, quæ nunc assolent,
Ea vi naturæ etiam accidisse in Grecia
Nihil est quod in poeta reprobes, si volet
Senem Rhodiesem uxorem ducere, tunc mori;
Viduam ex marito mortuo ditescere;
Argutam porro et pulchram esse et mutabilem;
Migrare Athenas; ibi amatores plurimos
Allicere, quos suspensos languide tenet,
—Ecquem rejiciat, ecquen denique preferat,—
Superbientis animi blandura mora.
Hoc vero in Thaïde nostra sat laudabile est,
Quod illa sua favoris inclinatio
Hinc in Thrasonem, et illinc rursum in Phœdrian
Non id inhumanioris vitium est ingeni,
Sed ex ratione fit, et ex benevolentia
Cupientis nimium, virginem, amissam diu
Ægre repertam, fratri salvam tradere.
Quod si spem Thaïdis audax resecat Chœrea,
Modo ambiendi sposam non satis Attico,
At Sparta tales genuit virginum procos,
Et vi Sabinas petiit Roma conjuges.
Boni itaque sitis, quotquot convenitis huc,

Nec compositoris menda jam moremini,
In reficiendis partibus hujus fabulæ,
Modo, ad actionem tandem, cum proceditur,
Partes hodie illæ susteneantur sedulo.

En las vacaciones de 1881, y con el mismo fin y el mismo feliz resultado, hizo Newman con *Phormio* la última, la más popular y también una de las más bellas comedias de Terencio, lo que había hecho con el *Eunuchus*, y le añadió el siguiente prólogo, modelo de corrección, de gracia y de sal ática, tanto ó más que el de *Pincerna:*

Quod Atticissans editit Terentius,
Id ore nostro balbutimus barbari;
Quod ethnicorum cœtui protulit ethnicus,
Id castis loquimur auribus Fidelium;
Hoc nomine de poeta jam bene meriti,
Quod, ille quæ tan pulchre nobis traditit,
Nos enmendando pulchriora fecimus.
Felices, quibus in omni re hæc usu venit
Illâ Terentianâ arte ars sublimior,
Bona amplectendi, non amplectendi mala;
Dubiam ut vitaï percunrentibus viam
Amittat terra id omne quod terram sapit,
Et plus quand proprio vestiatur lumine!
Quod amplius est dicendum, populares mei,
Breviter dicetur;—ad histriones attinet,
Tenellas animas, corda palpitantia,
Partes virorum ausos puerorum viribus,
Qui primi hic intra Catholicorum limites
Inducere aggrediuntur veterum fabulas
His vos favete, haud sordida, affectantibus.
Si quid præ clare fit, vos manibus plaudite;
Si claudicat quid, adesto vestra humanitas.
Satis jam prologi: Davus nunc prodeat,
Et rite præ beat aurem, dum loquitur Geta.

Que es como si dijéramos:

«Nos atrevemos á balbucear con nuestra lengua de bárbaros lo que con sal ática escribió el gran Terencio, y á hacer llegar á los castos oídos de un público cristiano lo que un pagano escribió para paganos. Y hasta hemos podido enmendar y hermosear lo mismo que tan bellamente produjo ese ilustre dramaturgo, gracias á un arte, que los cristianos poseemos, superior al arte mismo de Terencio: el arte de discernir lo malo de lo bueno, según las leyes de una moral perfecta, y saber lo que debemos aceptar y lo que debemos rechazar en las obras maestras del arte pagano. Así pierde la tierra cuanto tiene de innoble y bajo, y nuestra vida y el mismo globo terráqueo se se revisten de una capa de luz, que nos viene de más altas regiones. Lo demás que ha de decirse lo ha de oir muy en breve el público. A los actores toca mover sus afectos y hacer palpitar todos los corazones; á los actores que con fuerzas de niños acometen hoy empresas de hombres, y que han sido los primeros que han encerrado en el círculo severo de la moral católica las antiguas comedias de los paganos. Ayudadles largamente con vuestros aplausos cuando acierten y con vuestra benevolencia cuando yerren. Concluya el prólogo y salga Davo en la actitud humilde y solícita que corresponde á un esclavo, con el cuello tendido y el oído atento á lo que diga su amo Geta, él mismo esclavo, pero vicario ó jefe de los demás esclavos.»

No se sabe qué admirar más, si el peregrino ingenio y excepcional cultura del octogenario Cardenal ó su delicadeza y y elevación de sentimientos, y su bondad y cariño para con los colegiales de Edgbaston. ¿No teníamos razón al decir que no cabe aplicación más bella de las bellas palabras del Redentor: dejad que se acerquen y me rodeen los pequeñuelos?

III

Newman inició, con gran éxito en la iglesia anglicana, y en compañía de Pussey y otros profesores de la Universidad de Oxford, á cuyo profesorado pertenecía, un sistema de refor-

mas, que muchos protestantes tacharon de *romanismo* (catolicismo).

La tendencia católica, ó sea de aproximación á la religión verdadera, de una mayor semejanza con ésta, existe en efecto en las reformas pusseitas, ritualistas, etc., y esta es cabalmente la gran acusación, que en el seno de la iglesia anglicana se ha fulminado contra esas doctrinas.

Cuando en 1845 causó la conversión de Newman el extraordinario efecto que queda indicado, y que ni antes ni después de ella ha causado ninguna otra, esa acusación se reprodujo con nueva fuerza y uniéndose á ella otra que los anglicanos han hecho constantemente á los católicos: la de admitir y justificar la mentira, siguiendo á San Alfonso Ligorio, se reunieron y compendiaron ambas en esta otra horrible y de carácter personal; el Dr. Newman había sido un traidor dentro de la iglesia nacional de Inglaterra; se había fingido anglicano para trabajar mejor á favor de Roma. Dejó correr sin contestarla por espacio de veinte años esta calumnia, más ó menos embozadamente dicha y repetida, hasta que, merced á circunstancias que se omiten, en gracia de la brevedad, creyó deber rebatirla en 1865, cuando calmadas las pasiones, que su conversión había despertado, pudo *apelar de Filipo después de comer al mismo rey Macedonio en ayunas.*

El extraordinario éxito que el libro *Apologia pro vita sua,* escrito con tal objeto, obtuvo; el entusiasmo con que fué acogido; las ardientes aprobaciones y congratulaciones que los católicos (Obispos, Clero y fieles) enviaron á su autor, y el efecto que causó entre los protestantes, probaron dos cosas: que Newman tuvo razón al entregar con confianza su causa al fallo de sus compatriotas y adversarios en religión, cuyos generosos sentimientos elogia en el prólogo, con su natural sinceridad y patriotismo, y que con la publicación de ese libro consiguió la Iglesia algo más que la rehabilitación ó justificación completa, aun á los ojos de los más obcecados, de su insigne y preclaro hijo.

El corazón de Newman se nos muestra tal como es en ese libro, que nos refiere los secretos de su conciencia y los afectos más íntimos de su alma, al darnos la historia de su conversión y de sus creencias y opiniones en materias religiosas, desde sus primeros años. Al leerlo, real y verdaderamente y no en sentido figurado, *leemos en el corazón de Newman como en un libro abierto,* y el corazón y el libro aparecen hermosísimos ante nuestra vista.

Imposible examinar tal obra dentro de los estrechos límites de nuestro trabajo. Elegiremos dos ó tres puntos y copiaremos las palabras mismas de Newman referentes á ellos.

Recuerda con cariño á sus superiores, á sus compañeros y á sus amigos de la iglesia anglicana. He aquí cómo habla de su Obispo en esa iglesia (página 51, edición de 1878):

«Cuando en 1845 escribí al obispo Wiseman, anunciándole mi conversión, no me ocurrió decirle nada mejor sino que, católico, obedecería al Papa, como protestante había obedecido á mi obispo anglicano. Porque había considerado siempre mi obediencia á éste como deber de conciencia y cuestión de honra. Entre las pruebas y aflicciones que los trabajos reformistas de la escuela de Oxford (referidos anteriormente) trajeron sobre mí, no se contó la única, que hubiera sido superior á mis fuerzas, la censura de mi obispo. Creo que estos sentimientos que expreso son dignos y honrados, y que Dios los premió, dándome por superior eclesiástico al mismo que yo hubiera elegido entre todo el episcopado anglicano, si hubiera estado en mi mano esa elección: al Dr. Bagot, cuya memoria me es especialmente querida; hombre de noble corazón, de sentimientos generosos, prudente y considerado con todos é incapaz de ofender á nadie. Su simpatía me acompañó en todas mis aflicciones; y si mis relaciones personales con él no fueron más íntimas aún de lo que tuve la dicha que llegasen á ser, no fué suya la culpa, sino sólo mía. ¡Que su nombre sea una y mil veces bendito!»

Hablando de la misma iglesia anglicana, dice (página 340):

«Reconozco y confieso que la iglesia anglicana (la iglesia oficial de Inglaterra) es institución de honrosa antigüedad y noble historia, monumento de sabiduría levantado por nuestros antepasados, arma poderosa de la política y el gobierno de Inglaterra, parte importantísima de su organismo nacional, fuente de grandes bienes y ventajas para el pueblo, y *hasta cierto punto*, testigo y maestro de la verdad religiosa.»

Aquí ocurre muy naturalmente una observación, y es ésta: cuando un hombre pasa de un partido á otro partido, de una religión á otra religión, su manera de hablar de lo que podemos llamar sus antiguos ó primeros amores, es piedra de toque y aun medida exacta de la bondad de su corazón, de la elevación y delicadeza de sus sentimientos y hasta de la sinceridad de su conversión. ¡Si en todo género de amores y relaciones sociales sucede lo mismo!

Refiriéndose á los protestantes que con ceguera y odio de sectarios empujaban á Newman en dirección á Roma, escribe el cardenal las siguientes palabras, que son de las más amargas que hay en su libro lleno de dulzura: «Si las gentes se conjuran para decir á uno: no perteneces á nuestra comunión, nada tienes que hacer en ella, concluirá por creerlo; que es fácil que llegue uno á creer de sí mismo lo que los demás le afirman y repiten, por el gran imperio que la imaginación ejerce en el hombre. Si al salir á la calle se nos muestran duras, reservadas y frías las personas con quienes tropezamos, desde luego pensamos que hemos incurrido en alguna falta. No hay, y hablo por experiencia, nada que irrite y desconcierte tanto á las gentes, especialmente á los jóvenes, como el encontrarse sorprendidos en medio de la tranquilidad de conciencia que les da su sumisión á la doctrina de su iglesia y á las autoridades eclesiásticas, con que se les acusa, se les grita y se les conjura para que eviten abismos, á que no han soñado en acercarse y de los que se hallan bien distantes.» (Pagina 178.)

Hemos hablado de San Alfonso Ligorio. Al desfigurar su doctrina, los protestantes calumnian torpemente al santo, y

previenen además en contra de la moral católica. Las prevenciones y preocupaciones referentes á aquella doctrina dificultaron ó retardaron, según se desprende de su libro, la conversión de Newman, y son las que más daño causan á nuestra santa religión en Inglaterra, dificultando muchas conversiones, según se dice expresamente en la página 360.

«No puede negarse, dice la 273, que San Alfonso Ligorio sienta la doctrina de que si hay justa causa para ello, esto es, en casos extraordinarios, es lícito usar, hasta en el juramento, palabras ambiguas ó de doble sentido (anfibología), con el fin de que, expresando una cosa el que habla, entienda el oyente otra distinta. Diré con toda claridad y lisura cuál es mi opinión en en este punto. Admiro las grandes condiciones del carácter italiano; pero confieso al mismo tiempo sin rebozo, que prefiero en este caso particular la regla de conducta que seguimos los ingleses, contraria á la enunciada. Al hablar así, no digo nada irrespetuoso para San Alfonso Ligorio, que amó la verdad como nadie, y cuya intercesión para con Dios no perderé por seguir en esta materia un parecer distinto del suyo.»

Prueba después el cardenal, con la vida del santo en la mano, hasta qué punto amó éste la verdad (como que sacrificó en aras de ese amor su carrera de abogado); explica, como moralista, su doctrina; y concluye con este hermosísimo párrafo: «Si los protestantes desean conocer nuestras enseñanzas, así con respecto á esta materia como á cualquiera otra, no deben buscarlas en nuestros libros casuísticos de teología moral, sino en nuestros catecismos. No son las obras de patología ó enfermedades físicas las más á propósito para estudiar la forma, proporciones y belleza de la admirable fábrica de nuestro cuerpo; y una cosa parecida puede decirse del alma y de aquellos libros ó tratados que podemos llamar de *Patología moral*» (página 279), y copia á continuación las hermosísimas páginas en que expone el Concilio de Trento la doctrina de la Iglesia sobre la materia tratada.

IV

La novísima herejía del modernismo, condenada por Pío X en su notabilísima Encíclica *Pascendi,* ha querido ampararse, principalmente en Inglaterra, del nombre popularísimo de Newman, pretendiendo encontrar en las obras de este insigne escritor los principios que la informan; y hasta ha llegado á afirmar que hay párrafos en la Encíclica, que si no explícita é intencionalmente, por lo menos de una manera implícita, censuran y desacreditan principios y aplicaciones prácticas de las obras de teología de Newman.

«He leído—dice el reverendísimo O'Dwyer, Obispo de Limerick,—en su *Ensayo sobre el Cardenal Newman y la Encíclica Pascendi Dominici Gregis;* he leído—dice—y releído esta Encíclica con el mayor cuidado y atención y he estudiado con asiduidad, durante mi larga vida, las obras de Newman. Pues bien: mi convicción profunda, aunque sujeta á error, es que no hay una sola página entre las innumerables que escribió Newman, después de su conversión, que no esté saturada del espíritu de esta gran Encíclica.»

Me refiero á este *Ensayo* ó folleto del Obispo de Limerick, por la aceptación que ha tenido en Inglaterra, donde, publicado en los últimos días de Diciembre del pasado año de 1907, se han agotado á estas horas varias ediciones, por ser su autor un insigne Prelado muy conocedor de las obras de Newman y, sobre todo, porque ese *Ensayo* ha sido aprobado y elogiado por la Santidad de Pío X en carta dirigida á su autor, en la que, con palabras de gran elocuencia, se confirman los juicios y apreciaciones del Obispo O'Dwyer y se hace un calurosísimo elogio de Newman, «cuyos escritos, dice la carta de Su Santidad, produjeron saludabilísimos frutos entre sus compatriotas, y cuya persona fué tenida en gran estima por nuestros predecesores y elevada á la dignidad Cardenalicia por León XIII,

que nadie dudará que fué gran conocedor del valor de las cosas y justo apreciador del mérito de las personas».

En el curso de su razonamiento, copia el Obispo de Limerick una página de las obras de Newman, que parece arrancada de la Encíclica *Pascendi*. ¡Tan saturada está de la doctrina que informa esta importante Encíclica y tan de acuerdo con las apreciaciones que hace de los errores modernistas! Las páginas todas del *Ensayo* se hallan á su vez tan saturadas de las doctrinas, de los sentimientos y hasta del estilo de Newman, que no sería fácil tarea separar lo que es de Newman y lo que es del Obispo de Limerick si desaparecieran las indicaciones de las citas que éste hace de aquél.

Aunque no es mi objeto hablar del modernismo, sino de Newman, copiaré literalmente dos párrafos del *Ensayo,* el uno referente á aquella heregía y el otro referente á los que la profesan:

«El principal error del sistema modernista—dice el señor Obispo de Limerick,—del que nacen como de su raíz todas las ramificaciones de la doctrina de esa secta, es el de negar á la inteligencia del hombre el puesto que de derecho le corresponde en lo que se refiere ó atañe á la religión. En presencia del desenvolvimiento de la ciencia moderna, han perdido algunas gentes su fe en el Cristianismo, su confianza en la fuerza de éste para imponerse á la razón y al entendimiento del hombre, y han imaginado que, abandonando el terreno tradicionalmente defendido por los apologistas de nuestra fe, y refugiándose en la región del puro sentimiento, evitarían los ataques de la ciencia y conservarían intacta y segura su religión. En cierto sentido tienen razón. Imposible vencer con argumentos á un hombre que empieza por desconocer la autoridad de la razón. Colocada la religión en ese terreno, no pueden alcanzarla las armas del raciocinio. Los que se atrincheran en esas posiciones se encuentran tan á cubierto de los asaltos del entendimiento humano como el finado Mr. Dowie, de Chicago, ó cualquiera de las sectas que desde la Reforma han alcanzado vida, más ó

menos efímera, sin otro apoyo ni fundamento que los sentimientos sujetivos ó personales de los que las profesaban. Pero pedir á los católicos que se salven de los avances de la crítica moderna, ridiéndose á discreción en esos términos, equivale á pedir á un hombre que se suicide para salvar su vida.»

Y dice de los modernistas:

«Dios me libre de expresar y aun de abrigar sentimientos poco generosos respecto de ellos. El que ve los corazones con ojos tan distintos de los nuestros y tan superiores á ellos, tendrá en cuenta, así debemos esperarlo, las especiales dificultades y tentaciones que les rodean y solicitan. Porque nadie negará que los desenvolvimientos científicos de nuestro tiempo han hecho surgir dificultades de un nuevo y peculiar carácter, y es lo más probable que esas dificultades crezcan, en número y en intensidad, en un porvenir próximo; aunque no es menos cierto que los que por la misericordia de Dios somos miembros de su Iglesia, á la que ha prometido la infalibilidad, bien podemos arrostrar esos peligros con serenidad y confianza. No es esta la primera vez que se han presentado á la Iglesia problemas de difícil solución. Y la historia de su sobrenatural existencia al través de las edades, ¿no es la prueba auténtica y solemne del cumplimiento de aquella divina promesa? ¿Qué motivo hay para descorazonarse, para abandonar el sólido terreno en que siempre hemos combatido y vencido, para desesperar de nuestra antigua fe, que se nos presenta con todo el vigor y el brillo que le dan sus innumerables victorias? *¿Modicae fidei quare dubitasti?*»

He copiado íntegros estos dos párrafos del *Ensayo* porque en ellos, como en otros muchos, parece reflejar el Obispo de Limerick la elevación de miras y la generosidad de sentimientos del Cardenal Newman, á cuya memoria y á cuya defensa está consagrado ese notable folleto.

El Marqués de Casa Torre

LA CRITICA PSEUDO-CLÁSICA

Desde la aparición de los primeros trabajos de crítica en el Renacimiento hasta el momento actual, el arte ó ciencia de analizar las obras del ingenio ha sufrido transformación tal, que bien podíamos decir que se han subvertido todas las nociones que sirvieron de fundamento á las doctrinas literarias, que, recogidas como un tesoro de los antigos autores, inspiraron y dirigieron las literaturas de la Edad Moderna.

Nada más semejante á la evolución geológica que la evolución literaria. Las formaciones nuevas se apoyan en los restos sepultados de las formaciones antiguas. La misma sucesión de capas, idénticas estratificaciones, convulsiones y cataclismos en que el genio, semejante á un volcán, hunde en un momento todo un mundo venerable bajo torrentes de hirviente lava, convierte los ídolos en fósiles, los templos en cavernas, los seres vivos en restos petrificados para construir sobre ellos un nuevo mundo que sufrirá al fin la misma suerte.

Así, el arte de la Edad Media fué derribado, hundido, bajo aquella desbordante irrupción de estudios clásicos que invadió toda Europa; porque aun cuando se considere el pseudo clasicismo como un fenómeno literario localizado más especialmente en Francia, y sin los caracteres de generalidad suficiente para definirle como un período común á toda la historia literaria de los siglos XVI y XVII de Europa, siendo allí endémico y en otros países esporádico, siempre será la litera-

tura francesa de dicho tiempo la expresión más perfecta de un ideal que latía en todos los países, la síntesis de una labor reconstructiva en que se ocupó, más ó menos intensamente en unos puntos que en otros, toda la civilización de aquellos siglos.

La fijación del ideal clásico por los artífices de la corte de Luis XIV, fué la consagración de las formas heroicas de la sociedad romana. Pero como siempre que reaparece el pasado no reaparece en su primitiva pureza, sino que las formas antiguas se funden con las nuevas más ó menos visiblemente, así, por mucha que fuera la veneración de la antigüedad y el predominio del arte clásico, no pudo impedir una ni otro que en los nuevos géneros entrasen como primera materia asuntos del romanticismo medioeval; que al ideal pagano infundiese segunda vida el sentimiento cristiano, y que en la tragedia de Corneille tuviese cabida, al lado de Horacio, Cinna, Pompeyo y Medea, nuestro Cid, la figura de la Edad Media, la figura caballeresco-cristiana, y, por decirlo así, individualista por excelencia.

Y fué porque la tragedia no era sólo la reaparición de una forma antigua completamente extraña á la época en que surgió de nuevo. Si revistió en Francia un carácter más acentuadamente clásico, no por eso se desconocía en los demás países, si bien en Inglaterra y en España apareciese más libre y genuinamente nacional, y por lo mismo más vigorosa y creadora.

Las circunstancias políticas de Francia dieron á este género un relieve especial. Nada más apropiado al esplendor de aquella corte fastuosa, embriagada con sus glorias militares, de aquella Monarquía en pleno despotismo, cuya soberbia se exteriorizaba en empresas políticas y ruidosas victorias, que la tragedia, según la hermosa definición de nuestro Juan de Mena: *Escriptura que habla de Altos fechos, é por bravo, soberbio é alto estilo,* en que los poetas cortesanos presentaban á los monarcas los héroes de la antigüedad, como espejo en que

se habían de contemplar (1). Beaumarchais, en su *Lettre moderée* (1775), pudo quejarse todavía, con ocasión del fracaso de su *Barbero de Sevilla,* de que no se lograra interesar al público presentando en la escena hombres de condición media. «Ciudadanos ridículos y reyes desgraciados: he aquí el único teatro posible.»

Algún crítico francés afirma que la literatura era entonces, ó se quería que fuese, un feudo del Estado, y en este sentido interpreta la intervención de Richelieu en la marcha de los asuntos literarios y la protección dispensada á los poetas, así como su hostilidad contra el *Cid,* sospechando que se opusiese á sus designios políticos.

No es, pues, la tragedia francesa, como se da á entender generalmente, un vano alarde retórico, sin raíces en las costumbres y en la vida mental de aquella sociedad. Heine, al hablar de los juicios de A. G. Schlegel sobre la poesía de los franceses, á los cuales consideraba como «el pueblo más prosaico del mundo», negando todo valor á su literatura clásica, dice:

«Así hablaba este hombre en un tiempo en que veía á su alrededor moverse á los corifeos de la Convención, la gran tragedia de titanes; en un tiempo en que Napoleón improvisaba cada día una epopeya y en que París rebosaba en héroes, reyes y dioses.....

.....

»Racine fué el primer poeta moderno, como Luis XIV el primer rey moderno. En Corneille palpita aún la Edad Media.

---

(1) Recuérdese adónde llegaba la lisonja del mismo Calderón, que en la *Loa* y el *Auto del Buen Retiro* comparaba á Felipe IV con Dios: llamábase al nuevo palacio Jerusalem Divina; hacíase á las fuentes símbolo del Sacramento de la Eucaristía; á las góndolas, de las Virtudes Cardinales; á los canales, de las Bienaventuranzas, etc., etc. La persecución de Quevedo y su prisión en el convento de San Marcos, de León, son testimonio, así como sus discursos políticos, el *Lince de Italia,* la *Defensa del duque de Lerma* y la *Carta al Rey Luis XIII,* del papel que representaba la literatura en los asuntos políticos.

En él y en la Fronda aún resuella la antigua caballería. Por esto se le llama también romántico. En Racine, en cambio, la Edad Media expira. Crea nuevos sentimientos; es el órgano de una nueva sociedad; su pecho está embalsamado por las primeras violetas de nuestra vida moderna, y hasta podemos ver cómo brotan en él los laureles que después tan poderosamente crecieron. ¡Cuántos hechos heroicos tienen sus raíces en los delicados versos de Racine! Los héroes franceses enterrados en las Pirámides, Marengo, Austerliz, Moscou y Warteloó, oyeron todos en otra época los versos de Racine, y su emperador los escuchó de boca de Talma. ¡Quién sabe qué parte de gloria corresponde á Racine en la columna de Vendôme! Yo no sé si Eurípides es más grande poeta que Racine; pero sí, que el último fué viva fuente de amor y de heroísmo, y con su copa embriagó y entusiasmó é inspiró á un pueblo. ¿Qué más se puede pedir á un poeta?» (1).

Sin profundizar hondamente en la conciencia ni en el corazón de sus hombres, era indudable expresión de muchos de sus ideales, y si es lícito separar la forma del fondo, la vestidura y el adorno del cuerpo desnudo, podríamos llegar á concluir que los héroes de las obras de Corneille y de Racine eran franceses de la corte de Luis el Grande, vestidos á la moda romana, como algún crítico de aquel tiempo, no recuerdo ahora cuál, decía en parecidos términos. Y esta moda la había impuesto la crítica naciente, que es hija del Renacimiento.

En efecto; el arte de la Edad Media es ingenuo y nada reflexivo. En él proponderan la imaginación y el sentimiento, ambos mal avenidos con el espíritu de análisis. Este necesita de cierta madurez intelectual, no alcanzada en aquella época. Era preciso la obra de los humanistas, el estudio de los filósofos y poetas de la antigüedad, para despertar el sentimiento de la forma y el gusto por la corrección, para combatir

(1) Heine: «La Escuela Romántica.» Edic. Bibliogr. Instit.

el gusto bárbaro y sencillo que hasta entonces había dominado.

Sin ser Francia realmente la madre de la crítica, puede decirse que fué su cuna. La *Poética* de Escalígero (1561) influyó en los primeros trabajos de crítica é influyó directamente en los poetas de la Pléyada, y desde entonces Francia parece arrogarse la misión de encauzar la crítica, no sólo con la publicación de escritos didácticos, quizás en España más abundantes y prolijos, sino con la aplicación de la preceptiva clásica á toda clase de creaciones poéticas. En ninguna otra nación se puede seguir paso á paso los tanteos de una lengua que se desarrolla, presidida por el espíritu de la griega y la romana, á las cuales quiere igualar en dignidad y grandeza. Si en España los escritos de estética llenaron gran parte de la actividad literaria de los siglos XVI y XVII; si abundaron los traductores y comentadores de Aristóteles y Horacio (Carvallo, el Pinciano, Cascales, Salas, etc.), los poetas, novelistas y autores dramáticos, en posesión de una fuerza creadora más grande que la de Corneille, Racine, etc., encerraban bajo siete llâves los preceptos y daban rienda suelta á su fantasía, mientras que en Francia, la crítica y la literatura iban de la mano, se escribía bajo la tutela de las reglas, se observaban las unidades, se desdeñaban los asuntos nacionales, estableciéndose un lazo íntimo entre las clasificaciones del retórico y la producción del poeta. Lope escribía, ó creía escribir, para el vulgo, sacando:

A Terencio y Plauto de mi estudio
para que voces no me den...

y componía:

Por el arte que inventaron
los que el vulgar aplauso pretendieron...

en tanto que los poetas de la Pléyada se mostraban más arrogantes:

Rien ne nous plait, hors ce qui peut deplaire
au jugement du rude populaire;

en lo cual eran dignos antecesores de los Baudelaire, Werlein, Mallarmé, etc., de tiempos más modernos.

El primer libro en que las tendencias y progresos de la poesía francesa toman una orientación determinada, conteniendo un gérmen de doctrina estética, limpio de erudición pedantesca y de vasallaje incondicional á la literatura antigua, es la *Deffense et Illustration de la langue française,* libro en que, según la frase de Nizard, se hallan las primeras páginas en que la crítica se ha mostrado elocuente.

El origen de este manifiesto, que forma época en la historia literaria de los franceses, fué la aparición, en 1548, de un opúsculo titulado *Art poetique pour l'instruction des jennes gens peu avancez en la Poesie française*, obra anónima en un principio, y atribuída más tarde á un abogado cultivador de las musas: Thomas Sibilet. En ella aconsejaba su autor á los neófitos la imitación de Marot, si bien con algunas restricciones, por considerar agotados los materiales que el maestro usó, y creer que ya era tiempo de abandonar el *rondeau*, el *lai,* el *virelas* y la *balada*, formas genuinamente nacionales, y adoptar, en cambio, el soneto, la oda y la epopeya.

La aparición de la *Deffense* fué la señal de una viva polémica, que había de durar más de un siglo. La hermosa obra de Du Bellay censuraba la idolátrica admiración á los antiguos y el desprecio con que era mirada la lengua francesa por los eruditos.

«Desprecian nuestra lengua, quizá no por otro motivo sino porque la aprendemos sin esfuerzo y desde la niñez, mientras que las otras requieren gran trabajo y ejercicio. Pues si se hubiese perdido, como la griega y la latina, y estuviese encerrada en el relicario de los libros, no dudo que fuese tan difícil (ó casi tanto) de aprender como aquéllas. Y digo esto, porque la curiosidad humana admira harto las cosas raras y difíciles de

hallar, aunque no sean tan cómodas para el uso de la vida como los perfumes y las gemmas, ni tan necesarias como el pan y el vino.»

Estudia el origen de las lenguas; protesta del dictado de bárbara que se arrojaba sobre la francesa; afirma que puede llegar á ser tan rica como las clásicas, no siendo, en realidad, tan pobre como la creen muchos. Espera su amplificación y enriquecimiento de la imitación de los autores griegos y romanos, y no la considera incapaz para las lucubraciones filosóficas.

Estudia después los poemas que debe preferir el poeta francés; habla de los inventores de palabras, del ritmo, del artificio, y concluye el segundo tratado, que reviste el carácter de una poética, exhortando á los franceses á que escriban en su propia lengua.

Nada iguala el encanto de este bello elogio del idioma nacional; el sentimiento de libertad é independencia que palpita en sus páginas, el arte ingenuo, la viveza y colorido de las imágenes; caracteres que, arrancándole de las particulares circunstancias del momento, le hace de actualidad en todas las crisis literarias, como lo demuestra el hecho de que, tanto en 1820 los románticos, como en 1865 los parnasianos, y luego los simbolistas, han acudido á las obras de Joachim Du Bellay para redactar sus manifiestos. Hoy, que no podemos soportar las sátiras de Boileau ni las tragedias de Corneille y Racine, leemos *La Illustración* con raro deleite.

El prefacio de la *Franciada*, de Ronsard, posterior en más de veinte años á la *Deffense,* está empapado del mismo sentimiento que ésta, y en medio de sus deplorables recetas para escribir poemas épicos, en las que recomienda una imitación ciega y convencional de los procedimientos de Homero y de Virgilio, que él mismo pone en práctica, tiene palabras de afecto para su querida lengua natal, cuya gracia adolescente iba padeciendo bajo el espantoso aluvión de vocablos desenterrados de *une langue morte muett et ensevelie sous le*

silence de tant d'espace d'ans, la quell ne s'apprend qu'a l'ecole par le fout et par la lecture des libres (1).

*
* *

A pesar de que generalmente se tiene á la Pléyada por iniciadora del movimiento de ruptura con la tradición de la Edad Media y con la de Villon y de Marot, se me antoja ver en ambos escritos cierto espíritu de protesta contra el invasor influjo del clasicismo y un como presentimiento de que el exagerado culto al pasado, alejando al poeta de la fuente viva é inmediata de inspiraciones nacionales, era el peligro que amenazaba á la literatura francesa, ¿qué otra cosa si no dan á entender esos calificativos de «lenguas muertas y sepultadas», y el citado pasaje de Du Bellay, que acusa cierto menosprecio hacia el prestigio de que los eruditos rodeaban al griego y al latín? La misma *Franciada,* precursora del *Alarico*, de la *Pucelle*, del *Saint-Luis* y de la *Henriada*, ardía aún en el amor de las tradiciones patrias y el culto á los héroes de la Edad Media, culto que aún palpita en las páginas del *Cid,* admitido como por una gracia especial, junto á los Horacios, Medeas, Cinnas, Polintos y Pompeyos.

En su afán de enriquecer el idioma, Ronsard no vacilaba en admitir toda clase de palabras y expresiones dialectales, con tal que fuesen significativas (2). Sembraba también sus versos de términos, ejemplos y alusiones, sacadas de las lenguas madres (3).

---

(1) Ronsard: *Preface sur la Franciade*, p. 109, edic. Garnier, Frères.

(2) Et ne se faut soucier si les vocables sont *Gascons, Poitevins, Normans, Manceaux, Lionnois,* ou d'outres païs, pourveu qu'ils soient bons et que proprement ils signifient ce que tu veux dire...

(3) El poeta dice á su amada:

Estes-vous pas ma seule Entelechie?

Y en el epitafio á Margarita de Francia:

Ah! Que je suis marry que la Muse Française
Ne peut dire ces mots comme fait la Grégoise
Ocymore, dyspotme, oligochronien
Certes, je les dirois du sang Valesien.

Esta tendencia la siguieron, con más conocimiento de la índole de su idioma, Desportes y Bertautt, el primero de los cuales fué llamado el Tíbulo francés, así como Du Bellay había merecido el de Ovidio.

Es de advertir que el siglo XVI, al recibir la cultura antigua y fundirla en el crisol galaico, la adaptó á sus particulares gustos. El arte griego fué aderezado á estilo romano, con lo que se dió el fenómeno de imitar el arte griego tomando por modelo á sus imitadores latinos. Escalígero había ya sustituído aquéllos con éstos. Ronsard mostraba especial predilección por Virgilio, *primer capitán de las musas* (1), estimándole por más conciso y perfecto que todos los que le precedieron y siguieron. Prevenía la tacha de los envidiosos, diciendo que citaba á Virgilio antes que á Homero, que fué su maestro, porque *los franceses conocían mejor á Virgilio que á los autores griegos.*

Así, pues, no conservó el idioma griego el prestigio que en los primeros años del siglo XVI. Escalígero había dado á la poética de Horacio más valimiento que á la de Aristóteles. De este modo, el arte del pueblo griego, producto espontáneo de la naturaleza, con sus visiones plácidas y serenas unas veces, horribles y convulsivas otras, pero siempre ingenuo, se estudió é imitó, al través de su interpretación y adaptación latina, en la cual el genio retórico de los escritores romanos hizo palidecer los colores y disminuir la savia de aquellas poderosas y originales creaciones.

Juan de la Fresnaie-Vauquelin, padre del célebre Nicolás Vauquelín des Treteaux, preceptor de Luis XIII, fué el primero que en Francia escribió sátiras en el gusto de los latinos. Se le compara con Regnier, al cual se acerca. En la imitación (casi traducción) de Horacio, es más fiel que el mismo Boileau, que le supera indudablemente en elevación y brillantez, pero al cual sirvió de modelo en más de una ocasión. Su

(1) *Pref. Franciade*, pág. 209, edic. Garnier.

obra más importante es el *Arte poética*, acabada en 1590, pero no publicada hasta 1605. Este precoz ensayo de poesía didáctica contiene á veces lindos versos, de una vena bastante abundante, aunque tocando con frecuencia en lo prosaico, y sin llegar al nivel de Boileau. La época en que escribió no le permitía elevarse á mayor altura y hacer una obra perfecta, para lo cual sin duda estaba dotado. Con todo, en sus versos, muy del siglo XVI, hallamos todavía cierta ingenuidad y gracejo, que ya no se encuentra en la grave y ceremoniosa solemnidad de Despreaux.

Sus ideas respecto de la sátira son originales: creía que su estilo debía de ser sencillo y humilde (*bas*), imitando y representando las cosas naturales. No merecen elogio los que escriben sátiras en estilo elevado; la sátira no exige más que la verdad sencilla y desnuda. Tal es, dice, la manera de Horacio, entre cuyos versos y la prosa no hay otra diferencia que la medida y la cantidad.

Abunda en las doctrinas de Ronsard, respecto de la introducción de vocablos dialectales, llegando hasta aconsejar el empleo de los términos de las artes mecánicas (1). Muchos pasajes del arte poético de Boileau, y aun de sus sátiras y epístolas, son una paráfrasis que se acerca mucho á un calco de la obra del mismo nombre de la *Fresnaie Vauquelin,* teniendo ésta muchas veces en su abono una mayor fidelidad del texto de Horacio. Puede, en fin, considerársele como resumen de la poética de la Pléyada, cerrando el ciclo que había inaugurado la *Deffense*, de Du Bellay.

Casi coetáneo de Vauquelin, aunque algunos años más joven, favorecido frecuentemente por el rey Enrique III, del cual era llamado *le bien aimé*, y uno de los escritores que más

(1) L'idiome Norman, l'Angaru, le Manceau
Le François, le Picard, le poli Tourangeau
Aprens, comme les mots de tous arts mecaniques
Pour en orner aprés tes phrases Poëtiques.

provecho sacaron de sus obras (1), floreció Felipe Desportes (1546-1606), á quien Boileau califica de más discreto que Ronsard en la admisión de palabras latinas y griegas. Escogió distintos modelos que Ronsard, imitando los giros delicados de los poetas italianos, la brillantez de sus figuras y la vivacidad de sus descripciones. En un libro titulado *La conformité des Muses Françaises et Italiennes*, se le reprochaban sus imitaciones, lo cual, lejos de irritar al poeta, le hizo declarar que había tomado de dichos escritores más de lo que decía el autor del libro, y que si hubiera conocido su propósito, le hubiera ayudado de antemano con más abundantes datos.

Nuestro Séneca influyó también en aquel tiempo, por la mediación de Juan Bertault, que ocupa un lugar en el *Arte poética* de Boileau, al lado de Desportes. Trató de dar agudeza y brillantez á sus pensamientos, que resultaron por lo mismo más ingeniosos que sólidos. A esto debe el ser considerado como introductor del gusto por los *pointes*, tan favoritos de Voiture, especies de epigramas, de que se abusó en gran manera, y que provenían especialmente de Italia.

Malherbe, el gramático de las gafas y cabellos grises, como se llamaba él mismo en sus ratos de buen humor, el viejo pedagogo de la corte, el tirano de las palabras y de las sílabas, señala una fecha en la historia de la crítica francesa. El «En fin Malherbe vint» ha recorrido Europa entera, haciéndose en Francia frase proverbial, y significando, en lo que á su papel literario se refiere, el advenimiento del buen gusto, de la corrección y aun del sentido común, como principios disciplinarios de todas las aportaciones é importaciones con que sus predecesores habían enriquecido el caudal filológico y poético del idioma literario. Empieza entonces el período de edificación, tanto en el léxico como en el ideal clásico; con él aparecen

(1) El rey Enrique III, á quien el poeta había seguido á Polonia, le donó mil escudos para la impresión de sus obras. Reunió por distintos conceptos una renta de treinta mil libras.

en el verso francés esa escrupulosa delicadeza, esa armonía noble y sostenida que fueron desde su advenimiento los caracteres de la versificación francesa. Contribuyó asimismo á fijar la prosa, depurándola de los excesos de la fantasía y de los estravíos del mal gusto. En la propiedad de las palabras y en la exactitud de la rima llegaba á la minucia. No transigía con que se emplease el *pas* en lugar del *point,* ni que se rimase *innocence* con *puissance*, pues quiso que se rimase para los ojos tanto como para el oído. Su crítica, hablada, esparcida en ocurrencias oportunas y chistosas, algunas de ellas de gran alcance satírico, se ejercitaba contra las ficciones poéticas admitidas usualmente. Adviértese en ella un pálido reflejo del estro satírico de nuestro Quevedo. La biografía de Racan, llena de anécdotas y de *bon mots* del poeta, se lee hoy con más gusto y curiosidad que sus propias poesías.

Sus poetas latinos favoritos eran: Estacio, Séneca el trágico, Horacio, Juvenal, Ovidio y Marcial. Estimaba muy poco á los griegos, declarándose enemigo del *galimatías* de Píndaro, ejemplo que sin duda influyó en las sátiras de Perrault á este poeta. Tampoco los italianos merecieron su desaprobación, confundiendo á aquéllos y éstos en el mismo desprecio, pues decía que los epigramas de Petrarca estaban hechos á la *griega* (1).

El poeta de Enrique el Grande llevó la inspiración poética á la corte de los príncipes, desviándola de la libre naturaleza, y un poco también de los textos clásicos, de las estatuas y de los monumentos. La adaptó á las circunstancias políticas de su tiempo, convirtiéndola en un himno cortesano, en el encomio de un magnate que honraba á la Monarquía. Para ello sacrificó la imaginación y sensibilidad, esencia de la poesía, según Ronsard y los suyos, á las cualidades de ornato exterior, precisión, claridad, orden y medida. Secó las fuentes del lirismo, y si su puesto en la crítica es importante y tal vez decisi-

(1) Es decir, que carecían de *punta*.

vo, en la historia de la poesía es meramente circunstancial y secundario.

La teoría aristotélica de las tres unidades, que rodaba ya por todas las literaturas de Europa más ó menos atendida y estimada, preséntase ahora en Francia como un hada maléfica destinada á empobrecer y enflaquecer la fantasía de los poetas dramáticos. En Francia se atribuyó á Chapelain la gloria de haberla desenterrado hacia el año 1635. Nosotros sabemos cuánta ignorancia encierra esta afirmación. Pero si nuestros traductores y comentadores de Aristóteles y Horacio; si Cervantes en el *Quijote* y en su comedia *Pedro de Urdemalas;* si Whetstone (1578), Sidney (1583) y Ben Jonson (1598) en Inglaterra, etc., etc., habían ya protestado, en nombre de la unidad de tiempo, de ciertos abusos desmesurados en la distribución de las edades de los protagonistas en las obras dramáticas, es lo cierto que este principio sólo había de ser obedecido por los trágicos franceses, pues tal vez constituía uno de los puntos fundamentales de la tragedia, según ellos la entendieron.

A pesar de esto, según Olivez en su *Histoire de l'Academie*, en una conferencia literaria dada en el palacio del cardenal, demostró Chapelain que se debía indispensablemente observar en las composiciones dramáticas las tres unidades: de tiempo, de lugar y de acción. Nada sorprendió tanto como esta doctrina. Era nueva, no sólo para el cardenal, sino para todos los poetas de su banda.

Chapelain, alma entonces de la Academia francesa, creyó que era necesaria la creación de un amplio Diccionario y de una Gramática que suministrase al idioma todos los elementos que le faltaban; el resto se adquiriría por una Retórica y una Poética, compuesta para servir de regla á los que quisieran escribir en prosa y verso.

Él fué también el principal redactor de los *Sentiments de l'Academie sur lè Cid*, que aparecieron en 1638, opúsculo célebre en la historia de la crítica literaria, y del cual dijo La

Bruyère que era «una de las mejores críticas que se había hecho de obra alguna». Saint-Beuve afirma, á su vez, que la crítica aplicada data en Francia de esta obra.

Balzac, con su grandilocuencia, echa los cimientos de la prosa del siglo XIX; y el que lea sus obras, que difieren bastante del ambiente de su tiempo, no podrá menos de encontrar en ellas en embrión la sátira social y religiosa, la filosofía de la historia, que tanta materia había de dar para todos los géneros del siglo pasado.

Saint-Beuve dice que con Balzac en la prosa y Malherbe en el verso, el período de preparación estaba cerrado. El idioma tiene ya vida y personalidad propia, y van á aparecer los grandes artífices que han de dar magnificencia al edificio: Boileau, Corneille, Racine y Molière. Pero sobre todo, Boileau.

***

Por mucho que difiera nuestro ideal literario del de los franceses en la época que estudiamos; por muy soporífera que nos parezca la lectura, si es que hay quien la emprenda, de las sátiras y epístolas de Boileau Despreaux, y aun por grande que haya sido el menosprecio que las reacciones han arrojado sobre sus obras y las de sus contemporáneos, sería necio desconocer que el autor de el *Arte poética* encarna un ideal y una época entera, y que su labor, si escasa en originalidad y exhausta de poesía tal como nosotros la sentimos y como la sintieron los mismos modelos á quienes imitaba ó traducía, es labor perfecta, fastuosa y magnífica de cincel; labor que admiró Europa entera, y cuyos versos, como dice D. Marcelino Menéndez y Pelayo, nacidos para correr de boca en boca, con su corte sentencioso, con su brevedad axiomática, aun hoy contienen ciertas verdades, ciertos preceptos ineludibles á todo artista, sea cualquiera el género que cultive y la escuela ó moda literaria á que pertenezca.

Y entiéndase que el crítico, por la índole especial de su misión, no está sujeto á envejecer tan rápida ni tan completamen-

te como el mismo artista, que por lo común se inspira en el gusto de sus contemporáneos, en las veleidades del público caprichoso y tornadizo, y que suele ir por donde le llevan. El estudio de los buenos modelos, la contemplación de la naturaleza, el buen sentido, la verdad, etc., etc., son principios que, por mucho que cambien las tendencias y varíen los gustos, y por de prisa que se sucedan las escuelas y evolucionen los géneros, presidirán siempre á la labor artística, y el crítico se verá siempre obligado á invocarlos, y acudirá á ellos para juzgar y discernir lo bueno de lo malo.

Dos críticos de épocas posteriores, D. Leandro Fernández Moratín y D. Leopoldo Alas, proceden de la estirpe de Boileau: el primero, por su tendencia y por su carácter; el segundo, si no por la primera, por el segundo. Moratín, por la sequedad y gravedad de su inspiración y por la pomposa parsimonia de sus afectos, así como por el neo-clasicismo que representa. Clarín, por el carácter atrabiliario de su sátira, por la flagelación despiadada y descortés, que, como Boileau, ejerció sobre todos los poetastros de su tiempo.

Así, pues, Boileau Despreaux es en su temperamento é idiosincrasia personal, como en su actitud agresiva y violenta, el fundador en los tiempos modernos de una raza espiritual, de una familia literaria, que aunque algunos creen ya extinguida, es posible que dure tanto como la literatura misma, en donde las sorpresas del atavismo son fenómeno corriente.

Boileau había nacido con las dotes necesarias para dar cima á su obra; pero sólo estaba dotado en la justa proporción para no rebasar sus límites por un exceso de genio (1). El ambiente que respiró no podía ser más adecuado para justificar su idolatría por griegos y romanos. Por todas partes sonaban los nombres de Homero, Píndaro, Virgilio, Horacio, Juvenal y Persio. Tarea de todos los hombres de letras era traducir

(1) Parece ser que la máxima de La Rochefoucauld «C'est une grand pauvreté de n'avoir qu'une sorte d'esprit», fué escrita contra Boileau.

las obras del parnaso latino y griego (bien que con frecuencia se profanaban con parodias é imitaciones burlescas). El marqués de Racan y M. de Segrais traducían á Virgilio. El académico Charpentier, la *Ciropedia*, de Jenofonte; Casandre, la *Retórica*, de Aristóteles; Perrín, la *Eneida*; L'abbé de Pure, á Quintiliano; Boileau mismo, además del *Arte poética*, que con sobrado motivo puede pasar por traducción de Horacio, además de sus sátiras y epístolas, expuso á las iras de sus enemigos el *Tratado de lo sublime de Longino*, atiborrado de notas, de prefacios y de apéndices, que le convierten en una especie de código de la tragedia.

Según Brunetière, Boileau representa en la literatura francesa el advenimiento del sentido burgés. Para entender esta afirmación, es preciso recordar que así como en España el cultismo y el conceptismo eran deformidades del pensamiento, en Francia no lo eran menores el *énfasis* y el *preciosismo*. Contra ellas combatió el crítico, no sólo en nombre y con las armas que le proporcionaba su erudición y gusto clásico, sino con su mismo sentido personal. Está dotado de positivo buen gusto y de instinto perspicaz. Blasona de independencia. Sus ataques son rudos, sangrientos, y no se detiene á justificar sus censuras ó á fundamentarlas en principios. Estos sólo aparecen en la segunda época de su vida, de 1670 á 1685, poco más ó menos. Su sátira insolente, encendiendo las iras de los pedantes, levanta inmenso clamoreo, sembrando el desorden en las bajas regiones del Parnaso. También algunas figuras culminantes caen á sus tiros, envueltas en sangre y cubiertas de ridículo. Pronto llega á ser el dictador implacable de derecho divino, que en sus versos lapidarios, inmortales, condena á eterna execración al desventurado poetilla que no logra agradarle.

Mas esta labor puramente negativa de su obra no interesa á la posteridad, y aun está sujeta á no pocas rectificaciones. De su doctrina, míseramente pobre, falta en su mayor parte de originalidad, sólo puede recogerse unos cuantos preceptos

de carácter axiomático, comunes á todas las épocas, y que en el fondo ninguna escuela ha pensado seriamente en rebatir.

El Buen Sentido, la Razón, la Naturaleza y la Imitación de los Clásicos. He aquí las cuatro piedras angulares del edificio de su crítica.

Al Buen Sentido debe supeditarse la Rima, como una esclava que sólo debe obedecer. Pero ¿cuál ha de ser este Buen Sentido? Es de suponer que Boileau no se refiera al sentido vulgar, al gusto de la mayoría de las gentes, incluso las indoctas, sino al gusto formado por el estudio de los buenos modelos y auxiliado por un instinto estético natural. El Buen Sentido, como el Sentido común, es algo indeterminado y vago que no tiene sustantividad propia ni puede servir de fuente de inspiración, y á poco que se medite en el significado de esta frase, se comprenderá su carácter negativo de protesta contra toda demasía, extravagancia ó deformidad.

De igual indeterminación peca otro de los númenes que invoca y recomienda al poeta: la Razón. ¿Qué es la Razón aplicada á las obras de arte? Lo es todo y no es nada. Es cierto que toda obra humana está sometida á sus leyes, y en ella tiene su base más firme; pero es verdad también que la razón, abandonada á sí misma, es impotente para producir la emoción estética, y aun pasa entre nosotros los hombres por el símbolo de todo lo que es contrario á la belleza misma.

En lo que se refiere á la Imitación de la Naturaleza, anduvo Boileau más cerca de lo que constituye la fuente eterna de la inspiración del artista. Sólo que esta Naturaleza que él ponía como modelo, no era ella misma en su aspecto siempre nuevo y renovado; era la Naturaleza vista por los ojos de unos hombres que habían vivido muchos siglos antes, y cuya constitución social, costumbres, leyes, opiniones, prejuicios, sentimientos y creencias eran casi totalmente distintos que los nuestros.

Y cuando, por último, recomendaba la Imitación de los Antiguos, la lectura de los modelos, proscribía del arte toda idea

de evolución y de progreso; consagraba con el culto al fetiche el dogmatismo literario, tan nocivo al arte como el dogmatismo teológico al sentimiento religioso. Y esta imitación que Boileau propone, ha de empezar por la restauración de los géneros antiguos y el abandono total de los nacionales. Así, no se habla ya de Baladas, Rondeaux, etc. Todo eso hemos de desterrarlo si queremos aspirar al nombre de clásicos, si pretendemos pasar á la posteridad. Escribamos idilios, sin dejar de la mano á Virgilio ni á Teócrito; elegías, que requieren un tono más elevado que aquellos; odas, que han de ser más brillantes, puesto que mantienen el comercio con los dioses; sonetos, forma inventada por Apolo para tormento de los malos poetas; epigramas, pero huyendo del retruécano ó juego de palabras (1); madrigales, sencillos y nobles en sus giros dulces y amorosos; sátiras, por medio de las cuales la verdad venga al humilde del poderoso, sin llegar nunca á la audacia de Juvenal, porque el lector francés exige más respeto del poeta; y como por una gracia especial, salva el vaudeville (2) de esta general proscripción de los géneros tradicionales, aunque mofándose de los que le cultivan.

En pocos puntos discrepa la didáctica de Boileau de la de Horacio, pues, como ya hemos dicho, es un resumen de ésta. Sin embargo, modifica aquel precepto del vate latino, según el cual, un monstruo no puede ser objeto de la obra de arte. El francés, en cambio, cree que no hay serpiente ni monstruo, por odioso que parezca, que no pueda agradar á los ojos, imi-

(1) A juzgar por la guerra que declara Boileau á esta degeneración del epigrama, el retruécano ha sido plaga de todos los tiempos.

(2) Se cree que su inventor fué *Olivier Basselin*, *Foulon du Bourg*, de Vaudevire (Baja Normandía). Se llamó al principio *Vaudevire*, y después *Vaudeville*, por corrupción. Otros creen que proviene de los cantos de los habitantes de *Vau*, es decir, del valle de *Vire*. Eran canciones sobre un aire conocido, que admitían todas las licencias imaginables, siempre que los versos pudieran cantarse. La evolución ha convertido estas canciones en el género chispeante y ligero que todos los escenarios de Europa conocen.

tado por el artista que sabe hacer de los asuntos más espantosos un objeto amable. Si esta comparación no estuviera tomada de Aristóteles (1), podríamos creer que hablaba aquí el arte de la Edad Media.

Después expone Boileau las reglas de la Tragedia.

La Tragedia fué en aquel período, después de lenta evolución (2), la forma que consiguió triunfar de todas las demás, incluso el poema épico y la novela. Necesita, dice, de altos caracteres y pasiones elevadas, debiendo huir de las pequeñeces de la novela. El lugar de la acción debe ser siempre el mismo. Dejemos á un *rimeur* (3) transpirenaico que encierre en un día

(1) *Poética*, cap. IV y IX. Propos. XXVIII del libro I de su *Retórica*. Nada deleita en más alto grado al hombre que la imitación. Por eso amamos tanto la pintura, aun cuando nos represente objetos repugnantes, cuyos modelos nos infundirían horror, como las bestias venenosas, los hombres muertos ó moribundos y demás imágenes de esta índole. Cuanto más perfecta es la imitación, más placer nos produce; placer que no proviene del original que se imita, sino de que el espíritu encuentra por este medio ocasión de razonar y de instruirse.

(2) Hasta Luis XIII no tuvo en Francia la tragedia forma acabada. Las inacabables guerras civiles y el poco éxito que tuvieron las tentativas de *Jodelle*, *Garnier* y sus contemporáneos, retardaron la evolución de un género que había de dar tanto esplendor á la corte de Luis el Grande. *Alejandro Hardy* encontró un público, cuyo gusto, lejos de estar formado, vacilaba, influído por las ficciones bucólicas de origen italiano y español, como la *Arcadia*, la *Aminta*, el *Pastor Fido*, la *Diana* (de Montemayor), esta última traducida tres veces en Francia en veinte años (1578 á 1603). La pastoral, ó como entonces se decía, la *fable bocagère*, era la moda literaria, consagrada por el éxito inmenso de la *Astrea* (1607-1610) Hardy tanteaba el gusto del público, ensayando alternativamente la pastoral, la tragedia y la tragicomedia, para lo cual aprovechó asuntos de las novelas de Cervantes, como en *Cornelie*, la *Force du sang* y la *Belle Egyptienne*. Nisard le considera como jefe de una á modo de insurrección contra la tragedia sabia; cree que no inventó nada, sino que tomó de donde pudo, imitando las imitaciones de Jodelle y de Garnier. Mezcló los coros, las nodrizas, los mensajeros del teatro antiguo con los *Pantalons* italianos y los *Matamoros* españoles. Brunetier rectifica esta opinión, considerándole como un escritor original. Escribió 500 ó 600 obras dramáticas.

(3) Alusión á Lope de Vega.

años enteros. Allí, con frecuencia, el héroe de un grosero espectáculo puede aparecer niño en el primer acto y con barbas en el último; pero nosotros, franceses, esclavos de la Razón, debemos llevar á la escena un solo asunto en un solo día y en un mismo lugar.

La pasión es elemento insustituible en la tragedia; arrojad de ella el frío razonamiento, por muy sabiamente aderezado que esté. Sólo el terror y la piedad pueden arrancar aplausos.

Pero hay un género que para Boileau reviste más importancia que la misma tragedia, y éste es el poema épico. Es regla ineludible en esta clase de poemas el resucitar á los dioses de la mitología, pues sólo á un poeta ignorante se le puede ocurrir tomar como héroe de una epopeya á Childebrando. A más de que sólo el nombre, ya de por sí duro y extraño, convertiría la epopeya en un poema bárbaro ó burlesco.

Respecto de la novela, ya hemos visto con qué desprecio la trata al hablar de la elevación de la tragedia; no obstante, considerábale como un género desconocido de la antigüedad. Censuraba duramente el *Artamene* y la *Clelia,* de mademoiselle Scuderí, que se había entretenido en relatar, á imitación de los pastores de D'Urfé, las imaginarias aventuras amorosas de los personajes célebres de la República romana, los Mucio Scévola, los Horacio Cocles, las Lucrecias y Medeas, ocupándolos en trazar cartas geográficas del amor, y de proponerse los unos á los otros enigmas y cuestiones galantes. *Les Heros de Roman,* diálogo á la manera de Luciano, está destinado á ridiculizar el afectado preciosismo de estas novelas, así como las de La Calprenade, etc.

Perrault, en uno de sus diálogos, hace gran aprecio de la novela, presentándola como una muestra de la mayor potencia imaginativa que poseen los autores modernos sobre los antiguos. Cree que una novela puede valer tanto como un poema épico, pues el verso, dice, no es de esencia en la poesía, no es más que un ornato de ésta. Tal doctrina, á la que suscribiríamos los modernos, recibe un golpe fatal cuando, para con-

firmarla, compara la *Cleopatra*, el *Ciro* y la *Clelia* con la *Iliada*.

Puede acusársele á Boileau de que no comprendiese la importancia que la novela habría de adquirir en los tiempos modernos, importancia que vieron claramente Perrault y los suyos. Si hubiéramos de exponer aquí la polémica ó querella entre antiguos y modernos, habríamos de reconocer que en ella se abren nuevos horizontes á la crítica, y que la disidencia que representa Perrault es el punto de nacimiento de las nuevas ideas estéticas.

El poema titulado *El siglo de Luis el Grande* fué el primer tiro de aquella refriega, que había de terminar personalmente en una reconciliación, pero que representaba dos tendencias irreconciliables. El Paralelo representa el derecho del público á juzgar las obras del artista, arrancando este monopolio de manos del crítico. Introduce el sentido general, una especie de jurado destinado á corregir esa especie de retorsión que la ley escrita imprime en el sentimiento natural de la equidad, llevando á la contemplación de las obras de arte el juicio instintivo y espontáneo que no siempre se halla en el profesional erudito, dominado por prejuicios que oscurecen en muchas ocasiones la clara visión de la belleza. Mas detengámonos aquí, reconociendo en Boileau la encarnación de la crítica pseudo-clásica, período al cual, todavía en el siglo XVIII, escritores tan independientes como Voltaire habían de rendir tributo.

Digamos también que si Boileau Despreaux representa esta falsa orientación del gusto, no por eso fué menos imparcial y exacto en el ponderar y medir el mérito real de sus contemporáneos. Admiraba á Corneille, pero con restricciones; no escatimaba su aplauso á Racine, á quien ponía en ocasiones por cima de aquel; pero ya en sus últimos tiempos reconoció la superioridad de Molière sobre todos, pues era el que sobre todos poseía el secreto de la observación directa de la sociedad en que vivía y el verdadero sentido de humanidad. Como en cierta ocasión le preguntase el monarca cuál era, á su juicio,

el primer poeta de Francia, respondió sin vacilar: «Molière, señor»; el rey esperaba otra contestación, y así lo sabía Boileau, y como Luis insistiese preguntando de nuevo: «¿Ningún otro?» «Ningún otro, señor», respondió el crítico, y salió de la regia estancia, sabiendo que había desagradado á su rey.

Consideraba á Descartes y á Gassendi como filósofos superiores á los antiguos, y su actitud frente á la Sorbona en defensa de la filosofía del primero, que dió origen á el «Arrèt Burlesque», le reivindica un tanto de la acusación que sobre él lanzó el conde de La Rochefoucauld.

Apretado, en fin, por los defensores de los modernos, llegó á confesar que sólo había uno que los sobrepujase á todos en gusto (1), á los viejos y á los nuevos: Pascal.

Es, por último, un hombre representativo, pues aunque por la estrechez de sus ideas y lo reducido de su dominio no puede arrogarse la personificación de toda una cultura, sí parte de ella, por decirlo así, la que más se asimilaba al carácter de su patria, la más social, la más pomposa, y, si se nos permite la expresión, la más *chauviniste*.

Si Boileau Despreaux faltara en el cuadro de las grandezas del siglo de Luis XV, faltaría quizá, si no la figura más

---

(1) No podemos resistir á la tentación de copiar la carta de madame de Sevigné, en que, con su admirable estilo, refiere esta anécdota. Hela aquí:

«*Corbinelli* m'ecrivit l'autre jour un fort joli Billet. Il me rendoit compte d'un diné chés M. *de Lamoignon*. Les Acteurs êtoient les Maitres du Logis, M. *de Troies*, M. *de Toulon*, le P. *Bourdalue*, son compagnon, *Despreaux*, *Corbinelli*. On parla des Ouvrages des Anciens et des Modernes. *Despreaux* soûtint les Anciens, à la reserve d'un seul Moderne, qui surpasse á sou goût et les Vieux et les Nouveaux. Le compagnon du *Bourdaloue*, qui faisoit l'entendu et qui s'êtoit attachè à *Despreaux* et à *Corbinelli*, lui demanda quel etôit donc ce Livre si distingué dans son esprit; il ne voulut pas le nommer. *Corbinelli* lui dit: *Monsieur, je vous conjure de me le lire: afin que je le lise toute la nuit. Despreaux* lui respondit en riant: *Ah*, Monsieur, *vous l'avés lu plus d'une fois j'en suis assuré*. Le Jesuite reprend et presse *Despreaux* de nommer cet Auteur si merveilleux, avec un air dedaigneux, un *cotal riso amare*. *Despreaux* lui dit: Mon *Pere ne me pressés point*; le Père continuë; enfin *Despreaux* le

simpática ó agradable, la más característica. Un crítico de su temple comunica á una sociedad que cultiva las letras, cierto interés palpitante y dramático. Parece como si diera mayor valor al ingenio, más nobleza al artista, más brío al poeta y más dignidad á todos. ¡Dichosa la época literaria que tiene un crítico temible! Su pluma será, sí, un instrumento de tortura para algunos; pero será también el cincel que labra la estatua de la inmortalidad.

Así lo entendió aquélla, y lo manifestó honrándole y agasajándole en toda ocasión y lugar. Comía en casa de M. de La Sablière y de Ninon de Lenclos; sentábase en la carroza del duque de Enguien; era amigo íntimo del mariscal de Vivonne; asistía á las tertulias de los esposos D'Acier; el conde de Broussin comía en su mesa; discutía con el gran Condé, y el rey mismo dedicaba una hora á la semana para hablar con él; atención á que el poeta correspondió con la mayor alabanza que puede salir de boca de un gramático: «Construye admirablemente», decía.

Tal vez á última hora soñó un arte más humano y natural que las arengas declamatorias de Corneille, y de hecho llegó á afirmar que la bella Naturaleza y sus encantos no se manifes-

---

prend par le bras, et le serrant bien fort, lui dit, *Mon Père, vous le voulés. Eh bien!* C'est *PASCAL*, morbleu! «*PASCAL*, dit le Père tout étonné! *Pascal* est beau autant que le faux le peut être.» *Le faux dit Despreaux! Le faux! Sachés qu'il est ausi vrai, qu'il est inimitable on vient de le traduire en trois Langues.* Le Pére repond: «Il n'eu est pas plus vrai pour cela.» *Despreaux* s'echauffe là-dessus, et criant comme un fou, entame une autre dispute; le Père s'echauffe de son côté et après quelques discours fort vifs de part et d'autre, *Despreaux* prend *Corbinelli* par le bras, s'enfuit au bout de la chambre, puis revenant et courant comme un forcené, il ne voulut jamais se reprocher du Père, et alla rejoindre la Compagnie, qui etoit demeurée dans la Sale où l'on mange. Tell finit l'Histoire; le rideau tombe. *Corbinelli* me promet le reste dans une conversation: mais moi, qui suis persuadée que vous trouverées cette scène aussi plaisante que je l'ai trouvée, je vous l'ecrit; et je crois que si vous la lisez avec vos bons tons, vous la trouverés assé bonne. *LET. du* Dimanche 15 Janvier 1690.

taron en la poesía francesa hasta el advenimiento de La Fontaine y Molière.

El sentimiento de la Naturaleza no es en algunos hombres un sentimiento de juventud; también, cuando la vejez llega, se suele sentir embargado por un último amor: el de la tierra que va á perder para siempre. ¡Quién sabe si el crítico erudito, harto de libros viejos, sintió á última hora esa voz que habla como no han hablado ni Homero ni Virgilio, y cuya infinita variedad de acentos no pueden abarcar todas las leyes de los filósofos ni todo el arte de los poetas!

Eduardo Ovejero

EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

CAPÍTULO X

El faro distaba de allí diez minutos, y el camino no ofrecía, fuera de algunos trechos profundamente arenosos, ninguna dificultad. Sin embargo, alegróse Ulrico cuando llegaron, pues Eleonora parecía luchar con una gran fatiga. Desgraciadamente, las dos habitaciones estaban llenas de hombres que hablaban á voces, y el aire de aquel recinto, ya de suyo ahogado, estaba saturado de humo de tabaco, hasta tal punto que se hacía irrespirable. Pero no tenían donde elegir, y se consideraron dichosos de encontrar al lado de la ventana una mesa libre, á la cual se sentaron. Para tranquilidad de Ulrico, encontraron á su llegada en la playa delante de la puerta un coche que había conducido á unos bañistas que querían volver á pie.

—Es mi único consuelo en esta calamidad—dijo Ulrico á Eleonora.

—Es usted un aristócrata—contestó ella sonriendo,—y su lugar es Inglaterra. Nosotros los alemanes, que no nos las damos de aristócratas, no lo tomamos tan á pecho. ¡Un poco de humo de tabaco! Y no hay que tomar á la humanidad como rebaño; es preciso entrar en detalles. Mire usted, por ejemplo,

aquellos dos de aquella mesa. El uno, con su cara afeitada y escuálida y su cabello enmarañado, es ó parece un cómico que busca contrata; el otro, con su cabeza calva y su doble barbilla de burgués, el director del teatro, parece que ya ha dicho que sí, y sólo busca sacar el mejor partido del pobre diablo. O aquella mamá, con sus hijas bastante cosconas ya, á quienes hacen la corte esos tres caballeretes con tanta asiduidad. El viaje á los baños es el último cartucho. La mamá sonríe distraída. ¡Sería tan hermoso poder casarlas! Pero ya sabe por experiencia que todo quedará otra vez en nada. Pero ¿usted no oye lo que digo? En efecto, Ulrico apenas había entendido sus últimas palabras. Un señor salió de la pieza vecina, atravesó la habitación, y salió. Ulrico creyó reconocer en él á su compañero de Universidad. Debía haberse equivocado; hacía más de tres semanas que le había visto por última vez; si no se hubiera marchado, hubiera tropezado con él en tanto tiempo alguna vez que otra. Podía darse el caso de haber abandonado Norderney para volver luego; y aunque fuese así y no se tratase de una equivocación, Eleonora y él estaban tan apartados de los demás allí en la ventana, que no los debía haber visto. Si se hubiera tratado de otra persona, á Ulrico le hubiera sido indiferente el encuentro. ¿No le era lícito en una residencia de baños mostrarse en público con una dama? Pero á Ulrico le parecía una profanación que aquellos ojos le hubieran visto con Eleonora. Sus relaciones con la amada joven habían revestido desde el primer día tan dulce y novelesco secreto, y en los últimos días rompía el velo una mano tan desagradable.

Acaso era sólo un fantasma de sus sentidos sobrexcitados; la sombra que el desolado porvenir arrojaba sobre aquellos momentos, el porvenir que empezaba mañana, en el presente, que sólo le guardaba un par de horas dulces y tristes hasta el instante en que dejara á Eleonora en su casa.

Quiso arrojar de su alma el desconsuelo que la amenazaba de modo tan sobrehumano, pero no lo consiguió. También

ella había intentado renovar las bromas de la tarde, pero sin poderlo conseguir, y miraba tristemente ante sí. No podían evocar ninguna idea risueña. Sus cejas se fruncían; su boca se contrajo más de una vez, y su pecho respiraba difícilmente como si quisiera sacudir un peso. Ulrico hubiera partido de buena gana; pero el cocherò que poco antes llegó había estipulado una hora de descanso. No pudiendo sufrir por más tiempo la estancia allí, abandonaron el recinto y pasearon por delante de la casa, hasta que el cochero se declaró dispuesto á marchar.

Era un ligero coche abierto, con dos asientos, de los cuales el primero era indudablemente para el conductor, un viejo pescador, que tomó asiento inclinado hacia adelante y no se cuidaba más que del camino, lo que después de todo parecía muy necesario. Pues tan pronto como dejó atrás las dunas, salieron de la polvorienta carretera á la playa, libre ahora por la marea baja, si bien algunos trechos había que ir por el agua. Por allí podía ir más pronto, cortando la curva que describía la playa. Varias veces estuvo el coche para volcar, pero Eleonora no daba señales de inquietarse.

—No soy de natural pusilánime—dijo;—y en mis frecuentes viajes me he visto tan á menudo en verdaderos peligros (aquí no le hay), que he acabado por desechar todo temor. Además, morir en la juventud una muerte rápida no es lo peor que á uno puede ocurrirle. Una larga vida, ¡ah! eso puede ser una dicha para algunos elegidos; pero para los demás, ¿qué es? Una cadena de desengaños grandes y pequeños con todo su séquito de amarguras y melancolías.

—¡Si usted supiera cómo me duele oirla á usted hablar así!

—Ya lo sé, y eso que me había jurado no hablar hoy de cosas tristes. Podía tratar de disculparme diciendo que era la fatiga ó que no podía sacudir la murria: decir que tales pensamientos acuden en tropel en esta pantanosa playa con sus vegetaciones viscosas, como si aquí y allá hubiese ahogados invisibles, pero no es eso. Vea usted, amigo mío, pronto nos

vamos á separar. ¡Quién sabe si volveremos á encontrarnos en la vida! Y ahora que había empezado á conoceros y á estimaros mucho, mucho, y sé que no me olvidaréis y que en estos días os acordaréis de mí, quisiera que conservaseis buena idea de mí. Y creo que la que usted lleva no es la verdadera. Creo que se ha formado usted una especie de imagen ideal, como suele suceder á menudo en un primer encuentro en que las personas se esfuerzan por mostrar sus buenos lados y aparecer á una buena luz. Pero la verdadera Eleonora es de otra manera completamente distinta. La verdadera Eleonora vive en el país de las Batuecas, donde la gente no sabe realmente lo que quiere, y al ver tantos fuegos fatuos no acierta á tomar el camino recto. Y aun cuando acierte á entrar en una vía que en el mundo se considera de buena usanza y conveniente, no puede resistir el tedio que produce depender de gentes que atormentan con sus manías, caprichos y extravagancias. Usted, usted mismo, que trata siempre de pensar y piensa rectamente, echaría de ver todo esto y le produciría tanta mayor decepción y disgusto, cuanto más alta me hubiese usted colocado al principio.

—¡No siga usted—exclamó Ulrico,—por Dios! No puedo oir eso, ni siquiera dicho por usted. Si es esa su verdadera opinión de sí misma, la conozco yo mejor que usted. Pero no puede serlo, aunque no veo qué empeño tiene usted por querer empequeñecerse y rebajarse á mis ojos. ¿Es que quiere usted aliviarme de la pena de tener que separarnos? Pues realmente lo será para mí. Si es esta su intención, puedo asegurarla á usted que no lo consigue. No me dejaré arrancar del alma la imagen que llevo de usted.

Calló, conmovido, para volver á decir en seguida en un tono más tranquilo:

—Supongamos que yo la estimo á usted en más de lo que vale, ¿qué mal hay en eso para usted? Yo... yo... ¡Dios mío! Ya le he referido á usted bastante de mi pasado para que pueda saber cuántos ideales he enterrado, ¡cuán mísera ha llegado

á ser mi vida! Usted afirma que quizá no volvamos á vernos. No tengo valor para pensarlo, pero puede ser. ¿Y no me quiere usted conceder la dicha de poder elevar en el puesto de los antiguos ídolos derribados, otro nuevo al cual no tenga más que elevar los ojos para sentir que esta vida no es sólo una broma pesada que los dioses se complacen en darnos? ¿Qué puede usted contestar á eso?

—Que merezco sus reconvenciones de usted y le pido perdón.

Había un suave y humilde encanto en su voz y le tendió la mano, que él estrechó un momento y después soltó sin haberla besado, como por la mañana. No quería hacerse otra vez culpable de la misma debilidad de que tan profundamente se había arrepentido. Aunque lo que había dicho fuese una declaración de amor, no tenía que avergonzarse de ella. Por confusas que hubieran sido sus palabras, podía haber sentido que en su adoración no se mezclaba ningún bajo pensamiento, y que á su lado, como ahora en el corto trecho de la playa, podía ir por el mundo, sin temor de verse en la penosa situación de rechazar un amor á que no podía corresponder.

Cuando llegaron á las primeras casas del pueblo la noche había cerrado. El viejo cochero declaró que estaba dispuesto á llevarlos hasta la vivienda de la dama, no lejos de la suya. Despacio, por la enarenada calle, pasaron por delante del salón del balneario, donde, con bastante extrañeza, á pesar de la desgracia ocurrida por la mañana que tanto había conmovido á la colonia, oyeron los acordes de la orquesta que ejecutaba un alegre vals. A cada vuelta del camino sentía Ulrico aumentar el peso que oprimía su corazón. Ahora sólo tres, ahora sólo dos, ya sólo falta una esquina, después desembocarían en la plaza de la iglesia. Y por fin, llegaron á la plaza de la iglesia y estuvieron frente á la casa.

Los esposos Nilsen salieron á recibir á la señorita. Ulrico pagó al cochero y entró tras de los tres, que se detuvieron charlando en el jardín. Sólo le faltaba decirla «adiós», pero un

«adiós» para siempre. No tenía nada más que decirla; no quería tampoco decirla nada más. Sin embargo, ¡despedirse así, en presencia de aquellas buenas gentes! Se resistían sus labios y vacilaba, un poco separado del grupo, con el album y el plaid que acababa de recoger del coche, en la mano.

—¡Pero, hombre, coge esas cosas y llévalas al cuarto de la señorita!—dijo la señora Nilsen.

El hombre alejóse con los objetos.

—Tengo que ir adentro á ver el agua, no me cueza demasiado—dijo la señora Nilsen, dirigiéndose apresuradamente al interior de la casa.

Estaban solos.

En la calle había una tranquilidad absoluta; la noche era profunda; en el jardín hubiera reinado obscuridad completa, á no ser por la ligera claridad que sobre la izquierda esparcían el fuego del hogar que hasta allí llegaba por el portal de la caso y la ventana iluminada del cuarto de Eleonora. La otra mitad estaba sumida en la negra sombra del follaje y del macizo de reseda, del cual se exhalaba un dulce aroma que embalsamaba el ambiente.

Estuvieron un rato inmóviles, silenciosos.

—Conque... ¡buenas noches!—dijo Ulrico por fin, reuniendo todas sus fuerzas, con voz ahogada.

—¡Buenas noches!—contestó ella.—Mañana le enviaré á usted el boceto. Pero no se debe usted ir hoy á casa con las manos vacías.

Volvióse al macizo de reseda, sin estrechar la mano que él extendía. Él no la quiso detener; pero una angustia extraña é indefinible, al verla desaparecer en la obscuridad, le hizo correr á su lado.

Levantóse ella del macizo.

—¡Aquí, querido amigo!—dijo.

Él quiso coger las flores y cogió con las flores su mano. Su mano estaba fría y temblaba, hasta el punto que las flores cayeron al suelo.

—¡Eleonora!—dijo Ulrico sordamente.

Se abrazaron; sus labios se juntaron.

—¡Yo te amo! ¡Eleonora! ¡Yo te amo!

—¡Y yo á tí... indeciblemente!

Y otra vez rodeó ella su cuello con sus brazos y le besó muchas, muchas veces, con febril, con furiosa pasión.

Después desasióse y voló al interior de la casa.

CAPÍTULO XI

Aquella breve noche de verano parecióle á Ulrico interminable. Recorría su pequeña habitación inquieto; asomábase á la ventana, hundiendo su mirada en la obscuridad, ó sentábase á la mesa en el sofá, apretando su cabeza, presa de la fiebre, entre sus manos.

En el caos de pensamientos que se agitaba en su cerebro, sólo uno aparecía con terrible claridad: que hasta ayer noche hubiera podido volver á casa de su mujer y de sus hijos (para ser un desdichado el resto de su vida); pero hubiera podido volver. Ahora ya no podía; ahora que sabía que la pasión con que batallaba, y que consideraba sin esperanza, era correspondida, él y ella se habían confesado su mutua pasión entre los besos de sus enardecidos labios. Hasta ayer por la noche había sido dueño de sí mismo, árbitro de su suerte; aunque su suerte fuese un sufrimiento sin fin, la hubiera soportado él solo, no la hubiera tenido que dividir con nadie. Hoy pertenecía á ella, como ella le pertenecía á él; hoy sólo podía haber para los dos un mismo destino.

¿Y Herta? ¡Gran Dios! ¡La noble, la confiada Herta; ella, que creía ser amada como amaba y había declarado mil veces que aquel amor suyo era su vida! Y ahora iba á saber que lo que durante diez largos años había tenido por realidad no era más que un sueño, del cual la arrancaba un espantoso despertar; iba á saber que el tesoro amasado de su amor y su fidelidad, todos sus merecimientos, sus mil ternuras, su desinterés

y su abnegación, no tenían ningún valor; su matrimonio, santuario y único orgullo de su vida, había sido roto en el momento en que una mujer más joven, más hermosa y más espiritual que ella se presentaba ante ellos, y decía á su esposo: «Tú debes ser mío», ¿tenía un corazón en el pecho y pensaba decir esto á la mujer que en santa confianza descansaba en ese corazón y que era la madre de sus hijos?

¡Imposible! Tan imposible como alejarse de la que ante él aparecía como el precioso colmo de todos sus deseos y de todas sus aspiraciones; de aquella ante la cual se le aparecía la vida en toda su magnificencia, que era su luz, su sol, y cuya desaparición le había de sumir en una noche perpetua.

Poco antes había leído una novela inglesa, titulada *No thorough fare*. No hay salida, no hay salida más que la muerte. Y de esta solución tuvo ella el presentimiento el día anterior por la tarde, cuando hablaba del rápido fin, que consideraba como mil veces mejor que una vida en la aridez del deseo no satisfecho; la vida que á ambos les esperaba. Vivir en el pantano cuotidiano de la mentira. ¿La mentira, de cuyo fangoso contacto hasta entonces no había tenido necesidad de manchar la orla de su vestido? Quedaba sólo para él.

Él no quería sino que llegase la mañana.

Y la mañana llegó, disipando los espectros que durante la noche le acecharan y atormentaran. Ahora la volvería á ver, y bebería consuelo de sus bellos ojos y escucharía de amados labios lo que había resuelto. La muerte ó la vida, lo que ella quisiera; él estaba en sus manos, el Dios de ella sería el suyo.

Serían las cuatro cuando se arrojó vestido en la cama, no para dormir, sino para dar reposo á sus miembros, que sentía destrozados. Sin embargo, por fin llegó el sueño, del cual sacóle un golpe dado en la puerta. Saltó de la cama, poniendo ambos pies á la vez en el suelo. ¡No podía ser otra cosa que un recado de ella!

La señora Juana estaba en pie en la puerta, con una carta

y un objeto en la mano. Rogaba al señor barón que la perdonase por presentarse ante él de aquella traza. Pero Nantja Nilsen, la portadora, había dicho que se le entregara aquella carta al señor barón inmediatamente. ¡Y apenas eran las seis de la mañana! Y ni siquiera un saludo; lo había preguntado expresamente.

—¿Por qué un saludo?—dijo Ulrico, mirando atónito la carta y el objeto que le entregaba la señora Juana.

—¡Por Dios!—dijo ésta.—Cuando se va la gente...

—¿Quién se ha ido?

—La señorita. Se ha marchado, señor barón, hace una hora en el vapor de Emden. Mi hermana está desesperada, dijo Nantja. No porque pierda de ganar, pues no lo necesita; pero ayer por la mañana me dijo: «Nunca he tenido una señora tan buena; y pensaba estar aquí cuatro semanas más. ¿Cómo es que ahora, así de repente...?»

—No puedo decirle á usted, señora Juana.

—Quizá en la carta...

—Creo que no—dijo Ulrico, cerrando la puerta, delante de la cual permaneció la señora Juana meneando la cabeza, para después volverse á la cocina despacio, con nuevos gestos de asombro.

—¡La señorita de Nilsen marcharse de pronto á las cinco de la madrugada! ¡Su señor barón, vestido á las seis en punto, sin duda no se desnudó...—Esto no se compagina—dijo, echando agua en la olla...—esto no se compagina.

Cuando Ulrico cerró la puerta y hubo echado á conciencia el cerrojo, estalló un ronco grito de su garganta, entre sollozo y carcajada.

¿No era digno de risa? ¿No había sido otra vez el loco idealista con cuya inteligencia juega la fantasía á su antojo? Partir. Era muy fácil, muy cómodo. ¿Así se quitaban de en medio todas las complicaciones que destrozan el corazón y el cerebro de otras personas que toman la vida con tan estúpida seriedad? Aquella noche, la idea de que ella pudiera matarse le

había vuelto medio loco; pero ella no había hecho más que... partir. ¿No era cosa de reirse?

Pero quizá se hubiera observado la escena de la noche en el jardín ó hubieran chocado sus frecuentes encuentros, y había partido con el exclusivo objeto de darle cita en un lugar seguro.

—¡Bah!—dijo Ulrico.—Las apariencias no son de esto, y en todo caso no hubiera partido con tanta prisa.

Daba vueltas alrededor de la carta con el cartón que había dejado sobre la mesa, sin atreverse á abrirla. Por fin avanzó resueltamente, rompió el sobre y leyó:

«¡Mi querido amigo!

Hoy, por la mañana, temprano, salgo de aquí; es preciso; los dos tenemos la culpa.

No arroje usted este papel colérico lejos de sí; créame; cada línea que contiene está escrita con sangre de mi corazón. Pero en un caso como el nuestro, en que la cabeza y el corazón libran tan tremenda batalla, la mujer no puede abandonar la resolución al hombre. Su nobleza y su valor le hacen á usted apto para todo sacrificio. Pero ¡ay del que acepta un sacrificio que no puede aceptar! Es más culpable que el que le propone. Y el temor ante esta culpa, creo yo, nos impone á nosotras, mujeres, el deber de no perder la razón ó nos la devuelve después de perdida. Como quiera que sea, le ruego, le conjuro á usted á que me oiga con calma.

Somos completamente inocentes de lo que entre nosotros ha sucedido. Ahora puedo decíroslo: le amé á usted desde el primer momento, y sé que á usted le sucedió lo mismo. Si en ello hay culpa, será de la Naturaleza, que nos ha creado el uno para el otro. Sí, querido de mi alma, estoy persuadida de ello como de mi propia existencia; que armoniza con la tuya como dos notas iguales, que se une á la tuya como dos gotas de agua que se absorben la una á la otra. La Naturaleza no se equivoca; sabe siempre lo que quiere. Pero los hombres se engañan y nosotros nos engañamos al creer, penetrados del mismo rayo de

amor, que podíamos caminar juntos, mano á mano, tranquilos, como dos buenos camaradas. Quizá hubiera debido chocarnos cuán indeciblemente dulces nos eran nuestra charla, nuestras bromas, nuestras disputas y discusiones, entabladas tan sólo para admirar mutuamente nuestro ingenio y perspicacia; pero ni tú ni yo habíamos experimentado esta dulzura en la vida. ¿Podíamos saber que era venenosa? ¿Que bebíamos la muerte con ella? ¿Una muerte que no es sino la más alta, la más hermosa vida, la única vida que compensa el nacer y el morir?

Así era y así siguió siendo hasta ayer mañana. Entonces, cuando apareciste ante mi, pálido, desconcertado por la angustia; cuando la alegría de volverme á ver te hacía llorar á ti, hombre fuerte, como á un niño, entonces supe yo que tú me amabas, entonces supe yo que te amaba.

Y en aquel momento adopté la inquebrantable resolución de partir hoy mismo. No te asustes, no me riñas. No puedes hacerlo, porque tú en el mismo momento tomaste la misma resolución. ¿Que cómo lo sé? Querido mío, amado mío, así sucede cuando se ama. Las almas se ven como al través de una pared de cristal. No sirve ningún disimulo. Y por eso supe que hoy partirías.

Y ahora te confesaré que ayer te propuse ir á las dunas deliberadamente. Era la última tarde que íbamos á pasar juntos, y á la mañana siguiente empezaría la noche para nosotros. Quería ver el sol por última vez. ¡Ah! ¡Y qué hermoso me pareció! ¡Qué feliz me sentía! ¡Y tú también, querido mío! Sólo me maravillo de una cosa: de que cuando estaba sentada y pintando no me quitases tú los pinceles de la mano y me estrecharas entre tus brazos; que yo no saltara á tu cuello y te dijera cuán infinitamente te amo. Al fin había de hacerlo, á pesar de la filosófica conversación, con la cual nosotros al volver por la noche tratábamos de meternos miedo como los niños en la oscuridad.

Por segunda vez te digo, pues, que tú no tienes culpa algu-

na de lo que entre nosotros pasó ayer noche. Cuando allí nos reunió la casualidad, pues fué la casualidad quien allí nos reunió, tenía que suceder lo que sucedió. Aunque se pudiera pensar otra cosa, no lo creería ni un momento.

Creo, mejor dicho, sé, querido mío, que hasta aquí piensas lo mismo que yo, y que lo que escribo en este papel está escrito en nuestras almas. Con todo, lo que tengo que escribir todavía ya es otra cosa. Pero sólo podrás diferir de mí un momento hasta que la pasión que te agita te deje ver la verdad.

Amigo mío, sabes que yo pienso libremente; mucho más libremente que lo que suele ser permitido á nosotras, mujeres, pensar. No participo en modo alguno de la opinión de que el orden social, conforme es actualmente, sea justo; de que el que posee, posea siempre con derecho. Soy de opinión que el verdadero derecho está muchas veces conculcado, y que hay muchos esclavos que deberían ser señores. ¿Será alguna vez de otro modo? Debemos desearlo, esperarlo; pero no tenemos poder para transformar lo existente. Si lo tuviéramos, cambiaríamos las cosas, pero siempre restaría por saber si lo que después viniera sería mejor que lo que hoy existe. Pero como no lo tenemos, no podríamos hacer más que hablar de ello, que no sirve de nada, ó lamentarnos, que es indigno de nosotros. Sólo nos queda reconocer el orden constituído y adoptar el lema que constituye la suprema sabiduría de las almas nobles: la vida y la resignación son una misma cosa.

Es el orgullo del mendigo, convengo en ello. Más prefiero envolverme en este orgullo que tomar por la fuerza con mano avara un dón que se me rehusa. Soy demasiado orgullosa para rivalizar con tu mujer. No es que yo respete principalmente lo que ella ha poseído antes que yo, pues el acaso ha tenido parte muy esencial en esta posesión. No es que me humille ante las excelentes cualidades que sin duda posee. Aunque las tuviese en medida mil veces mayor, le falta una: la de hacerte feliz. ¿Y podría yo hacerte feliz? ¿Yo?

Yo hubiera sabido hacerte dichoso si te hubiera encontrado

libre. Ahora ya es tarde. Sí, querido, demasiado tarde. Así, pues, no te atormentes con vanas sutilezas, y piensa sólo una cosa: en el dintel de nuestro cuarto nupcial veríamos una figura, que ni ruegos ni oraciones podrían alejar: la sombra de tu mujer, á quien daría muerte lo que á nosotros vida. Ni para ti ni para mí habría ya dicha alguna.

¿Ser tu amante? Una mujer que ama no tiene orgullo mientras se trata de ella, de ella sola. Pero un hombre que ama, lo tiene y debe tenerlo. Y tu orgullo no podría sufrir que la mujer á quien amas cayese en una situación vergonzosa á los ojos del mundo.

Así, pues, sólo nos quedaba esta solución: separarnos, mientras tuviéramos fuerza para ello. Desde ayer noche empezaba á dudar si hoy las hubiéramos tenido.

No me preguntes dónde voy. No quiero ocultarme de tí; pero te ruego que no me busques. Por irrevocable que parezca mi decisión, nunca es bueno edificar castillos sobre nuestras fuerzas espirituales.

No te digo que me olvides. Sería una de esas frases que tú y yo aborrecemos cordialmente; nosotros no podemos olvidarnos... nunca.

No te digo: sé feliz. Ni siquiera: trata de ser feliz. Serían palabras huecas. Para ti no hay felicidad sin mí; para mí no la hay sin ti.

Sólo puedo decirte: sé y sigue siendo el hombre á quien yo he amado y que siempre amaré.

¡Ah, querido amor mío! ¡Tengo aún tantas cosas que decirte! Pero abajo espera el coche que ha de llevarme al vapor. Ojalá fuera la barca de Caronte. ¡Debe reinar allí tanta paz! La paz de la eternidad, para pensar en ti y en la dicha infinita que con tu amor me has deparado.

ELEONORA.»

Ulrico dejó la carta en la mesa lentamente, y abrió la carpeta de cartón. Contenía dos hojas del mismo tamaño: una de

ellas era el boceto de la tarde anterior, sin terminar; la otra, detalladamente concluída, un dibujo de la playa en que se encontraron la primera vez, con el mar plomizo y el sol espectral sobre los negros nubarrones que un minuto después engendraron la tempestad.

La tempestad, de la cual había nacido su amor, para morir unos cuantos días después en un desierto en que ningún pájaro cantaba, ninguna planta crecía, ni confortaba al sediento ninguna gota de agua.

La cabeza de Ulrico cayó sobre la hoja que habían tocado las queridas manos de ella. Y así permaneció largo rato, sin fuerzas, sin lágrimas, con el sentimiento de que tenía en el pecho, en vez de corazón, una masa pesada plomiza.

Finalmente, consiguió levantarse. Puso la carta y la carpeta en un departamento secreto de su baúl, y llamó.

Salgo hoy á las doce, señora Juana, en el vapor de Bremen.

La señora Juana inclinó la cabeza por toda contestación, y cerró la puerta.

En la cocina hubiera dado rienda suelta á su corazón. Pero Yantja, que estaba sentada en el taburete mondando patatas, ¡era tan joven y tan boba para comprender nada de aquello! Así que se contentó con murmurar sobre la olla de agua cociendo:—Ya lo había pensado yo. La gente joven...

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

Eleonora creyó poder llegar á Berlín en un tren de la noche de aquel mismo día. No le fué posible. El *Emdener* sufrió averías durante la marcha, y llegó con retraso al puerto de destino. El tren que enlazaba con el vapor había partido mucho antes de que llegase éste; Eleonora tuvo que servirse de

otro posterior, de marcha más pequeña, que no llegaba á Hannover hasta la noche. El expreso de Berlín pasaba, es cierto, por la ciudad á media noche; pero sus fuerzas estaban agotadas; hízose conducir á un hotel inmediato á la estación para dormir allí.

Noche bien triste, mucho más triste que la última de Norderney. Aun creía sentir sobre sus labios los besos del hombre adorado, y sacar fuerzas de su mismo amor para escribirle la carta que para siempre los separaba. Ahora ya era un hecho: la herida había derramado sus últimas gotas de sangre, y los dolores habían empezado. Soportables en las primeras horas de la travesía, por el sentimiento de la victoria alcanzada sobre sí misma, estremecían aún su alma, y el mar y el cielo evocaban tan vivamente los recuerdos de las dulces horas pasadas con el sér amado, que sólo con cerrar los ojos parecía tenerle junto á sí; después, con más agudeza ya, en el atestado cupé, en el camino de la estación, por los solitarios y desolados pantanos, y después por la monótona llanura; mortalmente amargo en el cuarto del hotel, que en su vulgar apariencia de comodidad parecía la imagen de la vida á que estaban condenados ella y él. ¿Por qué? Para que no se interrumpiesen las rutinarias costumbres del pasado. Y de este modo se venía abajo todo un mundo espiritual de luz y poesía. Un mundo divino. ¿No había sido miserable cobardía, de la cual era ella culpable, ella sola? Nunca le debió rechazar de su lado para arrojarle. ¿Dónde? ¿En los brazos de la otra, cuyo contacto no podría él sentir sin que le subiera al rostro el rubor por la traición que cometía á la dueña de su corazón, á la que era su verdadera esposa, aunque ningún sacerdote hubiera bendecido su amor?

Estos pensamientos torturaban á Eleonora, mientras miraba estúpidamente, sentada en el sofá, la llama de la luz languideciente de encima de la mesa, y luego, retorciéndose las manos, paseaba con paso incierto á lo largo de la desierta habitación. Aquella noche no podría estar él aún en su casa; era

un débil y único consuelo; ¡pero mañana, mañana por la noche!

¿Podría llegar, á pesar de todo, aquella noche á su casa? Desde la primera vez que comieron juntos en el restaurant Otterndorf, en que él la hizo un compendiado relato de su vida, no había vuelto ella, por un sentimiento de repulsión que no se podía explicar, á abordar el tema de sus relaciones conyugales. Y como él por su parte guardó también silencio en este punto, sólo conocía ella aquellas sucintas indicaciones. No conocía el apellido de su mujer ni el nombre de sus hijos. Ni siquiera sabía dónde estaba situada su hacienda con certeza. Creía recordar que alguna vez habló de Mecklenburgo como lugar de su nacimiento. También pudo ser la Pomerania. ¿Qué le importaba á Haidee, donde había nacido su dulce amado, á quien había encontrado en la playa?

Al fin sonó abajo la campana; en la silenciosa mansión resonaron pasos acelerados en el corredor; y ella, quieta, escuchando, sentía que los latidos de su corazón la ahogaban. ¿Sería él? ¿Habría volado tras de ella? ¿La había alcanzado? ¿Llamaría á su puerta? ¡Soy yo, Eleonora!

Los pasos siguieron por delante de la puerta, y Eleonora llevóse las manos á la frente. Era delirio. Ella misma se lo había prohibido. Aunque hubiera desafiado su mandato, ¿cómo podía saber que estaba en aquella ciudad, en aquel hotel?

¡Todo había concluído, todo! Y se arrojó sobre el lecho, apretó su rostro contra la almohada para que no oyesen los vecinos su desesperado llanto.

Así pasó aquella horrible noche.

Por la mañana levantóse pálida y enferma. Debía desistir de su propósito de salir en el primer tren, y esperar hasta el medio día á que pasase otro expreso para Berlín.

En el cual estaba ahora sentada desde hacía dos horas en un departamento de primera clase. El día anterior había querido ser económica, y tomó segunda, después de cuatro años largos de no viajar sino en primera; pero se sintió horrible-

mente desgraciada entre todos aquellos rostros desconocidos que se renovaban en cada estación, y que la examinaban con la misma curiosidad de arriba abajo. Hoy era otra cosa. Se alegraba de su determinación. Quedábanle algunas horas para recobrar la tranquilidad y dominarse, de modo que al comparecer por la noche en Berlín ante su tía y su prima, no se delatase. En todo caso, podía disculpar la palidez de su semblante y las huellas del llanto con cualquier accidente del camino.

De nuevo detúvose el tren ante una estación solitaria, en donde no era de esperar que hubiera un viajero de primera clase. No bien habíase extinguido el grito del mozo anunciando «un minuto de parada», cuando se abrió la puerta del cupé y subió apresuradamente un caballero, al cual alargó un criado en traje de caza un plaid arrollado y una maleta. En el mismo instante sonó el pito del jefe, y el tren se puso en movimiento. El caballero asomóse á la ventanilla para cerciorarse, sin duda, de que su criado aun estaba allí. Después sentóse en un extremo del asiento de enfrente, no sin haber hecho antes una cortés inclinación á Eleonora, que contestó con un apenas perceptible movimiento de cabeza.

Eleonora había lanzado un par de miradas fugaces al intruso, al subir éste y al inclinarse ante ella. Era un hombre robusto y bien proporcionado, de estatura un poco menos que mediana, pasando quizá de los veinte años. Desde la primera ojeada le tuvo, á juzgar por el corte elegante de su traje, por un inglés. Sin embargo, la cara redonda, con el rubio bigote de puntas retorcidas hacia arriba, que en vano pugnaba por darle aire marcial, ó por lo menos osada apariencia, y la expresión bondadosa y harto amistosa de sus ojos azul claro y algo saltones, no confirmaban la anterior conjetura. Todo inducía á pensar en el cazador vanidoso del principio, y Eleonora no necesitó ver la corona sobre las iniciales de la maleta, que colocó á su lado, para convencerse de que pertenecía á la escasa minoría de las familias directoras.

Con lo cual dió por terminadas sus investigaciones para

abandonarse á sus tristes pensamientos, que con extrañeza, suya, tomaron ahora una nueva dirección. Fuese que despertaran los recuerdos de su vida en Inglaterra, ó quizá cierta fugaz semejanza, ello es que se acordó de un joven que la amó apasionadamente, y que estuvo á punto de ser su marido. Mas por mucho que se tratase de persuadirla por todos lados, y por beneficioso que fuese el matrimonio con el joven hijo del conde, que tenía en perspectiva una rica prebenda en los tres Reinos Unidos, y por apasionado que estuviese su pretendiente, ella no le quiso con el amor que era ó creía ser capaz de sentir, lo cual la decidió á rechazar sus pretensiones. Lo mismo la sucedió con un segundo y un tercero; aquél al principio, y éste poco antes de abandonar Inglaterra. Para el primero pasó por una coqueta, cuyo vanidoso corazón ignoraba lo que es el cariño, y se servía de sus encantos físicos y espirituales para atormentar á los hombres. Poco faltó para que ella misma lo creyera. Ahora sabía á qué atenerse; sabía que era capaz de amar, y al mismo tiempo cuán amargo es el amor, aun cuando sea correspondido.

Y por segunda vez la atormentó un pensamiento.

¿Hubiera adivinado Ulrico que ella le amaba, aun cuando no hubiera ocurrido la escena del jardín la mañana anterior, cuando fué á buscarla, aterrorizado por el siniestro del mar? Si no hubiera ocurrido aquella escena, ¿habría partido en la ignorancia de su amor y quizá en la persuasión de que ella no le amaba? ¡Los hombres, en su orgullo, no necesitan más que esta convicción para cicatrizar las heridas de su corazón prontamente! Y ella, con su debilidad, había hecho al hombre amado, quitándole esta ventaja, doble, triplemente desgraciado; tan desgraciado como ella misma.

Inconscientemente dejó escapar un gemido de sus labios. Con un movimiento mecánico alzóse el negro velo de los ojos y de la frente; había olvidado á su rubio compañero de viaje, por lo que se estremeció al oir repentinamente una voz á su lado, que dijo en inglés:

—¿Quizá desea usted, señora, que abra la ventanilla de su asiento?

—Si usted tiene la bondad...—contestó Eleonora en alemán.

El caballero, que se había levantado al empezar á hablar, dió un paso hacia ella y abrió con sus pequeñas manos, cubiertas de guantes claros, la ventanilla. En los botones dorados llevaba en miniatura la misma corona de la funda de la maleta. Durante la maniobra, un poco difícil, pues la ventanilla resistíase á abrirse, evitó cuidadosamente rozar ni siquiera el borde de su vestido. Después volvióse á su sitio en el otro extremo del vagón.

—¡Muchas gracias!—dijo Eleonora respirando el aire fresco que entró.

El tono amistoso en que dijo estas palabras, dióle ánimos á su compañero de viaje para contestar de la manera más amable:

—Señora, para ser inglesa, habla usted el alemán admirablemente.

Eleonora hubiera podido devolver el elogio diciendo:

—Caballero, para ser alemán, habla usted el inglés perfectamente;—pero quiso sacarle del error en que se encontraba, y repuso:

—Soy alemana; así es que no tengo derecho á su elogio.

El caballero miró con sus azules ojos ante sí, como resistiéndose á creer lo que le decían.

—¡Es extraño—añadió hablando en alemán;—puesto que usted, señora, lo dice! Si no, no lo hubiera creído.

La candorosa amabilidad de sus ademanes y palabras no pudo menos de seducir á Eleonora, por muy amargos que fuesen sus pensamientos.

—¿Sería indiscreción preguntarle á usted por qué?—dijo ella, irguiéndose un poco y volviendo á medias la cara á su compañero de viaje.

—Me es difícil explicárselo á usted—dijo él visiblemente regocijado por la conversación de la dama.—Tiene usted, se-

ñora, en sus facciones y su porte algo que me parece enteramente inglés, aparte de su guardapolvo y de su equipaje, que son, sin duda alguna, de procedencia inglesa.

Eleonora sonrió involuntariamente: precisamente por las mismas razones exteriores, había ella tomado al caballero por un inglés.

—Claro—repuso ella.—He oído decir que muchas cosas de Alemania van á Inglaterra para venderlas como inglesas, y aun para volver, como fabricadas en Inglaterra, á Alemania.

—Nunca lo había oído—exclamó el caballero rubio, siempre con sus azules ojos asombrados;—y hasta si usted me lo permitiera, lo tendría por imposible. Estos chismes ingleses, por ejemplo, esta maleta, la he comprado yo mismo en Londres.

—Regent-Street.

—En casa de Greenwell Brothers—acabó de decir Eleonora.

—¡Ah!

Los azules ojos parecieron salirse angustiosamente de sus órbitas. Eleonora túvolo por demanda de una explicación de su arte adivinatorio, y dijo:

—Vengo casi directamente de Londres, donde, con cortas interrupciones, he vivido cuatro años largos. Entre otras cosas, he aprendido allí á conocer los mejores cofres.

—No obstante. ¡Increíble penetración! ¡Increíble!—murmuró el caballero, moviendo la cabeza con asombro.—Greenwell Brothers. ¡Exacto! hasta había olvidado el nombre, á pesar de que también creo conocer mi Londres perfectamente. Voy por allí á menudo; esta misma primavera estuve más de cuatro semanas. Tengo allí una hermana casada. Es decir, mis parientes residen allí solamente en la *season*, naturalmente, y luego en Yorkshire, en su casa de campo. ¿Usted, señora, tendrá allí parientes, naturalmente?

—¡Nada de eso!—contestó Eleonora.—Estuve allí de institutriz.

—¡Cómo...!

En sus labios, bajo los rubios y retorcidos bigotes, se dibujó una sonrisa: la señora quería indudablemente darle una broma; pero él no se dejaba engañar tan fácilmente. Lanzó una mirada á Eleonora para persuadirse de que bromeaba, y su sonrisa desapareció. La expresión del rostro de la dama no podía ser más seria; en sus grandes ojos, y alrededor de la boca, un poco contraída hacia abajo, casi notábase un rasgo de melacolía, á su juicio, consecuencia natural de semejante oficio. ¡Institutriz! ¡Qué lástima!

Pero debía asegurarla que esta desgracia no la rebajaba á sus ojos. Conocía sus deberes con una dama, aun cuando ésta tuviese la desgracia de ser institutriz.

Siguióse una pausa muy molesta para él. No quería ocurrírsele nada á propósito para el momento. Casi estuvo por golpearse la frente con los dedos. ¡Dios santo, una vez que ella le había dado á conocer su estado, el más sencillo deber de educación exigía que él no la ocultase el suyo! Sacó del bolsillo del pecho de su sobretodo una cartera de nácar, tomó de ella una tarjeta, levantóse, dió unos pasos, y dijo, con el sombrero en la mano, permaneciendo á respetuosa distancia de Eleonora:

—Puesto que he tenido la inmerecida dicha de hacer este viaje en compañía de usted, señorita, ruego á usted me permita presentarme.

Y extendió la mano para darle la tarjeta, con un ademán tan lleno de timidez, que habría desarmado á Eleonora, en caso de haber tomado su aproximación como una impertinencia.

Pero estaba muy lejos de ello. Ya hacía tiempo que había adivinado que aquel joven había formado buen concepto de ella, y á su alma, herida de muerte, le servía de bálsamo esta persuasión. Así, pues, tomó con amable sonrisa la tarjeta, en la cual, bajo la ya conocida corona, se leía: el conde Guido Wendelin, y para corresponder á su cortesía, le dió su nombre.

El conde inclinóse de nuevo y tomó asiento, esta vez en el

centro del asiento, del que quitó la maleta para ponerla en el sitio que dejó desocupado.

—Debo creer, señor conde—dijo Eleonora de nuevo,—que su señor cuñado pertenece á la aristocracia inglesa. He vivido, en lo que cabe, dada mi posición, exclusivamente en ese círculo. Quizá le conoza, así como á su señora hermana.

El conde dijo el nombre de su cuñado; la casualidad quiso que Eleonora, en la posesión de un señor aristócrata, en cuya casa vivió una corta temporada la familia del lord á cuyo servicio estaba, tuviese ocasión de conocer á los hermanos del conde, si bien muy someramente. La sincera alegría que esta circunstancia produjo al conde fué turbada sólo—según dijo—por no haber podido asistir á la invitación que recibió él también para aquella visita, á consecuencia de una caída que sufrió del caballo, impidiéndole haber trabado así dos años antes conocimiento con Eleonora.

Ahora, el hilo de la conversación no había de romperse con facilidad. Salieron á relucir nombres y posesiones de familias de la aristocracia inglesa; poco á poco fueron citando una multitud de relaciones comunes á ambos. Después pasaron á hablar de viajes. Púsose de manifiesto que el conde, como Eleonora, conocía Francia, España, Italia, y hasta había estado en Egipto y Palestina. Finalmente, en este ir y venir de los recuerdos, se habló, sin saber Eleonora con qué motivo, de los balnearios del Norte. El conde opinaba que la playa más hermosa era la de Scheveningen.

—Yo quizá preferiría la de Norderney—advirtió Eleonora.

—Desgraciadamente no la conozco—dijo el conde.—¿Usted ha estado allí, naturalmente?

—De allí vengo ahora—contestó Eleonora.

—¡Ah! Me interesa—dijo el conde.—Un amigo mío muy querido debe haber estado allí al mismo tiempo que usted, ó quizá esté aún: el barón de Randow. Tal vez le haya visto usted, señorita.

Eleonora pronunció el nombre de la isla, cuna para ella de

tanta felicidad y dolor, con el sentimiento de quien en una sociedad roza suavemente á una persona querida con mano ligera, seguro de que nadie lo nota. Ahora conmovióse hasta lo más profundo de su alma. El conde conocía á Ulrico, y le llamaba su querido amigo. ¿Debía contestar á su pregunta afirmativamente? Pero, ¿y si con ello entregaba á los cuatro vientos un secreto que debía ser guardado? Un rotundo nó lo evitaría.

—No, y lo siento—dijo ella.—¿Si pudiéramos cerrar otra vez la ventanilla?

Había ya puesto la mano en la correa; pero el conde se adelantó á ella, diciendo:

—¡Permítame usted, señorita!

Volvió á sentarse frente á ella en línea oblicua. Eleonora se apoyó en un lado y entornó los ojos.

—Señorita, ¿debe usted estar cansada, verdad? Ruego á usted sinceramente me perdone; quizá la esté molestando con mi conversación.

Dijo esto con acento cordial y casi triste. Como un reproche por no haber conseguido con toda su amabilidad más que cansarla.

—¡Nada de eso!—dijo Eleonora.—Ó quizá un poco. En todo caso; no tanto que no pueda sostener su agradable conversación.

—Es usted la bondad en persona—dijo el conde.—¿Cómo puede usted llamar agradable conversación á mi insípida charla? Sin embargo, usted tiene, en parte, la culpa.

—¿De qué?

—De mi verbosidad.

—¿Pues?

—¡Ah! Señorita, siempre que tengo que explicar algo, me siento perplejo. Siento; ¿pero decir cómo y por qué? *C'est plus fort que moy*. Lo contrario de mi amigo, cuyo nombre cité antes. Es el hombre más ingenioso que conozco.

—¿De veras?—dijo Eleonora con cierta sonrisa singular,

que el conde tomó por un signo de incredulidad; después contestó con vehemencia:

—¡Ciertísimo, señorita; el más ingenioso que conozco! Y por eso deploro que no se le hayan presentado á usted. Precisamente á usted. ¡Dios mío, cómo hubieran ustedes hablado! Hubiera querido estar allí para oirles.

¡Pobre hombre!, pensó Eleonora. Y después, en voz alta:

—Usted exagera, sin duda.

—¡Nada de eso!—contestó el conde con fogosidad.—Usted debía conocerle. ¡Oh, Dios mío! Yo... yo no tengo mucho que contar. Unos años de oficial, nada. Después murió mi padre de repente (podía haber vivido aún mucho tiempo), y yo tuve que dejar el servicio para encargarme de la hacienda. Era hijo único; sólo tengo una hermana en Inglaterra. Una sinecura: los bienes fueron arrendados, incluso una finca que mi padre administraba directamente, y que fué confiada á unos inspectores, mientras yo recorría el mundo para matar el tiempo, que no sé en qué emplear. Yo no entiendo de hacienda casi nada. Todo lo contrario también de mi amigo, que, á pesar de su pasmosa erudición, es un gran labrador. Yo, como digo á usted, no puedo juzgar de estas cosas; pero lo oigo decir á los vecinos, entre los cuales se cuentan muy buenos agricultores, que abundan en nuestra comarca, que usted no conoce, naturalmente. ¿Quién se acerca por la Pomerania, todavía más allá, por nuestro rincón del Báltico? El barón de Randow y yo somos vecinos; es decir, una de mis fincas limita con la principal suya; ambas están situadas á la orilla de un vasto lago, muy pintoresco, se lo aseguro á usted, señorita! Le gustaría á usted mucho si una feliz casualidad, es decir, feliz casualidad para nosotros, la condujera á usted allí. ¿No me cree usted, naturalmente?

—¡Oh, por Dios!—dijo Eleonora.

—Puede usted creerlo, en verdad—prosiguió el conde, hablando cada vez con más vehemencia.—¡Dios mío! Entre nosotros no se hace mucho gasto de ingenio; depende de la raza,

creo yo; y tampoco hay buena ocasión para ello. Siempre he lamentado de corazón á mi genial amigo, que ha nacido más propiamente para vivir en París ó Berlín ó en el grandioso Londres, y que, obligado por las circunstancias, no sale de la sociedad de nuestro oscuro rincón.

—¿Es pobre su amigo?—dijo Eleonora, á quien un deseo invencible la impelía á proseguir una conversación acerca de la cual, sin embargo, decíase interiormente que era preferible darle otro giro á cortarla con cualquier protexto.

—¡No, por Dios!—contestó el conde.—Aunque tampoco puede decirse que sea rico. Pudo serlo; pero se encargó de sus bienes, hará diez ó doce años, en muy desfavorables y difíciles condiciones. Después tuvo que dotar, sucesivamente, á tres hermanas, que se casaron con oficiales; y luego tiene él también que atender á su propia familia: tres niños, á cual más hermosos, y ninguno de los que se acercan á él pidiéndole algún socorro se vuelve con las manos vacías. Felizmente, posee una mujer ejemplar en todos conceptos.

Eleonora pensó que era preciso acabar con aquel tema á toda costa.

—Vuestra hermana de Inglaterra empezó...

Pero no pudo seguir, pues el conde exclamó:

—Perdone usted, señorita, si la interrumpo. Ruego á usted que escuche un momento. He notado en sus labios de usted, por segunda vez, una... ¿cómo diré yo? una sonrisa de incredulidad, y quizás le parezca á usted que soy un fantaseador, que todo lo admira *à tort et à travers*. He alabado á mi amigo con entusiasmo y ahora alabo á su mujer y á sus hijos. Pero le aseguro á usted que no hago más que repetir lo que toda la comarca dice á una voz. No es posible encontrar chicos más hermosos, y respecto de la baronesa...

—Sí, creo todo lo que usted dice—interrumpió Eleonora ya con alguna impaciencia; pero el conde, sin parecer oirlo, prosiguió...

—...Entusiasma á todo el mundo, á pesar de que realmen-

te no es bella, ni siquiera bonita, al menos para mi gusto. Ya ve usted que puedo ser completamente imparcial. Pero tiene algo en su manera de ser, que todo el que tiene la dicha de acercarse á ella la encuentra simpática; tal honradez manifiesta en todo lo que dice y piensa; tan clara y sana inteligencia posee, y es, además, tan caritativa con los pobres, sin jactancia, sin que nadie se entere, ¿sabe usted? Repito que es una mujer ejemplar. Y la mejor prueba de ello es que mi mismo amigo, que no debe tenerse en poco, y estoy persuadido que no se tiene, la llama la mejor de todas las mujeres. Lo he oído más de una vez de sus labios.

Eleonora no pudo soportar por más tiempo, y cayó en los almohadones murmurando un «perdone usted». La cadavérica palidez de su rostro y el temblor de sus labios asustaron al conde, que estaba muy lejos de sospechar que era la causa de aquel trastorno. Rápidamente abrió la maleta, y sacó de ella dos frasquitos: agua de colonia y vinagre de tocador, que ofreció alternativamente á Eleonora, reflejándose en su rostro tal expresión de inquietud y angustia, que no podían ser fingidas. El buen hombre infundió compasión á Eleonora; él no podía saber cuánto daño la había hecho, qué torrente de sentimientos había despertado en su alma. Dióle las gracias sonriendo, con sus pálidos labios, y trató de enderezarse otra vez en su asiento. Pero él no lo permitió, y la rogó que callase, que estuviese tranquila, y no estuvo contento hasta que le permitió poner, á guisa de taburete para sus pies, su maleta, para que estuviera más cómoda. Por desolado y triste que estuviera su espíritu, Eleonora no pudo menos de sonreir interiormente cuando él la hizo que colocase los pies sobre las iniciales de su orgulloso nombre y la famosa corona. Ya sólo falta su corazón, pensó ella, y también le hubiera tenido dispuesto. ¿Por qué no? El otro tenía la mujer más buena del mundo. Lo había oído más de una vez de sus labios. ¡De sus labios, en los que había bebido ella aquellas palabras: Te amo, Eleonora! ¡Te amo con amor sin límites! ¡Ah!

—Dios mío, ¿qué hacer?—murmuró el conde completamente desconcertado por el sollozo que Eleonora no pudo reprimir.

—Esto pasará pronto—dijo Eleonora, reuniendo el resto de sus fuerzas con un movimiento de cólera.—Además, creo que ya estamos en Berlín.

No estaban en Berlín, pero faltaba sólo una estación. Eleonora tenía que llegar á la estación de la calle de Federico, y el conde se alegró de poder ofrecerla su carruaje. Sólo haría una corta parada en Berlín; pero tenía allí tantas relaciones y debía tantas visitas, que se había llevado un pequeño coche, el cual ponía á disposición de la señorita. Él tomaría un alquilón, si es que no prefería ir á pie á su casa, en vista de la noche tan hermosa que estaba. Eleonora rehusó sus insistentes ofrecimientos amablemente, pero con resolución; en la estación la esperaban dos señoras, que se ocuparían de todo. El conde dejó de insistir, sintiéndose también, conforme se iban acercando á Berlín, más silencioso. Le has herido, pensó Eleonora. Pero no parecía denotarlo la asiduidad con que al entrar el tren en la estación cogió los dos sacos de la rejilla, ni su rostro, que parecía más triste que resentido.

El tren se detuvo. En el vagón entraron un mozo de equipajes y el criado del conde, que tomaron respectivamente los equipajes de cada uno.

—Allí veo á mis parientas—dijo Eleonora señalando á la multitud.

—Así, pues, salúdelas usted en mi nombre—dijo el conde.

—Muchas gracias, señor conde—dijo Eleonora tendiéndole la mano.

La tristeza de su rostro se había acentuado; y cuando al estrechar su mano levantó sus ojos hacia ella, se pintaba en ellos una expresión de desolada angustia. Quiso contestar algo, pero la voz se anudó en su garganta, pues Eleonora había soltado su mano, y se volvía resueltamente á las dos damas, una de las cuales, la de más edad, bastante corpulenta, la abrazaba diciendo:

—¡Gracias á Dios que se te vuelve á ver!—Mientras la joven, que no lo era ya mucho, alta y muy delgada, esperaba con lágrimas en los ojos que le llegase su turno para abrazar á Eleonora.

Cuando Eleonora se volvió con cierta impaciencia para presentar á sus parientas al conde, éste había desaparecido.

—Es mejor, pensó.

—¿A quién buscas, niña mía?—preguntó la consejera.

—A mi compañero de viaje—contestó Eleonora.

—¿Al señor con quien te hemos visto hablar? ¿Quién es?

—Un conde, querida tía.

—¡Oh, muy interesante!—susurró Ottilia.

—¡Mucho, querida Tila!

Y las damas subieron la escalinata sobre cuyo primer peldaño había tenido lugar el principio de la conversación.

CAPÍTULO II

Cuando llegaron á casa de la consejera, un piso tercero de la calle de los Canónigos, sintióse Eleonora tan cansada, que hubiera dado cualquier cosa porque la dejaran sola el resto de la noche en su cuarto, el mismo, por cierto, que ocupó la anterior temporada. Pero no había que pensarlo. La tía y Tila ardían en curiosidad por saber de sus aventuras en Inglaterra y demás países, más de lo que la correspondencia de aquellos cuatro años, bastante asidua, por lo menos de parte de las berlinesas, les había hecho conocer. Y los tres únicos pensionistas, por el momento no se consolarían de que se les ocultase de nuevo, durante el té, las desde la mañana anterior anunciadas prima y sobrina. Y además, Eleonora, después de «sacudir el polvo del viaje», tenía un «interés sentimental» en «recorrer de nuevo el antiguo recinto en que habitara». Como quiera que los hombres no volverían hasta las nueve al té, aquella era la mejor ocasión.

Y empezó la excursión, la cual no requería mucho tiempo,

si bien la vivienda para personas de clase media podía considerarse bastante capaz. Pero mucho más dilatada que la vivienda misma era su historia, que Eleonora debía oir de nuevo. No podría decir las veces que la había oído en su vida. Pero la consejera no se cansaba de repetir que aquella era la casa que habitaba treinta y cinco años antes, de joven, cuando era la señora del Asesor. El dueño de la casa, señor Witte, había tenido la consideración de no subirla el precio, ya bastante reducido, ni un céntimo, y prometía que mientras la señora Bucher (como amigo de la familia, prescindía del tratamiento) continuase dispensándole la honra y el placer de ocupar el cuarto, no lo haría.

Cuando la consejera llegaba á esta célebre claúsula de la historia, Eleonora pudo persuadirse, con una ojeada, de que no faltaron tampoco las indispensables lágrimas en los ojos de Tila. No ignoraba ella qué atrevidas esperanzas estaban relacionadas con esta seguridad, tantos años atrás otorgada. La esperanza de que el opulento señor Witte, que ya desde que Tila era niña la acariciaba dulcemente las mejillas cuando la encontraba en la escalera, la haría un día su digna esposa. Sólo que, desgraciadamente, este día no llegaba nunca, á pesar de que el amable solterón, según el cálculo de Eleonora, pasaba de los sesenta, y Tila no estaba mŭy lejos de los treinta y cinco.

Sin embargo, éstas eran íntimas amarguras, que aquel día, como era natural, no salían á relucir, y en ningún modo empañaban el orgullo con que la consejera desafiaba á que la indicasen la casa de Berlín en que durante tanto tiempo no se hubiese hecho la menor variación y conservase los mismos muebles en los mismos sitios. El grande escritorio de roble, tan celebrado regalo de sus subordinados y compañeros de ministerio á su excelencia, con ocasión de su jubileo á los veinticinco años de servicio, en testimonio de respeto, no podía naturalmente en sus esporádicas excepciones desmentir la regla, así como las múltiples chucherías, grandes y pequeñas, con

que los huéspedes, en diferentes épocas, habían tratado de manifestarla su gratitud por los maternales cuidados. Y como cada uno de aquellos objetos, por insignificantes y á veces de horrible mal gusto que fuesen, suscitaban á la consejera una turba de reminiscencias que pedían ser evocadas, Eleonora pudo considerarse feliz cuando una hora después volvieron á la habitación que les sirvió de punto de partida.

Una vez allí, la tía abrazóla de nuevo, y besándola la frente, dijo:

—Así, pues, hija mía, ahora sí que te puedo dar la bienvenida. La vivienda de una persona es como el traje que lleva, y hasta pudiera decir que su segundo traje, no menos característico para él que el primero. ¿Verdad, hija mía, que lo has encontrado todo igual que lo dejaste hace cuatro años? Exactamente igual que encuentras á tu tía, con el mismo leal corazón á la antigua usanza, y á mi buena Tila, que también es la misma, á estas dos pobres mujeres que no han cesado de rogar á Dios por tu felicidad y porque al volver aquí á tu casa, ¿verdad, hija mía, que la consideras todavía como tu casa? nos conservases aún el mismo cariño que en otro tiempo.

La buena señora tenía los ojos bañados en lágrimas, y Tila salió sollozando de la habitación.

—Pobre hija mía—dijo la madre, mirándola y moviendo la cabeza;—es la misma niña de siempre, á pesar de que ya ha pasado de la niñez. Pero su corazón es el de una niña: amante, necesitado de amor leal, sin falsía. Dios quiera que así se conserve en este mundo, que por sus inescrutables designios es tan distinto de lo que nosotros, en nuestra limitada inteligencia, quisiéramos que fuese, y en donde nadie, por modesto que sea, se ve libre de desengaños.

Esta alusión á las relaciones de Tila, tan dulces como oscuras con el señor Witte en el Parterre de la casa, le pareció á Eleonora demasiado evidente para poder hacer caso omiso de ella. Contestó, pues, con una observación que no tenía nada de halagüeña para el señor Witte. Pero indudablemente no ha-

bía dado en el blanco, pues la consejera movió de nuevo la cabeza, y contestó con dulce firmeza:

—¡Oh! No, hija mía, te equivocas. El Sr. Witte es un hombre honrado, en toda la extensión de la palabra; después de tu santo padre, mi querido hermano, y de mi inolvidable esposo, tu buen tío, no conozo otro mejor. Pero es indeciso, como son muchas gentes ricas, que quieren que la suerte les presente la felicidad en una bandeja, por lo que no ha podido nunca desarrollar su energía ni su carácter. Cuán á menudo decía tu buen tío: no comprendo á nuestro querido Witte. Tiene talento y hubiera podido sobresalir en cualquier carrera; y aun cuando, felizmente, no necesita ganar el pan como cualquiera de nosotros, ¿por qué no se presenta concejal ó diputado? Tu pobre tío murió sin obtener contestación á esta pregunta. Y ahora dirás: del mismo modo podrá nuestro indeciso Witte arrepentirse de la promesa de casamiento hecha á Tila; y yo te contesto: si hemos de juzgar por la conducta de toda su vida, no puede hacerlo, no lo hará. Pero el corazón humano carece de toda lógica, y algunas veces se complace en llegar á conclusiones opuestas al carácter, temperamento y hasta á los principios, y, si vale decirlo, á las preocupaciones, manías é idiosincrasias de cada hombre.

A Eleonora no le convencieron mucho las palabras de su tía, pero guardóse bien de manifestar sus pensamientos. Y después la idea de que el corazón se daba de cachetes con la lógica... ¡Dios mío! Bastante prueba tenía de ello con lo ocurrido en las últimas semanas. Así, pues, podía tener razón la tía en lo demás.

Entretanto, había llegado la hora del té, y con ella aparecieron los tres pensionistas, que ahora no eran, como en otro tiempo, muchachos en la edad, pródiga en esperanzas, de diez y seis años á lo sumo, sino jóvenes; variación para la que Eleonora ya estaba preparada.—Mira, hija mía—dijo la consejera riendo,—respecto de este punto, no tengo que tener ningún cuidado por Tila, que ya está comprometida. Por lo que á

ti se refiere, aun cuando, como yo lo espero, permanezcas con nosotras, has andado tanto por el mundo, has visto tantos hombres y reúnes tales experiencias, que creo no serán peligrosos para ti estos jóvenes.

—Así lo creo, querida tía—contestó Eleonora con persuasión, que el conocimiento de aquellos señores no hizo vacilar en lo más mínimo, si bien dos de ellos excedieron grandemente sus esperanzas, aunque éstas no eran muy altas.

El uno era el señor D. Fernando Alvarez, un alto y bien formado chileno, de pelo negro, bigote y perilla y ojos del mismo color, que despedían fogosas y tiernas miradas bajo las prolongadas pestañas; el segundo, un esbelto y corpulento ruso, Gregorio Borikin, con un rostro exento de belleza, pero muy enérgico; ojos pequeños y penetrantes, que parecían hacer más grande su ancha frente. El cabello y la barba, despeinados; no parecía preocuparse del traje, todo lo cual estaba en oposición con el chileno, perfilado hasta el último detalle. El tercero era un elegante japonés, que Eleonora hubiera tomado por un muchacho si su labio superior no hubiera estado ornado de un ligero bigote negro, como indicado por un fino pincel. Rivalizaba en la elegancia de su traje con el chileno, cuyas pequeñas manos y pies, en comparación con las infantiles dimensiones de los suyos, parecían grandes. La tía le presentó como marqués de Nakamura, recalcando la palabra marqués de modo que daba á entender la alta estima en que tenía al ilustre pensionista. Los tres eran doctores en medicina, enviados á Alemania por sus respectivos Gobiernos para perfeccionarse en dicha ciencia. El chileno hablaba, á pesar de haber estado en Austria y Alemania más de dos años, un alemán muy imperfecto, apenas inteligible; el ruso, que apenas hacía seis meses que abandonó San Petersburgo, hablaba con toda fluidez y casi sin acento; con el japonés, cuya residencia en Europa apenas databa de algunas semanas, se podía hablar, por compasión, en inglés.

Por desagradables que fueran los pensamientos de Eleono-

ra, el ver tantos rostros nuevos, la violencia que tuvo que hacerse aquella noche casi le fué beneficiosa. Así al menos pudo evitarse provisionalmente las curiosas preguntas de su tía y de Tila sobre su permanencia en Inglaterra, y las amargas reflexiones propias sobre las dichas y tormentos de las últimas semanas. Y sabía, por experiencia propia, que nada era tan adecuado para aliviar un sufrimiento físico ó decaimiento nervioso como una sociedad que ofrecía ancho campo de observación, y demandaba su conversación. Este era el caso aquella noche. Interesóle vivamente ver en los tres hombres otros tantos marcadísimos tipos de diversas nacionalidades y razas. Comprendió que el ruso no era ningún hombre vulgar; antes bien, parecía persona importante y sobrepujaba al chileno en ingenio y en ciencia. Con exquisita ironía, que se manifestaba de cuando en cuando en una frase de broma, caricaturizaba al dandy, que la Naturaleza parecía haber creado para médico de las damas, dispensándole de las demás disciplinas de la ciencia. Después alababa la admirable finura y habilidad del japonés, poniéndole en el mejor lugar y relatando la extraordinaria operación que había hecho con él aquella mañana, ante los asombrados especialistas, ayudantes y discípulos. Después, cuando la conversación recayó sobre las excelencias y defectos de Berlín, púsose de manifiesto que en los pocos meses de su residencia había estudiado la ciudad y sus habitantes detalladamente. Ni un museo ni colección se escapó á su curiosidad; no dejó de asistir á ninguna representación de importancia; no dejó de ver ninguna celebridad. Y en las observaciones que discretamente hacía, demostró conocer exactamente todos los aspectos de la vida de sociedad y del pueblo. Pero lo que más cautivaba de su conversación eran las descripciones del estado de su patria, que amaba sobre todas las cosas, como ningún ruso podía amar á Rusia, sintiendo unas veces alegría y orgullo, otras dolor y cólera. Al pintar con negros colores las crueldades del despotismo, las terribles prisiones de la deshabitada Siberia, donde se

castigaba con lentos suplicios de muerte los atentados nihilistas, su voz temblaba de cólera, sus ojos despedían llamas y su poderosa mano cogía convulsivamente el cuchillo que ante él había en la mesa. De pronto levantóse y se sentó ante el viejo piano de Tila, y cantó con voz ingenua, pero suave y agradable, unas canciones de Kolzow, en que se describían con ruda sencillez las alegrías y dolores de los cosacos del Don.

Mas por ingenuamente que pareciera dicho y cantado todo aquello, Eleonora sospechó que el ingenioso ruso representaba una comedia, con el doble propósito de molestar al chileno y despertar su admiración. La primera parte de su programa parecía haberla ganado el virtuoso, pues el bello rostro de don Fernando parecía cada vez más sombrío; se retorcía nerviosamente el negro bigote, estirábase la perilla, reprimía un fingido bostezo ó examinaba la superficie de su blanca mano ó las extremidades de sus afilados dedos. Eleonora creyó deber en su propio interés, y para mantener la cordialidad general, dirigir ella la conversación. Con sorpresa consiguió el buen resultado de que el ruso se apaciguase un tanto y el chileno se animase algo más. Por fin habló ella sola, y mientras describía Londres y Escocia, consiguió encadenar la atención de todos, incluso del japonés, que aun cuando no entendía una palabra, no dejaba de mirarla un instante, lo que no había hecho en toda la noche, como si hubiera querido dar á los europeos una muestra de dominio sobre sí mismo.

Era ya, con sorpresa de todos, casi media noche, cuando la consejera creyó que debía poner término á la velada. Con gran sentimiento suyo, pues aunque su corazón pertenecía á la antigua moda, le gustaba ser joven con los jóvenes. Los hombres despidiéronse, y cuando sus figuras, primero la del pequeño japonés, luego el esbelto chileno y, por último, el corpulento ruso desaparecieron por la puerta, no sin haberla dirigido los dos últimos una postrer mirada, pudo Eleonora decirse que la lista de sus conquistas había aumentado en tres números.

O en cuatro, cuando se acordaba del rubio conde del ferrocarril.

Así lo pensaba sola en su cuarto, con un resto de buen humor que la velada había provocado en ella.

Después se acostó, mirando en la oscuridad con ojos abrasados por las lágrimas, sin ser capaz de coordinar sus pensamientos, sintiéndose poseída de una melancolía que amenazaba destrozar su corazón, el corazón que le había entregado á él para que jugase con él unos días y tornase después al lado de su mujer, la mujer más buena del mundo.

LAS MUJERES ESPAÑOLAS

Hay algunos países que pudieran considerarse á propósito para producir excelentes tipos de hombre; otros peculiarmente dispuestos para producir mujeres hermosas. Que esto es así, todos los que tienen experiencia personal de varios países han tenido ocasión de observarlo. Lo mismo sucede en la esfera de la mentalidad. Yo he indicado en otro lugar, al investigar el genio de la Gran Bretaña, que al paso que los hombres de Escocia han contribuído en mayor proporción al total de la intelectualidad británica, y los irlandeses menos, por lo que se refiere á las mujeres, se da el caso inverso, habiendo contribuído más las mujeres irlandesas que las escocesas (1).

Los españoles, si consideramos su historia en conjunto, han sido un pueblo particularmente varonil; pero en la actualidad pudiera uno pensar que las mujeres españolas figuran en consideración superior á la de los hombres. En tiempos pasados, los hombres de España se han distinguido por las cualidades personales más brillantes; mas en los del día, es á veces difícil de reconocer la actividad incansable y magnífica de sus antepasados. Hay á menudo un dejo de cansancio en ellos, que se refleja en una ausencia relativa de gloriosos aventureros ó personalidades excelentemente dotadas entre los hombres de la España contemporánea cuando se la compara con los hom-

(1) Havelock Ellis: *A Study of British Genius*, pág. 28.

bres de la gran época. No podré decir que pueda esto calificarse de «degeneración», porque en este caso afectaría también al elemento femenino de la raza; pero las mujeres están dotadas plenamente de energía y vigor aun en sus años maduros; los españoles son, además, gente sana, y no son raros entre ellos los centenarios, ni mucho menos (1).

Sin dejar de ser complicado el problema, se puede echar mano de la selección para explicarlo. Todo lo que contribuye á destruir los elementos viriles, militantes é independientes de la raza española ha tenido lugar. La guerra sola, cuando es en demasía encarnizada y prolongada, basta para desposeer á un pueblo de sus más vigorosas reservas. «La nación guerrera de hoy—dice el presidente Jordán—será la nación decadente de mañana» (2). El ardor y triunfos militares de los españoles no han experimentado interrupción en más de mil años; sólo á fuerza de grandes trabajos lograron los romanos sojuzgar á los iberos, y desde esa época hasta el siglo XVI fueron siempre los españoles extremados guerreros; pero las guerras de los Países Bajos agotaron sus energías, y en Rocroy, á mitad del siglo XVII, la infantería española, reputada por la mejor de

(1) Olóriz, que ha hecho un estudio especial de la distribución y causas de la longevidad en España (extractado en *British Médical Journal*, Diciembre 24, 1898, pág. 1898), establece en general para la Península é islas adyacentes que la proporción de centenarios es de 25 por millón, con relación al siglo pasado. Las provincias andaluzas (en especial Málaga) figuran á la cabeza de la lista; ocupando el segundo lugar las provincias gallegas y las provincias vascongadas, en dirección Nordeste, figuran en categoría inferior; las centrales, también en proporción inferior; en conjunto, la longevidad extrema y ordinaria coincide, excepto en Andalucía, con aquellas circunstancias que parecen gastar más rápidamente la energía del término medio de los miembros de la raza. La longevidad es más común entre las mujeres españolas que en los hombres.

(2) Este escritor ha demostrado claramente que la guerra continuada priva á una nación de hombres guerreros, y que los pueblos educados en largos periodos de paz son los que logran heroísmo y éxito en la guerra, y que el espíritu guerrero tiende á consumirse á sí mismo. («La sangre de la nación», *Popular Science Monthly*, Mayo y Junio 1901.)

Europa, cedió su paso á la francesa, desvaneciéndose finalmente el esplendor militar de España (1).

Y no fué la guerra sólo lo que contribuyó á derrumbar la virilidad española; la Inquisición, instituto aparentemente ajeno al espíritu de la raza, y establecido únicamente—si por los españoles—con gran dificultad, mató, desterró y expulsó todos los variados elementos de vigorosa é independiente intelectualidad, como la guerra los belicosos. Y otra tercera causa de aniquilamiento fué el vasto imperio colonial, «en el que el sol nunca se ponía». Todos los aventureros ardientes por la conquista del oro ó de la fama ó por el celo fervoroso de convertir infieles, se precipitaron sobre el nuevo mundo, empobreciendo el viejo. Cuando Fernando é Isabel conquistaban á Granada, casi en el tiempo mismo en que establecían triunfalmente y sobre sólidas bases la Inquisición, y que Colón volvía de su expedición gloriosa, España parecía haber alcanzado la cumbre de su gloria universal; pero en el mismo también estaba preparando su hundimiento en el abismo.

De esta manera, la historia de España, como por alguien se ha dicho, podría resumirse en una sola frase: «Esta es Castilla, que hace á los hombres y los gasta.» Pero las mujeres de España no han sido del mismo modo consumidas, ni la gue-

(1) Entre las mujeres españolas también, en épocas pasadas, á pesar de las costumbres moriscas de encerramiento, eran comunes el valor y las cualidades bélicas. Figura característica del siglo XV fué la de Doña María la Brava, viuda, de noble familia, con dos hijos. Uno de éstos fué muerto, siendo muchacho, en una pendencia que por el juego tuvieron dos íntimos amigos, que mataron también al otro hermano para evitar su venganza, huyendo después á Portugal. Pero la madre, en hábito varonil, y escoltada por veinte caballeros, montó á caballo sin perder tiempo, y los persiguió hasta una casa en donde se habían ocultado; entró con dos de sus hombres, y pronto volvió á caballo, llevando en su izquierda las dos cabezas, sin detenerse hasta llegar á Salamanca y ponerlas en la tumba de sus hijos. Fué, como declara Lea, el tipo de las mujeres varoniles de su tiempo, «que combatían y defendían su partido en las intrigas facciosas con más ferocidad que los hombres». (H. C. Lea: *History of the Inquisition in Spain*, vol. I, pág. 57.)

rra, ni la persecución, ni la emigración las han embestido rudamente, ni han sido poderosas para menoscabarlas. A mi parecer, podrían explicarse las bellas cualidades de las españolas del día, suponiendo que al mismo tiempo que se han disipado las reservas especialmente destinadas á producir hombres excelentes, las consagradas á proporcionar buenas mujeres no se han sometido al mismo proceso.

Si ello es así ó no lo es—pues tanto la teoría como los hechos siguen siendo dudosos,—es lo cierto que las bellas cualidades de las españolas no admiten apenas discusión. Su gracia y su belleza son tema obligado de loor para el viajero. Y si la opinión de éste no es de tener tan en cuenta, lo es mucho que tan distinguido hombre de ciencia como el antropólogo italiano Mantegazza, que ha vivido en muchos países, y considera el estudio de la belleza como uno de los que más seriamente incumben al antropólogo, llega á la conclusión de que las mujeres más hermosas del mundo, tanto del antiguo como del nuevo, son las españolas y las de raza británica, y que las mujeres españolas más bellas y las más bellas inglesas suman lo que de belleza puede presentar más acabado el mundo (1); ciertamente, se deduce de esto que un inglés aficionado á España no es el llamado á decidir sobre esta cuestión.

Si á alguien se le ocurre abordarla, por lo que á las españolas respecta, vaya á la feria de Sevilla. Esta feria es fiesta propiamente para las mujeres, y las más bellas de Andalucía, como de todos los otros puntos de España, concurren á Sevilla por los tres días que dura la fiesta. Si el extranjero que visita el Prado de San Sebastián en esta ocasión ha visto antes en alguna parte tanta mujer hermosa y tan hermosamente puesta, tiene derecho á reputarse por un hombre feliz. Los

(1) «Cuando la andaluza alcanza la majestuosa estatura de la inglesa, y cuando la inglesa tiene manos y pies pequeños, resultan unas y otras divinas, las más excelsas formas de vida, las más espléndidas criaturas de la humanidad.» (Mantegazza: *Fisiología della donna*, cap. IV.)

trajes nacionales españoles van desapareciendo; pero en estos días el mantón de Manila y la mantilla son universales, y en Sevilla al menos, las andaluzas no se dan prisa por adoptar los nuevos modelos de París. Es una gran fortuna, porque la española con vestido parisién va casi siempre mal puesta, mientras que con el de su tierra, su distinción es perfecta. En el temperamento sevillano lo aristócrata y lo demócrata van juntos; y esto se refleja en el vestir. Su sencillez, el gusto general por lo negro—color tan maravillosamente adecuado para realzar la belleza y la gracia—acarrean un sello de distinción que está por igual al alcance del pobre como del rico; á tal punto, que extranjero que no vaya previamente advertido, difícilmente podrá adivinar al primer golpe de vista la clase social á que pertenece la mujer que tal vestido lleva (1).

Las sevillanas jóvenes de la clase popular se arman (con peinetas) el peinado en una pequeña prominencia en el vértice de la cabeza—de manera sustancialmente idéntica á la practicada por las mujeres de esta parte de España hace ya más de mil años (2),—y lo adornan con un clavel ó una rosa. Lleva el mantón de Manila como en efecto lo llevan todas las españolas; pero la sevillana se distingue por la manera de llevarlo; lo dobla en forma rómbica, no triangular, de suerte que se ajusta á la espalda y queda colgando de los brazos; este método requiere algo más de habilidad que el llevarlo doblado triangularmente, pero le añade mucha gracia y distinción á la que lo lleva. La feria es un muestrario maravilloso de ricos y varia-

(1) Indudablemente, siempre ha sido del mismo modo: en 1623, Howell escribía desde España que «difícilmente se podría distinguir una condesa de la mujer de un remendón».

(2) Ya en el siglo VI antes de Cristo, Artemídoro describía los peinados extravagantes de las mujeres iberas. La gran peineta de la manola, tapada por la mantilla negra, es una supervivencia de los altos *coiffures*, que aun pueden verse en estatuas prehistóricas, tales como las del Cerro de los Santos. De ellas hay ejemplos en la relación de Engel de su misión arqueológica en España. (*Nouvelles Archives des Missions Scientifiques*, 1892, volumen III, pág. 180.)

dos mantones—que son, por lo común, aun cuando pertenezcan á pobres, de mucho precio, y casi siempre se llevan de la manera que se ha dicho. Claro que hay excepciones á la regla; algunos mantones pequeños y de labor más delicada no pueden llevarse así, y por su parte, las viejas llevan un pañuelo cruzado, colgando una punta á la espalda, y á la vez el pelo también por la espalda, y no recogido en el vértice de la cabeza. La disposición peculiar del pelo en esta forma, las flores que lo adornan y la manera de llevar el mantón, son recursos bélicos que sólo pueden pertenecer á la juventud y al vigor; y se percibe cierto dejo de melancolía en la resignada vuelta al pañuelo cruzado, con su cola poco elegante, abandonada, sin movimiento por la espalda.

Esta manera, sin embargo, se hace más usual así que dejamos á Sevilla y para entrar en Córdoba, y mucho más en Granada. Cuando se llega á Aragón, otro modo totalmente distinto es el que allí priva; un tipo más severo, que cae muy bien al tipo de belleza femenina, más grave, más austero, que allí domina, con colores poco ó nada vivos, una flor blanca alguna vez en el pelo, que va echado hacia atrás y aplastado hacia las sienes, con abundancia de lacitos blancos simulando flecos. El mantón, oscuro y liso, se lleva cruzado por la espalda, y en vez de medias de colores vivos, se llevan negras; en su extrema sobriedad de facciones y vestir, las aragonesas difieren por completo de la manera vistosa y brillante de las andaluzas, y ofrecen á la vista inglesa un débil aire de añeja usanza, que recuerda singularmente las mujeres de la antigua era de Victoria.

Bello como es el vestido de las españolas más típicas—las sevillanas,—su belleza es pura expresión de la personalidad física que reviste. Es innegable que el elemento de ritual solemne que circula por el sér español entra por algo también en el atavío de la mujer, y que el contraste, especialmente en la clase media, entre la española que vive en el encerramiento casi oriental de su propia casa, y de la misma mujer cuando

va por la calle, es, por lo común, considerable. Hay una ausencia en el vestir de la española, altiva, casi consciente; en Sevilla, por lo menos, expresa con precisión los sentimientos de la mujer que lo usa. La mantilla es, en este respecto, verdaderamente característica; es el tipo del vestido más común en el Este que en el Oeste, que careciendo en sí mismo de expresión é importancia, la cobra de las que emanan de las cualidades especiales de la mujer que lo lleva.

Es opinión, generalmente acreditada, que la española corresponde al tipo de complexión morena cetrina ó trigueña. Realmente hay ejemplares de esta clase en España, en la misma proporción que en Italia y Francia; mas esta descripción dista mucho de convenir por completo á la española. Para un inglés, resulta la mujer española ser, por término general, de estatura algo menor que mediana y de pies y manos de forma bonita y vigorosos. Cuando jóvenes, suelen ser delgadas, pero con caderas y busto bien desarrollados. Cuando se acercan á la mitad de la vida, se hacen muy robustas; tendencia que, á mi parecer, se señala singularmente en Cataluña, pero que se puede apreciar muy bien en todas partes; da esto lugar al tipo que los españoles denominan *jamona;* pero esta tendencia no implica, ni mucho menos, pérdida considerable de agilidad. En la edad madura, cuando esta excesiva robustez no se acrecienta más, no impide que las mujeres sean de ordinario vigorosas y activas.

Además de estos rasgos físicos principales, posee la española ciertas particularidades interesantes. Consiste una de ellas en la conformación del pecho. Diferentes de las francesas y de las mujeres del Norte, las españolas tienen el pecho más reducido y amplio en la base—al nivel, ó mejor, en el extremo inferior del esternón,—lo que exige, según Carmandel, un corsé de hechura peculiar, dándose al mismo tiempo mayor amplitud y realce en las caderas, con relación á la figura total. Estas particularidades de las españolas se perciben claramente, como es sabido, mediante la comparación de la estatua que Falguié-

re modeló de la Cleo de Merode, y el tipo distintivo nacional representado en la maja desnuda de Goya, existente en el Museo del Prado (1).

Las españolas típicas (como Duchenne fué el primero en advertir en 1866) presentan otra particularidad difícil de definir, pero bien comprobada, en las curvas prominentes de su espina dorsal. Parece como que la curvatura de la espina dorsal en la española se hubiera desarrollado bajo la influencia de una presión aplicada á sus dos extremos. Y ésta ha sido, en efecto, la explicación que ha querido darse á este fenómeno, declarando Spalikowski—que ha encontrado la *ensellure*, ó grupa, como él la llama, bien marcada en las mujeres más bonitas y vigorosas de la gente trabajadora y pescadores de Boulogne y Dieppe,—ocurre únicamente en mujeres acostumbradas á llevar cargas muy pesadas; observa también que se asocia frecuentemente con manos y pies pequeños, cuello bien modelado, busto elegante y figuras esbeltas, especialmente en mujeres de ojos oscuros. Esta asociación de caracteres da á pensar que tal fenómeno no es una adquisición individual, sino un rasgo castizo, y no hay dificultad para creer que el elemento ibero, que es muy considerable en el Suroeste de Francia y fácil de reconocer en el Suroeste de Inglaterra, puede haber pasado también á la costa francesa. Lagneau y otros disienten de la opinión que tiene este rasgo por característico de la raza ibérica (2). Esta conclusión parece cierta, y no se puede dudar

(1) Puede observarse, además, que los pechos de las españolas (como lo demostraron Ploss y Bartels, *Das Weib*, vol. I, c. VIII) tienden á mostrar la particularidad de que la aureola que circunda el pezón está levantada y separada distintamente de la piel de alrededor; lo mismo se nota en las sicilianas, que son de raza afín; esta propiedad recuerda los pechos de las negras de África.

(2) El Sr. Bernaldo de Quirós advierte (en carta particular) que la silla ó grupa no se percibe en las mujeres de la costa Noroeste, habituadas á llevar carga en la cabeza, sino en las del Centro y Sur, que acostumbran á llevarlas en los cuadriles. Refiere también el hecho curioso de que el caballo de raza andaluza posee una grupa muy pronunciada.

de que en la gracia especial y distinción de perfiles de la española entra por mucho este elemento de la silla; él es el que da un sello característico al porte y continente, que se realza sobremanera en el baile español. En casos exagerados ocasiona una leve semejanza, aunque de manera bellísima, del desarrollo típico de la Venus Hotentote, y entonces la mujer joven de la clase popular adopta aquel contoneo de caderas que recuerda el de las mujeres Ogowe del Africa tropical, que tan bien conocía el autor de la novela del siglo XVI *La lozana andaluza*, y que precisa con la palabra *culeando*. Siendo un hecho curioso y significativo que la tal silla ibérica ha sido, no sólo señalada ligeramente por Hartmann entre las kabileñas del Norte de Africa, sino que ha sido apreciada y medida cuidadosamente en sujetos de tribus de negros (1).

En cierta manera puede atribuirse probablemente á sus peculiaridades anatómicas el carácter especial del andar de la española. Su paso, que se distingue también en todo lugar en que las mujeres acostumbran llevar carga á la cabeza—como en las romanas de las colinas albanas y en algunas partes de Irlanda (2),—es el porte erguido y digno, acompañado de sobrios movimientos como sacerdotisa que llevara los sagrados vasos. A la vez, el andar de la española, no exenta de altiva dignidad humana, tiene en sí algo de la graciosa condición de un animal felino, cuyo cuerpo todo es vivo y de movimientos mesurados, sin exceso ni superfluidad alguna. Un bello andar

(1) G. Tritsch ha estudiado diligentemente la lordosis natural del cuerpo del africano. *(Zeitschrift für Ethnologie*, 1891, parte IV, p. 470.)

(2) Recuerdo el asombro de una bella irlandesa, que había vivido en Australia, cuando le dije que ella algún tiempo debía haber llevado pesos á la cabeza. Entre los muchos sistemas gimnásticos ingeniosos y estudiados que se han ideado para beneficio ó tormento de las mujeres civilizadas, no se halla este método, quizá porque, siendo demasiado sencillo, poca ganancia podía reportar á los profesores. Pero es un excelente método para obtener, seguramente, no sólo hermosa distinción en el andar, sino tonicidad y equilibrio para un gran número de músculos que se hallan por todo el cuerpo.

parece caracterizar á todas las razas que han producido tipos selectos de belleza femenil, y el ser tan raro en Inglaterra y América, ha dado lugar á que la opinión escatime sus sufragios al derecho que creen poseer nuestras mujeres de figurar en primera línea entre las bellas; la mujer española, como la diosa virgiliana, se reconoce en el andar.

Quizá perfección aún más rara que la del bello andar, es la de sentarse bien. Una sevillana, típica de clase popular—sentada convenientemente en actitud de calma y desembarazo, mas no descanso lánguido, con las rodillas levemente separadas, sus manos apoyadas en las caderas,—parece adoptar instintivamente, como me advertía en cierta ocasión un amigo, la postura hierática de una madonna bizantina.

Los elementos singulares del rostro de la española que han excitado siempre admiración, son los ojos y el color de la tez; en cuanto á esto, es voto universal que excede á todas las mujeres de los demás países. El rostro varía mucho en cuanto al diseño; no pocas veces es fino, á la manera clásica, con lindas cejas; la parte inferior de la cara, aunque por lo común es tan bella como pudiera desearse, es, sin embargo, la más expuesta á descontentar el gusto, porque en ocasiones resulta algo basta. La nariz es también alguna vez defectuosa, tendiendo á señalar un desarrollo abortado ó irregular; ejemplos se ven en las españolas de lo que conocemos por nariz de Wellington. El pelo, que se tiene por una belleza especial de las españolas, no es, á mi juicio al menos, el más sobresaliente de sus encantos; no puede compararse, por ejemplo, al hermoso y abundante pelo que tan frecuentemente se ve en las polacas en las calles de Varsovia. El pelo de la mujer española en el Sur (pues en el Noroeste el caso es distinto) carece, por lo general, de tonos suaves, y se le adoba demasiado (con aceite de almendras generalmente) para que pueda lograr su completa hermosura; pero con sus colores predominantes, desde el castaño oscuro al negro intenso—con vislumbres azules, más bien que rojas,—proporciona un marco favorable para la flor blanca, y

generalmente roja, jazmines ó claveles, que es el detalle de color más capital en el adorno de la española.

Es corriente decir que los ojos de la española son grandes y negros; no pocas veces puede añadirse vivarachos. Esta es la impresión más pronta é inevitable que siente el del Norte, que se da en esto cuenta de haber llegado á un pueblo que posee en alto grado la pigmentación de manera más extraordinaria que la que hasta ahora ha conocido, que deslumbra sus ojos con un ímpetu tranquilo, no infrecuente en pueblos que llevan resplandores del Oriente en sus venas y en sus costumbres —más acentuado aún en los húngaros,—y que desconcierta al inglés, lo mismo que al francés ó al alemán. La impresión que el español mismo recibe del mirar de los bellos ojos de sus paisanas, así como la del extranjero que ha vivido realmente en España, no es la misma que la del viajero que accidentalmente se halla en España. En este país, como Mateo Aleman escribía hace cuatro siglos, una mirada de la mujer se considera como excelso favor, y el español se deja afectar más por la calidad de la mirada que por el color de los ojos que la envían. Sin género de duda, los ojos oscuros parecen más expresivos que los azules, ó sin pigmento—hecho que los fisiólogos han tratado de explicar con exactitud;—pero de ninguna manera se ha de entender que á los ojos «negros» corresponda este honor. Los ojos negros son plebeyos y cuadran á un género de belleza plebeyo. El español, cualquiera que sea la región á que pertenezca, es gran admirador de los ojos «intermedios», de esa coloración intermedia, que—como los franceses de épocas antiguas, que experimentaban la misma admiración por ellos—se denominan verdes. Calderón pinta la hermosura, es verdad, con ojos azules; pero en *La Celestina* son los verdes, con luengas pestañas, los que principalmente distinguen á la belleza suprema. «A lo que yo creo», dice también Don Quijote, «los (ojos) de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgadas, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas». A su misma gitanilla Preciosa da Cervantes ojos que son, como de costumbre, esmeral-

das. La misma admiración existe, y es fácilmente perceptible, en los novelistas principales y más castizos. Valera, al describir la belleza y hechizos de Olimpia, habla de «la fuerza magnética de sus verdes ó blancos ojos, como los de Minerva, Medea y Circe, y que pudiera compararse á dos esmeraldas rodeadas de llamas». Blasco Ibáñez también, en *Cañas y barro*, dice de Neleta, la linda niña valenciana de la Albufera, que tenía «claros ojos verdes, que brillaban como dos gotas de ajenjo valenciano».

No se puede dejar de mencionar lo relativo al color de la tez, porque es carácter de importancia capital en la belleza española. A este color se le ha llamado de ordinario «color de sauce» ó, como Gautier con más fortuna y exactitud lo describe, «palidez de oro». Pero hállese ó no presente esta circunstancia, es innegable que la tez del español es la más perfecta de Europa, y no es preciso allí, como se acostumbraba en épocas antiguas en España, ocultarla bajo una mano de colorete, ó como ahora sucede con el empleo desagradable de los polvos. Cuando la tez inglesa llega á su mayor perfección es incomparable, pero es un encanto delicadísimo y pasajero; si se le traslada á un país cálido ó seco, como el de Australia, se destruye rápidamente. Pero España es país cálido y seco también, y á pesar de esto, entre los mismos aldeanos que andan constantemente á la intemperie, sin resguardarse absolutamente de sus influencias, se pueden ver cutis de los más bellos y hasta muy blancos; esta tez parece ser no solamente de las más bellas, sino también de las más firmes y de contextura más vital; ni se decolora fácilmente, ni se congestiona muchas veces, ni nunca se estraga. Cualidad esta de la piel de las españolas hermosas, que instintivamente hace pensar, lo mismo á extranjeros que á españoles, en la condición de los metales más finos y exquisitamente trabajados. No se escapó esta observación á Cervantes: «¿Ve vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa? ¿aquella tez de rostro que no parece sino de una espada acicalada y tersa?»

Blasco Ibáñez habla de los «reflejos metálicos» de la piel de Neleta, y Valera, en las *Ilusiones del doctor Faustino,* dice de Rosita que á los veintiocho años era tan sana y pura que «parecía una estatua de pulido bronce; la intemperie no había menoscabado ni sus manos ni su cara, que tenían algo de la patina con que el sol andaluz recubre las columnas y otros objetos de arte». Nada podría declarar mejor la impresión que siempre causan las mujeres españolas, y particularmente las andaluzas.

Se ha discutido alguna vez la proporción en que figuran en España las mujeres de tez blanca; es verdaderamente grande, no ya en las poblaciones marítimas (que allí siempre hay tendencia al tipo rubio á causa del mar), sino en Madrid y en otros puntos del interior. La proporción de mujeres rubias en España es desde luego mayor que en el Sur de Francia, que en Tolosa, por ejemplo, ó Arlés. El septentrional que llega por primera vez á España y nota la presencia de un tipo muy moreno, mucho más moreno que el que puede verse en Francia, está dispuesto á no reparar en el rubio, á que se halla más acostumbrado, y á obtener así una impresión falsa. Ya há más de sesenta años que Gautier advertía que las rubias eran muy comunes en Madrid; medio siglo más tarde parecían á Mr. Fink más escasas, y porfiaba en que iban cediendo paso á las morenas. Doña Emilia Pardo Bazán, distinguida novelista española, que escribía al mismo tiempo que Mr. Fink, expresaba una opinión enteramente contraria, declarando que lo que ella considera ejemplar nacional de belleza—mujer de estatura mediana, formas finas, pero redondeadas, movimientos ondulantes, ojos negros, vivos y graciosos, pelo negro y tez aceitunada—va lentamente cediendo lugar al tipo de Rubens, rubia y carnosa. Si me decidiera á expresar mi opinión en materia en que tan doctas autoridades difieren, me inclinaría á decir—faltando estadísticas exactas—que realmente no ha habido cambio alguno. Mis propias impresiones del día corresponden con relativa exactitud á las de Gautier, que es-

cribía en la primera mitad del siglo XIX: «En muchas regiones escasean los ojos azules y el pelo rubio; pero el pelo de color intermedio y los ojos de color claro en tez absolutamente blanca, son muy frecuentes.» El predominio del ejemplar de tez blanca, tanto en lo antiguo como en lo presente, claramente se refleja en la literatura española. Bastará con citar á Cervantes; por todo el *Quijote,* así como en las *Novelas ejemplares,* las mujeres hermosas tienen cabellos dorados, ni más ni menos que ojos de esmeralda; Luscinda, para que haya alguna variedad, tiene rubias las trenzas. Las mujeres blancas desempeñan en la literatura española parte más considerable de la que les corresponde, porque la blancura es, no sólo parte del ideal de belleza en este país, sino además sello de origen aristocrático (1).

Los ojos y la tez son los rasgos reconocidos como principales de la belleza española, tanto por extranjeros como por los mismos nacionales. Otra característica hay además de la mujer española, que nunca he visto mencionada, pero que juzgo muy fundamental y muy significativa de la condición especial de su contextura nerviosa. Hablo de la inmovilidad relativa del rostro, de la ausencia de movimientos innecesarios. El contraste en este punto con la cara de la inglesa, en general, es considerable. Si uno va por las calles de una ciudad populosa de Inglaterra, y mira para las caras de las mujeres, puede notar que en la mayor parte de los casos, si no en todos, el rostro está en constante movimiento inexpresivo, la

(1) La frase *sangre azul*, indicando nobleza, es, á lo que parece, de origen español. En España, como en otros muchos países, la gente noble es algo más blanca que la población ordinaria, y como Sir Lauden Bunton ha notado *(British Medical Journal*, March 21, 1896), así como en la gente morena los vasos sanguíneos no se perciben fácilmente á través de la piel, en la blanca se distinguen con precisión y aparecen de color azul; así que tener «sangre azul» vale tanto como ser blanco. Yo he discutido el ideal europeo de belleza en su historia y modificaciones nacionales en mis *Studies in the Psychology of lex.*, vol. IV, «Sexual Selection in Man.»

frente fruncida, los ojos temblones, la boca entreabierta, delatando la expresión entera oscuros desasosiegos fisiológicos; en la gente mejor educada este movimiento incesante es ya menos visible, sustituyéndose por una modificación igualmente dolorosa de tiesura artificial. La mujer española, en cambio, aparenta el mínimum de esta fluctuación confusa de movimientos musculares; sea ó no observada, está serena, inmóvil, dueña de sí misma. Su semblante arrostra nuestra mirada, con gracia á la verdad, pero fría y firme como una estatua de mármol. He oído decir que el semblante inglés, con su rubicundez carnosa, parece sumamente desfavorecido al lado del cutis finamente matizado del español, y se dispone uno á creer que esta tez obra como escudo, de que el del Norte está desposeído. Sin duda á causa de esta sumisión de los movimientos musculares, mirar á una mujer en España no se considera, ni mucho menos, acto ofensivo; no causa molestia ninguna; es una forma de galanteo, apropiada maravillosamente á una raza digna, callada é intensa, y en las novelas y poemas españoles *la mirada* prolongada desempeña un papel importante.

La adecuada adaptación de la fuerza nerviosa al movimiento muscular es, entendido en buen sentido, cualidad animal; la cualidad que da á los animales que viven en estado de naturaleza su gracia perfecta. En la Francia del Norte, en Inglaterra, en América, las influencias de la civilización conducen á un exceso de energía nerviosa irritable, que rebosa, sin significación alguna, y en consecuencia, sin gracia y sin finura de todos los canales musculares del cuerpo. En este exceso de incesante energía nerviosa consisten las cualidades de nuestro civilizado temperamento moderno, y á él probablemente se debe, más que á otra, lo que nos distancia del español. La presencia de una diferenciación general se presenta con tanta claridad á la mente del español como á la del extranjero. Ya no causa gran sorpresa al inglés encontrarse con que las más de las veces le toman en este respecto por un francés, ó, como yo he oído de mí mismo, como «un caballero

inglés ó francés». Para la generalidad de los españoles, la diferencia es escasa ó nula; unas señoras catalanas, con quienes me encontré viajando, aunque supieron que yo era inglés, mostraron en mi honor la pequeña copia de palabras francesas que poseían, y trataron de halagarme diciendo que París debía ser una hermosa población. Cuando pocos días más tarde volvía yo á París, pude comprobar que esta confusión no es tan absurda como al principio pudiera parecernos. Pensé que alguna vez he pertenecido á esta raza, mas nunca podría decir lo mismo con respecto á la española. Las diferencias entre ingleses y franceses del Norte son ciertamente importantes, pero no esenciales, y para los españoles que no han viajado, cuya civilización y carácter—aunque no exentos de profundas afinidades con el inglés—tiene rasgos y tradiciones moriscas, medioevales y hasta primitivas, parece no existir la menor relación entre ellos y nosotros.

En conexión con esta singular cualidad nerviosa de las españolas, que me parece tan significativa, debo tratar de su actitud general para con los hombres. En Inglaterra, sobre todo en un centro urbano, si observamos una joven cualquiera del pueblo hablando casualmente con un hombre en la calle, podemos notar que aunque con toda probabilidad está tratando de cosas indiferentes, la cara de ella aparece revelando la conciencia de su sexo; todo su sistema nervioso se halla afectado por el hecho de, siendo mujer, encontrarse delante de un hombre. En Francia, aunque más limitadamente y con menos ingenuidad expresada, se presenta acentuada la misma tendencia. Pero es muy rara vez visible en la española, cuyas maneras para con el hombre, por amables que sean, llevan siempre el sello de serenidad y dominio de sí misma; ve al hombre, pero no se encuentra inquieta por la idea de que sea un posible amante. La señora Pardo Bazán observa que es equivocado suponer que la española posea en alto grado lo que los franceses llaman «temperament». Seguramente tiene razón; sin duda que hay grandes probabilidades de pasión en

la española—sus cualidades de misticismo, fervor y tenacidad bastarían para acreditarlo,—y estas probabilidades, no pocas veces, la llevan á trágicos resultados; pero la intensidad misma de esta disposición es opuesta á la facilidad emocional. Todas las tradiciones españolas antiguas muestran que las mujeres de esta raza exigen mucho galanteo; y cierta castidad, en armonía con su sobriedad extrema, parece como que late en el temperamento de la gente (1).

Esta altiva reticencia, la ausencia de fáciles alentamientos al hombre que se propasa, es, verosímilmente, la razón de la superioridad que las mujeres poseen en lances amatorios, la subordinación sexual de los hombres que es corriente mirar como característica de España, y que simboliza, en cierta manera, la profunda adoración española por la Virgen María. Probablemente es muy primitiva. Estrabón, con algo de exageración tal vez, llega á hablar de la «ginecocracia» ó señorío de las mujeres entre los antiguos iberos; y Moch da á entender que cierto recuerdo persistente del antiguo período matriarcal se fué transformando en romance caballeresco, soberanamente glorificado en la gran novela española el *Amadís de Gaula* (2). En *La Celestina*, al ser preguntado Calixto si es ó no cristiano, responde: «Yo soy melibeano; adoro á Melibea, creo en Melibea y amo á Melibea.» Al fin del siglo XVIII, un pensador alemán, observador de las costumbres españolas, después de hablar de la aparente falta de modestia en la conversación y en las miradas de las españolas, y de su «varonil audacia», añade que es gran error imaginar que ellas se rindan fácilmente al amor y que sea bien vista cualquiera licen-

(1) Exigen también mucha discreción en sus amantes. «El español es gran servidor de las damas, dice Howell; mas nunca se jacta de ello, ni divulga lo que en esta materia haya hecho, y es excesivamente solícito por la reputación de una mujer; cortesía que está haciendo mucha falta en Inglaterra.» Refiérese hoy lo mismo en los países españoles.

(2) Iwan Bloch: *Beiträge zur Aetiologie der (Psychopathia sexualis*, vol. II, pág. 150.

cia de parte de los hombres; pues son muy dignas. «Gustan de elegir, y no ser elegidas; obran como si fueran el hombre, y á éste es á quien toca rendirse y sacrificarse. Por esto es por lo que el hombre callado, modesto y frío tiene más éxito con ellas que el amante ardoroso y apasionado (1).» Puede parecer esta afirmación un tanto exagerada; pero es indudable que corresponde á un hecho psicológico real que en cierto grado persiste todavía.

Podemos asociar esta manera de ser de las mujeres de la España antigua, con la consideración que se guarda en muchas circunstancias á las mujeres no casadas que tienen hijos, y la ausencia relativa de baldón social que generalmente en otras partes se arroja sobre los hijos ilegítimos. Sin duda ha debido ser esto una sobrevivencia de las primitivas condiciones matriarcales, que se ha guardado con gran tenacidad por los españoles; y hasta la práctica, no infrecuente, del hijo legítimo que prefiere usar el apellido de la madre al del padre, revela la ausencia de orgullosa preferencia por la ascendencia paterna. Rasgo notable es éste de la vida doméstica de la España medioeval, que ha dejado huella en las leyes contemporáneas; y es interesante observar cómo las mujeres de un país, que se ha considerado comúnmente ser el del catolicismo fanático, ha podido recabar con éxito libertades y privilegios que en los libres países protestantes no han logrado establecerse aún, y sólo sí se han reclamado en estos últimos tiempos (2).

Declara la señora Pardo Bazán que lo caballeresco no es hoy en España, para con las mujeres, mas que un código de formalidades anticuadas y vacías, y considera que la posición

(1) C. A. Fischer: *Reise von Amsterdam ueber. Madrid,* 1799; págs. 195 y siguientes.

(2) Véase Burke, *History of Spain,* vol. I, app. II: «Sobre el concubinato notorio ó barraganería», por llamarse á la manceba reconocida *barragana.* En 1679, Inocencio XI se creyó obligado á condenar formalmente la proposición del teólogo español Sánchez, de que las concubinas no pudieran ser despedidas en todas las circunstancias.

social de la española se ha rebajado en general por la introducción del constitucionalismo é instituciones modernas que le acompañan. En épocas anteriores, la española estaba en más alto nivel que el hombre, que hacía del interés de la mujer el suyo propio; podía ella dedicarse á la ocupación que más le plugiera y desempeñar altos cargos en la gobernación del Estado, al paso que en la esfera de lo religioso, hombres y mujeres podían rivalizar en fervor y santidad. Tal estado de cosas ha dado lugar á un sistema político desprovisto de sentimiento patriótico como del religioso, en el que pertenecen todos los derechos á los hombres, y las mujeres no tienen otra cosa que deberes. La posición social de las mujeres, sus intereses intelectuales y su iniciativa personal, han experimentado, por consiguiente, gran descenso (1).

Si tal sucede, no es más que una fase transitoria, que acabará con la expansión inevitable de nuestros modernos sistemas políticos. Cierto que aún no hay movimiento entusiasta en España por ver de conseguir el voto para las mujeres. «El sufragio en España, como nota Posada, apenas puede llamarse tal; existe en la ley, pero en la práctica no es sino farsa indecorosa é indigna. ¿Cómo es posible que los hombres sientan la necesidad de otorgárselo á las mujeres, y que las mujeres tengan ansiedad por ser, como la mayoría de los hombres, simples electores honorarios? (2).» España ha adoptado el sistema inglés parlamentario, que no era consecuencia de su propia historia y que no ha sido capaz de asimilar. Así que su desarrollo político y social entren en fase más vital, sin duda que las españolas tomarán natural é inevitablemente parte en la vida nacional, para lo que son tan adecuadas.

---

(1) Emilia Pardo Bazán: «La Femme Espagnole», *Revue des Revues*. Febrero, I, 1896. Concepción Arenal, mujer de las más eminentes entre las españolas modernas, que fué nombrada Inspectora de cárceles por la reina Isabel, fué privada de este cargo por el gobierno revolucionario por el solo motivo de ser mujer.

(2) Posada: *Feminismo*, pág. 222.

Salillas, sociólogo español, que ha estudiado de manera luminosa la psicología de su pueblo, nota en algún pasaje que la española es una salvaje amansada. Tal generalización contiene tanta verdad como empeño de reducir fenómenos complejos á simplicidad. Pudiera decirse que la española típica, tal como el español la ve, se distingue especialmente por su dulzura y por su fuerza. Del modo mismo que la italiana hace pensar en la ternura y en la maternidad; la teutónica, en la pereza y en la reserva, así la española ejemplar es fuerte, independiente, con dominio de sí misma, y á la vez graciosa y amable. Es, como dice Valera, angelical, pero robusta.

Según la pintan los extranjeros, la española es, de ordinario, criatura espléndida, pero descuidada; apasionada, mas cruel, singularmente propia para figurar en novelas y cuadros; pero, por otra parte, ignorante, mogigata, perezosa y sucia. La *Carmen*, de Mérimée y Bizet—la cigarrera que chirla la cara de otra cigarrera, y que posee sobre los hombres influencia enloquecedora, que aprovecha para perderlos,—concentra en sí la mayor parte de los elementos pintorescos de esta concepción, y es, sin duda alguna, responsable en gran parte de su divulgación. Cierto que Mérimée representa á su Carmen como gitana que posee, en grado más ó menos grande, esta condición. Pero, como comprendía él mismo, en muchas cosas no era ni podía ser una gitana su Carmen. Louys también, en la *Femme et le Pantin*, presenta la pintura convencional de la cigarrera sevillana, atrevida y aviesa, y la Fábrica de Tabacos misma, á una luz algo mortecina, de la que también el Baedeker habla como lugar desagradable y maloliente, que no se puede visitar por pura recreación. Teniendo presente estas noticias, cuando visité yo mismo la Fábrica no pude eximirme de entrar con ciertos prejuicios. Pero, muy lejos de ser desagradable, me pareció la Fábrica uno de los lugares más agradables de aquella agradable ciudad, y de los más pintorescos. Los obradores son amplias habitaciones, sostenidas por grandes columnas que parecen de cripta de alguna catedral, airea-

das, sin oler apenas ni á tabaco, y ocupadas por muchachas y mujeres mayores, que han cambiado sus vestidos de fuera, que cuelgan de las paredes, quedándose con los del trabajo, de variado aspecto; y tan entregadas están á su tarea, que, excepto cuando se vuelven á hablar con los niños que algunas llevan consigo, apenas si se percibe el rumor de alguna conversación, y pocas obreras son las que se dignan mirar al extraño que por allí pase. Cada habitación tiene un altar debidamente adornado, y en varios sitios se divisa un clavel puesto en agua, mientras la dueña está trabajando. No hay para qué negar, pues es de toda evidencia, que esta Fábrica, como todas aquellas en que se reúnen muchas mujeres en condiciones nada domésticas, ha de dar lugar, en personas predispuestas, á malas pasiones y pendencias, que á veces resultan fatales. Pero, con todo esto, es imposible encontrar escena de trabajo más plácida y encantadora y más típicamente española.

Pocos días después de mi visita á la Fábrica, tenía lugar en los Jardines de Eslava la fiesta que anualmente celebran las cigarreras. Pensé que viendo las cigarreras en fiesta encontraría si las tradiciones convencionales eran ó no más exactas de lo que se me representaban en su trabajo, y creí deber ir á los Jardines de Eslava. Nada puede existir menos parecido á la idea de una *kermesse* flamenca. Realmente, era aquello una especie de bazar á beneficio de las obreras, pero completamente libre de las cursilerías de un bazar inglés. Cada mesa era presidida por un grupo de cigarreras, ruborosas, graciosas y bonitas—evidentemente las más hermosas flores de la Fábrica,—todas vestidas con sus mejores trajes andaluces. El español no posee ninguno de los instintos que caracterizan al viajante de comercio, y no logré ver que alguna de aquellas muchachas ofreciera sus artículos en venta al forastero, ni que en algún modo se le dirigiese, aunque los resultados finales de la venta parecen haber sido considerables. En una plataforma, cierto número de mujeres aparecían sentadas en medio corro, y bailando de cuando en cuando las *sevilla-*

nas y otros bailes de manera sencilla, inafectada, casi siempre como simples aficionadas. Me confirmé de nuevo en mis impresiones primeras. Claramente se veía que estaba muy lejos de ser aquello la obrera típica de la fábrica inglesa; pero más lejos todavía de la insolente cigarrera de leyenda.

Y por si hubiera desconfianza de mis propias impresiones, es digno de interés ver cómo los españoles mismos describen á las mujeres de su tierra. La señora Pardo Bazán ha escogido á una cigarrera para *La Tribuna* (1), novela de las mejores suyas, así como de las más realistas. Amparo es no sólo cigarrera, sino hija además de cigarrera, habiéndose hecho republicana leyendo periódicos; toma parte muy activa en los movimientos de 1868 en un lugar elevado, especie de tribuna popular; «mujer cuyo corazón era más suave que la seda, incapaz de hacer daño á una mosca, y sin embargo, fué capaz de pedir las cien mil cabezas de los que viven chupando la sangre del pueblo» (2). Esto no impide que al mismo tiempo se enamore de un hombre de clase superior á la suya, que la seduce con promesa de matrimonio, y por fin, cuando se acaba el movimiento revolucionario, Amparo queda abandonada y con un hijo, pero sin abatirse.

Amparo, á pesar de su ardor meridional é impetuosidad, pertenece á la Coruña, en el Norte de España, patria de doña Emilia Pardo Bazán. Pero si dirigimos nuestra atención á las novelas de Valera, que se ha dedicado á la descripción de las mujeres de Andalucía, su tierra, encontraremos las mismas cualidades de energía, independencia y valor—la firme reso-

(1) La señora Pardo Bazán ha declarado después, que antes de empezar á escribir este libro, invirtió dos meses en ir por mañana y tarde á la Fábrica de Tabacos de la Coruña, su pueblo.

(2) Debo advertir que las cigarreras tienen fuertes convicciones políticas. El matrimonio de la princesa de Asturias hace pocos años fué sumamente impopular; y cuando, en conmemoración de este suceso, las autoridades enviaron á las cigarreras billetes para el teatro, les fueron rechazados.

lución de vivir conforme al gusto propio y afianzar la propia personalidad—que parecen distinguir en grado extraordinario á las españolas. En un libro que él tiene, más que por novela, por «espejo ó reproducción fotográfica de la gente y de los usos de la provincia en que naciera», *Juanita la Larga*, la más acabada semblanza que ha pintado Valera de la muchacha del pueblo, revela la heroína el mismo vigor fundamental é independencia que Amparo, aunque asociado en este caso con el buen sentido más sólido, y manifestado exclusivamente dentro del círculo de su vida personal cuotidiana. Es Juanita hija ilegítima; pero en virtud de sus prendas personales, gana la estimación y respeto de todos, y finalmente, se casa con uno de los personajes más importantes de la localidad, personaje mucho más viejo que ella, á quien ha enseñado poco á poco á que la ame y considere. El vigor y solidez de la protagonista se manifiestan en el aspecto físico como en el mental. A los diez y siete años corría como un gamo, tiraba piedras con tal tino, que mataba los gorriones, y saltaba á lomos de un potro cerril ó de una mula, y no á mujeriegas, sino á horcajadas; cuando andando el tiempo, un opulento admirador suyo llegó á propasarse en sus demostraciones de entusiasmo, tuvo ella arrestos para cortar sus ímpetus agresivos, derribándole gentilmente en el suelo y rindiéndole de allí en adelante á su completo servicio (1). De la misma manera, Blasco Ibáñez, que posee incomparable conocimiento de la psicología de la gente española del día, así como de sus costumbres, describe en su

(1) En otro lugar, según va estudiando en interesante ensayo *(La Cordobesa)* las mujeres de su propia provincia, hace Valera observaciones de este género aplicables á la española en general. Después de notar que la muchacha de más humilde condición habla de la honra como las heroínas de Calderón, añade: «Cuando esto no basta, ni chilla, ni alborota, ni escandaliza; pero se defiende cual una Pentesilea; lucha como el ángel luchó con Jacob en las tinieblas de la noche; y robusta, aunque angélica, suele echarle la zancadilla, derribarle y hasta darle una soba, todo con muda elocuencia y en silencio maravilloso. Y no se extrañe esto, porque en la clase de muchachas pobres, y aun en algunas acaudaladas labrado-

Flor de Mayo una moza que suele contestar «proposiciones atrevidas con gestos de desdén, un pellizco con una bofetada, y un abrazo á traición con una soberbia coz que más de una vez ha podido derribar en el suelo á mocetones firmes y fuertes como palos de navío».

Y como hoy encontramos, naturalmente, esta manera de ser descrita como privativa de las mujeres del pueblo, antaño era esencialmente una de las notas más ejemplares de las españolas en la literatura. Este es el modelo femenino que Cervantes se complacía en describir en el *Quijote* y en las *Novelas Ejemplares*. La *Ilustre Fregona,* por ejemplo, pintada como una belleza insigne, con mejillas de rosas y jazmines, es al mismo tiempo, como las mujeres de Valera, «dura como el mármol». La hija de Sancho era «alta como una lanza, y fresca como una mañana de Abril, y fuerte como un ganapán». «Bien la conozco—decía Sancho de la moza su paisana que Don Quijote había convertido en Dulcinea;—y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la zanca del lodo á cualquier caballero andante y por andar que la tuviere por señora!... ¡Qué rejo tiene y qué voz!... Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire.» Esta habilidad para tirar la barra no parece haber desaparecido totalmente en el día entre las mozas españolas. Pasando un domingo por la vieja ciudad castellana de Palencia, vi cómo las mu-

---

ras, es notable la robustez. Son más duras que el mármol, no sólo de corazón, no sólo en el centro, sino por toda la periferia.» Después de referir algunas cosas que prueban sus observaciones, Valera añade: «No se entienda por lo dicho nada que amengüe ó desfigure en lo más mínimo la esbeltez y gentileza de mis paisanas. Una cosa es la densidez y la firmeza, y otra el desaforado volumen. La moza que desde niña trabaja, anda mucho y va á la fuente que está en el ejido, volviendo de allí con el cántaro lleno, apoyado en la cadera, ó con la ropa lavada por ella en el arroyo, es fuerte, pero no gorda.

jeres—tanto las matronas fornidas como las muchachas—se entretenían jugando á un juego parecido al de los bolos, sólo que eran rollos pesados lo que tiraban á lo largo de un prado, sin cansarse de la diversión en toda la tarde, y con gran alborozo y animación, y unos chicos parados mirando cómo jugaban las personas mayores. Nunca he visto á las inglesas de clase vulgar ni á las mujeres de otros países jugar á juegos tan saludables, é inocentes á la vez, para la alegría pura del ejercicio muscular; y raza en que las madres disponen de tanta energía para invertirla en esto, no se la puede tener por decaída ni agotada.

Interesante es notar este aspecto del ideal español de la mujer en la vida y en la literatura, porque es en gran manera desemejante del que ha prevalecido en Inglaterra hasta nuestros últimos días. Shakespeare encuentra oportuno muchas veces poner á sus heroínas en escena con vestidos de hombre; pero nunca se le ocurrió agregar esto á sus femeniles encantos, como hizo Cervantes en el epitafio sobre *Las dos doncellas,* que ciñeron espada y anduvieron por el mundo en busca de sus amantes—«que eran tan denodadas como virtuosas»,—aunque, si bien se considera, teniendo en cuenta circunstancias especiales de la vida, en las mujeres es el valor virtud tan común en ellas como pueda serlo en los hombres. Por mucho que al parecer varíen las mujeres en Shakespeare, casi siempre escoge él tipos ultrafemeninos, y claramente se complace en su mansedumbre, sumisión y flaqueza. Lo mismo acontece, aunque de ordinario en grado inferior, con los demás dramaturgos de la era de Isabel y de Jacobo; y, por lo que toca al original de su «Doncella feroz», que se acerca algo á la manera española, Middleton y Dekken han buscado el tipo en las clases más inferiores de Londres. Las heroínas de la robusta literatura del siglo XVIII más están tocadas de debilidad que de vigor; como también Dickens y Thackeray, los novelistas más populares del siglo XIX, han puesto empeño en idealizar los estados más ínfimos de flaqueza y debilidad femeniles. Me-

redith, con sus ideales de virilidad robusta é independiente; Hardy con sus heroínas autónomas y espontáneas, representan espíritu más moderno. Es curioso hallar que el ideal más vigoroso, en armonía con nuestra concepción acerca del lugar que pertenece á las mujeres, idea que se va cada vez más ensanchando, siempre se ha tenido en honor dentro de la literatura española (1).

En esta cuestión se armoniza la literatura con los hechos de la vida española. No se puede dudar que el vigor é independencia que se notan en las españolas más excelentes de la actualidad, y que se reflejan tan á menudo en la literatura española, es una característica que apunta desde tiempos muy remotos en la historia de la raza española, y que no se debe, ni mucho menos, como por algunas consideraciones que antes expuse pudiera entenderse, á ningún afeminamiento moderno en los hombres. Ya en el siglo IV las españolas insistían en poder seguir llevando sus apellidos después de casadas, pues vemos que el Sínodo de Elvira trata de restringir esta libertad (2); y mucho tiempo después ya se ha indicado que es posible á un hombre adoptar exclusivamente el apellido materno. Los pintores más grandes de España los conocemos solamente por el apellido materno, como Velázquez, por ejemplo, y aun hoy es usual llevar los españoles el apellido paterno y el materno juntos.

He dado gran relieve á las cualidades físicas de la mujer española; pero apenas es necesario recordar que son la fiel expresión de cualidades de inteligencia y voluntad correlativas.

(1) El gran autor dramático Tirso de Molina se ha mirado como el representante más genuino y realista de la vida y carácter españoles. Doña Blanca de los Ríos de Lampérez, que se ha dedicado especialmente al estudio de la vida y las obras de Tirso, después de realzar este punto, observa que aunque no es cierto, como se ha dicho, que «todo su vigor esté en las mujeres y toda su debilidad en los hombres», parece mirar la debilidad como cualidad independiente del sexo, y se la otorga por igual á hombres y mujeres.

(2) A. W. W. Dale: *The Synod of Elvira*, p. 172.

La española puede ser callada y reservada, atendido á su modo de ser más ordinario; pero en sus manifestaciones más características es pronta, viva y despierta como *Altisidora* en el *Quijote*, la antecesora de las muchachas que hoy vemos en las comedias de Serafín y Joaquín Quintero; resuelta, con llaneza y dominio de sí misma y siempre encantadora. Hasta en los casos más dudosos de su vida, las cualidades de las españolas han salido airosamente justificadas.

En una de las novelas más antiguas y más castizamente españolas, *La lozana andaluza,* que Francisco Delicado, sacerdote cordobés, escribió en Roma en 1524, para alivio de sus pesares, tenemos entera la historia detallada é instructiva de una cordobesa que era, como el autor tiene buen cuidado de decírnoslo, paisana de Séneca, no sólo por su nacimiento, sino por su inteligencia, saber y experiencia, pues era *lozana*, como también nos indica, en toda la extensión de la palabra, que incluye belleza, elegancia, vivacidad y franqueza. Era con todo una cortesana. En Carmona, cerca de Sevilla, donde aprendió el oficio de tejedora, era distinguida por su belleza y su gracia: era también robusta, pues sabemos incidentalmente que estaba avezada á saltar paredes, y tenía mucho despejo. Aldonza era muy joven cuando se enamoró de un joven mercader genovés, y se escapó con él, viajando mucho por Levante y por otros sitios, y teniendo muchos hijos. Él quiso casarse con ella, pero se interpuso su padre; separólos, y á ella la echó, intentando ahogarla, pero ella escapó en un bajel, y con un anillo de mucho precio en la boca, llegó á Roma en los días del Papa León X, á la sazón en que privaban en aquella corte todas las formas más paganas de la galantería. Allí topó Aldonza con un pajecillo llamado Rampin, que fué su amante al mismo tiempo que criado, que, como no se mostró celoso, la permitió seguir su carrera de cortesana. Delicado se dilata en pintar la gracia de su heroína, su valor resuelto é ingeniosa conversación. Capaz es ella de ser todo con todos: «Cristiana con cristianos, judía con judíos, turca con turcos, hidalga con hidal-

gos, genovesa con genoveses, y francesa con franceses.» Sin carecer al mismo tiempo de ninguna de las virtudes caseras, es, entre otras cosas, excelente cocinera. No pierde Aldonza su sér de española ni aun en Roma. «Las españolas son las más perfectas y mejores mujeres de la tierra», dice un personaje de la novela, «aunque sean cortesanas». Aldonza dice que así lo cree, porque no hay mujéres tales en ninguna parte. Finalmente sale de Roma con su paje Rampin en dirección á Lipari; allí cambia su nombre por el de Vellida, y acaba su vida —muy santamente—conforme al uso español, habiendo, como indica el clérigo autor de la novela, tenido especial cuidado de ganar su vida sin jamás ofender á Dios ni al prójimo. Así nos encontramos en el siglo XVI con un vigoroso boceto del tipo que Valera ha retratado últimamente en su pintura de Rafaela la Generosa.

Encuéntrese ó no la *lozana andaluza* en la vida real, realmente representa los triunfos de las cortesanas españolas en la Roma del Renacimiento. Tulia de Aragona, la cortesana más distinguida de Roma en aquel tiempo, figura, á la verdad, casi austera, que imponía respeto á los principales, tanto hombres como mujeres de su época, se cree fuera española, hija del cardenal de Aragona, vástago ilegítimo de la familia real española (1). Isabella de Luna, también famosa cortesana romana del Renacimiento, fué española. Había, como Aldonza, viajado mucho, hasta el mismo Norte de Africa y seguido á la corte imperial á Flandes, y parece haber sido una mujer encantadora, inteligente, estimadísima en Roma, y de quien Bandello habló encomiásticamente (2).

Es tan general en los escritores acerca de las españolas detenerse en señalar la superioridad que han obtenido como reinas y como santas, que parecen declarar con esto que las grandes cualidades personales de esta raza distan mucho de limitar

(1) G. Biagi: *Un etera romana*, Nuova Antología, 1886, págs. 655-711.
(2) A. Grat: *Attraverso il Cinquecento*, pág. 234.

sus triunfos simplemente á las condiciones más honrosas del trono y del convento ó de la escena moderna; mas las han capacitado también para inspirar respeto y admiración, aun en aquellos trances de la vida que se reputan por menos honrosos; aunque es significativo el hecho, como advierte Emilia Pardo Bazán, de que las cortesanas españolas célebres del siglo XVI, lo mismo que hoy ocurre, alcanzaran éxito y fama fuera de su país cuando en el suyo eran apenas conocidas.

También han figurado en primera línea las españolas como actrices. Según Devrient, en España fué donde primero se presentaron las mujeres en la escena, aunque en Venecia poco después aparecieran actrices. En una ordenanza de Carlos V de 1534, se hace mención de actrices españolas (1). Shakespeare tuvo que dar sus papeles de mujeres á muchachos; pero su contemporáneo español Lope de Vega podía darlos á mujeres, á la «divina» Antonia Granado, entre otras.

Las españolas han buscado á menudo, por su propio y entero placer, el claustro donde cobraron la más insigne celebridad; Santa Teresa, aunque alguna vez se la haya tenido por una histérica (2), es considerada justísimamente como la más insigne mujer que haya vivido en el claustro.

---

(1) Devrient: *Geschichte derdeutschen Schauspielkunst*, 1848, vol. I.

(2) Los serios desórdenes que empezaron á afligir á Santa Teresa á la edad de diez y seis años, y que nunca enteramente la desampararon durante los cincuenta restantes de su vida, estando indudablemente relacionados con todas sus actividades y maneras de sentir y pensar, se los designa vagamente con la palabra «histéricos»; mas no hay acuerdo completo entre las autoridades médicas más competentes que han estudiado su historia. Así que, al paso que Jorge Dumas la considera como histérica en su más estricto sentido, Pedro Janet la tiene como una psicasténica que tiende á la histeria; es decir, busca un automatismo de acción que se frustra en sus intentos. (Discusión en la Societé de Psychologie. *Revue Scientifique*, Mayo 12, 1906). Pero cuando las manifestaciones mórbidas, nerviosas y psicológicas se combinan con el genio, los resultados desafían los más sutiles análisis. Interesante pintura de las actividades prácticas de Santa Teresa es la presentada en la biografía de Mrs. Cuninghame Graham, *Santa Teresa*.

Pero si ha habido españolas que de su grado entraron en conventos, no han faltado las que de grado se han despedido de él temporalmente ó para siempre para dedicarse á ocupaciones menos espirituales, como la carrera militar y hasta el toreo, en donde han adquirido éxito y fama (1). No quebrantó Calderón la verosimilitud, cuando en la *Devoción de la Cruz* representa á una monja que se escapa del claustro para hacerse capitán de bandoleros; y las hazañas de la heroína de doña Emilia Pardo Bazán, la Amparo, que dirige los tumultos populares, están calcadas en la vida real. Estando yo en Barcelona hace pocos años, en ocasión de un gran alboroto que determinó la publicación de la ley marcial, teniendo lugar sangrientas colisiones entre el ejército y el pueblo, se observó que una obrera joven, desconocida, apareció como organizadora de los amotinados, animando á los rezagados y reclutando gente, y al fin desapareciendo, sin que su nombre se supiera, en la oscuridad de donde había surgido. Mas no á revueltas de esta clase se limita la función directiva de las españclas. Concepción Arenal, mujer de las más distinguidas del siglo XIX, primero como poetisa y novelista, luego colaborando con su marido, distinguido jurisconsulto, llegó á presidir varias reformas sociales y morales de las que más interesaban á su país, y en todo se hizo notar por su sagacidad y buen juicio. Emilia Pardo Bazán—de familia aristocrática, y nativa, como Concepción Arenal, de Galicia—es en el día la mujer más eminente de España y aun la escritora más insigne de Europa. Su

(1) Así D.ª María de Gaucin, según M. Dieulafoy (*Aragon et Valencia*, 1901, pág. 21), dejó el convento y se hizo torera, distinguiéndose en esta profesión, no sólo por su valor, sino también por su belleza y virtud; y al cabo de algunos años, en los cuales alcanzó nombradía por toda España, volvió pacíficamente á las prácticas religiosas de su convento, sin que á lo que parece experimentara la menor censura de sus hermanas, á quienes complacía la celebridad de sus hazañas en el circo taurino. Uno de los apuntes de Goya en el Arte de lidiar los toros, representa, agrego yo, el «valor varonil» de «la célebre Pajuelera» en la Plaza de Toros de Zaragoza.

principal mérito es como novelista. En este terreno ha seguido las tradiciones realistas de España, algo influída por lo francés, pero con la versatilidad tan propia de los escritores de su tierra; unas veces se ha ocupado de crítica, otras de sociología y muchos otros asuntos, y en todos con brillantez, inspiración y sana doctrina. Como Concepción Arenal, se ha interesado vivamente en los destinos de su propio país, y en todo aquello que afecte á su progreso (1).

Las españolas no suelen ser educadas de una manera exquisita, tal como se entiende en lo general la educación; muchas no saben ni aun leer y escribir. Pero no hay quizá país en Europa donde más claramente pueda llegar á comprenderse lo poco que esto en realidad significa. Una española de la clase baja, que con gran dificultad puede poner su nombre, puede, con todo, mostrar el tacto más fino y conocimiento en todas las cuestiones esenciales de la vida. Hace más de un siglo que Casanova hablaba de la superioridad mental de las españolas. Hoy, la Sra. Pardo Bazán hace igualmente la observación de que las mujeres superan en entendimiento á los hombres. Refiérese especialmente á las clases elevadas; pero es sin duda aplicable también á las clases obreras. Entre las trabajadoras, como nota Posada (2), lo mismo en la ciudad que en el campo, la mujer recibe una preparación para la vida no inferior á la del hombre: coopera con ellos, y su trabajo es idéntico al de ellos, y realizado con igual perfección; mientras que en la clase media las mujeres hacen una vida de inferioridad marcada, en que les es sumamente difícil revelar sus cualidades reales. Probablemente en la clase media es donde las mujeres se encuentran con mayores desventajas, pues careciendo de los privilegios de las clases altas y de la libertad de las bajas, no tienen ocasión de ostentar su actividad, y se hallan reduci-

(1) La señora Pardo Bazán ha hecho preceder su novela *Los Pasos de Ulloa* de una extensa é interesante introducción autobiográfica.

(2) Posada: *Feminismo*, pág. 212.

das á una vida de inanidad claustral. Esta no es seguramente reminiscencia de la España mora, porque los moros proporcionaban á las mujeres, no sólo honor excelso, sino además educación esmeradísima. Verdad es que la educación es accesible en España á las mujeres: no se le cierran las universidades; pueden ejercer la medicina, aunque todavía pocas se hayan aprovechado de este privilegio. Pero las ocasiones de trabajar son escasas, y las antiguas tradiciones semiorientales en favor de la vida de encerramiento para la mujer son válidas todavía entre la clase media. Mucho valor y resolución se necesitaría para que una española se saliera del sendero en que sus mayores la han encaminado. Por esto es más de maravillar que las mujeres hayan desempeñado tan importante papel en España y hayan tenido arrestos para hacer desaparecer dificultades que son en este país más grandes que en cualquier otro, como Concepción Arenal, que se vistió de hombre para obtener educación universitaria en época en que las universidades no estaban aún abiertas para las mujeres (1).

Digno es también de advertencia que, á pesar de los esfuerzos de la Iglesia, las mujeres han tenido parte entusiasta en los movimientos religiosos progresivos que se simbolizaron hace algunos años en la *Electra*, de Pérez Galdós; y también en política han figurado por sus ideas avanzadas (2). Si la

(1) La adopción del traje de varón por la mujer tiene lugar, es cierto, en todas partes, pero parece que en España la favorecen las dificultades de proporcionar profesiones femeninas. Hace poco tiempo (en 1906) que las autoridades de Sevilla vieron con estupor que su agente de policía más viejo y respetado era una mujer. Hace casi tres siglos, D.ª Feliciana Enríquez de Guzmán, distinguida señora sevillana, que escribió una comedia y abogó calurosamente por la escuela rígida de la poesía clásica, siguió carrera estudiantil, varia en lances de amor y fortuna, vestida con traje de varón, en Salamanca. Su vida ha inspirado algunas obras dramáticas de la antigua escena española y un episodio del *Gil Blas*.

(2) Así, en 1821, escribía Pecchio que todas las chicas bonitas eran liberales y á favor de la nueva Constitución, é hizo una pintura deliciosa de una «Corina española», que está comprometida á un joven oficial y ama á la libertad como á su amante.

atmósfera social se hace más favorable, no dudamos de que las españolas tendrán su parte en la dirección de las influencias civilizadoras del siglo xx. Los mismos contrastes que presentan en el carácter con las mujeres de raza anglosajona que tanto han influído en el mundo, contribuirán á hacer más valiosas sus actividades. El descuidado abandono de sí mismas, que á veces se muestra en la mujer adelantada, en busca de fines impersonales; su tendencia á anular su sexo por la imitación de las maneras masculinas, son profundamente opuestas al genio de la española, cuya energía y buen juicio son muy sólidamente personales para permitirlas su desvío hacia caminos artificialmente masculinos.

HAVELOCK ELLIS

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

EL MARQUÉS DEL BORRO

El cuadro así denominado desde 1873 en el museo de Berlín, procede de la villa Passerini, en Cortona. Eduardo de Liphart, notable aficionado que conoció á Velázquez en Madrid, advirtió el primero este notable retrato. Abandonémonos á la impresión de la figura en él representada.

Nuestro pretendiente, una figura de Falstaff, está al lado de una gran columnada, sobre la estrecha superficie del Stylobat, como si hubiera pasado del portal al pórtico de palacio para mostrarse á la multitud. Pisa una bandera, al mismo tiempo que mira á la multitud con una mirada de cortesanía y maldad á la vez, como diciendo: ¡así os pongo el pie sobre vuestros cuellos! Recoge el borde de la capa, mientras la izquierda descansa en el puño de la larga espada en que se apoya. Pudiera representarse así á sir John, triunfante del muerto Percy. El gesto, guiño desdeñoso, parece hablar de algo más que de una ofuscación moral. Se puede hasta dudar de su estado mental; al menos, yo recuerdo haber visto un incurable, que, inmóvil en el centro de su celda, rígido, pulverizaba á los visitantes con una mirada de mudo menosprecio. ¿Es posible que haya habido algún general que entienda las conveniencias de la victoria pisoteando una bandera ganada en buena lid, y que se haga retratar de este modo? Pero aun

aquello que no se quiere hacer, se suele encomendar á un cortesano. Si se hubiera de adivinar el carácter por la pintura, se le clasificaría sin vacilar entre los bufones y truhanes, compartiendo con D. Jerónimo Fonati la palma de la infamia. Es notorio el parentesco con figuras como el «Comediante», el «Barbarroja», que le ha colocado bajo el nombre de Velázquez. Sólo ante el original nacen las dudas. De todos modos, puede ser estudiado aquí, donde él mismo se ha colocado (1).

Pero parece ser indudablemente un general, pues en la colección de retratos de los Oficios (hoy en Pith, Nr. 252) existía una cabeza parecida de aquel marquese Alexandre del Borro, de Arezzo, *luegotenente* del príncipe Mathías, el severo y cruel caudillo de Fernando en la guerra con el Papa Urbano VIII, cuyas armas, las moscas de oro, están bordadas en el retrato sobre la pisoteada bandera blanca y roja. Estas moscas produjeron también en Madrid cierta picazón. En una poesía burlesca de 1639 el león aplastaba, entre otros animales heráldicos, este insecto con la cola.

Mata moscas con la cola.

El retrato, pues, debió de ser pintado después de la invasión de los Estados Pontificios, cuando Borro conquistó, frente á un ejército de fuerzas superiores, la citta de la Pieve y Casstiglion. Se lee, por ejemplo, que las armas de los Barberini fueron rotas en Pieve; sin embargo, leemos también que se dejaba en su sitio el vacío escudo papal, como protesta del archiduque que no quería conservar la ciudad. Su posterior unión al servicio veneciano (1652) dió al embajador Bassadona en Madrid ocasión para un juicio: allí le describe como un «muy grande soldado y capitán», si bien, por su extravagancia y vo-

(1) He might serve for a model for an antique comic mask. There is nothing more humorous in Jan Steen, and in portraiture it is certainly unique. H. Wallés: Atenuem, 1877. Dic. .8

lubilidad de carácter y su excesiva meticulosidad en los asuntos, no parecía toscano (1).

La misma iluminación del cuadro indica quizá el origen de éste. La luz viene de abajo, de la izquierda, como cuando la figura avanza ante la batería de un escenario ó sobre el último peldaño de una escalera para recibir una ovación. Se refleja en la redonda cara de luna llena, sobre la semiesfera de las mejillas y el cuello, arrojando claro resplandor sobre la remangada nariz. ¿Quiso Fernando burlarse de su grosero Condottiere? Semejante efecto de luz hallamos en las figuras decorativas, en los arcos de triunfo, por ejemplo, en el Belvedere de Rubens. La obra parece como una improvisación en la fiesta de victoria, cuya embriaguez, por decirlo así, se exhala en el ambiente.

La silueta de la negra figura sobre el fondo claro, vacío; la maciza figura que se balancea sobre el débil basamento; las piernas, que en parte se cubren una á otra; la magnífica pintura del jubón negro de terciopelo floreado, etc., todo esto se encuentra en el maestro. Pero se echa de menos su propia manera. También la cronología suscita objeciones. Según el estilo, debería colocarse muy atrás; pero antes de la mitad del siglo sólo pudo tratar al Condottiere en el primer viaje á Italia, el cual fué anterior á la guerra de los Barberini. En Madrid después ofrecióse otra ocasión oportuna.

Cuando después de la celebración de la paz de Westfalia se quiso activar la terminación de la desgraciada guerra de Cataluña, pretendió Borro desde Viena un puesto en el ejército. Representó los buenos servicios que podía prestar un regimiento alemán, y como gozase allí de la doble fama de bravura y suerte, se apresuraron á aceptar su proposición. Apareció en Madrid el 15 de Septiembre de 1649, en que se hospedó en

(1) Non si pué negare, che nella stravaganza, e volubilitá dell'menore et alcune volle nel socchio asotiglar delle cose, non si riconosca per di natione toscana. Desp. Madrid de 10 de Enero de 1635.

casa del embajador imperial; fué recibido en la corte «con desusada cortesía», y obtuvo el rango de un maestre de campo y general de una flota española» con alta paga. En Mayo de 1650 rindióse al campo de la guerra, y sus éxitos en la muy asendereada campaña parecieron en Madrid «un milagro». Pero, enemistado con el comandante general, volvió á la capital en el estío de 1651, decidido á abandonar el servicio de España (1).

Justamente en esta fecha había vuelto Velázquez de Italia. Pero ¿á qué venían, después de los laureles de la campaña de Cataluña, los recuerdos de las hazañas de la pequeña guerra contra los Barberini? ¿Y había de haber el pintor de la corte y el español, para dar gusto á un aventurero, ultrajado la bandera de una familia de la cual había recibido varios favores? ¿Las armas de un Papa que le había dado una habitación en su casa?

LOS ENANOS

La costumbre de tener enanos era de Oriente, bajo el imperio romano; de allí pasó á la Edad Media, y duró hasta el tiempo de la Revolución. Recolectábanse en toda Europa. Iban vestidos de costosas telas y adornados con oro y joyas. Viguenerus describe una fiesta del cardenal Vitelli, en Roma, donde se emplearon veintitrés deformes y contrahechos enanos (2). Buckingham regaló á la reina el enano Jeffrey Hudson, que entonces sólo medía 76, ó mejor, 45 pulgadas, metido en un pastel. Su retrato de tamaño natural, de Myteus, está en Hamptoncourt. El hombrecillo rubio, con sus grandes y espantados ojos azules y largo labio inferior, está vestido de escarlata, en traje de caballero y capa, en un paisaje verde saturado, de Janseens.

Casi siempre eran inseparables de su principesco señor,

(1) Desp. Embaj. Venecia y Toscana de aquel año.
(2) Fögel: *Historia de los bufones.* Leignitz, 1789, págs. 519, 524.

como perros, y tan queridos y bien tratados como éstos. Así como la compañía del perro envanece al señor, por el sentimiento de su ordenada dependencia, la del enano hacía sentir al hombre normal su fuerza y proporción, lo cual era conforme al modo de sentir de aquella sociedad. Se estimaban mucho los ejemplares de la más sorprendente deformidad; en los retratos de niños ó niñas príncipes, servían como demonios familiares ó locuras. La completa fealdad es más rara de lo que se cree. Entre todos los bufones del Prado no hay ninguno que se pueda medir, por ejemplo, con Claus (en la Galería de Aupsburgo, Nr. 605): una cabeza de viejo en un cuerpo infantil; una figura de niño, con voz é ideas y humor de viejo; la caricatura de la maldad inofensiva.

Nada menos que cinco de estos enanos guarda aún la Galería del Prado: tres, con apariencia de inteligencia; dos, idiotas. Estaban al lado de Felipe II, sobre la escalera de la Galería del Norte. Sus nombres figuran en parte en el inventario: Soplillo, Francisco Moreno ó el Negro, Lescano, Sebastián de Morra (desde 1643), El Primo, Velazquillo el bufón, aún en 1794 en el Buen Retiro (1). El cuadro fué tasado, en 1700, en 40 doblones.

Uno de ellos (Prado, 1.097) está pintado según el modelo del enano de Carlos V, de Antonio Moro, de figura entera, con su perro de collar rojo, que dispone para una real cacería. Su antecesor, con su cara adusta de dogo, era de más fría perversidad; éste parece irascible. Un pícaro no mal construído, con los ojos movibles y amenazadores, y el color cárdeno, de un temperamento colérico. Es el más principal y altivo; por lo mismo, en constante alarma y ebullición por los grandes, y en especial por sus magníficas narices, pues las suyas son pequeñitas, como las de su colega en la corte de Luis XIV, el

(1) Un retrato de este Velazquillo y su mujer se hallaba en 1868 en el convento de San Pedro Regalado, en Aguilera; procede del tiempo del viaje de Felipe IV en 1660. MADOZ: *Dic. Geog. Art.* Aguilera. En 1886 vi que había desaparecido.

célebre duque de Roquelaure. Es cómico el contraste del hombrecillo con la silenciosa grandeza de la gran perra negra, de cabeza, pecho y hocico blancos, como los perros de los cuadros de caza.

Este orgullo proviene de su traje—*Tanto la gula te hinchó* (Moreto).—Parece, probablemente, la parodia de algún gran señor flamenco. Larga cabellera rubia, con lazos rojos; ancho cuello y vuelos de encaje; coleto y calzón noguerado, bordados de oro, y en la mano derecha, caída, el chambergo, adornado de plumas blancas, etc. El retrato es el mejor pintado de la serie, y ciertamente, en la última manera del pintor, en tono de oro. El catálogo le titula Don Antonio el Inglés; á otros les parece tipo español; en los supuestos pintores en el Louvre hay una cabeza parecida, la legítima (1) (1,72 × 1,07).

El siniestro carácter del enano desciende hasta la perfidia arrogante en el negro pesimista, sentado en el suelo, por buen nombre llamado Sebastián de Morra (Prado, 1.096); una cabeza barbuda y cuadrangular; frente bestial, con marcado instinto de destrucción. Ancho, visto de frente; la mirada dirigida hacia delante; extiende paralelamente las piernecillas, las manos igualmente paralelas, apoyadas en las ingles. Todo en él es cúbico y rectangular. ¿Cómo os podéis permitir mirarme tan fijamente? Parece que va á salir de su boca una sarta de desvergüenzas en castigo. Un inquisidor no traspasaría al rico *judaizante* con más terribles ojos. En cambio, su traje es de colores alegres; sobre el coleto y calzón verdes, gabancillo colorado, galoneado de oro; ancho cuello de encaje. Por el estilo, corresponde al año 40. Primeramente tuvo un marco semicircular; estaba sentado allí como un perro en su perrera. Una copia regular antigua había en la Galería de Salamanca. Goya lo grabó (1.778 × 0,81).

(1) En el Museo de Berlín hay una copia, descubierta en España, de un pintor vienés. ¿No será Antonio aquel Velazquillo? Entre los cinco, éste representaría mejor que ninguno un marido.

En los mismos días en que Velázquez retrató al rey (1644) en Fraga, retrató también al enano El Primo. Un cazador de documentos halló que este enano obtuvo por este tiempo un traje negro de terciopelo (*rizo*); es el único enano vestido de negro (Prado, 1.055). Este pigmeo, llamado realmente D. Luis de Acedo ó de Hacedo, acompañaba á la corte en los viajes anuales á Zaragoza en tiempo de la guerra de Cataluña. Olivares, siempre sombrío, le llevaba á menudo en su coche; en la revista de tropas en Molina se disparó un mosquete, y la bala fué á dar en el coche: un trozo hirió al secretario Carnero y á El Primo.

Sobre el débil cuerpecillo, al cual un correcto traje negro de gala cuadra á las mil maravillas, se asienta la seria cabeza envejecida, de frente poderosa, la cual deja al descubierto el voluminoso sombrero chambergo. Tiene sobre las piernas un in folio, del cual vuelve una hoja que da idea de su tamaño; parece molesto por el ruido de una persona que se acerca; en su mirada se lee el menosprecio de los profanos y el cansancio. Parece apuntar en un cuaderno abierto, sobre el cual hay un tintero, el resultado de sus investigaciones. Está sentado en medio de un campo con monte al fondo, como en los retratos ecuestres. En suma: el in folio debe de ser un libro genealógico. Como el rey le llama *El Primo*, estudia probablemente su genealogía. ¿O quizá sea un libro registro y quiere hacer valer sus derechos á la soledad? Quizá hubiera entre los sucesores de los espadones de la Reconquista algunos que tuvieron estas dimensiones; en cuerpos de gnomos se ven cabezas que tienen cierto aire de familia con aquellos matamoros. Pero no por eso llevaban las cabezas menos erguidas. En la mirada del *Primo* brilla el orgullo de la antigua nobleza. Se ven repintes. Pero son pinceladas destinadas á cubrir un fondo primitivo. El paisaje actual no ha cubierto completamente el fondo. El primitivo fondo debió ser una habitación, lo cual era más apropiado al libro y al sombreado de la figura. (1,07 × 0,82).

Finalmente, á los últimos diez años pertenecen los locos,

en el sentido real de la palabra: dos niños, el Bobo de Coria (1099) y El Niño de Vallecas (1098), con los cuales hemos llegado al último peldaño de la humanidad. Pues también los idiotas estaban incluídos entre los *hombres de placer* de palacio. Sabido es que tales infelices propenden á los gestos y ocurrencias burlescas, y hasta muestran ciertos talentos parciales (técnicos), como se puede observar en los cretinos.

En la novela de Lope, *El Peregrino*, aparece un conde italiano en una casa de locos en Valencia, y ofrece una limosna de cien escudos, á condición de que le dejen conversar con un loco (1). Difícilmente podría soportar hoy día, una persona de educación y de ilustración, la presencia constante de tales «semihombres». Se los miraría con horror y compasión. Sin embargo, no debemos examinar siempre con el criterio del moralista, lo que sólo se funda en la crueldad de la humanidad anterior; mucho de lo que hoy se llama humanitarismo procede de la enfermedad del siglo. Aquella casa de locos (hospital dels folls) de Valencia, fué quizá el primer establecimiento donde los enfermos del espíritu eran tratados con consideración humana y hasta con tratamiento racional (2).

Los melancólicos, por ejemplo, no estaban encerrados, y hasta en ocasiones se les admitía á las fiestas, se les daba vino cuando lo pedían. Este hospital fué fundado en el año 1409, por Bernardo Andreu, para recoger en ellos á los locos que vagaban por la ciudad, á excitaciones de un fraile, el reverendo Gilaberto Jofré, en la catedral. Según la descripción de Lope en la comedia *Los locos de Valencia,* era visitado de los extranjeros como una especie de maravilla. A todo esto, es curioso recordar que los locos furiosos en España son raros (3), así como en Francia frecuentes.

---

(1) Lope: *Obras sueltas.* V. 303 y siguientes.

(2) En donde los frenéticos se curan con gran limpieza y celo cuidadoso. Lope: *Los locos de Valencia,* II.

(3) De cien locos en Madrid, vienen sólo tres furiosos, nota el marqués de Langle, *Mi viaje á España.* Neuchatel, 1785, 1, 137.

El Bobo de Coria (1099), vestido completamente de verde, es una horrible imagen del imbécil y de su estúpida risa. Está acurrucado en el suelo, la pierna izquierda sobre la capa; las manos sobre la rodilla derecha, con el puño cerrado golpeando en la palma de la mano izquierda, como manifestación de júbilo *(complosis manibus,* Petron.) porque le están retratando; á ambos lados tiene una calabaza; de aquí infiere Villaamil que debe ser el truhán llamado en algunos documentos Calabazas ó Calabacillas, que también se llamaba Juan de Cárdenas y Calabazas. Delante de él hay una copa. La cara bizca y cínica, alargada, asiéntase en un cuello de encaje; se ve que no se ha podido vestir solo.

A este perturbado sistema nervioso sigue uno más apagado, más pesado. El Niño de Vallecas es un hidrocéfalo de nacimiento. Según la inscripción del grabado de B. Vázquez (1792), nació con dientes y con proporciones inusitadas. Vallecas es un punto á una legua de Madrid, en un profundo valle, con montes al Norte y Noroeste; esta es la posición de las aldeas de cretinos. En coleto de franela amarilla con largo gabán y medias verdes, está sentado en un saliente de la piedra, imagen de la opresión que pesa sobre su pobre cerebro y paraliza la asociación de sus pensamientos. Deja caer la cabeza sobre la nuca; los ojos están como dormidos, medio cerrados y sin mirada; el labio superior hacia arriba; tiene cogido un objeto con ambas manos, pero parece haberlo olvidado. Bajo el grabado de esta horrible figura se lee: *está en el cuarto del Rey nuestro señor* (en el cuarto de Carlos IV) (1,06 × 0,83).

LOS FILÓSOFOS

A estos locos *en titre d'office*, como se les llamaba en la corte de Francia, se unieron sin esfuerzo dos genios bautizados con nombres clásicos. Su traje indigente se sale de la etiqueta cortesana, pero completa su humorística divergencia; son locos de la libertad absoluta, y se elevan sobre las consideracio-

nes de la vanidad ó de la etiqueta, ó, como dice Lichtenberg, «libres filósofos vagabundos».

Esta especialidad parece que fué aportada por José Ribera; la descubrió en el antiguo paraíso de la frugalidad, Nápoles; candidatos de la galera y de *presidio,* cogidos en los Vicoli del Mercato y de Porto Capuana, y vestidos como filósofos y matemáticos, para regocijo de reclutadores. Pero apenas apunta lo cómico bajo la corteza de barbarie. Sin embargo, estos bárbaros, de fuerte construcción, recios, siniestros y mal olientes, debieron hallar aplauso, pues poblaron las Galerías y se multiplicaron en Italia por Giordano, y en España por Esteban March.

Aquí aparece un hombre sombrío, con cara ancha y seca y facha desharrapada. Frente estrecha y proclive, nariz chata, ojos pequeños, boca dura con labio inferior colgante: una extraña fealdad, casi simiesca, desdeña la ropa interior; el amplio casacón cubre algo que es quizá el resto de la última camisa, y sirve de apoyo á la mano metida bajo aquella especie de blusa. En la izquierda tiene un rancio tomo de pergamino. En el suelo hay un cubo de madera, del cual cuelga un harapo, á la izquierda un artefacto en que se puede reconocer la albarda del asno en que debe hacer sus salidas. El resto del mobiliario debe estar en casa del usurero. El sentido de esta figura se adivina difícilmente. Pues detrás de su cara dura habla el ingenio; sus estrechos y somnolientos ojos ocultan el sentimiento de la observación; su fealdad es un rasgo de parentesco con nuestros incompletos hermanos; el libro son las fábulas, en el cual se oculta la ciencia de los niños, pues arriba se lee ÆSOPVS. Un autor muy conocido en España, hasta Sancho Panza sabía que en tiempo de Guisopete hablaban los animales *(Don Quijote,* 1, 25). Quizá leyó Velázquez en Ariosto que Esopo se distinguía por su gran fealdad y suciedad (1).

(1) Poi di fattezze, qual si pinge Esopo
D'atristar, se vi fosse, il paradiso;
Bisunto e sporco, e d'abito mendico.

ARIOSTO: *Orlando furioso,* 43, 135.

¿Pero cómo olvidó, puesto que modelos deformes no le faltaban, que Esopo era jorobado? Quizá los cabellos grises, cortos y la falta de barba, indican el esclavo de la antigüedad (1,78 × 0,94).

Un hombre barbudo, de edad próximamente igual á la de Esopo, está de pie en una celda, cuyos únicos enseres son un cántaro en una tabla, puesta sobre dos guijarros, de forma redonda, en equilibrio inestable, que quizá envanece á su dueño. En cambio, á sus pies yacen algunos objetos de valor, en lo que cabe: un infolio abierto, un rollo, y debajo de él un en octavo, en pergamino. Con la dignidad del *pordiosero* español, tiene echado el embozo de la capa sobre el hombro, y lleva un *chambergo* abollado con el ala levantada sobre la frente. Está casi de perfil, pero se vuelve al espectador con una mirada medio confidencial, medio lacayuna, quizá también sardónica. ¿Es un mercachifle de ojos rojos, mirando á un licenciado ambulante, al cual ha endosado sus falsas monedas imperiales, ó quizá un aficionado, al cual un canónigo ofrece, en vano, oro por su incunable? No; los tomos en el suelo son compendios de la pedentesca ciencia que él menosprecia; que lee, como Swift, los malos libros para alimentar su satírica bilis; pues arriba se lee: Moenippus. Velázquez, pues, debió de leer alguna traducción de los clásicos de Cervantes. Creyó reconocer, en un puesto del *Rastro* de Madrid, al cínico del diálogo de los muertos de Luciano, el único que ríe en la barca de Caronte, que no puede siquiera pagar el óbolo; que, á despecho de Pitágoras, se alimentaba de judías; aquel atrevido que se mofaba de los dioses y de los héroes.

Los dos filósofos se encontraban primeramente en la Torre de la Parada (inventario de 1703). Probablemente, fué estimulado Velázquez por las dos figuras que allí mismo había de Heráclito y Demócrito, traídos en otro tiempo (1603) por el mismo Rubens. La antigua oposición del filósofo pesimista que llora la estupidez humana, y del escéptico que se ríe de ella. Pues es evidente que se ha buscado su contraste: dignidad y

abandono. Apetito (pues busca en el saco sus judías) y dispepsia; cabellos cortos y crespos y cabellera blonda y ondulada; el ojo inquieto del agudo burlón y la mirada cansina del pensador solitario; la nariz, larga y encorvada, saliente, y la ancha y chata. Ambos han llegado á la misma perfección en la filosofía: las paradojas de Stoa son aquí realidad y verdad. Sólo el sol meridional sazona la «ciencia desnuda del filósofo sopista», llámese Diógenes y Menipo ó Dervis y monje mendicante.

Los sucesores de Quevedo y Cervantes parecen demasiado secos ó patéticos para gozar de este humor de sus antecesores, tan pronto profundo como loco. «La chanza, dice Juan Pablo, nos falta sólo por carecer de profundidad.» Así leemos en un artículo de Madrid, en la revista *L'Art*, que esta figura debía representar «la fealdad moral del cínico», el noble pintor de la elegante corte de Felipe IV, educado en las máximas de Aristóteles, Platón y Séneca (!). Se volvieron rápidamente á la vil filosofía que condenaba el lujo, despreciaba el arte y clavaba su venenoso diente en el noble esplendor de los poderosos de la tierra. Pero cuando buscaba la fealdad moral bajo las elegantes máscaras de esta «brillante corte», que hacía antesala para ver á Juanillo y transformábase de columnas de la monarquía á columnas de lugares innombrables, estaría en buen camino.

Ambas figuras son hermosa muestra de su último estilo, pintadas con amplio pincel y encanto insuperable de la luz sobre la piel de sus caras amarillas y curtidas. «Todo intento, dice Waagen, el cual los miraba como septuagenario, de reproducir con palabras la verdad del tono de aquellas carnes, es vano.»

LO FEO

Esta galería de bufones, enanos, idiotas y mendigos, forma en el cuadro total de Velázquez la parte sombría. Tendría lugar muy adecuado en un tratado sobre la «Estética de lo feo» (1).

(1) Velázquez consacra une grande partie de sa carriére artistique à chanter un himne à la laideur.—BERUETE, p. 126.

Era un contemporáneo de la decadencia de una corte que lleva el estigma de la degeneración en los espiritus y los cuerpos, en las costumbres y en las modas. Su ojo, de observación sobria y aguda, nunca retrocedió ante lo desagradable, y el acaso le deparó, tanto en su patria como en Roma, modelos bien antipáticos hasta en los tronos. La observación artística necesita, en la representación del hombre, especial tacto; cuanto más valor se da á la exactitud de los caracteres individuales, tanto más fácil es tropezar en el escollo de lo feo.

Cuando las formas artísticas se renuevan hasta agotarse, sobrevienen movimientos revolucionarios que hacen tabla rasa de la tradición. Entonces se ve la inagotable naturaleza sin intermediario, y el mundo proteiforme de la humana animalidad, el caos de las pasiones, aparece bajo el acicate de lo paradógico ante las lamparillas del escenario.

Velázquez procedía de una reacción que la saciedad de la perfección vaga de los eclécticos condujo al realismo. Ciertamente que en las santas de Ribera hay un sentimiento y gracia en las facciones y expresión, al cual Velázquez era extraño; pero el afán por lo preciso y detallado le llevó á la elección de aquellos modelos envejecidos, en que los conocimientos anatómicos, penosamente adquiridos, robustecían el acento de la exactitud naturalista. También el altivo Caravaggio se educó en asuntos sagrados y profanos, sirviéndose de jóvenes y niños que hacían olvidar la osadía de la invención. En Velázquez, el característico estaba tan en primer término y su fortuna en la representación estaba casi en proporción inversa al valor estético de las figuras. Son más numerosos sus hombres que sus mujeres, y es inimitable en la ejecución de los animales. Los caprichos morfológicos de la naturaleza le interesaban, y como acentuaba tan marcadamente los detalles individuales, no tiene nada de extraño que las beldades no pusieran mucho empeño en pedirle el honor de ser retratadas. Así le fué dado acumular en sus obras anormales y patológicas hasta formar series enteras. Se podría reconstituir con ellas una novela satírica, cuyo poe-

ta no podía servirse de otro estilo que el de los grandes humoristas Quevedo, Fischart, Thackeray. El estilo humorista, dice Juan Pablo, individualiza hasta lo más pequeño.

Se creyó en otro tiempo que la deformidad, ese desagrado de los ojos, no podía ser, en modo alguno, objeto de las bellas artes. La fealdad repugna al hombre sano, y hasta se puede descubrir en el desagrado que excita un odio que está fundado en la naturaleza humana. Pero así como las imágenes de lo espantoso, de las catástrofes de la naturaleza y de la vida, en recuerdos, relatos ó cuadros ejercen cierta voluptuosidad apetecible, porque la conciencia, lo remoto de lo pasado, de la sola apariencia de estas cosas, despierta un sentimiento de seguridad, y el goce de estar fuera del alcance del peligro—*Suave mari magno turbantibus aequora ventis,*—así también se transforma la impresión de lo odioso en elemento artístico. Aristóteles definía lo cómico como fealdad inofensiva; también se puede descubrir en la carcajada que despierta, un elemento de crueldad, de goce del mal ajeno. Así afirmaba Goethe, irritado por la admiración moderna de un pintor satírico, que para esto no se necesitaba ciencia ni sentimiento elevado, sino «sólo mala intención y desprecio de la humanidad».

Este elemento ha acrecentado, sin duda, la nueva popularidad de Velázquez, aun en círculos y clases sociales incapaces de comprender sus más finas cualidades. Ha sido encomiado por muchos, ante cuyas creaciones él mismo se hubiera hecho cruces,

Vetachren was ein jeder ehrt
Und wass gemeinen Sinn empört
Das ehren unbefaugne Weisen.

GOETHE (1).

Pero también su éxito en lo repulsivo obedece á otras causas. En manos de las medianías romas, produce lo feo tanto

(1) Los sabios despreocupados desprecian lo que todos veneran, y reverencian lo que subleva el sentido común.

enojo como en la vida. La finura de observación y el ingenio en la ejecución deben terminar la liberación de la realidad; en el contraste de lo vulgar con el noble lenguaje en que se expresa, reside el encanto del género bajo. David Hume cree (1) que el vencer las resistencias fortalece la seducción de una imagen como un condimento mordiente, como elemento de fermentación de un guiso al paladar. La prueba de la exactitud de esta declaración, es que los esfuerzos hechos por los pintores de ennoblecer los cuadros de costumbres, introduciendo lo puro y alegre en las formas y figuras, no han tenido en modo alguno el éxito que se debía esperar.

LA FAMILIA DE FELIPE IV

(*Las Meninas*, 3,18 × 2,76.)

Los últimos grandes lienzos de Velázquez están reputados por los más originales. Quizá creyeron sus admiradores que en obras como el retrato del Papa y Breda había dicho su última palabra. Pero tenía el arte de Gracián de «renovar su lucimiento como el ave Fénix», y de sorprender á su público con novedades, «amaneciendo muchas veces como el sol» (2).

Las Meninas, desde luego su obra más famosa *(la más ilustre obra)*, y marcada más que ninguna otra con el sello de su genio, es propiamente el retrato de la infanta Margarita, como centro de una de las escenas diarias de su vida de Palacio. Su figura coincide con el retrato de Wiena (619), pero está pintada con más espiritualidad; el rubio produce mejor efecto en el azul oscuro del ambiente. De un modo semejante fué retratado un hermano de padre, muerto diez años antes,

(1) David Hume, Essay, 22 on Tragedy.

(2) Usar el renovar su lucimiento. Es privilegio de Fénix... usar del renacer en su valor, en el ingenio, en la dicha y en todo. Empeñarse con novedades de bizarría; amaneciendo muchas veces como el sol. B. Gracián. *Oráculo manual*, 81.

en la escuela de equitación. Como esta escena, al principio, proporcionaba felices recuerdos á sus padres, y luego despertaba tristes memorias, se alegraron de verla remplazada tan lindamente.

En efecto: no ofrecía la vida de una infanta escena alguna como la de aquel aprendiz de jineta. Su existencia se deslizaba en las inaccesibles habitaciones del cuarto de la reina, encerrada en riguroso ceremonial. Las Memorias de madama de Motteville desbriben una visita al dintel del cuarto de la infanta María Teresa. «Era servida con gran reverencia; pocos podían entrar, y fué un favor especial que nos dejasen llegar hasta la puerta de su habitación. Cuando quería beber, el paje *(menina)* alcanzaba el vaso á una dama, la cual se arrodillaba, así como el paje, y al otro lado había una camarera, igualmente arrodillada, que le alargaba la servilleta; enfrente estaba de pie una dama de honor.» ¿No parece este pasaje una descripción de nuestro cuadro? Allí resplandece el pequeño ídolo, entonces de cinco años, servido por Silfos; por el fiel Eckart y sumisos gnomos, como sol de su esfera, en que se mezclan luces y sombras, belleza y monstruosidad, en una extraña armonía.

El cuadro lleva en España el nombre de *Las Meninas*. Y estas nobles damitas eran para los españoles sus figuras más seductoras; niñas de ojos negros de pura raza, brotes juveniles del viejo árbol castellano. En general, se rebuscaban beldades para este cargo. Mad. d'Aulnoy las encontraba (en 1680) *plus belles que l'on ne peint l'amour*. Cuando se inclinaban y arrodillaban mostraban tal gracia, que triunfaban de sus deformes vestiduras.

Los nombres de las personas allí reunidas han pasado á la historia. La dama de rodillas, de perfil, es D.ª María Agostina, hija de D. Diego Sarmiento; alarga á la infanta un vaso dorado de agua en un tazón, una fina y valiosa vajilla de Indias. La otra de enfrente, haciendo un saludo, es D.ª Isabel de Velasco, hija de D. Bernardino López de Ayala y Velasco,

conde de Fuensalida. Floreció rápidamente, pero se marchitó tres años después.

Estas meninas servían á la reina y á las infantas desde niñas, hasta el tiempo del *chapín;* llevaban zapatos bajos, especie de sandalias con talones altos, en los cuales se escondían el pie. Ni en palacio ni fuera llevaban manto ni sombrero.

A la derecha de estas delicadas hojas de trébol, un poco más delante, están reunidos otros compañeros de juegos con el monumental bulldog en el borde, sentado, medio dormido. Son también ellos animales domésticos, en figura humana. El guarda, debidamente tratado como *repoussoir* en los umbrales; añádense al punto espíritus de la tierra, los guardianes de Blanca de Nieve como figuras grotescas, y un niño delgado que encuentra inconveniente que el perro duerma delante de la Majestad, y un monstruo femenino con cuerpo de tonel y rostro chato y brutal: Mari Barbola y Nicolasico Pertusato, complemento de la galería de los enanos (1).

Detrás, en la luz crepuscular que se filtra por las persianas cerradas, charlan dos servidores, la *señora de honor*, D.ª Marcela de Ulloa, con hábito de monja, y un guardadamas, que cabalga al lado del coche de las damas y dirige las audiencias. Por último, en el fondo, de pie, en la puerta abierta, Josef Nieto, caballerizo de la reina, descorriendo la cortina (2).

Tal composición sólo pudo suministrarla el acaso. Las escenas diarias, aunque sean pictóricas, como se están viendo siempre, no llaman la atención, á menos que el artista no ven-

(1) Wilkie llama al cuadro «the picture of the childreu in grotesque dresses».

(2) En un cuadro de la galería de Mauritshius, «el gallinero», ha suministrado Jan Steen una pareja holandesa. También hay un niño en el centro que da leche á un corderito. Entre un monstruo enano, con nariz encorvada, que arrastra con burla satánica al gallo y á la palomita á la cocina, y un viejo vendedor de huevos, con cariñosa sonrisa; mientras por el portal, detrás, se arroja una muchedumbre con volátiles, aristócratas y plebeyos revueltos, como los huéspedes de una posada al oir la campana de la comida.

ga de lejos. Sólo el acaso, á menudo tan feliz inventor (según Leonardo), pudo descubrir allí el cuadro. Cuando se estaban retratando ambas Majestades, pedirían á la infanta para entretener su aburrimiento. La luz, dispuesta para aquéllos, cayó también sobre su hijita, que estaba delante de pie.

Entonces advirtió el rey, que también tenía algo de artista, que ante sus ojos había un cuadro. «¡Es un cuadro!», murmuró. Y un minuto después nacería el deseo de pintarle, y al punto el pintor se apoderaba del *Recuerdo* con el lápiz. Pero el ambiente del taller no era apropiado; se buscó una habitación más á propósito, la cual fué una larga galería del *Cuarto del príncipe,* adonde se llevó el caballete y empezó el diseño. Las persianas fueron cerradas; pero el pintor hizo que Nieto abriese la puerta del fondo para ver si era conveniente que viniese luz por allí.

Así, ó de un modo semejante, condujo el acaso á esta rara composición. Da la impresión de un *tableau* arreglado. Más natural y vivamente pictórico hubiera sido que los personajes se hubieran agrupado alrededor del caballete, en semicírculo. Pero no hubieran estado mezclados: allí cerca, invisibles para nosotros, están las Majestades. Así vemos que la infanta, al coger el *búcaro*, mira á su madre; Doña Isabel, inclinándose, mira furtivamente en la misma dirección; Mari Barbola está pendiente de los ojos de su señora, como un leal perro; el guardadamas, escuchando á la de Ulloa, mira al rey fijamente; el caballerizo se vuelve, como exige la cortesía, con mirada interrogadora. En suma: el espectador contempla á los circunstantes como desde la galería de un teatro, y precisamente desde el sitio en que estaban los reyes, cuya imagen se refleja en el espejo del fondo. Se puso este espejo para poder calcular la posición. Por cierto que no se sabe nada de *un* retrato, en el que aparecía con Mariana en el mismo lienzo.

En este momento del cuadro debía, naturalmente, aparecer el pintor. Está detrás de su caballete, un tanto oculto por la figura de D.ª María; su cabeza sobresale por cima de todos.

En la derecha tiene el pincel; en la izquierda la paleta y el tiento. La mano es preciosa (como en general todas las de este cuadro); por medio de cuatro pinceladas blancas está indicado el movimiento de los dedos con toda precisión.

Sobre el pecho ostenta la cruz roja de Santiago. La leyenda refiere que el rey, á la terminación del cuadro, quiso sorprenderle. «Falta algo», dijo; y tomando el pincel, pintó en su pecho la cruz. Pero las formalidades de la expedición del hábito datan de dos años después. Palomino coloca esta fecha, después de la muerte del maestro, por orden del rey. Sin embargo, no es inverosímil que tenga relación su nombramiento con el cuadro, pues nunca se había visto, hasta entonces, la figura de un pintor (¡por cierto, aposentador de palacio!) en un retrato del más íntimo círculo familiar. Parece natural que tuviera algún otro título para este honor.

Este es el probable origen de las Meninas. Es la imagen de la restauración de un retrato. Los retratados están fuera, pues de haber sido incluídos en el cuadro, nos hubieran vuelto la espalda; pero se revela su presencia por la imagen del espejo. Nosotros vemos lo que éstos ven, no lo que ve el pintor, el cual vería á las Meninas en un espejo puesto en frente. Quizá se sirvió realmente de un espejo. Por otra parte, en el cuadro hay un exceso de marcos; muchos marcos de terciopelo negro de cuadros al óleo (1). Y, sin embargo, ningún cuadro es más apropiado para hacer olvidar el cuadro. *¿Où est donc le tableau?*, preguntaba Theophile Gautier.

Fué natural que aquel momento sólo se pudiese retener en un diseño. Este diseño, aún existente, es casi el único que conocemos auténtico, sin duda alguna, y debe quizá su existencia á que primeramente se ideó el cuadro en estas modestas proporciones.

---

(1) Según los inventarios, entre las ventanas estaban colgados copias de Rubens, Heráclito y Demócrito, Saturno y Diana; sobre ellas, cuadros de animales y paisajes.

En tiempo de Ceau Bermúdez estaba el boceto en poder de D. Gaspar de Jovellanos; su actual poseedor es Mr. Bank, en Kingston Lacy (56″ × 48″). La correspondencia con el cuadro es casi completa. Se ven bajo los colores las finas y resueltas líneas del óvalo de la infantita: sus ojos, el cabello suelto indicados con carbón. Falta la pareja real en el espejo, pero está ya la cortina roja.

Sobre este diseño corren varias opiniones. Algunos deficientes conocedores lo tienen por una copia. Sin embargo, Waagen (Treasures IV, 581) encuentra increíble que un cuadro de procedimiento tan delicado (fino tono de plata y claro, y profundo claro-oscuro) pueda ser una copia, y menos una copia reducida. En la exposición en Burlington House se convencieron todos de que era un diseño original. Entonces se manifestó la opinión (Athenaeum 1,81) de que Velázquez hizo este diseño con el propósito de asegurarse la aprobación del rey y su sanción para un cuadro de gran tamaño, algo inusitado en el género de retratos. Tiene el color de una primera capa ó bosquejo (p. 278), y, por lo tanto, un tono más claro que el cuadro grande, sin detrimento del modelado y de la perspectiva. La luz incidente es menos viva; la negra figura del pintor, que ya ostenta la cruz, aparece llamativa entre las claras y coloreadas figuras; el tono gris-verdoso del techo y el amarillento del piso es igual.

El asunto encomendado al pintor era realmente apropiado como ningún otro para poner en juego todas sus facultades y darle ocasión para recordar sus cuadros favoritos, como las bodas de Tintoretto en la Salute, con los efectos de luz sobre las cabezas rubias, ó su Lavatorio, con la admirable perspectiva del fondo.

Verdaderamente, es rara aquella doctrina de Leonardo, de que el *rilievo* es «el alma de la pintura», y que dicho arte estriba en la apariencia de que los cuerpos salgan, se separen de la superficie con tanta fuerza de persuasión, con tal poder y vigor, que sea la admiración de profanos é inteligentes.

Waagen decía que allí parecía verse la Naturaleza en una cámara oscura; á Stirting le parece como «una anticipación del invento de Daguerre»; Mengs, como una «muestra de que la perfecta imitación de la Naturaleza es algo que satisface igualmente á toda clase de observadores».

Las nueve figuras, de las cuales no hay dos que estén en el mismo plano, están proporcionadamente acentuadas y modeladas, conforme á los continuamente cambiantes efectos de la luz. La mayor iluminación es la de la niña, sobre cuyo satín se reflejan los rayos, así como en los dorados cabellos. Otras figuras están repartidas entre luz y sombra; otras, en cambio, emergen completamente de la oscuridad, y así como delante hay una figura iluminada sobre el tono medio oscuro, detrás hay una casi silueta negra sobre la claridad total de la puerta del fondo. La pared de las ventanas, fuertemente escorzada con las tres series de cuadros, coadyuva á dar las dimensiones de la habitación; la espalda del cuadro, rompiendo atrevidamente hacia adelante, interrumpe oportunamente lo que pudiera tener de simétrico la composición, y favorece la ilusión. Más de la mitad del lienzo lo ocupa el espacio vacío sobre los grupos, y muestra cómo Velázquez deseaba que fuese la proporción de la altura de las figuras en relación con la superficie del cuadro.

Para que la superficie del fondo no apareciese apagada, repeliendo la mirada, abrió la oscura pared dos veces. En este procedimiento coinciden Velázquez y sus discípulos, Murillo inclusive, con el pintor contemporáneo suyo, de la luz solar, Pedro de Hooch. La puerta deja entra la luz diurna y permite ver los rayos de sol fuera; el espejo añade perspectiva á la escena. Empleados de este modo aparecen también espejos en los holandeses, por ejemplo, en el tocador de clave del Museo Vander Hoop. No se deja de mirar el espacio vacío abajo, á la izquierda, en el cristal del espejo.

Oscuridad y luz se favorecen mutuamente. Un rayo de sol como el que entra por la puerta debe deslumbrar; esta mancha blanca rectangular produce un efecto tan persuasivo, que se

toma por efecto suyo la indeterminación de los objetos sobre la pared, por ejemplo, aquellos insondables óleos (copias de las mitologías de Rubens y otros, como Apolo y Marsyas), y la intensidad de dicha luz hace más que lo que los colores podrían expresar. Aquí no sólo están pintados los objetos, sino la fatiga de la vista en lucha con las sombras. En una buena iluminación aparecen los grupos como rodeados de un delicado velo de luz, á manera de telaraña; tal diseminación de los rayos reflejados causan la proximidad de una luz más fuerte en un recinto en la penumbra.

Pero todo esto se va descubriendo paulatinamente; pocos cuadros exigen tan detenida observación; al principio distraen las extrañas figuras (1). Como en Rembrandt, muy á menudo se cree sólo ver primeramente una oscuridad monocroma con oasis parciales de luz. Pero después de un rato, aquella superficie se anima con una vida misteriosa; lo indeterminado se aclara; toma perspectiva; los colores aparecen, las figuras se redondean, y algunas parecen volverse; las facciones, los ojos, se agitan. El marco dorado aprisiona un espejo mágico que anonada los siglos: un telescopio que deja ver lo pasado, y que nos descubre espectralmente el tole-tole de los habitadores del antiguo palacio. El ideal del historiador está realizado en este cuadro de modo singular.

¿Y con qué medios se ha alcanzado todo esto? Si se acercan los ojos al cuadro, producirá asombro su sencillez. El cuadro está pintado sobre un grosero lienzo, ampliado casi precipitadamente, si bien su impresión, comparada con la de los

(1) Las M., que tout le mond regarde et que personne ne voit, pinture qui a besoin d'être analysée dans ses infiniment petits. On ne juge ce tableau que par le ridicule de ses personnages; on n'étudie jamais la qualité de ses tons, de son harmonie général. de l'air ambiant qui y circule, la manière dout los gris sont maniés; en un mot, la qualité de la peinture, l'audace, la verve et la grande science de l'execution. Au premier abord, les mains paraissent parfaites; mais pour obtenir un pareil résultat à si peu de frais, il faut être un peintre de premier ordre. P. L. ZIMBERT: *L'Espagne*. París, 1875, 213.

demás, es la más tranquila, la más suave. El procedimiento está á la vista. Se distingue en las sombras las partes oscuras, frotadas de la pintura interior; las superficies grises, mezcladas con el blanco de encima, que tan pronto son toques grasosos, informes, rudos, como blandos colores fundidos y luces. Es su sistema de siempre: tranquilo, proporcionado; más bien masas neutrales, con colores particulares y fuertes rompientes de luz. En tales rasgos amplios, grises, están obtenidas las figuras; á sus imágenes crepusculares se ha prestado vida, realidad y cuerpo con pocas pinceladas. Los colores locales están algo en segundo fondo, hechos principalmente con claro y oscuro; aquel apagado verdoso, blanco y verde oscuro, ligan con éstos, y allí sobresalen piececitos rojos. El secreto está en aquellas capas superpuestas, oscuro sobre claro, claro sobre oscuro; están sin fundir y parece que se mueven; los contornos adquieren, por anchas, oscuras y punteadas pinceladas, una especie de movimiento vibratorio. Esto se dice pronto; lo más importante son los matices de que se apodera el pincel en seguida, luchando con las impresiones de la vista. Su genio era esta finura de percepción para distinguir el claro-oscuro y los medios con que la Naturaleza modela; veía lo que nadie ha visto hasta entonces. Pero el artista verdadero siempre encuentra la expresión para lo que ve. ¿No es esto el genio? Quien tuviera todas las fórmulas de Tiziano y Rembrandt, no le serviría de nada sin poseer su mirada.

La primera observación conocida sobre este cuadro proviene de un italiano. Luca Giordano parece que dijo bajo Carlos II: Señor, ésta es la teología de la pintura. ¿Qué quiso decir con esto? Que el cuadro debía ser diputado como el primero del mundo, así como la teología es la primera entre todas las ciencias. No podemos suponer capaz de decir semejante trivialidad á un italiano. Un francés ha dicho que el punto de la comparación consiste en la «sutileza» (1). ¿Quiso considerar

(1) Quoi de plus subtil, en effet, que la théologie et que l'air impalpable, bien que lui-même touche et enveloppe tout. W. Burger, Salons I, 225.

el cuadro como canon para la pintura de relieve y claro-oscuro, lo que era el lancero del Polícleto para las proporciones? Pero ¿por qué no dijo *Filosofía* de la pintura como Lawrence? (1). La Teología es la ciencia de la verdad revelada, en oposición á la adquirida por la razón natural. El punto de comparación está, pues, en la inmediatidad. El arte produce también, por otra parte, en sus más altas creaciones, esta impresión de increado inspirado, cuando por la perfección de la obra desaparece el proceso temporal de formación. Por lo tanto, habrá pensado lo que Mengs dijo de otra obra. «La mano parece no haber tomado parte en la ejecución, sino sólo la voluntad.»

El cuadro fué colgado en *la pieza de despacho* del cuarto bajo, donde había un techo con Apolo; en el inventario de 1686, donde aparece por primera vez, está tasado en 10.000 doblones. Bajo los Borbones (1744), en el que se titula la infanta María Teresa, asciende á 25.000. Goya lo grabó, pero rompió las planchas que se habían deteriorado; sólo han quedado cinco impresos. En el incendio del alcázar debió de sufrir, y ser restaurada por Juan de Miranda; quizá entonces se oscureció un poco el tono general.

LAS HILANDERAS

(220 × 289)

Las hilanderas en la fábrica de tapices es, quizá, el último cuadro grande de su época de aposentador de palacio. El asunto tiene relación con su empleo. En las fiestas religiosas y militares, en los santos de familia y en los días en que se honraba á los huéspedes extranjeros, en que nunca faltaban en la plaza de Palacio *toros y cañas*, elegía con el tapicero mayor

(1) In all the objects and subjects of his pencil, it is the true philosophy of art—the selection of essentials—of all which first aund east, strikes the eye and senses of the spectator. LAWRENCE au WILKIE, 27 Nov. 1827.

los tapices y también iría con él á la fábrica. Leemos que la Sala de los Espejos, donde Felipe IV recibió á Grammont, fué dispuesta por Velázquez; y este *tapicero mayor* (Palomino III, 348), un día que fué á enseñar la fábrica á unas damas de la corte, y esperaba á que cambiasen opiniones sobre un trabajo expuesto, se apartó y empezó á considerar desde la puerta las condiciones pictóricas de los grupos que ante sí se movían; y así nacieron *Las Hilanderas*.

También en Madrid hubo entonces una fábrica de tapices. En la Edad Media castellana se usaban los paños pintados para adornar las paredes; pero sólo se encuentran documentos de tapicerías españolas en Navarra y Barcelona (1). En todo caso, desde el siglo xv la industria del país eclipsa completamente á las fábricas flamencas. Pero también Felipe II, que no perdía de vista los talentos é industrias de su reino, descubrió en Salamanca un *tapicero,* Pedro Gutiérrez, el cual tomó al punto á su servicio (1572) (2).

Las importantes sumas que salían para Flandes debieron despertar el deseo de cultivar este artículo independientemente en España. El duque de Pastrana fundó en la ciudad de este nombre un (*obrage*) «que rivalizase con chinos y flamencos», naturalmente, ayudado de operarios extranjeros. De sus trabajos, exhibidos en la procesión del año 1653, dijeron los holandeses: «ningún pincel del mundo puede superarlos» (3). Y en el año 1625 aparece aquella fábrica salmanticense, trasladada á la capital. Un sucesor de Gutiérrez, Antonio Cerdú, creó en Santa Isabel un taller, á su costa, con cuatro telares, que puso en movimiento con ocho operarios de Salamanca, y educó á ocho aprendices. Pero su instancia en demanda de una subvención fué rechazada, probablemente porque ya se pagaba á un flamenco, Franz Tons, en Pastrana.

---

(1) F. Müntz: *Historia general de la tapisserie.* París, 1884, pág. 26.
(2) Villaamil: Los tapices de Goya. Madrid, 1870.
(3) Andrés de Almansa y Mendoza: Cartas. Madrid, 1886, 198.

Probablemente, la escena se desarrolla en un recinto de esta fábrica de tapices de Santa Isabel. El establecimiento era como el principio de una colaboración nacional en este arte favorito de Madrid. La posesión de una serie de tapices era el ideal de toda casa noble. El local parece una capilla: una sala de trabajo con ábsides abovedados. En el fondo hay una tapicería colgada en las dos paredes, y frente á la ventana y á la puerta, delante de ella, tres damas. Pero la parte principal del cuadro la forma la sala de trabajo, con cinco mujeres que se ocupan en el preparado de la lana.

Las Hilanderas es realmente un doble cuadro. Cada parte puede formar una por sí sola. Una escena crepuscular plebeya y otra brillante, entonada, aristocrática, como la galería y la escena. Al principio puede tomarse el fondo por escenario. Los tapices representarían el episodio dramático de un drama mitológico; las damas, el público elegante que tiene entrada en la escena; hasta la música de los entreactos está indicada; se ve un contrabajo como *reponssoir,* apoyado en un sitial barroco.

En la distribución parece adivinarse reminiscencias de trabajos venecianos. La posición contraria de las figuras, echadas unas hacia atrás y otras hacia delante, con sus fuertemente escorzadas cabezas; la luz solar, cayendo sobre ellas por la ventana lateral; hasta el modo de cerrar la pequeña escena del fondo detrás de la principal, son conocidos procedimientos de Tintoretto.

Pronto se ve, sin embargo, que la invención ha surgido en el mismo cerebro que concibiera *Las Meninas*. Otra vez estamos ante un cuadro que contiene otro cuadro, alrededor del cual gira la acción directa ó indirectamente. Sólo que mientras el primero, en que todos los personajes hacen frente al rey, tiene algo de *tableau,* aquí parece que el pintor se ha dejado guiar por el acaso. Aquí no sospecha ninguno de los personajes que un artista les acecha. Los grupos no podían haber sido sorprendidos por una fotografía instantánea de un modo

más al acaso. También son, como la mayor parte en la vida, personas secundarias todas, sin personaje principal, *a novel without a hero*.

El interés estriba en el estudio de la luz. El principal objeto de este cuadro es la luz; las figuras son allí lo que la luz quiere que sean.

Allí se ve, más que en ninguna otra parte, cómo le preocupaban los problemas de óptica pictórica.

Por dos grandes ventanas, en el ábside y en el taller, penetran dos haces de rayos: por la primera uno ancho, por la segunda otro estrecho. Rayos de sol alegres; un pedazo de sol de una tarde estival madrileña, que se pierde en el estrecho taller como una cascada que se pulveriza en las rocas; debe su pompa al trabajo que hace volar el polvo. Este rayo produce tal efecto sobre el tejido, cuyos colores sedosos, algodonosos y dorados enciende, y de tal modo amortigua la corporeidad y los contornos de las elegantes damas, que se podría dudar si las movidas figuras son comediantes, ó si las señoras, tan convenientemente puestas á los lados, no pertenecen al *atrezzo* como grupo de primer término.

Pudiera considerarse como objeto preferente del cuadro la tapicería, pues la vista se dirige constantemente allí, y hasta el mismo sol parece mostrarle. Se ve un hombre con casco y escudo, volviéndose con la mano derecha levantada como para dar la mano ó señalar hacia arriba. Delante de él hay una mujer mirándole, con la mano izquierda en el manto y la derecha extendida, como con gesto de admiración hacia aquella figura de héroe. Una tercera, con el brazo sobre el rostro, levantado, parece asustada por la aparición de dos ángeles. Probablemente, las tres damas están en la misma incertidumbre que nosotros, pues una vuelve su graciosa cabecita al taller, quizá buscando al aposentador, cuya erudición le ha de sacar de dudas. Las otras dos nos obsequian con el espectáculo de su nuca y elegante peinado, cuyas promesas quizá no realizan sus rostros. Sólo una obra maestra como la que quizá acaba de encon-

trar el aposentador, disculpa el que deje tan solas á las damas.

Entre este cuadro, borracho de luz y de color, y el primer término de la escena, corre el gris oscuro neutral de la pared desnuda. Pero en el taller la luz sólo vence á medias de la oscuridad, porque la ventana, á causa del calor, está tapada por una gran cortina roja. La más fuerte descarga de luz cae sobre el blanco brazo y los finos cabellos que nacen de la desnuda nuca de la moza que está sentada de espaldas al espectador, y que devana un ovillo. Se ha querido reconocer en ella el modelo de su Venus; también ésta nos vuelve la espalda. ¡El lindo pie no se oculta! De la oscura puerta de detrás sale otra moza, que pone en el suelo un canasto. La vieja de la rueca, así como la muchacha, que, según parece, á su ruego retira un poco la cortina, reciben sólo una fuerte luz roja, reflejada, á través de la cortina inmediata. Por último, la pequeña, en el centro, medio arrodillada, cardando está también, á causa del montón de lana que intercepta la luz, iluminada sólo de rechazo. Vemos su figura y su rostro casi en silueta, por el deslumbramiento de la rompiente de luz del fondo; las facciones están tan esfumadas, que no se la puede reconocer. Para obtener esta ilusión de óptica, que sólo puede dar la luz verdadera, no la pintada, ha reforzado el pintor la intensidad del efecto solar. Todas estas cabezas, en claro-oscuro, están delineadas en sus contornos por los rayos que vienen del fondo.

Mientras en Las Meninas el rasgo principal es el progresivo oscurecimiento hacia el fondo, aquí, en cambio, triunfa el procedimiento contrario, tan usual en los pintores españoles y holandeses, del rompimiento en el fondo y la diseminación y decrecimiento de la luz delante.

Indudablemente, en este cuadro se trató de pintar diversas maneras de iluminación reunidas, fenómenos ópticos, difíciles de pintar y hasta entonces no pintados. La luz directa que rechazan los cuerpos claros; la transparentada (en una oreja enrojecida); la indirecta ó que reflejan los colores en la som-

bra; el oscurecimiento por diseminación de los haces ó irradiación; el rayo visible por refracción de los corpúsculos de polvo en el aire; rayos que fluyen en círculos concéntricos de la rueda que da vueltas; las vibraciones del multicoloro tapiz, con gran sentido de la armonía. Está acomodada la oposición de la soleada habitación del fondo y del oscuro taller, por la acentuación del azul frío allí y del caliente rojo en la sombra aquí: también ponía azul el pintor Jan Van der Meer en la luz. El sol —¡como palpita ante nosotros en sus diferentes efectos! ¡quién le hubiera podido espiar!—ejerce allí todo su poder mágico; tiembla en las sedas, embellece un deslumbrante desnudo; se sumerge en los negros bucles castellanos; pone de relieve la plástica de aquella niebla pictórica; da corporeidad hasta á lo imponderable y redondez á la vida; hace de lo real una imagen y de la imagen una visión. Se siente aquí que la luz es movimiento, y acude al pensamiento la frase: música del color.

¡Qué camino recorrido en treinta años! Desde el Baco, una escena al aire libre con la luz de una cueva, hasta este triunfo de luz y color bajo unas bóvedas.

Es también el cuadro más movido del maestro: no puede ir más lejos la representación del movimiento y del reposo. Esta impresión está sostenida por líneas y formas. En vez del paralelismo de las paredes de Las Meninas, aquí se cruzan líneas circulares; el esquema de los grupos, los arcos y ventanas, los utensilios de las operarias. Y como el movimiento es en cierto grado acústico, puede decirse que del cuadro emana la más singular armonía: el silbido de las ruecas, el zumbido de las devanaderas, el parloteo de la conversación de las *señoras* y el ronroneo del gato.

En las transformaciones de su estilo en estos treinta años obsérvase cierta uniformidad en el método de composición. En todas partes se sirve de formas circulares ó elípticas, en las cuales, sin opresión de las heterogéneas figuras, se cambian posiciones y efectos de luz. En el Baco y en Vulcano es un círculo abierto con una figura enfrente, como punto convergente

del interés y de la mirada. En Breda se abren dos masas formando semicírculo, de las cuales salen los protagonistas uno hacia otro; en Las Hilanderas son dos círculos, uno detrás de otro. Hasta en Las Meninas está por lo menos indicado el círculo; estaría completo por la pareja real fuera del cuadro. Se ve con qué razón se ha clasificado á Velázquez entre los realistas que tiran al montón de trastos viejos académicos la composición.

El tratamiento del color revela también la profunda reflexión del maestro. En vez de tintas frías y quebradas, predominan las cálidas, puras y saturadas. Además, como Pieter de Hooch y Jan Van der Meer, los cuales representaban parecidos efectos entre todos los pintores de gabinete de entonces, casi solo allí con sus fuertes masas de color, él ha transformado sobre fondo blanco abundantes empastes (1). A consecuencia de esto, ó por secantes más fuertes, ó tal vez por un acaso exterior como el incendio, la superficie muestra un estado no advertido en otras obras. Está atravesada por una red de grietas, ó mejor, bordes levantados (como en células), como si se requemase la pintura interior. Finalmente, el cuadro está pintado con desusado fuego para fijar los efectos ópticos sin pérdida de tiempo. Mengs dijo que «estaba trabajado de un modo, que la mano parecía no haber tomado parte en la ejecución, sino sólo la voluntad»; la llama una obra singular (*singolare*) en su especie. Realmente él la descubrió; Palomino no la menciona. Se encontraba primero en el Buen Retiro en el palacio de Carlos III (1785); estaba en el billar *(pieza de trucos)*.

Las Hilanderas son uno de los más antiguos cuadros de obreros y de taller. Este atrevimiento tuvo, pues, el aposen-

(1) Precisamente un eminente crítico ha creído ver en el cuadro lo contrario de estas propiedades. Vaagen encuentra en él una armonía de colores rotos, la mayor parte fríos, y Beulé, *a peine si la brosse a effleuré la toile*. Una reproducción en la Gal. Pereire es una falsificación moderna. Por el contrario, recientemente se ha descubierto en Madrid, y enviado á Alemania, un boceto que da mucho que pensar.

tador de Felipe IV. El aplauso que el cuadro obtuvo en todo tiempo, muestra que fué una idea feliz. Algunos trabajos de mujeres se prestan mejor á la pictórica que los de hombre. ¡Cuán felizmente nos ha pintado Pinturicchio á Penélope, rodeada de sus doncellas (National Galerie, 911), ejecutado en su delicado estilo! Algunos que visitaron, por ejemplo, la *Fábrica de tabacos de Sevilla,* se habrán preguntado por qué no se acudió antes á esta fuente. Se piensa en escenas tan favorecidas como la carpintería de San José, las fraguas. Mientras los pintores naturalistas italianos no nos han dejado ningún cuadro de esta clase, Guido nos ha mostrado la niña María en el templo, rodeada de un círculo de sencillas costureras. Los holandeses pintaban al pueblo preferentemente en sus horas de recreo, en sus fiestas. Los realistas se atienen al asunto, por poca importancia que quieran darle. Los trabajos de las fábricas carecen de humorismo; son prosaicos, serios, á veces agrios, y además polvorientos y sin color. Hogarth, es verdad, ha grabado un telar; pero en un ciclo de tendencias morales, un folleto de propaganda pintado.

Estaba reservado á un español y pintor de cámara romper el convencionalismo, trayendo á los palacios de placer del rey pobres jornaleras. Los mendigos son allí personas respetables; los bandidos, gente popular; los pícaros, héroes de novela; pero en llegando á los obreros, el prejuicio gótico recobraba sus fueros.

***

Se dice de ambos cuadros que son los más originales del pintor, expresión algo trivial para un enemigo tan declarado de lo trivial. Pues si bien el destino de Velázquez fué repetir hasta la saciedad personalidades monótonas en monótonas actitudes, y á veces monócromas, no era ciertamente su placer copiarse á sí mismo ni á los demás. Esto se revela en sus creaciones *libres.* El asunto debía dar ocasión para nuevos problemas de luz, nuevas experiencias pictóricas, inusitados mode-

los, composiciones no intentadas, poniendo á prueba su flemático temperamento. El asunto podía ser viejo ó nuevo, pues en realidad sólo los nombres son viejos. Él no buscaba nunca esta clase de originalidad al azar; había de sorprenderle proporcionándosela. Si el azar se hacía esperar, él tenía paciencia; podían pasar años sin que saliese de su *obrador* otra cosa que cuadros convencionales de corte.

Cuando se pintaron aquellos cuadros de capitanes del Buen Retiro, no pensó en tomar parte en ellos; pero cuando se ofreció después el asunto de Breda, pareció intentar conciliar las diferentes y encontradas versiones del hecho, si bien su concepción parece tan sencilla como el diseño de un testigo de vista.

Pero también el gusto del público le empujaba en esta dirección. Los españoles de aquel tiempo pedían *ingeniosa traza*, *novedad de bizarría, caprichoso concepto*, es decir, lo que se sale de lo ordinario y común; *capricho* se usa á veces en sentido de *asunto*. Nos encontramos en el siglo del *culteranismo*. Velázquez retrató á Góngora en su juventud. Gracián era de su tiempo. Cuando Schopenhauer tradujo su «Oráculo», le pareció España la más aguda de todas las naciones.

Velázquez, aunque por su temperamento aborrecía lo artificioso y rebuscado, pues en todo tiempo fué su polo la verdad, era también hombre de su época, un *hombre de capricho* (1). Palomino conoció aún varias de sus agudas réplicas, con las cuales él, avaro de palabras, habló claro á las gentes, y especialmente á las personas de rango. Y visto de cerca, se advierte un grano de paradoja en muchos de sus asuntos. Al lado de aquél, el más regular de sus grandes cuadros (Breda), se ha de poner la representación de Leonardo para sentir cuán bizarro debía parecer á los castellanos aquel íntimo y alentador cumplimiento del general español, aquel amigable golpecito en la espalda al holandés. Como *cosa caprichosísima*, podía alabarse

(1) Se llama el que tiene agudeza para formar ideas singulares, y con novedad, y que tengan feliz éxito. (DICCIONARIO DE LA ACADEMIA.)

aquel misterio del dios del vino griego, rodeado de una compañía limpia de toda traza de exotismo.

En los últimos cuadros aparecen aquellos cambiantes de realidad é imagen, de apariencia teatral é ilusorio realismo; y especialmente la idea de colocar en lo invisible y fuera del cuadro la persona principal, explica el asunto del mismo.

Y en cierto modo parece un triunfo del caprichosismo, cuando el maestro, como el gigante en el gato de las botas se transforma en ratón, aceptando un papel tan opuesto á su naturaleza como el de pintor miniaturista. Desgraciadamente, esta colección se ha perdido. Sabemos ocasionalmente que pintó al rey en un broche de diamantes para Módena; últimamente había retratado á la reina en una placa metálica de las dimensiones de un *real de á ocho* (1). Palomino no acaba de asombrarse de que un tan profundo cerebro pudiese reducir sus facultades, ejercitadas en tan continuada práctica, á este minúsculo procedimiento, hasta dar semejanza á una delicada cabecita de mujer. Y de cómo pudo hallar en sí, el impaciente bosquejista aquel «gran mar de flema». Entonces se comprenderá por qué los antiguos (según Cicerón) pusieron entre los dioses á un tal *Merceli*, por haber tallado todo un barco de un hueso de cereza.

LA FIESTA DE FAMILIA

(The Betrothal, 79 '' × 71 ¼'')

Pudiera creerse que estas obras maestras encontrarían entonces, no sólo admiradores, sino imitadores. Pero la antigua pintura nacional tocaba á su término. Sin embargo, hace algún tiempo ha aparecido un cuadro, cuyo extraño asunto sólo se explica de esta manera. Apareció primero en la colección de Sir Edwiu Lasdseers; en 1895 lo regaló Lord Savile á la *Natio-*

(1) El real de á ocho valía ocho reales de plata, correspondiendo al peso de 1718.

nal Galerie. De aquí podría sacarse una descripción *explicativa* de este cuestionado Velázquez.

Un señor principal, caballero de la Orden de Santiago, un jefe de Administración, quizá ministro, feliz y orgulloso con la posesión de una lozana hijita—de la misma edad que la pequeña Margarita,—ha tenido la idea de hacerse retratar en una escena doméstica, rica en figuras. Como ingeniosa «caprichosa» variación, no como trivial, y en este caso también inoportuna transcripción.

El digno señor, orgulloso de su posición, quizá nuevo en su cargo, quiere mostrarse en el puesto desde el cual medio gobierna con pluma y papel, y quizá hace algo de política. Asiéntase allí como en un trono, con larga cabellera y capa oscura, sobre un alto estrado, ante la gran mesa, con el pupitre delante y la pluma en la mano derecha; en cierto alejamiento, dos jóvenes secretarios, quizá sus hijos.

En tal momento ábrese la puerta de detrás de su sillón, y entra en el prosaico despacho una resplandeciente niña, vestida de escarlata, con encajes y lazos, con todo el aspecto de la mencionada infanta, con una rosa en la mano derecha y en la otra el conocido enorme pañuelo de encaje. Va conducida, y es presentada por la doncella. El señor la echa el brazo á la espalda, volviéndose con expresión íntima y paternal. Parece como una sorpresa; el joven secretario se ha quedado dormido sobre los legajos; el gran ramo que hay en la ventana abierta revela que es un día de fiesta. Quizá el santo del celoso funcionario, que no quiera solemnizarle.

Pero, ¿por qué en lugar de ofrecer á su padre la mejilla para que la bese, se vuelve de lado, como si con la rosa quisiera saludar á alguien que está lejos? Aquí está el *capricho* del cuadro, y desgraciadamente también su, hasta hoy, no resuelto enigma. El saludo con la rosa parece dirigirse á una persona que está presente, pero invisible para el espectador (1). De-

(1) Quizá sea una licencia del pintor para presentar á la niña de frente.

bajo acude presuroso un negro, con una cesta de frutas bajo el estrado, mientras el viejo *empleado,* con las gafas, á la derecha, le indica la dirección. Pero, ¿quién era esa persona invisible para quien se destina la rosa? ¿Tal vez un hermano que vuelve de las Indias de pelear? Lord Saville pensaba en un novio, y de aquí el título del cuadro: la promesa de matrimonio. Si en este cuadro el detalle de la persona invisible—muy del gusto de los españoles, aficionados al misterio—nos recuerda á Las Meninas, el juego de las líneas y otros detalles nos recuerda á Las Hilanderas; con ambos cuadros tiene algo de común la composición, que hace pensar en una escena de comedia.

Beruete quiere reconocer en el hombre de las gafas de la derecha (ciertamente en el sitio en que el pintor á veces pone su retrato) (1) á Luca Giordano, el cual es sabido que solía divertir á sus protectores en Madrid con desconcertantes copias de los célebres maestros. Como se ve en el Prado aún, tales *pasticci* de Rafael, Sebastián y Salvator, Rubens y Villavicencio, pudo haber tomado aquí el disfraz de Velázquez. Pero la semejanza con su cabeza sólo consiste en las dichas gafas, así como la supuesta con Quevedo, que tenía una nariz recta (2). Y además, en el cuadro no hay nada del refinamiento de una imitación; precisamente su encanto consiste en el libre y ligero toque de un improvisado y repentino bosquejo.

Únicamente la suelta y hasta desatada distribución de las figuras no cuadra al modo de componer de Velázquez. ¿Y quién hubiera podido pintar tales manos, quién inspirar vida á aquella rara escena con su fugaz, amplio y seguro toque? Para el algo pesado Mazo, es demasiado graciosa; para Carreño, demasiado animada y aérea. Más bien se podría pensar en

(1) Por ejemplo, Tristán en su obra maestra de Yepes; Greco puso allí sus cuatro grandes maestros.

(2) En el cuadro, el personaje á que se va refiriendo el autor, tiene nariz de pico de loro.—*N. T.*

Mattheo Cerezo, cuyo Castell de Emaus (1), su canto del cisne, acudió á la mente del autor al contemplar el cuadro. Se encuentra, entre otras cosas, las figuras recostadas en el borde que da á la escena la impresión de agradable vista de interior. Pues el cuadro no es un fragmento; que la composición está completa, es indudable; las dos grandes medias figuras marcan la terminación.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

---

(1) Antes en el Refect. de Recoletos Agustinos; grabado en 1778, por José del Castillo.

CRÓNICA LITERARIA

LA CORRESPONDENCIA DE CASTELAR

Por espacio de años se honraron las páginas de La España Moderna con aquellas revistas internacionales en que D. Emilio Castelar, con estilo y mirada de historiador, comentaba los sucesos contemporáneos en que se elabora el material de la futura Historia. Este es un motivo más, unido á todos los que entraña la personalidad eminente del gran tribuno español y el interés histórico que emana de su persona y actos, para que aquí concedamos atención á su recién publicada correspondencia con D. Adolfo Calzado.

Castelar y Calzado, como lo manifiesta el tono de estas cartas, estuvieron unidos por una estrecha y dilatada amistad, que llegó á adquirir caracteres de afecto é intimidad de familia, de uno de esos parentescos voluntarios y adventicios que la simpatía, el trato y la correspondencia en favores y comunicación de espíritu engendran entre los hombres. Á este bello y noble sentimiento de amistad, tan honrado y general entre los antiguos como raro en los modernos tiempos, en que se vive de prisa, y por lo común con espíritu egoísta y utilitario, y aun con recelo y despego hacia los demás hombres, se debe la publicación de esta interesante y copiosa correspondencia que ahora ha dado á la estampa, en un grueso volumen, el señor Calzado.

Calzado, que residía habitualmente en París, y Castelar, ya desde Madrid ó ya desde los lugares adonde le llevaban sus

excursiones artísticas ó sus viajes políticos y de esparcimiento, correspondían asiduamente. Con decir que pasan de 400 las cartas y se aproximan á un centenar los telegramas del gran orador español que posee el Sr. Calzado, está dicho cuán constante y seguida fué esta correspondencia. De esas cartas publica el Sr. Calzado, en el volumen á que me refiero, 252 y 10 telegramas, y en la breve introducción que las ha puesto explica los motivos que le han guiado en la selección, por virtud de la cual han quedado reducidas á ese número. El señor Calzado ha omitido las cartas de carácter circular que dirigía Castelar á sus amigos cuando lo aconsejaban circunstancias de la política, y ha recatado también á la publicidad aquellas que, por contener acerbos juicios personales, pudieran molestar á personas que figuraron entre los amigos y admiradores entusiastas del insigne orador. Es precaución prudente, y no he de censurarla. El tiempo es quien autoriza la publicación de los documentos íntimos; pero, conocida la vena satírica de Castelar en las expansiones de la conversación, ¡qué interesantes serán esas cartas que el Sr. Calzado no ha juzgado oportuno dar al público, y que seguramente no quedarán eternamente inéditas! Cuestión de unos cuantos años.

En las cartas de Castelar á Calzado se habla principalmente de política, aunque se hable también de impresiones artísticas, de mil menudencias de carácter íntimo y familiar, y de negocios. De esto diré algunas palabras más adelante. Mas la política es la que sobresale en estas cartas, y lo que las presta su principal relieve y su mayor atractivo. Castelar era, ante todo, un político, y esta correspondencia nos permite seguirle en un período largo é importante, en el que ejerció una acción eficaz y silenciosa, podría decirse, si se considera que fué ejercida entre los bastidores de la pública escena, aunque el silencio sea un atributo reñido con el orador. Las cartas pertenecen al período comprendido entre 1868 y 1898, pero escasean en los años de la Revolución y la República, y se hacen regulares y abundantes desde la Restauración hasta los preludios

del desastre ultramarino. Ilustran, pues, una época política muy importante en la vida de Castelar. Podrían titularse estas cartas: «Castelar en la oposición durante el período de la Restauración y la Regencia», y sin descubrir nada esencial, porque ahora la Historia se hace en la calle y á la vista de todos, aclaran algunos sucesos de ese tiempo y aportan datos curiosos al conocimiento de muchos otros.

En las cartas van mezclados, en el desorden propio del género epistolar, que no es un género literario en la intención del que escribe cartas espontáneas, sino un desahogo íntimo y una comunicación con otro espíritu, muchos aspectos y materiales, que nosotros, que vemos esas cartas puestas en un libro y convertidas en material histórico y texto literario, podemos y debemos distinguir, para dar al lector una noción ordenada y clara de lo que contienen. Hallamos en ellas multitud de pormenores y revelaciones sobre el carácter, los gustos, sentimientos é ideas de Castelar, y este auto-retrato, involuntariamente trazado en muchas páginas, á rasgos sueltos, que forman, reunidos, expresivo conjunto, es de lo que tiene más valor en la correspondencia de que vengo hablando. Hallamos asimismo una parte histórica y política; la acción de Castelar en un largo período de la Historia contemporánea, y, por último, encontramos también juicios de aquel hombre eminente sobre la política internacional, y especialmente sobre la francesa. Era Castelar españolísimo; pero su permanencia en Francia durante los períodos de emigración, su amistad con los hombres de aquel país, el interés que la República allí establecida le inspiraba, y su idea de la comunidad espiritual de la raza latina, hacíanle mirar los negocios de Francia casi con tanto interés como los de España. De ahí que lo tocante á aquéllos sea parte muy importante, curiosa y extensa en su correspondencia.

Castelar era de humilde origen; pero su brillante carrera, sus aficiones artísticas, la distinción natural de su espíritu y la jerarquía en que los acontecimientos le habían colocado, da-

ban un tono aristocrático á su personalidad. La imprimían el matiz de esa insuperable aristocracia espiritual de gusto y de entendimiento que aventaja á la que se apoyan en títulos de herencia. En el Castelar íntimo que las cartas del tribuno nos presentan, hallamos muy marcado este rasgo. Le vemos cuidadoso de mantener su categoría, atento á obtener en las ceremonias á que era invitado en el extranjero el puesto debido á su importancia española y á su importancia universal, preocupado de no empañar el brillo de su elocuencia soberana, encerrándola en el extraño molde de las lenguas extranjeras. Repugnaba hablar en actos públicos en Francia, diciendo que en español no le entenderían, y que hablando en francés, él, que pasaba por el mejor orador de España, se vería reducido al último de Francia, por la dificultad del extranjero en manejar ajenas lenguas. En cambio, cuando la Universidad de Oxford, por mediación de Renan, le invitó á dar un curso en sus aulas venerandas, consintió en hablar en francés, como lengua más difundida, y que usada ante un público extranjero no necesitaría de los primores y refinamientos que un auditorio francés le hubiera podido echar de menos en el primer orador de Europa.

Era el orgullo de Castelar un orgullo legítimo, y la mayor parte de los epigramas que ha inspirado revelan un desconocimiento ó un olvido absolutos de la psicología de los grandes hombres que, teniendo conciencia de su altura, no pueden ser extremadamente modestos, y de serlo, quizás perjudicarían á su misión el mundo. A veces se mezcla, sin embargo, con este sentimiento un desdén que debemos mirar con tolerancia, pero que no deja de tener su punto de acritud y de exageración. Castelar, como casi todos los revolucionarios de su época, había sido un enamorado lírico del pueblo, de una noción ideal y romántica del pueblo que no ha sido la realidad de la multitud en tiempo alguno. El contacto y la brega con el pueblo en las empresas políticas es muy propio para abatir estas ilusiones. Sin esfuerzo se explica el sentimiento antidemagógico del Cas-

telar de 1875 á 1898, que había pasado por la experiencia y escuela del período de la Revolución. La práctica de las costumbres democráticas modernas le era, sin duda, mucho menos simpática que la esplendente teoría de la democracia. La inquieta y entrometida curiosidad del reporterismo le enojaba y hería. El reporterismo—dice—ha quitado su gravedad á la política y su necesario misterio al Gobierno. Hablando de Gambetta, censura acremente que «á su altura» se hubiese comprometido en un proceso de imprenta «como cualquier pelafustán de baja talla». Los tiempos de *El Rasgo* estaban ya muy lejanos, casi olvidados. Verdad es—añadámoslo inmediatamente—que las circunstancias de Francia y las personales de Gambetta en aquella sazón eran muy otras que las del Castelar en la oposición á los Gobiernos de Isabel II.

Muy claras brillan en las cartas las virtudes privadas del carácter de Castelar. El entrañable amor que profesaba á su hermana Concha, el afecto que demuestra á Calzado, á su familia y á los amigos, de cuyas vicisitudes habla á veces en las cartas, tienen un matiz de ternura, de sano y jugoso sentimiento que honra y caldea la figura tribunicia. Y ¿qué diremos del amor á España? El entusiasmo con que habla de su clima, de sus producciones, de su cielo, de las costumbres urbanas, del trato de la sociedad de Madrid, del adelanto político y social, revelan un patriotismo ardiente y lleno de entusiasmo, fácil á abrirse á las más halagüeñas esperanzas. El patriotismo hondo y verdadero, como todos los grandes amores, dígase lo que se quiera para cohonestar acres humores de censor, es de complexión optimista, y Castelar era un gran patriota.

Otro aspecto hay en esta correspondencia que enaltece el carácter de aquel gran hombre y que justifica el que el señor Calzado haya dado á la publicidad pormenores relativos á sus relaciones económicas con el tribuno de la democracia, materia en que la delicadeza y la discreción suelen ser muy exigentes. Castelar vivía de la pluma. Colaborador de numerosas publicaciones españolas, americanas y de otros países, su plu-

ma de periodista subvenía, más aún que sus libros, al decoroso mantenimiento de la casa de un hombre que había sido jefe del Estado español, y que se relacionaba con lo más selecto de la sociedad. Sólo por la excepcional personalidad de Castelar y su universal renombre, era posible que su trabajo de escritor, ejercitado fuera de los géneros esencialmente populares y más pródigos en rendimientos, como la novela y el teatro (pues si Castelar fué novelista, fué novelista histórico, novelador de personajes y momentos de la historia, y aun esto es subalterno en la vasta labor de su palabra y pluma), pudiese producir por espacio de largo tiempo muchos miles de duros al año, sumas fabulosas para un escritor español, aunque notoriamente inferiores á las que ganan los grandes publicistas ingleses y norteamericanos, y que empleadas en remediar las necesidades diarias, nunca labraron un capital que permitiese á Castelar el ocio y la independencia. La irregularidad aneja á esta clase de ingresos, mucho más cuanto que gran parte de ellos provenía de América, y las exigencias de su posición hacían que Castelar estuviese constantemente atrasado. Calzado era para él una especie de cajero que le adelantaba fondos, y se resarcía á medida que iba haciéndose efectivo el importe de los artículos y libros. Estas relaciones económicas, que por lo visto duraron muchos años, se reflejan frecuentemente en las cartas, y no se puede menos de contemplar con emoción el espectáculo de aquel hombre insigne, que con un trabajo incesante y tenaz arranca lo necesario para sustentar el decoro y lustre de su posición, y que ya en la ancianidad habla de la fatiga de su pluma, de su pobre pluma española—dice—con la que trabajando muchas horas al día tiene que buscar doce mil duros al año. Una aureola de honradez y de laboriosidad emana de esta parte de la correspondencia.

No faltan espíritus beocios y mezquinos que pensaran que Castelar pudo vivir más estrechamente. Recuerdo haber oído comentar con asombro á gentes sencillas y de cortos alcances el que á Castelar le presentaran las cartas en una bandeja de

plata, como si esto fuera una derogación de la democracia. La austera pobreza tiene sin duda su decoro y hasta su vanidad estoica. Pero en este combate diario del trabajo para sostener en las materialidades de la vida el brillo de la posición ideal, de la jerarquía en que se está colocado, hay mayor esfuerzo y más alta aspiración. Los grandes hombres, los espíritus superiores, tienen más derecho que nadie, á no ser las mujeres hermosas, al lujo, al decoro exterior, á las cosas bellas, gratas y artísticas de la vida, que se compran con la riqueza. Se cuenta de Descartes, que hallándose sentado á una bien servida mesa, le preguntó en tono de zumba un cortesano si era bien que los filósofos tomasen comidas tan suculentas. A lo cual hubo de replicar agudamente el autor del discurso del Método: ¿Es que las cosas buenas se han hecho para los imbéciles?

*
* *

Veamos cómo nos presenta la correspondencia al Castelar político. Ya está dicho antes, y casi no era necesario escribirlo por ser tan manifiesto, que el ambiente de publicidad en que se desenvuelve la política no consiente grandes misterios. Así, estas cartas no descubren ningún secreto ni nos dan ninguna ignorada clave de los acontecimientos. Se ve en ellas, empero, la evolución que fué operándose en el espíritu de Castelar. En su vida política hubo tres épocas: la primera es la de propaganda, la de la lucha por la República; la época en que se revela como orador maravilloso y principal verbo de la democracia; en que pugna incesantemente con la palabra y por la pluma por implantar el régimen republicano, y en que defiende muchas ideas que la inexorable lección de los hechos había de obligarle á abandonar después; la segunda es la época de la República, y dentro de ella el período de gobierno de Castelar, en que intentó sacar el orden de aquel caos, época en que el apóstol y propagandista se convierte en un hombre de Estado; la tercera es la de oposición á la Monarquía restaurada, que no es un simple retorno al período de las pro-

pagandas anteriores á la Revolución septembrina, sino más bien una continuación en otro campo y en otra posición ó lugar de la palestra política, de la obra gubernamental iniciada en el período de la República. En el espíritu de Castelar prevalece un fuerte sentido evolutivo. Repugna las revoluciones; piensa que los pueblos no cambian de forma de gobierno á no verse forzados á ello y como última extremidad. Declara que cuanto sucedía en el reinado de Isabel II merecía cien revoluciones, y cuanto faltaba por conquistar bajo la Regencia de Doña María Cristina no valía un motín; que para España, en las circunstancias históricas de aquella sazón, el mejor gobierno es una Monarquía democrática, una República regia al modo de la inglesa, aunque el respeto á su consecuencia republicana le vedara servir directamente á este régimen. Hay, sin embargo, un momento en que Castelar, en un arranque de caballerosidad y como cumplimiento de un compromiso, exclama: Si Abarzuza no quiere ser ministro, lo seré yo en último extremo para no dejar mal á dama como la reina. ¿Lo hubiera cumplido llegado el caso de tal extremidad? Es permitida la duda. Lo más verosímil es que se tratase de una frase, de un recurso empleado para obligar á un amigo, que había sido eliminado de la lista de cierto Ministerio, incluído á petición expresa de la reina, y que á última hora mostraba vacilación en entrar en el Gobierno.

Estas ideas no nacieron en Castelar de una vez bajo la impresión del fracaso de la República. Fueron desarrollándose á medida que el nuevo régimen monárquico se consolidaba, y al par se hacía más amplio y expansivo. Castelar, después del 3 de Enero, se halló en una situación especial. Abominaba de los hombres que habían sido derribados por el golpe de Estado ó la sedición de Pavía, y los consideraba causantes de la ruina de la República, y al mismo tiempo el cuidado de su honor, impulsándole á alejar toda sospecha de complicidad con aquel hecho, le impedía simpatizar con el híbrido régimen que de ahí naciera. Creyó, sin embargo, que podría consolidarse

aquella ambigua República ó Respública. La Restauración borbónica la produjo una violenta sacudida. Esperó en los primeros años de la Monarquía restaurada la vuelta de la República, aunque sin participar de las esperanzas ni de los fervores revolucionarios, de los otros republicanos. El hombre que había visto resignar el trono á D. Amadeo de Saboya, y había escrito el mensaje despidiéndole, pudo esperar acaso que aquel suceso histórico se repitiera en una ú otra forma y que, sin cuarteladas y sin sediciones, desapareciera un día la restaurada realeza. Mas á medida que pasó el tiempo y la consolidación del nuevo orden de cosas se hizo manifiesta y clara, Castelar no aspiró ya á un cambio de forma de gobierno, sino á incorporar á la Monarquía las instituciones democráticas. Esa fué en gran parte su obra, y las cartas están llenas de alusiones y referencias al papel tutelar que desempeñó el gran tribuno en las reformas de Sagasta. «El párrafo del mensaje referente al Sufragio universal le he dictado yo»—dice en una de las cartas. Cuando las reformas se logran, Castelar experimenta un grande y exagerado optimismo. Mira á España adelantando con lento, pero seguro paso, por las vías del progreso político, y ve su porvenir más despejado que el de ningún otro pueblo europeo. «Hemos establecido el Sufragio universal y vamos á iniciar el desarme europeo»;—escribe á Calzado en otra ocasión. La iniciación del desarme europeo era el presupuesto de la paz, que fracasó en la algarada de Melilla, y al que pocos años más adelante sucedían los cien mil y más hombres enviados á Cuba, el último hombre y la última peseta, y la guerra con los Estados Unidos.

Los juicios de Castelar acerca de los hombres y sucesos aparecen en estas cartas muy varios y mudables, como escritos al compás de las circunstancias que, estorbando ó facilitando sus planes, inclinaban su ánimo al aplauso ó la censura. A pesar de haber recatado el Sr. Calzado, según parece, la parte más virulenta y agria de la correspondencia, no faltan en las cartas que han sido impresas, juicios duros y punzantes

sobre los hombres políticos de la época, especialmente sobre los republicanos y aun sobre el mismo Sagasta, á quien alguna vez declara Castelar, lisa y llanamente, incapaz de sacramentos; en lo cual erraba sin duda el incomparable orador, á la vez que ponía de manifiesto la extrema dificultad de comprenderse que tienen los hombres de complexión mental diferente, aunque sean afines en ideas y colaboradores en empresas políticas. El hombre público hacia quien sentía mayor atracción Castelar, era Cánovas. Amigos y compañeros en la mocedad, aquellos dos grandes hombres pertenecían á la misma jerarquía intelectual. Tal vez por eso, tanto como por los afectos de la amistad, Castelar muestra el caso que hacía de Cánovas, hasta cuando le combate resueltamente en los primeros tiempos de la Restauración.

Antes del primer ministerio de los liberales, en 1881, escribe Castelar, en una de sus cartas, que es natural que prevalezca Cánovas, que ha dado la paz á España y va á dársela á Cuba. Después se estrecharon las relaciones entre ambos, y Castelar se lamentaba de que las murmuraciones del vulgo le impidiesen cultivar con más asiduidad el trato del gran político conservador. Castelar, acompañando el cadáver de Cánovas en Santa Agueda, da, en una escena de trágica tristeza, la representación simbólica de aquella amistad de los dos grandes hombres, que fueron las dos más elevadas figuras de la política española de su tiempo. Pero de este momento no hay cartas en la colección.

El matiz conservador que habían adquirido las ideas de Castelar se refleja más vivamente en los abundantes juicios sobre la política francesa que contienen las cartas. El radicalismo y sus hombres le eran antipáticos. Vencido el escollo del 16 de Mayo, una larga presidencia de Mac-Mahon le parecía lo más conveniente para Francia. El ministerio Dufaure fué su ideal. Gambetta le parecía un hombre muy vulgar. La campaña contra las congregaciones era, á sus ojos, un atentado contra la libertad, y el régimen republicano que siguió á

la dimisión del Mariscal, «un aquelarre mezcla de arbitrariedad y de licencia, que hace retroceder un siglo la propaganda liberal y republicana en Europa.» Esta palabra aquelarre, con la misma aplicación, reaparece más de una vez en las cartas. De un discurso de Ferry, dice que era digno de una dama de la Hable central, apaleada por su querido; del asunto Wilson, que derribó de la Presidencia á Grevy, escribe que en una casa de tías hubiera hallado Grevy una compañera compasiva ó un chulo generoso que le defendiera. ¿Qué hubiera dicho Castelar si le hubiera sido dable presenciar la novísima orientación radical socialista de la República, y qué hubieran dicho de él los republicanos españoles y franceses?

Las cartas de Castelar, aparte de su interés histórico y psicológico, que es grande, tienen no menor atractivo literario. Son incorrectas, como suelen serlo la conversación y la correspondencia familiar, que se producen sin afectos retóricos; pero hay en ellas una viveza y espontaneidad de expresión, un sentimiento poético en muchas, especialmente las que hablan del clima, bellezas y costumbres de España, de afectos íntimos del hogar y de asuntos artísticos; una aguda sátira en otras, y en algunas una grave emoción de misión cumplida al llegar al ocaso de la vida, que hace por demás grata y atrayente su lectura. Son, además, una novedad en nuestra literatura epistolar moderna, en que está casi vacío el lugar de los grandes hombres políticos.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO. — LITERATURA: Leónidas Andreiew, autor dramático. = BELLAS ARTES: La tradición en el Arte.=CRÍTICA: La Salve.=CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES: La selección del personal político.=HISTORIA: Napoleón y Talma.=IMPRESIONES Y NOTAS: El proceso del divorcio en Francia.—Las presentaciones para el baile.

LITERATURA

LEÓNIDAS ANDREIEW.—Tal es el nombre del ídolo viviente de la actual literatura rusa, pues Tolstoi es ya casi un clásico, y Gorki está á punto de pasar al estado de «gloria pura». Leónidas Andreiew, según dice Savitch en *La Revue*, tiene más habilidad que verdadero talento, y poseyendo en alto grado el sentimiento artístico, no es artista en el verdadero sentido de la palabra, es decir, no es capaz de crear imágenes vivas, que tiemblen y palpiten y nos den la ilusión de la vida. Tiene, además, y en esto sí que estamos conformes, pues en lo anterior habría mucho que discutir, extraña predilección por los asuntos extravagantes y hasta macabros, cosa que puede explicarse por el medio ambiente en que vive, por esa vida anormal, enfermiza y desequilibrada de Rusia.

Una de sus más recientes novelitas es *Eleazar*, un judío de los tiempos de César, que después de pasar tres días y tres noches en la tumba, resucitó, con grande asombro y no menor alegría de sus parientes y amigos. De su sueño de muerto había traído, sin embargo, tan clara reminiscencia de la nada reflejada en sus ojos, que su mirada aterraba á todo el mundo

y todos le abandonaban. Aunque vivía aparte como un apestado, su fama corría de boca en boca, y muchos curiosos y escépticos acudían á verle desde las más remotas tierras; llegaban á él con la sonrisa de la duda en los labios, y volvían á sus hogares súbitamente cambiados, hartos y como aplastados por la conciencia de la vanidad, de la nulidad de todo.

Un escritor célebre había ido á visitarle á Judea, y al volver á Roma iba disgustado del arte, sin ver en la belleza más que una ilusión y una mentira fútil. Otra vez Eleazar había sido visitado por un filósofo orgulloso, que le había dicho: «Sé ya todo lo que me puedes enseñar de terrible; no podrías asustarme...» Y algunos instantes después, mirando á Eleazar de frente, comprendió que la ciencia de lo terrible no es lo terrible mismo, y que la visión de la muerte no es todavía la muerte misma; entonces tuvo la intuición de que la sabiduría y la necedad eran igualmente insignificantes ante lo Infinito, pues lo Infinito ignora ambas cosas; y desapareció para él el límite que separa el saber de la ignorancia, la verdad de la mentira, lo alto de lo bajo, y su pensamiento, sin forma en adelante, quedó suspenso en el vacío; y cogió su cabeza blanca, y apretándola entre sus manos, lanzó este grito de espanto: «¡Ya no puedo pensar! ¡ya no puedo pensar!»

Ante la mirada de Eleazar desaparecía como por encanto todo lo que constituye la afirmación de la vida, con sus alegrías y sus dolores. El emperador Augusto, á cuyos oídos llegó la fama de Eleazar, quiso ver al extraño viejo, y sabiendo quién era, se preparó á su encuentro. Tenía conciencia de su poder, y como hombre animoso, no quiso el apoyo de nadie y se vió con el judío á solas, frente á frente.

—No levantes tus ojos, le dijo el emperador. He oído que tu cabeza se parece á la de Medusa y que cambia en piedra á cuantos miras. Yo quiero examinar tu rostro y hablarte antes de convertirme en piedra—añadió en tono chancero, no exento, sin embargo, de aprensión.—No tienes aspecto terrible—dijo cuando le hubo mirado con atención bien de cerca. Pero

tanto peor para los hombres si lo terrible tiene un aspecto tan venerable y tan simpático. Ahora hablemos. Mi reino es un reino de vivos y no de muertos. Estás en él de más. Bajo la protección de mi poder viven y trabajan y gozan los hombres. ¿Oyes esa armonía maravillosa de la vida? ¿Oyes ese grito de guerra que los hombres lanzan á la faz del porvenir provocándole al combate?

Eleazar permanecía silencioso, y Augusto prosiguió: Estás aquí de más. Tú, miserable cuerpo desdeñado por la muerte, inspiras á los hombres el aburrimiento y el horror de la vida. Eres como una oruga que roe la espiga gorda de la vida; segregas una baba de angustia y de desesperación. Tu verdad se parece á un cuchillo mohoso en manos de un asesino nocturno, y puesto que eres uno de ellos, voy á enviarte al suplicio. Pero ante todo, quiero mirarte en los ojos. Pueda que sólo los cobardes sean los que tengan miedo de ellos. Pueda que en el valiente despierten el deseo de la lucha y de la victoria. Y entonces no serías digno del suplicio, sino de un premio... ¡Mírame, Eleazar!

Y Eleazar le miró. Al principio pareció al divino Augusto que era un amigo quien le miraba: tan suave era la mirada de Eleazar, y tanto encanto y ternura reflejaba. No prometía el terror, sino el dulce reposo, y lo Infinito aparecía en ella como una tierna amante, como una hermana compasiva, y hasta como una madre. Pero cada vez eran más estrechos aquellos dulces abrazos; la respiración de Augusto estaba cortada por una boca ávida de besos; á través de los tejidos de su cuerpo se hacía sentir una osamenta de hierro que oprimía el cuerpo del emperador como un anillo; y unas garras duras y frías tocaron el corazón del César, para hundirse en seguida blandamente en él.

Hubiérase dicho que unas puertas pesadas, cerradas desde tiempos inmemoriales, comenzaban á abrirse y que por el paso así formado se colaba, frío y tranquilo, como un río desbordado, el espanto del Infinito. Y dos sombras inmensas se desliza-

ron por la corriente, el Vacío y la Obscuridad; apagaron el sol y quitaron á los pies el apoyo del suelo y á la cabeza la protección del techo. Y el tiempo se paró de repente. Y el principio y el fin de todas las cosas se acercaron de pronto espantosamente. El trono de Augusto, apenas erigido, se desmoronaba, y en su lugar y en el del Emperador se veía el Vacío. Destruída Roma, fué reemplazada por otra ciudad, que también fué absorbida por el Vacío. Y como gigantes fantasmas, surgían y se hundían en el Vacío ciudades, Estados y países, tragados impasiblemente y sin hartazgo alguno por el vientre negro del Infinito.

—¡Detente!—dijo el emperador. Pero la indiferencia estaba ya en su voz; sus brazos caían impotentes, y sus ojos, reflejando su vana lucha con las tinieblas que se espesaban sobre ellos, tan pronto se encendían como se apagaban.

—Me has matado, Eleazar—dijo con voz empañada y débil.

Aquellas palabras de desesperación le salvaron. Se acordó del pueblo de que estaba llamado á ser escudo, y su corazón sintió saludable aunque agudo dolor. La reacción se produjo vigorosa, y Augusto exclamó con firmeza:

—No, no me has matado, Eleazar. Yo soy quien haré que te maten. ¡Vete!—Y al día siguiente quemaron con un hierro malvando los ojos de Eleazar! Y así acaba la novelita.

Tiene razón Savitch: eso de que el artista y el sabio sucumbieran ante la mirada de Eleazar, y sólo la personificación del poder político resistiera y hasta triunfara de ella, es una broma. ¡Pues qué! ¿Son la Ciencia, el Arte ó el Amor menos fuertes que el poder? No, no lo son ni para Savitch ni para mí; pero ¿por qué no han de serlo para Andreiew? Nos satisfaría más que hubiera dado al asunto otro desarrollo; pero no por eso hemos de negar que la concepción del asunto es genial. Savitch dice que Andreiew tiene más habilidad que talento, y lo que se desprende del análisis de *Eleazar* es todo lo contrario: que lo que le falta es habilidad para sacar partido de sus originales concepciones.

CRÍTICA

La Salve.—Hemos demostrado—pretendemos haber demostrado—que nuestra literatura religiosa, y aun litúrgica, popular, la que más puede interesarnos, por ejercer su acción sobre todas las clases sociales, desde el Palacio Real hasta la cabaña del último pastor, adolece, no sólo del defecto de mal gusto, cosa que podría disculparse, aunque siempre sería de lamentar, sino de otros defectos más graves, que se refieren, no á la forma externa de expresión, sino al fondo mismo del pensamiento, al punto de resultar en algunos casos hasta verdaderas herejías lo que decimos en el *Padrenuestro,* en el *Avemaría,* tal como se hallan consignadas en nuestros Catecismos, y en el *Bendita sea tu pureza,* tal como se encuentra en *Pequeñeces* y en no pocos devocionarios. Para completar los estudios de crítica menuda de este género, vamos hoy á dedicar unas cuartillas á la *Salve,* para ver si está exenta de esos defectos.

Por de pronto, el comienzo mismo de esta oración es tan inaceptable como el del Avemaría. El latín dice *Salve*, y el mal traductor castellano no se conforma con esta sencillez, y se empeña en estropear el sentido con un *Dios te salve* de todo punto inadmisible: *salve* es sencillamente una fórmula de saludo, y no es Dios quien saluda á la Virgen, sino *yo, tú,* el que dice la oración; aun admitiendo la torpeza del traductor al confundir *saludar* con *salvar,* no puede admitirse que *Salve* sea lo mismo que *Dios te salve*, y no hay motivo ninguno que justifique el giro castellano *Dios te salve* para traducir el *salve* del latín. Pero es que, además de esto, hay en la fórmula de *Dios te salve* algo que repugna á todo buen cristiano y que suena á herejía, como dijimos al tratar del Avemaría. ¿Qué es eso de *Dios te salve?* ¿De qué va Dios á salvar á la Virgen? ¿Del pecado? ¿Cómo, si se trata de la Inmaculada, de la Madre de Dios, del único sér humano que no está manchado ni siquiera

por el pecado original? Y si no la salva del pecado, porque no hay pecado en la Virgen Purísima, ¿de qué la va á salvar? ¿No está ya en el cielo desde su Asunción gloriosa? ¿Es que tiene allí penas y dolores como los que sufrió en la tierra? ¿De qué va Dios á salvar á la Virgen? De nada absolutamente. Y si no tiene que salvarse de nada, ¿para qué pedir á Dios que la salve? Convengamos en que ese desdichado *Dios te salve*, sobre no ser fiel traducción del latín *salve*, ó no tiene sentido ó es una herejía.

Y sigue luego la oración: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.» En este parrafito se compendia nuestra literatura sacra popular: palabras y palabras, piropos y piropos. ¿Qué es eso de «Reina y Madre de misericordia?» Que la Virgen es Reina de misericordia y es Madre de misericordia. ¡Bueno! En rigor, podían pasar estos ditirambos; pero bien analizados, suenan un poco á huecos; ser reina de misericordia, supone la existencia de un reino de misericordia; admitido ese reino en lenguaje figurado, la reina del mismo debe ser la que tenga en su corazón mayor cantidad de compasión por el linaje humano, para apiadarse de los que sufren, para disculpar á los que pecan, para interceder por los que se arrepienten; esa misión se la otorgamos gustosos á la Virgen María, proclamándola nuestra intercesora, y en ese sentido podíamos decir que era Reina de la intercesión; pero sobre ella está Jesús, su Divino Hijo, que dió su vida por salvarnos, y ese sí que es rey positivo de misericordia. En la Virgen suponemos la misericordia y la intercesión consiguiente en nuestro favor, y por eso la invocamos; en Jesús no hay suposición; hay la realidad de una vida entera consagrada á la redención de la humanidad, y nadie puede disputarle que Él, y sólo Él, es el verdadero Rey de la misericordia. En cuanto á que la Virgen sea Madre de misericordia, eso supondría que la misericordia no había existido antes de ella; y como eso no es verdad, pues ahí está, sin alegar otros textos, la historia entera del pueblo hebreo, para demostrar que la misericordia ha

existido *ab æterno*, fuerza es convenir en que el piropo en cuestión no pasa de ser uno de tantos *flatus vocis* de nuestro lenguaje. Quedan, pues, el «Reina y Madre de misericordia» reducidos á la condición de dos flores más de las muchas que arrojamos á la Virgen en demostración de nuestro cariño; pero dos flores sin aroma, descoloridas y algo ajadas, que no han salido de ninguna planta creada por Dios, sino de la pobre imaginación del autor de la Salve.

Y continúa la oración: «¡Dios te salve! A ti llamamos los desterrados hijos de Eva.» Se repite lo del *Dios te salve* como caso de reincidencia, y se pega luego un bofetón á la pobre lengua castellana, que siempre paga los vidrios rotos por estos «facedores de preces». ¿Quién dice «á ti llamamos»? Eso no lo dice ni lo ha dicho nunca el castellano: «*llamamos* á la puerta», pero no «llamamos á ti». ¿Me llamas á mí? Sí, á ti te llamo, á ti te llamamos, pero no «á ti llamamos». Como si esto fuera poco, para remachar el clavo, añade luego la Salve: «A ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.» ¿Quién emplea, ni cuando se ha dicho en castellano «á ti suspiramos»? Suspiramos por ti, pero no «á ti», y si el latín macarrónico de la Salve incurre en bajezas de estilo y en incorrecciones dignas del peor latín de los siglos medios, eso no autoriza al castellano para hacer lo mismo, ni puede siquiera aducirse tal motivo para justificar una mala traducción.

«¡Ea, pues, señora, abogada nuestra! Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.» ¡Qué hermoso es el pensamiento, y qué desfigurado está con tan groseros atavíos! «¡Ea, pues, señora!» ¡Qué desacato! ¡Qué maneras tan poco corteses, tan bastas, de tratar á la Virgen! Parece que estamos hablando con una mujer cualquiera. «¡Vaya, chica, mírame á derechas!» «¡Ea, muchacha, ya me estás cargando con ese modo de mirar!» «¡Ea, pues, señora, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos!» ¡Vaya un modo de decir decoroso y fino para dirigirnos á la Virgen! ¿No se le ocurrió otra cosa al inventor de la Salve en aquellos siglos de barbarie, y nuestro traductor

castellano no encontró tampoco manera más acertada de suplicar á la Madre de Dios que se dignara mirarle con ojos compasivos? ¡Ea, pues! ¡Qué le vamos á hacer! Y no decimos nada del modo tan gracioso de señalar «esos tus ojos misericordiosos», que corren parejas con «el tu reino» del Padrenuestro, porque, puesto el traductor á hablar en mal baturro, era natural que se dejara escapar también esa incorrección de estilo; más valía que, ya que se permite enmendar la plana al texto latino cuando no hace falta, hubiera corregido aquí el *illos tuos oculos* de un latín tan bajo que anda arrastrándose por los suelos.

¡Qué diferencia de esta Salve castellana, que no sólo conserva todas las incorrecciones del original latino, naturales y disculpables en aquellos siglos de corrupción del lenguaje, sino que las aumenta todavía con otras faltas que no tienen disculpa, á la Salve francesa, en la que aparece depurado en lo posible el fondo y la forma de la oración. La Salve francesa dice: «Os saludamos, ¡oh Reina, madre de misericordia, nuestra vida, nuestra alegría y nuestra esperanza! En este destierro, al que estamos condenados como hijos de una madre culpable, imploramos vuestra intercesión, presentándoos nuestros suspiros y nuestros gemidos en este valle de lágrimas. Sed nuestra abogada, compadeceos de nuestros males, y después del destierro de esta vida, ¡oh Virgen María, llena de dulzura y de ternura por los hombres, haced que obtengamos la dicha de ver á Jesús «sagrado fruto de vuestras entrañas.» Claro es que todavía esta fórmula tiene sus defectos; pero al menos se ven muy atenuados los del original, y sobre todo, no se hallan puestos de relieve y exagerados con un churriguerismo que los abulta y los hace más disformes.

El castellano, como el francés, no tenía más remedio que traducir, de uno ú otro modo, el final latino *et Jesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exilium ostende.* «Los franceses, como más atildados, suavizan la expresión diciendo: *obtenez-nour le bonheur de voir Jesus-Christ, le fruit sacré de*

votre sein; pero el castellano rígido y seco conserva la dureza bárbara y la forma grosera del latín: «y después de este destierro, muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre». ¡Muy bien! Aquí nada tenemos que censurar, pues lo criticable no es la traducción, sino el original mismo. ¿A qué hablar del «fruto de tu vientre»? ¿Por qué no decir «tu Divino Hijo», y no se caía en la grosería de una imagen tan poco velada, y que sólo puede despertar ideas torpes ó bajas? Porque en aquellos tiempos se hablaba así, sin velos ni eufemismos ni litotes. ¡Bien está! ¿Por qué pedirá la Virgen, como suprema aspiración, que después de este destierro nos muestre á Jesús, «fruto bendito de su vientre»? Porque en aquellos siglos de ignorancia no se podía caer en la cuenta de que esa visión era imposible. El espiritualismo cristiano no había podido—ni ha podido todavía—extirpar el antropomorfismo pagano, y entonces no podía concebirse á Dios sino como un señor muy grande, muy grande, pero con ojos y boca, piernas y brazos, como los demás señores; y á su Divino Hijo tampoco se le acertaba á concebir sino con la terrenal vestidura de su misteriosa emanación. De ahí que el Credo hable de que al resucitar «subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre»; de ahí que en la Salve pida á la Virgen que nos enseñe á Jesús, «fruto bendito de su vientre». ¡Como si Dios pudiera tener derecha ni izquierda, que suponen límite, y que serían la negación de su infinitud! ¡Como si Dios pudiera *estar sentado* en ningún sitio! ¡Como si Jesús anduviera paseándose por los cielos en carne y hueso, como anduvo por Judea! Todo esto son reminiscencias de antropomorfismo, de paganismo, como las que se encuentran en muchos cánticos litúrgicos, especialmente en el *Dies iræ*. Al vulgo no le entra la idea de Dios más que por los ojos de la cara, y su antropomorfismo tiene tales raíces, que no es fácil desarraigarlo. Pero al menos no debería constituirse, ni poco ni mucho ni nada, á fortificar tan erróneas creencias con expresiones y con frases que parecen autorizarlas con fundamento ortodoxo; aunque luego venga el exoterismo de

los símbolos á explicar estos exoterismos que no debieran existir.

En todo caso, los traductores no tenían más remedio que ajustarse en esa materia al original, y en este punto no tienen culpa ninguna. Como tampoco la tiene el traductor castellano, al seguir diciendo: «¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!» Todas esas exclamaciones las tiene el latín, aunque el francés, con buen acuerdo, las ha suprimido, pues realmente no son más que puros ripios que sólo pueden contribuir al desarrollo del mal gusto de nuestros oradores sagrados y de nuestros novenarios. Con echar unos cuantos «¡Oh! ¡oh! ¡oh! se sale del paso, en efecto, en la mayor parte de nuestros más corrientes devocionarios y en la generalidad de nuestros sermones: «¡Oh, hermanos míos!» «¡Oh, hijos míos! «¡Oh, madre mía!» «¡Oh, Jesús mío!» ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh! ¡Ripio puro, hojarasca seca que revela la poca savia del entendimiento ó lo marchito del corazón de quienes tienen que apelar á tales golpes de bombo y platillos para despertar la atención de sus oyentes. «¡Oh, oh, oh!»

Ni siquiera la adición final, á pesar de su sencillez, está exenta de faltas. «Ruega por nos, santa Madre de Dios», nos ofrece una consonancia de mal gusto, y además ese *nos* arcaico da á la expresión un sabor raro que no choca, porque en fuerza de repetir estas cosas, nos hemos hecho á ellas sin parar mientes en lo que decimos; pero que si nos fijamos un poco en ellas, nos parecen hasta ridículas. En cuanto á hacernos «dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo», no parece sino que se trata de las uvas de la fábula. ¿Qué es eso de *alcanzar* promesas? ¿Son esas promesas algún tarro de dulce colocado en algún sitio alto de la despensa? ¿Son alguna mariposa, tras la que vamos corriendo? No; aquí se ha colado el traductor castellano: el latín dice *Ut digni efficiamur promissionibus Christi*, y eso está muy bien expresado en francés, por «á fin de que se nos haga dignos de las promesas de Jesucristo», pero no por el castellano. Las promesas no se alcan-

zan; se hace uno digno de ellas y se obtienen en consecuencia, pues siendo Dios quien promete, no hay temor de que no cumpla si nosotros nos hacemos dignos de lo prometido.

CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

La selección del personal político.—Con este título he publicado en *La Segunda Enseñanza*, órgano de la Asociación de Catedráticos, cuya Comisión ejecutiva tengo el honor de presidir, una *Carta abierta*, dirigida á D. Segismundo Moret y á D. Antonio Maura, como jefes de los partidos políticos turnantes, y cuyos principales párrafos reproduzco á continuación:

»Tengo miedo, señores, tengo mucho miedo. Cánovas y Sagasta, y más todavía, mucho más que Sagasta, Cánovas, nos llevaron en derechura al desastre colonial, con la mejor intención del mundo. La política romerista, con su lema de «el amigo ante todo», hermosísimo en el orden de las relaciones privadas, pero detestable cuando afecta á los intereses públicos, nos trajo aquella política de pandillaje que colmó la medida de nuestro descrédito como gobernantes; y el concepto canovista del político inteligente, al estimar al listo como inseparable del bribón, resignándose al aprovechamiento de la listeza, á trueque de cerrar los ojos ante la bribonería, nos acabó de hundir en el abismo, como si fuéramos incapaces de redención, motivando la disidencia silvelista y la protesta de las clases neutras, un día capitaneadas por el marqués de Cabriñana en grandiosa manifestación, sin más valor práctico que el de seria advertencia, y otro día dirigidas por Costa, Paraíso y Alba en perecedero consorcio de aspiraciones incompatibles.

»A raíz del desastre tuvimos un momento de recogimiento y de meditación; todos estábamos dispuestos al sacrificio y á la enmienda; si entonces se hubiera votado el ostracismo para

cuantos, directa ó indirectamente, por acción ó por omisión, habían tenido parte en la culpa, todos se hubieran resignado. Los merodeadores y los vampiros de la política se agazaparon en sus escondrijos; la prensa, si no entonó el *mea culpa*, supo defenderse con cierta discreción, y Villaverde pudo exigir el sacrificio que impuso á los rentistas y á los contribuyentes sin que nadie se atreviera á murmurar; si en lugar del 20 hubiera impuesto el 25 ó el 30, hubiera sido lo mismo. Fueron aquellos dos ó tres años en los que se pudo creer en la seria reorganización del país. ¡Bendito desastre si tal bien hubiera producido!

»Pero pasada la primera impresión, y engañados por el innegable renacimiento económico é industrial de España á que estamos asistiendo, los vampiros volvieron á sacar la cabeza, asomándose á sus cavernas y fulgurando en sus ojos la esperanza. Y poco á poco van sacando todo el cuerpo, y se atreven ya á salir y á pasearse por la calle, viendo que sus antiguos conocidos les saludan y sonríen, no desdeñándose de estrechar su mano. Y con cautela primero, y con todo descaro después, van ocupando de nuevo las antecámaras y los despachos, y hasta los retretes, ofreciendo sus servicios de palabra ó de pluma y haciéndose valer con sus adulaciones, con sus travesuras, con su audacia y á veces con su talento, para hacerse los familiares, los indispensables, los obligados para la gobernación del país. Hoy son, afortunadamente, pocos todavía; pero el ejemplo cunde, y si el daño no se ataja muy pronto, no tardaremos en volver á las andadas. Sólo que si entonces perdimos las Antillas y las Filipinas, ¿qué vamos á perder ahora? Tengo miedo, mucho miedo.

»Aquí parece que no tenemos memoria, y en este olvido aparente fundan muchos sus esperanzas; y no dejan de tener razón, pues hay designaciones y nombramientos que sólo por inconcebibles olvidos pueden explicarse; pero si hay muchos que olvidan, también hay muchos que recuerdan. No; la nación no olvida ni perdona, aunque otra cosa parezca, ni la

historia de quienes fueron hambrientos y volvieron ahitos, ni las historias de quienes fueron robustos y volvieron anémicos. Aquí lo recordamos todo y tomamos nota de todo, desde los políticos que se encaraman en el Consejo de Administración de una gran Compañía que paga regiamente sus servicios, y desde allí saltan á la poltrona de un Ministerio para volver á caer en el Consejo de Administración, hasta los que, llenos de deudas y de trampas, no sólo han sabido salir de ellas por arte de magia, sino que encima se han hecho millonarios. Aquí lo sabemos todo, y no olvidamos nada, créanlo ustedes, y de ese conocimiento nace el retraimiento de las clases neutras, y la aversión á los políticos, y la desconfianza hacia la prensa y el estado de postración moral á que hemos llegado.

»Los culpables, en primer término, son sus antecesores en la jefatura del Gobierno, y ustedes mismos, si siguen por el camino que ellos les trazaron, y en el que ustedes se han metido ya. Por lo mismo que les quiero mucho, tengo el derecho y el deber de hablar así. ¿Qué Ministros ponen ustedes al frente de los destinos de la nación? ¿Qué Consejeros ponen ustedes al lado del Rey? ¿Es que en esa baraja de ministrables que cada uno de ustedes tiene no hay personas más competentes, más dignas de figurar en esos puestos? ¡No las ha de haber! ¿Por qué, pues, elegir á los que ustedes eligen? ¿Por qué ese loco y suicida empeño de enviar á cada departamento á quien menos entiende de aquella especialidad ó á quien menos sirve para ella, aunque parezca que la entiende? ¿No es eso matar todo noble estímulo y segar en flor toda legítima esperanza? ¿No es eso alentar toda aspiración ilegítima y dar escandoloso ejemplo de desprecio á toda conveniencia pública?

»Cuando yo era estudiante, y dirigía periódicos en Salamanca, tenía que visitar y tratar con tal motivo á las autoridades, y recuerdo la impresión que me hicieron los gobernadores civiles, la primera autoridad de la provincia. ¡Qué gobernadores, santo cielo! ¡Qué calamidades! Ignorantes unos hasta lo inverosímil, fatuos otros hasta lo bufo, despreocupados al-

gunos hasta lo criminal, explotadores casi todos del juego y de la prostitución como cosa corriente y lícita, yo me maravillaba, en mi casi infantil inocencia, de que tales hombres pudieran ser los elegidos por los Gobiernos para representarlos. ¡Qué ejemplo para almas poco bien acorazadas contra las malas tentaciones! Hoy, después de tratar en este tráfago de la vida madrileña á muchos ministros, empalmo aquel asombro con este asombro, y declaro que no es menor el que siento hoy que el que sentí en tan lejanos tiempos. ¡Qué ministros, Dios santo! ¿De dónde sacan ustedes esa colección? Con esos ministros á la cabeza y con la generación de amadamados luises y de republicanos embolados que viene tras de nosotros á la vida pública, sin fe y sin ideales, neuróticos y neurasténicos, ¿cuáles van á ser los destinos de este desgraciado país?

»¡Y se lamentan ustedes del retraimiento de las clases neutras! ¡Y discurren ustedes leyes y más leyes para poner fin á ese retraimiento, implantando el sufragio universal, y el Jurado, y hasta el voto obligatorio! ¡Y no ven ustedes que el mal que padecemos no es mal que se cure con leyes ni discursos, sino con aciertos en la elección de las personas, garantía de aciertos en las obras! Todo el empeño que ustedes ponen en sacar á flote una ley, pónganlo ustedes en elegir bien el personal director; que si en esta elección aciertan ustedes, el problema que haya de resolverse puede darse por resuelto.

»Estamos viviendo en plena farsa y en pleno engaño. Se supone que España es una nación de régimen representativo constitucional, y todos estamos hartos de saber, por los propios cosecheros, que su vino no es vino; que lo que se llama representación nacional, no es tal representación ni lo ha sido casi nunca. Se habla de partidos políticos, y todos estamos hartos de saber que aquí no hay partidos políticos, pues el credo conservador y el credo liberal se confunden y se anastomosan. Se dice que España es una nación católica, y todo su catolicismo se reduce al teatral golpe de pecho de una confesión masculladа entre dientes y nunca digerida. Se dice que

es una nación dinástica, y todavía siguen siendo nuestra pesadilla el fantasma del carlismo y las masas cantonales. ¡Ahí está el monumento proyectado en honor de Don Alfonso XII! Esta nación monárquica no tiene dinero para terminarlo. ¡Ahí está la catedral de la Almudena! Esta nación católica no tiene recursos para dar impulso á las obras. Pero tiene dinero para levantar estatuas á Cánovas y á Sagasta, á Martínez Campos y á Cassola; y tiene dinero para llevar millones al Padre Santo y para inundar de conventos á Madrid.

»¡Ah! Pero es que Cánovas y Sagasta, como hombres civiles, y Martínez Campos y Cassola, como militares, tenían sus devotos; el monarquismo es la plataforma, y el canovismo y el cassolismo son la realidad. Es que los obispos necesitan estar á bien con el San Pedro de abajo, aunque el de arriba no les abra las puertas del cielo; es que las congregaciones *soi-disant* religiosas necesitan extender la red de sus fundaciones por todo el campo cultivable para explotarlo bien; la religión es la plataforma y el clericalismo es la realidad, con su lucha por la existencia, por el medro y por la dominación. Por eso los conventos y colegios surgen como por encanto, mientras la Almudena no ha podido todavía salir de la cripta. Por eso, mientras los beneméritos y simpáticos curas de aldea vegetan en medio de miserias cada vez mayores, los frailes se alzan con el santo y la limosna, imponiéndose en todas partes, acaparándolo todo, enseñanza, industrias, fortunas y conciencias.

»El mal tiene sus raíces en el régimen parlamentario, asentado en España en este sofisma de tremenda trascendencia: «el que mejor habla es el más digno de gobernar». Eso es un solemnísimo disparate, que nos ha llevado á disparatar en todo lo demás. Se puede hablar muy bien y ser un bribón, ó un inepto, ó ambas cosas á la vez, y ni los ineptos ni los bribones son materia digna para gobernar. Aquí al que habla bien, sobre todo si su oratoria va acompañada de audacia, se le abre paso para todo: se le lleva al Parlamento, y del Parlamento á todas partes: á los Ministerios, á las Academias, á los

Consejos de Administración, á dondequiera que le convenga ir. Eso es sencillamente estúpido. El que habla bien es un artista de la palabra, y nada más. Si sobre hablar bien, se conduce bien, es un buen ciudadano; y si administra bien, es un buen administrador. ¿A qué confundir unos términos con otros? Zorrilla hacía versos hermosísimos. ¿Vamos por eso á nombrarle ministro de la Corona?

»Lo que hay es que el que habla bien en el Parlamento, hace admirar su palabra y arranca espontáneo y sincero aplauso de su auditorio; pero como ese auditorio es el alma legal de la nación, su aplauso al artista, merecido como tal, se trueca en aplauso al político, y de esta confusión lamentable nace toda la serie de errores de que somos víctimas. Tolstoi ha tratado de esta *mentira* producida por la sugestión oratoria, abominando de ella, y hay que convenir en que tiene razón. Yo no he necesitado leer á Tolstoi, pues he tenido siempre tan instintiva prevención contra esa sugestión, que jamás he querido ponerme á su alcance, y Castelar se ha muerto sin que yo le oyera, y ustedes mismos han pronunciado á docenas estupendas oraciones parlamentarias, sin que yo haya figurado ni por curiosidad en su palpitante auditorio. Eso sí, leo todo lo que ustedes dicen en las Cortes, y no me conformo con el extracto de los periódicos, siempre desfigurado y parcial, sino que lo leo en el *Diario de Sesiones*, con todo sosiego y á mi gusto, en el tranquilo silencio de mi despacho, admirando el arte y el talento que ustedes han desplegado, pero sin dejarme seducir por lo que Maura ha llamado, en una de esas felicísimas frases que fluyen de su boca como del champagne la espuma, «hojarasca acústica» y «fuego de virutas». ¡Cuántas almas se queman en ese fuego! ¡Cuántos espíritus quedan deslumbrados con sus fugaces, pero intensos resplandores! ¡Ah! ¡Si todos hicieran lo que yo!...

»Convengamos (y ustedes pueden reconocerlo mejor que nadie, por lo mismo que son ustedes los dioses mayores de nuestro glorioso Olimpo parlamentario) en que la oratoria *no*

debe ser camino para gobernar, sino para ganar fama de orador, y *buen orador* no es sinónimo de *buen gobernante*, sin perjuicio, claro es, de que haya casos en que coincidan las dotes de buen gobernante con las de buen orador. Y convenido esto, que es de sentido común, convengamos también en que todo el tinglado en que se asienta la actual máquina de gobernar, por su falta de fundamento racional, debe venir abajo, y en que la revolución que hay que hacer, esa revolución desde arriba de que tanto se ha hablado, debe consistir en eso, en el derribo de ese tinglado, pues si no consiste en eso será un fuego de virutas más. Para ello es necesario que prediquen ustedes con el ejemplo, buscando ministros con vistas al país y no con vistas al Parlamento, y haciendo una selección del personal que permita llevar á la representación nacional gente sana y competente, y no la colección de reputaciones averiadas, de merodeadores de la política, de saltimbanquis aduladores, de niños góticos, de viejos chochos, de inválidos de todas clases por el cuerpo ó por el alma, que suelen figurar entre los padres de la patria. La selección que ustedes hicieran arriba implicaría otras selecciones abajo, y todo marcharía perfectamente, y ustedes serían los primeros en salir ganando, no sólo en gloria y en bendiciones por su acertada gestión, sino en tranquilidad y satisfacciones, pues en lugar de estar rodeados de amigos interesados ó envidiosos, siempre prontos al estrujón ó á la zancadilla, ó de enemigos encubiertos y traicioneros, lo estarían de amigos leales y desinteresados.

»Es verdad que el mal que lamentamos no es privativo de España, pues la política, como dice Larousse, «es el desaguadero de una multitud de inútiles». Pero en otras naciones reviste otros caracteres, y en todo caso, el mal no deja de ser mal porque se halle difundido, y no tenemos en este punto que preocuparnos de lo que en otras naciones pueda suceder; lo que nos duele es lo que ocurre en España; de eso nos quejamos y eso es lo que debemos remediar. Cada cual arregle su casa.

»¿Cómo extrañarse del alejamiento de las clases neutras, de la indiferencia y del desdén del país por todo lo que sea ejercicio de las funciones políticas? Yo, por ejemplo, creo que estoy en condiciones de ser útil á mi patria en los escaños del Congreso, y llevado de mi espíritu generoso y altruista, me decido á sacrificar mi tranquilidad para poner mi voluntad y mi inteligencia al servicio de un partido político. Pero, ¿á costa de qué voy á salir yo de mi retraimiento para convertirme en representante del país? A costa de renegar de mi carácter independiente, teniendo por de pronto que aguantar que me pongan, ó poniéndome yo para hacerme menos daño, la divisa de una de las ganaderías de la contrata; y después de pasar por esta primera castración, he de renegar otra vez de mi carácter, convirtiéndome en adulador servil de los de arriba ó de los de abajo, lisonjeando sus pasiones y sus vicios, prometiendo lo que sé que no puedo cumplir, y envolviéndome así en una red de mentiras y de compromisos, de servilismo y de venalidad, que me oprime y me ahoga, que me envilece y me degrada. ¡No y mil veces no! Dos veces me han puesto los sucesos en el caso de presentar mi candidatura á la Diputación, lleno de ilusiones y entusiasmo, y dos veces he retrocedido ante aquel avispero metido en una cloaca. ¡No, no y no! Sacrificaré mis intereses, sacrificaré mi salud y mi vida por la patria; pero no tengo valor para sacrificar mi honor ni mi dignidad. Y como la experiencia me enseña que sólo adulando al pueblo ó al poderoso, ó atropellando y violentando la voluntad del elector, ó comprando su voto, puedo ser diputado, prefiero quedarme en mi casa, porque yo quiero servir al partido y á la nación, pero no quiero adular ni á la nación ni al partido, ni quiero atropellar ni violentar á nadie, ni quiero ser representante de mi dinero, sino de mis electores. Y así hablan y obran las clases neutras.

»¿Quién tiene la culpa de esto? Ustedes y sólo ustedes, los antiguos y los modernos jefes de partido, los pontífices máximos de nuestra política. Se comprende que cuando se trate de

un gran estadista, de una figura histórica, de un pensador cuyo consejo se tenga en gran estima, de alguien en quien encarne un ideal económico, social ó político, se esfuercen algo las cosas y se le busque un distrito y se le regale un acta; pero que se haga eso por un zascandil de metesillas y sacaplatos, por un periodista de cuarta fila, por el novio de la sobrina ó el hijo del administrador, y por otros tipos mucho peores todavía, eso es irritante é inaguantable.

»Ni á ellos se les ha perdido nada en los distritos que se les asignan, ni ustedes tienen ningún derecho á imponer á los pueblos ó á los amigos tales candidatos, ni á pagar de ese modo los servicios que hayan podido prestarles en sus negocios públicos ó privados, en la Prensa ó en otras partes; arrásquense ustedes su bolsillo, y paguen de su peculio á tales servidores, pero no endosen ustedes esa letra al país, porque el país tiene derecho á protestarla, y si no la protesta con sus votos, la protesta con su retraimiento, que es mucho peor, porque esa inercia á que se le condena es el certificado de su incapacidad y de su muerte civil.

»Todos sabemos que Castelar no tenía distrito propio, como no tenía Moret; cosa que les honra mucho, porque revela que han descuidado la política de campanario, absolutamente incompatible, por lo absorbente, con la alta política; todos sabemos que si á Sagasta y á Silvela les hubieran querido quitar sus distritos de Logroño y de Avila, se los hubieran quitado con facilidad; circunstancia que hay que apuntar en su *haber*, para que en su día les sirva de descargo en su enorme *debe*. Que á Castelar y á Moret les regalaron los amigos, con la aquiescencia de los Gobiernos, éste ó el otro distrito, y que á Sagasta y á Silvela les reservaran los que venían representando, es tolerable, aunque no plausible. Pero ¡por Dios, señores! ¿Y aquellas hornadas de diputados y senadores de Ultramar, causa principalísima de la pérdida de las colonias? ¿Y aquella colección de oscuros cuneros de los tiempos de Romero Robledo y de D. Venancio González? ¿Podía estimarse como

una honra el ser compañero de A, sentarse al lado de B y figurar en las votaciones después de C? Es verdad que nos enmendamos algo en las elecciones de Silvela-Maura; pero luego hemos vuelto á las andadas, y veo otra vez á las sabandijas y á los vampiros sacar la cabeza por un lado, y veo en son de protesta aparecer por otro al monstruo de la Solidaridad, con sus primeros términos ridículos de extraños concubinatos y grotescos *trusts* manufacturero-electorales y con sus oscuras lejanías de sangrientas hecatombes; porque todo eso, no lo duden ustedes, ha de resolverse en conflictos de guerras civiles, encendidas por estas imprevisiones, y me da miedo, señores, me da miedo, de que así se juegue con los destinos de la patria.

»No voy á incurrir en la vulgaridad de abominar de la política, como hicieron, no sé si buscando el fácil aplauso de la masa ignara ó por el inconsciente impulso de alguna mal amueblada inteligencia, los que siguieron la bandera de Paraíso y Alba, cuando la política es sencillamente la vida misma social de las naciones, de la que no se puede prescindir so pena de suicidio colectivo; ni menos á maldecir de los políticos, cuando el político es el sacerdote de la gobernación, todo abnegación y sacrificio, altruismo y desinterés. De lo que abomino es de la mala política que aquí se cultiva con preferencia, protegida por quienes menos debieran alentarla; política de campanario y de mangoneo, mezquina y torpe, de verborrea y de zancadillas, sin orientaciones, sin ideales, sin *esprit de suite,* estéril y desorganizadora; de lo que abomino es de esos políticos de pacotilla y de chismorreo, ayunos de sentido moral, ahitos de audacia sin ser Dantones, frescos hasta el cinismo sin ser Diógenes, y sólo fuertes en el cabildeo y la murmuración, en cábalas y combinaciones, con algo de musulmanes en el alma y mucho de apaches en la conciencia, atentos tan sólo á su provecho y dándoseles un ardite del qué dirán, pensando en que con una cuchufleta que haga gracia, con un «¡Adiós, Catón! ¡Adiós, Salomón! ¡Adiós, Cid Campeador!», están fuera del paso, perdonados y limpios. Ni voy á

incurrir tampoco en la otra vulgaridad de creer que los más criticables de los políticos son los que cobran, los que alcanzan algún alto cargo del Estado, cuando esos son en general (sobre todo desde que perdimos las colonias) los más inocentes; y si buenos, aunque pocos miles cobran, buenos sudores y fatigas les cuestan; esos son los que sirven de blanco á las injurias y á los bofetones; pero, mucho más que ellos, merecen esos bofetones otros políticos que, sin firmar nómina ninguna, producen desangres mucho mayores, manteniendo la ocultación de la rigueza, ó distrayendo de su acertado empleo los ingresos del Erario, ó sirviéndose del trampolín de la política para encaramarse en los consejos de administración de las grandes compañías, poniendo su toga de legisladores á los pies de los plutócratas que compran sus servicios, cuando no sus conciencias, ó bien haciendo de destripa-negocios cuando, al olor de una acertada iniciativa, se empeñan en explotar su condición de legisladores y fiscalizadores inmunes, y hacen con sus exigencias un negocio malo de lo que, sin su malhadada intervención, hubiera sido una excelente y patriótica empresa.

»Y en vena ya de hacer protestas, no se vaya á creer tampoco que yo sea un pesimista. Los pesimistas no se lanzan á la lucha: creyendo inútil todo esfuerzo, se encierran en su egoísmo, en su ignorancia y en su cobardía. Yo tengo fe en los destinos de mi patria; yo creo en la bondad de la masa de esta desdichada nación; yo creo que en el pueblo bajo (el del Dos de Mayo), en las clases altas (las de la condesa de Bureta), en la milicia (la de Daoíz, Velarde y Ruiz), en las clases todas del Estado, domina la gente sana, la gente buena, la gente útil. Lo que hay es que los llamados á gobernar no saben buscar esa gente, que no les busca á ellos; por eso he dicho en una de mis poesías, y lo repito aquí:

«Por los Gobiernos de España
no se juzgue al español;
que aunque es nuestro sol su sol,
su alma á la nuestra es extraña.»

»Puesto que vivimos en un régimen legal de representación, y puesto que la realidad nos enseña, por encima de todas las teorías, que el representado es un menor de edad necesitado de tutela é incapaz de elegir conscientemente lo que le conviene, y que el Gobierno, sea el que quiera, ejerce de hecho la tutoría, es en definitiva el verdadero elector (porque si no lo fuera, aquí no habría más diputados que los republicanos, los carlistas y los socialistas, dado el retraimiento á que ustedes empujan con su conducta á las clases neutras), no nos engañemos con vanas palabras; acepten ustedes plenamente la responsabilidad que los hechos arrojan, por encima de las leyes, sobre sus hombros, y elijan ustedes, y seleccionen ustedes, pero elijan y seleccionen bien. No vacilen ustedes en restar tiempo al estudio de los problemas políticos, y aun al de los económicos y sociales, para consagrarlo al estudio detenido, minucioso, de las personas que han de ser sus colaboradores en las Cámaras, en los Consejos de la Corona, en los altos cargos de la Administración activa y de los Cuerpos Consultivos. Piensen ustedes en que ahí está, en la mala elección, la raíz del mal, y en el acierto de elegir, la solución de todos los problemas. El régimen (y no hablo de régimen en el sentido peyorativo salmeroniano, pues estoy seguro de que bajo un régimen republicano, por lo mismo que andarían más desatadas las pasiones y más sueltos los apetitos, estaríamos mucho peor) les obliga á ustedes á elegir ministros entre los representantes del país, y claro es que para poder elegir buenos ministros, tienen ustedes que contar con diputados y senadores sanos y competentes. ¡Fuera, pues, todos los elementos podridos de la política, que luego son el embarazo principal para la buena marcha de ustedes mismos! ¡Fuera los vividores, los frescos, los gorrones de las grandes empresas, los pringados con la grasa sucia de las subvenciones, los manchados con la nota de especuladores de la desgracia nacional, los aduladores, los indocumentados, los analfabetos, los sietemesinos, los que se pasan de listos y los que no pasan de tontos! Ustedes me entien-

den y ustedes los conocen, pues no se trata de personajes de fantasía, sino de seres de carne y hueso, cuyos nombres propios pueden ponerse en más ó menos larga lista al lado de cada uno de esos grupos de apelaciones. ¡Fuera todos ellos, aunque sean muy listos, y aunque sean muy guapos, y aunque hablen como nos imaginamos que deben hablar los propios ángeles! ¡No tengan ustedes compasión de ninguno! No se dejen ablandar por súplicas ni por promesas, ni siquiera por las lágrimas de los bellos ojos de las esposas ó hijas más ó menos cariñosas é inocentes de los aspirantes; hay que estar prevenidos, porque esos reptiles echan mano de todo, y si necesitan tirar su honor por la ventana, no vacilan en tirarlo. Se han dado casos, si no en tiempos de ustedes, en otros muy cercanos, y podrían repetirse; los síntomas son de que se repetirán.»

HISTORIA

Napoleón y Talma.—Conocido es el carácter enciclopédico del vasto genio de Napoleón: lo mismo trazaba un plan de campaña que dictaba un Código, discutiendo con Portalis, ó un Concordato, discutiendo con el Papa, ó un tratado de paz, dando instrucciones á Talleyrand. Nada escapaba á su penetración, y toda su época lleva impreso el sello de su genio: los trajes, los muebles, la literatura y las Bellas Artes.

El teatro mismo, no sólo en las concepciones dramáticas, sino en los detalles todos de la *mise en scène* y de la ejecución, debe á Napoleón no poco de su evolución y de sus progresos. Mounet-Sully, en los artículos que dedica á «Talma y el Teatro durante el Imperio», en la *Revue Hebdomadaire*, de París, nos muestra, con referencia á sus contemporáneos, Talma mismo, el influjo que Napoleón ejerció en su espíritu y en su arte de actor, contribuyendo á hacer de Talma un artista inimitable.

Talma estaba destinado, como él mismo cuenta, á «una de las partes del arte de curar», eufemismo delicado para decir

que iba á ser dentista, como su padre. Sólo á la edad de quince años, cuando volvió á París para terminar sus estudios, es cuando, por la frecuentación del Teatro Francés, sus obras maestras y sus célebres actores le inspiraron el gusto de la escena. Versado en las literaturas francesa é inglesa, su constitución física, aunque bastante débil, era la más adecuada para la expresión de las grandes pasiones: una gran movilidad en las facciones, imaginación activa y melancólica, extrema sensibilidad de nervios, «penosa para él en otros sentidos», debían darle esa facilidad de exaltación, tan necesaria para posesionarse de su papel é identificarse con el personaje representado. Aquella movilidad de nervios, dice Talma, «era tal en mí, que á la edad de diez años, me acuerdo siempre de ello con placer, estando en el colegio, se hizo representar á los niños una tragedia en la que yo tenía que referir los últimos momentos de un amigo condenado á muerte por su padre. De tal modo estaba yo penetrado de la situación, que mis lágrimas corrían en abundancia haciendo aquel relato; una hora después de terminado el espectáculo seguía llorando todavía, y no costó poco trabajo lograrme consolar. Desde entonces se pudo juzgar de mi vocación».

Terminados sus estudios, volvió á pasar en Londres algunos meses con su padre. Por entretenerse con varios amigos, representaron algunas pequeñas comedias, siendo tal su éxito, que lord Harcourt y otros señores fueron á casa de su padre para invitarle á que dejara á Talma consagrarse al teatro inglés; hablaba el inglés bastante bien para haber podido aceptar; pero las circunstancias le obligaron á regresar á París, donde no tardó en ser admitido, en 1876, en la Escuela Real de Declamación, que acababa de fundarse. Desde entonces se consagró por completo al teatro, cultivando la relación de autores y actores célebres, pintores, escultores y anticuarios, y dándose una segunda educación, la de artista. Estudió la Historia, «más por los caracteres de los grandes personajes que por los acontecimientos». Hojeó y estudió los libros de antigüedades; se fa-

miliarizó con los movimientos impresos á las estatuas por el artista; trató de adivinar el corte de los vestidos, estudió escrupulosamente el arreglo de los paños y logró reformar enteramente los trajes de teatro.

«He conocido á Napoleón simple oficial, general, cónsul y emperador. En todos los grados de su elevación he sido honrado por su benevolencia particular, y frecuentemente he vivido cerca de su persona. Le he seguido dos veces á Alemania, en el famoso congreso de los Reyes, en Erfurt y en Dresde; he vivido con toda su corte; sus conversaciones, sus observaciones ingeniosas sobre los hombres, y particularmente sobre algunos de los que figuran ordinariamente en la Historia y están representados en nuestras tragedias, me han sido sumamente útiles. Él mismo ha sido á veces mi modelo: le he observado en circunstancias muy importantes, y hasta sus miradas, su fisonomía, sus acentos, todo me ha servido de lección.»

El estudio de Alfredo Copin, *Talma y el Imperio,* contiene interesantes detalles sobre las conversaciones de Talma con Napoleón. A las nueve y media, dice Bausset, se servía el almuerzo sobre un veladorcito de caoba, cubierto por una servilleta; frecuentemente no duraba aquel almuerzo más que un minuto; pero otras veces se prolongaba, y era en los días en que recibía algunos hombres ilustres, sabios, literatos y artistas, Talma entre ellos; en aquellos momentos de abandono era cuando Napoleón, dotado de espíritu y tacto extraordinarios, asombraba y encantaba á sus oyentes.

Talma no interrumpió sus visitas sino una sola vez, cuando Napoleón fué proclamado emperador. Creyó que debía renunciar á ellas, aunque le dolía mucho, y no pareció por las Tullerías. Pero el emperador notó su ausencia, y preguntó á Regnault:—Pero, ¿es que Talma está enfadado conmigo?— En cuanto Talma lo supo, acudió al palacio imperial; se había puesto casaca á la francesa y ceñía espada; Napoleón mostró su satisfacción al verle, y desde entonces todas las semanas iba, una vez por lo menos, á las Tullerías. «Elegí la hora del al-

muerzo, y así oí las últimas instrucciones que dió, delante de mí, al gran duque de Berg al partir para España; fué una buena lección más, y allí aprendí en qué tono y con qué discursos decide un emperador del destino de los imperios.»

Durante aquellos almuerzos, ó después, era cuando se establecían aquellas conversaciones á que Napoleón parecía prestar tanto interés. Una de ellas se verificó en Saint-Cloud, una mañana en que las autoridades habían acudido para cumplimentar á Napoleón por su exaltación al imperio. Hacía más de una hora que estaba hablando con Talma sobre el arte de la tragedia, y á cada momento venían á anunciarle la llegada de nuevas diputaciones. Talma, temiendo ser importuno, mostraba deseos de retirarse.—No, no, quedaos—dijo el emperador;—que esperen en la sala del trono; continuemos.

«Como los pensamientos del emperador se acumulaban en su cabeza, decía Talma á Ardibert, sus frases eran cortas; acentuaba con fuerza, para que no se perdiese ni una sola palabra, no habiendo ninguna inútil; eso es lo que he observado en su modo de decir, y no esa afectación que le han achacado de picar sus discursos para singularizarse.» Conocidas son las observaciones de Napoleón á Talma en el papel de Nerón: «Quisiera, decía, reconocer más en vuestro juego el combate de una mala naturaleza con una buena educación; desearía también que hiciéseis menos gestos; esas naturalezas no se explayan así, son más concentradas; yo no puedo menos de alabar, por otra parte, las formas sencillas y naturales que habéis impreso á la tragedia. Cuando las personas constituídas en dignidad, ya deban su elevación al nacimiento, ya al talento, están agitadas por la pasión ó entregadas á pensamientos graves, hablan sin duda más alto; pero el lenguaje no debe ser ni menos verdadero ni menos natural; en este momento, por ejemplo, hablamos como se habla en la conversación; pues bien, hacemos historia.»

No son menos interesantes los consejos de Napoleón sobre el papel de César en la muerte de Pompeyo: «Os fatigáis de-

masiado los brazos, le decía; los jefes de imperio son menos pródigos de movimientos; saben que un gesto es una orden, que una mirada es la muerte; por eso ahorran gestos y miradas. Hay también un verso, cuya intención no comprendéis; lo decís con demasiada franqueza: «Por mí, que tengo el trono por igual á la infamia»; cuando César dice eso, no dice lo que piensa; no hagáis hablar á César como á Bruto; cuando uno dice que tiene horror á los reyes, hay que creerle, pero no al otro; marcad la diferencia.» Talma lo hizo, y cuando Napoleón volvió á ver la obra en Fontainebleau, declaró que entonces había visto por primera vez á César.

Tissot cuenta que Napoleón dijo en cierta ocasión á Talma: «Talma, venís con frecuencia á mi casa por la mañana; hay princesas á quienes han arrebatado sus amantes; príncipes que han perdido sus Estados; antiguos reyes á quienes la guerra ha despojado del rango supremo; grandes generales que esperan ó que piden coronas; hay en torno mío ambiciones defraudadas, rivalidades ardientes, catástrofes, dolores ocultos en el fondo de los corazones, afectos que estallan al exterior. He ahí ciertamente la tragedia; mi palacio está lleno de ella, y yo mismo soy, seguramente, el más trágico de los personajes del tiempo. Pues bien, ¿nos veis con los brazos al aire estudiar nuestros gestos, tomar actitudes, afectar aires de grandeza? ¿Nos oís lanzar gritos? No, sin duda. Hablamos naturalmente, como habla cada cual cuando está inspirado por un interés ó una pasión. Así hacían antes de mí los personajes que han ocupado la escena del mundo y representado también tragedias en sus tronos. He ahí ejemplos que meditar.»

IMPRESIONES Y NOTAS

El proceso del divorcio en Francia.—Dice el proverbio que «las cosas caen del lado á que se inclinan», y puede añadirse que cuando se empieza á recorrer una pendiente es di-

fícil contenerse para no llegar al fin. La ley del divorcio está terminando en Francia su evolución, y si hasta ahora se había respetado algo de la indisolubilidad del lazo conyugal, en lo sucesivo nada quedará de ese lazo. La separación de cuerpos establecida por la ley anterior podrá convertirse, por la sola voluntad de cualquiera de los esposos, al cabo de tres años, en divorcio y en disolución definitiva del matrimonio. De modo que, por conformidad de los cónyuges (menos mal cuando es así) ó por capricho, testarudez, rencor ó deseo de venganza de cualquiera de ellos, puede establecerse la ruptura absoluta y definitiva del lazo conyugal, quedando los esposos como seres completamente extraños uno á otro.

Para dar este nuevo paso en el camino de la disolución del vínculo, parece que ha debido haber poderosas razones de principio, y sobre todo, argumentos aplastantes, sacados de la experiencia y de los hechos, pues de otro modo resulta incomprensible el acuerdo del poder legislativo. Nada de eso: según Bigenwald, las promesas y las predicciones de Naquet, el apóstol del divorcio, no sólo no se han cumplido, sino que están desmentidas por los hechos.

Según Naquet y sus partidarios, el divorcio debía producir el efecto saludable, por el temor á sus consecuencias de disminuir el número de separaciones. Lejos de ser así, el número de separaciones se ha cuadruplicado, y el aumento sigue siendo cada vez mayor.

Otro efecto de la ley del divorcio debía ser el de repoblar la nación: en 1883 había 937.944 nacimientos, y en 1906 sólo se han registrado 806.847. Claro es que no de toda la disminución tiene la culpa el divorcio; pero el hecho es que el pronosticado aumento se ha convertido en amenazadora disminución.

Otra consecuencia debía ser la de moralizar el país; en lugar de esa mejora, los delitos contra las buenas costumbres se multiplican, y son cada año mayores en número y de peor calidad.

Debía también librar á los esposos del infierno verdadero

de una unión insoportable; pero de las investigaciones hechas, resulta que si algunos parecen aprovecharse de su libertad con frenesí de corta duración, muchos otros se entregan á la desesperación.

A los hijos mismos se les prometía con el divorcio mejor situación; lejos de eso, la alarma cunde por la compasión que inspiran los desdichados sin familia, y por el crecimiento de los hijos ilegítimos, que llega á ser el doble en los 42 departamentos en que se halla desarrollado el divorcio (18.009) que en los 45 en que el matrimonio es más respetado (95.015).

La demostración del fracaso no puede ser más concluyente. Pero... «las cosas caen del lado á que se inclinan».

*
* *

Las presentaciones para el baile.—¿Es necesario que un hombre se haga presentar en el baile á las personas con quienes quiere bailar? He ahí la trascendental cuestión que ha planteado *Vie Heureuse*—¡dichosa vida, en efecto, la que en medio de los hondísimos problemas que la humanidad tiene que resolver, se preocupa de tan fútiles asuntos!—á consecuencia del último Congreso de maestros de baile—¿no sabían ustedes que también los maestros de baile congresean?—celebrado en Berlín.

La presentación no es costumbre antigua: es uso inglés, trasplantado como tantos otros al continente, pero que de tal modo se ha difundido y tantas raíces ha echado, que difícil será llegarlo á desterrar, mucho más con la complejidad de la vida moderna. Realmente, los invitados á un baile deben ser personas de cuya honorabilidad responde el dueño de la casa; el que acude á una invitación, se debe suponer que es conocido de quien le invita y que debe conocer al invitante; todos los que allí se congregan tienen como garantía de su buena educación al dueño de la casa; exigir además que medie la presentación personal, revela una desconfianza poco halagüeña para quienes garantizan la buena compañía. Pero como la experiencia en-

seña que muchas veces quien lanza las invitaciones no siempre conoce personalmente á los invitados, y que no todos los invitados lo son realmente, no es extraño que se exija la presentación especial, que constituye así una garantía personalísima por la intervención del presentador.

La señora Julieta Adam, consultada, dice que «no hay ama de casa que dé un baile que no se vea obligada á ser cada vez menos severa para la elección de bailadores, pues cada vez es más rara la especie de los hombres amables; ser un buen bailador facilita muchísimo la presentación á un ama de casa que no criba sus amables bailarines como criba sus amigos serios. En otro tiempo las mamás hacían tapicería detrás de sus hijas, observaban, eran consultadas, y sabían, con una señal convenida, hacer despedir á un danzante; pero hoy, las jóvenes se van del brazo de un bailarín á charlar á un rincón. ¿No es necesario que siquiera sepan quién es aquel bailarín?»

La señora de Alfonso Daudet opina lo mismo, añadiendo: «Verdaderamente, estas cuestiones de protocolo mundano son difíciles de resolver, pues el pro y el contra se presentan con iguales motivos honrosos y valederos. Sin embargo, reflexionándolo bien, me parece que las presentaciones sólo debían ser necesarias en los bailes muy numerosos, en esos *valli-bostons* y demás reuniones impersonales que son tan de moda actualmente. En cuanto á las reuniones íntimas, limitadas á un círculo en que se supone que todos los invitados se conocen, si no entre sí, por lo menos por la autoridad del dueño de la casa, el uso debe ser menos exigente, reducido á los extranjeros y á los nuevos, únicamente.»

La señora María Ana de Bovet es todavía más explícita: «En principio, apenas podría admitirse que una mujer se lance en el torbellino del baile con un desconocido. Me parece absurdo creer que negarse á la presentación constituya una duda sobre la buena educación del presentado. Según el código de la buena sociedad, esta formalidad tiene por objeto romper el hielo entre personas que se encuentran por vez primera. Es el

schiboleth de los salones. Y en verdad, no parece superfluo establecer un lazo, por tenue que sea, entre un hombre y una mujer que van á dar vueltas durante cinco minutos en brazos uno de otro. ¿Se cree que es un obstáculo para el baile someterse á este uso? No, si los dueños de la casa han tenido cuidado de prevenirlo. Por ellos y por las relaciones comunes, al cabo de muy poco tiempo todos los bailadores pueden ser presentados á todas las bailadoras, á menos de que el barullo sea tan grande que haga la presentación absolutamente imposible, como en los bailes de casino.»

La princesa Salitzine contesta por su parte: «Conservemos el uso de la presentación, puesto que la unanimidad de las señoras parece atenerse á él. Es un rito, y los ritos son sagrados. Es hasta un rito misterioso, pues jamás se oye el nombre de la persona presentada. Pero su simbolismo no carece de gracia. Hacerse presentar es decir á una joven: «Entre doscientas personas que hay aquí, con usted, señorita, es con quien yo desearía bailar, y para conseguirlo me he tomado la molestia de molestar á una persona.» La joven sonríe ante aquel cumplimiento mudo. No suprimamos esta galantería de un mundo que apenas es ya galante.»

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Monumentos arquitectónicos de España.

Con este título prestigioso publícase interesante obra que está con justicia llamando la atención del público entendido, y en la cual se da gallarda muestra de lo mucho que en España sabe hacerse. Fotograbados, cromos, fototipias, aguafuertes, heliografías figuran en sus ilustraciones; cuantos medios son hoy conocidos utilízanse, todos empleados con tal perfección, que desvanecen la leyenda de que aquí no se publican perfectas ediciones.

De la redacción se hallan encargados muy ilustres profesores que tienen su competencia bien acreditada y reconocida dentro y fuera de España, lo cual es, desde luego, inapreciable y segura garantía. Desde el maestro D. Ricardo Velázquez, cuyas lecciones del Ateneo, así como las de la Escuela de Arquitectura, no habrá olvidado nadie, y cuya acertada restauración de la mezquita de Córdoba, con otras muchas y distintas obras, tan alto han puesto su nombre, figuran como colaboradores el sabio fundador y presidente de la Sociedad Española de Excursiones, que tanto bien ha hecho, D. Enrique Serrano Fatigati, cuyas publicaciones y cuyos estudios son de tanta novedad y tanto interés; el peritísimo arquitecto D. Adolfo Fernández Casanova, restaurador de la insigne catedral de Sevilla y tan conocedor de nuestros monumentos; D. Juan Catalina y García, el sabio catedrático de Arqueología en la Universidad Central y director del Museo Arqueológico Nacional; D. Manuel González Simancas, el diligentísimo investigador; el Sr. Conde

de Cedillo, autor de tan notabilísimas publicaciones arqueológicas; D. Luis Domenech y D. José Puig y Cadalfach, que tan estudiada y conocida tienen la historia de la arquitectura en Cataluña en magníficas obras por ellos publicadas, y que no hay necesidad de citar, y cuyo voto de calidad es, respecto de ella, por tanto, decisivo; el ilustre D. José Gestoso y Pérez, arqueólogo sevillano, cuya *Sevilla monumental y artística* y cuyo valiosísimo *Diccionario de artistas sevillanos,* con otros muchos trabajos de su pluma, le dan autoridad indiscutible en estas materias; el joven y erudito arquitecto, profesor de la Escuela Superior, D. Vicente Lampérez y Romea, cuyas conferencias del Ateneo y cuyos trabajos y monografías justifican de sobra la reputación de que merecidamente goza; D. José Ramón Mélida, director del Museo de Reproducciones y tan docto en arqeología como lo demuestran sus libros y las lecciones, tan aplaudidas, por él dadas en el Ateneo; el afortunado arquitecto, restaurador de los monumentos abulenses y entendido director del *Resumen de Arquitectura,* D. Enrique María Repullés; D. Elías Tormo y Monzó, el sabio catedrático de la Universidad Central, excomisario general de Bellas Artes y Monumentos, de general renombre; el arquitecto D. Juan Bautista Lázaro, restaurador tan afamado de la incomparable catedral de León; D. José Villaamil y Castro, que es uno de los pocos maestros que nos quedan en estas materias, y cuyos libros y publicaciones tanta y tan clara y tan interesante luz han derramado sobre la historia monumental y artística de la región galaica especialmente; D. Manuel Pérez Villaamil, tan modesto como sabio, y que con su magnífico estudio de la catedral de Sigüenza y su celebrada monografía acerca de la Real Fábrica de Porcelana del Retiro ha consolidado su reputación envidiable; el joven profesor de la Escuela de Pintura, D. Rafael Domenech, que ha conseguido conquistar en estudios de esta naturaleza nombre eminente, como lo ha conquistado con sus trabajos arqueológicos y de investigación en Granada D. Manuel Gómez Moreno, para quien son familiares los monumentos

árabes de aquella región; y por último, D. Rodrigo Amador de los Ríos, heredero de un nombre esclarecido é ilustre que ha sabido mantener en sus libros y publicaciones del enciclopédico *Museo Español de Antigüedades* y de otras muchas partes, y que es, además, el único que sobrevive de los colaboradores de la antigua y regia obra que llevó el mismo título que la presente.

Nació aquélla hace ya más de medio siglo por iniciativa de la Escuela de Arquitectura, y fueron grandes, puede decirse que superiores, las dificultades con que tuvo que luchar, no por parte del Gobierno, qué apadrinó desde un principio el pensamiento, sino por falta de medios materiales para que respondiese en la debida forma la parte ilustrativa, á la que se concedió capital importancia, pues España no tenía entonces número de artistas suficientes y tales como los exigían las condiciones de la obra, ni las artes auxiliares habían logrado el desarrollo que ahora, habiendo necesidad de buscar en el extranjero aquello de que carecíamos, lo cual impuso grandes y frecuentes sacrificios y dió márgen á dilaciones sin cuento. Vencidos al fin todos los obstáculos, que no fueron escasos ni pequeños, el Gobierno, en 1856, nombraba una Comisión especial, encargando á ésta la publicación de la obra.

Compusieron ó formaron aquella Comisión primitiva personas de reconocida reputación, figurando en ella tres arquitectos, artistas eminentes, que lo eran y mucho, D. Aníbal Alvarez, D. Francisco Jareño y D. Jerónimo de la Gándara, los tres profesores muy acreditados de la Escuela de Arquitectura, y los arqueólogos D. Pedro de Madrazo, maestro incomparable en esto; D. José Amador de los Ríos, autor esclarecido de la *Sevilla* y la *Toledo Pintoresca,* y que como secretario que había sido de la Comisión central de Monumentos, tanto ayudó á salvar y salvó de la destrucción y de la ruina, y D. Manuel de Assas y Ereño, cuyas lecciones de arqueología y cuyo *Album Artístico de Toledo* le daban notoriedad y realce.

Procedía, en primer término, la Comisión, para organizar cumplidamente sus tareas y sus trabajos, á determinar el campo

en el que la obra á ella encomendada había de desarrollarse, con provecho para la historia monumental de España y no menos para la arqueología, ciencia ésta que á la sazón, desembarazándose de preocupaciones y de prejuicios, puede decirse comenzaba á dar sus primeros pasos; y luego de consignar como base que el propósito principal de los *Monumentos Arquitectónicos de España* no era otro sino el de «perpetuar en una publicación *gráfica y descriptiva*..... las venerandas reliquias del arte monumental» en la parte española de la Península Ibérica, comprendiendo «todas las edades, todos los estilos y todas las comarcas» de ella, y entrando para tal fin, y como necesidad ineludible, «en el campo de investigaciones», lo cual era mucho más y más importante, por cierto, que la descripción exacta y detallada de los monumentos; la Comisión pasaba á fijar, según su criterio, no sólo las divisiones fundamentales á que por el espíritu que la informa se subordina el Arte, sino «toda la amena variedad de los estilos», es decir, todas aquellas expresiones determinadas de especiales estados sociales y políticos, de que el Arte no podía prescindir ni prescinde, en su natural y solemne proceso histórico.

Era esta labor preliminar indispensable á todas luces, si la obra había de tener la unidad de expresión que su índole reclamaba, como reflejo de la unidad superior nacional que debía afirmar y que preconizaba con todos los monumentos de todas las épocas y de todas las comarcas; y así, sin rehuir para lo futuro los tiempos primitivos, que llamaba *herohicos*, fijaba las tres grandes y primordiales divisiones de *Arte pagano, Arte cristiano* y *Arte mahometano*, dentro de los cuales, como derivaciones legítimas de tiempo, de localidad y de influencia, surgían las distintas modalidades de espíritu, de procedimientos y de forma que caracterizan «toda la amena variedad de los estilos», como con gallarda frase, copiada arriba, la Comisión decía en la *Advertencia* que precede á los parciales estudios monográficos publicados, la cual parece escrita por la elegante pluma del insigne D. Pedro de Madrazo.

Poniendo como ejemplo el *Arte cristiano*, señalaba en él, cual expresivos y determinantes, «el *estilo latino*, el *bizantino*, el *mozárabe*, el *románico*, el *mudejar*, el *ojival*, etc.», y distinguía la índole *religiosa*, *militar* ó *civil* del monumento; y con arreglo á esta clasificación y á estas denominaciones, que fueron después generalmente admitidas, distribuíase la labor, apareciendo á principios del año 1850 el primer cuaderno de aquella espléndida publicación, por ninguna otra después en España obscurecida. Obra oficial sujeta, por tanto, á las vicisitudes que este carácter imprime forzosamente, al menos entre nosotros, su vida fué por extremo lánguida y dificultosa, con lo que recibió muy grandes perjuicios.

Por esta causa, sin duda, fué la Comisión disuelta en 1870. El Gobierno juzgó conveniente confiar para en adelante la inspección de los *Monumentos Arquitectónicos de España* á la Real Academia de San Fernando, con la esperanza de que así había de tomar nuevo y más poderoso impulso, y designó para proseguir la empresa una nueva Comisión, formada por el arquitecto D. Simeón Avalos, como presidente, y en concepto de vocales, D. Eduardo Mariátegui, ingeniero militar; D. José María Gómez y D. Agustín Felipe Peró, arquitectos, y D. José Amador de los Ríos, D. Pedro de Madrazo y D. Juan Facundo Riaño, como arqueólogos.

No tuvo tampoco vida más próspera con esto la obra, cuyas monografías llevan al pie la firma de los tres últimos vocales mencionados, y al fin, en 1872, quedó de lleno confiada á la citada Real Academia, sin que variase en su marcha, hasta que en 1875, previos los trámites y condiciones oportunos, quedó encargado de la publicación aquel activo y diligente editor, D. José Gil Dorregaray, quien tenía acreditada su competencia en este linaje de obras, con haber dado á la luz la *Historia de la villa y corte de Madrid*, la de las *Ordenes militares*, la edición grande del *Quijote*, y por último, el *Museo Español de Antigüedades*. La inspección siguió, como antes, á cargo de la propia Real Academia.

Desde que, como empresa editorial, adquirió tal compromiso el Sr. Dorregaray, reguralizóse convenientemente la publicación, llegando á repartir el cuaderno 89, en el quedó suspendida el año de 1881 á causa del incumplimiento por parte del Gobierno del contrato con el editor celebrado en 1875; y como en 1882 ocurrió el fallecimiento del Sr. Dorregaray, en el cuaderno 89 terminó la obra, por más que todavía entre las comisiones de la Academia de San Fernando continúe apareciendo la de la publicación de *Monumentos Arquitectónicos de España*.

Abandonada de esta suerte definitiva la empresa con tantos alientos y tantas esperanzas en 1859 inaugurada, los señores Martín y Gamoneda, consultando más que sus propios intereses los del pensamiento que decidió al Gobierno á acoger y dar forma á la feliz iniciativa de la Escuela Superior de Arquitectura, sin protección oficial, pero competentemente autorizados, tomaron sobre sus hombros todo el peso de aquel empeño generoso, y en forma distinta lo acometieron, procurando corregir las deficiencias materiales en la primitiva publicación advertidas—y entre las cuales se halla la del tamaño, que hace dificultoso el manejo de aquélla,—utilizando sin restricciones todos los adelantos y progresos de las artes gráficas y sus auxiliares y derivadas, y amparándose del prestigio bien ganado por la misma.

Invocaron el concurso de cuantas personalidades cultivan hoy estos estudios, y que no habrán de ser sólo, seguramente, las que aparecen ya mencionadas, y comprendiendo la necesidad de nueva organización y desarrollo en los trabajos, de conformidad con las exigencias de la época, hicieron que la nueva publicación, lejos de ofrecer carácter monográfico además del geográfico y regional que se impone, aparezca en cada provincia con una unidad de lugar y en sucesión cronológica.

Nueva empresa ha tomado á su cargo la edición de tan colosal obra, y ahora acaba de concluir el primer tomo con refi-

namientos exquisitos, detalles de delicadeza de verdaderos *amateurs,* hasta en las tapas resplandecen, tapas que recuerdan los primores mudejares. Animados con el éxito del primer tomo, lánzanse á la publicación simultánea de dos, el segundo de Toledo, en el que el mismo autor del primero, D. Rodrigo Amador de los Ríos, levanta un verdadero monumento á los de ese museo de las bellas artes, que tal es la imperial ciudad, y el de Granada, cuyas bellezas describe la galana pluma del eruditísimo D. Manuel Gómez Moreno, profesor de Arqueología en el Sacro Monte de la ciudad de los Nazaritas.

De tal manera es incuestionable la importancia de los *Monumentos Arquitectónicos de España,* ya bien reconocida, pues del estudio de los que subsisten se deducen trascendentales enseñanzas que han de contribuir poderosa y desinteresadamente á formar el caudal del que mañana ha de nutrirse la Historia, pues por su complexidad la arquitectura ofrece materiales sobrados para descubrir y poner de manifiesto, de acuerdo con las demás artes, estados particulares de la sociedad, no bien determinados todavía, situación en la cual no pueden prestar aquéllos por completo los servicios que la Historia les demanda.

Tampoco es posible, como algunos entusiastas del arte arquitectónico con exclusivismos inaceptables propalan, prescindir en estos estudios de cuantos elementos de conocimiento facilitan los realizados en otros terrenos, ó sea respecto de otros aspectos de la manifestación del espíritu humano, estableciendo para la Arquitectura cánones inflexibles y absolutos que implican imposibles dualismos, negados por la Naturaleza y por la misma Historia; pues pretender que la personalidad de una raza ó de un pueblo, en sus diversas épocas y en sus diferentes ideales, se manifieste distinta en unos y otros aspectos, sería tanto como caminar deliberadamente á la total negación de aquella personalidad, una y otra vez afirmada en el concierto con que aparece en todos los momentos de su vida y en todas las formas de expresión de su laboriosa existencia.

Por esto, pues, por la singularísima trascendencia de las

enseñanzas que entrañan los monumentos de la Arquitectura en todos los sentidos, la tarea de publicarse obra tal como los *Monumentos Arquitectónicos de España* no sólo ha de ser acogida con aplauso por cuantos se interesan por el desarrollo de nuestra cultura, sino que merece ser reputada de benemérita, prestando á España grandísimo servicio, viniendo en realidad á ser la publicación una de aquellas que han de formar época, así por lo que al texto se refiere como por lo que á la parte material é ilustrativa hace, debiendo sumarse á todo esto que las circunstancias de ser su texto á dos columnas, una en español y otra en francés, hará que sea conocido en el extranjero nuestro sin igual patrimonio artístico monumental.

Francisco Alvarez Ossorio,
Secretario del Museo Arqueológico Nacional.

ÍNDICE

	Págs
Recuerdos, por José Echegaray	5
El cardenal Newman, por el Marqués de Casa Torre	15
La crítica pseudo-clásica, por Eduardo Ovejero	30
El suplicio del silencio (novela), por Federico Spielhagen	54
Las mujeres españolas, por Havelock Ellis	89
Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi	122
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	158
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	169
Notas bibliográficas, por Francisco Álvarez Ossorio	200

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 237.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

SEPTIEMBRE 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL REINADO DE CARLOS IV

EN LAS CONFERENCIAS DEL ATENEO

¿A qué escuela se sujeta el criterio histórico de las Conferencias del Ateneo de Madrid sobre el reinado de Carlos IV y la guerra de la Independencia? ¿A la tradicional y fabulosa ó á la documentaria de nuestros archivos, aun inéditos?

La proximidad del primer centenario de aquella guerra santa de la Independencia, que aun se considera por muchos como el punto de arranque de toda la renovación histórica de España en sus instituciones políticas, en sus organismos jurídicos y hasta en sus ideas y en sus costumbres sociales, ha inspirado á una de las más beneméritas corporaciones de ilustración general que España posee, el Ateneo de Madrid, la idea de abrir, por medio de su Sección Histórica, un curso libre de conferencias, desempeñadas por escritores ilustres, acerca del reinado de Carlos IV y de las jornadas esclarecidas de aquella homérica contienda en que se peleó por la libertad de la patria y el rescate y el desagravio de sus instituciones, secuestradas y prisioneras de las garras del imperio francés. Estas iniciativas, en aquel Cuerpo, constituyen una tradición muy lisonjera para él, que desde su fundación en el siglo antecedente, habiendo tenido por bandera estar siempre, no á la vanguardia, sino á la descubierta de todos los adelantos de las ideas científicas y literarias que en el mundo se desenvuelven para entronizarlas en los adelantos intelectuales de España, en todas las ocasiones solemnes que los intereses nacionales lo han reclamado, se ha apresurado también en ésta á despejar los senderos de su propia ilustración, para contribuir de una

manera activa á un objeto tan laudable. Ha tenido siempre el Ateneo de Madrid la grata presunción de creer que en su seno se engendraron, tomaron cuerpo y prestigio en la opinión, se agigantaron por su cultura y se convirtieron en una fuerza irresistible para el imperio de los sucesos públicos las dos generaciones político-intelectuales que mayor influencia han ejercido en las evoluciones transformadoras de las revoluciones periódicas del próximo pasado siglo XIX. Fué la primera de aquellas dos generaciones, preñadas de hombres insignes en todas las esferas de la actividad intelectual, la que, después de 1837 y de 1843, impuso por largo espacio de tiempo en la alta dirección de los destinos políticos de la patria aquel partido ecléctico, formado á imitación y con la enjundia científica del partido ecléctico francés, que fué la palanca luminosa de todo el reinado del rey ciudadano Luis Felipe de Orleans, y que si allí se encumbró con los talentos y con la fama de sus Thiers, de sus Guizot y de sus Benjamín Constant, en España tuvo por esclarecidos representantes la docta falange batalladora de los Pacheco y Alcalá Galiano, de los Donoso Cortés y de los Pastor Díaz, de los Pidal y de los Ríos Rosas, de los Benavides y de los Bermúdez de Castro. Durante la decadencia del partido llamado moderado, y del que formaron parte integrante todos éstos y otros muchos hombres de su misma jerarquía, en el período en que la activa y emprendedora *Unión liberal* constituyó el lazo de transición entre este partido ecléctico y la democracia arrolladora de la acción y de la palabra, que tuvo por palancas de su invasión á los Rivero y los Pí y Margall, á los Albaidas y los Castelar, á los Martos y los Salmerón, el Ateneo, fué también el que prestó su brillante estadio en sus cátedras, en sus conferencias públicas y en las discusiones privadas de sus numerosas secciones, para la formación de estos hombres y de la escuela que representaron, para su popularización é influjo sobre el torrente de las ideas generales y aun para el ímpetu de su acción, así en las sangrientas efemérides que forman los preliminares y el conjunto de nuestra

última revolución política, como para la inspiración imperiosa de todas las ideas reorgánicas que, durante las instituciones de la revolución y durante las transacciones conciliadoras de la restauración de las instituciones seculares, han sido y son actualmente la fuente y la norma de todo el derecho por que España se rige. Después de estos antecedentes, que con razón el Ateneo estima gloriosos para su historia, el Ateneo no ha hecho más que unirse á las grandes efemérides de la patria, para reanimar el espíritu público y despertar á nuevas esperanzas el sentimiento y la conciencia nacional. España, en la última década del siglo antecedente y en la primera en que nos hallamos del siglo nuevo, ha celebrado: entonces, el cuarto centenario del descubrimiento, conquista y civilización de América por los españoles; ahora, la conmemoración de aquella guerra homérica, que no sólo nos sirvió para conquistar de las garras napoleónicas el precioso tabernáculo de nuestra independencia y libertad nacional, sino para enseñar á la Europa sojuzgada por el mismo monstruo del poder y de la fortuna á emanciparse á sí misma, en medio de las aterradoras catástrofes en que la espada triunfadora de Bonaparte borró los límites de todos sus antiguos imperios.

Comprenden las conferencias con que en la actualidad llama la atención pública el Ateneo de Madrid, dos extremos esenciales, aunque ligados entre sí, por ser el primero como preliminar ó antecedente del segundo. Estos extremos son: la historia del reinado de Carlos IV y del Ministerio, principalmente de su gran ministro D. Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, y la explosión del sentimiento público á la invasión de los ejércitos franceses y la guerra de los cinco años, que fué su consecuencia: extremos no sólo de suma oportunidad, sino de importancia permanente, porque son dos puntos de nuestra historia moderna, sobre los que con tanto como se ha escrito, la verdad en su fondo y las apreciaciones que de ella emanan en su consecuencia, aun están harto veladas para el desapasionamiento y la buena fe.

Es cierto que los preliminares de la guerra de la Independencia están constituídos por todo el espacio de tiempo que el rey Don Carlos IV ocupó el trono de España, á la muerte de su inolvidable padre el rey Don Carlos III. La ineludible necesidad de marcar una dirección forzada á la política general del último de estos dos monarcas, impuesta se la encontró Carlos IV á su advenimiento al trono, por la inevitable influencia que sobre nosotros, á causa de nuestra proximidad y aislamiento, ha ejercido, ejerce y ejercerá siempre Francia, y mucho más en aquellos momentos iniciales de su revolución, cuyo carácter expansivo creó un verdadero peligro, una constante alarma y una provocadora amenaza para todos sus vecinos, desde los últimos años del reinado de Carlos III. La política depresiva ejercida por Francia sobre España, como sobre los demás países limítrofes de Europa, desde los primeros destellos de la revolución, formaba ya la seria preocupación de Carlos III y de su primer ministro el conde de Floridablanca, desde mucho antes de expirar el soberano.

La revolución, con sus caracteres violentamente audaces y agresivos, siguió siempre en terrible incremento. El equilibrio de toda la política interior y exterior de este monarca se resintió profundamente, desde el momento en que los ministros de Luis XVI declararon á España la completa incapacidad en que se hallaban de cumplir con nosotros las obligaciones recíprocas contraídas por aquel *pacto de familia* que, aunque tan oneroso y funesto para nosotros, era, sin embargo, la base de todo nuestro sistema general, y necesariamente desde el mismo instante, aun con el conde de Floridablanca en la plena confianza del gobierno del nuevo reinado, tuvieron que comenzar los actos de aquella conducta vacilante é incierta que tanto se ha notado y censurado en todos los actos del poder soberano y del poder ministerial de España en los ministerios posteriores, principalmente en el de D. Manuel Godoy, conducta vacilante é incierta que fué con relación á la Francia la conducta de todos los demás gobiernos en Europa, tan preocupados

como el nuestro del trágico desarrollo de aquella revolución.

No puede hacerse la historia de España en aquel tiempo, sin tomar por punto de partida estas comparaciones en que entran los Estados, ya desde entonces más poderosos, de todo el continente; y aunque es harto común entre nosotros declararnos irreflexivamente reos de delitos y desaciertos, de errores y de responsabilidades que no contraemos, y que si las contraemos, son enteramente análogas, si no idénticas, á las que los demás cometen y contraen, no puede excusarse en la situación de las cosas generales de Europa con relación á España que entren en el espíritu de las conferencias que se dan sobre el reinado de Carlos IV, como preliminares de los hechos posteriores á 1808, dejar de tener presente, quién procedió en su conducta con la Francia de la revolución primero, y después con la Francia del Imperio, con mejores y más acertadas inspiraciones que el rey de España y el ministerio de su gobierno, sin que se ocurra preguntar: ¿fué el Imperio para salvar la vida de Luis XVI y de la princesa de la sangre imperial, María Antonieta, que compartía el tálamo y el cetro con este desgraciado soberano? ¿Fueron las potencias aliadas del Norte, que á todo trance querían contener los vuelos de la revolución, y sobre todo evitar el ejemplo de la catástrofe real que llevó á cabo la guillotina? La misma Inglaterra, que al conocer el regicidio de Luis XVI, se apresuró á arrojar de Londres al embajador de la Convención, y que á pesar de que á España había negado, lo mismo bajo el ministerio del conde de Floridablanca que bajo el del conde de Aranda y, por último, al del duque de la Alcudia, la aquiescencia que de ella se había solicitado para que, entrando en el acuerdo general de las naciones, contribuyera por el lado del mar frontero á sus términos á asediar á la Francia revolucionaria, como por las fronteras de tierra se dispusieron á realizarlo España con Portugal, Italia con Suiza, Alemania con Holanda, cuando la catástrofe se consumó, ¿no corrió á entenderse con España, con el Piamonte y con Nápoles para la empresa que abortó en Tolón? Pues mientras los ejércitos

improvisados de la revolución hacían frente á las hostilidades de España en el Rosellón, en los valles aragoneses y navarros del Pirineo y en las entradas del Bidasoa, otros ejércitos improvisados de la revolución contenían la guerra civil de la Vendée, ó penetrando victoriosos en Italia, en Flandes y en Holanda, batían en brecha á todos los generales del antiguo régimen, lanzados por los monarcas de las coaliciones continentales sobre ellos; y á poco no hubo quien contuviera el poder avasallador de los nuevos soldados de la revolución, reorganizados y mandados por la intrepidez y el genio, cuando de las sombrías tinieblas de aquella situación de fanatismo, de pasión y de sangre, salió inopinadamente el genial artillero de origen corso, que no sólo libertó á Tolón de las armas de los ingleses, de los españoles y de los napolitanos, sino que en París dominó el frenesí de la anarquía, y tomando el mando del ejército de Italia, electrizó al mundo con sus rápidas y sorprentes victorias. Desde aquel momento, ¿qué soberano, qué ministerio, qué hombre grande de Estado, qué soldado de ciencia ó de fortuna libró con sus aciertos á sus patrias respectivas del sacudimiento universal que aquel hombre produjo en todo el continente? ¿Fué el Imperio, tantas veces derrotado y vencido cuantas salió á campaña? ¿Fué la Prusia militar del gran Federico, totalmente dislacerada y destruída bajo todos sus estadistas y bajo todos sus generales? ¿Fué la misma lejana Rusia, cuyo emperador Alejandro tuvo que rebajarse á estrechar la mano de igual á igual con aquel advenedizo de la corona? ¿Fué la misma Inglaterra, que, á pesar del inviolable baluarte de las murallas insuperables de que la rodean sus mares tempestuosos, vació sus tesoros para ayudar á todos los combatientes contra Napoleón, no por ellos, sino por el temor de sí misma, á pesar de su natural invulnerabilidad? ¿Por qué culparnos nosotros de la incapacidad fabulosa de nuestros monarcas y de sus ministros, cuando ningún Estado de Europa los tuvo mejores ni más capaces, contra aquella revolución incendiaria y contra aquel hombre, que no era más que la

misma revolución organizada que, bajo el prestigio del genio y el poder de la victoria, se impuso á todas las viejas y caducas sociedades del pasado, para renovar la fertilidad de la nueva vida civil y política, que por todas partes defendió la revolución?

Ya es tiempo de que al tratar estos asuntos históricos, que para el honor y la verdad de nuestra historia tienen tanta importancia, nos consideremos obligados á deshacer los juicios erróneos que hasta aquí la han nutrido y envuelto, y que, por desgracia, después de todo un siglo aun sostienen desfigurados los hechos en meras fábulas y leyendas, como los dejaron los que los escribieron no consultando los documentos tenidos en el secreto del gabinete ministerial y del archivo de Estado, sino recogiendo las versiones ó de oídas de los que entendieron de buena fe lo que á su noticia llegó vulgarmente, ó tomadas del lodazal interesadamente revuelto por las violencias de la pasión, quedando formados los juicios bajo estas mismas ominosas sugestiones y sobre tantos datos equivocados.

Los elementos constitutivos de lo que hasta ahora ha formado la enjundia de lo que conocemos por Historia, nos son bien notorios y conocidos. Las relaciones de *El filósofo en su quinta,* tras cuyo seudónimo se transparenta la figura y la travesura del inquieto conde del Montijo, coautor de la revolución de Aranjuez y revolvedor de la honra de cuantos el alto sentido del conde de Floridablanca eligió como colaboradores de su Junta Suprema de Gobierno, excluyéndolo á él, no son sino un tejido de falsedades, en que su autor trocó la parte de historia que quiso dibujar en una completa novela. El P. Salmón no tenía conocimiento perfecto ni de los actos del poder soberano, ni aun de los sucesos de la guerra, siendo la base documental de sus escritos las revelaciones de una prensa periódica escrita por la fiebre y las exageraciones del patriotismo.

En el extranjero escribió el P. Muriel su libelo titulado *Historia de Carlos IV,* y en el extranjero reunió el célebre *Nellerto* (D. Juan Antonio Llorente) su colección documentaria,

tomando todas sus piezas (¡causa grima decirlo!) de las columnas del *Moniteur Universel.* Quiso Muñoz Maldonado suplir la *Historia* mandada escribir por Fernando VII á la bien instruída comisión militar que presidió el coronel Prat, é interrumpida en su primer volumen por los sucesos de 1820 á 1223, y el auxilio del duque de Angulema, que salvó la vida, si no el decoro, al monarca; pero Muñoz Maldonado, ni tuvo á la vista toda la documentación reunida de real orden, ni tenía los vuelos de un gran historiador. Toreno es todo forma, y su obra no se habría escrito si en Francia no la hubiera antecedido la del general Foy. Traduciendo á Dunham, Alcalá Galiano halló ocasión de hacer adiciones al texto inglés, que constituyeron su obra en una obra original y nueva, con profusión de grandes revelaciones; pero las revelaciones personales de Alcalá Galiano, que había sido contemporáneo de los sucesos, eran las revelaciones de la intimidad en los círculos políticos, de color exaltado, á que concurrió desde su más tierna juventud, no la sincera y profunda revelación de los documentos de oficio, que no estuvieron á su alcance, á pesar de su posición. Después, Lafuente, en su *Historia general,* fundó todos estos elementos, sin añadirles ningún estudio serio documental, y hasta el mismo Gómez de Arteche, que en su *Historia de la guerra de la Independencia* consignó tantos detalles técnicos sobre cada una de las operaciones de los cinco años, y aun trató de ilustrarlas con mucha lectura de papeles del tiempo y aun de datos oficiales, si no completos, en su *Historia de Carlos IV* repitió desgraciadamente, por la premura de que él mismo se quejaba, con que se la hicieron escribir, todo lo que constituía el libelo de *El Filósofo en su quinta,* el libelo de Salmón y de todos los flageladores de Carlos IV y del príncipe de la Paz después de su caída, el libelo de Muriel y el libelo de Toreno, que, como inspirado en la literatura histórica de Francia, no sólo siguió el camino de los que, siendo detractores de los hombres de la víspera de 1808, presumían hacer la justificación de la misma política de su país con España, sino trans-

mitió estos conceptos á todos sus continuadores hasta el día.

De la varia versión que sobre los hechos ha mantenido la tradición que arranca de estas raíces, y de las versiones que arroja el testimonio de los documentos, han nacido naturalmente dos escuelas, de tendencias distintas también, que se caracterizan por la manera como producen á su vez la crítica y los juicios sobre esta parte de nuestra historia: la escuela tradicional, que todavía persiste asida á los errores que nos han transmitido durante todo un siglo los escritores que se acaban de mentar, y la escuela moderna rectificadora, que consagrándose á la profunda investigación documentaria, por medio de otros escritores no menos insignes, ha comenzado de algún tiempo á esta parte á difundir la labor patriótica y honrada de devolver á la historia y á la patria la verdad y el honor que las corresponden.

Esta labor de depuración de la verdad y de rectificación de los errores admitidos, la inauguró realmente, poco después de terminar el primer tercio del siglo antecedente, uno de los principales actores de todo el largo período que abarca la víspera de 1808: el príncipe de la Paz, en sus *Memorias apologéticas del reinado de Carlos IV*. Y si la publicación de este libro tuvo la suprema importancia que en realidad le acompaña, prueba elocuente fué á poco la rehabilitación de este mismo ministro y la devolución de los títulos, honores y grados militares de que le habían privado los decretos de Fernando VII y de las Cortes de Cádiz, bajo el reinado de Doña Isabel II y el Ministerio que presidió Pacheco con Pastor Díaz, Benavides y otras grandes inteligencias de aquel tiempo. De cualquier modo que sea, aquellas *Memorias* obligaron á un punto de parada y constituyeron un punto de partida para la evolución de las ideas, que desde entonces se corrigen con la autoridad de los estudios emprendidos por los escritores beneméritos, que al fin han logrado ponerse á la cabeza de esta escuela de investigación, depuración y apreciación desapasionada y justa, de lo que la pasión de los contemporáneos nos dejó

envuelto en tantas desfiguradas y calumniosas calificaciones.

Si los preliminares de la guerra de la Independencia empiezan en el momento en que, al descender Carlos III al sepulcro, fué proclamado Carlos IV su sucesor, y éste se encontró planteados todos los problemas que habían de ser el dédalo de su reinado, tendiendo la mirada por lo que dentro y fuera de la nación, y con influjo sobre ésta, pasaba, comencemos por confesar, como ya Alcalá Galiano lo hizo, que Carlos IV desde que se ciñó la corona se vió precipitado en una contienda que en su situación era de necesidad forzosa, y que cualesquiera que fuesen los grados de capacidad y las prendas de su carácter, su ingénita bondad le puso siempre en derechura de obtener por sus actos cuanto contribuyera al honor y á la autoridad de su trono y al bien y la felicidad de sus vasallos. De este espíritu participaron sus ministros, y más que todos don Manuel de Godoy, el duque de la Alcudia de 1792 y el príncipe de la Paz de 1795.

Uno de los primeros errores sustanciales que hay que rectificar en el papel que Carlos IV, así con Floridablanca como con Aranda y después con Alcudia, tomó en los asuntos de la Revolución francesa, ya para contener sus excesos dentro y fuera del país en que desarrollaba sus ímpetus, ya para salvar primero la corona y después la libertad y la vida de Luis XVI y su augusta familia, y últimamente para restablecer en el mayor de los hermanos de aquel desgraciado monarca el honor y la existencia de la monarquía, es el de creer que estas aptitudes nacían, ó de la solidaridad ó de un interés común para todos los monarcas, y del interés de la sangre, vertiendo sobre este punto un poco del romanticismo que se apoderó de todas las sociedades de Europa ante las escenas violentas de Versalles y las Tullerías, los calabozos del Temple y el oprobio de la guillotina. Ni Toreno, ni Alcalá Galiano, ni Lafuente, ni Gómez Arteche conocieron jamás la correspondencia particular y secreta entre los soberanos y los príncipes todos de Francia con Carlos IV y con María Luisa, correspondencia enteramente

inédita de nuestros archivos de Estado. Luis XVI, María Antonieta, los hermanos y las tías del rey, todos los poseedores de los derechos vivos y de los derechos eventuales de la corona de Francia, se echaron en sus brazos: el rey Luis XVI, para constituirle en depositario del secreto de sus intenciones; María Antonieta, para pedir á María Luisa su intercesión con el monarca español, de cuya actitud esperaba su salvación y la de su augusta familia; los condes de Provenza y de Artois, llamándole por una parte al sostenimiento de su causa, y por otra demandándole sus inagotables auxilios materiales hasta para vivir; las tías de Luis XVI, sustentándose de sus pensiones y liberalidades, como después la duquesa y los príncipes de la rama regicida de los Orleans. Todas estas apelaciones del secreto y de la intimidad creaban á Carlos IV, además de las circunstancias ineludibles de los vínculos conocidos de la sangre, de las relaciones de la vecindad y de la solidaridad de la representación, una situación especial, mucho más exigente que la del mismo emperador Leopoldo, hermano de la reina amenazada.

Cuando con estos antecedentes privados y secretos el conde de Floridablanca reclamaba ante las potencias de Europa el derecho de España á sustituir en el equilibrio y en las relaciones recíprocas de los demás gabinetes á la anulada Francia, Inglaterra, instada á entrar en la coalición de que España sería cabeza, sólo trató de saber por nuestro embajador, el marqués de Campo, si nuestra corte, para tomar el papel que refería, pensaba en aumentar sus armamentos marítimos, considerados por el gobierno de Londres como una alarma para él, y cuando se le explicaban más claramente nuestros pensamientos, entonces lord Grenville hacía decir al ministro de Carlos IV, por medio de su representante en Madrid, Fitz Herbert:—*Dejad á Francia que se aniquile á sí misma: esto es lo que nos conviene á todos.*—Verdad es que Inglaterra no tenía sus fronteras tan fáciles á la introducción de la propaganda revolucionaria, en lo que Francia es incansable, como España,

como Italia, como el Imperio por Flandes y como Holanda. Mas cuando llegó á enterarse por la hábil policía que siempre el gobierno británico ha tenido, aun dentro de lo más reservado del secreto de los gabinetes, que España se entendía con las potencias marítimas del Norte, Rusia, Dinamarca y Suecia, para estrechar las relaciones en que él no había querido entrar, no sólo cometió actos de desvío hacia nuestra política y nuestras pretensiones, sino que entabló inteligencias con los gobiernos de la revolución, no sin declarar que toda aproximación de España á aquellas potencias sería en Londres calificada como un acto de hostilidad, puesto que tales alianzas no podían negociarse para precaverse de los peligros de Francia, sino contra Inglaterra. Este hecho es tan importante en la política del reinado de Carlos IV, cuanto que, como es sabido, todo el drama de nuestra historia en ese tiempo, solamente gira entre los dos poderes que, ya amigos ó ya enemigos de España, parecían tácitamente convenidos para labrar cada uno por su parte, y en toda suerte de circunstancias, la disminución de nuestra autoridad y la ruina de nuestro poder.

Después de la caída de Floridablanca, antes de que pudieran concluirse los pactos de alianza marítima entablados con Rusia, Dinamarca y Suecia, Aranda, ante los peligros de la revolución, que crecía, y la inminencia de la catástrofe sangrienta de los que habían ocupado el trono de Francia, prisioneros y procesados por la revolución, otra vez intentó el bloqueo armado de este país, así por mar como por tierra, y segunda vez el gobierno del rey Jorge se opuso á él. Solamente después que el sacrificio de los desgraciados monarcas estuvo consumado, Inglaterra, cediendo á la protesta general de la opinión de todo el pueblo británico, se arrojó á lanzar de su capital al representante público diplomático de la Convención, y procedió á ponerse de acuerdo con los gobiernos de España, Portugal, Nápoles y Cerdeña, para dar oídos á las apelaciones de los fieles realistas del Mediodía de Francia, que ofrecían poner en manos de las escuadras de estas potencias el

departamento, la ciudad y los fuertes de Tolón, para levantar en él el pabellón blanco de Luis XVIII; y aunque allí nos acompañó mientras nosotros por tierra avanzábamos con el general Ricardos por las líneas fluviales del Rosellón, Inglaterra se opuso al llamamiento del conde de Provenza, á quien España quería traer al amparo de las banderas y de las armas coligadas, y desde luego en Tolón se vió que sus pensamientos no concordaban con los de las demás potencias que en aquella empresa habían tomado parte.

Indudablemente en aquella campaña de tres años que emprendimos y sostuvimos contra la República, los avances de Ricardos en el Rosellón, el mando militar de Gravina y la evacuación de Tolón por las armas españolas, la defensa de Rosas por Urrutia, auxiliado por el mismo Gravina por la parte del mar, y otras acciones semejantes en que nuestros generales supieron subyugar la victoria ó hacer heroicas resistencias, constituyeron maravillas tales de valor y de denuedo, que el prestigio de nuestras armas renovó las aureolas de los tiempos legendarios del Gran Capitán en Italia, del emperador Carlos V y el gran duque de Alba en Alemania, del señor Antonio de Leiva en el parque de Pavía, y de D. Luis de Requeséns y el conde de Fuentes en los Países Bajos. Pero la crítica ulterior, inspirada en pasiones hostiles, ya en estos primeros actos del poder del ministro, que fué el blanco de todas las iras de dentro y fuera, cuando andando el tiempo llegamos á la crisis definitiva de 1808, encontró el primer punto de ataque para las gratuitas acusaciones dirigidas contra una incapacidad que sólo ha querido demostrarse por los aciagos sucesos del drama final al cabo de largos años de los más accidentados acontecimientos. De estos cargos, el mayor que se imputa á la debilidad del carácter de Carlos IV y á la insuficiencia de su ministro, D. Manuel de Godoy, fué el haberse desligado de las coaliciones europeas y el haber firmado en Basilea la paz. ¿Pero fué España la primera de las potencias que se separó de una coalición, en la cual, sin punto alguno de

unidad de miras, cada uno se regía según su conveniencia, como Inglaterra, que no tiraba más que á destruir el poder marítimo de Francia, incendiándole sus buques y su primer arsenal, y aun á ver si metía á España en empresas que pusieran también en peligro el suyo? ¿No fué Rusia la primera en separarse de aquella coalición sin objeto, después de sacrificado Luis XVI y de obstruído el paso al conde de Provenza para aparecer personalmente donde entre fieles realistas franceses hubiera podido ser proclamado su sucesor, y puéstose á la cabeza de la reacción monárquica? La paz suscrita á nombre de España por D. Domingo Iriarte, en Basilea, el 22 de Julio de 1795, ratificada en París el 1.° de Agosto del mismo año, fué más de tres meses posterior á la que en el mismo lugar la Prusia había firmado el 5 de Abril. Cuando aquella paz se firmaba á nombre de España, la situación era tal que, á pesar de las repetidas creaciones de vales de 12 de Enero y 29 de Agosto de 1794 y de 25 de Febrero de 1795, y del empréstito levantado el 4 de Mayo de este último año, y de las concesiones obtenidas de la curia de Roma para que los bienes y las rentas del clero, así de la Península como de las Indias, ayudasen á los crecidos gastos de la guerra, ésta no podía materialmente continuarse, no sólo por la falta de recursos, sino porque nuestro país, que hace siglos no da muestras de sus energías sino por movimientos galvánicos excesivamente momentáneos y pasajeros, después de guillotinadas las figuras simpáticas de la monarquía, entibiados todos los romanicismos del sentimiento exaltado, se hallaba alarmado con la invasión de los *sans culottes* casi en todas las provincias fronterizas de Guipúzcoa, Navarra, Aragón y Cataluña y con la amenaza de Castilla, y en todos los tonos, y por la voz de todas las clases sociales, pedía ya la paz con la misma vehemencia que tres años antes había pedido la guerra.

No faltaron protestantes del hecho ejecutado: el arzobispo de Zaragoza, Despuig, y algunos frailes de varios conventos de Aragón que trataron de llevar á la Inquisición, por supuesto

delito de bigamia, al ministro que acababa de ser condecorado con el título de príncipe de la Paz por el rey. La acusación trascendió á Roma: el general del ejército republicano en Italia, Napoleón Bonaparte, interceptó una carta que sobre este asunto escribía el Papa Pío VI, su prisionero, al cardenal Lorenzana; y para consolidar más la amistad de España con Francia, la remitió al embajador que acababa de ser nombrado cerca de Carlos IV, el cual la puso en manos de Godoy. Así comenzaron tan prematuramente contra este ministro las vísperas de 1808, entre aquel soldado que llegó á emperador y aquel hombre de Estado en quien se reconcentraron los odios nacionales de todo un siglo por último premio á los grandes servicios que prestó en su largo ministerio á su patria y á su rey.

De la paz de Basilea emanó otro hecho, en el que nuestros indicados historiadores no han detenido toda la atención que merece, y que se denuncia en la correspondencia diplomática, aun inédita, de aquel tiempo. Del mismo modo que Luis XVI, al principio de la revolución, quiso investir al rey de España del depósito sagrado y secreto de sus pensamientos, esperando fuera el árbitro de sus derechos y de los de su familia, respecto á la misma Francia y con la Europa entera, acción á que Inglaterra sola se opuso, la República en los tratos de Basilea entre Mr. de Bartelemy é Iriarte, abiertamente le expresó el deseo de investir también á España de facultades suficientes, para que España fuera la mediadora con los demás gobiernos, de una reconciliación pacífica con el nuevo orden de cosas establecido después de la muerte de Luis XVI. Más fuertemente se opuso también Inglaterra á la intimidad de esta alianza, que á la de los Estados del Norte, que Floridablanca negociaba cuando ocurrió su caída. De toda inteligencia de España con otras potencias que consolidara su influjo en los gabinetes, que hasta le devolviera la antigua supremacía que en ellos ejerció en los siglos XVI y XVII, y que robusteciera su poder marítimo, único en que estribaba el peso, todavía grande, de su

autoridad en los intereses políticos del mundo, deducía Inglaterra un peligro inminente y perpetuo para su prepotencia en las aguas y para la dilatación de su comercio y de sus conquistas coloniales, que ya fomentaba con todos sus esfuerzos. Estas obstrucciones fueron las que encendieron más las iras de Napoleón contra la Gran Bretaña, y tanto más instaba aún, desde el generalato de Italia, á estrechar la amistad con Carlos IV y su gobierno, cuanto que para todas las eventualidades del porvenir, bastándose él, que ya tenía la conciencia plena de sí mismo, de sus facultades y de su misión, para los problemas del continente, sin el auxilio marítimo de España, se consideraba débil para toda empresa contra Inglaterra, á la que, como en efecto sucedió, había de tener delante de sí en todos los negocios de su vida.

Sin las causas históricas que acreditan la secular rivalidad de Inglaterra y de Francia, á pesar de todas las *ententes cordiales* que sugieran accidentes puramente momentáneos entre los dos países, fácil es comprender los motivos de la nueva emulación entre la Inglaterra de Jorge IV con Grenville, con Pitt, con Canning, con todos sus ministros y Napoleón general dictador, primer cónsul ó emperador. Para consolidar el poder que con sus victorias y sus grandes reformas orgánicas y jurídicas Napoleón creaba en su persona á la Francia, uno de los instrumentos de más robusto apoyo era el fomento incesante de la prosperidad, por medio del fomento de las artes, de la industria, y, sobre todo, de la dilatación de su comercio. En esto estribaba la potencia de Inglaterra, cuyo poder marítimo era el fiador de esta prosperidad. En el continente, estas corrientes comerciales, monopolizadas de antemano por la diligencia británica, tendiendo ya á igualarse entre todos los pueblos los elementos de la civilización, no ofrecían la amplitud de nuevos horizontes. El Asia yacía lejana, y en su inmovilidad y esquivez el Africa indomable. España era el único país que poseía en toda la vasta extensión de la América, que había colonizado, el campo de dilatación mercantil y colonial

que los dos émulos ambiciosos para sí necesitaban. Cerradas sus plazas comerciales para todo otro contacto legal que no fuera el exclusivo de su metrópoli; vedados los territorios no poblados por los derechos exclusivos de posesión que España sustentaba desde los descubrimientos y las conquistas primitivas, hacerlos abrir ó al privilegio ó á la libertad del comercio ú obtener el privilegio del influjo para conquistarlo, eran las miras interesadas, así de Inglaterra cuyas intenciones no se disfrazaban, como de la Francia de la revolución y de la Francia de Bonaparte, aunque encubriera las suyas con otro disfraz. Así, pues, cuando Floridablanca anheló atraer á los pensamientos de que ya se ha hablado á Inglaterra, lo primero que ésta exigió y lo primero en que Floridablanca tuvo la debilidad de ceder, fué en las reclamaciones sobre la bahía de Nootka; y cuando después de la desgraciada guerra del Rosellón, se firmó la paz de Basilea, lo primero que por la Francia republicana se nos pidió fué la parte que España poseía en la isla de Santo Domingo. Este modo de apreciar las cuestiones todas que se suscitaron durante todos los accidentados sucesos del reinado de Carlos IV, y del ministerio del príncipe de la Paz, ya en relación con Inglaterra, ya con Francia y Napoleón, jamás deben apartarse de la vista y del criterio de los que historien ó hablen de aquel tiempo, para juzgarlos con entera verdad.

Aunque se han emitido muchas opiniones adversas contra el príncipe de la Paz por haber suscrito, después del tratado de Basilea, el de San Ildefonso de 18 de Agosto de 1796, que fué una renovación embozada del *pacto de familia sin familia*, y más oneroso para España que *el pacto de familia* de Carlos III, *con familia*, pues constituyendo un verdadero tratado de alianza ofensiva y defensiva, por su artículo tercero se acordaba que la potencia que tuviera que auxiliar á la otra en guerra, pondría á su disposición quince navíos de línea, de los cuales tres habían de ser de tres puentes, y doce de sesenta á setenta y dos cañones, tres fragatas de una fuerza proporcio-

nada y cuatro corbetas ó buques ligeros, armados, equipados, provisionados todos por seis meses y aparejados por un año; y por su artículo quinto, que la potencia requerida daría además á la demandante un ejército de 18.000 infantes y 6.000 caballos, mantenidos á su costa, condiciones que más tarde, en 1803, por otro convenio estipulado con Napoleón, se resolvió trocar por un subsidio metálico equivalente, todo lo que dejaba sujeta á España á hacerse partícipe de las desgracias de Francia, sin compensaciones ventajosas de ninguna clase para nosotros; es preciso recordar que en la aprobación de este tratado, lo mismo que tres años antes se había hecho para hacer la guerra á la República, el príncipe de la Paz supo poner á salvo su responsabilidad ante la historia, pues si en 1793 y en 1794 la cuestión de la guerra la llevó á los dictámenes del Consejo de Estado, y obligó á los consejeros á emitir sus votos razonados por escrito, el tratado de San Ildefonso no recibió la firma de Carlos IV sin que antes hubiera pasado en la misma forma por el estrecho tamiz, toda vez que á la penetración de aquel ministro no se ocultaba que aquel pacto argüía una como provocación á Inglaterra, y que la guerra con esta potencia no se haría esperar. El Consejo de Estado, ó falto de juicio ó sobrado de debilidad, según la frase de Alcalá Galiano, aprobó la propuesta alianza con Francia, inclinación á que siempre, á pesar de los desengaños de la historia, ha sido propensa la mayoría, casi la unanimidad de nuestros más eminentes hombres de Estado. Aquel pacto, y la situación que creó frente á Inglaterra, contienen y encarnan la clave de todos los sucesos del reinado de Carlos IV y del ministerio del príncipe de la Paz, de que fué última consecuencia la situación general política de España que nos condujo á 1808 y á la guerra de la Independencia.

¿Cabe discutir cuál hubiera sido la suerte de España, si en vez de la alianza de 1796 con Francia, se hubiera aceptado la alianza con Inglaterra por Carlos IV, por el príncipe de la Paz y por el Consejo de Estado? Hay que declarar que Ingla-

terra no quiso jamás ser aliada de España, mientras España fué nación marítima de primer orden. La prueba está, sin otros antecedentes, en el fracaso de las gestiones que para conseguirlo hizo el conde de Floridablanca, á que antes se ha hecho referencia. Si Inglaterra entró en inteligencias con España en 1808, fué porque ya había aniquilado enteramente nuestra potencia naval en el cabo de San Vicente y en el glorioso aunque funeral día de Trafalgar. Pero si esa alianza hubiera sido posible en 1795 y en 1796, ¿qué habría hecho la Francia republicana, la Francia del Consulado y la Francia del Imperio con nosotros? Tendamos la vista por el espectáculo que en las guerras napoleónicas ofrecieron á la faz del mundo y de la historia todos los aliados de Inglaterra en el continente, á pesar de sus repetidas coaliciones, y entonces saltará á la vista del juzgador desapasionado lo que habría sucedido á España, tan próxima á las fronteras de Francia y tan aislada de todo el resto del orbe, donde en 1795 hubo que apresurar la paz de Basilea, siendo entonces Inglaterra nuestra amiga, porque ya Cataluña y Navarra pedían su anexión á Francia, y las Provincias Vascongadas, sobre todo Guipúzcoa, se deshacían en movimientos separatistas de España para constituirse en república independiente. Se dirá que éstos eran los efectos de la propaganda que la Francia revolucionaria hacía por todas sus fronteras. Pero estas propagandas contra sus vecinos, ¿no es el privilegio exclusivo de Francia, bajo todos sus sistemas de gobierno, y lo mismo cuando ofrece amistad que cuando se declara en guerra? Esa facilidad en dar oídos y seguir las insinuaciones de estas propagandas, ¿no es también la propensión exclusiva de todos los españoles en aquel tiempo, en éste y en todos? Claro es que en una situación de abierta hostilidad como la que existió de 1792 á 1795, estos resortes de la vecindad inquieta eran más peligrosos y creaban problemas más difíciles de resolver.

Júzguese como se quiera la totalidad de los sucesos accidentados que constituyeron el no corto reinado de Carlos IV y

el no corto ministerio del Príncipe de la Paz, pues el paréntesis de los ministerios de Saavedra, Jovellanos y Urquijo no fué más que un parentesis incoloro, inodoro é insustancial para la determinación del carácter de la política española en aquel tiempo, seducidos ó aguijoneados por Francia, ó provocados sin tregua por Inglaterra, ¿qué problema esencial se resolvía para nosotros sino el sostenimiento forzoso de una guerra marítima sin tregua con Inglaterra, que había de desangrarnos más en nuestro poder, en nuestro influjo, en nuestra fortuna venidera, por la influencia indeclinable que había de ejercer sobre el gran emporio de nuestras colonias americanas, que las exacciones, las violencias, los desafueros con que de continuo nos afligió la Francia?

Si á Francia nuestra amistad hubiera sido siempre preciosa, por guardarle las espaldas por la línea del Pirineo, mientras los ejércitos de la República ó del Imperio guerreaban en los demás campos de combate de Europa, lo era mucho más por el auxilio que encontraba en el de nuestras escuadras, punto esencial de esperanzas para Napoleón, que hasta que nuestras naves perecieron en Trafalgar, siempre halagó la idea del desembarco en Inglaterra. Con este auxiliar fué contra el que Inglaterra, desde el tratado de San Ildefonso, concentró todas sus iras. Desde el combate del cabo de San Vicente, el 14 de Febrero de 1797, hasta el combate de Trafalgar, el 21 de Octubre de 1805, la hostilidad de Inglaterra contra España no se dió momento de respiro. En el cabo de San Vicente, junto á los almirantes Jervis y Parker, apareció el entonces comodoro Nelson, que fué en el mar para España lo que cuatro años antes fué el artillero Buonaparte para España y para Europa en el sitio de Tolón. Ya aquel mismo año de 1797, este comodoro Nelson, otro genio del valor y la audacia como Napoleón, bombardeó á Cádiz y desembarcó en Santa Cruz de Tenerife, aunque en Cádiz lo escarmentaron las fuerzas sutiles españolas mandadas por Gravina, y en las costas canarias, el ilustre gobernador de las islas, D. Antonio Gutiérrez, que le

desarticuló uno de sus brazos con una bala de cañón. ¿Es de esta ocasión el detallar estas luchas de la hostilidad de Inglaterra contra España y sus posesiones, de 1797 á 1805? No, ciertamente; pero sí es conveniente declarar y dejar de una vez asentado, que para el mismo Napoleón, nuestro íntimo aliado, como Carlos IV en las postrimerías de su reinado le llamaba, *la pérdida del poder naval de España, que no pudo reponerse después de Trafalgar, fué el principio de su menosprecio hacia nuestra casa reinante, hacia el ministerio de su política y hacia los vínculos de amistad sostenidos con España, y el principio también de sus ideas sobre nuestro país para incorporarlo á los cetros de familia que él creó.*

Si, dado el carácter de Napoleón, hubo hacia el príncipe de la Paz, no hacia Carlos IV, algunas expansiones de su fingido y estudiado mal humor para proferir ante nuestros embajadores ó agentes oficiosos, conceptos audaces, frases de censura y hasta amenazas desvergonzadas, suponiéndole siempre ó veleidades de conducta en el ministro de aquel monarca, ó inclinaciones ó condescendencias hacia Inglaterra, que era la obsesión perenne del dictador de Europa, no se olviden los honores y las dádivas particulares con que con bastante frecuencia le agasajó, ni mucho menos sus condescendencias con España desde el regreso de Egipto, el salto al Consulado y la deificación del Imperio. Aunque nos costase la Luisiana el respeto que mientras vivió tuvo al príncipe viejo de Parma, padre de la reina María Luisa, y la constitución, aunque efímera, del reino de Etruria, para la más amada de las hijas de esta reina; cuando Marengo le hizo el dueño y árbitro de Italia, despojando hasta al Papa de su dominio temporal y de su sede apostólica en la capital inmortal, aquél fué un acto público de consideración casi inverosímil en la insania que tenía contra todos los Borbones. La habilidad de Godoy le frustró sus pensamientos ocultos, no sobre Portugal, sino sobre toda la Península ibérica, apresurándose á negociar y firmar el tratado de Badajoz, del 4 de Junio de 1801, hacien-

do entrar en los compromisos de aquel tratado, al propio hermano del cónsul, Luciano Bonaparte, como su embajador, cerca de la corte de España, y asistente al proceso de la campaña emprendida contra el reino vecino; y aunque se ha ponderado la indignación que este hecho produjo á Napoleón contra Luciano, es preciso leer los despachos reservados é inéditos de Azara á nuestro gobierno para saber lo que todavía no ha escrito ninguno de nuestros historiadores: que aquella indignación llevada hasta el frenesí, no fué por el fracaso desgraciado de los planes que había concebido, sino por el reparto de las cuantiosas sumas de dinero que le había valido el haber firmado la paz con Portugal. Al año siguiente sufrió otro desaire, aún más personal, de la corte de España, y también lo sufrió en silencio, aunque no lo olvidó nunca, y al cabo de sus días trató de sincerarse á su manera del hecho que le produjo en sus revelaciones del destierro en la isla de Santa Elena. Él había mandado á su hermano que al oído de Carlos IV y de su ministro dejase caer la especie de que tenía en proyecto su divorcio con Josefina Beauharnais, y su propósito de emparentar con nuestra casa real, mediante su matrimonio con la infanta D.ª Isabel, la menor de las hijas de Carlos IV y de María Luisa. Inmediatamente se arreglaron los dobles enlaces del príncipe de Asturias con la princesa María Antonieta de las Dos Sicilias, y el de la infanta D.ª Isabel con el primogénito y heredero de la corona de Nápoles. Ningún otro hecho contrario á sus ideas podía punzarle más agriamente en su amor propio personal, y el desaire lo soportó en silencio. Con todo, fácil es ver, en la substancia profunda de esta tentativa, que al querer enlazarse con una infanta española, para llevarla consigo á todas las exaltaciones de la ambición imperial que ya le llenaban la mente, mal podía cohonestar estas ideas con el propósito de destronar al padre de aquella princesa para otorgar su trono á uno de los maridos de sus hermanas. Cuanto sobre esto entró en su ánimo, *fué después que España perdió en Trafalgar*

el elemento defensivo de mayor importancia con que nuestro país gravitaba en la red de sus pensamientos: su poder naval, aquel poder con cuyo auxilio pasó diez años haciendo el bu á Inglaterra, su enemiga.

No es necesario entrar aquí en los sucesos de 1807, que prepararon las revoluciones de 1808. Entre exigencias inmoderadas del emperador, á las que nuestra corte estaba tan acostumbrada; entre amenazas aviesas, cada vez más frecuentes y violentas; entre despojos inicuos á los hijos de Carlos IV, á quienes había exaltado antes, y ofrecimientos al parecer deslumbradores para los que en su concepto dirigían, no la política de Carlos IV, porque en relaciones con aquel hombre no había plan ninguno posible de política sistemática, sino su conducta llena de humildes condescendencias; por una parte, preparaba todos aquellos tratados contradictorios, que tanto han dado que escribir á plumas poco reflexivas y desapasionadas; y por otra, todas aquellas tramas clandestinas, dirigidas por él mismo, y llevadas á efecto por su cuñado, el marqués de Beauharnais, su embajador en Madrid, introducido en el cuarto y en los conciliábulos secretos del joven príncipe de Asturias, para difamar á su propia madre y conspirar contra su padre y contra su ministro, que era lo mismo que prestarse á conspirar contra sí mismo y contra su patria. No; los que estudian con la debida reflexión aquel período de la historia de España, no pueden juzgar de estos hechos, considerándolos aisladamente para pronunciar sentencias de incapacidad, injustas y poco meditadas, contra nuestros monarcas y contra sus más leales servidores, que á la vez y con la misma lealtad lo eran de la nación. Hay que tener siempre presente, para apreciar todos los hechos de esta parte de nuestra historia, la figura despótica de Napoleón y el peso con que gravitaba, teniendo de su parte el genio y la fortuna, no sólo en nuestro país, sino en toda Europa á la vez. ¿Qué podíamos hacer desde el aislamiento peninsular en que nos encontramos con el hombre á quien la victoria de Austerliz puso á sus pies al

imperio de Alemania; las de Jena y Averstadt le convirtieron al rey de Prusia en su vasallo; la de Eyglean le erigió en el árbitro omnímodo de Europa, y la de Friedland le abrió las apartadas fronteras del imperio del czar, que vino á Tilsitt, el 25 de Junio de 1807, á constituirse en la tienda de campaña levantada en medio del Niemen, en tan prisionero suyo, bajo la perspectiva del reparto entre los dos del imperio universal, como el príncipe de la Paz, con los tratados impuestos á Izquierdo y que ni aun á sus manos llegaron, para alucinarle con el reparto de Portugal y la corona de los Algarbes, segunda edición del peregrino trono de Etruria para los infantes españoles, despojados de sus Estados de Parma? Si el emperador Alejandro, con sus colosales medios de defensa y con su distancia no menos colosal de la corte del nuevo César, no pudo evitar la burla de Tilsitt, ¿cómo Carlos IV y su ministro habían de soslayar, por extremada que su capacidad fuese, todas las tramoyas urdidas por aquel genio maquiavélico y ladino, para invadir y apoderarse de nuestro territorio, tejer las conspiraciones que produjera el proceso de El Escorial, incitar á la revolución de Aranjuez y arrancar del trono á nuestra familia real reinante, para conducirla prisionera á las abdicaciones de Bayona y á las inclemencias hasta inhumanas de Compiegne y de Valençay?

Los preliminares de la guerra de la Independencia, que abrazan todos los sucesos políticos del reinado de Carlos IV, tenían de nuevo que ser revisados por la historia; y analizándolos bajo el punto de vista del desamparo geográfico en que nuestra nacionalidad siempre se halla, de la falta de alianzas, de respeto y de defensa, y á las negativas que se dieron lo mismo á Floridablanca que á Aranda y al duque de Alcudia, por aquellos que después fueron nuestros amigos cuando ya se nos había despojado de todos los elementos de poder con que aún en 1789 y 1790 podríamos haber reconstituído el papel de influjo continental que la Francia de Luis XIV nos había quitado, y de la presión, por último, que sobre nosotros ejercie-

ron todas las instituciones de la revolución, contra las que en los campos de batalla no quiso favorecernos la fortuna, y todas las instituciones de la reacción que llevó al imperio al soldado, por quien se pronunció tenaz y siempre la victoria, formaremos el parangón de la suerte que nos cupo, y cuya responsabilidad hemos descargado sobre aquel trono y sobre aquel ministerio, á los que se les han hecho tantas injusticias, y de cuya acción interior el odio ha olvidado el carácter benéfico y paternal que distinguió en todas sus resoluciones las funciones soberanas de Carlos IV, y los impulsos hacia el fomento de la cultura y de la prosperidad públicas que, con celo infatigable, trató de dar al carácter de su tiempo el ministro vilipendiado en todas sus actitudes y en todos sus medios, y contra cuyas tentativas no pudo menos de ejercer su influencia obstruccionista la violencia del largo período en que, amigo ó enemigo, Napoleón impidió toda mejora en todas partes y á todo lo que no fuera francés.

En las conferencias del Ateneo á que se ha aludido, el docto catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Rafael Altamira, al tratar de esta materia, ha reconocido que el honor de la nación y el honor de la verdad están pidiendo á gritos que se reformen los conceptos equivocados hasta aquí vertidos por la historia; porque el Sr. Altamira, aunque no despojado del todo de las ideas sancionadas por una larga aunque equivocada tradición, es de los que militan en la escuela de la ciencia nueva, que aspira á que la fe del documento escrito, hasta aquí desconocido y olvidado, sea la que se imponga á los juicios ilustrados que demandan todas las conveniencias.

Si las conferencias hasta ahora desarrolladas en la Sección Histórica del Ateneo de Madrid han puesto de relieve la necesidad en que la cultura nacional se encuentra, para ilustrar esta parte de la historia, de acudir urgentemente á la investigación de los archivos nacionales, por fortuna hoy accesibles á todos los espíritus estudiosos en los preliminares de la guerra de la Independencia, y así bajo el aspecto de la política

interior, como de la exterior, del reinado de Carlos IV y de sus tres grandes ministros, Floridablanca, Aranda y el príncipe de la Paz, en el período de la lucha heroica que parece que es lo que se quiere conmemorar, esta consulta se hace tanto más indispensable, cuanto que ni sobre la transmisión y sucesión de las instituciones improvisadas para que la función de la soberanía tuviese una base de unidad y ámbito bastante en que ejercerse, ni sobre la misma guerra, que es la que ha tenido mayor número de historiadores, se ha explorado hasta ahora la inmensa riqueza documentaria que posee nuestro Archivo Histórico Nacional, y en cuyo seno, nuestro mismo diligente Gómez Arteche no tuvo ocasión de penetrar.

La historia de Carlos IV hasta ahora escrita está plagada de errores deliberados, que, cometidos por la ceguedad de la pasión en momentos de vivas controversias políticas, no han sido rectificados todavía, ofendiendo este olvido la majestad de la historia y el honor de la patria. La misma guerra de la Independencia, tan magistralmente tratada en todas sus acciones técnicas por la sagaz sabiduría de nuestro ilustre Gómez Arteche, aun adolece de muchas notas olvidadas, porque los documentos que las contenían, por largo espacio de tiempo han permanecido escondidos y olvidados. Ya son accesibles á todos los hombres estudiosos. El Ateneo ha abierto á éstos un noble palenque donde estas novedades pueden hacerse resaltar, como complemento magnífico del pensamiento generador de esta conmemoración tan ilustrada y tan patriótica. Al Ateneo toca hacer inspirar á sus maestros, y á sus oradores prestar este doble servicio, en busca de la verdad por la verdad, que sólo se halla en el testimonio del documento escrito. La verdad en la historia es la luz; la verdad, la enseñanza; la verdad, la conciencia; la verdad, el honor; y la obra del Ateneo no puede menos de dirigirse al honor, á la conciencia, á la enseñanza y á la luz, que es la gloria de la nación.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

RECUERDOS

La vida de las Cortes, hasta que se votó la Constitución, fué una vida ardiente, apasionada, de luchas, de conflictos; pero fué una vida noble y fecunda.

Pugnaban las ideas, unas contra otras; los hombres y los partidos eran los instrumentos que unos y otros ideales manejaban en aquel hermoso combate.

Lo pequeño se achicaba, lo grande crecía, y se respiraba atmósfera ardiente; pero atmósfera purificada por el fuego del pensamiento.

Cuando pasó este primer período; cuando hubo Constitución y poderes organizados, provisionalmente organizados, pero organizados al fin; cuando se planteó el problema de la candidatura real y se tocaron prácticamente las dificultades de este problema, entró la asamblea en su segundo período, y á las ideas se sustituyeron los hombres, y los partidos, y los intereses, y todas las malas pasiones que agitan á la raza humana en todas las esferas, y con caracteres especialísimos en la esfera política.

Las luchas, mejor dicho, los enconos entre progresistas, unionistas y demócratas se hicieron más vivos, si no en la superficie, en los oscuros cauces de las intrigas subterráneas.

Entonces fué cuando, según frase que se hizo corriente, los unionistas en general, y algunos progresistas, *pusieron en estudio* á los ministros demócratas, es decir, á Becerra y á mí, empezando por Becerra.

No atacaban de frente, pero aprovechaban las circunstancias.

Un incidente, insignificante en el fondo, pero que tomó ciertas proporciones, por desdicha inevitable ó acaso por ligereza que pudo evitarse, pusieron frente á frente en el Parlamento á Becerra y á Ayala.

Y ello fué que, por consecuencia de aquel pequeño conflicto, que los enemigos de los demócratas agrandaron, al fin y al cabo Becerra abandonó el Ministerio.

Le sustituyó, si mal no recuerdo, porque ya he dicho que cito de memoria, Moret.

Representábamos, pues, al grupo democrático Moret y yo.

Un nuevo conflicto, que no revistió forma parlamentaria, pero que tomó caracteres bastante graves, determinó algún tiempo después un nuevo cambio ministerial.

D. Nicolás María Rivero ocupaba la Presidencia de la Cámara, en rigor el puesto más elevado de aquella situación, y dado el espíritu democrático de aquella época, puesto más importante que el de Regente.

Mas ya lo dijo algunos años después Cánovas del Castillo, en sus conversaciones íntimas: que quiera ó no quiera, el Presidente de una Cámara, es probable que de diez veces, nueve, concluya por ser el enemigo natural del Ministerio.

No es regla absoluta, pero es regla muy práctica, y podrían citarse muchísimos ejemplos.

En suma: D. Nicolás María Rivero no simpatizaba con el Ministerio.

Respetaba á D. Juan Prim, reconociendo que era inconmovible é insustituible, sin contar con que tampoco él se hubiera dejado ni sustituir ni conmover.

Nos aceptaba á los ministros demócratas, como era natural; pero le puso la proa, según vulgarmente se dice, á Sagasta.

Decía D. Nicolás, á todo el que le quería oir, que los demócratas habían llevado á la Constitución los derechos indi-

viduales, y que para practicarlos, para infundirlos en la masa pública, para que pasasen de la región de los ideales á la realidad y á la costumbre, era preciso que estuviera un demócrata en el ministerio de la Gobernación.

Pero, según Rivero, Sagasta, por ser de procedencia progresista, y por haber tenido que acentuar el principio de autoridad en sus recientes luchas con los federales, no era el más á propósito para implantar la gran reforma, que los demócratas habían hecho triunfar en el Código glorioso que llevaba el nombre de Constitución del 1869.

En suma: que D. Nicolás quería ser, y estaba resuelto á ser, ministro de la Gobernación.

Sus amigos más íntimos no aprobaban esta idea; pasar en aquellas circunstancias de la Presidencia de la Cámara á un ministerio, no era subir, sino bajar; comprometer su reputación y su prestigio, comprometerse en la lucha diaria, ir dejando pedazos de su elocuencia, y casi me atrevería á decir de su grandeza épica, entre preguntas, interpelaciones y sucesos menudos, sin contar con las intemperancias de tal ó cual diputado; en vez de dominarlos á todos desde el sillón presidencial, imponerse á todos si llegaba el caso, y mirar de frente y en el mismo nivel al propio Regente del reino.

Todas estas reflexiones fueron inútiles. D. Nicolás estaba resuelto á ser ministro de la Gobernación para completar prácticamente, según decía, la obra democrática.

Al fin celebramos una noche Consejo de ministros para resolver el conflicto.

Aquel Consejo y sus diversos incidentes han quedado profundamente grabados en mi memoria; hasta veo, como en una prueba fotográfica, el sitio en que estaba sentado D. Juan Prim y el sillón que ocupaba D. Práxedes.

*
* *

El general planteó el problema con entera franqueza, sin retóricas y sin violencias, tranquila y reposadamente.

En el fondo vino á decir lo que yo antes he dicho, puesto que había celebrado varias conferencias con D. Nicolás María Rivero, y reproducía los argumentos del gran tribuno.

Hay que advertir que D. Juan Prim tenía puestas todas sus predilecciones en Sagasta.

Reconocía su talento, sus grandes condiciones parlamentarias; admiraba su vigorosa campaña contra los federales; y además de todo esto, tenía en él absoluta confianza y le profesaba verdadero cariño. Por nada de este mundo se hubiera separado de Sagasta.

Y sin embargo, como ante todo era hombre político, desde el punto de vista político planteó el problema, con toda claridad y precisión y con algo de energía militar.

D. Nicolás María Rivero quiere ser ministro de la Gobernación, porque dice que sólo desde ese ministerio pueden plantearse práctica y eficazmente las reformas democráticas. Pues hay que darle gusto. Yo creo que se equivoca; que ni le conviene al país, ni le conviene á él este cambio de la Presidencia de la Cámara por un ministerio.

De todas maneras, no podemos oponernos á su voluntad. Ha sido una de las grandes fuerzas de la Revolución; ha prestado eminentes servicios; puede prestarlos todavía, *y es preciso estar bien con él.*

Sagasta tomó la palabra, y brevemente manifestó que estaba conforme con cuanto había dicho el general; que él no había de ser un obstáculo para la nueva combinación, y que en el acto dimitía su cargo.

Sus palabras fueron nobles y levantadas; pero yo, que me precio de observador, notaba en el fondo cierta amargura, y á veces cierta ironía, respecto á los servicios que á la democracia podría prestar D. Nicolás en el ministerio de la Gobernación.

Se convino, pues, en la propuesta del general Prim, con asentimiento de todos.

Se convino además en que D. Manuel Ruiz Zorrilla pasa-

ría á la Presidencia de la Cámara, lo cual ensanchaba algo la combinación ministerial.

Pero Prim agregó, levantándose para dar unos paseos por el salón:

—Está bien, está bien; pero usted, Sagasta, no sale del Ministerio: pasa usted al ministerio de Estado.

Sagasta protestó con energía:—Yo puedo dejar Gobernación, porque así convenga á la política; pero yo no puedo estar á merced de Rivero para ir de un ministerio á otro, porque mi dignidad no consiente humillaciones.

El general protestó á su vez:—Ni Rivero le echa á usted del ministerio, ni yo lo consentiría, ni en un cambio de carteras hay humillación de ninguna clase.

Y siguió protestando Sagasta con energía, y siguió convenciéndole D. Juan Prim con dulzura y cariño.

—Le digo á usted—decía el general—que esta combinación me satisface, y me satisface mucho; porque, fíjese usted, Sagasta: las circunstancias políticas hacen que en cada momento un ministerio sea el más importante. Antes de la reunión de Cortes, no cabe duda, el ministerio de Fomento ha sido el de más importancia y el que por sus reformas ha ganado más popularidad; precisamente por eso va ahora á la Presidencia de la Cámara Zorrilla, y por eso está entre nosotros Echegaray. Desde que empezaron los trastornos republicanos, y durante las elecciones y en las primeras luchas parlamentarias con los federales, el ministerio de la Gobernación ha sido el más importante. Y yo le digo á usted que, en este momento, el más importante de todos es el ministerio de Estado; porque ¿cuál es por ahora el problema capital? El de elección de monarca. Pues ese problema lo tenemos que resolver principalmente usted y yo; usted en el ministerio de Estado; por eso necesito, y me viene muy bien, que pase usted á Estado: y de ninguna manera, haga usted lo que quiera y diga usted lo que diga, me separo de usted.

Y Sagasta se hundía cada vez más en el sillón, y cambiaba

el tono enérgico por el tono quejumbroso; pero seguía oponiéndose á encargarse de la cartera de Estado.

D. Juan seguía sus paseos, acercándose de cuando en cuando á Sagasta, y esforzando cada vez más sus argumentos en tono cada vez más dulce y paternal.

Y ya Sagasta no discutía, sino que cada vez tomaba una entonación más triste, repitiendo:—No puede ser, D. Juan, no puede ser; es una humillación, y hasta quién sabe si será un motivo de disidencia entre progresistas y demócratas. No puede ser, D. Juan; no puede ser.

Y D. Juan se detuvo otra vez más; y poniéndole la mano sobre la cabeza á Sagasta, le hizo casi una caricia paternal, repitiendo:—No sea usted así; sí puede usted; y dado que sea sacrificio, sacrifíquese usted por mí y por la causa de la Revolución.

Ya no luchó Sagasta.

—Haga usted lo que quiera, mi general.

Y la combinación quedó resuelta.

En Gobernación entraría Rivero; Zorrilla pasaría á la Presidencia de la Cámara; Sagasta se encargaría de la cartera de Estado.

Del resto de la combinación no me acuerdo; sólo sé que yo continuaba en Fomento, y me parece que ya Moret estaba en el ministerio de Ultramar.

Si no era Moret, era Becerra; pero, en suma, éramos tres los ministros demócratas en el Gabinete, contando con el refuerzo, que ya era refuerzo, de D. Nicolás María Rivero.

*
* *

Cuanto más se acentuaba la nota democrática del Gabinete, tanto más crecía la oposición sorda de los antiguos unionistas contra el Gobierno. Y no todos los progresistas miraban con buenos ojos esta invasión de los elementos democráticos.

Hoy todo el mundo es demócrata y alardea de democracia;

en aquella época el ser demócrata era algo sospechoso para los partidos monárquicos históricos, por sus ideas, por sus aficiones y hasta por su pasado.

Los compañeros, los amigos, los que durante muchos años habían sido correligionarios de Rivero, de Martos y de Becerra, se habían hecho republicanos federales.

En cambio, Martos y Rivero creyeron siempre que la federación era la ruina, el despedazamiento de la patria.

Hoy no se tiene tanto miedo á la federación.

Pero de lo que hoy se piensa, ya hablaremos cuando al día de hoy le toque su turno, y el presente se convierta en recuerdo, y tenga yo que hablar en estos artículos, si ese día llega, que mucho lo celebraré, de las cosas y de los hombres de fines del siglo anterior y del principio de éste, en que por obra del tiempo estamos metidos.

Decía que Martos y Rivero eran monárquicos, por motivos políticos y hasta por patriotismo: sobre todo, para conservar la unidad de la nación española.

Pero, á pesar de todo, como no erigían la Monarquía en dogma, como eran monárquicos circunstanciales, la mayor parte de los demócratas infundían sospechas y temores á los partidos monárquicos de abolengo, y sobre todo á los unionistas.

Únase á esto que los derechos individuales, aquel principio fundamental de una democracia que era ó totalmente individualista ó grandemente individualista por lo menos; cosas y principios que, tomados en su sentido casi absoluto, eran para muchos gérmenes no solamente peligrosos, sino disolventes, convertían los recelos de la unión liberal contra los demócratas en hostilidad apenas disimulada.

Y no hay que decir si la hostilidad aumentaría, al ver cómo iba creciendo la influencia y el personal democráticos en el seno del Gabinete.

Algunos meses antes no había ningún ministro demócrata; pocos meses después de promulgada la Constitución, ya éramos tres.

Por eso, como antes dije, nos habían puesto en estudio, para ir poco á poco desgastando la influencia democrática.

Consiguieron deshacerse de Becerra; pero le sustituyó Moret.

Y para deshacerse del eminente orador, era demasiado pronto.

Con D. Nicolás María Rivero no se atrevían; conservaba demasiada fuerza, tenía demasiado prestigio: combatirle abiertamente hubiera sido una torpeza y un escándalo.

No se atrevieron, pues, los unionistas, y aunque algunos individuos del partido progresista le tenían ganas, y perdóneseme lo vulgar de la frase, sobre todo desde que había sustituído á Sagasta en el ministerio de la Gobernación, no les quedaba más recurso que tascar el freno, y de mala gana lo tascaron.

Pero quedaba yo, y á mí me pusieron en estudio, esperando una coyuntura, una ocasión, deseando que yo diese un mal paso, para hacer conmigo lo que habían hecho con Becerra.

Yo lo sabía, porque tenía muchos amigos en la Cámara, en todos los lados de la Cámara. Por de contado, todos los demócratas lo eran; ó porque lo eran realmente, ó porque sabían mi intimidad con Martos, que iba siendo cada día mayor; también entre los progresistas contaba yo con simpatías, porque había intimado con muchos de ellos, con los más allegados á D. Manuel Ruiz Zorrilla, con los que algún tiempo después, al separarse Zorrilla y Sagasta, fueron zorrillistas resueltos.

Aun entre los mismos federales tenía buenos amigos, por ejemplo: Castelar, el marqués de Albaida, que en su lucha con Sagasta me ponía como ejemplo de buen demócrata.

Aún me sostenía el recuerdo de mis trabajos en Fomento con D. Manuel; aún no se había acabado de chamuscar la trenza del quemadero; ni se habían acabado de oxidar los hierros inquisitoriales.

Y aun después de ser ministro, había yo realizado un trabajo de extraordinaria importancia en una cuestión dificilísi-

ma y peligrosa, y en que había obtenido un verdadero triunfo del orden administrativo.

De este problema ya hablaré más adelante: han pasado cuarenta años, y todavía dura aquella ley, como dura la ley de Minas, que representó un progreso trascendental; como dura el Instituto Geográfico, cuya creación fué mía.

Y digo todo esto, porque en los tiempos que corren, si no se alaba uno, corre el peligro de que le olvide la gente, y además bueno es de cuando en cuando aligerar la monotonía de la modestia, salpimentando mis recuerdos con sus granitos de vanidad.

Ya que todo el mundo truena contra los convencionalismos, bueno será que yo también prescinda de ellos, para modernizarme en lo posible.

***

Decía, pues, que me habían puesto en estudio, y que esto me tenía sin cuidado, no sólo por tener bien guardadas las espaldas, tan bien guardadas, que, á pesar de todo, seguí en el Ministerio casi dos años, sino porque me importaba poco ser ó no ministro; habiéndolo sido, casi prefería no serlo; de suerte que no me esforzaba ni poco ni mucho en deshacer la conjura, ni me ocupaba en ella.

Dejaba correr los acontecimientos. Sin embargo, había una cosa en aquellos nubarrones que sobre mí cruzaban, que no dejaba de entristecerme.

D. Manuel Ruiz Zorrilla, á quien yo tanto quería, á quien debía tanto, para quien mi gratitud era tan profunda y mi amistad tan sólida, se iba alejando de mí.

La gente del pueblo ha inventado una frase muy expresiva, por más que sea chulesca, ó por el contrario, porque es chulesca es expresiva.

Y esta frase es:

«Tener cutis.»

Pues bien; yo tengo mucho cutis, es decir, mucha sensibilidad para apreciar cosas al parecer insensibles.

Y yo sentía que D. Manuel Ruiz Zorrilla no era para mí el de antes.

Al parecer, el mismo; nuestras relaciones eran cordiales; no habíamos tenido el más pequeño choque, ni el más insignificante rozamiento; y, sin embargo, no era el mismo.

¡Ah! La política es cruel, sobre todo, es traidora.

Yo no había variado; D. Manuel, sí.

Más tarde volvió á ser el que había sido, porque comprendió que yo era leal, y que en mí la gratitud no era palabra vana.

Mas por estos tiempos á que voy refiriéndome, la frialdad de su afecto para mí era evidente, y se puso á prueba, en forma pasiva, y me convencí de que mis sospechas eran fundadísimas.

Cosas de la política.

Habíanme puesto en estudio, vuelvo á repetir, y creyeron unos y otros—ya diré quiénes eran los otros y los unos—que habían encontrado ocasión oportuna.

Y se equivocaron como unos pobres diablos.

Pero esto lo explicaré en el artículo próximo. Y minuciosamente, porque se enlaza con una cuestión de extraordinaria importancia, aun hoy mismo.

José Echegaray

LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

I

CONSIDERACIONES GENERALES

Día de júbilo inmenso, inenarrable, fué el 28 de Febrero de 1498 para el cardenal arzobispo de Toledo fray Francisco Ximénez de Cisneros, hombre excepcional, en quien parecieron reunirse por maravilloso influjo todas las cualidades y virtudes que deben formar el complicado carácter de un gobernante perfecto, en cuanto la perfección sea compatible con las humanas flaquezas. En semejante día, pudo experimentar el íntimo regocijo de ver en camino de realizarse una de sus múltiples obras, todas gigantescas, todas plausibles, todas encaminadas á elevar á España sobre el nivel de los demás pueblos: revestido de pontifical, rodeado de pompa y solemnidades, con su propia mano colocó la primera piedra del Colegio Mayor de San Ildefonso, esto es, de la Universidad Complutense, habiendo enterrado debajo de aquel sillar una medalla de bronce conteniendo su busto, y una inscripción en que expresaba el destino del futuro edificio, con arreglo á los planos que el alarife Pedro Gumiel trazó.

Ya desde años antes, venía acariciando el magno pensamiento de establecer, en su predilecta ciudad que riega el Henares, una escuela general para instrucción de la juventud; y aunque la empresa estaba erizada de inconvenientes, como el carácter del ilustre purpurado tenía por base la tenacidad y

la constancia para llevar á cabo todo lo que consideraba bueno y útil, supo allanar todos los obstáculos hasta ver comenzadas las obras del edificio, primer paso en la empresa civilizadora que se propuso.

A partir de aquel momento, robando instantes á sus múltiples ocupaciones—que abarcaban desde el cuidado de su diócesis hasta los afanes belicosos y los asuntos de gobierno,—siempre tuvo á la vista los trabajos que en Alcalá se realizaban, soñando con ver llegar el instante de darles cima; y no bien le era permitido tomarse alguna temporada de descanso, establecíase en Alcalá, dedicándose á impulsar la obra, alentando con recompensas á los obreros, haciendo por sí mismo mediciones y cálculos, siendo, en fin, el alma de aquel nuevo ser de piedra que empezaba á formarse.

Avido de llegar al fin apetecido—cual era el de ver funcionando el establecimiento docente creación suya,—en cuanto quedó concluso lo más indispensable de las construcciones, hizo abrir las aulas, y en 26 de Julio de 1508 inauguró solemnemente laUniversidad, con el nombre de Colegio Mayor de San Ildefonso, en honra del santo patrono de Toledo.

Seguidamente, estableció en la flamante escuela numerosas cátedras, predominando las de Ciencias eclesiásticas, de Gramática, de Lengua griega, de Artes liberales; atrajo al seno de su fundación á los más doctos profesores de la época, señalándoles pingües emolumentos, y llevando su afán al extremo de edificarles casas de campo y cederles fincas de recreo en que solazarse pudieran los días festivos.

Prohibió la enseñanza del Derecho, fundándose en que éste era ya bien estudiado en Salamanca; pero ésta no era una razón convincente, siendo lo más probable que procediese así para no declararse en abierta hostilidad con los doctores salmantinos, que no vieron con buenos ojos la aparición del nuevo centro, y hubiera sido mayor su enojo á no proceder Cisneros con su habitual diplomacia. Ello es que sólo puso dos cátedras de Derecho Canónico, como auxiliares de la Teología.

Pero, paulatinamente, fueron aumentándose los estudios jurídicos, hasta casi equilibrarse con los teológicos: hasta que, en la reforma llevada á cabo por el doctor Medrano en 1666, se consiguió la creación de varias cátedras de Derecho Romano, y luego otras de Derecho de Partidas, sin perjuicio de conservar la preeminencia los estudios canónicos, y considerando aquéllos como comentario imprescindible de éstos, con sujeción al aforismo que dice: *Cánon sine lege, tamquam pastor sine grege.*

Convencido Cisneros de la conveniencia de dotar pródigamente una fundación de aquella índole como requisito indispensable para que pudiera realizar sus fines, asignó para el sostenimiento de la Universidad y Colegios á ella anejos, una renta en fincas de catorce mil ducados, que después se fué aumentando considerablemente. Sin olvidar ningún detalle de cuantos pudieran afectar á su empresa, hizo un excelente reglamento de estudios; creó premios y recompensas para estimular á los estudiantes, siendo él mismo, cuando le era posible, quien presidía los ejercicios y otorgaba los galardones. Y, en un colmo de previsión igualitaria, estableció plazas gratuitas para estudiantes pobres, y fundó un hospital para enfermos menesterosos.

Bajo tan buenos auspicios iniciada, la Universidad Complutense floreció con rapidez, no tardando en emular á la de Salamanca: y tal era su auge, que cuando, á los veinte años de su apertura (1528), recibió la visita de Francisco I, siete mil estudiantes salieron á recibir al prisionero de Pavía, el cual, admirado, aseguró que Cisneros había conseguido por su solo esfuerzo lo que Francia necesitó una serie de reyes para ver realizado.

Trescientos veintiocho años después de su fundación, esto es, en 1836, la Universidad de Alcalá fué trasladada á Madrid: la imperiosa centralización hubo así de exigirlo, y la ciudad del Henares tuvo que resignarse, con profunda pena, á ver cómo desaparecía su más preciado orgullo. Desde entonces,

frío como una sepultura, el magno edificio que asombró á Fernando el Católico, yace abandonado, con la soledad de las cosas muertas: y si el turista por él ambula, esfuérzase por apagar el ruido de sus pisadas sobre el enlosado pavimento, ante el temor de que la austera sombra del cardenal, increpando al intruso, le haga ver la tremenda injusticia de los hombres al destruir, por falaces exigencias de momento, la ímproba labor que los siglos debieran dejar incólume.

II

LA CIUDAD.—EL EDIFICIO

Alcalá de Henares puede envanecerse de haber sido una de las poblaciones que mayor interés ofrecen con relación á la historia de España. Como Santiago, como Burgos—tal vez más que estas ciudades, que aún conservan resto de sus pretéritos esplendores,—Alcalá viene á ser un exacto símbolo de la suerte de España á través del tiempo: ella, en otras épocas poderosa é influyente, hoy se ve postergada y empequeñecida; cuna de próceres y residencia de reyes en añejas etapas, sólo conserva como legado de gloria los restos preciados de sus monumentos grandiosos, que constituyen la admiración del viajero y el regocijo del arqueólogo. Es, por lo tanto, un pueblo que sólo de recuerdos vive, como hermosa envejecida y ajada, que únicamente logra conllevar su existencia evocando en el arsenal de su memoria la risueña remembranza de sus encantos fenecidos.

Cómplutum para los romanos, *Al Kala Nahar* para los moros, fué reconquistada en 1088 por D. Bernardo, arzobispo toledano, sin que los almohades, que después de la batalla de Alarcos hicieron incursiones por sus contornos, lograran domeñarla, conformándose con talar sus feraces campiñas. En ella residió Sancho IV *el Bravo* é hizo su testamento; en ella se avistaron los reyes de Aragón y Castilla para tratar de las

pretensiones de los infantes de la Cerda y pactar alianza contra los muslimes; en su seno se celebraron en 1348 las Cortes famosas que Alfonso XI convocó, y que dictaron el *Ordenamiento de leyes,* que tan importante papel ha jugado en nuestra legislación civil, arbitrándose además recursos en aquella asamblea para emprender la conquista de Gibraltar. En Alcalá murió Juan I de Castilla, derribado del caballo que montaba; allí el arzobispo Tenorio se hizo fuerte contra el gobierno de regencia de Enrique III, y dentro de su recinto, este mismo monarca recibió las embajadas que Carlos de Navarra y el Gran Tamerlán hubieron de enviarle. Durante los altercados que se suscitaron durante el reinado de Juan II, D. Iñigo López de Mendoza se apoderó en 1441 de Alcalá, siendo en sus inmediaciones sorprendido y derrotado por el Adelantado de Cazorla, Juan Carrillo. Los príncipes Fernando é Isabel recibieron en 1473 al cardenal Rodrigo de Borja dentro de los muros alcalaínos; y dos años más tarde, cuando el arzobispo de Toledo se rebeló contra aquéllos, Don Alonso, hijo natural de Don Fernando *el Católico,* puso cerco á la ciudad, partidaria del rebelde. En 1497, los excelsos unificadores de España recibieron también en Alcalá á los embajadores de Carlos VIII de Francia. El cardenal Cisneros fundó su Universidad y dirigió los trabajos de la célebre *Biblia Polyglota,* llamada *complutense,* labor que asombró á Europa entera, por ser un trabajo verdaderamente gigantesco, tanto como obra literaria como en su aspecto tipográfico.

Finalmente: Alcalá fué patria de Don Fernando, hermano de Carlos V y su sucesor en el imperio de Alemania; de Doña Catalina, hija de los Reyes Católicos, que casó con el monarca de Inglaterra Enrique VIII; de D. Antonio de Solís, el historiador de la conquista de México, y del coloso de las letras hispanas, Miguel de Cervantes Saavedra, bautizado en el templo de Santa María la Mayor.

*
* *

El año de 1513, el rey Don Fernando *el Católico* pasó por Alcalá de Henares, y hallándose un tanto quebrantado de salud, se detuvo para reponerse. El cardenal, que á la sazón también allí residía, regocijóse ante la idea de poder mostrar al soberano su obra, ya en pleno funcionamiento, aunque no del todo terminada. Mas como no era Don Fernando hombre de letras, pasaron unos cuantos días sin que de tal cosa se preocupase, en tanto que el cardenal, temiendo hacer indicaciones que pudieran ser desatendidas, lamentábase en su fuero interno de la escasa atención que para el monarca merecía aquel fruto de sus constantes desvelos. Por fin, á costa de alguna indirecta, el soberano se dió por aludido. Y un día, disponiéndose para sentarse á la mesa, dijo al cardenal, que presenciaba su refacción:

—En cuanto concluya de comer, iré á visitar vuestros colegios y á censurar vuestras fábricas.

La explicación de esta frase está en las críticas que al cardenal dirigieron sus contemporáneos por la magnificencia, á juicio de ellos excesiva, con que instaló los centros docentes de que fué creador insigne: motejábanle de dilapidador al contemplar los edificios construídos á su costa, y era corriente una frase humorística—que demuestra que el culto al retruécano no es fruto de los tiempos actuales,—afirmando que jamás Toledo había tenido un arzobispo tan *edificante* como el célebre conquistador de Orán.

No bien Cisneros tuvo noticia del para él fausto suceso que se avecinaba, dirigióse á la Universidad para disponer un digno recibimiento. Y cuando el monarca, acompañado del rector y de todos los doctores del claustro, apreció por sí mismo la grandeza de la obra realizada por el cardenal, no pudo menos de decirle:

—Vine con ánimo de censurar vuestras fábricas; pero ahora no puedo menos de admirarlas como merecen.

A lo que el cardenal, modestamente, repuso:

—Señor: mientras vos ganáis reinos y formáis capitanes,

yo trabajo para formaros hombres que honren á España y sirvan á la Iglesia.

El vasto edificio construído para albergar el Colegio Mayor de San Ildefonso, no corresponde á ninguno de los órdenes arquitectónicos definidos, siendo un conjunto de todos ellos, influído por el gusto plateresco, que ofrece indudable elegancia y majestad. Fué terminado en Mayo de 1553; es de piedra de Colmenar, y consta de tres amplios cuerpos.

Después del gran vestíbulo, inmediato á la puerta de entrada, penétrase en el primer patio, circundado por 96 columnas dóricas, que sostienen airosos arcos, rematados por una barandilla de piedra con cuatro medallones—uno en cada testero,—uno de los cuales contiene esculpida la imagen del cardenal. El segundo patio, llamado *de los filósofos,* está formado por columnas de orden compuesto, en parte sin terminar, ó destruído; y por último, el patio tercero, ó *trilingüe*—así denominado porque en él departían los estudiantes que dominaban el latín, el griego y el hebreo,—con elegantes columnas de estilo jónico. Después de este último patio llégase al Paraninfo ó Teatro Mayor, donde se conferían los grados académicos, lugar el más lujoso y mejor adornado de la Universidad. En la planta baja estaban las cátedras; en el segundo piso las salas Rectoral, de catedráticos y de claustro, á más de las oficinas y la Biblioteca.

Por último, en la capilla mayor de la iglesia del Colegio está el sepulcro de Cisneros, labrado en mármol por Dionisio Florentino, y rodeado por una balaustrada de bronce, soberbiamente fundida por los artistas Nicolás Vergara, padre é hijo. Una inscripción latina dice así:

ADVENA, MARMÓREOS MIRABI DESINE VULTUS
FACTAQUE MIRÍFICA FÉRREA CLAUSTRA MANU:
VIRTUTEM MIRARE VIRI, QUÆ LAUDE PERENNI
DUPLICIS ET REGNI CULMINE DIGNA FUIT (1).

(1) Deja, caminante, de admirar esos mármoles y balaustres de hierro, con tanto primor trabajados, y contempla las virtudes del ilustre varón

III

LOS CENTROS DE ENSEÑANZA ESPAÑOLES HASTA FINES DEL SIGLO XV

Para bosquejar la evolución de las instituciones docentes, no sirven de cómputo ninguna de las divisiones del tiempo empleadas por la cronología como jalones en la marcha inacabable de los siglos; con respecto de esta materia, sólo cabe dividir la Historia en dos grandes etapas: la primera, negativa, *antes* de la creación de las Universidades, y la segunda, positiva, *después* de realizarse dicho acontecimiento.

Durante la primera época, la enseñanza carecía de organización: el que sabía algo, lo enseñaba, y el que tenía deseo de estudiar, aprendíalo, siempre dentro del reducido límite del esfuerzo individual. Generalmente, eran los clérigos los que se dedicaban á la enseñanza, porque los demás, ocupados en la guerra, carecían de tiempo y de cultura para otros menesteres que los puramente belicosos. Fácil es comprender que la enseñanza en los aludidos tiempos realizábase de la manera más empírica y deficiente imaginable.

Pero al aparecer las primeras Universidades, surge un gran desarrollo de la cultura científica en general, y principalmente en la esfera del Derecho. Ya en la época romana hubo estudios públicos superiores de Jurisprudencia, llegando á existir, en tiempos de Justiniano, los tres grandes centros docentes de Roma, Constantinopla y Beryto. Hacia el siglo XI se fundó la primera Universidad propiamente tal, que fué la de Bolonia, en cuyos comienzos no era sino una Escuela de Derecho, creada para estudiar los Códigos justinianeos, principalmente las Pandectas, cuyos comentaristas, los célebres *glosadores,* formaron aquel momento jurídico que se llamó *Glosa*

---

que encierran, merecedor de alabanza eterna, y digno de haber sido elevado al más alto puesto de la doble monarquía.

magna. Luego se ampliaron los estudios en Bolonia, creándose los de Teología, Decretos (Derecho canónico) y Artes (*trivium* y *quadrivium*).

A esta Universidad boloniense acudían estudiantes de todos los países, cuyas relaciones facilitábanse merced á la costumbre entonces en vigor de que en las explicaciones, libros y discusiones tuvieran como único medio de expresión el idioma latino, cuyo general empleo borraba la heterogeneidad lingüística de los alumnos. Y cada uno de éstos, al retornar á su patria respectiva, llevaba en germen la idea de fundar en ella centros análogos á aquel en que adquirió sus conocimientos (1). Debido á esta circunstancia, aparece la Universidad de la *Sorbona,* en París; la de Oxford y Cambridge, en Inglaterra; la de Leipzig, en Alemania; la de Lovaina, en Bélgica, y las de Palencia, Salamanca y Valladolid, en España.

La Universidad palentina, primera de las que en nuestra patria se fundaron (2)—en tiempos de Alfonso VIII y sobre la base de los estudios teológicos,—tuvo efímera duración; es ineludible ley la de que todo en la vida debe hallarse subordinado al elemento económico, y aquel templo de la Ciencia , que debiera estar libre de utilitarias mezquindades, sucumbió por faltarle los míseros ochavos que toda empresa humana necesita para llegar á feliz puerto.

Después de su desaparición, creáronse las de Salamanca y

(1) Llamábase *bolonios* á los que habían estudiado en Bolonia. Como su petulancia era extraordinaria, creyéndose superiores á los demás mortales, la palabra antedicha pasó al lenguaje familiar, y hoy mismo se emplea para designar á las personas excesivamente engreídas de sí mismas, incursas en el vicio de pedantería aguda.

(2) No es posible pasar por alto, aunque sólo sea de pasada, el recuerdo de los *Estudios* creados por Sertorio en Osca (Huesca) durante la dominación romana, así como la *Escuela Isidoriana* de Sevilla, y sus ramificaciones en Toledo, Zaragoza y otros parajes. Pero tales centros docentes, siempre interesantes por la época de su fundación, no realizaron una labor fructífera, pues la obra de Sertorio tuvo efímera existencia, y la de San Isidoro fué bastardeada por el empirismo de aquellos tiempos, totalmente en pugna con toda idea seriamente científica.

Valladolid, siendo la base de los estudios en la primera, la Teología, y en la segunda, el Derecho. Con posterioridad á ellas, surgen otras Universidades mayores y menores, con sus correspondientes colegios y conventos agregados. Así, aparecen las de Santiago, Oviedo, Sevilla, Granada y Alcalá, todas las cuales tenían la consideración de *mayores;* y, además, otras *menores,* como las de Osuna, Sigüenza, Huesca, Zaragoza, Lérida, Cervera, etc. En todas ellas se estudiaba el Derecho, agregándose en algunas los Cánones, la Teología y la Medicina, á más de las Artes liberales. Decíase que las Universidades eran de *estudios generales,* cuando comprendían la mayor parte de las ciencias y conocimientos indicados; y *particulares,* si se circunscribían á uno solo. Diferenciábanse, además, en que las primeras conferían *grados*, y las segundas solamente suministraban enseñanza.

Las categorías de los centros docentes, al final de los siglos medios, eran, por lo tanto: las Universidades mayores, las Universidades menores y los Colegios universidades, distinguiéndose, además, entre las primeras, las que gozaban de universal renombre, como era la de Salamanca, la cual estaba al mismo nivel que las de Bolonia, Roma y París, constituyendo las cuatro Universidades más famosas del mundo.

IV

ORGANIZACIÓN DE LAS UNIVERSIDADES.—FORMA DE LA ENSEÑANZA

Para los que estamos habituados al modo de ser de las modernas Universidades, no puede darse contraste mayor que el que existe entre la organización actual de las mismas y la que tenían durante los siglos medios.

En efecto: la Universidad antigua, juntamente con los colegios y conventos á ella anejos, formaba una verdadera república literaria: Salamanca, por ejemplo, era un campamento docente, por el que sólo transitaban estudiantes, luciendo

su indumentaria típica. El claustro universitario, formado hoy por los profesores, y sólo en contados casos por los doctores, que casi son en él meras figuras decorativas, era entonces todo lo contrario, pues constituíanlo los doctores, y muy secundariamente entraban en él los catedráticos, muchos de los cuales, por otra parte, no tenían el grado de doctor, sino sólo el de bachiller.

Eran, pues, los doctores los que regían la Universidad, llevando al frente dos dignidades: el *rector* y el *maestrescuela*. Contra lo que hoy sucede, el rector, jefe de los estudios, era generalmente elegido entre los alumnos. El cargo de maestrescuela solía desempeñarlo el mismo que lo ostentaba en la iglesia catedral.

Las Universidades ostentaban considerables fueros y exenciones; y en virtud de esto, existían dentro de ellas unos funcionarios, llamados *jueces conservadores,* cuya misión era la defensa de los aludidos privilegios. Algunas Universidades tenían, además, el *primicerio*, que era el primero de los doctores, presidente del Claustro, y el *decano*, ó sea el doctor más antiguo, al que correspondía dar la investidura de los grados académicos. También existían los *secretarios* y *notarios* de las Universidades; los *bedeles*, que habían de ser forzosamente fijosdalgo, porque llevaban á su cargo el cómputo de las faltas de asistencia, debiendo ser creídos en este punto bajo su palabra.

Por regla general, los profesores no desempeñaban sus cátedras en propiedad, sino tan sólo temporalmente. Las clases recibían denominaciones con arreglo á la nomenclatura canónica; así, se llamaba *cátedra de prima* á la que se celebraba la primera por la mañana, y *de vísperas*, á la que tenía lugar la última por la tarde.

Dábanse, además de las corrientes, las llamadas *explicaciones extraordinarias,* practicadas por alumnos que, para recibir el grado de doctor, debían acreditar su suficiencia de este modo, así como también en otros actos públicos, tales como

las discusiones para defender una tesis con argumentos en contra. Estos ejercicios eran presididos por los llamados *moderantes,* porque su misión consistía, no ya en dirigir las discusiones, sino en *moderar* los arrebatos de los discutidores.

Muchas veces, con objeto de vigilar el estudio y conducta de los escolares, el rector, acompañado del bedel, giraba visitas domiciliarias á las posadas y alojamientos estudiantiles; mas tan loable medida solía carecer de eficacia, pues era lo corriente que los traviesos alumnos hallasen trazas para eludir aquella vigilancia, que tan molesta habría de parecerles.

***

Reducíanse en un principio los estudios universitarios á las llamadas *Siete artes liberales*, que se clasificaban en los dos grupos denominados *trivium* y *quadrivium*, comprendiendo respectivamente: el primero, la Retórica, la Gramática y la Dialéctica; y el segundo, la Aritmética, la Geometría, la Astronomía y la Música. Más tarde, los estudios se agrupan en *Facultades*, reuniendo las materías de índole análoga, y estableciendo en cada una de aquéllas los tres grados de *bachiller, licenciado* y *doctor*.

Duraban los estudios siete años: al terminar el cuarto curso se confería el grado de bachiller, y al concluir el sétimo el de licenciado, en virtud de sendos ejercicios, cuyo rigor era grande, cosa lógica, si se tiene en cuenta que no se practicaban exámenes parciales de prueba de curso, bastando para dar por aprobado cada uno de ellos, la asistencia del alumno á las cátedras, expidiéndose al final las *cédulas de curso*, equivalentes á la nota de *aprobado*. Concedíanse los grados *némine discrepante*, ó sea por unanimidad, cuando todos los examinadores votaban al graduando con bola blanca, en virtud de ejercicios brillantísimos; pero esto rara vez tenía lugar, siendo lo más frecuente obtener el grado por mayoría de votos.

El grado de bachiller habilitaba para enseñar y para ejercer las profesiones. El de licenciado era el más importante de

todos, efectuándose al concluir la carrera, y después de haber permanecido el graduando encerrado durante veinticuatro horas para desarrollar su tesis, pasando en vela la que se llamaba *noche triste*, precursora del examen. Este grado daba *licencia* para ser doctor, y de aquí el denominarse *licenciado* al que lo poseía. El de doctor obteníase por medio de fáciles ejercicios, siendo en él lo más importante la parte de ceremonial, que era muy ostentosa, costando grandes sumas su realización, pues en algunas Universidades, como la de Salamanca, el graduando debía costear una corrida de toros en albricias (1), á más del paseo por la población, formando comitiva, y el solemne acto de la investidura. Una de las ceremonias de ésta era el *vejamen*, que consistía en dirigir insultos poéticos al graduando, á cuya costa se imprimían después los versos en que se le zahería y mortificaba.

Practicábanse los estudios asistiendo á las cátedras, donde se leían las obras que servían de materia para el curso; y, cuando aún no había imprenta, ó estaba poco extendido su uso, existía un cargo en las universidades, el de los *estacioneros*, encargados de suministrar á los alumnos copias ó apuntes de las obras leídas en cátedra.

(1) Un dato curiosísimo para los coleccionadores de anécdotas relacionadas con la *fiesta nacional*, nos ofrece el siguiente acuerdo adoptado por la Corporación municipal salmantina en el siglo XVI: «Los doctores que »se gradúen en esta ciudad, ocho días antes del grado, se presenten en el »Consistorio, conforme á la muy antigua costumbre, y hagan el juramen»to y lo demás que siempre se ha hecho, y dén toros y comida y colación »á la justicia y Regidores y Sesmeros y Caualleros, cumplida y honrosa»mente; y si fuere un doctor solo, dé cinco toros, y si dos ó más, cada uno »quatro, y cuando se presentare, dexe en el Consistorio en poder del Es»criuano dél prendas para el cumplimiento de lo sobredicho, y no las buel»ua sin licencia del Consistorio hasta ver si lo ha dado cumplida y honro»samente, y si no se vendan y se cumpla bien como se deue.»

Compréndese las dificultades que habían de encontrar los estudiantes de entonces para doctorarse, por el enorme desembolso que implicaba la práctica de tales ceremonias. Y es por demás interesante observar la importancia concedida á los toros, sin cuyo concurso no se otorgaba suficiencia á los estudios realizados.

Durante el verano tenía lugar el *cursillo,* con explicaciones de *extraordinario,* no efectuadas por los profesores, sino por alumnos que aspiraban á ingresar en el profesorado.

Las Universidades eran autónomas: recibían privilegios y exenciones del Papa y de los reyes, siendo poseedoras de cuantiosas rentas, merced á las cuales podían regirse por sí mismas, sin que el Estado tuviese intervención alguna en su vida.

Las insignias académicas en nada diferían de las de hoy: el bachiller llevaba toga y birrete, como ahora los licenciados; el doctor añadía la muceta y la borla, del color de su Facultad, que era: *blanco* para Teología, *rojo* para Derecho y *amarillo* para Medicina. Después, se creó la de Farmacia, con color *morado*; y al partirse la Filosofía en las dos de Filosofía y Letras, y Ciencias, se dió á cada una un diferente tono del color *azul*.

El traje de los estudiantes se componía de sotana, manteo y tricornio, lo mismo que el de los profesores, á no ser que fuesen clérigos, en cuyo caso, llevaban sombrero de teja. Los colegiales vestían un ropón sin mangas, la beca roja sobre los hombros, y un bonete de superficie plana en la cabeza. Cuando un colegial se hacía doctor, poníase sobre el ropón la muceta y la borla.

V

LEGISLACIÓN DE PARTIDAS REFERENTE Á LAS UNIVERSIDADES

Sabias é interesantes por demás son las disposiciones que el Código inmortal de Alfonso X contiene relacionadas con los asuntos universitarios, y que, por estar vigentes en tiempo de Cisneros, son dignas de figurar en el presente trabajo. El título XXXI de la Partida 2.ª, se denomina *De los estudios en que se aprenden los saberes, é de los maestros é de los escolares,* y encierra importantísimas prescripciones.

Dice que *estudio*, ó sea establecimiento docente, «es ayun-

»tamiento de maestros é de escolares, que es fecho en algund »logar con voluntad é entendimiento de aprender los saberes. »E son dos maneras dél. La vna, es á que dicen estudio gene»ral (esto es, lo que hoy se conoce con el nombre de Universi»dad), en que ay maestros de las artes, assí como de Gramá»tica, é de la Lógica, é de Retórica, é de Arismética, é de »Geometría, é de Astrología. E otrosí, en que ay maestros »de Decretos, é señores de leyes (profesores de Cánones y de »Derecho, respectivamente). E este estudio, deue ser establesc»ido por mandado del Papa ó del Emperador ó del Rey. La »segunda manera, es á que dizen estudio particular, que quie»re tanto dezir como quando algund maestro muestra en al»guna villa apartadamente á pocos escolares. E á tal como »este pueden fazer perlado ó concejo de algund logar.»

Las condiciones que exigía el famoso Código en las localidades donde se organizasen estudios, son: que tengan *buen ayre, fermosas salidas, y abondadas de pan, é de vino, é de buenas posadas*, para que tanto los maestros como los escolares, puedan pasear en las horas de descanso, y encuentren alojamiento sin grandes estipendios; que los moradores de tales lugares honren y guarden á los que á los estudios se consagran; que para cada enseñanza haya un maestro, cuyo sueldo anual, que había de señalar el rey, érale entregado en tres plazos: el primero, al comenzar las explicaciones; el segundo, por Pascua de Resurrección, y el tercero, por San Juan Bautista; que las escuelas se sitúen en lugares apartados de las villas, y cerca unas de otras, para que los escolares puedan dedicarse con tranquilidad al estudio, y les sea lícito oir las explicaciones de varios maestros; que éstos, con los escolares, estén capacitados para formar hermandades, en provecho de los estudios y de ellos mismos, bajo la jefatura de un mayoral, denominado rector; que los escolares no puedan ser demandados sino ante sus maestros ó ante el obispo, á no ser por *pleyto de sangre*; que los maestres deben disfrutar de ciertos privilegios y honores, etc.

Tal es la discreción y tino de las disposiciones mencionadas, que por sí solas bastarían para justificar á su glorioso autor el dictado de *Sabio,* que merecidamente ostenta.

VI

EL EXPEDIENTE PARA LA BEATIFICACIÓN DE CISNEROS

Al morir el cardenal Cisneros, el 8 de Noviembre de 1515—tal vez envenenado por los nobles flamencos; tal vez, pese á Prescott, á impulsos del desencanto que hubo de producirle la ingratitud de Carlos V al enviarle despreciativamente á regir su diócesis toledana,—el pueblo de Castilla se conmovió hasta lo profundo de sus fibras sensibles. Bien es cierto que el famoso prelado es el único gobernante á quien los mismos contemporáneos han honrado como á un santo, y á quien haya el pueblo fanáticamente atribuído la posesión de dotes milagreras. Sin embargo, la Iglesia, acostumbrada á beatificar y á canonizar á unos reyes porque mataban muchos moros, y á otros porque tostaban numerosos herejes, denegó, ó por mejor decir, dió inicuo carpetazo al expediente instruído para la beatificación de aquel hombre ilustre á quien España debe una hermosa obra de civilización y de progreso, á todas luces impropia de los tiempos en que floreciera, más propicios para satisfacer los impulsos nefandos emanados de los odios de raza, que para rendir culto á las ansias de saber que inquietaban el ánimo de Cisneros.

Fué empeño de la Universidad Complutense el logro de la beatificación de su fundador ilustre: y aunque no lo consiguiera, siempre será para ella un timbre de gloria, que las injusticias humanas, al negarle su apoyo, no bastarán á empalidecer.

En 1545—treinta años después de morir Cisneros,—siendo rector de la Universidad alcalaína el doctor D. Andrés Abad, con motivo de la exhumación de los restos del ilustre prelado, para hacer obras en la Capilla mayor, donde yacían, dispuso

que se reuniesen los documentos más preciosos que fuesen hallados en el Archivo, remitiéndolos seguidamente al maestro Alvar Gómez de Castro, para escribir la vida del célebre arzobispo de Toledo, como lo hizo, saliendo á luz en 1563 su obra, la cual, escrita en latín, se considera justamente como una de las obras clásicas de nuestra literatura latina del siglo XVI.

Años más tarde—1597,—el doctor D. Alonso Sánchez Lizarasu trató de entablar la causa de la beatificación; pero le sobrevino la muerte, segando en flor sus iniciativas, que quedaron en suspenso hasta 1626, en que el rector, doctor D. Pedro Yagüe, reunió el Claustro para tratar de este asunto, autorizándose al Colegio para librar 300 ducados, á fin de incoar el expediente, reuniendo las informaciones necesarias. Varias partidas de dicha suma fueron entregadas al doctor Rámila, con el encargo de recoger informaciones testificales, que se ejecutaron en Alcalá, Toledo, Madrid, Orán, Granada y Torrelaguna, interviniendo la autoridad ordinaria del eminentísimo cardenal Zapata, administrador general del arzobispado. En 1634 fueron conclusas las informaciones; y, habiendo merecido la aprobación ordinaria, se remitieron á Roma para entablar ante la curia apostólica la santa causa de la beatificación, incoada á instancias del monarca Felipe III, del cardenal Infante, de la Santa Iglesia de Toledo y del Colegio y Claustro universitario de Alcalá. Presentáronse estas informaciones seguidamente al Sumo Pontífice, quien, después de varias Congregaciones, les concedió la signatura—1636,—nombrando ponente del asunto al cardenal Espínola.

Con este motivo, y considerando en buena marcha el expediente, hubo en Alcalá grandes fiestas, entre ellas el paseo triunfal obligado en los casos de investidura, y el *Víctor* ó *Vítor,* que consistía en una serenata con música, cohetes, hachas de viento y mucha algazara. Pero todo ello fué prematuro, pues el asunto sufrió dilaciones durante los pontificados de Urbano VIII é Inocencio X, sin que valiesen ofrendas ni recordatorios por parte del Claustro de Alcalá, siendo ineficaz,

asimismo, la activa propaganda hecha por el infatigable padre Quintanilla.

Desde fines del siglo XVII á mediados del XVIII, hay una laguna enorme en la santa causa. Los individuos de la curia romana no la activaban lo más mínimo, y aunque los questores recibían á nombre de aquéllos grandes dádivas de los entusiastas doctores alcalaínos, que tomaron como puntillo de honra el triunfo del expediente, nada se conseguía.

Una causa oculta, ejerciendo de rémora, inmovilizaba la marcha del asunto. Y no era otra que la feroz enemiga de los monjes Claustrales contra la memoria del ínclito Cisneros, en represalias del acto justiciero realizado por éste expulsándolos de España, ya que con su conducta relajada y costumbres de opulencia y disipación eran una deshonra para la Iglesia y un escarnio para el santo y pobrísimo fundador de su Orden, San Francisco. No volvieron los Clautrales á entrar en España, y hoy mismo es poco frecuente ver alguno, con su hábito negro, cordón franciscano, manteo y sombrero de teja; pero en Italia disfrutaban de gran preponderancia, y valiéndose de ella, minaron el terreno á los encumbradores de Cisneros, acusando al integérrimo prelado de haberlos suprimido para despojarlos de sus rentas y edificios, adjudicando el fruto de la expoliación á la Orden de los Observantes, á que el cardenal pertenecía.

Las calumnias de los Claustrales hacían mella en los individuos de la curia. En vano fué que se quisiera justificar la conducta de Cisneros: sus enemigos, más y más enconados con la discusión, sacaron á relucir, exagerándolos, cuantos textos tuvieran en su apoyo, logrando detener la marcha del expediente. Y cuando ocupó el pontificado el Papa Ganganelli (Clemente XIV), que era Claustral—célebre por haber suprimido á los Jesuítas,—no tuvo que esperarse mucho para sepultar en el olvido las pretensiones de la Universidad Complutense.

Más adelante, trató nuevamente el Colegio de San Ildefonso de resucitar esta causa; mas fué en balde, pues habiendo escrito el ministro Roda á un su amigo y paisano, llamado

Azara, que en la Ciudad Eterna residía, obtuvo de él la siguiente categórica respuesta:

«Roma, 26 de Noviembre de 1778.

»Amigo y señor: La causa del cardenal Jiménez, ya no es tal causa, porque habiéndose propuesto dos veces en tiempo de Clemente XIV, se mandó á la secretaría suprimirla de la lista.»

Los Claustrales estaban vengados.

Fué una injusticia tremenda. Y un caso más, entre mil, que patentiza claramente cómo las ruindades y miserias humanas no son patrimonio exclusivo de la vida secular, sino que, invadiendo la esfera religiosa, se desarrollan en ella con una saña totalmente en pugna con la mansedumbre que debiera ser norma de los actos realizados en su seno.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Junio 1908.

LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

¿Quiénes serán ellos? Yo tendría mucho interés en averiguarlo, porque no lo sé y deseo ardientemente saberlo. La «buena voluntad» se la arroga todo el mundo, aun los que quieren y persiguen cosas antitéticas, y no parece que en todo el mundo pueda estar, á lo menos mientras no medie alguna explicación que ponga en claro el paradójico enigma.

Siempre que alguno pretende acometer una empresa, cualquiera que ella sea, para la que necesita el concurso ajeno, acude, demandándolo, á los hombres de buena voluntad. «Ningún hombre de buena voluntad dejará de ayudarme en una labor tan útil y justa», óyese decir á menudo, con estas mismas ó con parecidas palabras. Y claro está que cuantos no presten oído á semejante llamamiento ó convocatoria quedan *ipso facto* incluídos en la categoría de los réprobos, en la de los hombres «de mala voluntad».

Pero es el caso que la exclusiva de esta calificación y expido de patentes, por así decirlo, merced á cuya intervención resulta distribuída la parte de humanidad que más inmediatamente nos rodea como en dos desiguales grupos, no pertenece á nadie. Cada cual se cree con iguales facultades que los otros á poner en práctica dicho procedimiento, y lo pone efectivamente. Todo hombre se hace la cuenta de que «el que no está conmigo es mi enemigo», y juzga como malas personas, cuya conducta va regida por una mala voluntad, á todas aquéllas que no se ponen de su parte. Y de aquí las frecuentes luchas

recíprocas, las recriminaciones mutuas y las mutuas persecuciones. Los de aquí censuran á los de allá, que á su vez se muestran jueces intolerantes de los primeros. Ninguno da su brazo á torcer, ni á ninguno se le ocurre pensar que acaso el equivocado propósito y la mala voluntad estén de su parte, y no de parte de aquellos otros á quienes él se complace en atribuírselos, teniéndoles, á consecuencia de ello, más aún que por adversarios directos y personales suyos, por enemigos del bien en sí mismo. Bien sabido es, por ejemplo, que el ateo no se juzga de menos buena voluntad que el teísta, sino al contrario; ni el creyente que el incrédulo, el clerical que el anticlerical, el sensualista que el racionalista, el republicano que el monárquico, el tradicionalista ó conservador que el revolucionario. Todos ellos piensan que la falta de buena voluntad está... del otro lado, jamás del suyo, en el cual se hallan invariablemente la bondad y la razón. Ninguno se incluye á sí propio en el número de los sectarios; las «odiosas sectas» son en todo caso las que forman quienes no comulgan en nuestra parroquia, ni atienden ni secundan nuestras indicaciones y deseos. Ellos son los heterodoxos dañinos, los que proceden con «insigne mala fe» en sus juicios y en sus actos, los fanáticos abominables cuyo exterminio se impone con igual apremio que el de las fieras y las alimañas, mal inclinadas siempre con respecto al hombre.

En el laberinto de tan contrapuestas corrientes y de criterios tan heterogéneos, no es capaz uno de orientarse. Todos quieren el monopolio de la buena voluntad, y eso no parece factible. Antes por el contrario, es más bien de presumir que todos la manifiestan viciosa, porque todos son intolerantes para con los que tienen enfrente. ¿No se observa á cada paso que los verbalmente enemigos de la intolerancia quieren acabar con ella persiguiendo «sin tregua» y llevando «guerra sin cuartel» á ciertos intolerantes? Entre los radicales de toda laya se suele observar mucho de esto. «El pensamiento y el obrar libres» suele ser uno de sus lemas; «la sacrosanta y venera-

ble libertad, ante todo», dicen muchas veces; pero luego añaden, ya de palabra, ya sobre todo de hecho, que «muera el que no piense y haga lo que yo pienso y quiero que se practique».

El fenómeno es explicable, mas no deja de causar alguna extrañeza y desconcierto en quienes se paren un poco fijamente á considerarlo. Pues siendo sumamente contradictorios los puntos de vista, ¿quién podrá fundadamente jactarse de poseer el que responde de hecho y por modo infalible y seguro á la exigencia objetiva de bondad? De tan múltiples y variadísimas voluntades como existen y se disputan el predominio, ¿quién encarnará la buena? ¿No están todas ellas en igual caso, pudiendo todas abrigar dicha pretensión?

Pensando en esto de la buena voluntad y de lo que con ella quiere significarse cuando se hace invocación á la misma, me parece que entraña la mayoría de las veces esa frase más elementos intelectivos que éticos. Se llama en algunas ocasiones hombres de buena voluntad, y con mayor frecuencia y acaso con mayor exactitud todavía, «hombres bien intencionados», á los que profesan concepciones é ideas diferentes de las que nosotros tenemos por acertadas, pero cuya equivocación, puesta necesariamente al servicio de malas causas, está coloreada por excelentes aspiraciones y propósitos subjetivos. En tales casos hay error mental, error en la apreciación del fin objetivo perseguible y de los medios con que debe ser alcanzado; pero el sujeto lo comete á pesar suyo, pues los anhelos que tiene son de llegar á términos de utilidad y beneficio generales. Pudiera servir acaso para aclarar un tanto la distinción á que se alude la dualidad que los moralistas escolásticos establecen entre el fin de la otra *(finis operae)* y el fin perseguido por el agente *(finis operantis):* real y objetivo el primero, representante del orden natural *(del ordo naturae*, equivalente á la *lex aeterna),* y enteramente subjetivo el segundo, construído por el individuo en su mundo interno; por más que la equivalencia no sea del todo exacta, en cuanto que el fin subjetivo, en

sus engranes con otros hechos de la realidad viviente, tanto puede ir guiado por buena intención y buena voluntad como por mala. Es también de recordar á este efecto la diferencia que los juristas ven á menudo entre el dolo meramente civil y el criminal, y entre las respectivas infracciones ó perturbaciones, considerando que en la perturbación ó dolo civil no hay sino equivocación, error de apreciación é inteligencia, mientras que la perturbación ó dolo criminal implica mal propósito, y no sé si también—porque el asunto es más complicado y oscuro lo que suele creerse, y no es éste el sitio para procurar dilucidarlo—el intento de hacer mal, ó solamente la persecución egoísta de personales provechos.

Me parece, no obstante, que en los llamamientos que con suma frecuencia oímos hacer á los hombres de buena voluntad, se sobrentiende por buena voluntad cosa distinta de lo que acabamos de decir. La buena voluntad es algo, aunque complejo, fundamentalmente intelectivo. Los hombres de «buena voluntad», á quienes yo acudo para que me auxilien en una empresa y cooperen conmigo á llevarla á cabo, son, casi invariablemente, los que la tengan por aceptable y beneficiosa. Son aquellos cuya situación mental concuerde con la mía: los que profesen doctrinas semejantes y aprecien el mundo, sus fenómenos, relaciones, finalidades, engranes, desde puntos de vista comunes con el que yo profeso. La voluntad «buena» es una voluntad intelectualizada. La poseen los hombres de «sanos principios» y de «opinión sana», que no es otra ni son otros ¡naturalmente! sino aquella opinión y aquellos principios que por sanos diputa el que los califica, y que si así los califica es porque son los suyos y porque á él le parecen aceptables y dignos de prevalecer sobre los demás.

Es sumamente frecuente el empleo de conceptos y de frases que traducen, unos con mayor exactitud que otros, la equivalencia entre voluntad buena y voluntad ortodoxa, que es voluntad intelectualizada. Los individuos de buena voluntad que nos convienen son los fieles de «la verdadera» religión,

los amantes de la «sana y legítima» filosofía, los defensores de la «buena» doctrina, de la doctrina tal ó cual «rectamente entendida», los influídos por los «buenos» principios; los hombres «razonables» y de «buen sentido», en suma. É inútil es decir que la piedra de toque para la calificación está en nuestro propio criterio: es razonable, bueno, sano, verdadero, legítimo, lo que á mí se me presenta como tal, y lo que á mí no me lo parezca debe ser perseguido y proscrito. Si los demás piensan como yo y se acomodan á lo que yo quiero, serán gentes de buena voluntad, razonables, ortodoxas, merecedoras de todo encomio, agradables á los ojos de Dios; en caso contrario, no habrá otro remedio sino darles la calificación opuesta (1).

Creo yo que á todo esto, si atentamente se mira, no habrá muchos reparos que oponer. Los hechos son, á mi juicio, tan abundantes como claros y expresivos. Lo que quizá falta es una explicación suficiente de ellos. Y esa explicación pudiera hallarse en nuestro general y acaso inevitable automorfismo.

Cada hombre lleva todo el mundo dentro de sí, y aun cuando suele hablar del mundo de fuera, este último mundo no existe para él sino como él mismo lo construye. Ni el cielo, ni la tierra, ni el orden, ni el desorden son de manera alguna para nosotros, sino como nosotros nos los figuramos. Para Dante, las cosas estaban organizadas y acontecían en el infierno, en el purgatorio y en la gloria, tal y como él se las representaba, á tenor de lo que nos cuenta en su poema. É igual que á Dante les ocurre á los demás hombres: cada uno tiene su propia representación, acomodada á sus medios y recursos mentales; cada uno moldea á Dios á su propia imagen, y con Dios, al mundo y al orden de las cosas.

No hay en éstas un tipo claro y fijo de ordenación; ninguno de nosotros sabe cómo ellas están y deben estar preparadas

(1) ¿Qué más que esto se quiere decir cuando se habla, v. gr., de los «buenos españoles», los «buenos catalanes», los «buenos patriotas», los «buenos católicos», etc., etc.?

y dispuestas para que merezcan considerarse como ordenadas. Están como están, y nada más. Pero nosotros apetecemos que estén de cierto modo, y en virtud de estas apetencias nuestras, que constituyen otras tantas finalidades, les aplicamos los correspondientes calificativos. Las llamamos justas y buenas, cuando la disposición que tienen responde á nuestra expectativa, á nuestros gustos y á nuestras conveniencias; malas é injustas, en el caso contrario. Y así puede ocurrir, caso frecuente, que unas mismas cosas y relaciones sean alternativamente buenas ó malas, sin más que cambiar el punto de vista, como se ve que acontece á todas horas comparando la múltiple diversidad de juicios emitidos por los distintos sujetos. Si se preguntara, verbigracia, por el destino natural de un árbol, ó por la conveniencia de un día de lluvia, ó por la de la presencia de una montaña, difícil es que se encontrase acuerdo entre los varios individuos á los que se pusiera la cuestión. Cada cual contestaría con arreglo á su punto de vista, á su representación y concepto del orden, y consiguientemente de la finalidad. ¡Cuántas cosas del mundo cambiarían de lugar y de poder si fuésemos nosotros los encargados de ordenarlas, ó si de todos modos hubieran de quedar dispuestas con arreglo á lo que el orden requiere, á nuestro modo de ver! Y esto se aplica de la misma manera que á los fenómenos denominados naturales por antonomasia, á los fenómenos sociales y humanos, cuyo orden construímos también, cada uno de nosotros, de conformidad con nuestro privativo modelo mental.

Fácil es así darse cuenta de una multitud de fenómenos, inexplicables de otra manera. Por de pronto, de las luchas de criterios y apreciaciones acerca de casi todas las cosas, sin que ninguno de ellos tenga razón bastante para imponerse á los demás, pretendiendo ser preferible á éstos. Todo juicio es razonable, ó por mejor decir, ninguno lo es sino para la persona que lo hace. *La* razonabilidad no se conoce; lo único que conoce cada uno es *su* razonabilidad, la razonabilidad fundada por él ó la que dentro de él se manifiesta. No hay ideas, ni doctri-

nas, ni opiniones, ni principios sanos ni enfermos, buenos ni malos, recta ni torcidamente entendidos; no hay tampoco buena ni mala voluntad. Hay principios, doctrinas, ideas, opiniones, voluntad, sencillamente; lo de bueno ó malo se lo atribuímos nosotros, cada cual á su manera y según sus privativas condiciones, efecto de lo cual, lo razonable y lo irrazonable, lo conveniente y lo inconveniente, lo moral y lo inmoral, lo malo y lo bueno se dan á cada paso simultáneamente, en unas mismas cosas. Todo depende de la diversidad de los puntos de vista. El famoso principio de contradicción, espantajo lógico de incesante abuso, no tiene más valor que otro principio ó espantajo cualquiera. Eso de que la verdad no es más que una es, á mi ver, una de esas afirmaciones rutinarias que haríamos bien en ir poniendo en cuarentena. Quizá no exista otra alguna que envuelva más error y peligro. La verdad es múltiple, y se fragmenta y desmenuza al infinito. Con más ojos que Argos, cada uno de ellos recibe luz de distinto sitio y la esparce también al reflejarla. De todos los lados se la ve, desde cada uno diferente; nadie la abarca toda entera, y nadie, por consiguiente, puede decir cómo sea ella, sino cómo á uno se le aparece, distinta que á los demás y tan verdadera como la que los demás perciban: todas verdades, y ninguna. Es también lo que sucede con la justicia. No hay, probablemente, cosas justas; lo justo lo creamos nosotros, cada uno desde su propio sitio y de acuerdo con sus aspiraciones y anhelos. Así tenemos en el mundo tantos y tan á menudo encontrados criterios de justicia acerca de las mismas relaciones, sin que haya por qué desechar ninguno de ellos, ni tampoco preferirlo, en sí, á otro; cada criterio es preferible á los restantes sólo para el sujeto en quien reside, hasta el punto de que, frecuentemente, no siendo él, todos lo tachan de desatinado, llegando á veces hasta hacerlo objeto de burla, por ridículo. Las que algunos tienen por ridiculeces son, á los ojos de otros muchos, las cosas más sagradas y merecedoras de respeto, lo mismo en materia de religión, de creencias y de culto, que en la de doc-

trinas, costumbres, acciones, ritualidades, vestidos y demás.

Estas reflexiones debiéramos estar haciéndonoslas á cada paso, y ellas nos quitarían una buena dosis de arrogancia y nos enseñarían á ser más cautos y prudentes en nuestros procederes de todo género. Mirándolo bien, no sólo no nos atreveríamos entonces á censurar á nadie por lo que diga ó haga, ni tendríamos la pretensión de erigir nuestras ideas ó nuestra conducta en modelo para los demás, imponiéndoselo hasta coactivamente, sino que, en rigor, ni pensar ni hacer nada osaríamos. Un abstencionismo, una inacción y un anonadamiento, lo más absolutos posible, habrían de ser nuestra suprema norma de obrar. El miedo á contrariar los designios de la más alta de las verdades y las aspiraciones de la más pura de las justicias pondrían coto á nuestra ligereza en el juzgar y en el hacer. Un santo y religioso encogimiento nos haría más mirados y respetuosos. ¿Quién me dice á mí que cuando yo corto el árbol y lo convierto en carbón ó en madera no me opongo á su natural destino, á su destino divino, y que, por lo tanto, no ofendo á la voluntad soberana, contrariando su lícito desplegamiento? ¿Quién me asegura que yo entonces no hago mal, no cometo un crimen, una acción injusta, y que la voluntad que á ello me lleva no haya de ser calificada de mala? Ni ¿qué garantía tengo tampoco de que la razón y la justicia están de mi parte cuando, entre mis aspiraciones y las de mi prójimo, entre sus ideas y las mías, entre la conducta que él observa y la que yo sigo y desearía que él también siguiese, hay un marcado antagonismo? Al perseguirle á él como criminal por lo que dice ó hace, ¿no seré más bien yo quien caiga en delincuencia, no ciertamente legal, de legalidad política ó positiva, como suele llamársela, pero sí en delincuencia natural, trascendental ó divina, si así podemos decirlo?

No pocos hombres hay que, al atravesar por el mundo, se han creído llamados á realizar en él grandes cosas. Se sienten como destinados á ello por el mismo Dios; una voz íntima parece que les indica lo que han de hacer; es una verdadera

vocación. Ejemplo, los fundadores de religiones. Mas conviene advertir que en todo tiempo se han contado entre estos tales muchos de los perseguidos como delincuentes. Bastantes criminales se ofrecen como ejecutores de la justicia y como órganos de una voluntad suprema, que se hace valer mediante ellos. Entre los autores de delitos políticos, de regicidios, de revoluciones, de atentados anarquistas, hay bastantes ejemplares de lo que se dice. ¿Y quién se atreverá á dar seguridades de que van descaminados?

Para cada hombre, no hay ni jamás ha habido en el mundo otro más razonable ni de mejor voluntad que él. Como á él le dejaran libre y le dieran las facilidades necesarias, pronto estaba cambiado de arriba á abajo el orden presente y purgado de los defectos que le afean. Nadie se convencerá—mientras no tenga motivos para reemplazarlos por otros—de que sus criterios, puntos de vista y convicciones no son los más razonables de todos y los preferibles á todos, sin embargo de que haya, acaso con una abundancia abrumadora, quien los moteje de extravagantes, absurdos, ridículos y hasta criminales.

La razonabilidad es puramente interna, y tiene su asiento en una situación del espíritu. Mientras esta situación permanece inalterable, la razonabilidad perdura. Es razonable una cosa cuando se conforma y aviene con el orden de representaciones mentales de quien hace la calificación, é irrazonable en el caso contrario. Nos parece puesto en razón lo que no repugna á las exigencias de la nuestra individual. Cuando una idea para nosotros nueva, un razonamiento al que no estamos hechos, una concepción á nuestro modo de ver insólita, vienen á turbar la placidez tranquila de nuestro espíritu, poniéndolo en conmoción, entonces es cuando sentimos herido el orden de nuestra razonabilidad, con tanta mayor fuerza, cuanto más violento haya sido el choque. En estos casos es en los que nos hacemos cruces, ya inquietos, ya horrorizados ó ya sonrientes —según las circunstancias y la expectativa que veamos delante,—de que haya en el mundo quien sea capaz de sostener se-

mejantes horribles «absurdos» que, de ponerse en práctica, desquiciarían todo el orden existente, ó teorías tan «peregrinas» que, «ni merecen los honores de la refutación», porque ellas mismas se refutan con sólo hacer mención de su inconsistencia ó ridiculez. Por su parte, los espíritus de enfrente se asombran y extrañan no menos de los aspavientos de los otros, motejándolos de atrasados, rutinuarios é ignorantes, ó de audaces, radicales, anarquistas y demás, conforme el caso lo requiera. Ninguno de ellos suele hacerse cargo de que la disposición de espíritu es en los contrarios diferente de aquella por la que él mismo atraviesa, y de que, por lo tanto, *es muy natural* que esa diferencia se traduzca en diversidad de productos, que son los conceptos, las opiniones, los principios. Desde el instante en que los factores son desiguales, el resultado tiene que serlo: con desigualdad en el último, tanto mayor, cuanto más profunda sea la existente entre los primeros.

Cada hombre, en vista de lo dicho, concibe, piensa, razona y quiere, como no puede menos de concebir, pensar, razonar y querer: con encadenamiento natural, causal, lógico, perfectamente entrabado. No hay pensar ni querer alguno que no sea, desde un cierto punto de vista, que es aquel en que el agente se halla colocado, total y absolutamente legítimo, razonable, sano, fundado, justo y bueno. Las más grandes locuras y extravagancias son lo mismo de razonables que las más grandes sensateces; sólo que aquéllas lo son para el llamado loco, y no podrá juzgarlas acertadamente, y por consecuencia explicárselas como es debido, sino quien tenga espíritu de loco y sea capaz de representarse debidamente estados de locura, ó mejor aún, pasar por ellos. La sensatez del sensato es tan locura para el loco, como la locura de éste es sensatez para él mismo y extravío para el sensato. Si el loco no la creyera sensatez, no la podría pensar ni realizar; de la propia manera que por su parte le sucedería lo mismo al cuerdo con sus actos de cordura. Por iguales consideraciones, el acto del delincuente es un acto, á los ojos de su autor, enteramente legítimo, razo-

nable y justificado; si bien no lo será para quienes lo pongan en relación con su propio estado de alma, muy distinto de aquel en que el agente lo ejecutara.

Buscar las causas productoras de la diferencia en esas aludidas situaciones mentales sería trabajo un poco largo, una difícil investigación psicológica, ahora imposible. Los estados psíquicos, análogamente á otros estados cualesquiera, son determinados por influjos múltiples, entre los cuales hay un crecidísimo número de ellos desconocidos. Entra aquí toda esa labor de lo inconsciente, que á menudo envolvemos en palabras cuya significación no nos cuidamos de precisar, ni seríamos tampoco capaces de ello, como pasa con las de la «herencia», el «instinto», el «automatismo inconsciente», la «actividad refieja», «el poder y la presión del yo subliminal ó subconsciente», y otras parecidas. En cuanto á otros influjos menos inaccesibles á nuestro conocimiento, se observa que los estados mentales más próximos entre sí, y cuya razonabilidad tiene más puntos de contacto, son los de aquellos hombres que durante su vida han sufrido la acción de causas uniformes. Entre los discípulos del mismo maestro, los afiliados á la misma escuela ó el mismo partido, los habitantes en idéntica localidad ó idéntica nación, los que se dedican á la misma profesión, se da siempre más comunidad de pensamiento, de ideales, de deseos, de voluntad, que entre los que no se encuentren en este caso. Variando los factores, el producto cambia sin remedio. Y por eso, cuando los puntos de vista de un escritor, supongamos, ó de un orador, ó de un crítico, ó el ceremonial de un culto, ó los usos de una comarca ó de una clase social son tenidos por raros, irrazonables, vituperables, absurdos ó ridículos dentro de aquellos círculos sociales en la mentalidad de cuyos miembros no encajan tales ideas ó tales prácticas, no hay sino esforzarse para que la situación espiritual de los últimos concierte lo más posible con la de los primeros, haciendo que el género de vida de los unos se extienda también á los otros. Cuando el cerebro de A tenga un contenido psíquico aná-

logo al de B, A y B concebirán, razonarán y querrán análogamente, y la hostilidad anterior entre ambos quedará borrada.

Y aquí viene otro de los aspectos de esta cuestión, el último que yo pretendo tratar en el presente artículo. Es el de la conclusión ó moraleja.

Dada la equivalencia, así por el lado lógico como por el ético, de todos los criterios y puntos de vista, de todas las concepciones, de todas las doctrinas, de todos los actos y formas del obrar, ¿qué norma hemos de imponernos para el nuestro?

Este viene siendo para mí, desde hace tiempo, uno de los problemas más apremiantes, pero á la vez de solución imposible. Se trata de un atolladero del que no se puede salir sino á trancas ó barrancas, empíricamente, algo así como á «sálvese el que pueda» y «rompan filas». De los grandes enigmas que rodean la vida del hombre, enigmática también, me parece ser éste uno de los más graves.

Hay que optar por uno de los dos siguientes extremos, únicas vías practicables, á lo menos á juicio mío: ó la indiferencia escéptica, ó la violencia. O mi criterio es el único sano y verdadero, el único legítimo, y se lo impondré, quieran ó no quieran, por las buenas ó por las malas, á los demás, todos los cuales profesan doctrinas falsas y perniciosas y obran ilegítimamente, dotados de mala voluntad; ó por tener igual valor é igual licitud todas las opiniones, creencias, ideales, voluntades, se debe dejar á cada uno completamente libre para que marche por el sendero que le plazca y haga lo que le acomode. Encogerse de hombros, y nada más: ruede la bola á su albedrío: todo es igual y todo es indiferente, cuando menos para la miope vista humana, aun cuando para miradas trascendentales, de que nosotros no tenemos la menor noticia, ni siquiera lejanas sospechas, no acontezca lo mismo.

La tesis «más razonable» parece ésta. Pero la vida no hace cuenta de tesis, é impone sus exigencias porque sí y sin andarse con remilgos ni empachos de lógica. Se hace valer como se le antoja, pese á la presumida y quisquillosa razón del hombre.

Lo «lógico» y lo «razonable» será la abstención intervencionista en el pensar y el obrar ajenos, para que cada uno los realice á sus anchas; pero contra la lógica y la razón la vida es impositiva, y unos hombres, los que más pueden—ora por sus puños y por las armas, por la fuerza física, ora por su vigor dialéctico, su cultura, su firmeza de carácter, ora por otras circunstancias,—se señorean de otros y les someten á sus fines y antojos y les llevan por donde quieren. La dominación humana será «absurda» en el campo de las ideas como en el de los actos; pero la dominación humana parece imprescindible.

Singularidades de este género las hay en abundancia. Hacemos multitud de cosas contrarias á lo que nuestra reflexión prescribe, ó las hacemos ahorrándonos ésta y repitiendo tan sólo lo que vemos hacer y lo que una apremiante necesidad requiere, sin buscarle el sentido ó sin encontrárselo. No deberíamos comer si nos atuviéramos á un riguroso examen de las sustancias que ingerimos como alimentos y de las condiciones en que las recibe nuestro organismo. Quizá tampoco debiéramos dar un solo paso, ni realizar movimiento en sentido alguno, sin saber bien lo que íbamos á hacer y la trascendencia de ello. Mas no es ésta la conducta que seguimos. Nos vamos dejando arrastrar por el turbión de la vida, sin pedirle á ésta sus títulos justificativos. Casi todo cuanto hacemos lo hacemos por rutina, imitando á los demás y recibiendo de ellos, como moneda de curso, pero sin averiguar su ley ni su legitimidad, las directivas de nuestra acción. Es poquísimo aquello en que reflexionamos, y menos todavía lo que nuestra reflexión rige. Con desusada frecuencia, ella anda por un lado, y el obrar efectivo por otro.

Algo así ocurre en el asunto de que veníamos tratando. O no se le buscan justificantes al hecho de la imposición dominadora, sino que ésta sigue su curso tradicional por una especie de *vis inertiae*, sin que nadie trate de impedírselo, ó si se le buscan no se le hallan, aunque no por eso se renuncia á ella. El resultado es, de todas maneras, el mismo. Aunque

nadie tenga garantías de que su razón sea la verdaderamente «razonable», en comparación con la de los otros, ni de que su sola voluntad merezca la calificación de «buena», frente á las voluntades de los demás, lo cierto es que se conduce como si tal cosa sucediere sin discusión alguna. Y el mundo sigue dando vueltas, y nosotros con él, sin que logremos averiguar por qué ni para qué las damos cada uno. El símil de la noria es ahora aplicable una vez más.

P. Dorado

EL ARTE ESPAÑOL

España, hay que consignarlo desde el principio, no es país de grandes pintores. Si vamos de Italia á la patria de Velázquez, probablemente esperamos encontrarnos con otro vergel de pintura, corroborándose estas esperanzas con la noticia que tenemos de que aun hoy España produce artistas brillantes que figuran altamente entre los pintores europeos. Mas no es así. Nunca España ha sido paraíso del pintor. Velázquez, iniciador en arte de los más eminentes, pertenecía á una raza que mostraba escasa iniciativa artística, y los pintores españoles contemporáneos, vigorosos y típicos, están afiliados á comunidades comerciales, cuyas energías, por azares de la fortuna, se han derivado en la dirección artística. Nunca ha habido época en que la pintura española fuera realmente comparable á lo que en distintas ocasiones han sido la flamenca, toscana, veneciana, holandesa y francesa. La nota dominante del temperamento español, aun en los tiempos en que España era una gran potencia mundial, ha sido siempre el *carácter*. La sensibilidad estética—salvo siempre Velázquez—no la encontramos jamás en el arte español. Por lo común, las inspiraciones del arte han llegado á España del exterior. Agudamente vivas, como ha sido el español para los misterios más sutiles de la religión, ha desdeñado los refinamientos de la delicadeza artística y preferido instintivamente una comprensión vigorosa, máscula y realística de las cosas, aun de las espirituales. No es España el país del gran arte, sino el de las

grandes personalidades, y Velázquez descuella tanto sobre los demás pintores como Cervantes sobre los novelistas (1).

Dentro de la esfera de las artes plásticas, la predilección real del español recae menos en la pintura que en la arquitectura y escultura. El sello español se ve impreso en la arquitectura española con fuerza más completa y pujante que en ningún otro arte, aunque las ideas esenciales de esta arquitectura hayan sido importadas todas. En la mayor parte de los países, la arquitectura, por nacional que parezca, ha expresado los ideales de unos pocos espíritus selectos. Sería preciso retroceder á la Roma antigua y aun al Egipto, para encontrar un pueblo que se haya afirmado á sí mismo con tanto realce como los españoles en la edificación. También, por lo que mira á la escultura, existe profundamente arraigado el gusto nativo. La escultura llevó tras sí la afición de los visigodos. Los mismos iberos prehistóricos poseyeron una escuela vigorosa de escultura, basada en orígenes griegos y asiáticos, que llegó á conseguir una individualidad suya propia, aunque en Chipre y Etruria se encuentra también una escultura explicada por combinación parecida de elementos (2). Las mejores esculturas ibéricas, sin excluir tal combinación, son, sin embargo, absolutamente dis-

---

(1) La gran boga que la escuela española ha tenido siempre en Inglaterra y Francia, es debida á una serie de circunstancias. En el siglo XVIII se la identificó, no siempre con razón, á las últimas escuelas italianas, y se la dispensó la misma estima que á ellas. Cuando irrumpió el movimiento romántico en literatura con Víctor Hugo, y en pintura con Delacroix, fué por instinto atraído, y en cierto modo hasta inspirado por España, hogar último de lo romántico, y se miró á la pintura española con interés nuevo y desde otros puntos de vista. Y cuando andando el tiempo aparecieron métodos técnicos nuevos de pintura con Manet—que también instintivamente se dirigió hacia los pintores y asuntos españoles mucho antes de realizar su única y breve visita á España,—estos caminos nuevos para acercar los problemas de luz y color trajeron el triunfo de Velázquez, á quien se le tuvo por el caudillo, hace tres siglos, del modernísimo movimiento del triunfo de la pintura sobre la Naturaleza.

(2) Engel: *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques*, 1892, t. III, página 180.

tintivas y originales. Los hombres, dice el profesor Pedro Paris, de Burdeos, que ha estudiado más especialmente este campo del arte prehistórico, son sencillos y varoniles; las mujeres se distinguen por la dignidad de sus maneras y por la nobleza de su semblante, expresadora de profunda gravedad religiosa. En los pliegues de sus vestiduras, regiamente pomposas, y en sus tocados hieráticos, en su pureza de sacerdotisas, se revelan las ideas caldaicas, transmitidas por cauces egipcios y con influencias griegas en el estilo general. «La Mujer de Elche», busto existente en el Louvre, que Pedro Paris, de acuerdo con Reinach, hace datar de cuatrocientos cuarenta años antes de Cristo próximamente, es tipo supremo de la escultura ibérica primitiva, obra sumamente atractiva por su curiosa originalidad, y que parece proceder de la mano de un escultor, paisano, seguramente, de la encantadora española á quien ha inmortalizado (1). ¡Cuán genuinamente española resulta «La Mujer de Elche» por la semejanza que ofrece con «La Mujer del abanico», de Velázquez, que aunque venida al mundo en época más adelantada y refinada, no es más bella!

En tiempos más modernos, ninguno de los grandes escultores célebres del mundo ha sido español; pero la cantidad de esculturas bellas é imponentes que pueden encontrarse en España en iglesias y conventos es extraordinaria. Al igual que su pintura, rara vez es exquisita—no ha producido España

(1) En su rostro enigmático—escribe P. Paris—ideal, y sin embargo tan real en sus ojos vivos, en sus labios voluptuosos, en su frente serena y severa, están cifradas toda la nobleza y autoridad, promesas y reserva, encantos y misterios de una mujer. Es oriental por sus lujosas joyas y por una vaga tradición técnica que el escultor retuvo al modelar; es griega, más aún, ática, por una inefable flor del genio que la presta el mismo perfume que á sus hermanas de la Acrópolis; es, ante todo y sobre todo española, por la mitra y grandes aros que guarnecen su delicada cabeza, aunque alterando caprichosamente su hermosura. Más es que española: es España misma, Iberia renaciendo, siempre radiante de juventud, del sepulcro en que ha sido enterrada hace más de veinte siglos.» Pedro Paris: *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive*, 1903-04, vol. II, página 308.

ningún Donatello,—pero es varia, vigorosa, romántica en grado altísimo. Los sepulcros, admirablemente bien conservados de las catedrales de Toledo, Zamora y León, á duras penas encuentran rival en ninguna parte, por su concepción fina y pormenores interesantes. Los trabajos de talla españoles no son menos preciosos, y hasta resultan más netamente españoles, aunque su primera inspiración se tiene por procedente de Flandes ó de Holanda (1). Este medio le condujo con felicidad á la manera finamente expresiva y realística del español (2), y en este arte encontró salida, no sólo para su caprichosa fantasía y su naturalismo, sino que logró también una delicadeza y una gracia que de ordinario no se encuentra en el arte español. Casi todas las grandes iglesias de España poseen sillerías de nogal trabajadas en talla, que son tesoros de encanto, y que ostentan cada una un carácter especial propio. Parece que la libertad y facilidad de la talla en la madera ha contribuído á que el español, cuya aspiración ha sido siempre la facultad expresiva, lograra éxito tal con este medio. Por razones diferentes, logró éxito igual en los trabajos de hierro: aquí, el capricho, así como el realismo grotesco, inevitablemente encuentran resistencia, y combinándose el refrenado atrevimiento con la armonía, tienen lugar esas verjas de hierro forjado de las iglesias españolas, especialmente de Sevilla, Toledo, y Granada, de arte insuperable.

Los españoles, por su carácter predominantemente serio y

(1) Valladolid, especialmente, posee riqueza de imágenes en talla. «Allí, como dice con acierto Emilia Pardo Bazán, al describir tal aspecto en esta ciudad, hay una mezcla de clasicismo en el modelo de la carne y de los paños, de romanticismo en la expresión, de realismo en el colorido y en los pormenores, que hace de esta escultura en madera el sello y símbolo de nuestro genio nacional y de nuestro ideal religioso.»

(2) Las tendencias naturalistas de la escultura y de la talla española se han reconocido siempre. En un folleto interesante (compendiado en *Nature*, Nov. 2, 1899, pág. 15), el Dr. E. S. Fatigati enseña como cosa evidente que desde el siglo XVI en adelante se refleja en la escultura española un estudio minucioso de la vida de la planta y del animal.

por sus empeños de expresión potente, son por naturaleza dramáticos. Han producido una larga serie de hermosas piezas dramáticas y excelentes actores, sin interrupción hasta nuestros días. Son dramáticos instintivamente, y lo son hasta en sus gestos y palabras. En ninguna parte, á mi juicio, se destaca esto más notablemente que en Aragón, y es Aragón, con toda probabilidad, el foco principal de la escultura española. Poca duda tiene, creo yo, que la predilección de los españoles por la escultura—por la talla en madera, piedra y hierro—y por la alta perfección que en esto han alcanzado, se encuentran en las aspiraciones que también vemos expresadas en la vida y en la literatura españolas. Son la natural consecuencia artística del predominio del carácter en el temperamento español.

Las propensiones seriamente realísticas y dramáticas del arte español parecerán tal vez extrañas á los que acostumbran á asociar á España con Italia bajo la expresión común de «el Mediodía». Estamos acostumbrados á mirar á Italia—y no con toda exactitud, pues entre sus grandes poetas ha producido Italia las sombrías figuras de Dante y Lucrecio—como tierra letárgica de holganza y fáciles goces, donde los aldeanos, perezosos y pintorescos se acuestan al sol á la orilla de su azulado mar, tipos pintiparados, para transportarlos á un escenario. Tal visión no debemos ordinariamente esperar en España, ni en su paisaje ni en sus cuadros. Muchas veces me ha parecido que los efectos meteorológicos del clima de la España central han tenido, no ya influencia indirecta, sino directa en los pintores españoles más típicos. Los efectos duros y violentos, los contrastes agudos, los colores fuertes, las nubes oscuras y macizas como si se empaparan de pintura, pueden muy bien haber afectado las imaginaciones de los artistas, y en mi creencia, hay afinidad real entre una puesta de sol en Castilla y los fondos de muchos lienzos de los pintores españoles más típicos. Sea como quiera, hallamos en España un Mediodía más extremo junto á un más extremo Norte del que Italia

puede ofrecer jamás. Y así como se juntan Noruega y Africa en el clima español, visigodos y moros en la raza, así también se juntan napolitanos y flamencos en su pintura.

La pintura española tiene base septentrional y flamenca; las mismas influencias italianas, ya se indicó, han venido á España por derivaciones flamencas; la manera de ser del arte flamenco, su realismo, su veracidad dramática, su sentimiento profundo y serio, todo esto era ya congénito en el carácter español. Sabemos que Jan Van Eyck anduvo por España; los cuadros de Rogerio Van der Weyden fueron sin duda muy admirados, porque hoy se encuentran algunas de sus mejores obras en dicho país, y su fuerza dramática, no menos que su intenso sentimiento religioso, hubieran de atraer poderosamente el gusto español; Gherart David, que tiene también fuertes afinidades con los españoles, puede verse igualmente en muchos puntos de España.

Sobre esta base flamenca se levantó una larga serie de pintores, cuyos nombres gozan de reputación escasa ó nula; han sido tratados con inmerecido descuido por sus compatriotas, pues si bien son flamencos por la inspiración, representan realmente una evolución del arte español, que si no hubiera cedido el paso á otras influencias, le hubiera conducido á magníficos resultados en las manifestaciones del genio nacional. Los dos representantes principales de este movimiento son Luis de Dalmau, barcelonés, y Alejo Fernández, cordobés. La obra capital de Dalmau, retablo de altar que se encuentra ahora en el Museo municipal de Barcelona, fué pintada inmediatamente después de acabada la obra maestra de Van Eycks, en Gante, que en algunos respectos recuerda, y posee en general el carácter flamenco, representando mujeres de rubios cabellos y ojos claros, y hombres de pelo oscuro como los que se ven tantas veces en los cuadros flamencos; mas tiene todavía cierta dureza en medio de su plenitud esta pintura ornamental, que es con todo bellísima y armoniosa. Fernández, que pintó algún tiempo después, á principios del

siglo XVI, es un artista mejor y más individual. Su Nuestra Señora de los Angeles, en Triana, es una de las pinturas más bellas que han quedado de los antiguos pintores españoles; en su aspecto general y en muchos de sus detalles es flamenco; sin la dureza de este género y el desdén por lo bonito, viniendo á ser ya casi italiana por su gracia y soltura, sus ángeles recuerdan á Filippo Lippi.

Esta evolución fiel del arte español, que comienza en base flamenca y va acercándose á un ideal español, fué destruída violentamente por la irrupción de aquel nuevo género artístico, que brotando en Italia se enseñoreó de toda Europa. Todo el arte español se fundió al contacto de este poderoso fundente, de manera tan súbita, como el antiguo arte flamenco de que derivaba. Los italianos, por razones de clima, entre otras infinitas que favorecen el desarrollo de la pintura, poseían una destreza y una sensibilidad estética junto á un instinto por el dibujo, que les permitieron emplear con dominio completo los métodos de expresión castiza que habían desenvuelto. Pero su destreza, adquirida á fuerza de tiempo, obró como un veneno activo en los artistas habituados á las tradiciones sobrias y realísticas de la escuela flamenca. Libertados de los lazos que los ligaban á la tradición, y acabándose al mismo tiempo en ellos su amor y devoción reverente á la Naturaleza, no podían, como los toscanos, confiar en su propia inspiración: hiciéronse desenfrenados en la técnica, vacíos en los sentimientos, insípidos y extravagantes en el dibujo. Es poco común encontrar una personalidad artística de valor, detrás del maremagnum de lienzos ligeros y superficiales de estos pintores; su arte nos interesa poco más que el de Vasari. Con ser grande el entusiasmo que produjo el arte nuevo y libre de Italia, rara vez inspiró á los españoles permitiéndoles trabajar fielmente en tal dirección. Reflejos de ella podemos sorprender alguna que otra vez en la escultura, y el gran retablo perteneciente al siglo XVI de la iglesia de San Jerónimo, de Granada, es una obra bella y armoniosa á la manera italiana, sin que delate,

sin embargo, la mezquina imitación. En pintura, el sevillano Roelas tiene una factura suave y graciosa, que es más bien italiana que española. Su obra, por lo que puede apreciarse en algunas iglesias de Sevilla, combinó algo de la manera veneciana del Tiziano con la andaluza, que alcanza su apogeo en Murillo, conservando al mismo tiempo cierta personalidad propia sobremanera agradable.

Otro artista que fué, no ya veneciano en sus comienzos artísticos, sino extranjero de nacimiento y raza, Theotocopuli, comúnmente llamado el Greco, figura entre los pintores más eminentes de España, y hasta se le ha considerado como el primero en tiempo de los maestros característicos españoles. Vino de Venecia, y presenta sus afinidades primeras con el Tintoreto. Ya era consumado pintor veneciano; pero después de haberse establecido en Toledo, donde estuvo mucho tiempo, adquirió paulatinamente una manera peculiar suya, en alto grado personal, aunque enfermizamente excéntrica, y al mismo tiempo, por varios conceptos, genuinamente española. Olvidósele casi por completo, y hace algunos años ha empezado una reacción en sentido opuesto por la que para algunos españoles figura el Greco en lugar poco menos alto que el mismo Velázquez (1). Su individualidad extremada, la since-

(1) En 1906, al saberse que el cuadro más importante del Greco, «El Entierro del conde de Orgaz», iba á ser vendido y llevado fuera de la nación, se levantó un gran clamoreo en España ante este «sacrilegio y profanación». Pidióse entonces que todas las obras de arte de iglesias y conventos se declararan propiedad nacional, y se promulgó una ley á tenor de la ley italiana, aunque menos extrema, para retenerlas dentro. Siendo Zorrilla ministro de Fomento en el Gobierno revolucionario de 1868, presentó un decreto autorizando al Estado para posesionarse de las colecciones de arte y ciencia pertenecientes á institutos religiosos, para impedir su venta y ponerlas á disposición del público; pero el clero se alborotó y amenazó con asesinar á los agentes encargados de la ejecución del decreto, que no se cumplió nunca. Problema serio y difícil á la verdad, ofrece el inmenso caudal de tesoros artísticos, preciosísimos y únicos, acumulado en las iglesias de toda España. Ahora que se va reconociendo su mérito, cuesta trabajo á sus poseedores defenderlo de los asaltos de los ladrones, y ya han

ridad con que prosiguió sus propios manerismos hasta el límite, tanto que inclinan á creer que el más mínimo fragmento de un lienzo del Greco, se le puede inmediatamente reconocer como obra del maestro, cualidades son que no bastan á constituir un pintor de primer orden. El esfuerzo negligente y franco de su inspiración, no tienen el genio que lo debiera justificar. «Sus pinturas—como dice Mr. Rickett—pueden haber sido hechas á la luz de una antorcha en un calabozo de la Inquisición.» Su visión le desgarra y atormenta, pero pocas veces le capacita á encarnarla. Hasta su reconocida obra maestra, «El Entierro del conde de Orgaz», de Toledo, aunque relativamente moderada, llena de ideas y pasajes bellos, y en la época de su producción, sin duda tan buena como el mejor cuadro de España (1), apenas se la puede contar entre los grandes cuadros del mundo. Su dibujo era general—el grupo de personas inclinadas alrededor del muerto, y el círculo sobrenatural de figuras que están detrás entre nubes—era ya, siglos hacia, familiar á los artistas bizantinos (2), como se conservó después, admirablemente tratado por Zurbarán en «Las exequias de un obispo», en el Louvre. Poderosa é impresionante, como es sin duda la obra, la semblanza individual de

---

tenido lugar robos audaces (como recientemente el de la catedral de Santiago), al paso que la hostilidad creciente entre el clero y el pueblo, ha de traer peligros del saqueo, como ocurrió en Inglaterra en el siglo XVII y en Francia en el XVIII. La Iglesia, por su parte, cuidará de defender solícita sus derechos, en esto como en todo, y hay que convenir, que para el arte sería muy funesto que los tesoros de las iglesias españolas se coleccionasen en museos, de la manera que se viene practicando en otros muchos países.

(1) Justi, que de ordinario muestra templanza en sus juicios, declara que este cuadro está hecho «en su peor estilo», opinión que es difícil mantener.

(2) Véase, por ejemplo, el «Sueño de la Madre de Dios», fresco bizantino del siglo XIV, en la iglesia de Santa María di Cerrati, junto á Lecce, en Otranto, ilustrada en la gran obra de Bertaux, *L'Art dans l'Italie Méridionale*, vol. I, y compárese un dibujo á pluma, por un monje benedictino del siglo XI, en la pág. 201 del mismo volumen.

los circunstantes y los detalles del natural de sus trajes, chocan con la amplia significación religiosa que el pintor ha tratado de dar á su obra; esta significación religiosa es incompleta, y además, el episodio descrito y su acompañamiento sobrenatural, no acompañan bien al grupo, singularmente bello, de cabezas de retrato con sus blancas gorgueras, que llaman poderosamente nuestra atención. En sus escenas más puramente religiosas y sobrenaturales, el Greco fué alguna vez imaginativo; pero las más caprichoso en el dibujo y desacertado en el colorido, insistiendo tanto en los blancos calcáreos, sus sombras violeta en las caras pálidas, su afición á los tonos verdes (1). Y, sin embargo, su colorido fué su descubrimiento más notable y excelente. Las contorsiones febriles de sus movimientos; los cuerpos delgados y retorcidos; los brazos frenéticos y gesticulantes; el amaneramiento de las pantorrillas rollizas, pocas veces logran convencernos. Pero en los atrevimientos del color reveló la posibilidad de nuevas armonías, de gamas más subidas, brillantes y serenas de color de las que hasta entonces se habían logrado, y dentro de estos rumbos fué destinado á inspirar á un artista aún más consumado que él mismo (2); alcanzó un alto grado de distinción, depurando los métodos del Tintoreto, representando todo el encanto de

(1) Esta afición es interesante, y uno de los puntos numerosos en que el Greco anticipa las notas de la escuela española, porque el verde ha sido uno de los colores más esenciales en la paleta del pintor español, y se ha perpetuado á veces, como en los cuadros de Fortuny, con gran insistencia.

(2) En un estudio interesante del Greco («Estudio de Toledo», *Monthly Review*, Marzo 1901), Mr. Arthur Symons ha caracterizado agudamente estos retratos, en los que «hay cierto éxtasis moderado, puramente ascético y puramente castizo en su ascetismo, como una hoja fina de Toledo, que oculta bajo la vaina su filo inactivo... Las caras son todas nervios, nervios salientes, sosegados por un esfuerzo, caras de soñadores en acción; tienen toda el alma tormentosa española y toda la contención que su altivez les impuso». Rickett, en su libro *The Prado*, ha puesto en claro, con notable discernimiento, los caracteres generales del Greco (páginas 25-31).

sus mujeres sedentarias y las cualidades aristocráticas de sus hombres, aplicándoles algo de esa energía conjuntiva, febril y neurótica, que es la nota especial de su arte, y sin duda de su propia personalidad—lo que quizá diera origen á la leyenda de su locura,—obra ésta que desarrolló durante su estancia en Toledo. La condición altiva y aristocrática del Greco—condición española también, aunque muchos pintores españoles hayan revelado en su arte su origen por lo común humilde,—le llevó á seguir sus propias tendencias, desdeñando el arte contemporáneo, y esto, añadido á ciertas cualidades de color, puede haber contribuído á inspirar á Velázquez, que parece no haber tenido otro maestro que el Greco, si bien su genio, sólido y sano, supo rechazar instintivamente los elementos extravagantes de la obra de su predecesor. Conduciendo su propia individualidad al último extremo, fué el Greco una fuerza liberadora en el arte español.

En general, como hemos visto, no pueden conciliarse las cualidades españolas de dureza, sentimiento hondo, individualismo y natural violento, á veces, con la manera italiana. Pero al fin se dispersó por el suelo de España una simiente fértil de Italia, era de carácter innovador, y parece haber procedido del Mediodía de Italia, región emparentada con España, pues Nápoles y Sicilia, desemejantes de la Italia del Norte, son africanas de origen; vivieron, además, por mucho tiempo bajo la dominación morisca, y formaron después parte del gran imperio español (1).

El arte napolitano, austero, duro, realístico, veraz y dramático, pero revelador de escasa delicadeza, de sensibilidad estética—representado para nosotros principalmente en las obras de Caravaggio y de Salvator Rosa,—fué una vigorosa revuelta contra las formas débiles y fofas del último arte de

(1) «Y á la verdad, en mi opinión—escribía Howell, de Nápoles, en 1621,—la grandeza del rey de España se percibe aquí con más ventaja que en España misma.»

la Italia septentrional, y las insipideces y vaciedades en que había incurrido al fin (1). Mas es preciso recordar que la escuela napolitana no se la puede considerar sino hasta cierto punto constituída por las del Mediodía de Italia; casi todos sus caudillos salieron de Nápoles á todas partes del mundo. Se ha de notar también que la escuela valenciana de España se fué desenvolviendo de la escuela bolonesa, por los mismos caminos que la napolitana, del valenciano Ribalta; con su luz potente y su modelado vigoroso, fué el maestro de Ribera. El factor decisivo, además, en la concentración del movimiento realístico de los últimos tiempos del arte italiano en Nápoles, parece haber sido el hecho de que Nápoles perteneciera al dominio español, y que para los españoles era tan congénito este género de arte, como ajeno á los italianos en general. Los pintores napolitanos constituyeron de esta suerte, en doble sentido, una rama de la escuela española. Así es el valenciano Ribera—el Españoleto, como le llamaban en Italia—uno de los primeros del arte napolitano; no sólo nació en España (2), sino que con razón se le cuenta en todo caso como una de las glorias del arte español.

Las mejores obras de Ribera están desparramadas por muchos sitios—aun cuando se le ha dedicado una sala especial en el Museo del Prado;—pero todo el que haya podido obtener una idea comprensiva de ellas, no dejará de inferir que des-

(1) No fué con toda esta tendencia tardía en aparecer, pues los mosaicos del Mediodía de Italia (tal como se ofrecen en el primer volumen de la obra de Bertaux, *L'art dans l'Italie Meridionale*), al revés de lo que acontece ordinariamente al arte bizantino, son singularmente vigorosos y dramáticos, con figuras de alto relieve en fondo oscuro.

(2) Como Salazar ha demostrado últimamente («La Patria ela famiglia dello Spagnoletto», *Atti del Congreso Internazionale di Scienze Storiche*, 1903, vol. VII, sezione IV), Ribera fué nacido en Játiba (Valencia), de padres españoles, aunque la familia emigró poco después á Nápoles, donde el pintor se casó con una italiana, y donde murió, probablemente en Posilippo, en 1652. Játiba, fortaleza situada en un paraíso de flores y verjeles, fué también la cuna de los Borgias, y en cierto tiempo baluarte de motines del reino; ahora es también centro de anarquismo.

pués de Velázquez no hay figura más grande en la pintura española. Puede convenirse en que Ribera es muy desigual, y que en los efectos placenteros, fáciles y socorridos, no se distingue de ordinario. Posible es también apartar la vista de muchos de sus cuadros, por la idea de que son sombríos, rudos, violentos y, en no pocos casos, brutales. Hemos de recordar que es cronológicamente el primero de los grandes pintores. Velázquez le siguió, mientras Murillo empezó por imitarle con entera franqueza. La profunda originalidad de Ribera se nota en la manera total en que, aunque inspirado por marcadísimas influencias extrañas, expresa y exterioriza, sin embargo, el genio de su propio pueblo. Las cualidades españolas, como sabemos, son cualidades del carácter. El arte de Ribera es la manifestación de este temperamento, ardiente, profundamente emocional, casi exclusivamente religioso, casi siempre realista é invariablemente dramático. Es tanto y tan anheloso de invertir todos los recursos de su arte en sacar sus figuras con el más podoroso realce, que podemos considerarle, como realmente lo era, un escultor por instinto. Había nacido en los confines de Aragón, centro de escultura, arte la más nacional de las plásticas en España, y ningún otro pintor español ha concebido con tal persistencia la escena que tiene ante sí con manera más de escultor, pero escultor de esa escultura dramática y realística española, como la del Montañés, que produjo algunas de esas nobles imágenes que respiran vida, como las de la Semana Santa de Sevilla. El vigor robusto del arte riberesco se completa y compensa con su esencial ternura. Ribera, no ya supera á todos sus paisanos, sino que apenas encuentra rival en el arte de representar la devoción amante, el abandono tierno asociado con la emoción religiosa. Su «Magdalena» acariciando una calavera, logra transmitir la sencilla sinceridad de un sentimiento verdadero á una escena que el pintor de ordinario ha tenido por muy difícil de desarrollar de manera que convenza. En el «Enterramiento», de la National Gallery, la manera en que San Juan se detiene á los

pies del Salvador, con la cabeza agachada, cubierta por una ondulante cabellera de dorados rizos, es singularmente característica de Ribera; y no menos que en ésta, en una pintura conocidísima en el Louvre, del «Cristo Muerto», cuya masa de oscuros cabellos se mecla con sombras de la misma tinta. En tales cuadros podemos ver los tonos sombríos y profundos de colorido emocional, las ricas armonías de oscuros de que tanto gustan los pintores españoles, desde Gándara á Zuloaga, pero que nadie ha llevado á más soberana perfección que Ribera. Él es el colorista más magnífico y original de España, un veneciano descarriado, cuyo tono emocional es enteramente español siempre. La prueba fundamental de la potencia artística de Ribera y de su capacidad para expresar la emoción del éxtasis, la suministra el gran cuadro de «La Purísima», que se ostenta en el altar mayor de la iglesia de las Agustinas, de Salamanca. La delicada amalgama de modestia y majestad del rostro de la Virgen y la apostura enhiesta son triunfales en este cuadro; Ribera, no sólo alcanzó de esta vez lo que los esfuerzos reiterados de Murillo persiguieron en vano tanto tiempo, sino que no teme la comparación con el Ticiano (1).

No se limitó Murillo á imitar la obra de Ribera en lo que se refiere á la pintura de vírgenes extáticas envueltas en nubes. En casi todas sus primeras obras sigue las huellas de Ribera. Ante la «Adoración de los Pastores» (Museo del Prado), es difícil convencerse de que no se halla uno en presencia de obras características del antiguo maestro; allí el mismo colorido, idéntico realismo, la misma cara de la Virgen; hasta el ángel, que parece cosa tan propia de Murillo, lo vemos reproducido de aquel otro de blancas alas y vestido de oro y púr-

(1) Ribera fué singularmente feliz, mucho más que ningún otro pintor español, en la difícil tarea de combinar la majestad con la suave mansedumbre humana de sus Vírgenes. Esto se ve muy bien en la preciosa «Sagrada Familia», que es el cuadro más digno de verse en el Museo provincial de Toledo.

pura del «San Pedro *Advíncula*» de la sala de Ribera. Murillo es cierto que dejó la brutal crudeza ocasional de Ribera, pero dejó también su fuerza y sinceridad y su veracidad dramática

La superioridad de Velázquez—cuyas primeras obras muestra también, en grado menos definido, la influencia de Ribera—entre los pintores españoles es hoy incuestionable, ni tampoco se cuestiona mucho su lugar preferente entre todos los artistas del mundo, en ciertos respetos ni superado ni superable. Pero Murillo, que en otros tiempos se reputaba por el rival de Velázquez, ha decaído en la estimación crítica, aun cuando su popularidad entre las masas dentro y fuera de España no ha decaído por las discusiones de los críticos. Su posición real podemos colocarla, sin peligro de equivocarnos mucho, no distante de la que se le asigna á Andrea del Sarto. Murillo ha padecido á causa de su popularidad con la reacción crítica que tal popularidad ha suscitado. Pero como sucede con su contemporáneo, que en muchos respectos le supera, Vandike, podemos reconocer en él con toda justicia un hechizo positivo y una perfección genuina, aun cuando no podamos menos de notar la ausencia de esas cualidades, que son patrimonio de los grandes creadores en el arte.

Murillo carecía de fuerza original: los métodos, las tendencias, hasta los diseños favoritos del primer período de su arte, llevaban, como vemos, la profunda impresión del genio poderoso de Ribera; y las modificaciones que su estilo experimentó al final de su vida, aunque sin duda ensancharon su personalidad, no por eso tenían gran significación artística. Fué artista de temperamento receptivo y femenino, realista, sí, pero sin fuerza varonil, inepto para expresar las vigorosas cualidades dramáticas que más castizamente encuentran su expresión en el arte español. Pero su mano era diestrísima, y su gusto mostró una sensibilidad más delicada de la que se acostumbra á ver en España; fué sensible á la belleza, especialmente á la belleza idílica de las escenas y paisajes del hogar (aunque en esto no hizo sino seguir con gran acierto al Bassano) y el encanto

plebeyo de los rústicos españoles. Su vista pronta y su mano ligera hubieron de acomodarse á las necesidades de una población en que la belleza se dedicaba casi siempre al servicio de la religión. Esta circunstancia, si bien le condujo á la producción de cuadros que han formado el gran renombre de Murillo, ha perjudicado á su reputación en su más alto sentido. De todos los pintores españoles es Murillo el único de quien se ha dicho que representa la manera de lo que llamamos «el Mediodía». Por esta misma razón quizá no fué tan castizamente español como Ribera. No tuvo la aptitud dramática hispana ni la sinceridad de intenso sentimiento religioso. Las famosas vírgenes de Murillo entre nimbos, al estilo de la gran Purísima de Ribera, de Salamanca, aunque refulgen deliciosamente entre la bruma en que viven, no son por lo común sino lindas aldeanitas, con mantos hermosos que se ve no les pertenecen, y simulando emociones extáticas que nunca sintieron. Sus demás cuadros religiosos, que de igual manera agradan y embelesan, no logran tampoco convencer. Cuando podemos olvidarnos de que estamos contemplando una pintura religiosa, ó cuando el pintor podía dedicarse libremente á asuntos seculares, es cuando podemos gozar de las cualidades de su arte. Cierto es que sus pilluelos son tan deliberada y conscientemente pintorescos como sus santos están dotados de tan deliberada y consciente santidad. Hay que añadir, en apología de Murillo, que ningún otro pintor español se ha apoderado tan idóneamente de la vida rústica de España, ó más bien de Andalucía, en los puntos en que decayó galanamente con sus lindos amaneramientos; en este terreno parece sincero y sensitivo, y capaz de exteriorizar la vida en que él vivía. La misma ausencia de instinto dramático le favorece en este particular. Su cariño por lo bello y refinado, especialmente cuando se manifiesta en hábito plebeyo; sus sentimientos idílicos por la belleza del sosiego pastoril en el siglo patriarcal—ilustrado en muchos cuadros de la Ermita de San Petersburgo,—su colorido suavemente brillador y luminoso, todas estas cosas hacen de

Murillo una figura peculiar y atrayente en la pintura española, aunque no pueda competir con la excelsitud de Velázquez y Ribera.

El lugar que le corresponde es próximo del de Zurbarán, aunque son muy desemejantes ambos artistas en muchos respectos—Murillo, que llegó un poco más tarde, es el más hábil y experimentado maestro de su arte;—Zurbarán es un realista más castizamente dramático y con un sentimiento religioso enormemente más sincero y profundo, prototipo del visionario realista y religioso al mismo tiempo (1). Pero fueron parecidos en su refinamiento del natural, en la delicadeza de su realismo, su amor genuino por la naturaleza humana plebeya; Zurbarán se conserva siempre más directo en su visión, más inalterable en su ejecuaión, hombre de alma humildísima, demasiado quizá para un gran artista, contento con vivir en la tierra, y mejor en un convento, sin padecer las ansias de Murillo por asirse á una nube.

Fué Zurbarán natural de Extremadura, región que confina con Castilla por el Norte y Andalucía por el Sur, cosa que se acusa en su manera de ser espiritual. Tiene mucho del regocijado y suave contento del andaluz; pero al mismo tiempo, en su vigor dramático, en su fervor intenso, su preocupación

(1) La significación é importancia de Zurbarán se ha patentizado en fecha muy reciente. La exhibición comprensiva de sus obras en Madrid en 1905 (que yo desgraciadamente no pude ver, y eso que estaba entonces en España) ha contribuído poderosamente á su conocimiento. Lord Leighton, crítico muy atinado y bien informado en pintura, escribía, sin embargo, con entusiasmo hace ya casi veinte años de Zurbarán como «de un hombre poco conocido en este país, pintor de una personalidad poderosa bien visible, en quien se juntan, más que en ningún otro de sus contemporáneos, las varias y esenciales cualidades de la raza—su temple desconfiado, su encogimiento casero, su indiferencia por lo bello, su amor por la acción, su fuerza imaginativa, su fervor ardiente, su poesía y su prosa.—Murillo era verdadero español, no hay duda, pero no tenía ni la imaginación ni la virilidad sostenida de estilo de este hijo de aldeanos extremeños, el más completo representante en arte, á mi ver, del genio de su raza.» Hay, sin embargo, en esta apreciación mucho que parece más aplicable á Ribera.

genuina religiosa revela al hijo de Castilla. En la técnica, sus pinturas no interesan grandemente, porque casi siempre aparece dominado por el instinto, sus sentimientos religiosos é ideas, lo más sencillamente que podía. Murillo era pintor religioso porque su siglo no le hubiera permitido ser de otra manera. Pero Zurbarán estaba en completa armonía con el espíritu de su siglo. Es el Fra Angélico español, es decir, un Fra Angélico cuyas rodillas se afirman reciamente á la tierra.

El gran período de la pintura española está comprendido en la primera mitad del siglo XVII. Se extingue aún más completa y rápidamente que la floración del drama español, y casi al mismo tiempo. La vida de Velázquez terminó en 1660, y la de Calderón, que sobrevivió á casi todos sus contemporáneos dramaturgos, en 1681. La antigua y vigorosa escuela veneciana, con quien los españoles estuvieron á menudo en contacto, continuaba dentro de mezquinos cauces viva y alerta, conservando su actitud para nuevos desarrollos y en guardia al menos, extendiéndose hacia el moderno arte, pero el español había perdido toda vitalidad. Ni una figura notable sale hasta que llegamos á Goya, á fines del siglo XVIII. En este aragonés, hijo de labradores pobres, que muestra en su retrato el tipo exacto del aldeano aragonés taimado y recio, tenemos un renacimiento enérgico del espíritu español en el arte. Cierto que ofrece alguna reminiscencia del influjo francés, pues dejando á un lado diferencias fundamentales, no es difícil reconocer de cuando en cuando en su obra la rigidez y pseudo-clasicismo de David, al mismo tiempo que notamos la falta de aquella solidez substancial de los antiguos maestros y su instinto aristocrático. Pero, en conjunto, con sus aptitudes versátiles y sus intereses complejos, Goya representa el temple español y los intereses españoles por manera más comprensiva que ningún otro pintor español. Ha escapado por fin de la censura de la Inquisición, que aherrojaba á sus predecesores, y está un tanto embriagado con el vino de la libertad. La religión, interés primario de la España antigua, es un elemento descuidado en

su arte. Es hecho de gran significación, cuando de apreciar el ideal espiritual de España se trata, el que no haya habido después de Zurbarán ningún gran pintor religioso. Goya trató la vida española de manera viva y despierta, por muchos de sus lados; posee toda la energía fantástica de España; algunos de sus cuadros son á modo de picantes libelos políticos; ilustró plenamente todos los aspectos de la vida popular festejera de los españoles; técnicamente, por procedimientos de gran flexibilidad y justeza que interesan grandemente, aunque, salvo en algunos bocetos y dibujos, rara vez alcanza la perfección consumada. Algunos de sus dibujos, por su soberbia penetración y acierto, son casi comparables á los dibujos de Rubens, aunque en los *Caprichos* y otros apuntes su belleza y aire, su vigor de trazo y expresión tienden á convertirse en caricatura. Y en su vida personal mostró precisamente el mismo temple atrevido y versátil, pronto siempre á echar mano á la espada, capaz de alternar en una corrida de toros, sacando una vez á una monja del convento y viviendo en pública *liaizon* con una duquesa de la corte, á la que pintó (según una tradición no demostrada), en su «Maja desnuda», como Manet pintara después su menos importante «Olimpia», del Louvre, y sin dejar de ser por su vida y por sus afectos, era Goya al mismo tiempo un moderno nervioso é inquieto, que puede reclamar su puesto entre los pintores más modernos.

Señaló Goya una resurrección verdadera en la pintura española, que se ha continuado hasta el día, aunque, excepto quizá Zuloaga, no ha producido ninguna figura de primer orden. La mayor parte de los pintores españoles se han asociado á los franceses, y han buscado su ambiente y fama en París. Tal relación era natural é inevitable, sin contar con la reputación excepcional de que París goza hace tiempo como centro de arte. Francia ha sido el último de los grandes países de Europa en conseguir la autoconciencia seria y deliberada en su pintura; y desde que ha tenido lugar este progreso, los pintores franceses del Suroeste han manifestado muchas veces

características de color y dibujo que recuerdan la pintura española. La influencia francesa no ha destruído, sin embargo, las cualidades específicamente nacionales de los pintores españoles, ni aun cuando el azar les hizo nacer en suelo francés. Así, Díaz, que representa un papel importantísimo en el movimiento romántico francés, sigue siendo español en los amplios y varoniles efectos de su obra mejor, y en la riqueza peculiar de color pasional que podemos notar á veces en los pintores españoles.

En la actualidad, casi todos los pintores españoles de nombradía, contrario á lo que antaño sucedía, son ó vascos ó especialmente catalanes; es decir, que pertenecen á regiones españolas que en otras manifestaciones de la actividad sobresalen también por su energía y éxitos. El principal representante de los vascos es Zuloaga, el más eminente de los pintores españoles contemporáneos, el expositor más brillante de las hermosas tradiciones españolas; y entre los catalanes obtiene el primer lugar Anglada-Camarasa, gran maestro de color refinado y jugoso; la violencia española templada por la española sobriedad. Sorolla, artista también de reputación europea, valenciano, es también, como legítimo español, dueño de poderosos y enérgicos efectos. Hay en el Luxemburgo una colección escogida de pintores españoles, y en los salones de París abunda también la obra española claramente característica, sobre todo por esas atrevidas y gallardas pinceladas, secreto un tiempo del arte de Velázquez y de Hals, que se han convertido en moda indispensable, más bien que en consecuencia inevitable, de necesidad psicológica ninguna. Pero en su origen, eran la expresión en pintura de un temperamento belicoso; la transformación del valor en arte, del valor, que es la cualidad fundamental del español, ante la que se siente lo que Brantôme expresaba cuando los españoles en las guerras de Flandes iban cabalgando como príncipes, con su arrogante é insolente gracia.

HAVELOCK ELLIS

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

EL COLORIDO

Para terminar, una ojeada sobre Velázquez como artista del color.

Que no es una expresión completamente exacta llamarle el primer colorista (1) ha sido notado varias veces. Si se llama colorista al que quiere ser más que un compositor y dibujante de contornos, al que trabaja con el color y la luz y tiene imperio sobre el pincel y dibuja con el pincel; bueno. Pero si se quiere expresar con tal palabra un pintor que pone su empeño en el vigor y calor en la belleza y armonía del color, es decir, un poeta del color como Ticiano, Paolo y Rubens, no se debe llamar á Velázquez colorista. Cuando se contemplan sus cuadros en las salas de Europa al lado de aquellos italianos y holandeses, á los cuales se venera desde la decadencia del clasicismo como reveladores de espíritus pictóricos, se observa la divergencia en el tono general del colorido de Velázquez con el encendido color de los venecianos. Se encuentra en él una tendencia á la monocromía, se llama al color su lado débil (2), y

(1) Si je ne me trompe, le plus grand des coloristes. BEULÉ: *Revue des deux mondes*, 1861, Julio.

(2) He is as fine, in some instances, in colour as Titian; but, to me, this is his weak point being mors frequenthy cold, black, and without transparency. WILKIN: loc. cit. Carta de 14 Febrero 1828 y 25 Octubre 1827.

á veces se echa de menos; ha unido el encanto del colorista (y este es su raro mérito) con la aparente sobriedad del color. Le vemos ahora alejado de la parcialidad del Ticiano, por los tonos saturados y cálidos temperamentos, y aun más lejos de los fogosos colores de Rubens con sus reflejos luminosos.

Así, pues, ciertos retratos, pintados casi exclusivamente con blanco y negro, hacen pensar en su indiferencia hacia el color; se advierte su preferencia por el gris, que aquellos coloristas aborrecían, y la ausencia total del tono dorado de Rembrandt; sus colores locales, rotos por la luz el verde polvoriento de hoja, el frío y apagado rojo pálido; la rareza del barnizado; finalmente, la indiferencia por la armonía, que á veces toca en discordancia, por lo que se ha dicho que no comprendía la orquestación del color. En la Epifanía, el rey de primer término lleva una túnica verde, y sobre ella un manto amarillo oscuro; colores que sólo son tolerables cuando se neutralizan con el carmín del moro de detrás. Tampoco es agradable la unión del anaranjado pardusco con el carmesí oscuro (Cristo en la columna). En la Coronación de María encontramos un extraño acorde en el violeta, púrpura, carmín. Si bien admiraba á Ticiano, no imitó su procedimiento de realzar el tono caliente de la piel por el blanco del cuello y la saturación del ambiente.

¿Seguía, pues, Velázquez también en este punto aquel espíritu de contradicción que presidía al movimiento naturalista en Italia? La falta del sentimiento del color es un paralelo con la tolerancia de lo deforme en los modelos, del abocetamiento en la ejecución? Es realmente el profeta de un arte que hiciese credo de lo repulsivo y antipático en el asunto y en el modo de presentarle?

Velázquez no tuvo nada de sectario. Celebró y estudió á los venecianos, esos idealistas del color; pero su principio fundamental fué siempre la verdad. En interés de la verdad, no se detuvo ante las tintas indiferentes y aun desagradables ni ante la desarmonía. La naturaleza no toma en consideración

los placeres de la vista; de aquí la caza del colorista de las ocasiones en que se presentan asuntos bellamente coloreados. Velázquez notaba que los venecianos, con sus cálidos medios tonos, no habían alcanzado el verdadero carácter de la carnación, en la cual, sin embargo, desempeñan el principal papel los tonos grises. Hasta cierto punto, pensaba lo que Palomino (1,44), cuando dice: «El verdadero y perfecto color es el que produce el efecto deseado, aunque consista en el polvo de las calles; en estando bien dado el golpe, no importa cómo se ha dado.»

Pero donde la verdad, esto es, la naturaleza del asunto pide bellos colores, los acepta como cualquier otro colorista.

Apenas hay un cuadro en el mundo que tan resueltamente esté construído sobre el más luminoso de todos los colores, el color de los colores, como el del Papa. La impresión del taller de los gobelinos se ha comparado con la de una pradera esmaltada de flores. En algunos retratos ecuestres domina el acorde de dos colores extraordinariamente intensos, pero que se repelen el azul cianuro del cielo y horizonte con el castaño saturado del caballo, el reflejo dorado de metal y la seda del jinete. Cuando pintó á Felipe para su reina, envió un retrato «claro y tierno como Metsu». Aun mejor en los retratos de aquellas infantas y reinas de sangre germánicas que alegraron el palacio del viejo monarca, pudo Palomino encontrar la auténtica *ternura* de los venecianos. Cuán desconcertados se quedan algunos ante la figura de la reina Mariana en la galería La Caze (para citar un sitio donde se encuentra material abundante de comparación), donde, ante la cortina verde oscura, esta rosácea criatura nos sonríe con el brillo de sus ojos azules como un ramillete cuajado de diamantinas gotas de rocío, en la armonía de sus distintos rojos y blancos, el rosa del jardín y de la seda, el blanco de la piel, los bordados de perlas y de plata entre el reluciente oro de las joyas del pecho y las rosas amarillas de los rubios cabellos.

Todo el candor y nácar
del clavel y el jazmín.

(CALDERÓN: *La púrpura de la rosa.)*

Ante tal lienzo hay que reir del espectro negruzco y verdoso grisáceo con que algunos imaginan á Velázquez.

Esta voluptuosidad del color no es ciertamente el rasgo dominante de los cuadros del español. Pero ya sabemos que raras veces fué libre en la elección del asunto; como pintor de cámara, pocas veces tuvo ocasión de dar rienda suelta á su sentimiento del color. El gusto de la corte española por aquellos días distaba mucho de la pompa oriental de las mercaderes repúblicas italianas. Ya sabemos cómo el rey dirigió la moda hacia lo sencillo, serio y sobrio, por lo que las mismas reinas é infantas se hubieron de acomodar á trajes negros y oscuros. Entonces adquirió el pintor su extraño color negro, que «nunca es pesado ni mate, sino ligero y transparente».

Un toque sombrío, fundado, por otra parte, indudablemente en la manera española, no aparece en modo alguno en los trajes del pueblo; los mismos escritores del siglo XVII tampoco hallan en sus paisanos inclinación por los colores bellos (1). Pero los estudios del joven pintor en la alegre Sevilla le llevaban muy lejos de esta música colorista, mina aprovechada en tiempos modernos con tanta fortuna. El naturalismo recomendaba colocar la escena en lugares bajos y sombríos, con mendigos desarrapados, herreros medio desnudos, paisanos borrachos, lo cual no podía dar ninguna sinfonía de colores. La ambición del pintor era el *relieve*, recomendado ya cien años antes por Leonardo á sus discípulos como el alma y dignidad *(eccellenza)* del arte, con menosprecio del color. El color separa, el claro-oscuro une; el que quiera obtener ante todo la

(1) Cuando DON JUAN DE AUSTRIA, en la galería del archiduque Leopoldo de Bruselas, vió algunos cuadros separados y preguntó por su destino, se le contestó que procedían de España, en donde *gustan más de las bellas colores que no del arte.* J. MARTÍNEZ: Discursos, 196.

perspectiva del espacio, debe servirse del segundo como medio predominante de representación. De aquí aquellas figuras plásticas de acentuados contornos y luz lateral sobre fondo vacío. Pronto abjuró de los hábitos de los *tenebrosi;* pero al tender hacia la claridad, no tomó por el camino del color, sino que estudió los fenómenos de la «luz entre las cosas», la difusa luz del día, los juegos de ésta en la piel y en los paños (1). Observó la luz reflejada cuando se esparce como un fino velo sobre las figuras y sus sombras.

Ya en la época del clasicismo reconocía el admirable Gaspar de Jovellanos que los dos pilares fundamentales de su arte eran: la obtención del *aire* característico nacional, cuyo encanto no podía resistir ni la mirada ni el corazón, y los efectos de luz en el ambiente y el aire iluminado entre los cuerpos y sus intersticios (2).

Desde entonces cambia el tono oscuro «tostado» por el gris. Estos fondos neutrales gris claro se encuentran ya en sus primeros retratos reales; un ambiente cálido ó revuelto de color, con figuras vestidas de negro ó de blanco, sería una equivocación. El gris sirve como ambiente para asuntos modestos, porque aquí aparece distinto y claro un hálito de color y de luz. «Sólo en la limitación se manifiesta el maestro.» Su función es, pues, igual á la del espacio vacío en la composición. En los asuntos serios, tristes (como el Salvador en la columna), es de un efecto apropiadamente conmovedor.

Este gris tiene su historia especial.

El gris es la negación de la luz y del color; es luz moribunda; debe ser, pues, á los ojos, por lo menos indiferente que se excite una agradable impresión fisiológica por la pura saturación del color. El actual encomio del gris tiene, pues, algo de paradógico. Pero es también una ilusión de óptica producida

(1) Se Tiziano gli è superiore nel colorito, lo Spagnuolo sorpassa di molto il Veneziano nell'inteligenza della luce e delle ombre, como anche nella prospectiva aerea. Opere di Mengs, II, 148.

(2) Jovellanos: Obras. Barcelona, 1839, III, 165.

por asociación; como si este color, en sí completamente indiferente, poseyese un valor especial, un refinado encanto, un elemento emotivo. El gris no es nunca ni «agradable» ni «desagradable»; esto sólo lo es el objeto que con el gris se viste cuando el poeta nos conduce delante de una catedral gris ó delante de una «visión nocturna plateada»; si se habla del brillo de un fino gris perla ó de la venerable cabeza gris del héroe, el nombre del color gris despierta en nosotros la imagen sensual que el nombre representa. Pero estos grises quizá no son muy distintos del gris de la enfermedad y de la descomposición de el del cielo lluvioso y del dragón, vestido por Schiller de gris.

Esta teoría del gris se ha descubierto á consecnencia del empacho que produjo la orgía de colores de los coloristas modernos. Entonces se proscribió el pardo, favorito de los venecianos, para fondo de sus vivas figuras, en el cual, sin embargo, se pintaba con más fortuna, armonizando el colorido oscuro con el valor luminoso de los tonos calientes. El gris es el cordial de la fatiga que produce el color. Hay neurasténicos á quienes todo color que hiere les produce un contacto doloroso; tales pacientes destierran de sus habitaciones todo objeto coloreado. Los españoles consideraron al Greco como su descubridor, mientras Stirling considera sus figuras como cadáveres de coléricos: había caído en una completa degeneración del sentimiento del color. Por esto el gris se conceptuó como distinguido, y lo distinguido está siempre en alza en esa era del reclamo y de lo sucedáneo, cuyo lema principal había llegado á ser. Según Lessing, se hace gala siempre de las virtudes de que se carece.

EL AIRE LIBRE

Cuando, hace cuarenta años, se anunció el evangelio de la pintura al aire libre, hoy pospuesto á la moda de años anteriores, creyó descubrirse en Velázquez un mensajero de Eduar-

do Manet; «todo se modelaba al aire libre, claro sobre claro, colores rubios sobre un cielo de plata; entre el pardo del primer término y del fondo no había diferenciación de *valeurs*... se obtenía por medio de él el más cumplido modelado y el relieve sin ayuda de los contrastes de sombra» (1). Esta prioridad parece un nuevo título de su fama. Pues la pintura realista, no sólo ha vencido ciertas dificultades, sino que posee el encanto y la fuerza convincente de una naturaleza nueva y finamente observada. Recientemente se han separado muchos de la opinión de los que ven el *plein-air* en los cuadros con fondo de paisaje de Velázquez. Se indican las tenues sombras del bigote sobre las mejillas, las de la banda sobre la armadura, las del brazo en el bastón. Pero estas pequeñas inconsecuencias demuestran sólo que no se ajustaba á principios rigurosos. Es indiscutible que se le concede el tono y la luz del paisaje en luz difusa ante los ojos, y que él daba esta impresión tan conscientemente como la luz que entra por la ventana ó la crepuscular desvanecida de una habitación. Naturalmente, sin el fanatismo de las modernas banderías, sin el prurito del escándalo.

A este género de pintura llegó Velázquez desde que comenzó á dudar del sistema de sus comienzos, de la luz de taller de los *tenebrosi*. Esta dirección estaba en el espíritu del tiempo. Nunca se ha traído al lienzo la luz de sol de un espacio cerrado de manera más seductora que en los cuadros de Pieter de Hooch y de Van Der Meer; nunca la luz difusa del cielo nuboso ha sido pintada como en algunos paisajes holandeses impresionistas. Pero también en Italia se pudo observar, después

(1) Le peintre arrive au même résultat que Leonard dans la Ioconda, obtenant le modelé le plus parfait le relief le plus reel, sans le ressource des contrastes au moyen d'ombres prononcées. Oh l'incompréhensible! W. Burger: *Trésors d'Anglaterre*, p. 116. Tout se modèle *en pleine air*, sans sacrifice apparent, sans artifices, sans repoussoir. *Gazette des Beaux*, art. xv, p. 65, 1863. P. Lefort: *Velázquez*, París, 1888, p. 101 y sig. Sans recourir aux contrastes forcés usités par ses devanciers... le maître *aborde* resolument ici le redoutable probleme du plein air. Emile Michel: *Revue des deux mondes*, 1894, 1 Agosto.

de la sobrexcitación del claro-oscurismo, una reacción hacia los colores alegres: Luca Giordano, Francesco de Mura, Tiepolo echan por ese camino; y Ribera mismo recuerda á veces su primer ideal: el genial lombardo, cuya Madona de S. Gorje se ha llamado el «Día del Correggio».

¿Y no era esta novedad realmente una vuelta á los antiguos? Los templistas y fresquistas italianos de Quattrocento no eran los únicos que habían fundado la técnica de esta manera naturalista de iluminar. Además de algún toscano, como Pedro degli Franceschi, siguieron esta senda los antiguos maestros flamencos y holandeses (por ejemplo: los de Colonia en la Sacra Familia). Pero entonces, antes del descubrimiento de la pintura de paisaje, no habían llegado á madurar tales intentos.

ORDEN DE SANTIAGO

El pensamiento de hacer á su pintor de cámara caballero de la Orden de Santiago, nació en la mente de Felipe IV muy últimamente, cuando ya llevaba aquél treinta y cinco años en su servicio.

Por tanto, no pudo disfrutar la capa con la cruz roja sino poco más de un año. Quizá este nombramiento fué un constante deseo de D. Diego, pues no había para un pintor español honor más marcado ni más raro. ¡Cuánto mejor estaban en este punto los italianos! Pacheco y Palomino enumeran los pocos elegidos. Sólo un ejemplo suministraba la tradición, de un pintor, á quien su rey hubiese concedido una cruz: Antonio Rincón, al cual Fernando de Aragón hizo caballero de Santiago. Felipe II, si bien era amigo de los pintores, no concedió á ninguno la *merced del hábito;* Felipe III, por complacer al Papa, á varios italianos. Velázquez encontraba, treinta años antes, en Roma á estos italianos, Baglione, Joseph Cesari, muy á menudo; quizá le refirió á su suegro (1), cómo aquel vanidoso

(1) Pacheco: Art. 1,7, p. 129.

cavalier d'Arpino no se contentaba con su hábito de Santiago, porque tenía otros, y cómo lo «perfeccionaba», combinándolo, por ejemplo, con la cadena de oro y la espada de San Miguel que le envió Luis XIII. ¡Cuánto no se hablaría de esto en el año de 1623, en que Rómulo Cincinnato, cuando su protector, el duque de Alcalá, le proporcionó la honra de pintar á Urbano VIII, fué hecho por éste caballero de la Orden de Cristo de Portugal. Velázquez también retrató á un Papa, pero sólo obtuvo la cadena de oro con el medallón. Sólo hubo entonces un caballero pintor español, José Ribera, á quien el Papa hizo e la Orden de Cristo.

Quizá esta falta de precedentes fuese la causa de que Felipe IV tardase tanto en decidirse. Llamóle la atención que Ticiano se firmase Eques Caesareus; fué nombrado comes palatinus por el emperador Carlos. Se presentaba, pues, una ocasión de hacer lo que Carlos V había hecho. La analogía no podía ser más manifiesta. También de Velázquez dijo Olivares que sólo él podía pintar al rey; también de él se podía elogiar la *facilitas* y *felicitas* en coger el parecido; sus retratos ecuestres pendían en el Alcázar al lado de los estupendos de Ticiano, sin que debieran temer nada de tal vecindad. Y en efecto, dijo el marqués de Malpica, entre los testigos, como mayordomo mayor el más competente, que su majestad quería seguir el ejemplo de Felipe II, que dió á Ticiano el hábito.

No se han averiguado los detalles de la causa ocasional de este nombramiento. Según Palomino, fué en El Escorial donde el rey le manifestó que quería recompensar sus dotes y los múltiples y hábiles servicios de esta manera; le concedió la elección de la Orden, Velázquez eligió la de Santiago. El rey, como *administrador perpetuo* de la Orden de Alcántara, Calatrava y Santiago, consumó la *merced* por *cédula* de 12 de Junio. Al punto, el Consejo acordó las *informaciones de las calidades sobre limpieza de sangre é hidalguía* necesarias para tomar el hábito. La caución ó fianza de las costas de esta información fué prestada por Gaspar de Fuensalida. El 15

de Julio entregó Velázquez su *Genealogía* (hasta los abuelos).

Según los estatutos de la Orden, debía probarse, por medio de testigos, que el pretendiente y sus antepasados, hasta la cuarta generación, eran de nacimiento legítimo, es decir, que su sangre era «cristiana vieja», sin mezcla de moros, judíos y *conversos,* aun en tan lejanos grados. Debían ser *hidalgos,* esto es, de nobleza, y por tal tenidos; y no haber ejercido, hasta el abuelo, ni comercio, ni negocios de cambios, ni *oficio vil.* También debía quedar probado que podía viajar y poseía un caballo; si había tenido algún duelo, y cuál fué su resultado, ó intervenido en algún lance de honor. Por último, que ni él ni sus antecesores habían sido condenados por la Inquisición. En los puntos comprometedores, bastaba la deposición de un testigo de oídas ó de fama, para la recusación. Hasta el año 1653, las pruebas de hidalguía se limitaban á la línea paterna; pero en un capítulo general de aquel año se extendieron á la línea materna. Las costas eran considerables: el pretendiente tuvo que pagar la renta de un año (200 escudos) y al rey después 200 escudos; al secretario 50-60, además de las pruebas, que no bajaban de mil, y por último, los derechos de canciller y notario.

Las actas de este proceso se conservan, y pasaron, desde el castillo de Uclés, de la Orden de Santiago, al *Archivo Histórico Nacional* de Madrid, donde las examinó Villaamil (1).

El presidente era el marqués de Tabara. El expediente indagatorio tuvo lugar ante un tribunal de caballeros de la Orden. El interrogatorio duró desde 1 de Noviembre de 1658 hasta el 16 de Febrero de 1659. El examen fué trabajoso; más de cien testigos desfilaron en aquellas días; se nombró una comisión para que hiciera, en los lugares de Monterrey y Tuy, confines de Portugal, las informaciones sobre los Silvas de Oporto; otra para Sevilla. Cinco nobles portugueses dieron

(1) En la *Revista Europea,* Madrid, 1874, II, 39, 80, etc. Beruete da un complemento concerniente al Breve del Papa, p. 161 y siguientes.

noticias de aquéllos; y respecto de los puntos restantes, concernientes á sus empleos en la corte y á su profesión de pintor, informaron sus amigos.

El protocolo sólo contiene declaraciones favorables al pretendiente para desvirtuar algunas propuestas objeciones; de qué clase eran éstas, sólo se puede deducir de aquéllas. Parecen contraerse principalmente á su profesión de pintor. Toda ocupación retribuída con dinero era tenida por *oficio vil;* en éstos estaban incluídos los plateros y pintores, en cuanto su arte era fuente de ganancias; los bordadores, canteros, hospederos, amanuenses, excepto los secretarios del rey y de las personas reales, abogados públicos y todos los que vivían del trabajo de sus manos.

Respecto de este punto, aseguran varios testigos de calidad y de su arte, de la manera más resuelta, que Velázquez nunca ejerció la pintura como oficio, ni había recibido directamente dinero por cuadros, y en todo tiempo, por el contrario, se había conducido y vivido como un hidalgo. «La pintura, decía el caballero de Santiago, Fernando de Madrid, era en él un dón ó *gracia*, no un oficio mecánico.» (No todo lo que contribuye al embellecimiento de la vida es oficio mecánico, dice *Goethe.*) Ni sufrió examen (de corporación), ni tuvo *apárador* ni *tienda*, ni en Sevilla ni en Madrid. Alonso Cano, Zurbarán, Nardi y el caballero Jerónimo Núñez aseguran que nunca vendió sus obras. Sólo pintó para *hacer gusto* á Su Majestad. En este punto los señores del Consejo parecía que no estaban muy persuadidos. Al menos el marqués de Malpica, mayordomo mayor, da á entender la inoportunidad de sus dudas, diciendo: ¿Cómo le hubiera Su Majestad concedido la *merced* si le cupiese alguna duda sobre este punto? (1).

La objeción no era completamente infundada. No es que se tomasen en consideración las pagas de su señor. Pero leemos

(1) Si Su Magestad presumiera havia tenido tal oficio ú otro, no le hubiera hecho la merced deste avito. L. cit., pág. 275.

en un escrito del ministro de Módena, Fulvio Testi (p. 88), que el precio del retrato del duque ascendía á cien doblones (ó 1.400 reales), y que le había dado 150 reales de adelanto. «Es caro», añadía, como si tuviese una especie de tarifa. Cuando el embajador veneciano Quiriné pidió para su compañero Sagredo, en París, un retrato de la infanta María Teresa, y Haro, después de algunas dificultades, dió su promesa, díjose: «El cuadro será pintado por Velázquez, y se mandará á París, previo el pago usual de 50 reales (1). Sin embargo, esta suma no se podía señalar como honorario; los retratos de las personas reales sólo podían expedirse como regalos del rey. Eran los usuales gastos en tales ocasiones. Pero aun más dificultades encontró el Consejo en orden á las pruebas de linaje. Por último, Velázquez hizo valer el hecho de que su familia en Sevilla se contaba entre la nobleza, porque estaba exenta del tributo sobre la carne, privilegio de la nobleza y del clero. Como sobre esta exención el cabildo llevaba un libro, se decidió enviar una comisión á Sevilla, la cual pidió, en efecto, que se le entregase el asendereado libro matriz (2).

Pero sin esperar el regreso, el Consejo acordó (en 26 Febrero de 1655) «que si la limpieza de sangre y nacimiento estaba demostrada, no así la nobleza de los antepasados maternos; que las pruebas de los abuelos maternos de la línea paternal no eran admisibles. En su consecuencia, debía defender la nobleza de la línea masculina (*varonía*) en el curso del proceso, y traer al Consejo su *carta ejecutoria*.»

(1) Il Quadro si farà per mano di Velasco, pittore del Rà, et con l'ordinaria paga di 50 Reali si manderá in Parigi. Desp. de 20 de Agosto de 1653.

(2) Libros en que acuerda el Cabildo se vuelva la blanca de la carne á los hijosdalgo. En el año 1515 fué suprimido el impuesto personal, y en su lugar en las carnicerías se elevó una blanca por cada libra de carne (la blanca 3 ½ maravedíes). Esta blanca se devolvía á los nobles y al clero y á otros privilegiados, y la devolución era considerada como prueba de nobleza. Pero Zúñiga (*Anales eccles. de Sevilla*, año 1515, III, 291), dijo: «Volver la blanca de la carne absolutamente no es prueba de hidalguía.»

Esto significaba la vergüenza de un retraso y las costas de un nuevo proceso.» (Palomino.)... ¡Qué espectáculo para un corazón aristocrático! Estos cuidados angustiosos de que el brillante escudo no se empuñase por un aliento de duda; esta delicadeza de quitar al *advocatus diaboli* todo pretexto de duda; esta enérgica independencia, pues, ¿no era la voluntad del rey la concesión del hábito?

Esto llama aún más la atención, cuando vemos con cuánta benevolencia se solían llevar en otras ocasiones las prácticas de esta información; ¡cuánto había descendido el prestigio de esta Orden, si no su *precio!* Cuando en 1621 fueron enviados á Flandes por méritos militares treinta hábitos, alabó Quevedo esta resolución del joven rey, «el cual quería ver la cruz en aquéllos coloreada por su sangre, no con el rubor de la vergüenza, ¡no entre mantillas en peligro de muerte!»

Al comenzar la guerra francesa, la Junta general de la guerra dió un decreto que hacía á la Orden tan mercenaria como todo en España. Quien quisiera un hábito, no tenía más que dirigirse al conde Castrillo, el cual le vendía y hacía pagar las pruebas de nobleza en Madrid. Con esto se esperaba reunir en corto espacio de tiempo la cantidad de 300.000 escudos, con la cual debía sostenerse la nueva caballería. A consecuencia de este tráfico y de la falsificación de las pruebas, dice el embajador de Módena, Guidi, han llegado á ser tan generales en Madrid los hábitos, que no es raro ver, por ejemplo, un antiguo paje, después camarero del conde Fulvio Testi, condecorado con la cruz de Santiago, para vergüenza de los nobles (1).

Esta asamblea de nobles, creada en el calor de la lucha de razas y de religión en el pasado, y destinada á robustecer la abnegación del soldado con la del monje, se había convertido

(1) N'escono (delle psore) con onore anco i zapateri, interessando con denaro i testimoni. IPPOL CAMILLO GUIDI al duque de Módena; 9 de Mayo 1643.

en un medio de allegar recursos, en un tributo sobre la vanidad.

Es, pues, de sospechar que aquel rigor no estuviese fundado exclusivamente en el orgullo de clase. Y Palomino dice también que «grandes rivalidades» entorpecieron el curso de las pruebas.

Al rey no le quedaba ahora otro recurso que pedir al Papa la dispensa de la prueba de nobleza. El breve fué expedido por Alejandro VII el 7 de Octubre de 1659 en Albano. En virtud de este breve, el Consejo debía resignar á Su Majestad la concesión de nobleza. Ejerciendo su real soberanía, elevóle Felipe IV, por decreto de 28 de Noviembre, á *hijodalgo*. Y ya el día antes, el 27, aun antes de la aparición del decreto, realizó el Consejo el *despacho del hábito*. El 28 eran los días del príncipe Próspero. «Obtuvo el hábito por D. Gaspar Juan Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla; su padrino fué el marqués de Malpica; después fué recibido en palacio.» En el mismo año dedicóle Díaz del Valle un *Elogium* y *Nomenclator* de los pintores que habían sido honrados con alguna Orden militar.

EL VIAJE Á LOS PIRINEOS

Los últimos servicios de Velázquez se relacionan con su empleo de aposentador. En la aproximación de las reales familias española y francesa para celebrar la paz de los Pirineos en la isla del Bidasoa, el encuentro del decrépito Felipe con el juvenil Luis XIV, el cual, por cierto, tantas desgracias debía traer sobre España; y con su hermana Ana, á quien no había visto desde hacía cuarenta y cinco años, ha sido descrito por las plumas y los pinceles franceses. Por parte de España no tenemos más que un *Viage* descriptivo (1) que posee un valor es-

(1) Viage del Rey N. S. D. Felipe Quarto el Grande á la frontera de Francia, p. D. Leonardo del Castillo. Madrid, 1667. 4.°

pecialmente geográfico. Allí se puede ver con los ojos del cortesano, y se cree oir lo que las altas personas decían y murmuraban en sus momentos íntimos; allí se agita uno en el ambiente de los marmitones.

Sin embargo, si España no poseía ningún escritor de memorias, había allí un pintor, en el cual confió la posteridad más que en Charles Lebrun. Pero el rey no pareció acordarse (como su embajador Peñaranda, doce años antes, cuando hizo pintar á Terburg, el juramento de la independencia de Holanda) que de una palabra de sus labios pendía la creación de un monumento de la historia de la pintura. D. Diego se lo había atribuído á sí mismo cuando le tocó el papel, en vez de reunir allí bocetos, de ir delante con sus subordinados como aposentador para hacer los preparativos, y finalmente, necesitó mostrarse con la cruz roja y la cadena de oro ante Sus Majestades.

La partida se fijó para el 15 de Abril; Velázquez abandonó Madrid el día antes, acompañado de tres *ayudas de furriera*, su yerno Mazo, Damián Goetens y Joseph de Villarreal.

Tal viaje real, con semejante equipaje y por tales caminos, se debió de considerar comprometido para el aposentador, pues se le nombraron otros dos empleados. Si bien Su Majestad quería viajar *á la ligera* y limitarse al indispensable acompañamiento (en el cual figuraban, entre otros, cuatro médicos, cuatro cirujanos, dos sangradores, el barbero y tres ayudantes), iban también los grandes, con su inevitable servidumbre; Haro, con un séquito de unas doscientas cabezas, los coches con los regalos y las libreas para renovar á diario. La vanguardia llegaba á la ciudad de Alcalá cuando el fin del cortejo tocaba aún la Puerta de Alcalá de Madrid. Se recorrieron desde la capital hasta San Sebastián veintiuna estaciones. La ruta siguió primero la actual línea férrea de Zaragoza; dejó ésta en Jadraque, para seguir por Atienza, Berlanga y San Esteban de Gormaz; se pasó por Aranda de Duero y por Cilleruelo, Lerma y Cogolludo á Burgos. Desde esta capital, el iti-

nerario hasta la frontera era precisamente el mismo de hoy. En los buenos trozos de carretera se hacían unas seis leguas españolas diariamente; pero en la montaña de Alava y Guipúzca mucho menos; á las seis todos los días se descansaba.

No faltaban distracciones. El viejo rey tenía ocasión de conocer la magnificencia de sus grandes vasallos en sus solitarios palacios, como nunca, y de contemplar antiquísimos lugares ibéricos en completa decadencia, como Osma, de emocionarse con el inagotable fondo de lealtad, fácilmente infamable, de sus dolorosamente probados castellanos, y de hacer consideraciones sobre la decadencia á que, bajo su glorioso cetro, habían llegado algunas plazas de comercio, antaño florecientes. Pero éstas duraban poco tiempo; pues á su entrada le esperaban coros y mascaradas, corridas de toros y fuegos de artificio. En Burgo de Osma «confirmaron los paisanos, en danzas sin medida ni arte, su completa sumisión». En Guipúzcoa ejecutaron los vascos sus danzas, alternando pueblo y nobles al son de la gaita y el tamboril. «Hombres y mujeres mezclados, en círculo y en fila.» Se improvisaron comedias, llenas de alusiones al gran acontecimiento, como el *Tetis* y *Peleo,* de José de Boleas.

En ambas Castillas no había ninguna hospedería, pero sí muchas espaciosas residencias de nobles. En ningún sitio hubo más espacio de que disponer que en el desmedido palacio del Cardenal de Alcalá, con sus patios platerescos de Alonso Covarrubias, un edificio de Alonso Fonseca. Allí podían recrearse los ojos en la pompa policromo-fantástica de la sala de Concilios, la más rica y postrer creación del género gótico-mudéjar; igualmente en Guadalajara, en el palacio del Infantado (edificado por Diego Hurtado de Mendoza, en 1461); se veía el espectador trasladado á recintos pintados en el estilo de los antiguos grotescos de las logias, por Rómulo Cincinnato. El parque del palacio del duque de Frías, en Berlanga, ofrecía, iluminado por la noche, un raro aspecto: estaba dispuesto en forma de anfiteatro, en tres terrazas con torres, fuentes y esta-

tuas. Este palacio fué incendiado por los franceses, así como el de Lerma, creación del cardenal de este nombre. Estaba edificado en el estilo de Herrera, por Francisco Mora, en 1614; la estatua de bronce del arzobispo Sandoval de Pompeo Leoni subsiste aun hoy en la iglesia. Allí, pues, se encontró Felipe en casa de aquellos Lermas, dueños, en el reinado de su padre, de la monarquía, y á los cuales él mismo había despeñado de la cima del poder. El hombre que le provocó á tal acción, el heredero de su favor, había terminado hacía largo tiempo en la oscuridad del destierro.

Entretanto, mostrábanse antiguos cuadros votivos y celebrados conventos de gran veneración. En la abadía de los Benedictinos, situada en un encantador paisaje, en Hita, postróse S. M. ante la milagrosa imagen de Nuestra Señora, aparecida hacía seiscientos años allí, en una higuera. En Atienza estaba el obispo de Sigüenza, Antonio de Luna, con reliquias. En el convento de los Premostenses, La Vid, á las orillas del Duero, fundado por el cardenal Iñigo López Mendoza, veneráhanse los restos de San Norberto. En Aguilera (Aranda) se visitó el sepulcro de San Pedro Regalado; la urna de alabastro fué costeada por Isabel la Católica (en 1442); el autor vió el en otro tiempo magnífico edificio, en Agosto de 1886, deplorablemente devastado y en completa ruina.

Así llegóse el 24 de Abril á la vieja capital de Castilla. En Burgos pensó el rey detenerse; Velázquez había dejado allí al Fourier Villarreal. Veinticuatro años antes tuvo allí lugar, por poderes, su matrimonio con Isabel de Borbón, cuya hija ahora conducía él á Francia. Habitó en la casa del Cordón, edificada por Pedro Fernández de Velasco, el constructor de la capilla del condestable de la catedral. La primera visita fué naturalmente para el terrorífico crucifijo el Santo Cristo de Burgos, en San Agustín; la segunda para el más aristocrático convento de monjas de España, Las Huelgas; la tercera para la célebre catedral. En ninguna parte se vió más palpable el contraste entre el antiguo esplendor y la presente miseria; la guerra de

Holanda completó la ruina de Burgos. Hasta aquí les fué el tiempo favorable.

En Briviesca se ocupó otra vez un palacio de los Velasco; estaba encerrado en el claustro de Santa Clara, fundación de D.ª Mencía (1523), aun hoy notable por las numerosas figuras, por su retablo hasta la bóveda, con sus estatuas de nogal sin pintar. Se admiró la habilidad y belleza de los trabajos en la materia bruta donde el arte desdeñaba el color y el oro. «Este retablo fué empezado por Diego Guillén, en 1523, y fué terminado por Pedro López de Gámiz, de Miranda.

Después, abandonóse la árida meseta de Castilla la Vieja, y se pasó por el desfiladero de Pancorbo, á la tierra de los vascos. Allí hubo de acomodarse S. M. en las casas de los pequeños pero altivos *hidalgos* de Álava y Guipúzcoa, los cuales por mucho tiempo hubieron de sentir, aunque con orgullo, los tristes resultados de esta visita. De Vitoria, Mondragón, Oñate, Villafranca, pasóse á Tolosa, donde entre las muchas cosas notables se admiró también una fábrica, una fábrica de armas, naturalmente. Por fin, llegó la caravana real el 11 de Mayo á San Sebastián, que fué honrado con una permanencia de tres semanas. Era entonces una plaza fuerte, cercada inútilmente, veintidós años atrás, por el gran Condé: los bravos guipuzcoanos habían reconstruído recientemente las fortificaciones, sin querer retribución alguna. Entretanto, disponía Velázquez el antiguo palacio del rey de Navarra, en Fuenterrabía, llamado hoy «palacio de Carlos V» (por la nueva fachada). El espectáculo más animado fué para el rey la entrada en el puerto de Pasajes. Cuando entró en el puerto en la *gabarra*, adornada de tela amarilla, con dos chalupas con remeros vestidos de encarnado, entre cañonazos y disparos de mosquetes, resonaron de las mil bocas de la multitud que cubría las orillas hasta no verse el suelo, vítores, mientras se subía al buque almirante *Roncesvalles*.

El objeto de este júbilo era un viejo achacoso, apesadumbrado por desdichas de toda especie, que sólo recordaba el pa-

sado con dolor y arrepentimiento; ahora, dispuesto á separarse de su hija, única prenda que le quedaba de su juventud, «la cual se despedía con lágrimas de los mismos que la habían visto nacer», para ir á un país donde siempre sería extranjera, y para casarse con un hombre á quien no amaba; en garantía de la paz, según se decía, pero en realidad, como pretexto para futuras guerras y para la división de la monarquía.

En San Sebastián subió Velázquez con el gobernador de la plaza, barón de Votteville, á una gabarra que los condujo á la isla de los Faisanes, para disponer el pabellón de la conferencia. Esta isla medía entonces 500 pies de largo por 60 de ancho (1).

El local más grande del efímero palacio era la sala, de 56 pies de largo, 28 de ancho y 32 de alto, común á las dos naciones. A ambos lados había un número igual de cuartos para España y Francia; además, una larga galería que llegaba hasta el puente, tres salas y un estrecho pasillo que conducía á un gabinete. Todas estas habitaciones estaban adornadas con costosos tapices. Se habían elegido los mejores del abundante tesoro de trabajos holandeses del Alcázar de Madrid, de asuntos bíblicos, morales y mitológicos. Todos se conservan aún. La mayor parte estaban hechos según los cartones italianos y holandeses del siglo XVI. En la gran galería (102 pies de largo) se veía el Triunfo de las Virtudes contra la vanidad y odiosidad del pecado (Laurent, Nr. 511-520) y la Historia de Noé (Nr. 476-479); en la sala primera, la Historia del Apóstol Pablo

(1) En un viaje á España en 1876, en que me detuve algunos días en Irún, hice el 14 de Marzo una excursión al histórico sitio. La isla estaba aún allí. Se habían construído defensas contra la marea y adornado con acacias, cipreses, rosales, etc. Se había elevado un monumento para conmemorar las visitas de Isabel II y Napoleón III (1861). Los alrededores ofrecen una vista muy diferente de la que ofrecían en aquel matrimonio de la paz. La guerra civil lo ha sembrado todo de ruinas. Los hijos de Guipúzcoa, conducidos por febril ambición, la mayor parte jóvenes, volvieron á consecuencia de la amnistía á las montañas natales, entre el júbilo de las muchachas, vestidas de gala.

(Nr. 447-451); en las siguientes, según los cartones de Ferrara, las «Poesías», de Icaro, Perseo y Andrómeda, Rapto de Ganímedes, Aquiles sacrificando á Polixena y el Castigo de Marsyas (Nr. 480-483); en la tercera, la preciosa tapicería de las Esferas, que procedía de Portugal (Nr. 465-467). En el corredor, la Historia de Rómulo y Remo (Nr. 453-498); en gabinete secreto, la Pasión (Nr. 488-492); finalmente, en la gran sala, el Apocalipsis de San Juan (Nr. 425-437). Imágenes de crueles castigos, que en parte solían caer sobre el pueblo.

El 7 de Junio tuvo lugar la *entrega* de la infanta.

«Velázquez—dice Palomino asistió á todos los actos.»—Los regalos del rey á su yerno, un toisón de diamantes y un reloj de oro, adornado del mismo modo, fué entregado en propia mano al aposentador para que los llevase al palacio de Carlos V, de Fuenterrabía.

«D. Diego Velázquez—leemos—no fué el que mostró menos su afecto en el adorno, bizarría y gala de su persona; pues, acompañada en gentileza y arte, que eran cortesanas, sin poner cuidado en el natural garbo y compostura, le ilustraron muchos diamantes y piedras preciosas; en la color de la tela no es de admirar se aventajara á muchos, pues era superior en el conocimiento de ellas, en que siempre mostró muy gran gusto: todo el vestido estaba guarnecido con ricas puntas de plata de Milán, según el estilo de aquel tiempo, que era de golilla, aunque de color, hasta en las jornadas, en la capa la roja insignia y un espadín hermosísimo, con la guarnición y contera de plata, con exquisitas labores en relieve, labrado en Italia; una gruesa cadena de oro al cuello, pendiente la venera, guarnecida de muchos diamantes, en que estaba esmaltado el hábito de Santiago, siendo los demás cabos correspondientes á tan precioso aliño.» Así refiere, en elevado estilo, Palomino este triunfo, que le tocó en suerte al pintor, representante de sus antepasados en el mismo empleo.

Como curiosidad, mencionemos aquí una figura que debía representar á nuestro aposentador en este acto. En la sala de

Luis XIII, en el palacio de Versalles, pende una copia de Mateo, según el original de Le Bonn y Van der Meulen (2.059). El pintor de cámara de Luis XIV puso aquí á su colega español en la inmediata proximidad de su señor. Pero en vano se busca allí una cabeza de semejanza remota. La descripción pinta aquí al pintor viejo, gastado, sombrío; se ha tomado á D. Luis de Haro por Velázquez, creyendo reconocer en sus angulosas y descarnadas facciones al envejecido pintor.

El 8 de Junio empezó el regreso, y los trabajos del aposentador empezaron de nuevo. En Burgos se abandonó el primer itinerario, para ir por Palencia y Valladolid, en donde Felipe se detuvo un día en el palacio en que había nacido. Y otra vez siguieron tres días de fiesta, encontrándonos que, después de tan conmovedor acontecimiento, se pudiera soportar la gárrula algazara de estas fiestas. El 26 de Junio se regresaba á Madrid. «Cuando Velázquez entró en su casa le recibieron los suyos, su mujer y amigos con más inquietud que alegría, pues se había extendido la noticia de su muerte en la corte, tanto, que no daban crédito á sus ojos; era sin duda un anuncio del poco tiempo que le quedaba por vivir.»

El trabajo á que se entregó en estos setenta y dos días hubiera sido más á propósito para un capitán de las guerras flamencas. Como Murillo se buscó la muerte, Durero sus intermitentes en la desembocadura del Escalda, trajo él también del mar el germen de la enfermedad que le había de llevar al sepulcro. A últimos de Julio, después de emplear toda la mañana en servicio de su majestad, sintió fiebre, y apresuróse á marcharse por el *pasadizo* á sus habitaciones. Declarósele una fiebre intermitente maligna, que los médicos declararon casi mortal.

«El sábado, día de San Ignacio de Loyola, habiendo estado Velázquez toda la mañana asistiendo á S. M., se sintió fatigado con algún ardor, de suerte que le obligó á irse por el pasadizo á su casa. Comenzó á sentir grandes angustias y fatigas en el estómago y en el corazón. Visitóle el doctor Vicencio Moles, médico de la familia; y S. M., cuidadoso de su salud,

mandó al doctor Miguel de Alba y al doctor Pedro de Chavarri (médicos de cámara de S. M.) que le viesen, y conociendo el peligro, dijeron era principio de *terciana sincopal minuta sutil,* afecto peligrosísimo, por la gran resolución de espíritu y la sed que continuamente tenía, indicio grande del manifiesto peligro de esta enfermedad mortal. Visitóle, por orden de su majestad, D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, arzobispo de Tiro, patriarca de las Indias; hízole una larga plática, para su consuelo espiritual, y el viernes 6 de Agosto, año del nacimiento del Salvador de 1660, día de la Transfiguración del Señor, habiendo recibido los Santos Sacramentos y otorgado poder para testar á su íntimo amigo D. Gaspar de Fuensalida, greffier de S. M., á las dos de la tarde, y á los *sesenta y un* años de su edad, dió su alma á quien, para tanta admiración del mundo, le había criado, dejando singular sentimiento á todos, y no menos á S. M., que en los extremos de su enfermedad había dado á entender lo mucho que le quería y estimaba.

Pusieron el cuerpo en el interior humilde atavío de difunto, y después le vistieron como si estuviera vivo, como se acostumbra hacer con los caballeros de Órdenes militares, puesto el manto capitular, con la roja insignia en el pecho; el sombrero, espada, botas y espuelas; y de esta forma estuvo aquella noche puesto encima de su misma cama, en una sala enlutada, y á los lados algunos blandones con hachas y otras luces en el altar, donde estaba un Santo Cristo, hasta el sábado, que mudaron el cuerpo á un ataúd, aforrado con terciopelo liso negro, tachonado y guarnecido con pasamanos de oro, y encima una cruz, de la misma guarnición; la clavazón y cantoneras doradas, y con dos llaves; hasta que, llegando la noche y dando á todos luto sus tinieblas, le condujeron á su último descanso en la parroquia de San Juan Bautista, donde le recibieron los caballeros ayudas de cámara de S. M., y le llevaron hasta el túmulo, que estaba prevenido en medio de la capilla mayor. Encima de la tumba fué colocado el cuerpo, y á los

dos lados había dos blandones de plata con hachas y mucho número de luces. Hízose todo el oficio de su entierro con gran solemnidad, con excelente música de capilla, con la dulzura y compás y el número de instrumentos y voces que en tales actos y de tanta gravedad se acostumbra. Asistieron muchos títulos, caballeros de la cámara y criados de S. M.; luego bajaron la caja y la entregaron á D. José de Salinas, de la Orden de Calatrava y ayuda de cámara de S. M., y otros caballeros de la cámara que allí se hallaron, y en hombros le llevaron hasta la bóveda y entierro de D. Gaspar de Fuensalida, que, en muestra de su amor, le concedió este lugar para su depósito.

«Y lo que es más admirable—añade Cean Bermúdez,—siete días después, el 14 del mismo mes, murió su viuda, que fué enterrada junto á su esposo.» Esto es todo lo que de ella y de su largo matrimonio sabe la posteridad: fiel hasta la muerte.

Afectóle al rey la inesperada muerte de su mejor pintor. Cuando la *Junta de obras y bosques* pretendió que la paga vacante de mil ducados no fuera concedida de nuevo, sino que quedase en beneficio de la Junta misma, no se sintió en estado de resolver, y escribió, con pulso temblón, en el margen: *quedo abatido*. Este documento fué examinado por mí en el Archivo de Simancas.

Así le llevó probablemente á una temprana muerte su empleo de aposentador, tan envidiado de algunos. Y si se piensa además en los preciosos momentos que le robaba en el curso del año; en los incalculables perjuicios que ocasionó á su actividad artística, lo cual en sus deberes era inevitable, no podemos menos de adherirnos al sentimiento de Herman Grimm, al cual hizo tan trágica impresión la vida de este artista.

*
* *

Una semana antes de su muerte escribió una carta, que Beruete transcribe (1), más curiosa, por ser quizá la única que ha quedado suya.

(1) Beruete: *Velázquez*, 181.

Está dirigida al pintor Diego Valentín Díaz, un antiguo amigo, á quien poco antes había encontrado en Valladolid.

«Señor mio holgaré mucho halle esta á V. M. con la buena salud que le deseo y asimismo á mi Sra. Doña Maria. Yo Sr. llegué á esta Corte sabado á el amanecer 26 de Junio cansado de caminar de noche y trabajar de dia con salud y gracias á Dios hallé mi casa con ella. S. M. llego el mismo dia y la Reina le salió á recibir á la Casa de Campo y desde alli fueron á N.ª S.ª de Atocha. La Reina esta muy linda y el principe N.º Sr. El miercoles pasado hubo toros en la plaza Mayor pero sin cavalleros con que fue una fiesta simple y nos acordamos de la de Valladolid. V. M. me avise de su salud y de la de mi Sra. Doña Maria y me mande en que la sirva que siempre me tendra muy suio. A el amigo Tomas de Peña de V. M. de mi parte muchos recados que como yo andube tan ocupado y me bine tan de prisa no le pude ver, por aca no hay cosa de que poder abisar á V. M. sino que Dios me le guarde muchos años como deseo. Madrid y Jullio 3 de 1660.—D. V. M., q. s. m. b., *Diego de Silva Velazquez.*—Sr. Diego Valentiz Diaz.»

La carta no contiene el menor presentimiento; su contenido es completamente indiferente, pero nos da á conocer á un antiguo amigo suyo, el cual murió el mismo año (1 Diciembre), y su esposa seis semanas después (16 Enero) (1).

La corrida de toros de Valladolid que recuerda, fué sin duda algo especial; llamábanla *El despeño de los toros.* Se lanza al toro al río Pisuerga; los toreros le cogían desde barcas, ó nadando le llevaban á la orilla, donde otros le mataban ó le empujaban de nuevo al río (2).

Este Diego Díaz era un castellano de severa religiosidad. Al tiempo de su boda (1626) era familiar del Santo Oficio; fundó,

(1) Conde De Viñaza: *Adiciones al Diccionario Histórico*, II. Madrid, 1894.

(2) Leonardo del Castillo: Loc. cit. *Un empinado despeñadero.*

con las ganancias que le proporcionó su oficio de pintor, un asilo de mujeres (Misericordia), una casa con capilla, en la cual fué enterrado con su esposa. Allí pintó el magnífico retablo de la Anunciación, encuadrado en un marco arquitectural pintado de oro y adornado con estatuas. Encima estaba la Caridad y la Trinidad, representada por tres hombres. En el Museo de dicha ciudad se ve aún una Sagrada Familia, de su mano, y La Porciúncula (1). Le tenían por un agradable, aunque limitado pintor, á la manera de Murillo. Las figuras están modeladas en un *sfumato* negruzco, de manera libre, pero de dulce intimidad, que recuerda á los dulces, graciosos y animados niños del Corregio.

AUTO-RETRATOS

De los numerosos retratos de Velázquez, el único de segura autenticidad es la figura ante el caballete de Las Meninas. Su estatura aparece allí mediana; la cabeza, de forma de pera; frente alta y recta, con marcadas protuberancias sobre las negras y pobladas cejas; nariz cóncava, con punta saliente; mandíbula inferior, ancha; barba llena; un tipo castellano puro. Los cabellos, peinados con raya en medio, caen en forma de cono, en masas onduladas, hasta la golilla, según la moda de aquel tiempo.

Todos los demás retratos, excepción hecha del busto del del Capitolio, en el cual creo ver el retrato citado por Pacheco de 1630, le muestran también de edad avanzada, pero en otras posiciones. Difiere de aquél por el carácter más marcado de las facciones. La mirada, allí recta, soñadora, artística, es aquí lateral, más bien altiva y velada. Por aquél, le tendríamos por un hombre, de la primera impresión, al cual el amor y el odio le impulsan rápidamente; según éste, como observador, reservado y silencioso. *Así* miraba de joven el cua-

(1) Bz.: *Didacus de Paz Pictor*, 1.621 años.

dro que ante él se extendía de la eterna Roma; *así* andaría el viejo, con el distintivo de su rango y empleo, por las habitaciones del Alcázar, recibiendo y dando órdenes.

De los restantes retratos, los más conocidos son los dos de la sala del pintor en los Oficios. El uno, casi hasta la rodilla (Nr. 217), muestra la elegante figura del pintor caballero con la cruz de Santiago. Los cabellos, también partidos, en vez de caer como en *Las Meninas*, están recogidos sobre la frente, con lo que el óvalo de la cara parece más estrecho. La mirada seria, casi enojada, está vuelta al observador. Ningún atributo del oficio, ningún utensilio de pintura, ni siquiera la mirada de pintor. Como Congreve ante las gentes, sólo quería parecer *gentleman*, no poeta. Este pulido rostro está, como toda la figura, velada por el barniz. Detrás de la mano derecha, apoyada en una cadera, se ve la llave de *furriera;* la izquierda toca el sombrero que está en la mesa; al lado del codo asoma el puño da la espada. Lleva guantes de ante (1). El estilo es de su escuela. En el segundo retrato de los Oficios (216), un busto apunta marcadamente la obesidad del viejo; la expresión es fría y flemática; pero los reflejos rojos y las sombras negras son extrañas á su estilo. Un Monsiú Velasco había en la colección del príncipe Ignacio de Este, con las manos sólo diseñadas (2).

De los bustos que aparecen á menudo, se ha querido reconocer el original en el Museo de Valencia, que Mariano Fortuny grabó para la memoria Davillier (1874). La copia de Munich (Nr. 366) procede de la Galería Dusseldorfer. De menos valor es la de Bridgewater House, de la colección H. Ferrar.

---

(1) Todos estos detalles pueden ahora sólo descifrarse con ayuda de grabados anteriores. El más claro y completo es el de Cecchino, según el dibujo de Bonav. Salesa, por encargo de dos jóvenes españoles, Francisco Argaiz y Juan Despuig. La hoja de Delboete da los rasgos mejor, en un tono oscuro que recuerda la magia negra.

(2) Campori, Cat. 311, se le ha identificado con un retrato de pintor completamente extraño á él en la Galería de Módena.

LA FAMILIA DEL PINTOR

Velázquez murió en una edad en que aun eran de esperar grandes cosas de él; los prudentes le hubieran quizá aplaudido que se resolviese á dejar las cosas antes que las cosas le dejasen á él; que no esperase á ser un sol que se pone (1).

Su gloria extinguióse con él, pero no su apellido; pues el matrimonio de su única hija, Francisca (superviviente) con el pintor Juan Bautista del Mazo (1534), dió lugar al nacimiento de hijos varones y hembras. Tenemos la fortuna de poseer un retrato de este fruto de bendición, de la mano de su mismo padre, *La Familia,* en la Galería Imperial de Viena.

El cuadro se tuvo largo tiempo por una de las principales obras de Velázquez. Stirling la llama la más importante obra del maestro fuera de España; Viardot, por casi tan grande *(vaste)* y excelente como la que Luca Giordano llamó la Teología de la pintura. Ni aun los que conocían bien sus originales protestaron. Sin embargo, Clement de Ris recordaba «haber visto pocas que fuesen tan flojas, precisamente en un pintor que, como pocos, era igual á sí mismo», y un crítico inglés pensó hasta (1868) en su esclavo Juan de Pareja.

La historia de este curioso lienzo es oscura: en los documentos españoles no hallamos ninguna huella del mismo. En el año 1800 apareció entre una colección de 41 cuadros sin valor, enviados de Italia por Ferrara al director Rossi (2). Ya se llamaba entonces *La Familia* de Velázquez. En el primer

(1) No aguardar á ser sol que se pone. Máxima es de cuerdos dejar las cosas antes que nos dejen... No aguarde á que le vuelvan las espaldas, que le sepultarán vivo para el sentimiento y muerto para la estimación. B. Gracián: Orac. 110.

(2) E. V. Engerth: Catálogo, p. 443. V. Lutzow: La Gal. del Belvedere, con magníficos grabados de W. Unger. El color había saltado por algunos lados; por lo demás, el cuadro había sufrido poco. El autor conoció, despues de su viaje por España (1874), la mano de Mazo.

fondo se ven nueve personas en línea descendente, entre ellas cinco niños, puestos por orden de edad y estatura, como la trompetería de un órgano. Primero, aun en la sombra de una cortina verde, dos jóvenes que entran, el uno con un ancho sombrero en la mano, con una joven de vestido escotado, gris claro y sombrero con pluma roja. Lleva consigo un muchacho de unos diez años, también en traje de visita; gola negra con *golilla*, con facciones distinguidas, que recuerdan mucho á Velázquez, de seriedad melancólica. Luego siguen cuatro niños en grupo, alrededor de una dama sentada. Sobre el uno, calzado con bota alta de cuero, jubón gris y justillo bordado en rojo, vuelos y cuello de encaje, pone la dama que entra la mano sobre la cabeza, besándolo tiernamente; él se vuelve hacia el otro muchacho mayor, más interesante para él, cuyo traje y apostura caballeresca examina admirado. Pone fraternalmente la mano sobre el hombro del más joven, que está de perfil, con el pelo en bucles, de ojos azules. Éste, con el báculo del abuelo en la izquierda, pide al que entra una manzana (1). Está apoyado en la dama. ¿Es la madre ó el aya? Ésta está sentada vuelta hacia la visitante, y parece cuchichear con la muchacha, que coge por el hombro y la mano; ésta parece recordarla, á causa de su gesto adusto, sus deberes de cortesía para con la visitante.

El último, arrogante hombrecillo, con calzones rojos y jubón amarillo, espada al cinto, mira con sus redondos ojos de buho, disfrutando con la posesión de un pajarillo en el aire. La dama lleva un vestido rojo con bordes de plata sobrepuesto, castaño, y cuerpo de terciopelo con corchetes. Es, por tanto, un cuadro rico en color. Niños castellanos, con ojos oscuros, que «relucen como piedras preciosas». Están, quizá, dispuestos para una fiesta (¿el santo del padre?), endomingados,

(1) El detallado estudio de esta cabeza ha sido reconocido en el cuadro de Dulwich Collège (Nr. 222; $1'2\,^{9}/_{8}'' \times 10\,^{5}/_{8}''$), tan pronto llamado de Velázquez como de Pareja.

y van á dar la lección. Desde el aplomado orgullo de aquel *caballerito* hasta el *estupor* del pequeño, el pintor ha repartido los gestos y actitudes en consonancia con las edades, con observación y humorismo.

El grupo deja un medio fondo completamente libre para un taller con espacio delante. En la pared hay una mesa con tapete de terciopelo oscuro; encima un busto de mármol de mujer, dibujos, un vaso con un ramillete, y encima, justamente en el centro del lienzo, con marco negro, el retrato en media figura del anciano rey, con fondo de paisaje. A la derecha, cogiendo la tercera parte de la anchura, el taller, al que se sube por tres escalones, con el pintor ante el caballete. Por una alta ventana se ven los árboles del parque.

¿Quiénes son estas doce personas? Antes se tenía al pintor por Velázquez, á los niños por hijos suyos, y á la dama del sillón por su mujer Juana; á la que está de pie, por su hija Francisca, seguida de su esposo. Pero como en su certificado de matrimonio de 1634 se llama á ésta su única hija y no se habla de hijos, pudieran los niños ser sus nietos, pues Mazo tuvo muchos hijos. Dos de ellos, Baltasar y Gaspar, ocuparon después buenos empleos en la corte. En el extremo de la derecha, arriba, hay un escudo de armas sobre campo rojo, un brazo cubierto con armadura, levantado y mostrando un *mazo*.

¿Es, pues, el pintor del caballete el padre ó el hermano? En todo caso, aparecería Velázquez como un vigoroso abuelo. No hay sillón de abuelo; sólo dos sillas de campaña. Tampoco trabaja con la cómoda blusa, sino en ajustado traje negro de gala, como también aparece con harta sucia rusticidad para lo que conviene á un auto-retrato. ¡Y cuán desmantelado aparece el taller, comparado con lo que hoy exige! Tampoco puede ser Mazo el segundo señor del primer término, pues en nada coincide con el retrato de Esteban March. La cursi sobriedad, la melancólica traza de esta huesosa cabeza de plebeya fealdad (Prado, 779), ofrece un casi cómico contraste con la distinguida elegancia del suegro. No se advierte semejanza de la

obesa dama con el fino perfil de la sibila (1) y de la llamada Juana de Miranda (supuesto retrato de la mujer de Velázquez). Por lo demás, Mazo, á la muerte de su primera mujer (¿1658?) contrajo matrimonio con Ana de la Vega.

Estas cuestiones podrían resolverse mejor, si se supiese algo de la fecha del cuadro.

La curiosa obra muestra, al lado de algunos rasgos simpáticos, defectos notables. El pintor tuvo sin duda alguna ante la vista el cuadro de *Las Meninas*. Una fila de niños de frente, el pintor detrás, ante un gran cuadro, quizá con la figura de la misma Mariana; también el retrato del rey aparece, si no á su lado ni en el espejo, en la pared de enfrente. Hay fresca naturalidad, característica y hasta simpática concepción no artificiosa de la naturaleza infantil y de su delicada carnación; toque flotante, casi impetuoso, y á menudo como impertinente brillo de seda y plata; pero la composición es torpe y la perspectiva, defectuosa. Se comprende perfectamente cómo pasó el cuadro tanto tiempo por de Velázquez, porque ha de recordarse que Mazo conservó lo mejor de su estilo, pues tuvo más de un cuarto de siglo para estudiarle. Pero en él hay ocasión para observar que hay límites que ni el trabajo ni el estudio pueden franquear. En vez del ligero y aéreo *toque,* hay aquí una aplicación más pertinaz, más grosera. ¿Dónde está la claridad repartida hasta en la media luz, el equilibrio casi impremeditado, la elegancia del agrupamiento en estas figuras amontonadas ó colocadas rígidamente en fila? Si se toma, por ejemplo, el conocido busto del rey como medida, aparecerán las figuras en pie de dos pasos más allá, como enanos.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

(1) Catálogo del Museo del Prado, I, 1872, p. 622.

EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

CAPÍTULO III

El primer cuidado de Eleonora á la mañana siguiente, al tomar el café, fué asegurar á su tía que no volvía para ser un peso en aquella casa, sino, en caso de que continuase allí, ser uno de tantos pensionistas. La consejera no quiso oir nada de aquello; poseía un corazón á la antigua moda, y en los casos en que entraba en juego, como el presente, no podía hablarse de tratos. La hija única de su pobre hermana era su hija, y de ahí no la sacarían.

—Tú sabes, querida tía—repuso Eleonora,—que he sido siempre algo discutidora, y en Inglaterra, donde esta cualidad no es una falta, sino una virtud, me he vuelto más. No he reunido millones, esto no es costumbre en nuestra familia. Además, como me retribuían brillantemente, según la moda de Alemania, y me hacían el honor de presentarme en sociedad como goberness, tenía que hacer gastos en vestir, á los cuales no podía ni quería sustraerme. Así que considero como un milagro haber podido reunir una suma que me permita vivir algunos meses como me plazca. Pero ya comprenderás que prefiero ponerme en tus manos mejor que en las de una patro-

na poco escrupulosa, lo que necesariamente sucedería si tú no aceptases inmediatamente mis proposiciones.

Cierta expresión de indecisión y perplejidad, que Eleonora había creído notar en el rostro de su buena tía desde el principio de esta conversación, acentuóse marcadamente al oir las últimas palabras. Así, pues, creyó que faltaba poco para persuadir á la pobre señora.

—Conque, lista—dijo;—*¡cut it short!* ¡Trato hecho!

Cogió la carnosa mano de su tía, que estaba sentada ante ella, y llenóse de zozobra cuando, en vez de la contestación que esperaba, la consejera miró ante sí con los ojos fijos, y rodaron dos lágrimas por sus mejillas.

—Dios mío, tía—exclamó,—¿acaso te he ofendido?

La consejera movió la cabeza, y protestó con nuevas lágrimas que no se trataba de eso.

—Pues entonces, ¿qué es? ¿qué tienes?—exclamó Eleonora.—Y como la tía se levantase de su asiento con intención evidente de salir del cuarto:—¡No, no! No te dejo que te marches hasta que me lo hayas contado.

—Si te empeñas...—murmuró la viuda.

—Sí; quiero que me lo cuentes todo—contestó Eleonora.

La consejera tomó su pañuelo de la cesta de la costura, que estaba en la ventana, enjugóse los ojos, y exclamó cogiendo las manos á Eleonora:

—¡Dios es testigo, querida niña, que sólo te pido tu consejo, no tu ayuda!

—De eso hablaremos más tarde—dijo Eleonora.—En todo caso, aliviaré su corazón. Conque, tía, explíquese usted.

La paciencia de Eleonora tuvo que soportar una dura prueba; pero conocía la costumbre de la buena señora, cuando tenía que contar algo, de empezar con Adán y Eva. El caso era que, á pesar de su gran economía, de su trabajo infatigable y de todas sus virtudes domésticas, de las cuales no se alababa, no lo permitiera Dios, pero que al menos debían tenerse en cuenta para que Eleonora viese que había hecho todo

lo que en sus débiles fuerzas estaba, encontrábase en grandes apuros económicos. El número de pensionistas había disminuído considerablemente en los últimos tiempos; más de medio año habían estado sus habitaciones completamente vacías, hasta hacerla decidirse á admitir hombres en vez de jóvenes. Afortunadamente, no se había arrepentido; pero los hombres tienen muchas más exigencias que los muchachos, y no había que pensar que, como en los buenos tiempos del principio, tuviese bastante ni para pagar la renta de la casa. Menos podía esperar en enjugar el déficit de las épocas malas. En su apuro y necesidad no había sabido hacer otra cosa para ayudarse que tomar dinero sobre su seguro de vida, á crecido interés, y que no pensaba poder restituir nunca; de modo que á su muerte la pobre Tila quedaría casi *vis-à-vis de rien*.

Eleonora había dejado hablar á su tía, sin dar otra muestra de interés que algún que otro movimiento afirmativo de cabeza ó algún confortable apretón de manos. Ahora, cuando hubo terminado su relato, dijo tras una breve pausa:

—Bien, muy bien, tía; no esperaba yo menos de ti, y te lo agradezco de todo corazón. Ahora sigue siendo buena, y dime: ¿á cuánto asciende la suma que tanto te apura?

La consejera dijo la cantidad con cierta vacilación. Era un poco menor que los ahorros de Eleonora.

—Bien—dijo ésta;—tú me has pedido sólo mi consejo. Ahora quiero ofrecerte mi ayuda, haciéndote una proposición. Mi opinión es que debes permitirme pagar por ti la deuda, lo que puede hacerse al momento. Esto será una doble ventaja para ti: En primer lugar, salvaré tu capital, que estás expuesta á perder de un momento á otro, y luego no tendrás necesidad de pagar los intereses, que yo te rebajaré á la mitad, y, si tú lo permites, los descontaré de mi pensión.

La consejera no quiso oir más. Aquello no podía aceptarlo su corazón á la antigua moda.

Eleonora no insistió más, segura de conseguir su objeto. Sólo quería saber el nombre de su acreedor, que se hacía pa-

gar su generosidad con tanta usura. Y, con no poco asombro suyo, la tía nombró á su casero, el famoso señor Witte.

—Pero eso es imposible—dijo.—¿Tu yerno en ciernes?

La consejera dejó vagar una mirada sombría por la habitación, para cerciorarse de que las tres puertas estaban bien cerradas, y dijo con voz sorda:

—Te confieso que también á mí me parece un contrasentido.

—Que no es tan fácil explicar—dijo Eleonora.—Hay que creer que el señor Witte no piensa casarse con Tila.

—Pero, ¡niña, niña!—exclamó la consejera,—tú has perdido toda la fe en los hombres.

—¡Oh! No en todos—contestó Eleonora.—Pero en el señor Witte, sí. En el señor Witte no tengo ninguna.—Y como la buena señora manifestase la más acerba perplejidad:—Reflexiona, tía—añadió,—que el hecho es éste: Tila cumplirá en Noviembre treinta y cuatro años, y el señor Witte, según mi cuenta, debe pasar de los sesenta; ¿crees tú que un sexagenario va á tener el valor de resolverse á lo que no se ha resuelto á los cincuenta años? Esos caracteres débiles no mejoran con el tiempo.

—Esto destrozará el corazón de Tila—murmuró la consejera.

—Creo que no—dijo Eleonora.—Hay en la vida tantas situaciones capaces de destrozar el corazón, y siempre he notado que pueden vencerse si se afrontan con la firme voluntad de no dejarse arrollar por ellas.

—Tú, sí—exclamó la tía,—que eres y has sido siempre un espíritu fuerte. ¡Pero mi pobre Tila! Tan dulce, tan cándida, tan confiada. ¿Qué sabe ella, niña inocente é ingenua, de traiciones y falsías? ¡Ella, que tiene todo mi corazón á la antigua moda!

Eleonora sintió acudir á sus labios una amarga frase, pero tuvo lástima de la buena y cándida señora, y dijo estrechando sus dos manos:

—De todos modos, tía, yo no soy omnisciente. Y, como

dice tu refrán favorito, ¡no alegrarse en la ventura ni abatirse en la desgracia! Así, pues, ¡ánimo! ¡Ser es todo!—dijo Hamlet.

Hizo ademán de levantarse, pero la consejera la retuvo, y la dijo en voz baja con angustia:

—Sobre todo, no hay que decir nada á la pobre Tila de todo esto, ¿verdad?

—Ni una palabra, tía, si te parece mejor.

—Nada, ni una palabra, te lo ruego.

—¡No se hable más! Y ahora quiero ir á casa de mi banquero para cobrar mi cheque y ponerle en las manos de nuestro honrado casero.

—¡Sólo quisiera que me explicaras una cosa!—exclamó la consejera, reteniendo aún á Eleonora.—¿Por qué no me habrá subido el cuarto durante estos treinta y cinco años?

—¡Vaya usted á saber, tía! Quizá porque sabría muy bien que no encontraría un inquilino que pagase más. La calle hace mucho tiempo que no es de moda.

—Efectivamente, una calle pasada de moda y un corazón pasado de moda: estamos en armonía, efectivamente.

Y la consejera hizo un movimiento de cabeza, como quien llega, después de mucho tiempo, á la solución de un enigma.

Eleonora estaba ya en la puerta, cuando oyó que su tía la llamaba con voz apurada.

—¿Qué, tía?

—Ven aquí otra vez, querida niña.

—No, tía; dime lo que quieres.

—¿Con cuánto... dime, con cuánto te quedas para ti?

—Con lo que me resta puedo cargar ochenta camellos—contestó Eleonora riendo.—Y abandonó la habitación á toda prisa.

CAPITULO IV

La casualidad quiso que el señor Witte, en bata, ocupado en fumar en una pipa de espuma de mar, estuviese al balcón cuando Eleonora volvía de casa del banquero. Esperaba que el

opulento propietario, á quien ya conocía por su anterior estancia en casa de la consejera, y debía estar enterado de su llegada por los criados, tuviera un saludo para ella; pero el gorro de terciopelo negro guarnecido no se movió de su sitio, y en su rostro de brutal picardía sólo se agitaron los ojillos medio cerrados para seguirla mientras pasaba por frente á su balcón. Esta descortesía hizo madurar en Eleonora una resolución, que ya estaba formándose al volver á su casa. ¡Quién sabe si el corazón anticuado no había ya perdido el valor de desafiar al tirano!

Llamó á la puerta del jardín, entregó su tarjeta, fué recibida, y salió diez minutos más tarde de la casa, llevando en las manos la póliza desempeñada. El señor Witte no manifestó ninguna señal de sorpresa ó embarazo, y el asunto hubiera sido zanjado en un minuto, si el cómputo de los intereses, hasta el día corriente, no hubiera exigido algún tiempo. A la satisfacción de Eleonora de haber sacado á su desvalida tía de las garras de aquel vampiro, uníase ahora la de que el sexagenario habíase quitado la gorra de terciopelo de su calvo cráneo.

La consejera más parecía asustada que regocijada de la diligencia de Eleonora, y pasaron varios días hasta que consiguió volver á su tono habitual, entre doctoral, sentencioso y sentimental.

Eleonora no se preocupó por esto. Creía haber hecho algo razonable; también había aprendido en Inglaterra que contar con la gratitud de las personas es mal negocio. Además, bastante tenía ella consigo misma para prestar más atención á los intereses del prójimo de la indispensable.

Como una desesperada, asíase á su orgullo profundamente herido. Si la frase de Ulrico, de que su mujer era la mejor mujer del mundo, oída por boca del conde, era auténtica (y cómo dudarlo), la pasión que él había mostrado por ella era una ligereza sin límites ó una locura. A una mujer así no se la engaña; no se la olvida sólo por una quimera, quizá no nacida sino

para entretener el aburrimiento de una temporada de baños. Y ella amaba con toda su alma á este hombre ligero, inconsciente, y al separarse de él casi había sentido roto en pedazos su corazón. ¿No había sido una loca, en toda la extensión de la palabra? Y era más grande si cabía su locura, al seguir rompiéndose la cabeza y atormentando el corazón con aquella ridícula farsa, al no aniquilar en su alma en seguida el recuerdo de un hombre para el cual no había sido más que lo que él debiera ser para ella: una amistad de balneario como otra cualquiera.

¿Quién era él entonces para deslumbrarla hasta el punto de ver en él su ideal? ¡Ni á cien leguas, tan ingenioso como el ruso Borikin, ni de lejos tan hermoso como el gallardo chileno! Un hombre adocenado, ni más ni menos, cuyo solo y único mérito consistió en ser aquellos días el único hombre que estuvo á su lado. ¡Pura ilusión de óptica! ¡Como una gaviota en la inmensa playa toma á distancia y á falta de término de comparación las dimensiones de un águila! ¿Dónde había tenido los ojos? ¿Dónde la razón?

Y pronto veía con espanto volver á ponerse en su pedestal la estatua que creía haber destrozado el día anterior, más alta, más soberbia que antes, y mirándola con grandes y tranquilos ojos, la decía dulcemente: arde en celos y enfurécete cuanto quieras; yo soy tu dios, y no puedes tener ningún otro. No, Eleonora, no puedes tener otro. Nunca me he tenido por tal, y me reiría de ti si por un momento creyeses que puedo ser otra cosa más que un hombre que te ama. ¿Oyes, Eleonora? Que te ama con toda su alma.

Y luego volvía con el hombre adorado á la playa, ó sentábase junto á él en las dunas; y hablaban de Dios y del mundo; y ella no sabía quién hablaba de los dos, pues ninguno de ellos decía una palabra que no pudiera decir el otro también y que no repitiera un momento después. Y esto alegraba y aligeraba su corazón como nada en la vida. Y si miraba sus ojos tan extraordinariamente brillantes y contemplaba la risa de sus

labios, risa de niño, sabía ella que su corazón desbordaba de la misma dicha que el suyo, y que si el destino hubiera querido serles propicio, los hubiera hecho morir en aquel espasmo de felicidad.

¡No, no y mil veces no! Aquello no podía ser un sueño engañoso. Era algo real, y todo lo demás eran vapores que se arremolinaban en torno de aquel sol y amenazaban eclipsar su brillo. Como las brumas de aquella tarde en la playa, cuando se extendían por todo el aire y convertían el sol en un pálido espectro, y los dos contemplaban el espectáculo amedrantados y poseídos de terribles presentimientos, y después estallaba la tormenta, y ella se arrojaba en sus brazos, y era suya y él suyo. Sí, suyo. ¿Qué le importa al amor de un hombre la primera mujer del mundo? ¡Sólo le importa la que él puede amar! Y aunque fuese en realidad tan perfecta, si él no la amaba, debía ser con su alma sensible mucho más desgraciado que ella.

¿Qué hacer en esta situación de su alma? Lo que hiciera en todas las horas amargas de su vida, lo único que podía hacerlas menos amargas, disminuyendo su tortura: trabajar.

¿Pero en qué clase de trabajo? En el ingrato y degradante de cuatro largos años: educar á una joven que no se deja educar, ó acompañar señoras aristócratas resabiadas cuando no encontraban á mano alguien que pudiera prometerles mayor entretenimiento. Este trabajo quedaba siempre como un recurso si no servía para otra cosa.

Ya en Inglaterra, había empezado á bosquejar sus impresiones de viaje y de sociedad. Fugaces diseños que tenían, no obstante, la excelencia de su espontaneidad, y que con ayuda de su memoria, que nunca la abandonaba en tales empeños, podía continuar proporcionándola nuevos placeres. Hizo la prueba en algunos trozos en que pintaba escenas de la vida aristócrata, trazadas en varias temporadas de verano y otoño transcurridas en magníficos palacios y quintas, y leyó su trabajo durante dos noches consecutivas en el círculo familiar, á la hora del té. La consejera, que tenía, no sin fundamento,

pretensiones literarias, halló el asunto altamente interesante y expresado con corrección, excepto en algunas expresiones demasiado libres y giros modernos, «contra los cuales protestava su viejo corazon anticuado». Tila admiraba sin reserva. El japonés lo habría entendido todo, si sus ojos, fijos siempre en la lectora, hubiesen tenido oídos. El chileno declaró, al terminar, que sólo podía expresar su admiración en español, con lo que quedaba por saber si se refería al trabajo ó á su autora. Pero Eleonora encontró el auditorio que ella deseaba en el ruso. Él solo hizo una verdadera crítica. Elogiaba ó rechazaba el asunto; encontraba aquí una descripción demasiado amplia; allí, una observación demasiado sucinta; este pasaje exigía una sátira más aguda; aquél, un humorismo más atrevido; pensaba que el conjunto hubiera ganado mucho suprimiendo este ó aquel pasaje.

Guardábase bien de hacer estas observaciones en presencia de los demás, escogiendo los instantes que se encontraba solo con Eleonora.

—Pues usted, señorita, está por encima de las vulgaridades de una reunión indocta. Para eso le bastaría á usted el corazón anticuado de su tía. Lo que usted necesita es la voz de un amigo honrado, y usted es afortunadamente de las pocas personas que pueden escuchar esa voz. No me tengo por autoridad en materias literarias; no conozco las reglas; me río de ellas. Juzgo directamente por mis sentimientos. Pero justamente es lo que hace el público para quien se escribe. Y quizá no sea yo el menos perspicaz de ese público. ¿Qué le parece á usted?

—Le tengo á usted por un hombre de inteligencia excepcional—contestó Eleonora riendo.

—Pues mire usted, eso me regocija, me regocija extraordinariamente—dijo Borikin; y brillaron sus ojos bajo sus espesas cejas.—Esto me regocija más que el cumplimiento que me ha dirigido hoy Virchow, con gesto agridulce, sobre una operación de anatomía. Y ahora voy á tener la osadía de pedirla

á usted que me confíe ese cuaderno durante un par de días.

—¿Con qué objeto?

—Sí, querida mía, hay que ir más lejos. No nos podemos contentar con escribir para un viejo corazón anticuado y para un par de chilenos ó japoneses modernos. Necesitamos tener verdadero público. Con este fin, me voy á permitir, por una vez tan sólo, hacer una traducción rusa de sus esbozos, que conseguiré hacer que se publique en un periódico petersburgués con que estoy relacionado. Ayer tarde, en el café, le conté á Bauer, el redactor de un periódico del país, tales cosas de nuestras *Englisch-High-Life-Notes*, que el hombre bebía copas y más copas de Therry Cobbler, declarando que no descansaría hasta tener en sus manos estas admirables cuartillas. No se saldrá con su gusto. Yo se lo aseguro á usted.

—¿Y cómo deberé agradecérselo á usted?

—No exijo agradecimiento. Los rusos estamos acostumbrados á hacer esto y mucho más por un camarada. Y por cierto que yo, que excepción hecha de mi querida hermana Vera, estoy solo en el mundo como un poste en un campo nevado de Weresschaguin, y usted, que por su parte, no me parece que tiene tras sí ninguna caravana de parientes ó amigos, debíamos ó podíamos ser algo así como buenos camaradas.

Eleonora reía, temblando interiormente.

¡Camaradas! Así se habían llamado Ulrico y ella. Recordaba el lugar y la hora en que había oído estas palabras de sus labios, lugar santo y querido. Ahora, el escucharlas de boca de aquel extranjero, le parecía una profanación, y un primer sentimiento de prevención acentuábase ahora con más fuerza. Reprendíase interiormente por esto. ¿No tenía derecho á un nombre, él, que había acreditado su bondad y sus sentimientos de compañerismo hacia ella de tan diferentes maneras, y que ahora pasaba la noche en claro para prestarla un servicio de importancia? Un amigo, ¿no es siempre un camarada? ¿Debía negarle el nombre de amigo, cuando según la sentencia de un antiguo escritor que ella conocía, y que á me-

nudo citaba, sostenía con razón: la verdadera amistad consiste en querer lo mismo y odiar lo mismo?

Y en un punto esencial no había que negar que estaba completamente de acuerdo con Borikin: que la razón debía gobernar á los hombres, y que debía declararse guerra á todo lo que fuese contra ella. Si después, al descender á la práctica, se separaban á menudo, era debido á las especiales circunstancias del ruso y al horizonte que tenía ante sí. Borikin estaba conforme.

—Nosotros, los rusos, no tenemos más remedio que ser extremados en todo: la naturaleza de nuestro país, el carácter de nuestra raza, nuestras circunstancias políticas y sociales nos impelen á serlo. Usted retrocede asustada ante el nombre y los hechos del nihilismo, y yo le digo á usted: todo ruso que tenga cerebro para pensar y corazón para sentir, debe, tiene que ser nihilista. Yo lo soy; el amigo al cual envié mi traducción, lo es; mi hermana, la de Zurich, lo es. No conozco en todo el radio, bastante extenso, de mis relaciones quien no lo sea, aun cuando no tenga el valor de exteriorizar en actos sus sentimientos. Y no puede ser de otra manera, dada nuestra organización, que no puede ser peor de lo que es, y en la que cualquier revolución, por descabellada que fuese, no haría sino empeorar las cosas. Vea usted que abogo contra un estado excepcional de cosas, en el cual vivimos, pensamos, sentimos y nos agitamos. Pero cuando aquí en el extranjero me contestan con un fariseico: «A Dios gracias, nosotros no estamos como ustedes»; digo yo: querido amigo, puede que estén ustedes mejor; pero no mucho. Ustedes no tienen Siberia, es verdad; pero sospecho que vuestra juventud bien se lamenta de las circunstancias; estáis agobiados por un insoportable militarismo, justamente como nosotros; vuestro proletariado pide pan con tanta necesidad como el nuestro; y éstos y tantos otros males sociales y políticos no los cura vuestro ponderado constitucionalismo, si no adornando el yugo que no es capaz de sacudir con hermosos discursos. ¿Y vuestras costumbres sociales? ¿Vuestro matrimo-

nio, por ejemplo? Ya dijo Margarita en el *Fausto*: «Por razonable que parezca eso que dices.» Por razonable que parezca, y aunque sea tres veces santo por ser fundamento de la familia, y ésta, á su vez, del Estado, etc., si se mira en la realidad, de ciento, ¿qué digo?, de mil, apenas uno es lo que debe ser: manantial de goces y contento, y no una carga que nos oprime los hombros y el corazón. Una guerra continuada manifiesta, ó como en las llamadas clases distinguidas, oculta, y por ello más amarga, más cruel, en la cual se perdona tan sólo aparentemente, y en que en cada batalla que se gana se saca el mejor partido del contrario. No conozco ningún matrimonio del cual no pueda jurar que el marido no habría elegido á su mujer cinco años después de unirse á ella. Cuando se casó, no era en manera alguna un hombre, en el verdadero sentido de la palabra; le faltaba mucho para serlo; tenía que aprender á estar firme sobre sus pies, tener conciencia de todas sus fuerzas, proponerse el verdadero objeto de su ambición. Ya ha crecido á medida que han crecido sus ideales. ¿No es ésta la frase de Schiller? Y ella sigue siendo la misma, sumida en los pequeños cuidados domésticos, quizá más empequeñecida que antes. Ella no tiene la culpa, él tampoco; y cuando empieza á sentirse desgraciado y á considerar su estado como una esclavitud, acaba por pensar que tiene el derecho y el deber de aliviar su suerte por lo menos, y hasta de rebelarse contra ella si es posible, y realizar lo que en la medida de sus fuerzas hubiera realizado si fuese libre. Con frecuencia los papeles están cambiados, y la mujer es la que rompe su envoltura de crisálida y siente crecer sus alas, mientras el hombre vegeta en su mísera existencia de gusano. Y tal institución, en la cual entre cien mil bolas negras hay una blanca, encomendada á los decretos del acaso, ¿debe ser santa? Y los que dicen: esto no puede durar mucho tiempo; estamos en el último período de un estado de cosas que ha demostrado su incapacidad para hacer felices á los hombres, y nos acercamos á una organización que llene de manera más perfecta las aspiraciones de los mejor do-

tados; los que hablan así, ¿son acreedores al fuego eterno? A vuestros ojos, querida mía, seguramente no. Usted no es nihilista porque no es usted rusa; pero los espíritus emancipados de todas las naciones son como las aguas de los mares, que se buscan unas á otras, y cuando se encuentran se abrazan jubilosas, sin saber si vienen del Oriente ó del Occidente. Pero usted me deja hablar y hablar, y no me contesta una palabra ni de aprobación ni de desaprobación.

—Sólo podría contestar á usted con un pensamiento de Schiller—dijo Eleonora: «Los pensamientos conviven fácilmente en el cerebro; pero las cosas chocan entre sí brutalmente en el espacio.» Quizá, por haber chocado yo duramente en más de una ocasión contra las cosas de la vida, no pueda algunas veces privarme de pensar; pero tengo poca confianza en los resultados prácticos.

El ruso reía burlonamente.

—Esa es—dijo—la diferencia entre el pesimismo alemán y el pesimismo ruso. Tan miserable encuentra el uno como el otro la organización del mundo; pero al tudesco le basta con pensarlo así; al ruso, no. El ruso llega al nihilismo, es decir, al pesimismo en acción, y no pregunta cuán brutalmente chocan las cosas en el espacio, y si lo pregunta, es para contestar á este choque brutal con otro más brutal todavía. Y créame usted, querida Eleonora, si hubiera usted nacido en Rusia, usted, precisamente usted, habría llegado á ser una nihilista *par excellence*.

CAPÍTULO V

Por poco simpático que Borikin le fuese á Eleonora, no podía sustraerse al influjo que sobre ella ejercía aquel hombre genial, y su frase de que para ser nihilista sólo le faltaba haber nacido en Rusia, dábala mucho en qué pensar. Envidiaba á su hermana, estudiante en Berlín. Si cultivaba el estudio con aprovechamiento (¿y cómo no suponerlo, si era tan lista como su hermano?), cuán digna de envidia debía ser su suer-

te. ¡Cuánto bueno y fecundo podía hacer! ¡Cuán libre su vida! ¡Con cuánta facilidad dejaría á un lado los prejuicios que atormentan la vida de una pobre muchacha! ¡Con cuán valerosa energía opondría al rudo choque de las cosas su voluntad fuerte!

Y en verdad que ella y su hermana habían tenido que sentir el rudo choque de las cosas. Su padre había sido ejecutado por complicidad en una conspiración. Su hermano mayor, joven aún, sólo por sospechas de complicidad, había sido enviado á Siberia, y falleció en el camino á consecuencia de malos tratamientos; su madre, por efecto de tener rudos golpes del destino, perdió la razón y murió loca. Después, un influyente amigo de su padre consiguió que los dos huérfanos fueran educados á costa del Estado. Con flexibilidad rusa decidieron aceptar aquel amargo pan, para devolver á su debido tiempo el latigazo con sangre.

¡Cuando ella comparaba todo esto con su idilio del palacio ducal, cuando cazaba mariposas por sus floridos senderos con el principito, ó en la calma conventual del Liceo, bajo la vigilancia de las buenas hermanas y de las alegres compañeras! Y después sus viajes por el mundo, huérfana, es verdad, pero en condiciones que parecerían dignas de envidia á mil otras.

Y, sin embargo, Borikin tenía razón al llamarla pesimista. Por muy alta que pudiese llevar la frente en sociedad, y por muchas felitaciones que su carácter la granjease, no dejaba de atormentarse y de confundirse, preguntando: ¿Qué cosa es este mundo, que hoy parece gobernado por un Dios y mañana por un demonio? ¿Y este género humano, en el cual distribuye la felicidad sus dones sin asomo de justicia ni razón? ¿En qué título de derecho se apoyaban las apropiaciones de los *upper ten toussand?* ¿Dónde estaba escrito que la gran masa debía estar por siempre condenada á la servidumbre y á contentarse con las migajas que caían de las exuberantes mesas de aquéllos? ¿Las exuberantes mesas á las cuales se había sentado ella tanto tiempo? ¡Con señores y señoras elegantes, entre los cuales

encontró tanto fatuo desalmado y tanta coqueta! Tanta mujer que engañaba sin pudor á su marido y tanto marido que engañaba sin pudor á su mujer. Y todo esto lo había visto considerar como cosa corriente, como algo natural é inevitable, como única recompensa de la vida.

Y sus últimas experiencias podrían hacer más llevadera la eterna separación á que estaban condenados ella y el hombre á quien amaba, porque el acaso hubiera dispuesto que los obstáculos que entre ellos se alzaban eran insuperables. Para él y para ella, los soñadores alemanes, ante los cuales se hubiera encogido de hombros burlonamente el nihilista ruso, que también quería tener derecho á ser su amigo ó á ser su camarada.

La traducción fué acabada en pocas noches y enviada á San Petersburgo. Ya en la tarde del día siguiente entregó Borikin á Eleonora una carta del director del periódico de Berlín, en que, tras expresiones muy lisonjeras, la ofrecía colaboración en el periódico y honorarios fabulosos, para lo que se acostumbra en Alemania.

—No he podido conseguir más de este hombre, á no haber empleado el revólver, y no sabía si esto le agradaría á usted—dijo Borikin.

Ocho días después entrególe una libranza, que le enviaba el corresponsal ruso, como honorario del trabajo, ya aceptado.

—A medias, como es natural—dijo Eleonora.

Borikin sonrió, y fijando después una de sus más penetrantes miradas sobre ella, contestó:

—No; estos servicios, prestados con tanto gusto, sólo nos los hacemos pagar los rusos de una manera, que indicaré á usted, si me permite usted hacer á su cuarto una visita de cinco minutos.

El viejo corazón anticuado de la consejera, en cuya presencia se hacía esta súplica, pareció estremecerse; pero luego, recordando *l'entente cordiale* que reinaba entre sus pupilos, con tanto énfasis alabada en los últimos tiempos, y que los hacía miembros de una sola familia, no pudo menos de mostrar su

agrado con un irreflexivo movimiento de cabeza. Eleonora no esperó, por cierto, esta señal para manifestar su aquiescencia con una inclinación.

Borikin volvió un cuarto de hora después, trayendo en la mano un paquete, cuidadosamente envuelto.

—Verá, señorita Eleonora—dijo, llamándola por primera vez por su nombre,—cómo el servicio que solicito de usted es mil veces más importante que el que yo la he prestado, y para este servicio se necesita de una persona en quien se tenga absoluta confianza. Si usted se resuelve á prestármelo, dígamelo francamente. En este paquete está mi suerte y la de una docena de compañeros y compañeras mías, entre ellas la de mi hermana; y esta suerte es: Siberia, ó la muerte en el cadalso si estos papeles cayeran en manos de nuestros enemigos. Aquí, en Berlín, estoy un tanto seguro, pero no tanto que pueda ser descartada la probabilidad de que la policía llame á mi puerta una noche. En todo caso, tendría tiempo para pegarme un tiro, pero no para deshacerme de estos papeles. Usted, es otra cosa; usted tendría tiempo para arrojarlos á la chimenea. Con una cerilla, basta; está envuelto en un papel impregnado de una sustancia inflamable. ¿Cree usted poder hacer esto en favor de una cuadrilla de peligrosos conspiradores?

—Traiga usted—dijo Eleonora.

—Es usted la más noble y valerosa joven—exclamó Borikin, cogiendo su mano y llevándosela á los labios.

Eleonora guardó el paquete en su escritorio. Cuando se volvió, estaba él ante su pequeño caballete, ante el cual trabajaba en una de las acuarelas de Nordeney, que necesitaba algunos retoques.

—¿Es esto de usted?—dijo Borikin.

—Sí.

—¿Tiene usted más de esta clase?

—Todo un álbum atestado. Allí.

—¿Quiere usted...? Pero no. Han pasado los cinco minutos solicitados, y yo sé de un corazón á la vieja moda que se im-

pacientaría si permaneciese aquí mucho tiempo. Quiero hacerla á usted otra proposición. Confíeme usted su álbum durante un par de horas. Ardo en curiosidad por conocerla á usted bajo un nuevo aspecto. Y de este arte entiendo un poco más que de literatura. Sabrá usted que mi desgraciado padre era un notable paisajista, y yo al principio pensaba serlo.

—Esto sería, en todo caso, un motivo para que yo no quisiese conocer su opinión.

—Mire usted. Una persona que no teme á la policía, no debe huir de la crítica, que, en efecto, también es una policía, pero que no castiga con cadalso ni con Siberia.

Borikin tomó el álbum, y salió riendo del cuarto, en cuya puerta encontró á la criada Augusta, que traía una carta para la señorita.

—La ha llevado á la cocina Federica, la criada del señor Wite. No espera contestación.

—Puede ser que sí—dijo Eleonora.—Espere usted un momento. Puede usted quedarse aquí.

¿Qué puede escribirme ese hombre?, dijo entre sí, abriendo el sobre. Probablemente una reclamación. Parece que no resultaban muy claros tres días de intereses.

Empezó á leer, y no dió crédito á sus ojos. Aquel hombre se había vuelto loco.

«Respetable señorita:

»Mi máxima en la vida ha sido siempre ésta: prudente, pero seguro. Con este principio he conseguido reunir una bonita redonda fortuna, pues además de esta casa, poseo otra en la calle Cösliner (núm. 5, grandes alquileres); otra en la de Diedenhofener (núm. 17, pequeña, pero muy productiva), y un gran solar, hasta ahora sin edificación, en Rixdorf. Y, como es natural, hubiera podido tener cien mujeres; pero, como digo, prudente y seguro es mi lema. Ahora permítame usted hacerla la siguiente pregunta: ¿quiere usted ser mi esposa? No tenga usted escrúpulos por su prima. Sé que desde hace quince años ó

más me está explotando, pero allá ella. Yo no la he hecho á usted en toda mi vida ningún préstamo. Pero me gusta usted. Tiene usted valor y sabe echar cuentas. Esto es para mí lo principal en las muchas cuestiones de la vida. No tiene usted fortuna, pero mis medios me permiten prescindir de esa circunstancia. Así, pues, reflexione usted unos días, y mándeme usted su contestación, en todo caso grata, por el correo. No me parece oportuno que se la entregue usted á la criada.

»Su S. S., q. b. s. m.,

TEODORO AUGUSTO WITTE

»*P. D.*—Perdone usted, respetable señorita, que la hable á usted de este modo; pero, claro y preciso es mi segunda máxima.»

Al principio, Eleonora estuvo á punto de encolerizarse; pero después, la ingenua desvergüenza del señor del gorro de terciopelo y de la pipa de espuma de mar le hizo reir, y en esta disposición de ánimo escribió á vuelapluma:

«Muy señor mío:

»Permítame usted que yo haga mía su segunda máxima. Doy á usted la enhorabuena por sus vastas propiedades, y no dudo que encontrará (no perdiendo de vista su primera máxima) una esposa que entienda más que yo de emisiones, cuentas, etc.

B. s. m.

ELEONORA RITTER»

—Creo que bastará, dijo entre sí, mientras cerraba la carta, que entregó á Augusta, que estaba en la puerta, con el recado de entregársela en seguida al señor Witte.

Augusta salió; Eleonora arrojóse en una silla, y dijo en voz alta, medio encolerizada, medio riendo:

—¡Dios mío! ¡Qué mundo es éste tan ridículo!

CAPITULO VI

A la hora del té, en que se reunían todos los miembros de la familia, llegóse Borikin á Eleonora con vehemencia, y la dijo llevándola aparte:

—¡Qué especial es usted! Posee un talento que la proporcionaría gloria, y lo oculta usted en un rincón hasta que la casualidad lo pone de manifiesto.

—¿Le han gustado á usted los dibujos?

—Gustarme no es la palabra propia. Estoy encantado, y os anuncio...

—Eleonora—dijo la consejera, que ya había ocupado el puesto de honor en la mesa al lado de la tetera:—en nuestra familia hay la hermosa costumbre, ya pasada de moda tal vez, de que sus miembros no tengan secretos entre sí.

—¿Puedo hablar de ello?—murmuró el ruso.

—¿Por qué no?—dijo Eleonora alto.

Reuniéronse á los demás alrededor de la mesa.

—¿Conque de qué se trata?—preguntó la consejera amigablemente, al ver que su pequeña reprimenda había producido el efecto apetecido.

—De lo siguiente—dijo Borikin:—esta tarde hice, con su permiso de usted, señora, una súplica á la señorita, súplica en que yo solo era mandatario de mi hermana en Zurich, y con tal ocasión hice un maravilloso descubrimiento.

Relató entonces cómo Eleonora había tenido la bondad de dejarle su álbum, que en su cuarto examinó atentamente, hoja por hoja, y encontró tanto bello y original, que ahora mismo no tenía palabras con qué alabarlo.

—Pero, mi querido amigo—dijo la consejera con tono de superioridad,—hace mucho tiempo que no era un secreto para mí el talento pictórico de mi sobrina.

—Entonces hay que confesar—contestó el ruso con irónica sonrisa—que ha sabido usted guardar el secreto admirable-

mente, y si usted me permite la observación, no por cierto en favor del público.

—En el cual mi sobrina misma nunca ha pensado.

—Tanto peor, señora; aunque pudiera decir tanto mejor. Pues sólo en esa casta soledad se pueden hacer cosas tan hermosamente delicadas y llenas de sentimiento; cosas de arte puro y poesía.

—No tengo necesidad de demostrar lo que exagera el señor Borikin—dijo Eleonora riendo.—¿Quiere usted traer el álbum? Haremos que pase de mano en mano. Así nos divertiremos, aun cuando sea á costa mía.

—No sé por qué ha de tener el señor Borikin el privilegio de admirarla á usted—dijo D. Fernando acariciando su perilla.

El ruso arrojó una mirada sombría sobre el gallardo joven, pero no contestó; abandonó la habitación, y volvió con el álbum.

Las hojas dieron vuelta á la mesa. Eran, sin excepción, apuntes del natural á la acuarela, paisajes de todas especies, parques ingleses, campos escoceses, asuntos italianos, provenzales, egipcios y malteses, con algunos accesorios de personas y animales. Eleonora daba las explicaciones necesarias, haciendo un sucinto relato de la historia de cada hoja, tan pronto en serio como en broma, según hacía al caso. Había olvidado por primera vez su pasión, y el reçuerdo de la curiosa proposición matrimonial de la tarde, que varias veces acudió á su imaginación, aumentaba su alegre estado de ánimo. La misma rivalidad de los tres huéspedes, por molesta que le hubiera sido en otras ocasiones, daba pasto á su buen humor. Era bastante cómico ver con qué hipócrita amabilidad se alargaban el uno al otro las hojas, que por cortesía no conservaban mucho tiempo en la mano; con qué ojos de aburrimiento miraba el chileno cuando el ruso se eternizaba en ingeniosas alabanzas sobre el magnífico color y el atrevido dibujo; y qué expresión de desdén se dibujaba en los labios de Borikin cuando el otro, en su chapurrado alemán, hacía bombástico elogio de la artis-

ta sobre un detalle insignificante. Mas inteligente era en todo caso el japonés, el cual no se cansaba de examinar con profunda atención un encantador paisaje, y nunca entregaba la hoja sin hacer á Eleonora una grave reverencia de homenaje.

Fué una noche muy divertida para Eleonora; y cuando Borikin la rogó insistentemente para que le dejara colocar un dibujo en un sitio digno de él, dió sin más su consentimiento.

Con lo cual estrecháronse sus relaciones con el oficioso caballero que la colmaba de solícitas atenciones. No era que viese en él un peligro. Al contrario, su corazón estaba acorazado. Cuanto más cerca de ella le sentía, menos peligros encontraba. Pero le debía ya muchas deferencias, á las cuales había que añadir ahora las honrosas discusiones que sus acuarelas, expuestas en la sala de señoras de la Exposición, habían suscitado, y que si no escritas, estaban inspiradas por él. Veía crecer de día en día su pasión hacia ella, pasión que no pasaba inadvertida para los demás. De día en día tornábase más sombría la expresión del chileno. No necesitaba ya esforzarse en componer el melancólico gesto que no sé qué desdichas de su patria le obligaban á mostrar habitualmente. De día en día parecían ser más tirantes las relaciones entre el señor Nakamura y su colega ruso, al principio excelentes; y Eleonora prefería ver sus negros ojos asiáticos, fijos siempre en ella con hipnótica perseverancia (á lo cual ya se había habituado), que observar la singular siniestra expresión con que miraban ahora harto á menudo á su antiguo amigo.

Por fin una noche, las dos criadas que dormían en la habitación inmediata á la del señor Borikin, fueron despertadas por un fuerte estrépito que provenía de la alcoba de éste. Corrieron allí, y vieron cómo el ruso levantaba del suelo al marqués y le llevaba á su cuarto, próximo al suyo, le echaba en la cama, y trataba de hacerle volver en sí, ordenando á las domésticas, en tono amenazador, que se volviesen á su cuarto y tuvieran buen cuidado de no decir nada á las señoras de lo que habían visto.

Orden que, como era de esperar, no cumplieron en modo alguno, pues les faltó tiempo á la mañana siguiente para enterar á la señora consejera del singular caso, añadiendo por su cuenta una porción de sospechosos detalles. Ambas afirmaban unánimemente haber visto relucir en el suelo de la alcoba del señor Borikin el truculento sable que habitualmente pendía, metido en su vaina adornada de piedras prociosas, sobre el lecho del marqués; y que la manga de la camisa del señor Borikin estaba desgarrada y dejaba escapar abundante sangre.

Por mucho que fuera el terror que este suceso, cuya verdadera índole adivinó en seguida, los candorosos esfuerzos de su tía consiguieron calmarla y hacerla desechar de su fantasía lo que de extraordinario creían haber visto en él las muchachas, con lo que la aventura no hubiera pasado de aquí. Pero el señor Nakamura, después de haber guardado cama dos días largos, anunció el tercero á la consejera, en una carta redactada en mediano inglés, su resolución de marcharse de la casa. Las razones no podía comunicarlas; pero aseguraba á la señora consejera que no tenían nada que ver con ninguna de las personas de su familia, que sin excepción (excepción subrayado) se habían conquistado todo su amor y estimación.

—Ahora puedo contarles á ustedes la verdad—dijo Borikin por la noche á la consejera y á Eleonora, á quienes había pedido una entrevista antes de la hora del té;—tanto más, cuanto que las muchachas han visto más de lo que al principio creía. La cosa es tan sencilla como lamentable. El señor Nakamura ha sido víctima de uno de esos ataques de locura tan frecuentes en su país, y que se manifiestan en forma de invencible furor homicida. Figúrense ustedes mi espanto cuando al sentir un estrépito en mi habitación (yo duermo siempre con un ojo sí y otro no y con luz encendida), despierto, y veo al desgraciado echando espuma por la boca y lanzando llamas por los ojos, sable en mano, y en actitud de caer sobre mí. En estos momentos, queridas señoras, el cerebro de un médico procede por hábito más de prisa que el de los demás hombres. Saltar del

lecho, sujetar al desdichado y tratar de arrancarle el arma, fué todo cosa de un instante. Afortunadamente, aventajo al pobre hombre en dimensiones corporales en una mitad. Pero vencer á un débil, poseído de un acceso de furor, no es fácil tarea, sobre todo cuando, como en este caso, esgrime un arma, en cuyo manejo los japoneses son consumados maestros. Por fin conseguí, con un puñetazo inevitable, desviar un golpe que quizá hubiera sido mortal, y que sólo me rozó la parte superior del brazo. Cuado Nakamura, después de una hora durante la cual empleé toda clase de recursos heroicos, volvió en sí, quise traerle á la realidad; pero fué en vano. El desdichado había ya sufrido tales accesos, y como médico, no ignoraba que los volvería á sufrir de nuevo. Me lo confesó con lágrimas en los ojos. Traté de darle valor, de persuadirle que fuese á una casa de salud; pero en vano. Para los japoneses una enfermedad de esta especie es tan vergonzosa, que el que la padece y la descubre ó teme descubrirla, llega al suicidio ó á la fuga. En este caso, se decidió por esta última. No sé, señora, lo que la habrá escrito á usted. Lo que sí sé asegurarle es que para él no se trata sólo de huir de esta casa, sino de Berlín y de Europa. Hoy mismo sale para París, y en Marsella embarcará para el Japón. Yo mismo le he acompañado á la estación. Hace mucho tiempo que nada me ha impresionado tanto. Era un hombre de dotes poco comunes, en el cual todos los compañeros habíamos fundado las mayores esperanzas. Especialmente yo he perdido en él un querido amigo.

El ruso llevóse la mano á los ojos. Nunca le había parecido á Eleonora tan cumplido comediante. Pero la comedia no persuadió esta vez á la consejera, si bien fué lo bastante prudente para no dejar transparentar nada. Tampoco se franqueó con Eleonora; pero ésta leía demasiado claro en el corazón anticuado para no echar de ver que la tía había sospechado algo, gracias, más que á su perspicacia, á las inspiraciones de las criadas, que, según su costumbre, no se distinguieron por la discreción.

La situación en que estos sucesos colocaron á Eleonora fué bastante penosa. Todos eran testigos de que nada había de reprochable en su conducta para con el ruso, y aun la buena voluntad con que se había prestado á guardar un secreto de aquél nada tenía que no fuese correcto. Pero la tía había recibido un golpe bien rudo en su difícil lucha por la existencia con la pérdida de uno de sus pensionistas, y Eleonora había sido la causa ocasional, con su aparición entre aquella «familia», hasta entonces bien avenida.

Y por si no estaba bastante claro que aquel no era su puesto, unos días después la consejera recibió una carta del señor Witte en que la participaba, sin explicar el motivo, que necesitaba el cuarto para el primero de Abril. Tenía, es verdad, el derecho de prolongar el contrato hasta últimos de Septiembre; pero su máxima predilecta, era: Precavido, pero seguro.

El fin del mundo le hubiera trastornado menos á la buena señora que esta terrible noticia. ¡Después de treinta y cinco años! En aquel cuarto había muerto su buen Bucher; en aquel otro había estado expuesto su féretro, adornado de flores, en el cual había depositado el ministro una corona con la siguiente inscripción en letras doradas: «El Consejo á su inolvidable miembro»; en el tercero había nacido Ottilia, su querida Tila, su única hija; en el cuarto había comido toda su vida, en su sillón de mimbre, en verano entre ventanas sencillas, en invierno entre ventanas dobles, y para su hija y para los niños, huérfanos, y durante las dos campañas «para nuestros pobres valientes guerreros» cosido, bordado y hecho hilas. Todo esto no debía tener más valor que una efímera estancia en una habitación amueblada, cuya tapicería y mobiliario se olvida al trasponer su dintel. Todos estos caros recuerdos debían de ser borrados con ruda mano, como borra el niño con la esponja húmeda el cálculo mal hecho del encerado.

¿Cómo se había equivocado sobre el carácter de aquel hombre á quien tuvo tanto tiempo por una persona respetable, y que resultaba ahora ser un corazón metalizado de la peor es-

pecie? Mucho más dolorosa era otra cuestión, que sólo podía ventilar con Tila, mientras las dos se miraban una á otra, bañadas en lágrimas. Después recordaba con Eleonora la frase de Posa en *Don Carlos:* «Las grandes almas sufren en silencio.» Mi Tila tiene un alma infantil, pero grande.

En cualesquiera circunstancias hubiera sido siempre desagradable ver y oir aquellas cosas. Pero entonces eran mucho más dolorosas. El señor Witte se había acordado, para dar aquel golpe, tanto de su primera como de su segunda máxima. Con la seguridad y franqueza del gran señor herido en su amor propio, se había espontaneado con la criada Augusta sobre los motivos de su conducta. Augusta recordaba el día y la hora en que había llevado la carta del señor Witte á Eleonora; Federica, que llevó diez minutos después la respuesta, describía con expresivos colores que primero se puso blanco de yeso y luego rojo de púrpura; se arrancó el gorro de la cabeza, arrojándolo con la pipa después al suelo, en donde ésta se hizo mil pedazos.

Así, pues, sintióse Eleonora responsable de la nueva desgracia, á pesar de que ni la tía ni Tila dijéronla una palabra. A esto agregóse una nueva inquietud en cuestión que la tocaba más de cerca.

Desde que Borikin se sintió libre de los negros ojos del japonés, depuso algún tanto la actitud de reserva y discreción que había observado con ella. Estimaba en tan poco al gallardo chileno, que no se tomó el trabajo de reprimirse en nada, en consideración á él; la consejera y Tila, á quienes hasta entonces había tratado con irónica cortesía, no parecían estar presentes para él. Eleonora se decía que esperaba la primera ocasión para declararse, y era hombre que, si se hacía esperar mucho, la provocaría de un modo ú otro. No dudó lo que debía hacer en tal caso. Por sinceramente que admirase sus altas dotes de ingenio, su energía de acero y su osada audacia, no había conseguido llegar á su corazón; aquella impresión del primer momento de que tenía ante sí un hombre de valer, á

quien faltaba todo lo que pudiera agradar á su alma y á sus sentidos, no había hecho sino fortalecerse, casi degenerando en verdadera antipatía. Así, pues, debía prepararse para una escena que parecía inevitable, y que hubiera tratado de evitar á cualquier precio.

CAPITULO VII

Asediada por tales pensamientos, salió un día, después de comer, á un encargo, y apenas había dado unos pasos, cuando tropezó con un criado, hombre de edad, con gafas azules, y que, dirigiéndose á ella, la preguntó sobre la dirección de una carta que llevaba en la mano, y cuyo sobre decía no saber descifrar. Debía ser allí, muy cerca; el señor que le dió la carta había dicho no sé qué del extremo de la calle de los Franceses.

El viejo le dió la carta; Eleonora se estremeció; la dirección, escrita con lápiz y manifiestamente con gran apresuramiento, era para ella, y la letra de mano de Borikin. Dominando su emoción, dijo al emisario, con perfecta apariencia de calma, que podía evitarse el trabajo de continuar sus pesquisas, pues la carta era para ella. Alegróse de ello, como de embolsarse la doble propina por su sencillo paseo. Eleonora se cercioró de que el hombre del gorro de terciopelo no estaba en el balcón y que nadie había reparado en su encuentro con el criado; dió unos pasos hasta la próxima casa, y rompió el sobre. Sólo contenía una tarjeta de Borikin, sobre la cual, escrita asimismo con lápiz, había una palabra: «¡Quemad!»

No la había engañado su presentimiento de que se trataba de algo extraordinario. Guardó el sobre y la tarjeta en su bolsillo, volvió sobre sus pasos, y dijo á Augusta que abriera la puerta del vestíbulo, que se le había olvidado algo. Cuando llegó á su cuarto, encerróse cuidadosamente, sacó el paquete de su escritorio, echólo en la chimenea con la tarjeta y el sobre, y prendió fuego á ambas cosas. La envoltura, impregnada de lo que la había hablado Borikin, hizo su servicio: en el mismo

instante ardió el paquete. Un minuto después, quedó reducido á cenizas. Felizmente, había en la chimenea, probablemente desde la anterior primavera, que había hecho días fríos, una capa bastante espesa de ceniza, lo cual estaba en contradicción con la proverbial limpieza de la tía. Una vez mezclada con ella las cenizas del paquete, era imposible conocer que allí se hubiera quemado papel alguno.

Cuando Eleonora se levantó de la chimenea temblaban sus rodillas, y al mirarse en el espejo vió que su rostro estaba pálido y demudado.—Todavía te falta mucho para nihilista—dijo á la imagen que proyectaba en el espejo.

Se sentía tan excitada, que se hubiese echado en el sofá; pero Augusta esperaba que volviese á salir, y su permanencia hubiera dado que sospechar. Púsose los guantes, y volvió á salir de la casa.

Era una suave y deliciosa tarde de fines de Agosto; las calles estaban llenas de gente. Eleonora lo veía todo como al través de un velo. Sus pensamientos conservaban aún la impresión del suceso. Uno se alzaba claro: Borikin había estimado en más de lo debido la relativa seguridad que gozaban en Berlín, ó quizá había descrito el peligro menor de lo que en realidad era, según su costumbre. En todo caso, la policía estaba sobre la pista, ó tal vez había ya dado con él. Eleonora temblaba al detenerse en esta última probabilidad. Sabía la suerte que le esperaba: ¡extradición á Rusia, y allí la muerte en el cadalso, ó la Siberia! ¡Su pobre hermana de Zurich! Le amaba ciertamente, veía en él el ideal del hombre y del patriota. ¿No tenía razón al creerlo así? ¿No lo era en el más alto sentido? Ella misma, ¿no hubiera delirado por él si fuera su hermano, en vez de perseguirla con un amor á que no podía corresponder? Pero, en fin, ya había pasado todo. Él no volvería, seguramente. El día anterior la había visto por última vez.

Sintió un gran alivio en su corazón. Su destino era tener que dar gracias al cielo cuando veía desaparecer de su lado á los hombres que la amaban, incluso aquél, único á quien había

amado ella. ¿Qué hacía su corazón allí en su pecho, condenado á no poder nunca calmar sus anhelos? ¿No era mejor que cesara de latir? ¡O que latiese sólo por la libertad, por la patria, por la humanidad, por algún ideal, ante cuyo resplandor desapareciese su pequeña y egoísta existencia como una nubecilla de estío en el éter!

Y luego despertaba estremecida de sus ensueños, cuando algún transeunte la miraba fijamente, y su respiración se suspendió cuando un policía se dirigió rápidamente á ella y la habló. Pero el buen hombre, sólo había tratado de evitar que la atropellase un coche que pasaba cerca de ella.

Era un cupé abierto con un magnífico tronco, en cuyo único asiento reconoció al rubio conde, su compañero de viaje. O creyó reconocerlo. El señor que ocupaba el cupé le pareció algunos años más viejo, y tenía un semblante pálido, trabajado por amarguras ó inquietudes. Pero, se había fijado bien; el bigote rubio, con las guías levantadas, la elegancia de su traje, el aspecto. Sí, era él, ya no le cabía duda, no se había fijado en ella, pues llevaba los ojos bajos. Le produjo triste efecto. En la aflictiva situación de ánimo en que se encontraba, hubiera cambiado con el bondadoso señor un saludo que le hubiera concedido muy gustoso. ¿Había estado todo aquel tiempo en Berlín ó en sus fincas? ¿Se habría reunido á su amigo? ¿Le habría hablado de su compañera de viaje? ¿Habría citado su nombre? ¿Habría venido Ulrico con él? ¿Le encontraría también ella como al conde? ¡Por cierto, que nunca había pensado en tal posibilidad; sólo se le ocurrió hoy, en que su excitado espíritu sólo veía cosas terribles! Pero ¿era cosa terrible encontrar á su amado? Sí, por cierto, y de las más terribles.

Hizo seña á un coche de alquiler, y se metió en él todo lo más escondida que pudo, hasta llegar á su casa.

Allí encontró á su tía y á Tila en gran excitación, á consecuencia de una carta recibida pocos minutos antes.

—¡El mundo está desquiciado—dijo la tía patéticamente;—lee!

La carta era de Borikin, como había supuesto Eleonora.

«Muy señora mía:

»Una operación exige la presencia del profesor W., en Danzig, y como quiera que considera necesaria mi asistencia, me veo obligado á salir de Berlín unos días. He tenido tiempo de escribir á usted estas líneas. Anunciaré convenientemente mi regreso por carta ó telegrama. Entretanto estoy á los pies de usted, como de las demás señoras. Mis más cariñosos recuerdos.

GREGORIO BORIKIN.»

—¿Qué dices á esto?—preguntó la tía.

—Que es una gran distinción para el señor Borikin—contestó Eleonora, dejando la carta en la mesa y sintiendo los latidos de su corazón ahogarla.

—Es verdad, una distinción muy grande—dijo la consejera sollozando,—pero precisamente hoy le había dispuesto su plato favorito, carpa y cerveza, puesto que no le podíamos poner su tan alabado esturgón. No tengo suerte ya con mis solicitudes para los pensionistas.

—Acuérdate del proverbio, que tanto te ha consolado otras veces—dijo Tila con los ojos en lágrimas:—Haz el bien y arrójalo al mar; el pez no te verá.

—¡Pero me verá el Señor!—exclamó la consejera elevando los ojos al techo de la habitación.—¡Ah, buena Tila, hija mía, eres demasiado buena! ¡Ah, créeme; nosotras con nuestros corazones anticuados no servimos para este mundo!

Tila sollozaba, la tía lloraba en silencio, Eleonora murmuró algo que podía ser una especie de consuelo, y se sentaron á la mesa, á la cual, aquel día, hasta el chileno faltaba por estar invitado en la embajada de su país.

Fué una triste cena. Finalmente, se metió en su cuarto, de donde no volvió á salir en todo el día. Puso el pretexto de haber vuelto con jaqueca de su paseo por la ciudad.

Y no era solamente pretexto, pues le dolía la cabeza, y un gran peso oprimía su corazón. Nunca hubiera creído que la suerte de un hombre que tan lejos de su corazón estaba, la conmoviese tan profundamente. ¿Habría escapado á sus perseguidores? Así lo esperaba. Indudablemente, había sido avisado por relaciones que en todas partes tenía, y no necesitaba más un hombre tan decidido, y que tan pocas veces se mostraba perplejo. Pero si le habían avisado también, seguramente le habían hecho traición. ¿Acaso fuera el traidor el mismo japonés á quien tantas confidencias había hecho? ¿Entonces era ella la causa de su desgracia? ¡La desgracia la perseguía, pues! ¿Dónde encontrar la paz en este mundo? ¡En sus brazos! ¡En su pecho! ¡Ah! ¡Apoyar un minuto la cabeza en su pecho, en silencio, completamente en silencio! ¡Y sentir cómo martillaban sus sienes y volvía á oprimirle un peso su corazón! ¡Y dormir así para nunca más despertar!

¡Dormir! ¡Dormir!

Pero el sueño no acudía, ni aun cuando á media noche se arrojó vestida en la cama. Sus pensamientos se agitaban cada vez más en desorden; las más terroríficas imágenes acudían á su mente. Unas veces era Borikin, á quien conducían preso, dando la mano á su hermana y cantando la Marsellesa; su hermana, mortalmente pálida, descalza y con una línea sangrienta alrededor del cuello, como Margarita en la noche de Santa Walpurgis. El pequeño japonés, con el sable desenvainado y gesto de envidia, danzaba á su alrededor. Después, el conde pálido, que descendía del cupé y caía á sus pies mirándola con gesto desolado, mientras D. Fernando contemplaba la escena riendo irónicamente y acariciando su perilla. Otras veces era su amado, acompañado de una mujer que volvía su rostro por no verla, y marchaban por el campo examinando la cosecha y seguidos de un tropel de chiquillos, que se empujaban los unos á los otros, cuando la bomba de incendios con antorchas y campana llegó al galope.

Eleonora sentóse en la cama sobresaltada, y escuchó. La

campana no había sido ilusión, la oyó distintamente. Y ahora sonaba de nuevo en la puerta de la calle!

Venían á buscar á Borikin.

Y por tercera vez sonó la campana, esta vez más fuerte, denotando impaciencia. En la casa se notaba agitación; oíase á la tía llamar con angustia desde su cuarto á Augusta, la cual al poco tiempo corrió á la puerta. Quitó la cadena, abrió la llave. Después se oyeron gritos ahogados de las muchachas. En seguida, pasos apresurados de hombres en el vestíbulo, que después resonaron delante de su cuarto por el estrecho corredor que, formando ángulo recto, partía del vestíbulo, y en el cual estaba situada la alcoba de Borikin.

—Indudablemente estaban informados de la disposición de la casa. Vienen tarde. Gracias á Dios—dijo Eleonora.

Se había vestido completamente cuando llamaron á su puerta.

—¡Abre, Eleonora, soy yo!

Era la consejera, en bata, que se abrochaba apresuradamente, y se cogía el pelo con la mano. Apenas hubo entrado en la habitación, cuando se arrojó en una silla, exclamando con voz sorda:

—¡Esto me matará!

—Pero ¿qué sucede tía?—dijo Eleonora.—Iba á acostarme, cuando oí la campana. Creí que era Alvarez que suele volver tarde; pero...

No pudo mentir más. La tía se había levantado, y erraba por el cuarto, con las manos levantadas, exclamando:

—Antes hubiera creído que el cielo se hundía, que suponer que ese hombre, tan trabajador, de tanto porvenir, era un traidor, un traidor á su patria, un nihilista. Le he dicho al comisario que ha partido con el profesor Waldeyer á Danzig para hacer una operación; el hombre me ha mirado y se ha reído. ¡La policía lo sabe todo! ¿Y por quién? Eleonora, ¿á que no lo adivinas? Por el marqués, por Nakamura, en el cual veía Borikin un fiel amigo, y que le ha denunciado desde París. ¡Estas cosas en mi familia! ¡No podré soportarlo!

—Es indudablemente inocente—dijo Eleonora.

—Así lo creía yo—gimió la consejera;—pero ya no lo creo, ya no tengo fe en la humanidad.

En aquel momento entró Tila, con los labios temblorosos y la punta de su larga y afilada nariz blanca como el yeso, con el pelo recogido en innumerables papillotes. Abrazó á Eleonora sollozando, y echóse después en brazos de su madre, que se había vuelto á sentar en la silla del otro lado de la puerta.

Llamaron de nuevo. Esta vez era Augusta. La consejera debía salir, el señor comisario deseaba hablar con ella.

—¡Moriré contigo, mamaíta!—exclamó Tila, levantándose de la silla.

—¡No, hija mía; basta con una víctima!—dijo la consejera, levantando la mano derecha y saliendo del cuarto.

Otra vez volvió Augusta. El señor comisario quería hablar con las dos señoritas.

Eleonora cogió á Tila, que temblaba con todos sus miembros, del brazo, y la condujo al comedor, donde un policía estaba sentado á la mesa de comer, cuyo tapete estaba levantado á medias, en la que se veían papel, tinta y plumas. Á su lado había otro funcionario de pie, que saludó á las damas con una inclinación y las rogó tomasen asiento, empezando después el interrogatorio.

Por fortuna, no duró mucho tiempo, y se contrajo esencialmente al nombre de las damas y á saber si el señor Borikin les había hecho confidencias políticas de alguna especie ó había citado nombres de amigos ó conocidos con los cuales estuviese en relación íntima; cuándo y dónde le habían visto por última vez, y si durante el día habían recibido de él alguna carta.

Aquí aportó la consejera la carta recibida aquella tarde, la cual examinó atentamente el comisario é incluyó en el atestado.

—Bien, dijo éste.—Y ahora, respetable señora, por doloroso que me sea, y por persuadido que esté como hombre de que ninguna de ustedes se halla complicada en este asunto, el caso es de la mayor importancia, y tenemos el deber de auxiliar á

una nación amiga que estaba amenazada en sus más altos jefes... En una palabra, y por mucho que yo lo lamente, me veo obligado á practicar un registro.

En aquel momento Tila desmayóse, después de un profundo gemido, y su mamá y Augusta tuvieron que llevarla á su cuarto.

El comisario volvióse á Eleonora:

—Veo, señorita, que usted es la única que conserva su presencia de ánimo. Ruego á usted que me ayude en este enojoso asunto, proporcionándome las llaves del escritorio y demás muebles de las señoras, y sirviéndome de guía. En el cuarto del Sr. Alvarez ya he estado; el joven no se encontraba en situación de darse cuenta de ello—dijo el comisario con un asomo de sonrisa.

Eleonora declaróse dispuesta, y el registro comenzó. Quizá por reinar la persuasión de que la cosa había de ser inútil y sólo una mera formalidad, ó por el dulce influjo que de Eleonora emanaba, su cortesía aumentaba á cada habitación que reconocían, y llegó á su colmo cuando llegaron á la puerta que ella indicó como de su habitación.

—Señorita—dijo,—usted ve á qué actos de barbarie me obliga mi oficio. Pero todo tiene sus límites, aun los más rudos deberes. Pasaría estos límites si no respetara el dintel de esta puerta.

Retrocedió, haciendo una reverencia. Un minuto después habían abandonado la casa él y su séquito.

CAPÍTULO VIII

Transcurrieron ocho días. Tila guardaba aún cama á causa de la excitación nerviosa en que la espantosa noche y los acontecimientos de los días precedentes la habían sumido. El viejo médico, visita de la casa desde toda una generación, iba todas las mañanas y prescribía absoluto reposo, un vino medicinal y coñac. La consejera sólo abandonaba la alcoba de su hija

para presidir la mesa, correctamente vestida y luciendo la larga cadena de oro, herencia de su «buen Bucher», sobre su anticuado corazón, recordando cada día más á la llorosa Hécuba. Cuando se le preguntaba por el estado de Tila, contestaba con un doloroso encogimiento de hombros, y en caso de que se la apremiase, con un «¿Qué sé yo? No se queja la heroica criatura. Las grandes almas sufren en silencio». El orgullo español de D. Fernando sufría ante la idea de haber sido sorprendido la noche de marras en un estado lamentable. Estaba muy melancólico; no dejaba en paz un momento su perilla; lamentábase más que nunca de las desgracias de su patria, que á lo que parecía se encontraba ante una de aquellas catástrofes en que se necesitaba echar mano de todos sus patriotas. Con Eleonora afectaba una cortesía caballeresca, pero glacial. Con Augusta, á quien honraba con su confianza, habló de cierta cueva de leones, á la cual se iba por muchos senderos, de que no se salía nunca. La cocinera Brígida, una austriaca flemática, pero de extensa fantasía, declaraba que el gato chileno se había enamorado perdidamente de la señorita Eleonora, justamente como el mono japonés y el oso ruso.

Eleonora podía disponer de todo su tiempo. Hubiera podido, en el silencio de su cuarto, escribir y pintar á su gusto; pero no cogía ni la pluma ni el pincel. ¿Por qué? El trabajo no guardaba para ella en aquel estado de ánimo ningún encanto, y después de todo, no conducía á nada práctico. Sus acuarelas habían vuelto de la Exposición; á pesar de las calurosas alabanzas que se hizo de ellas, no encontraron comprador. Envió al redactor del periódico, que con tanto elogio admitió la primera, una segunda serie de artículos más larga, que dicho señor devolvió con una breve carta, en que se lamentaba de no poder publicarla. La ilustrada señorita debía comprender que no era posible atracar á los lectores de *Englihs-High-Life-Notes*. Pero en la nueva serie había tratado de describir sus impresiones del viaje á Egipto con una detallada descripción del valle del Nilo y de sus habitantes; por tanto, el redactor

demostraba no haber pasado la vista por el manuscrito. Esto no hubiera sucedido de haber estado aún el ruso al lado de Eleonora.

Tenía ahora en sus manos una carta suya, recibida por el correo interior, con nombre escrito de mano ajena, y que leía por segunda vez.

«Mi cara señorita:

»Estas líneas llegarán unos días más tarde, por mediación de un fiel amigo mío berlinés, pues una carta directa de Zurich á un «miembro de la familia» por la oveja descarriada, hubiera sido peligrosa. Esto por de pronto. Y como además estoy completamente persuadido que ciertos papeles por los cuales la policía hubiera dado un millón, habrán sido convertidos en humo, he emprendido mi fuga bastante aventurera con buen humor, y con buen humor pienso acabarla. La confiscación de mi pobre ajuar se ha reducido á poco más de un instrumento de cirugía. Procedían de Bodkin, el cirujano de la emperatriz, del cual era yo discípulo predilecto, y que á menudo, medio en serio, medio en broma, me llamaba su sucesor. ¡Qué lástima! ¡Hubiera hecho yo tan buen cirujano imperial! ¡El mundo no se hubiera ocupado de otra cosa!

»Qué tiempo permaneceré aquí, ó mejor dicho, podré permanecer, depende de mil circunstancias que escapan á mi cálculo (véase Mr. Mikawber, en el *Dawid Copperfield*, de Dickens, que usted me dió á leer). Si usted me hace el honor de contestarme (y soy bastante atrevido para esperarlo), le ruego no me escriba á mi nombre, sino al más modesto aún, del zapatero Alois Henzi.

»Y ahora debía, en realidad, cerrar esta carta; pero no se hace siempre lo que se debe hacer. Si se hiciera, D. Fernando dejaría en paz su perilla; el señor Nakamura suprimiría sus visitas nocturnas sable en mano á sus amigos vecinos de alcoba, y no los entregaría á los gendarmes; la señora consejera no hablaría tan á menudo de su anticuado corazón, y Tila ti-

raría sus andadores. Perdóneme usted, en vista de estos ilustres ejemplos, si caigo en la tentación de hacer algo que no debo. Pues ha de saber usted que la amo, la adoro, y aquí ponga usted la expresión alemana que sirva para pintar la más ardiente pasión. Pues usted no merece menos; usted, cuya alteza de espíritu y grandeza de carácter ni siquiera son superadas por el encanto de su presencia y la gracia de su figura. Y esto quiere decir algo para todo el que ha gozado el inefable placer de estar á su lado, aun cuando para usted, en su orgullosa modestia, sólo sean palabras. Sí, reina de las mujeres, no puedes sospechar cuán hermosa y admirable eres. ¡Cuán dulce tu mirada! ¡Cuán encantadora tu sonrisa! ¡Cómo se parecen tus movimientos á los de una flor mecida por un viento estival sobre el esbelto tallo! No puedes sospechar cuánto he tenido que dominarme para no caer de rodillas ante ti y exclamar: «Soy tu esclavo; haz de mí lo que quieras.»

»Tu esclavo, hermosa, la más hermosa de las mujeres, y tu señor. No, no frunzas colérica las cejas. No muevas con burla tus labios. Cuando Gregorio Borikin es esclavo, es también señor. Esto no lo comprendes hoy, y me aborreces en este momento; pero mi hora llegará. ¿Cuándo? Voy á decírtelo: cuando reconozcas que sólo puedes amar á un HOMBRE, y cuando reconozcas que los que ante ti languidecen no son hombres. Haz la prueba. Aquel que te ama y que se detiene ante ti por cualquier obstáculo, sea el que sea y lleve el nombre que lleve, aunque sea el más digno de todos, no es un hombre. El que se acerca á ti y tú le dices: «no te quiero», y no te coge en sus brazos y huye contigo como los romanos con las sabinas, no es un hombre. Felizmente, los hombres como yo los comprendo son raros, así como también mujeres como las que yo sueño. Pero este hombre y esa mujer son el uno para el otro, y se buscarán hasta que se encuentren.

»Que nosotros nos buscaremos y nos encontraremos. De esto estoy tan seguro como de que respiro.

»Y ahora, respetable señorita, adiós por hoy. Mi Vera,

que ya la ama á usted idolátricamente, envía á usted un beso fraternal. Yo me inclino ante usted con tanto respeto, que el mismo corazón anticuado quedaría contento, y soy ante todo su esclavo.

GREGORIO BORIKIN.»

»*P. D.*—La ruego que queme usted esta carta al punto, así como todas cuantas le escriba á usted.»

Eleonora sentóse al borde del pequeño sofá, con el codo apoyado en la rodilla, con la carta en la mano derecha, pensativa y triste.—¡Qué bien me conoce! «Orgullosa y modesta.» Pero menos modesta que orgullosa. El que te ama y se deja vencer por cualquier obstáculo.—Ahora bien: ella misma, había dicho á Ulrico, que el obstáculo era invencible. Y él decía: no hay obstáculo alguno invencible para el que ama y es un hombre. ¿No tenía razón? Y si la tenía él, y la amaba, y era un hombre, como se jactaba de serlo, ¿no acabaría por salir vencedor? Y llegaría la hora de hacer valer sus derechos de vencedor sobre el otro que se dejaba vencer por el obstáculo; y al rehusar su amor, ¿no la amaba de veras ni era un hombre?

Estremecióse, dejó caer la carta, y se pasó la mano por la frente.

—¡Bah!—dijo.—Te diviertes en evocar espectros en pleno día; te asombras de que el miedo se apodere de tu corazón. Antes tomabas estas cosas más á la ligera. Ya es tiempo de que sacudas lejos de ti estos sentimentalismos cursis.

Levantóse y quemó la carta, según pedía su autor, después de haber apuntado las señas en su libro de notas. Después sacó de él un recorte de periódico del *Kreuzzeitung* del día anterior.

«Una señora de posición desea, como ama de gobierno para sí y señorita de compañía para sus dos hijas mayores, una joven cristiana de buena familia que haya servido en casas distinguidas. Se desea con preferencia que sea bien parecida; no es preciso que tenga conocimientos musicales; conocerá len-

guas vivas; sobre todo, el inglés, obligatorio. Mas detalles de palabra.»

Luego la calle y el número, y las horas de dos á cuatro.

—Si con esto resolviese el problema... Es, bien mirado, muy triste; ¿pero qué otra cosa me queda?

Miró al reloj.

Aun faltaba una hora. Una eternidad, durante la cual podía llegar un ángel salvador.

Estremecióse vivamente al sentir llamar á la puerta. Era Augusta, con una tarjeta: arriba, la corona de nueve puntas; abajo, el conde Guido Bendelin.

—¿Qué le digo al señor?—preguntó Augusta á Eleonora, que miraba la tarjeta sin responder.

—¿Ha preguntado este caballero por mí?

—Primero, preguntó por la señora consejera; pero le contesté que no se encontraba en estado de recibir visitas. Entonces preguntó por usted, señorita.

—Dígale que pase á la sala y que tome asiento. Salgo en seguida.

Eleonora miró de nuevo la tarjeta

—Es singular—murmuró.

(Continuará.)

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

TALLEYRAND Y LA GUERRA DE ESPAÑA

(Del *Journal des Débats.*)

Si para saber cómo juzgó Talleyrand la desastrosa guerra de España, abrís sus Memorias, hallaréis las afirmaciones siguientes: «El emperador me había hablado varias veces de su proyecto de apoderarse de España. Combatí este proyecto con todas mis fuerzas, exponiendo la inmoralidad y los peligros de una empresa tal.» A lo sumo, Talleyrand admitía la ocupación de Cataluña hasta la conclusión de la paz con Inglaterra. Y se atrevía á decir que el tratado de Fontainebleau de 27 de Octubre de 1807, fué, sin que él lo aprobara, negociado secretamente y firmado por Duroc é Izquierdo (1). Cuando Fernando VII hubo renunciado por fuerza á la corona, y que él y su hermano Don Carlos fueron internados á Valençay, Talleyrand pretende haber dicho á Napoleón que se jactaba de su triunfo: «Que un hombre de mundo haga locuras, que tenga queridas, que se conduzca mal con su mujer, que cometa las mayores faltas con sus amigos, le censurarán sin duda; pero si es rico, poderoso, hábil, podrá encontrar aún la indulgencia de la sociedad. Que ese hombre haga trampas en el juego, é inmediatamente es expulsado de la buena sociedad, que no le perdonará nunca.» Talleyrand afirma que el emperador, al oir tales

(1) *Mémoires*, t. I, págs. 328, 329.

palabras, palideció, quedó confuso, y no le volvió á hablar durante el día. Pero desde entonces no pronunció el nombre de España, el de Valençay ó el de Talleyrand sin añadir algún epíteto injurioso (1).

Estas afirmaciones, tan poco verdaderas como las anteriores, fueron emitidas mucho tiempo después de la caída del Imperio. Jamás Talleyrand se hubiera atrevido delante de Napoleón á compararle con un jugador tramposo; él, que á las palabras más violentas y á los gestos más ofensivos del emperador, oponía un labio sonriente y un dócil espinazo. Pero lo que demuestra perentoriamente la falsedad del cortesano, son los auténticos documentos, á los que vamos á recurrir.

M. Geoffroy de Grandmaison, quien, después de trabajos históricos muy estimados, acaba de empezar una grande y hermosa historia de la guerra de España (2), la cual nunca sería bastante alabada—porque reúne las cualidades que se debe pedir á una obra de historia, la seguridad y el valor de las fuentes, la imparcialidad, la precisión y la alteza de miras.—M. Geoffroy de Grandmaison prueba, entre otros hechos importantes, que Talleyrand había aconsejado ocupar todo el país del Norte hasta el Ebro y asegurarse el reverso de los Pirineos. Establece netamente que los proyectos de anexión y de conquista no empezaron á nacer en el espíritu de Napoleón hasta fines de 1806, bajo la inspiración del mismo Talleyrand, «que concienzudamente desempeñó su papel de apuntador, con el libro de la historia en mano: *Plus de Pyrénées!*» Las cartas de Talleyrand á Napoleón en 1808, aprobando en todas la política imperial en España, y que M. de Grandmaison ha publicado en la *Revue historique*, demuestran, por lo demás, como dijo el canciller Pasquier, que las leyó en 1829, «que no solamente no hubo entonces por parte de Talleyrand ni la sombra

(1) *Mémoires*, págs. 384, 385.

(2) *L'Espagne et Napoleon*, 1804-1809.—Librairie Pion. Un vol. in 8 avec por traits.

de una objeción contra el sistema que Napoleón había adoptado, sino que, por el contrario, aprobó plenamente este sistema.»

Nosotros mismos nos hemos basado, hace ya mucho tiempo, en las afirmaciones del canciller Pasquier, del duque de Gaeta y de M. de Thiers, para rebatir un juicio de Villemain, muy favorable para Talleyrand, y en el que le defendía con insistencia de haber sido el instrumento de la política que produjo la guerra de España. Al día siguiente de la publicación del tomo X de la *Histoire du Consulat et de l'Empire*, Villemain, solicitado por M. de Bacourt y Mad. de Dino, lamentó que M. Thiers no tuviese para el recuerdo de Talleyrand algo de la predilección ó más bien de la justicia que Talleyrand tuvo para el porvenir de M. Thiers. Recordaba—y hemos descubierto esta asombrosa afirmación en un largo estudio inédito en forma de juicio sobre la política del antiguo ministro y chambelán del Imperio, inserto en las Memorias mismas de Talleyrand, estudio que, no sabemos cómo, se escapó á sus propios editores—que el príncipe de Benavente había declarado á Napoleón que podía desprender de la Monarquía española la parte vasca, y apropiársela por entero para siempre. Esto se lo había oído Villemain al mismo Talleyrand... ¿Pero esto era cierto? Pues bien, ¡no!

Tomad, en efecto, las cartas originales de Talleyrand á Napoleón, que se encuentran en los Archivos nacionales (cartón A. F. IV 1680), y veréis que el mismo Talleyrand negociaba el tratado de Fontainebleau, con tales exigencias, que Izquierdo, espantado, le decía: «¿Queréis, pues, que seamos vasallos de Francia?» Veréis que al lado de las más bajas adulaciones para la persona de Napoleón, escribía: «De cualquier lado que vuestra majestad manifieste su voluntad, el resultado debe ser igualmente infalible.—Los asuntos de España atraen á todo el mundo y no agitan á nadie. Se espera con interés y confianza, como si se asistiera á una primera representación. Los intereses más íntimos y más personales de cada cual apa-

recen confundidos en los de vuestro poder, de vuestro sistema y de vuestra gloria.—Todo el mundo aquí admira la marcha que los acontecimientos han tomado naturalmente; marcha tan feliz, que era imposible esperar más.—El vulgo mismo se muestra bien persuadido de que ni quien se ha dejado arrojar del trono (Fernando VII), ni quien ha intentado sentarse en él (el príncipe de Asturias), pueden ya pretender volver á subir y que han quedado excluídos, el uno por su debilidad, el otro por su indolencia.—Á vuestra majestad no le desagradará saber que la manera cómo juzga el carácter del rey, de la reina de España, del príncipe de Asturias y del príncipe de la Paz, está de acuerdo con la opinión general, y ha hecho que todos los espíritus se dispongan para su futuro destino.—Vuestra majestad se dignará permitirme que le felicite por los asuntos de España, que están, en cuanto al fondo, completamente terminados, y lo están en Bayona, como tan vivamente lo deseaba.—He visto á una gran parte de los miembros del cuerpo diplomático, y les he dicho lo que vuestra majestad me había prescrito decirles. Los acontecimientos de Bayona han excitado la admiración. No hay, en este punto, sino un solo sentimiento.»

¡Compárense estas cartas, escritas en los momentos mismos, con el texto de las Memorias tan desaprobadoras, pero escritas mucho tiempo después, y júzguese!

El mismo hombre, en los momentos en que declara que «París se encuentra en el estado de frialdad y de languidez que experimenta siempre que está privado de la presencia de su majestad; que parece que cada cual pierde algo de su seguridad á medida que su majestad se aleja; que si, entre todos los pueblos, solamente los franceses han tenido la gloria de tener un monarca tan grande, son también los más dignos de ello», el mismo que suplica al Emperador que cuide de su salud y de su vida, que son preciosas para todos sus súbditos, conspira contra él con Fouché y con Rusia y Austria, haciendo traición á los secretos de su soberano, poniendo trabas á su política, sus-

citándole emboscadas y obstáculos inesperados. Esto es lo que Villemain, con extraordinaria complacencia, llamaba «renovar el espíritu de oposición y suscitar contra la omnipotencia del Imperio la omnipotencia de la opinión pública». Engañando al emperador con sus hipócritas demostraciones, Talleyrand logrará asistir á la conferencia de Erfurt, y allí aprovechará las confidencias de Napoleón para informar en secreto á Alejandro sobre la manera más segura de burlar la política imperial; después, como precio de su traición, se hará dar para su sobrino Edmont de Perigard la mano de una de las más ricas herederas de Europa, la princesa Dorotea de Courlandia, la futura duquesa de Dino. La observación de Napoleón en Santa Elena era, pues, muy justa: «M. de Talleyrand estaba siempre en estado de traición, pero era de complicidad con la fortuna.»

El emperador apreciaba bien la inteligencia sagaz de Talleyrand, pero despreciaba su carácter vil. Testimonió este desprecio de la manera más altiva cuando le impuso, en Valençay, el papel de vigilante y divertidor de los príncipes españoles. Después de haberle ordenado que proporcionase á los príncipes ropa de cama, mantelería, batería de cocina y criados, le escribía el 9 de Mayo de 1808: «Si tenéis en Valençay un teatro, no estará mal que llevéis algunos cómicos. Podríais llamar á Mad. de Talleyrand, con cuatro ó cinco mujeres. Si el príncipe de Asturias se enamorase de alguna bonita mujer, y ésta fuera de confianza, la cosa no ofrecería ningún inconveniente, puesto que se tendría un medio más de vigilarle... En cuanto á vuestra misión, es bastante honrosa. Recibir á tres ilustres personajes para divertirlos, entra por completo en el carácter de la nación y en el de vuestro rango.» El dócil cortesano aceptó sin pestañear este singular cumplimiento, y se apresuró á contestar: «Mad. de Talleyrand ha salido ayer noche, para dar las primeras órdenes en Valençay. El castillo está abundantemente provisto de cocineros, de vajilla, de mantelería de toda especie. Los príncipes disfrutarán en él de todos los placeres que puede permitirles lo ingrato de la esta-

ción. Les daré misa diaria, un parque para pasearse, un bosque muy bien cuidado, pero en el que hay poca caza, caballos, comidas y música. No hay teatro, y además, sería más difícil encontrar actores. Habrá también bastantes mujeres, para que los príncipes puedan bailar, si esto les divierte.» El vice-gran elector toma en serio su lucido papel. Se le ve dando órdenes al guardia Aubry, para que enseñe á los príncipes á tirar; al picador Foucault, para enseñarles la equitación; al bibliotecario Fercoc, para mostrarles estampas; al cocinero Boucher, para servirles malos guisos españoles. Hace del terrado del castillo una sala de baile, y cuida de poner guitarras en todos los rincones del jardín. Termina la jornada con el rezo público, al que asiste piadosamente con los personajes del castillo, y hasta con los gendarmes que, por recomendación de él, vigilan á los príncipes «sin manifestarlo demasiado». Este alarde religioso era todas las noches para el exobispo, que había aprobado el destierro y la prisión de los príncipes, un momento enternecedor, «¡porque los grandes infortunios—decía—hacen la fe más viva y el alma más sensible!»

Cuando Napoleón haya franqueado los montes, para restablecer en España la situación de sus tropas comprometidas—lo que M. de Grandmaison refiere con mucha brillantez y rigor,—Talleyrand tratará de vengarse de las humillaciones que pareció tomar por favores. Irá por todas partes con Fouché, desacreditando la empresa que aconsejó, emitiendo los más siniestros presentimientos, y hasta prediciendo la pérdida del soberano. «Le veo á él y á su amigo Fouché, escribe entonces Metternich, muy decidido á aprovecharse de la ocasión, si esta ocasión se presenta, pero sin tener el valor de provocarla.» Metternich le compara con un pasajero que quisiera apoderarse del timón manejado por un piloto temerario, pero que espera á que el piloto sea arrojado por la tempestad á los escollos.

Napoleón será quien desencadene la tempestad contra su detractor. Enterado en España de tales manejos y perfidias,

acude. El sábado 28 de Enero de 1809, en la sala del trono, delante de Mollien, Gaudin, Cambaceres, Decrés y Lebrun, dirígese á Talleyrand, y rozándole el pálido y descarado rostro con una mano amenazadora, exclama: «¡Sois un ladrón, un cobarde, un hombre sin fe! No creéis en Dios; en toda vuestra vida estáis faltando á todos vuestros deberes. Habéis engañado, habéis hecho traición á todo el mundo. Nada os es sagrado. Venderíais á vuestro padre. Os he colmado de bienes, y no hay nada de lo que no seáis capaz contra mí. Así, desde hace seis meses tenéis el descaro, porque se os antoja suponer que mis asuntos van mal en España, de decir á quien quiera oirlo, que siempre habéis censurado una empresa en ese reino, cuando sois quien me hicisteis concebir la idea, impulsándome incesantemente á ello... Y ese hombre, ese desdichado (el duque de Enghien), ¿por quién supo el lugar de su residencia? ¿Quién me excitó contra él? ¿Cuáles son, pues, vuestros proyectos? ¿Qué queréis? ¿Qué esperáis? ¡Atreveos á decirlo! Mereceríais que os triturase. Puedo hacerlo, pero os desprecio demasiado para tomarme ese trabajo.» Napoleón hizo mal. Hubiera debido triturar al traidor, y no contentarse con haberle desenmascarado y recriminado delante de todos. Pero Talleyrand, que había murmurado al oído de Decrés al salir de la sala del trono: «¡Qué lástima que tan gran hombre haya sido tan mal educado!», volvió al día siguiente á las Tullerías, humilde, deferente, prosternado, hasta que el amo le permitió alzarse y le mantuvo en su puesto de vice-gran elector, pero ordenándole que entregase su llave de gran chambelán á M. de Montesquieu.

Tres meses después, el mismo Talleyrand felicitaba á Napoleón por sus éxitos en Austria, y le escribía á propósito de la ligera herida recibida en Ratisbona: «Tengo la seguridad de que, cuando á pesar de todos los esfuerzos que con razón se hacen para ocultarla, se haga pública la dolorosa noticia, todos los corazones quedarán acongojados, y no vacilo en añadir que la impresión llegará hasta debilitar el reconocimiento y la

admiración de que vuestros súbditos están penetrados. Vuestra gloria, señor, constituye nuestro orgullo, pero vuestra vida constituye nuestra existencia.»

¡He aquí con qué exquisitez se conducía quien, delante de los ministros, había sufrido las más vergonzosa, la más justa afrenta! Ciertos espíritus indulgentes llaman política á esto. Pero, así como decía Metternich: «No se pueda separar en M. de Talleyrand el hombre moral del hombre político. No hubiera sido, no sería lo que es, si fuese moral.»

HENRI WELSCHINGER

CRÓNICA LITERARIA

La Sirena negra, novela por Emilia Pardo Bazán.

Entre las novelas publicadas en lo que va de año, *La Sirena negra*, de la señora Pardo Bazán, es de las de más grata lectura y de las más propias para cautivar al lector curioso de las cosas del espíritu. En otras publicaciones he examinado algunos aspectos de este libro; pero aún queda materia en él para que pueda dedicarle la presente crónica.

La Sirena negra es la muerte. Es una sirena cuyos cantos atraen á pocos, inspiran horror á casi todos cuantos los oyen, y pasan lejanos y desoídos para la multitud que vive descuidada, sin pensar en el inexorable fin de las existencias individuales. Por eso es singular y extraordinario el protagonista de la novela de la condesa de Pardo Bazán. La inquietud de la muerte ocupa poco lugar entre las inquietudes contemporáneas. Vivimos, si no en una época feliz, en una época hedonista, ansiosa de felicidad y de deleite, y en esta vida rápida, sensual, consagrada al culto de la vida, de la riqueza, del bienestar material, la mayoría de los hombres no ven cruzar el pálido fantasma de la muerte, ni oyen sus gemebundos cantos. Como el guardián del umbral, el monstruo del mundo oculto, el terror hecho aparición, de la novela *Zanoni*, de Bulwer Lytton, que dejaba de presentarse en las crisis de sensualismo del personaje poseso, así la muerte no se presenta en los espíritus, en nuestra civilización materializada y voluptuosa. Llega callada cuando suena la hora de sus obras; mas su ima-

gen parece andar huída del bullicio y el movimiento de unas costumbres y una cultura que representan la afirmación intensa de la voluntad de vivir. La idea de la muerte esparce su grave sombra en las épocas de quietud y de contemplación, propicias á la soledad y al ensimismamiento, en las cuales se oyen las voces secretas de lo subconsciente.

Esta idea de la muerte ha ejercido una inmensa influencia en el progreso espiritual humano. Sin ella hubiera sido otro el curso de la civilización. Las religiones y las metafísicas hubieran sido plantas raquíticas sin ese aviso del fin de las existencias individuales, que plantea el problema del más allá de la vida terrena. Si el hombre ignorase la muerte, gran parte de lo mejor y más sublime que ha creado el espíritu humano no existiría. Agradezcamos á esta sombría sirena la estela de luz que ha dejado en los espíritus, la vegetación de poesía que ha hecho crecer en las almas. Y no la culpemos demasiado de que entenebrece y hace tétrica la vida. Está poco presente en las almas. Sólo anida en algunos espíritus superiores. La inmensa mayoría de los hombres, aunque saben que han de morir, no tienen presente ese pensaminento, y obran como si su vida fuera ilimitada. Lo que hay en el hombre de naturaleza animal, de sentimiento intenso de la vida, de imperio y dominación del presente, se sobrepone al enigma del mañana. Así, por esta previsión de la Naturaleza, la vida sigue su curso, confiada y activa, y las multitudes no caen en el quietismo místico, que es el lote de unos pocos.

La idea capital en torno á la cual gira la novela de la señora Pardo Bazán, es una idea noble, de honda raigambre metafísica que eleva la acción sobre la vulgaridad ordinaria de los sucesos humanos. El pensamiento de la muerte modera y depura nuestros apetitos; eleva al hombre sobre el nivel animal, y al imbuirle el convencimiento de la vanidad y brevedad de la vida, le prepara para apetecer menos sus bienes, convenciéndole de que son fugaz ilusión de una hora. Esto da un sello de distinción espiritual á la novela.

La Sirena negra es en realidad una historia de conversión, muy semejante, en lo esencial de su construcción, á las que hallamos en las vidas de los santos, aunque se diferencia de ellas en que la ingenua sencillez primitiva de estos relatos está reemplazada en sus páginas por el arte sutil y refinado de la novela moderna. Es la historia de la conversión de Gaspar de Montenegro, un personaje en quien se cumple el ciclo de la redención de las almas tocadas por el misterio de la gracia. Una existencia disipada; tras ella el hastío que se va trocando en invencible inclinación á la muerte, y de súbito, un acontecimiento inesperado y extraordinario, que ilumina como un relámpago aquella vida y la infunde un sentido trascendental, ahuyentando de ella las sombras del pecado y de la muerte.

Con una acción muy sencilla y un corto número de personajes, ha sabido la condesa de Pardo Bazán infundir un palpitante interés en la fábula de *La Sirena negra*. Esta novela, que tiene un fondo intelectual y casi metafísico, no es una novela abstracta y discursiva, que degenere en disertación filosófica. Su filosofía está encarnada en hechos, en máscaras vivientes de sujetos creados por la fantasía con intensa apariencia de realidad.

* * *

Cuando principia la acción de la novela, Gaspar de Montenegro es un enfermo del cuerpo y del espíritu. Rico, sin ideales ni grandes pasiones, su vida ha sido disipada y fácil; mas no ha sido con todo la de un gozador vulgar de la piara de Epicuro. La idea de la muerte ha tendido sobre ella un velo de niebla, una sensación de decaimiento, de desdén hacia la existencia y el deleite. Aunque la ilustre novelista no hace más que bosquejar la psicología de este personaje, los datos que de él nos ofrece bastan para dibujar la evolución de esa obsesión de la muerte, que es su sentimiento é idea dominante. No es un sentimiento desesperado de esos que impulsan al suicidio; es un hondo vacío en la vida, un secreto impulso que

le dice que la existencia no vale la pena de existir. Esta modalidad del sentimiento toma los caracteres de una posesión, del adueñamiento del espíritu por una potencia extraña, por un demonio tentador que en vez de mostrar lujuriosas imágenes, ensueños de ambición, de gloria ó de riqueza, muestra al poseso el misterioso atractivo del enigma del más allá, la imagen de la negra sirena, de la muerte, que le llama para comunicarle su secreto y brindarle su paz. Esta obsesión toma á veces cuerpo de alucinación física. La muerte se le aparece á Gaspar de Montenegro como una vaga imagen de ensueño, que le habla con los ojos, negros é insondables como lagos de asfalto, parecidos á los de una mujer misteriosa con quien se cruzó Gaspar en la vida. Toda esta parte de la novela es una antigua historia de posesión interpretada al modo natural y con el penetrante análisis de la novela contemporánea. Variad los nombres, reducid el lenguaje moderno al de los antiguos demonólogos, y sin mudar ápice de los sucesos, tendréis el relato de las angustias y las crisis de un poseso. Ejemplo de cómo no hay entre los casos de la moderna psiquis mórbida y los antiguos de la posesión y la demoniología una diferencia esencial. Apenas media entre unos y otros, aunque un examen superficial les considere tan diferentes, más que una diversidad de nomenclatura y de doctrina interpretativa.

Como todos los hechos humanos individuales ó sociales dotados de rico contenido espiritual, este lance fantástico que la señora Pardo Bazán nos cuenta en su novela, brinda aspectos diversos á la interpretación. Además de esa interpretación psicológica, se presta á una interpretación física ó fisiológica. Gaspar de Montenegro es un enfermo, un dispépsico, á consecuencia de excesos de sensualismo. De niño su salud era endeble, y tenía el presentimiento de que su vida iba á ser breve. Lo que desde el punto de vista psíquico y trascendente se nos muestra como posesión, como estado excepcional del espíritu, aparece aquí, en esta otra esfera, como un desarreglo nervioso, producido por causas patológicas, como un reflejo

psíquico de trastornos fisiológicos. El lector, según sus aficiones é ideas, puede elegir entre una y otra interpretación, y aun acaso conciliarlas ambas.

Gaspar de Montenegro conoce á una mujer extraña: Rita. Es una figura goyesca, una de esas mujeres pálidas, delgadas, de negros ojos de brasa, melancólicas y misteriosas, que parecen consumidas por una intensa pasión ó por un remordimiento. La novela no hace más que bosquejar esta figura, y la niebla de misterio que les rodea la hace, á par de enigmática, más atractiva. Gaspar se siente atraído hacia aquella mujer por ese reclamo del misterio. Entre ellos no hay ningún lazo sensual. ¿Qué amores inconfesables, qué culpa misteriosa y sombría hay en el pasado de aquella mujer? Gaspar adivina en ella la sombra de un pasado trágico. Tal vez lo que le une á ella, lo que establece entre ambos una indefinida y extraña amistad sentimental, es que Rita es una criatura consagrada á la muerte. Aquella misteriosa mujercita está tísica. Cuando muere (la escena de su muerte es una de las más bellas páginas de la novela, llena de la grave poesía del enigma), Gaspar se hace cargo de un niño, hijo de Rita, fruto del pasado trágico, que tal vez fué un pasado vulgar y doloroso, que el novelista ha querido cubrir con un flotante velo de incertidumbre.

Hasta entonces, la acción de la novela está en un período de exposición de caracteres y presentación de antecedentes. El nudo empieza á formarse á partir de este momento. Gaspar cree haber hallado un fin para su vida, que flotaba sin objeto y sin norte; se dedicará al huérfano, le educará de modo que no sea un misántropo, un obseso de la muerte, como él.

Pero Gaspar no está solo en el mundo. Vive con su hermana Camila, un tipo de mujer equilibrada, sana, un poco vulgar. Camila es el tipo medio de la mujer española: discreta, señora de su casa, amiga de mandar á los que la rodean, atenta á las preocupaciones y los respetos sociales. Evidentemente, considera á su hermano como un perturbado, para lo cual no le falta razón, y quiere casarle, acaso para normalizarle, para

que éntre en caja y abandone sus desvaríos. La novia que le ha escogido es una señorita guapa, honesta, rica; lo que se llama un buen partido; la mujer ideal para un hombre equilibrado, sano y vulgar, como equilibrada, sana y vulgar es Camila. Casi no hay que decir que á Gaspar le seduce poco la perspectiva de este enlace. El contraste entre esas dos figuras femeninas completamente normales y el desvariado protagonista, es uno de los felices efectos de la novela. Esas dos mujeres, que son encarnaciones de la vida normal y corriente, sirven de claro-oscuro para que resalte mejor la figura extraña y atormentada de Gaspar de Montenegro, que tiene algo de un M. de Phocas pasivo, víctima de la obsesión del misterio.

Como es de suponer, estas señoras no creen una palabra del carácter espiritual de las relaciones entre Gaspar y Rita. Para ellas, ésta no ha sido más que una aventurera, una perdida, y el niño, si no el fruto de una vulgar aventura entre ambos, es por lo menos el recuerdo de una pasioncilla hacia una mujer liviana; una criatura amada y protegida en memoria de ella. No de otro modo se explican la predilección de Gaspar hacia el huérfano.

Gaspar persevera en el propósito de consagrar su vida á aquella vida naciente que viene de un misterio. Encuentra en ello un alivio, una oleada de calma, una impresión de finalidad hallada, de algo que puede llenar el vacío de su existencia. Para educar al huerfanito toma una institutriz inglesa y un preceptor. Con estos personajes penetra el drama en la acción de *La Sirena negra*.

La inglesa es, como Camila y como la vaga novia de Gaspar, una figura femenina normal, un tipo corriente de institutriz. Entre paréntisis, haré notar que en esta novela las heroínas, las mujeres, salvo Rita, figura apenas esbozada, son vulgares, tienen un alma transparente y lógica sin honduras ni sinuosidades, mientras que los caracteres masculinos son de fuerte relieve, y tienen algo, ó mucho, de extraordinarios. La

psicología de *La Sirena negra* no es una psicología feminista. Bonita, algo coqueta, dotada de esa libertad de maneras de la mujer inglesa y norteamericana, habituada al trato con el hombre y capaz de abrirse paso por sí sola en la vida, la institutriz coquetea un poco con Gaspar. Tal vez alienta la esperanza de cautivarle. El viejo cuento de la pastora que se casa con el príncipe, que traducido al materialismo moderno es la novela de la mujer pobre que se casa con un hombre opulento, cruza tal vez por su pensamiento como un grato espejismo; Gaspar no la hace caso, y la observa, á veces curioso é interesado, pero desdeñoso.

Más le interesa seguramente el preceptor Desiderio Solís, y le interesa por un sentimiento cruel y misantrópico, porque ve en él un instrumento posible de su amor á la muerte. Desiderio es un tipo de gran relieve, un carácter moderno, de rigurosa modernidad. La señora Pardo Bazán le ha pintado sin amor, pero con penetrante clarividencia. Su espíritu aristocrático, amigo de lo tradicional, inclinado al orden y á la armonía, suele mostrarse poco benigno hacia los tipos de bohemios, de *declassés*, de hombres descabalados en la organización social, pero los comprende. Desiderio es un amargado de la vida, uno de esos ejemplares del intelectual salido de las clases humildes, á quienes su superioridad mental, no acompañada de dotes de intriga y de adaptación propias para abrirse camino en la vida, sólo les sirve para apreciar, con una dolorosa agudeza, las desigualdades sociales, la iniquidad del reparto de los bienes de la civilización, espectáculo que es para estos espíritus un manantial de odios. Desiderio no es un resignado, no es un vencido de los que paran en exhombres, ni es tampoco un audaz, de temple de conquistador, de los que se aupan de las ínfimas capas sociales de su procedencia, y emprenden con tenaz esfuerzo la conquista de la sociedad. Su energía se concentra en el odio. Su alma sombría tiene tendencias homicidas.

Para él, el mundo se divide en dos castas: la casta de oro,

la casta gozadora, que disfruta de la riqueza, del poder, del deleite, y la casta de cobre, que vive en disimulada esclavitud, atenida á las migajas de la dorada oligarquía. El único placer de dominación que le queda á la casta cobriza es la venganza, la extinción de los altivos y felices dominadores, que disfrutan de los bienes de la vida sin merecerlos. Es, en suma, un anarquista por despecho. Su desgarbada figura, su pobreza, su subalterna condición social, alimentan la hoguera de odio que arde en su pecho. El poder de destruir es el único que no le está vedado, y lo acaricia con una íntima y feroz voluptuosidad.

Con un hombre tal, se entrega Gaspar á un peligroso juego, á un entretenimiento criminal y suicida. Quiere excitar al sombrío preceptor, hacerle instrumento de su amor á la muerte, suicidarse por mano de Desiderio. El carácter de posesión diabólica que tiene esta novela bajo su vestidura moderna se acentúa aquí singularmente. En este impío empeño de fabricar fatalidad, de perderse perdiendo á la vez á otro, Gaspar parece obedecer á la sugestión de un espíritu málo. Su empeño no sólo está reñido con la prudencia humana, sino con la generosidad y la nobleza. Algo irresistible le empuja por tan perverso camino. Para conseguir su fin ó para servir á su tentación se vale de la inglesa, hacia la cual sospecha en Desiderio un inconfesado amor ó una atracción sensual. Dándole celos, humillándole, espera que conseguirá el estallido del odio, el homicidio que viene cultivando.

Hay un momento en que Gaspar se arrepiente de su criminal temeridad. Quiere volverse atrás, normalizará su vida, se casará con la novia que le tiene preparada Camila, atenderá al niño; una brisa suave de razón y de calma parece haber refrescado y serenado su espíritu. Mas es tarde; la fatalidad que ha creado se alza frente á él y le cierra al paso. Así, en circunstancias menos dramáticas y con sucesos menos extraordinarios, nos acontece frecuentemente en la vida; engendramos con nuestros actos, con nuestros errores, con nuestras malas pasio-

nes, fatalidad, destino, y cuando queremos pararnos ó retroceder, cuando nos arrepentimos, nuestra obra, la fatalidad que engendramos, nos persigue y nos corta la retirada. El drama previsto tiene en la novela un desenlace inesperado. Desiderio, queriendo matar á Gaspar, mata al niño, que se interpone entre ellos. Aquella catástrofe, aquella inmolación de un inocente, toca en el corazón al enamorado de la muerte, le sana de sus desvaríos y le vuelve á la fe. Los ocultos caminos de la conversión han exigido el sacrificio de una víctima cándida y sin culpa. Con esta impresión de antiguo misterio bíblico ó de desenlace de tragedia, de sangre inocente purificadora, termina *La Sirena negra,* dejándonos una grave é intensa emoción artística y moral.

La señora Pardo Bazán ha puesto al servicio de este noble y elevado asunto, marcado con el sello de una espiritualidad luminosa, las mejores galas de su estilo y los fértiles recursos de su arte de narradora. El interés no decae un instante, á pesar de lo sobrio y escueto de la acción; los sucesos y los estados de alma más extraordinarios se nos presentan con viviente colorido de realidad. Por todos conceptos es digna *La Sirena negra* de la áurea pluma de la autora de *Los Pasos de Ulloa,* tan diferentes de estas últimas novelas de la ilustre escritora como *La Quimera* y *La Sirena negra,* impregnadas de un espiritualismo entre cuyos ramajes florece misteriosa la mística flor de la fe.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Cuestiones político-sociales: La selección del personal político.=Literatura: Leónidas Andreiew, autor dramático.=Psicofísica: La utilidad de las lágrimas.=Impresiones y notas: La herejía de Prisciliano.—Las mujeres y los Santos Padres.—Los ojos de los pintores.—El encanto del verso francés.

CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

La selección del personal político.—Los párrafos con que termino mi *Carta abierta* á D. Segismundo Moret y á D. Antonio Maura (1) dicen así:

«Desbrozado y limpio el templo de todas esas impurezas con esta primera selección, hagan ustedes el cernido de la mayoría resultante, y premien luego con ministerios, subsecretarías y direcciones á los más sanos y á los más inteligentes (pongo antes lo sano que lo inteligente, pues una buena voluntad vale más para la gobernación que una gran inteligencia), aunque sean premiosos en hablar, aunque no acierten á redondear un párrafo oratorio, aunque no sepan arrancar un aplauso al Congreso, con tal de que sepan arrancar aplausos al país. Y como única instrucción á los elegidos, encárguenles ustedes de que cada cual haga en su departamento lo mismo que han hecho ustedes: estudiar bien las personas y hacer su selección, para arrojar á los gorrones, á los inútiles, á los venales, á los fatuos, á los serviles, que de todo hay por esos ministerios, amparando y protegiendo á los trabajadores, á los modestos, á los íntegros, á los celosos, á los inteligentes. ¡Oh! ¡Qué bien

(1) Véase el número anterior.

marcharía entonces todo, sin tocar á una ley, sin modificar un reglamento, dejando intacta la legislación actual, á la que tantas vueltas damos estérilmente pidiéndola con rabioso empeño lo que nunca podrá darnos!

»La política lo invade todo, y es verdad. Los políticos no se contentan con arrogarse la suprema función de fabricar leyes y de hacerlas cumplir, sino que penetran en los Tribunales de justicia, se ingieren en las enseñanzas, pretenden acaparar las Academias, se imponen en los Consejos de las grandes compañías bancarias, industriales ó agrícolas, y hacen cotizar sus servicios en todas partes. Y no contentos con esto, cuando encuentran en su camino una reputación brillante, pretenden arrastrarla en su carroza, no para purificarse con su contacto, sino para empañarla con el suyo; no para subir hasta ella, sino para bajarla hasta ellos; así llevaron, al Congreso primero y al Senado después, al glorioso Menéndez Pelayo, y pretendían llevar—y llevarán seguramente—á una senaduría vitalicia al ilustre Cajal. Cuando uno se llama Cajal ó Menéndez Pelayo, ¿qué falta le hace ser senador, ni diputado, ni ministro? ¿Para qué? ¿Para que lo haga mal y sea un mal ministro ó un mal diputado, y ese desprestigio político se refleje empañándolo en su prestigio científico ó literario? Si donde Menéndez Pelayo y Cajal sirven á su gloria y á su patria es en su biblioteca y en su laboratorio, con sus estudios de erudición y sus descubrimientos histológicos, ¿por qué sacarlos de allí para llevarlos á un sitio donde el menor mal que les puede suceder es hacerles perder el tesoro del tiempo que necesitan para sus fecundas labores?

»La política, se dice, lo corrompe todo, y es verdad también. Pero es esa política que suele practicarse como tal, política de embustes, de enredos, de camarillas, de transacciones, de contubernios, de intrigas, de cábalas, de violencias, de miserias, de farsas.—Cuenta conmigo si me das el voto—dice el diputado al elector,—y el elector cuenta con el diputado para meter en la cárcel á un inocente, para dejar cesante á un buen

empleado, para dejar impune un crimen, para recargar ó bajar las contribuciones, para levantar una multa bien impuesta, para trasladar al maestro, ó al juez, ó al gobernador, ó al delegado de Hacienda que le estorban, para hacer cuanto acomoda al elector.—Cuenta conmigo si me das el voto, repiten los ministros á los diputados ó senadores; y el diputado ó el senador cuenta con el ministro para sacar subvenciones indebidas, para nombrar gobernadores, alcaldes, jueces, fiscales y todas las ruedas de la máquina política; para obtener una carretera que pase por determinada finca, para que se aprueben unas cuentas ó se las pongan reparos, para que se deje cesante á éste y se nombre al otro, para que se cree este organismo aquí suprimiendo otro allí, para que se amase un tribunal de oposiciones ó un jurado con determinado fin, para que todo se envilezca y se prostituya. Y en ese vergonzoso *do ut des* y *facio ut facias,* se trafica con todo, y se invade todo, y se contamina todo: te voto para la Academia y me das un acta de senador; te coloco al hijo y me colocas al yerno; paso por esta concesión y me das una plaza en el Consejo de administración de tu compañía; cierro los ojos ante el regalo de estas acciones y los cierras ante esta filtración que has descubierto; no digas nada de mi coche y no diré nada del tuyo; no toques á mi vida privada y no sacaré á relucir los trapos sucios de la tuya.

»¿Qué es esto? ¿Es que la política no es más que una vasta explotación del país? ¿Es que el ciudadano que no forma en las filas de la política militante es algún paria ó algún nuevo siervo de la gleba, que trabaja, suda y paga, y en lugar de tener el puesto que le corresponde en la mesa del festín, se le deja debajo y se le arroja un rebojo, cuando no se le da un puntapié ó un latigazo como á un perro?

»Todo esto, no se hagan ustedes ilusiones, lo sabe y lo comenta y lo censura todo el mundo, pues en los tiempos que corren no es posible tener oculto nada, y desde las cosas que se averiguan sin más que consultar la *Guía oficial,* viendo que

Fulano cobra sueldos y gratificaciones y dietas por ocho ó diez conceptos, sin hartarse nunca, ni él ni su familia, tomando al presupuesto como botín de guerra y entrando á saco en los cargos públicos y privados, hasta las que se saben por toda clase de conductos sobre las trampas de éste, las queridas de aquél ó el automóvil y los apuros del otro, nada escapa al escudriñamiento y á la fiscalización, con grave mengua del prestigio de tanto «sepulcro blanqueado por de fuera, podredumbre por dentro». Por eso se hace absolutamente preciso que arrojen ustedes del templo á escobazos á todos esos escribas, fariseos, hipócritas y cínicos, pues hay de todo, y que concluyan con esa política deletérea y nefanda de farsa y pandillaje, para sustituirla por una política nacional grande y fecunda. Las clases neutras tienen mucha paciencia, pero tienen ojos y oídos, y entendimiento y voluntad, y la paciencia no es inagotable; cuando se gasta mucha á diario, se acaba el repuesto.

»¿No ven ustedes que las bombas de Barcelona y la siembra de anarquistas son fruto de esa política suicida? ¿No ven ustedes que el pueblo ha llegado á adquirir conciencia de sus derechos, y que si se conforma con la injusticia de la suerte, es á condición de que esa injusticia no se agrave con otras injusticias? Cuando á cada cual se le da lo suyo, todo el mundo baja la cabeza; pero cuando al lado del hombre honrado, inteligente ó celoso, pero desgraciado, se ve al bribón, ó al inepto, ó al descuidado favorecido, el alma mejor templada se subleva, y el espíritu más sumiso se lanza por el camino de la rebelión.

»Aunque sólo pensaran ustedes en el papel que obligan á hacer á los ministros ineptos ante el rey, debieran ustedes poner sus cinco sentidos en que los llamados á los Consejos de la Corona fueran siempre lo mejor de lo mejor, en la inteligencia y en la voluntad, hombres sin ninguna tacha, sin ninguna avería en su historia pública, sin desconchados en su vida privada. Si en lugar de eso, envían ustedes á palacio políticos podridos, hombres de historia averiada, ó incapaces de

contestar con acierto á cualquier pregunta que el rey puede hacerles, ¿qué concepto ha de formar el rey de tales consejeros? Se resignará á soportarlos, porque ese es su deber de rey constitucional; pero convengamos en que ni ese es el camino para interesar al rey en la solución de los problemas que plantea á cada instante la ardua tarea del gobernar, ni menos el camino para que esos problemas sean resueltos como hace falta. Es un flaco servicio el que prestan ustedes de ese modo al rey que les nombra y al país que les paga.

»Y no vayan ustedes á creer que yo les recomiendo que busquen sabios para ministros. Nada de eso. El orador á su tribuna, y el sabio á su gabinete de estudio. Cuando haga falta perorar, se llama al orador; cuando haga falta saber, se llama al sabio. Pero para gobernar, el orador y el sabio estorban; el uno se pierde en el laberinto de sus palabras, y el otro en las profundidades de su ciencia. Salomón, con todo su saber, no supo gobernar su casa; D. Alfonso X, con toda su ciencia, tampoco supo gobernar la suya. Ahí tenemos á Salmerón, que es un sabio, y que no comprende que está sirviendo de comparsa á los barcelonistas de la Solidaridad, aunque éstos, con su gramática parda, le hayan puesto al frente de la compañía para engaritarle mejor, á reserva de darle un puntapié cuando les estorbe. Lo que hace falta para gobernar no es oratoria ni sabiduría, sino buen sentido, tacto, conocimiento de las personas y, sobre todo, gran sentido de la realidad, aquel sentido que era la característica del nunca bastante llorado D. Germán Gamazo. Den ustedes á los sabios medios y recursos sin tasa para que labren su gloria y con ella la gloria de la patria; señalen ustedes á los grandes oradores pingües dotaciones por su labor parlamentaria, poniendo un orador al lado de cada ministro para que le sirva de abogado en las vistas políticas de las Cámaras. Pero, ¡por Dios! cuiden ustedes de que los llamados á gobernar sean aptos para eso, para gobernar, aunque rebuznen hablando.

»No me cansaré de decirlo, hasta pasar por machacón y

por posma. Cuídense ustedes del personal director, que ese se cuidará entonces del dirigido, y todo marchará bien, y la política se rehabilitará, y las clases neutras y los hombres sanos del país—que son los más, afortunadamente, no lo olviden ustedes—vendrán al ejercicio de las funciones políticas y tendrán á mucha honra ser lo que hoy miran con desdén ó con odio, cuando no con asco. Vean ustedes, como ejemplo, lo que ha pasado con nuestra Hacienda y lo que está sucediendo en el campo de Melilla; nuestra Hacienda se ha restaurado y nuestras perturbadas relaciones con las levantiscas kábilas se han restablecido. ¿Por qué? Porque en Hacienda hemos tenido un hombre como Villaverde, y en Melilla tenemos un hombre como el general Marina. Se dice que no somos á propósito para la colonización. ¡No hemos de serlo, si tenemos en condiciones inmejorables la materia prima de la colonia, la familia! Lo que hay es que con aquel concepto romerista tan difundido, por desgracia, de que «las colonias se han hecho para explotarlas», practicado del modo brutal que aquí se ha practicado, no hay colonias posibles, como no hay país posible con aquel otro concepto, también de cepa conservadora, aunque compartido por muchos liberales, revelado en la exclamación de un conocido ministro cuando le criticaban por un atropello cometido en favor de un amigo: «Si no puedo yo hacer eso, ¿para qué entonces soy ministro?» Con tales ideas y tales personas no se puede ir sino á lo que fuimos, al desastre, como con otras hubiéramos ido á la victoria.

»¡Personas, personas, personas! Eso es lo que necesitamos. Y lo que sobran son personas, si ustedes supieran y quisieran buscarlas. ¿No las buscan ustedes para cualquier asunto particular, para administrar sus fincas, para regar sus jardines, para defender sus pleitos, para todo lo que les importa en su vida privada? Pues ¿qué menos cuidado han de poner ustedes en su vida pública? ¿No son tan sagrados, mucho más sagrados, los intereses públicos, los de toda la nación, que los intereses particulares de ustedes mismos? Lo menos que á uste-

des se les puede pedir es que presten tanta atención en la elección de personas destinadas á administrar los intereses generales del país que la que pondrían en elegir las destinadas á administrar sus intereses particulares.

»Está bien—me dirán ustedes;—pero, ¿qué criterio seguir en la busca y selección de ese personal? Si nosotros estamos rodeados de farsantes, y esas clases neutras y esos corazones sanos y esas inteligencias claras se alejan de nosotros, ¿qué medios nos quedan para hacer la selección? Cierto que así sucede, y que de un golpe no pueden ustedes trocar en aciertos todos los desaciertos; pero si ustedes se lo proponen seriamente, no creo sea esa una dificultad insuperable.

»En los elementos de la vida política hay mucho malo, pero todavía queda bastante bueno; todavía existen medio escondidas entre las enhiestas yerbas inútiles ó dañinas del Parlamento, modestas violetas de delicado perfume; ustedes, como jefes de partido, deben tener buen olfato, y lo que importa es que se dediquen ustedes á descubrirlas. Y desde luego tienen ustedes un procedimiento de selección de los más eficaces: el de la eliminación. El que habiendo sido ya ministro, capitán general, director, consejero, subsecretario ó gobernador civil, ha demostrado que no servía para el caso por su inmoralidad, por su ignorancia, por su apatía, por su nepotismo, por su arbitrariedad ó por cualquiera otra causa, ¡fuera con él! El que desempeñe cargos retribuídos en una ú otra forma en grandes compañías, empresas ó sociedades que tengan que ver con el Estado, ¡fuera con él! El que gestione asuntos poco limpios, ¡fuera con él! El que se dedique á la adulación, en la prensa ó en la tertulia, ¡fuera con él! El que haga vida de disipación y de escándalo, ¡fuera con él! El que haya comprometido su fortuna en el juego, ¡fuera con él! Los fantoches, los fatuos, los tontos, ¡fuera con ellos! Los achacosos, los que chochean, los desequilibrados, los impulsivos, ¡fuera con ellos! Los que patrocinan á cualquiera de los grupos anteriores, aunque sean los más empingorotados personajes, ¡fuera con ellos! ¿Quién

queda? ¿Nadie? ¡Ah! No teman ustedes que se vaya á repetir aquí el caso del famoso sermón de Massillón sobre el pequeño número de los escogidos; como no se trata del reino de los cielos, ni la trama del tamiz es tan apretada, todavía sobra gente para lo que ustedes necesitan.

»Me detengo. Soy un amante de España y un amigo desinteresado, sincero y leal de ustedes, y no piensen ustedes en que hacen ustedes de Benito en esta amistad; piensen en la gran verdad que encierra aquel refrán que dice: «quien bien te quiera te hará llorar». He estudiado mucho, he observado mucho, he trabajado mucho; estoy absolutamente exento de pasiones y tengo bastante experiencia y suficientes años, y me considero con bastante autoridad para tener derecho á emitir una opinión y á ser oído en cosas que entiendo, cuando hay tantos que no sólo emiten opiniones, sino que fallan sobre cosas que no entienden. No escribo ni he escrito jamás para el vulgo; y el aplauso ó la censura me tienen sin cuidado, pues lo que me importa siempre es cumplir mi deber y obtener la aprobación de mi conciencia. Obedeciendo sus dictados con el alma henchida del amor á esta desdichada patria, cuyo porvenir inmediato me inquieta, aunque tengo plena fe en sus futuros destinos, he dejado correr la pluma *ex abundantia cordis*, diciendo lo que pienso, lo que siento, lo que constituye mi más honda convicción.»

LITERATURA

Leónidas Andreiew, autor dramático.—El dramaturgo en boga de Rusia, Leónidas Andreiew, ha escrito tres piezas: *Hacia las estrellas, Ignis sanat* y *La vida del hombre,* analizadas en orden inverso á su aparición, por G. Savitch, en *La Revue,* de París.

¿Es realmente una pieza *La vida del hombre?* Sí, puesto que ha sido representada en uno de los mejores teatros de San Petersburgo. Pero si es una pieza, hay que convenir en que

es completamente distinta de las demás. En este drama singular no hay personajes, sino siluetas, seres sin nombres propios, el Hombre, Su Mujer, sus Amigos, sus Enemigos, sus Vecinos, etc. Tampoco hay apenas diálogos: remates de frases, que repiten mecánicamente esas vagas formas humanas sin nombre. Ni siquiera hay acción en la pieza.

En el primer acto nace el niño: unas viejas agrupadas en la escena cuentan, en frases sueltas y entrecortadas, los dolores del parto de la madre y las inquietudes y angustias del padre; al fin nace el niño, y la vida del hombre comienza. El segundo acto representa la juventud: tiene algo más de veinte años; está casado con una mujer deliciosa, y tiene gran talento de arquitecto, pero no hay un cuarto en su casa; el matrimonio carece de todo; sin los vecinos que, durante su ausencia, les llevan pan y leche, se morirían de hambre; algunos llevan su caridad al extremo de dejar en su desnudo cuarto un cigarro para el marido y una cinta de terciopelo para la mujer; es evidente que el hombre, salvadas estas miserias, arribará, será rico y célebre algún día. En el tercer acto lo es: suntuosa morada abriga su gloria, y numerosos visitantes anónimos, invitados á un baile que da, se extasían con su fortuna y su poder. En el acto cuarto la riqueza se ha disipado, y todo es ruina y decadencia; la juventud no hace caso del genio del maestro envejecido; el matrimonio ha tenido que vender los muebles, y vive miserablemente; por añadidura, el único hijo que tienen ha sido víctima de un accidente, y lo traen á su casa con la cabeza rota, muriendo poco después. En el acto quinto se asiste á la decrepitud y á la muerte del hombre.

Como se ve, filosóficamente, este drama es una vulgaridad. Pero hay en su hechura novedades curiosas que no dejan de impresionar. Así, por ejemplo, en todas las escenas hay un personaje, en un ángulo del fondo, que se llama «el Desconocido llamado El», y que es «Dios, ó el Diablo ó el Destino»; está de gris, siempre impasible, y con un cirio en la mano, que se va consumiendo á medida que el drama avanza, hasta que se

extingue por completo al morir el Hombre. Hay escenas ridículas, como la del baile, cuando el criado dice á los convidados: «El señor Hombre ruega á sus distinguidos visitantes se dignen ocupar su puesto en la mesa»; y pasan los amigos con una flor blanca en el ojal, y los enemigos con una flor amarilla. Pero en cambio, hay rasgos muy acertados, como el del momento en que llega herido el hijo: la madre se dirige al Destino en ferviente súplica para que perdone al pobre enfermo, y el padre, que jamás se ha inclinado ante nadie, se humilla por primera vez en su vida ante la inmóvil silueta del cirio. ¡Cómo desprecia «á ese Dios ó á ese Diablo», y cómo lo maldice cuando expira la pobre criatura!

No es, sin embargo, la filosofía el flaco de Andreiew. *Ignis sanat* no tiene pretensiones trascendentales, y es una pieza muy superior á la anterior, de dibujo impecable; sería una obra maestra perfecta, según Savitch, sin la vaguedad de su idea capital y lo flotante é indeciso del protagonista; pero esa vaguedad y esa indecisión, que no son tan claras como Savitch dice, hay que ponerlas á la cuenta del medio ambiente nórdico, pues de Holanda al polo Norte no es posible expresarse con la limpidez de nuestras literaturas latinas, hijas del sol y de la luz.

El drama se desarrolla en torno de un antiguo convento que posee un icono ó estatua de Cristo, tenida por milagrosa, y que atrae grandes peregrinaciones. Entre los personajes figura el fraile Conrado, borracho, maldiciente y mujeriego, que está convencido de que el convento está habitado por el diablo ó por seres diabólicos que desde el crepúsculo producen toda clase de ruidos en los corredores y rincones del edificio, sin que Dios sea capaz de poder con ellos. Otro fraile, ya viejo, posee en el pueblo tres queridas. El prior es un hombre listo que procura sacar el partido posible de las peregrinaciones. Un personaje de gran relieve es el llamado «Rey Herodes», viejo mujik que en otro tiempo mató por equivocación á su hijo, y luego se castigó á sí mismo quemándose hasta el codo, como Mucio, el brazo que había cometido el infantici-

dio; este hombre, así mutilado, recorre la comarca clamando contra su abominable crimen y sus tristes consecuencias, que le han dejado inválido y sin hijo, habiendo conquistado reputación de santidad; como casi siempre anda en torno del convento, muchos acuden á verlo, visitando de paso al Cristo milagroso y dejando en el convento sus limosnas; el Rey Herodes denuncia los vicios de los frailes en términos virulentos; pero los frailes no le hacen caso; las limosnas menudean, y eso es lo que importa.

Un tabernero de las cercanías del convento tiene una hija de veintiocho años, Lipa, de temple exaltado; ha leído una leyenda «de un hombre á quien un águila devoraba las entrañas», y decía que «si mi cuerpo pudiera dar alimento á las personas que carecen de él, consentiría en vivir eternamente en medio de sufrimientos sin fin, alimentando con mis carnes á los desgraciados». Esta Lipa, de sentimientos tan heroicamente piadosos, tiene un hermano de veinticuatro años, Sawa, que tras larguísima ausencia, vuelve al lado de su familia con un fin que á nadie quiere descubrir. Su aspecto es extraño y sus dichos enigmáticos. Lipa logra arrancarle su secreto. Ha estado en una ciudad de más de 100.000 habitantes, en que todas las casas tenían ventanas pequeñas, á pesar de que á todos les gusta tener mucha luz y mucho aire, y allí había tropezado con algunos hombres, razonables hasta cierto punto, que en lugar de aceptar la vida tal como se la imponían las circunstancias, trataban de arreglarla á su gusto. Eran hombres de los que fabrican bombas, y á quienes llaman terroristas, aunque el nombre es inexacto. «¡Qué han de ser terroristas! Son valientes; pero su valor está en su brazo, no en su cabeza; su cabeza es vieja, tiene compartimientos tradicionales, y por eso temen siempre causar demasiado daño; cuando se trata de cortar un bosque, ¿de qué sirve cortar los árboles uno por uno? Lo que se corta por un lado retoña por otro. Yo les propuse un día un asunto más vasto, y tuvieron miedo; no tienen temple; por eso los he dejado.»

—Los terroristas, dice Sawa, me han enseñado una cosa solamente: el valor de la dinamita. Nada hay más espantoso que la vida tal como hoy se halla organizada, y yo he resuelto destruirla, destruir ¡todo!

—Pero ¿y los hombres?—pregunta Lipa.

—¿Los hombres? No tengas miedo, siempre quedarán demasiados. Lo que hoy les impide vivir sanamente es la enorme montaña de tonterías que durante miles de años se ha formado. Los hombres *soi-disant* inteligentes de hoy quieren edificar otra vida en esta montaña; pero, naturalmente, de sus esfuerzos sólo resulta la continuación, el crecimiento de ésta. No; hay que arrasar esa montaña hasta su base, hasta la tierra desnuda, ¡desnuda! ¿comprendes?

—No. Lo que estás diciendo es muy chocante.

—Destruirlo todo: las casas viejas, las ciudades antiguas, la literatura antigua, el arte viejo... Es preciso que el hombre actual se quede desnudo sobre la tierra arrasada. Sólo entonces sabrá organizarse una vida nueva.

—Pero ¿quién hará eso? ¿Quién lo destruirá todo?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí, yo. Yo empezaré, y cuando se haya comprendido de qué se trata, otros se unirán á mí. Yo traigo el acero á la tierra, y pronto se oirá su ruido estrepitoso. Hasta los sordos lo oirán.

—¡Es terrible! ¡Se derramará tanta sangre!

—Sí; no poca. Pero aunque fuera un Océano, habría que pasar por él. Cuando se trata de la existencia de la humanidad, no hay que compadecerse de los individuos.

Lipa se queda sin comprender del todo á su hermano. Sólo cuando le preguntó si tenía enemigos, y él contestó: «sí, tengo uno: ¡Dios!», es cuando empezó á comprender algo. Lo que Sawa había venido á hacer al monasterio era poner una máquina infernal bajo el icono de Cristo. No se lo dijo á su hermana, pero ella logró averiguarlo. Sawa necesitaba un cómplice, y eligió al fraile Conrado, que creía en el diablo sin creer en Dios. El fraile se resistió: «Cuando destruyas ese icono, pondrán otro y no habrás adelantado nada»; «el pueblo es estúpido y no te comprenderá».

—Lo comprenderá cuando todo esté ardiendo en torno suyo. El fuego es un maestro excelente, querido. ¿Has oído hablar de Rafael?

—No. ¿Quién es?

—Pues bien: después de Dios, atacaremos á esas gentes. Son muchos esos Tizianos, esos Shakspeare, esos Puschkine, esos Tolstoi. Haremos con todos ellos una bonita pira, que rociaremos con petróleo. Y en seguida quemaremos sus ciudades...

—Morirá mucha gente, Sawa.

—¡Oh! Siempre quedará bastante. Lo que perecerá será la escoria, querido. Perecerán los imbéciles, perecerán los que creen, los que aman las chocheces. Perecerán los débiles, los enfermos, los que gustan de descanso. Porque ya no habrá descanso en la tierra, querido. Pero los hombres libres y atrevidos, los que tienen alma joven y fuerte, y ojos claros y penetrantes, que abarcan el universo, esos sobrevivirán. Y libres de todo, desnudos, armados con su razón únicamente, se entenderán para organizar una vida nueva y buena, Conrado, en que el hombre podrá al fin respirar.

Conrado, no del todo convencido, acepta la misión que Sawa le impone, gracias al dinero que le ofrece; consiente en poner una bomba al lado del icono, encajada en la pared del convento; el domingo, á medio día, cuando los peregrinos vayan en busca de la imagen para sacarla en procesión, será cuando estalle la bomba. Conrado anda preocupado é inquieto, y Lipa, que huele que se imagina algo, trata de disuadirle; llegado el domingo, Lipa hace creer á Sawa que lo sabe todo, y asegura á su hermano que no sucederá nada. Los peregrinos pasan, y Lipa dice:

—Piensa en lo que son esos peregrinos: son el dolor humano, al que quieren arrancar lo único que le queda, su última esperanza, su último consuelo. ¿Y por qué? ¿En nombre de quién? ¿Quién te da derecho para obrar así?

—¡Todos vosotros, con vuestras maldades, con vuestra locura, con vuestra cobarde impotencia! Habéis transformado la tierra en una cloaca, en un matadero, en un esclavicomio. ¡Ah! Se roen entre sí, y todavía se preguntan quién se atreve á extrangularlos! ¡Pues bien, yo me atrevo! ¿Oyes? ¡Yo, yo!

—Pero tú eres un hombre como todos los demás.

—¡Yo soy el justiciero! ¿Qué quieres que haga? ¿Persuadir á esos borregos para que dejen su sendero de rebaño, cogerlos por los cuernos uno por uno y llevarlos al buen camino? ¿Plantarme un frac y darles conferencias? ¡Como si las palabras tuvieran ningún sentido

para ellos! No, hermana; la vida es demasiado corta para gastarla en discutir con carneros. Hay que hacer otra cosa: ¡el fuego, el fuego! He ahí los peregrinos que pasan. *(Dan las doce.)* ¡Las doce!

—Y pensar que, si no fuera por mí, á estas horas pasaría algo horrible. Cuando pienso en ello... *(Suena una explosión.)* Pero, ¿qué es eso, Dios mío?

Sawa entona el himno del triunfo. La explosión fué terrible, pero sin resultado. Conrado había confesado al prior su compromiso, y el prior, hombre listo, después de haber reprendido agriamente al fraile, le mandó que pusiera la bomba junto al icono; pero antes quitarían la imagen y después de la explosión la volverían á colocar; así se demostraría que la imagen quedaba indemne del atentado, y ese sería el milagro esperado por la multitud.

Conrado mismo confiesa á Sawa su traición, enorgulleciéndose por ello, ante Lipa y otras personas. Sawa se tuerce de risa al saber el modo milagroso por que se ha salvado el icono, mientras los demás lloran de piadoso enternecimiento. El modo, en suma, importa poco: el hecho es que la imagen se ha salvado, y el milagro es patente.—¡Milagro embustero!—grita Sawa.—Conrado se irrita y amotina á la multitud contra Sawa, que muere pisoteado y apaleado por los exasperados peregrinos.

BELLAS ARTES

La tradición en el arte.—Peladan, en la *Revue Hebdomadaire*, estudia la tradición, ó la rutina, en las diversas manifestaciones del arte contemporáneo, y dice que viene á ser la misma en la Comedia que en la escuela de Pintura: «Pase usted aquí», dice el semanero al actor en el ensayo. «Se frotan las sombras y se empastan los claros», dice el profesor al alumno. La tradición esencialmente metafísica se limita á esta ingenuidad: «Cualquiera que sea el asunto, deberá expresarse por las más bellas formas, y las más bellas serán las más lógicas.» ¿Y si el asunto carece de belleza?... Pues no es asunto, y se debe abandonar. El patizambo de Ribera y los enanos de Velázquez son apuestas y nada más.

La estética ha recibido tal auxilio de la fotografía, que se asombra uno de que haya todavía opiniones diversas sobre los principios. El valor documental y la fealdad de las instantáneas muestran que los realistas han sido exagerados al revés, alejándose de la vida tanto como los realistas. El gran Rembrandt ha llevado tan lejos su prejuicio, que la luz fué para él una esclava; la *Ronda de noche* es un efecto de día indudablemente, y Fromentin es el primero que lo ha notado; todas sus iluminaciones intencionadas se burlan de la verosimilitud. Cuando Decamps, en su batalla de los Cimbrios da á las nubes un lirismo de coro antiguo, transporta lo patético al paisaje, alejándose de la regla de Vinci y Miguel Ángel: cuando se pinta un combate, hay que pintar el episodio para tener personajes de tamaño, porque el barullo asombra y no interesa, y se representa mejor un rincón de la pelea que la pelea misma.

La humanidad no ha pensado todavía en honrar á los arquitectos, porque la arquitectura excede de sus alcances. El arquitecto es tan superior al pintor y al escultor como el poeta épico al sonetista, como el fresquista al pastelista. ¿Por qué se deja ejecutar un asunto mal concebido? ¿Puede uno figurarse á un autor dramático escribiendo su pieza sin plan y sin escenario? Para el aturdido Sísifo es una especie de Titán; pero Sísifo no representa la fuerza, sino el esfuerzo, lo que no es lo mismo. Los encargos del Estado, muy mal pagados, se ejecutan sin cuidado: la Sorbona será el San Sulpicio de la decoración profana. Un asunto debe representar la *Radioactividad* y el *Magnetismo*. El pintor ha pintado una tela que representa un jeroglífico. ¿Cómo os figuráis el Arte, vencido por la Ciencia? Por de pronto, es una idea falsa; Zeviller ha derribado una Venus de Milo, y dos mujeres se afligen ante el pedestal; es demasiado sencillo y sobrado inexacto. Otra tela, firmada por Dufau, figura un hombre desnudo que tira de una mujer vestida representando á Urania. ¿Se representa así el descubrimiento de las leyes cósmicas?

La inferioridad mental del pintor es cosa conocida; se pien-

sa mal aunque se pinte bien. En cuanto á la escenografía, el taller no iguala al teatro. Tenemos escenólogos asombrosos, como Sarah Bernhardt, Carré y Antoine; cualquier teatrillo asombra al espectador en este punto. Los artistas pintores no tienen el sentido de la composición; les falta el sentido dramático. Ahí está un cuadro militar de Detaille para la Sorbona: tres cañones apuntando al espectador; en el fondo un tropel de veteranos, y arriba una Victoria montada en un Pegaso ondeando la bandera nacional; parece una escena de comedia sin personajes.

El cuadro humanitario de nuestro tiempo no vale más que el escenario del dramatismo burgués del siglo XVIII. Cuando Greuze escuchó á Diderot y se dedicó á escenas de sensiblería, conservó por lo menos la lindeza é hizo teatro; pero nuestros artistas parecen haber tomado en serio las cantilenas socialistas, y pintan la miseria con sincero acento de propiciación: la Navidad de los niños de Geoffroy es muy conmovedor y muy feo, oliendo á socialismo sentimental. Si los venecianos hubieran pintado Navidades de pobres, aburrirían á la posteridad. El Nacimiento es la adoración de los magos, la adoración de los pastores; es la fiesta de la sutileza y de la visita de los ángeles y no un rincón de escuela laica.

Los moralistas no se han dedicado á explicar su veredicto, confundiendo el desnudo con el desnudado. El primero es natural en ciertas figuras: los dioses y los héroes no tienen vestido más digno. Hoy vuelve á discutirse la cuestión del desnudo, echándoselas unos de virtuosos, á poca costa, y resultando otros cínicos sin sospecharlo; diálogo eterno entre Tartufo y Dorina. La cuestión se resuelve por la estética; la belleza es el vestido más decente: ni Rembrandt, ni Rubens, ni Poussin, ni Delacroix han sabido vestir un cuerpo de belleza, y el desnudo de un Botticelli no es del todo bello, puesto que nos turba. Lo bello no obra sobre los sentidos, y en ese solo rasgo se le reconoce; no acciona más que sobre el espíritu: la *Victoria atando su sandalia* del museo de la Acrópolis, una de las indiscutibles

bellezas que existen en la tierra, no parecerá una mujer á los ojos de nadie: es talmente una Victoria. Cuando el Areópago absolvió á Friné á la vista de su seno, no obró de modo lividinoso y senil, honró la pureza de una forma y no la impureza de un brusco descotado. Leonardo de Vinci veía en nuestra carne el apogeo de la creación material y la obra maestra de Dios; habla de ella con emoción religiosa, y con esa emoción habría que pintarla.

¿Y qué decir de la escultura? Hay que pasar por delante de un escaparate para ver un cuadro; pero la estatua sale al paso del transeunte y se impone á su mirada. Las personas decentes van sintiendo cierta irritación al ver que los reglamentos sobre las limpiezas de las calles no se extiendan á las obras; no hay ejemplos como el actual del afeamiento de la ciudad por las estatuas. En cambio la chimenea, la consola, la mesa, hasta la caja de caudales, se adornan con estatuítas y monerías, y esta aplicación de la escultura al embellecimiento del hogar merece ser acogida con simpatía.

La verdadera revolución rusa aparece en el drama *Hacia las estrellas,* bajo los rasgos simbólicos y reales á la vez de una joven de veinte años.

La acción pasa en Suiza ó en un país de montaña. En una cima se halla instalado el observatorio astronómico del sabio ruso Sergio Ternuski, antiguo profesor de universidad, que doce años antes se había negado á firmar un «abominable papel» que le presentaban sus jefes, diciendo con tal motivo mil cosas desagradables al ministro, y teniendo que abandonar su cargo y su país. Ternuski tiene un hijo y una hija, Nicolás y Ana, y otro hijo menor, Pedro, joven de diez y ocho años, algo desequilibrado, destinado á representar en el drama el papel extravagante sin el que Andreiew no acierta á hilvanar sus piezas. Ana está casada con el ingeniero Verkhutzev, y Nicolás tiene por novia á Marusia.

Mientras el sabio, en lo alto de su observatorio sólo parece ocuparse del cielo, los demás toman activa parte en las gran-

des luchas entre obreros y burgueses, y precisamente cuando por fuera ruge una tormenta de nieve, Ana y un obrero traen á Verkhutzev herido; la mujer de Ternuski, los ayudantes del sabio y los criados acuden. La lucha había sido terrible, y miles de víctimas habían perecido. Todos están inquietos por la suerte de Nicolás y de su novia Marusia, pues se le había visto caer herido en las barricadas; ó ha muerto ó le han cogido, y es posible que lo fusilen. La consternación es grande.

Al fin, llega la noticia de que Nicolás, herido, ha sido preso. Marusia, su novia, valiente, enamorada, hermosa, «un torbellino de fuerzas inflamadas», había sido también presa; pero logró evadirse, y quiere libertar á Nicolás; se necesitan 5.000 francos para sobornar á los carceleros, y no tardan en reunirse, entregándose todos á la esperanza. Sólo el viejo sabio parece desentenderse de todo, y su indiferencia desconcierta é irrita á los demás.

—¡Tu hijo ha estado á punto de ser fusilado—le dice su hija,—y tú te quedas impasible!

—En la tierra, cada segundo muere un hombre, y en el universo, cada segundo probablemente deja de existir un mundo. ¿Cómo queréis que yo me desespere por la muerte de un sér humano?

—De modo que si Nicolás no llegara á escaparse...

—Sería una lástima; pero...

—No bromee usted así—dice Marusia.—Me hace daño oir semejantes bromas.

—Si no es broma, querida Marusia. Yo no sé bromear. ¿Veis esa inscripción? *(Señalando el frontón del Observatorio.)* Ahí dice: «Este es el templo de Urania. ¡Lejos de aquí todo vano cuidado! Por aquí se va á las estrellas.»

—Pero, ¿qué entendéis por vanos cuidados?

—La muerte, la injusticia, las desgracias, todas las sombras negras de la tierra: esos son los vanos cuidados.

—Así no pueden hablar sino los que están empleados por los gobiernos y viven en plena seguridad.

—No siempre tan seguros: Galileo murió en la cárcel. Jordán Bruno pereció en la hoguera. El camino de las estrellas está regado de sangre...

Aquella inmóvil serenidad del sabio exaspera á su familia. Pasan algunas semanas: la revolución es vencida y la represión es salvaje. La acción se desarrolla en medio de simbolismos muy del gusto, según parece, de las gentes del Norte; pero que á nosotros—á los que hablamos con sinceridad—nos parece oscuros ó ridículos, y llega el momento en que Marusia, que había ido á libertar á Nicolás, y de la que sólo se tenían noticias vagas, reaparece en escena. El sabio la recibe con inusitado contento:

—¡Marusia, querida mía! ¡Qué contento estoy de tu llegada! Todo el día de hoy he tenido como un presentimiento de que ibas á venir. ¿Y Nicolás? ¿Ha podido evadirse?

—Nicolás ha dejado la prisión efectivamente.

—¿Y está aquí?

—No.

—Pero, ¿está libre de cuidados, Marusia?

—Sí.

—¡Pobre querida Marusia! Debes estar muy cansada. ¿Verdad? Hoy, durante todo el día, he estado pensando en vosotros dos, en Nicolás y en ti. ¡Qué hombre, Nicolás! ¡Enérgico, valiente! ¡Todo en él es armonioso, y viril, y delicado á la vez! Es la muestra misma del hombre valeroso y noble. La Naturaleza, cuando crea un hombre así, rompe el molde para que no haya copias.

—Sí, rompe... rompe... Quiero decir...

—Es bello como un diosecillo. Hay en él cierto encanto poderoso que atrae todos los corazones. No podía menos de evadirse, estaba seguro de ello. ¡La prisión! ¿Qué es la prisión para él? ¡Qué son para él esos candados mohosos y esas rejas estúpidas y carcomidas! Me asombro de que le hayan guardado tanto tiempo. Hubieran debido sonreirle y abrirle paso como á un príncipe feliz.

—¡Oh, que horror, padre mío! *(Cayendo de rodillas, angustiada)*... ¡Padre mío!

—¿Qué te pasa, Marusia? ¿Qué hay?

—¡Que está rota la forma bella! ¡Padre, padre! Está rota, rota...

—¡Ha muerto! ¿Sí?... ¡Habla, habla!

—¡Ha perdido la razón!

—Dímelo todo, todo. ¿Cómo ha sucedido eso?

Y Marusia cuenta que habían golpeado y martirizado á los prisioneros, que éstos se habían amotinado y que los carceleros los habían golpeado, uno por uno, de un modo bárbaro y despiadado; á Nicolás le habían además desgarrado la boca, y apaleado de tal modo, que no tardó en declararse la locura, diciendo los médicos que quedaría hecho un idiota, sin curación posible.

El sabio siente el golpe, pero continúa impasible, y sólo cuando entra su mujer se conmueve un momento, para rehacerse en seguida, consolándose con el triunfo final de la razón y del bien.

—La muerte no existe—dice.

—¿Y Nicolás? ¿Y tu hijo?—le grita Marusia.

—Está en ti, en su hermano, en mí, en todos los que guardan piadosamente el perfume de su alma. ¿Ha muerto acaso Jordán Bruno? Sólo las bestias mueren. Sólo mueren los que matan. Pero los que son muertos, asesinados, despedazados ó quemados vivos, esos viven eternamente. La muerte no existe para los hijos de la eternidad.

Tal es el drama *Hacia las estrellas*, con escenas felices, con atisbos afortunados, pero también con torpezas increíbles, con tipos inverosímiles, con extravagancias incomprensibles. Andreiew es declamatorio, y sus personajes son muñecos que se mueven como los fantoches, según el hilo de que se les tira, con movimientos y con posturas completamente falsos. Hay, sin embargo, que convenir en que el dramaturgo ruso es un hombre genial. Si una vez concebida la idea de un drama, lo

desarrollara quien tuviera mayor dominio de la escena, es seguro que sus obras serían de las más sensacionales y aplaudidas.

PSICO-FÍSICA

La utilidad de las lágrimas.— Sabido es, dice el doctor Romme, que de cada lado del cuello tenemos una gran arteria, la carótida primitiva; junto á la laringe se divide en dos ramas que llevan la sangre, una, la carótida interna, hacia el cerebro, y otra, la externa, hacia la cara y el cuero cabelludo; estos dos sistemas de circulación, además de su origen común, la carótida primitiva, se comunican entre sí al nivel del ojo, por medio de la arteria oftálmica, que forma un verdadero canal ramificado entre la interna y la externa. Como la teoría *vascular* de las emociones del doctor Waynbaum está basada en estas nociones anatómicas, preciso es recordarlas antes de entrar en materia.

Las lágrimas corren en dos estados psíquicos opuestos: en la extrema tristeza y en la alegría desbordada. ¿Cómo puede ser esto? La risa, la carcajada, no es fisiológicamente más que un esfuerzo. Así en la risa como en el esfuerzo necesario para levantar un gran peso ponemos á contribución los mismos músculos utilizados del mismo modo. En ambos casos empezamos por contraer los músculos que cierran la glotis; bajamos en seguida el diafragma é inmovilizamos los músculos cuyo juego asegura los movimientos de la caja torácica; si la risa se acentúa más, apelamos como en todo esfuerzo á otros músculos: doblamos muslos, apretamos las piernas, pateamos. En la risa como en el esfuerzo contenemos la respiración, y esta contención se halla interrumpida á cada instante por inspiraciones entrecortadas, que no llegan á disipar el estado de asfixia que produce en la respiración la risa violenta. Basta mirar el rostro violáceo del reidor, sus labios lívidos, las venas hinchadas de su frente, para adivinar la congestión intensa de su cerebro.

Los músculos que dan á la cara la expresión de la risa comprimen la carótida externa cuando se contraen. En el momento de la risa violenta, la sangre que viene de la carótida primitiva, y que está destinada á bañar el rostro, encuentra obstruído por la risa el camino de la carótida externa, y toma el de la interna, dirigiéndose al cerebro. Éste, ya congestionado por la sangre venosa, que no puede pasar por estar detenida la respiración, estallaría ciertamente al empuje de la sangre arterial que intenta invadirle; pero la arteria oftálmica salva la situación; por ese canal, en efecto, que pone en comunicación con las carótidas, se introduce la sangre que iba al cerebro y se escapa por el lado de los ojos, congestionando las conjuntivas y las glándulas lacrimales. ¿Cómo reaccionan éstas contra ese aflujo de sangre? Por medio de las lágrimas, transformando en lágrimas la sangre y obrando sobre el cerebro lo mismo que una sangría blanca, tanto más saludable cuanto que se hace á costa de la sangre que iba á congestionar apopléticamente el cerebro. Así se verifica la descarga de éste, y desaparece el peligro, siendo la risa y las lágrimas en este caso de indiscutible utilidad.

En la tristeza no son menos útiles, pero su acción sobre el cerebro se realiza de otro modo. Sabido es que si el cerebro se congestiona en la risa, se queda anémico en los estados de tristeza. La sangría que se produce, como en la risa, á expensas de la sangre destinada al cerebro, no puede hacer más que aumentar la anemia de los centros nerviosos. Ahora bien: esta anemia da por resultado crear una especie de entorpecimiento cerebral, una especie de pereza psíquica y de indiferencia mental, algo como una anestesia del cerebro. Todo esto hace que percibamos menos claramente las impresiones, y que al pasar por el cerebro anemiado, el dolor que nos oprime se embota y se nos aparece menos agudo, menos punzante, menos doloroso. En una palabra: para el organismo agobiado por una pena física ó moral, la sangría blanca de las lágrimas y la anemia cerebral resultante de ella constituyen un modo de defenderse

del dolor, una especie de anestésico natural semejante á los artificiales, cloroformo, éter, alcohol. Anega uno su disgusto en lágrimas, como se anega en alcohol.

Es curioso averiguar, añade el Dr. Romme, que las muecas que hacemos al llorar son provocadas casi todas por la contracción de los músculos que, de uno ú otro modo, obran sobre las glándulas lagrimales y las arterias oftálmicas, tales como los músculos de los párpados y de las cejas, los que mueven los ángulos de la boca, etc. Todos ellos tienen de común que al contraerse comprimen las glándulas lagrimales y las ramificaciones de la arteria oftálmica, cuya sangre forma parte de la destinada al cerebro. Esta disposición anatómica es muy sugestiva, y parece preestablecida para facilitar la secreción de las lágrimas y realizar por esta sangría blanca la anestesia del cerebro en los casos en que es conveniente, si no necesaria.

Basta, por lo demás, mirar en torno de uno para ver que esta anestesia del cerebro, esta cloroformización de las lágrimas, no es palabra vana. ¡Ay! ¡Si siquiera pudiese llorar!, se oye decir con frecuencia á las personas agobiadas por el peso de un dolor. En los niños, cuyo sistema nervioso es tan delicado, las lágrimas constituyen una verdadera válvula de seguridad, que garantiza la integridad de su cerebro. Las olas de lágrimas que corren de sus ojos al menor disgusto, es ciertamente su mejor anestésico, la mejor cura de las sacudidas morales de la vida. ¿No este también el caso de ciertas mujeres, cuya psicología apenas se diferencia de la de los niños?

La conclusión que se saca del estudio de Romme, que hemos reproducido casi íntegro, no puede ser más clara: conviene llorar cuantas veces reclama el llanto nuestra alegría ó nuestro dolor. Las lágrimas son útiles y no conviene reprimirlas, pues constituyen un alivio de nuestras penas ó un desagüe natural de nuestros goces. Los que se esfuerzan por contener las lágrimas por necio temor de pasar por débiles, hacen mal, y se exponen á serios contratiempos; los padres que castigan á sus hijos porque lloran mucho, hacen mal también, pues al repri-

mir ese desahogo natural de la alegría ó de la tristeza, pueden encontrarse con perturbaciones más ó menos graves de los centros nerviosos y de la circulación, de que sólo ellos son responsables. Déjense correr las lágrimas del que llora, sin perjuicio de consolarle de sus penas, si las tiene, y de no exacerbar su alegría, si las lágrimas son de risa, pues á nada conduce exagerar las cosas.

IMPRESIONES Y NOTAS

La herejía de Prisciliano.—La notable revista de Milán, *Il Rinnovamento*, dedica un artículo bibliográfico al interesante libro de D. H. Leclercq, *La España cristiana*, historia del cristianismo español desde las primeras predicaciones hasta la invasión arábiga, y con tal motivo trata de los resultados obtenidos por la crítica moderna sobre la historia de Prisciliano.

Hasta 1886 todo lo que se sabía respecto á la herejía prisciliánea se reducía á lo que dice Sulpicio Severo en su crónica, acusándole de maniqueísmo y de prácticas lividinosas. Después se han exhumado una carta de Pablo Osorio, un tratadito y algunas cartas de San Agustín, algunas notas de San Jerónimo, con todo lo cual, mas el proceso y condena del mismo Prisciliano por orden del emperador Máximo en 380, venía á robustecerse la acusación de maniqueísmo. Pero en 1885 el alemán Schepps descubre entre los manuscritos de la biblioteca de Wuttzburgo, en un códice del siglo VI, nada menos que once tratados de Prisciliano, publicados al año siguiente en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum*, de Viena. Todo un enjambre de eruditos se pone á trabajar sobre los nuevos y los antiguos textos, Schepps, Herman Haupt, Loos, Puech, Paret y Lavertujon, y entre todos reconstituyen la historia de Prisciliano y de su herejía, reconociendo unos, como Paret, su absoluta ortodoxia, acusándole otros, como Loos, de gnosis cosmológica, y mostrando otros, como Puech, que la herejía de

Prisciliano consistía en creer en la inspiración personal y en sostener con mucha sutileza la legitimidad de los evangelios apócrifos. Todos afirman el valer intelectual de Prisciliano, y Puech lo pone, por el vigor de su ingenio y por su vasta cultura religiosa, al nivel de San Jerónimo.

Leclercq, al recoger todos los juicios y datos, muestra, con Lavertujon, que las acusaciones de magia y de torpezas son vagas y falsas; que la acusación de sabelianismo es injusta, pues Prisciliano ataca y refuta á Sabelio, y que la acusación de gnóstico no tiene razón de ser, pues anatematiza el gnosticismo; refuta todas las heregías de su tiempo, y declara que quiere ser católico; sus protestas de catolicismo son frecuentes y precisas, hasta llegar á transcribir el símbolo de los apóstoles, otorgándole su pleno asentimiento y diciendo: «Yo sólo sé que quien toma el nombre de una secta deja de ser cristiano.» Hay que llegar al jansenismo para encontrar en la historia de la Iglesia algo semejante al priscilianismo.

¿Cómo explicar, sin embargo, que sus contemporáneos le hayan acusado de prácticas viciosas? El siglo IV, como nota Lavertujon, es la edad en que el monaquismo y el ascetismo comenzaron á florecer en Occidente, con la antipatía declarada de todo el clero católico; Prisciliano se dedicó á las prácticas ascéticas, y de ahí, sin duda, la acusación de parte de quienes no comprendían esas prácticas ó eran sus enemigos. De la austeridad de la vida de Prisciliano no es posible dudar: era riquísimo, y lo vendió todo para socorrer á los necesitados; era poderoso y no aspiró á ningún cargo eclesiástico hasta que los empeños de la lucha entablada le hicieron ocupar una sede episcopal. No hay, pues, ni gnosis ni orgías nocturnas ni maniqueísmo, como pretendían Idacio é Itacio, dos clérigos corrompidos, según el mismo Sulpicio Severo, que fueron sus acusadores; no hay más que un episodio de la lucha general del clero contra el monaquismo y el ascetismo.

*
* *

Las mujeres y los Santos Padres.—¡Qué concepto tienen los Santos Padres de la mujer! San Antonio decía: «¡Cabeza del delito, arma del diablo! Cuando veis á una mujer, creed que tenéis delante, no ya un sér humano, ni siquiera una bestia feroz, sino al diablo en persona. Su voz es el silbido de la serpiente.»

San Buenaventura decía: «La mujer es semejante al escorpión: siempre está pronta á picar.»

San Juan Crisóstomo no se quedaba atrás: «¡Soberana peste es la mujer! ¡Dardo agudo del demonio! Por medio de la mujer triunfó el diablo de Adán y le hizo perder el Paraíso.»

San Agustín advierte que «la mujer no puede enseñar, ni dar testimonio, ni pactar, ni juzgar, y mucho menos mandar», lo cual está conforme con lo que dice San Pablo: «El hombre no es de la mujer, sino la mujer del hombre; y el hombre no ha sido creado para la mujer, sino la mujer para el hombre.»

San Juan Damasceno se contenta con estas definiciones y comparaciones: «La mujer es un asno cautivo, una tenia horrible metida en el corazón del hombre, hija de la mentira, centinela avanzado del infierno, que ha echado á Adán del Paraíso; Belona indomable, enemiga jurada de la paz.»

Recuerdo que, recogiendo un florilegio patriótico de esta clase, publicó Eduardo Lustonó hace muchos años el siguiente resumen en verso:

Mujer... motivo de muerte,
mujer... medio del pecado,
mujer... mal en lo velado,
mujer... mentira más fuerte,
mujer... causa que pervierte,
mujer... víbora fingida,
mujer... ponzoña florida,
mujer... basilisco airado,
mujer... demonio encarnado,
mujer... infierno en la vida.

Es extraña esta animadversión de los Santos Padres á la mujer; pero tiene su explicación en los recuerdos del Paraíso,

de las hijas de Lot, de Sansón, de David, de Salomón y de tantos otros ilustres varones, perdidos por la mujer. También puede explicarse porque, oyendo á las mujeres en confesión, el clero tiene que formar de ellas, ya que apenas las ve sino como pecadoras, un tan bajo concepto.

***

Los ojos de los pintores.—¿A quién no le han llamado la atención en nuestras exposiciones de Bellas Artes esos cuadros extravagantes é inverosímiles en que dominan los verdes, los morados y los amarillos, cuando no los rojos rabiosos? Diríase que el autor se ha puesto á pintar con anteojos de colores para verlo todo así, como no lo vemos nadie. Ellos se defienden diciendo que los profanos no tenemos el sentido de los colores, de los reflejos, de los cambiantes de luz, de la influencia de unos tonos en otros; pero, á pesar de su innegable superioridad técnica, nosotros seguimos moviendo la cabeza ante aquellos cuadros, y diciendo para nuestro capote: «á este artista le falta un tornillo».

No, no le falta un tornillo, pero padece, en grado mayor ó menor, de daltonismo: eso es lo que ha puesto en claro Angelucci, un sabio italiano, perito en oftalmología, que ha estudiado el asunto con empeño. El daltonismo se revela en los pintores de varios modos: 1.° Por el abuso de las tintas rojas para las partes iluminadas y de las verdes para las sombrías, con la consiguiente alteración de la perspectiva. 2.° Por el abuso de los tonos verdes. 3.° Por el abuso de los tonos violados. 4.° Por la exageración de los cambios de colores que los efectos de luz producen en el verde, hasta llegar á pintar amarillo el verde muy claro, ó azul verdoso el verde de las praderas sombrías. 5.° Por la policromía exagerada, hasta el punto de pintar un vestido castaño ó amarillo de rojo en los pliegues de sombra y de verde en los trozos algo iluminados.

Para evitar estos errores en la apreciación de los colores y la depravación del gusto que de ellos resulta, aconseja Ange-

lucci á los pintores que se hagan examinar por un oculista, á fin de acomodar su paleta á las condiciones de su vista. Si del examen resulta comprobado el daltonismo, el pintor no debe salir del blanco, el negro, el amarillo y el azul, limitándose á reproducir escenas nocturnas y paisajes nevados para no incurrir en errores de visión.

*
* *

El encanto del verso francés.—Un crítico inglés, Eduardo Wright, afirma que la poesía lírica francesa «tiene cierto encanto particular que la distingue de la poesía lírica de las demás razas: algo de sutil y exquisito, de que es bastante difícil darse cuenta, y cuyo sentido habían perdido los franceses mismos en tiempo de Voltaire».

El verso francés de buena cepa se distingue, según Wright, «por la delicadeza completamente dósica de su estilo; no deslumbra ni sorprende; no brilla por la vehemencia de la pasión ni por el esplendor de la imaginación. Su encanto consiste en una finura, en una intimidad de sentimiento que conquista poco á poco al lector y acaba por penetrar en él profundamente. Las emociones que refleja son emociones ordinarias, interpretadas con calma y lucidez, analizadas con asombrosa penetración. Es raro que el poeta francés se abandone plenamente á sus inspiraciones espontáneas y construya sobre ellas solas su poema; es atrozmente razonable, y el camino que guía su imaginación atraviesa por de pronto el de su inteligencia razonadora; esa es, por otra parte, una de las grandes características del genio de la raza. «Claridad, orden, lógica, eso es lo que se encuentra siempre, lo mismo en la teología de Calvino que en las *Variaciones* de Bossuet, en las tragedias psicológicas de Racine que en las comedias de costumbre de Molière, en la arquitectura y en la jardinería. Cuando los grandes poetas franceses llegan á lo sublime, es un sublime tan natural, tan humano, tan sencillo, que cualquiera se imagina que hubiera podido hacer otro tanto.

Los más hermosos versos franceses no tienen, según Wright, «la magnificencia, la fuerza y la nobleza de la gran poesía inglesa (no olvidemos que habla un inglés); pero, en cambio, tienen la sencillez, la naturalidad, la facilidad, y, sobre todo, cierta gracia indefinible y cierta exquisita elegancia en la expresión; la principal virtud del verso francés es su transparencia; nada hay ricamente coloreado, pero todo está finamente matizado con tintas diáfanas.»

La música del verso francés le parece de incomparable ligereza aérea. Rechaza el prejuicio, muy extendido en el extranjero, de que el ritmo francés sea monótono, uniforme y brutalmente acentuado. Nada de eso: en la poesía francesa se encuentran las medidas más variadas; su melodía interior es la más libre que pueda hallarse en ninguna poesía, y flota sobre el ritmo de las sílabas con tanta libertad y dulzura como el canto de la alondra, cuando sus notas encantadas flotan sobre el murmullo de un arroyuelo corriendo entre el ramaje.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

El reinado de Carlos IV en las Conferencias del Ateneo, por Juan Pérez de Guzmán 5

Recuerdos, por José Echegaray 31

La Universidad Complutense, por Augusto Martínez Olmedilla ... 41

Los hombres de buena voluntad, por P. Dorado 60

El arte español, por Havelock Ellis 74

Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi 96

El suplicio del silencio (novela), por Federico Spielhagen 124

España fuera de España, por Henri Welschinger 162

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 170

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 179

AP
60
E8
año 20
no.235-37

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY